EL EQUIPO DE STALIN



LOS AÑOS MÁS PELIGROSOS DE LA RUSIA SOVIÉTICA, DE LENIN A JRUSHCHOV

SHEILA FITZPATRICK

CRÍTICA

EL EQUIPO DE STALIN



LOS AÑOS MÁS PELIGROSOS DE LA RUSIA SOVIÉTICA, DE LENIN A JRUSHCHOV

SHEILA FITZPATRICK

CRÍTICA

Índice

Portada
Nota previa
Glosario
Introducción
1. El equipo emerge
2. La gran ruptura
3. En el poder
4. El equipo, a la vista
5. Las Grandes Purgas
6. Entrar en guerra
7. Esperanzas de posguerra
8. Un líder avejentado
9. Sin Stalin
10. Final del camino
Conclusión
Agradecimientos
Biografías
Bibliografía de obras citadas
Álbum fotográfico
Notas
Créditos

Nota previa

Antes de la segunda guerra mundial, los ministerios del gobierno soviético se denominaban «Comisariados del Pueblo», y sus titulares, «Comisarios del Pueblo»; en beneficio de la claridad, hablo siempre de «ministerios» y «ministros». Por comodidad, aludo al Consejo de los Comisarios del Pueblo (Sovnarkom) como «el gobierno». Uso el término «Sóviet Supremo» para el órgano que hasta 1938 se denominó Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets de toda la Unión. Su presidente recibía el título de «jefe de Estado», a veces de «presidente» de la Unión Soviética.

Cuando aludo a las visitas al despacho de Stalin en el Kremlin, no ofrezco ninguna referencia en las notas finales, porque siempre proceden del archivo de esta oficina, publicado como *Naprieme u Stalina: Tetradi (zhurnaly) zapisei lits, priniatykh I. V. Stalinym (1924-1953 gg.)*, ed. A. A. Chernobáyev (Moscú: Novyi Khronograf, 2008). (He utilizado la versión anterior, publicada en una revista: «Posetiteli kremlevskogo kabiineta Stalina», ed. A. V. Korotkov, A. D. Chernev y A. A. Chernobáyev, publicada en *Istoricheskii arkhiv*, 1994, n.º 6, y 1997, n.º 1.)[*]

Para la década de 1930, puede verse un resumen útil de estos datos (en lo relativo a los secretarios del Comité Central y los miembros del Politburó) en el estudio de Oleg Jlevniuk [transliterado como Khlevniuk en las ediciones inglesas de sus obras], *Master of the House: Stalin and His Inner Circle* (New Haven: Yale University Press, 2009), apéndice 2, 266-271. Los datos sobre la asistencia al Politburó en la década de 1930 proceden de la tabla de *Stalinskoe Politbiuro v 30-e gody: Sbornik*

dokumentov, comp. O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: AIRO-XX, 1995), 183-255. Como referencia rápida para el Secretariado del Comité Central de la Unión Soviética me ha sido útil http://en.wikipedia.org/wiki/Secretariat_of_the_Central_Committee_of_the_Soviet_Union, pero intentando verificar la información en otras fuentes.

La referencia de los archivos rusos se compone de *fond* («colección»), *opis'* («inventario»), *delo* («carpeta») y *list* («folio»), que recojo de forma abreviada: así, RGASPI, *f*. 17, *op*. 1, *d*. 100, *l*. 1 se indica como RGASPI 17/1/100, l. 1.

En cuanto a las fechas, en febrero de 1918 Rusia pasó del calendario juliano al gregoriano, trece días posterior. Antes del cambio, las fechas se indican según el calendario juliano, y posteriormente, según el gregoriano. La Revolución Bolchevique se sitúa por lo tanto en octubre de 1917; en el calendario gregoriano ya había entrado el mes de noviembre.

Glosario

BOLCHEVIQUES: Nombre de un grupo (más adelante, partido propiamente dicho) que se escindió del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1903; en las primeras décadas posteriores a la Revolución de Octubre de 1917, se usó como denominación del partido conjuntamente con la de «comunista», que acabó por reemplazarla.

CHECA (*Cheká*): Policía secreta del período de la guerra civil (más adelante conocida como GPU, OGPU, NKVD, MVD/MGB, KGB).

CJA (EAK, EN SUS SIGLAS RUSAS): Comité Judío Antifascista (1942-1948), encabezado por Solomón Mijoels, bajo la supervisión de Solomón Lozovski.

COMINTERN: Organización internacional de partidos comunistas, fundada en 1919 y dirigida desde Moscú.

COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA: Elegido por los congresos del Partido Comunista, en teoría era el órgano dirigente del partido, aunque en la práctica las decisiones principales las adoptaba el Politburó.

COMUNISTA: Nombre del partido que gobernó desde octubre de 1917; *véase* Bolcheviques.

CONSEJO DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA (SOVNARKOM): Órgano supremo del gobierno antes de la guerra, rebautizado como «Consejo de Ministros» después de la contienda.

DACHA: Casa de campo, usada a menudo como lugar de descanso.

GKO: Comité de Defensa Estatal, órgano crucial de los años de guerra.

GPU: *Véase* Checa.

GUERRA CIVIL: Se libró de 1918 a 1921 entre los Rojos (bolcheviques) y los Blancos (estos últimos, con la ayuda de «intervencionistas» occidentales).

GULAG: Dirección General de los Campos de Trabajo, departamento del NKVD que gestionaba todo el sistema de los campos de trabajo.

KOMSOMOL: Organización de la juventud comunista.

KULAK: Agricultor acomodado considerado por los bolcheviques como un explotador de los pobres.

LENINGRADO: Capital del Imperio Ruso. Conocida como San Petersburgo y Petrogrado (1914-1924), se la rebautizó para homenajear a Lenin a la muerte de este; hoy se vuelve a llamar San Petersburgo.

MENCHEVIQUES: Grupo (y luego partido) más numeroso derivado de la escisión del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1903.

MGB: Ministerio de Seguridad Estatal en la década de 1940 (*véase también* Checa).

NEP: «Nueva Política Económica» de la década de 1920.

NKVD: Nombre de la policía secreta entre 1934 y la guerra; son las iniciales de *Naródniy Komissariat Vnútrennij Del* (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos; *véase también* Checa).

OGPU: *Véase* Checa.

OPOSICIÓN DE IZQUIERDAS: Grupos encabezados por Trotski (1923-1924) y Zinóviev (1925-1926), enfrentados políticamente con el equipo de Stalin.

OPOSICIÓN DE DERECHAS: Más que un grupo de oposición como tal, una tendencia «derechista» ejemplificada en 1929-1930 por Rýkov, Bujarin y Tomski.

ORGBURÓ: Uno de los dos departamentos del Comité Central del partido (el otro era el Politburó), encargado de las tareas organizativas.

PETROGRADO: Capital del Imperio Ruso y la Rusia soviética hasta 1918, que llevó este nombre de 1914 a 1924; antes fue San Petersburgo (*véase también* Leningrado).

POLITBURÓ: Departamento del Comité Central del partido que constaba de miembros de pleno derecho y de «candidatos» (estos, sin voto), elegidos en los congresos del partido; fue el principal órgano decisorio de la era soviética (*véase también* Presidium).

POSDR (INICIALES RUSAS: RSDRP): Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, fundado en 1898; en 1903 se dividió en bolcheviques y mencheviques.

PRESIDIUM DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA: Nombre que se dio al Politburó de 1952 a 1966 (aunque otras instituciones también tenían sus *presidia*, lo que puede resultar confuso).

RAPP: Asociación Rusa de Escritores Proletarios, encabezada por Leopold Averbaj, cuñado de Guénrij Yagoda; el Comité Central la clausuró en 1932.

REVOLUCIÓN DE FEBRERO (DE 1917): Agitación que obligó a abdicar al zar Nicolás II. El posterior «gobierno provisional» fue luego derrocado por los bolcheviques, en octubre del mismo año.

REVOLUCIÓN DE OCTUBRE (DE 1917): Acceso al poder de los bolcheviques.

SHAJTI, CASO DE: Juicio amañado en 1928 contra administradores industriales comunistas y expertos ajenos al partido, en la región de Shajti, en Ucrania.

SOVNARKOM: *Véase* Consejo de los Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética.

STALINGRADO: Ciudad situada en el curso del Volga, donde, en el invierno de 1942-1943, tuvo lugar una batalla crucial de la segunda guerra mundial; anteriormente se la conocía como Tsaritsyn, hoy como Volgogrado.

TERMIDOR: Mes del calendario revolucionario francés. En Termidor de 1794 se produjo la caída de Robespierre; para los bolcheviques, fue sinónimo de la degeneración y decadencia del vigor revolucionario.

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, fundada en 1924. La integraban la Federación Rusa (RSFSR: República Socialista Federativa Soviética de Rusia), Ucrania, Bielorrusia y la Federación

Transcaucásica (luego dividida en Georgia, Armenia y Azerbaiyán); las repúblicas centroasiáticas de los kazajos, uzbekos, kirguises, tayikos y turcomanos, fundadas en varios momentos antes de la guerra; en 1940 se añadieron las repúblicas bálticas (Letonia, Lituania y Estonia) y la República de Moldavia.

«VIEJOS BOLCHEVIQUES»: Término aplicado informalmente a los miembros que se habían unido a este partido antes de la revolución.

VOKS: Sociedad soviética para las relaciones culturales con los países extranjeros, dirigida por Olga Kámeneva en los años veinte y Aleksandr Arósev en los treinta.

VOZHD': Sinónimo exaltado de «líder», aplicado a Stalin desde la década de 1930. Con el plural *vozhdi* se aludía a todo el equipo de Stalin.

ZONA DE RESIDENCIA: En la Rusia imperial, zona delimitada de Ucrania y Bielorrusia en la que se obligaba a vivir a la gran mayoría de los judíos.

Introducción

Cuando Stalin deseaba ganar tiempo en una negociación con extranjeros, a veces replicaba que la cuestión se sometería al examen de su Politburó. Los diplomáticos no se tomaban estas palabras al pie de la letra, pues daban por sentado —con razón— que la decisión final sería de Stalin. Pero esto no quiere decir que no existiera de verdad un Politburó al que este consultara, un equipo de compañeros con los que colaborase. Este equipo —formado en todo momento por cerca de una docena de personas, siempre hombres— surgió en la década de 1920, luchó contra los grupos opositores encabezados por León Trotski y Grigori Zinóviev tras la muerte de Lenin, y permaneció unido durante tres décadas, lo cual es llamativo: como un fénix, logró sortear amenazas tan peligrosas como las Grandes Purgas, la paranoia de los últimos años de Stalin y los azares de la transición posestalinista. Treinta años de unión, en política, suponen un período muy largo, incluso en climas políticos menos letales que los de la Unión Soviética estalinista. El equipo se desmanteló definitivamente en 1957, cuando uno de sus miembros (Nikita Jrushchov) se convirtió en el nuevo jefe y se libró de todos los demás.

He empleado el término «equipo» (en ruso, *komanda*) para el grupo que rodeó el liderazgo de Stalin. Al menos otro estudioso ha optado por esta misma palabra, pero podríamos recurrir a otras. Podríamos hablar de una «banda» (*shaika*) si queremos hacer hincapié en que su actividad —gobernar el país— poseía un carácter ilegítimo que la convertía en esencialmente criminal, antes que gubernamental. O hacer referencia al

«Politburó» (es decir, el órgano ejecutivo del Comité Central del Partido Comunista, elegido en congresos políticos periódicos), lo cual sería correcto solo a medias, pues sus integrantes coincidían en buena parte con los del equipo, pero, como Stalin prefería los grupos de trabajo informales, nunca eran idénticos. O referirnos a una «facción», voz de connotaciones peyorativas en el lenguaje ruso. El lector que prefiera «banda» o cualquiera de las alternativas puede hacer sin más una sustitución mental, si así lo desea. En cualquier caso, se trataba de una entidad colectiva cuyos miembros tenían responsabilidades individuales aunque se reunían regularmente como un grupo, y estaban unidos por los lazos de lealtad a Stalin y, en principio, mutuos. Nació para competir con otros grupos que se disputaban el liderazgo tras la muerte de Lenin, pero cuando vencieron, su función pasó a ser la de gobernar el país.[1]

Como la mayoría de los otros equipos, este tenía un capitán, Iósif Stalin, figura que ejercía una gran autoridad sobre las demás, con lo que quizá podría describirse su papel en tal equipo como el de un «entrenador-jugador». En la práctica —aunque esto nunca se puso por escrito— sus prerrogativas incluían un poder político tan crucial como el de seleccionar y expulsar a los demás jugadores del equipo. En los primeros años, los miembros del grupo se dirigían a Stalin, en su mayoría, con el mismo tratamiento que daban a todos los demás: con la forma familiar de tuteo, *ty*; y se daba por convenido que era uno más entre iguales. El hecho de que en realidad era más que eso se fue percibiendo cada vez con mayor claridad y, en el período de posguerra, solo un par de compañeros de los más antiguos seguían tuteando a Stalin. Aunque el equipo parecía estar definido por su jefatura —era el equipo *de Stalin* (*stalinskaya komanda*)—, al morir Stalin el equipo logró algo que nadie esperaba: funcionar como un grupo de liderazgo colectivo, aun sin él.

En el mundo académico hace tiempo que Stalin existe como objeto singular de las biografías políticas. Al introducirse la idea del «equipo» alguien podría entender —erróneamente— que defiendo que el poder de Stalin fue inferior a lo que se ha venido planteando. No es esa mi intención.

De hecho, al investigar para este libro, me llamó la atención cuánta autoridad ejercía sobre el resto del equipo y cuán incontestada vivió su preeminencia incluso cuando las circunstancias parecían exigir que se la pusiera en cuestión, como en junio de 1941. Las iniciativas de la gran política fueron de Stalin, y las contribuciones del equipo (a menudo, difíciles de establecer con exactitud, puesto que se tenía por costumbre atribuir a Stalin toda la iniciativa) solían centrarse en sus ámbitos de experiencia y responsabilidad institucional particulares, sobre temas que Stalin consideraba secundarios. Pero el hecho es que, aunque nadie discutiera su primacía, Stalin prefirió —a diferencia de contemporáneos como Mussolini y Hitler— rodearse de un grupo de figuras poderosas, que no solo le prestaban lealtad, sino que además actuaban como un equipo. Estos hombres no competían con Stalin por el liderazgo, pero tampoco carecían de entidad política ni eran un simple «séquito» como el formado por sus secretarios o policías secretos. Gestionaban sectores importantes como las fuerzas armadas, el ferrocarril y la industria pesada, a menudo de un modo muy competente. Dentro del Politburó, actuaban como defensores de las instituciones y ministerios que estuvieran presidiendo en cada momento. En sus repetidos encuentros, tanto formales como informales, el grupo (Stalin incluido) analizaba las medidas y estrategias más importantes. Aunque Stalin no necesitaba del asentimiento de los demás, en ocasiones, cuando le parecía que el apoyo era escaso o tibio, daba marcha atrás o por lo menos esperaba a que estuvieran convencidos (por ejemplo, en casos de destierro político).

A lo largo de los treinta años, hubo cambios en la composición del equipo. Tres miembros (Serguéi Kírov, Valerián Kúibyshev y Sergó Ordzhonikidze) murieron mediada la década de 1930, y otro (Mijaíl Kalinin) al poco de que terminara la guerra. Cuatro nuevas incorporaciones (Andréi Zhdánov, Jrushchov, Gueorgui Malenkov y Lavrenti Beria) se unieron al equipo en la segunda mitad de la década de 1930. Las Grandes Purgas acabaron con algunos miembros relativamente marginales, en especial tres que trabajaban en Ucrania (Stanislav Kosior, Vlas Chubar y

Pável Póstyshev); tras la guerra, el «Caso de Leningrado» se llevó a un recluta reciente que estaba medrando con rapidez (Nikolái Voznesenski). Pero un núcleo central —Viacheslav Mólotov, Lázar Kaganóvich, Anastás Mikoyán, Klim Voroshílov y, hasta 1952, Andréi Andréyev— se mantuvo constante; y este grupo, junto con los reclutados durante los años treinta, fue el equipo de «liderazgo colectivo» que asumió el poder a la muerte de Stalin.

Entre los miembros del equipo, la capacidad de actuar de forma independiente fue variando a lo largo del tiempo, igual que el grado en el que se consideraban parte de un colectivo, más que una simple banda de rivales. Al respecto, es interesante destacar que estas dos variables tendieron a cambiar en paralelo y en la misma dirección. Tanto la independencia como el espíritu de equipo eran muy altos a principios de la década de 1930, pero a finales de ese decenio habían menguado mucho por efecto de las Grandes Purgas. Se elevaron de nuevo durante la guerra y continuaron a notable altura (aunque en un contexto peligroso) en los años de posguerra, hasta la muerte de Stalin, acaecida en 1953. El último período reviste particular interés por el hecho de que, aunque Stalin era más volátil y suspicaz que nunca, ya no era capaz de sostener el enorme volumen de trabajo de los años precedentes. Aún podía emprender acciones a las que el resto del equipo se tenía que sumar (como la campaña antisemita de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950); pero en las materias que no se había reservado para sí mismo, hacia el final de la vida de Stalin, los miembros del equipo trabajaban de forma autónoma tanto como en colaboración con aquel. En octubre de 1952, cuando quiso prescindir tanto de Viacheslav Mólotov, quien hacía tiempo que era su segundo, como de otro hombre de larga trayectoria, Anastás Mikoyán, el resto del equipo se resistió. Stalin ni siquiera logró impedir que los dos caídos en desgracia se presentaran en su dacha (casa de campo) sin haber sido invitados, porque los demás miembros del equipo los avisaban.

No podemos saber cómo habría terminado este conflicto porque, en el momento crucial, Stalin murió. No es de extrañar que, en aquellas

circunstancias, corrieran rumores de que el fallecimiento no había sido del todo natural; pero nadie ha podido demostrar que fuera un asesinato. Es probable que su muerte salvara las vidas de Mólotov y Mikoyán, y quizá también de Lavrenti Beria, el jefe de la policía secreta, y los demás. Antes incluso de que el líder hubiera exhalado el último suspiro, el equipo ya había organizado y puesto en marcha el liderazgo colectivo posestalinista. En la práctica, el equipo de Stalin se las arregló bastante bien sin su presencia; y hasta claramente mejor, si lo comparamos con los últimos años de vida de aquel. Todo el mundo había predicho que a la muerte de Stalin imperaría la anarquía, y el propio equipo compartía este temor, pero a la postre la transición fue exitosa, costó un número mínimo de vidas (para lo habitual en la Unión Soviética) y dio paso a un programa reformista notablemente amplio y radical. El hecho de que las reformas se iniciaran sin demora sugiere que en los años inmediatamente anteriores a la muerte de Stalin se fue forjando un consenso tácito sobre la necesidad de emprender unos cambios que, sin embargo, se antojaban de imposible realización *mientras* aquel siguiera con vida.

He subtitulado este libro «Los años más peligrosos de la Rusia soviética, de Lenin a Jrushchov» porque el «peligro» es un aspecto crucial de la historia que vamos a contar. El equipo en su conjunto corrió peligro en los primeros años de la década de 1930, cuando la colectivización de la agricultura campesina, al combinarse de forma temeraria y sumamente ambiciosa con la industrialización acelerada, podría haber acabado en un desastre. Las Grandes Purgas de finales de la década supusieron otra fase delicada, tanto para el propio Stalin (pues el terror podría haberse descontrolado y volverse en contra de su propio impulsor) como para los miembros de su equipo, criminales como él, pero siempre conscientes de que también podían convertirse en víctimas. A la postre, la mayor parte del grupo central sobrevivió, tanto políticamente como en el sentido literal del término: pero aunque Stalin demostró ser un patrón leal con ellos, los familiares y los subordinados de confianza caían como moscas a su alrededor, por lo que nadie podía sentirse plenamente confiado. El temor a

Stalin no fue el único factor de unión del equipo, pero desde luego durante los primeros años nunca faltó.[2]

El equipo, el régimen y el país estuvieron en peligro durante la segunda guerra mundial, con un año y medio de derrotas y retiradas casi ininterrumpidas, hasta que la situación se invirtió, en el invierno de 1942-1943. Los que deberían haber sido años de triunfo, tras imponerse en la guerra, volvieron a ser años de riesgo para los diversos miembros del equipo. En la transición posestalinista, el equipo se apresuró a eliminar a uno de sus componentes, Beria, por su ambición evidente y su desdén hacia el gobierno colectivo, así como por miedo: se creía que poseía datos comprometedores sobre los demás. Por lo demás, el equipo se mantuvo más o menos intacto hasta 1957, cuando Jrushchov mostró tal ambición y falta de genuina colegialidad que los otros dieron pasos para contenerlo; sin embargo, el tiro les salió por la culata y supuso la expulsión de Mólotov, Kaganóvich y Malenkov, y, con ello, la defunción del equipo de Stalin. Ahora bien, en 1957 los años más peligrosos de la vida política soviética habían quedado atrás: ninguno de los bandos enfrentados pensó en detener o matar a sus rivales, tan solo en apartarlos del poder.

Tuve la idea de escribir este libro en los primeros años de la década de 1990, cuando, al abrirse por primera vez el archivo de Stalin (*fond Stalina* del RGASPI, sucesor del antiguo archivo del Comité Central del partido), se pudo acceder a una gran cantidad de correspondencia entre Stalin y los otros miembros del equipo. En un principio, pensé centrarme en Stalin y Mólotov, porque Mólotov fue el segundo capitán y el *alter ego* de Stalin durante gran parte del período relevante. Más adelante cobré conciencia de las dimensiones del equipo, en el contexto de otro proyecto de estudio en los archivos: pude ver que uno de los componentes del grupo, Sergó Ordzhonikidze, no solo dirigió la industria pesada con iniciativa y talento empresarial, sino que además representó con decisión los intereses de la industria en el Politburó; ello me hizo comprender que este debía ser el modo de funcionamiento habitual del Politburó. Además, siempre he tenido la impresión de que debía escribirse un libro sobre la alta política soviética

que dejara de lado los modelos de la ciencia política y se centrara en las personas y sus interacciones. Para ello me basaba en los vivaces retratos personales que mi amigo y mentor soviético Ígor Sats —que había conocido a la mayor parte de los líderes del partido al trabajar como secretario de un Comisario del Pueblo (ministro), en la década de 1920— pintó para mí en el transcurso de varias conversaciones que mantuvimos a finales de los años sesenta.[3]

Cuando se abrieron los archivos del gobierno y el partido soviéticos (pero no así los de la policía secreta), se pudo acceder a amplias colecciones documentales de casi todos los líderes: Stalin, Mólotov, Kaganóvich, Mikoyán, Malenkov, Voroshílov, Ordzhonikidze, Kalinin, Kírov, Andréyev y Voznesenski. En la década de 1990, Jrushchov representaba una excepción parcial, por su extraña condición de líder depuesto; y en cuanto a Beria, que fue ejecutado en 1953, sus archivos no se pudieron consultar entonces ni se pueden consultar hoy. Desde la última década del siglo XX, se han publicado muchas biografías de Stalin y recopilaciones documentales que me han ayudado a escribir este libro. La vivaz biografía de Simon Sebag Montefiore también se interesa por el medio que rodeó a Stalin, aunque no específicamente por el equipo político del que este formó parte. El historiador ruso Oleg Jlevniuk, junto con su colaborador británico Yoram Gorlizki, han aplicado su conocimiento sin igual de las fuentes a estudios académicos de calidad sobre el «círculo interior» de la política estalinista; a Stephen Wheatcroft le debemos un importante análisis cuantitativo del equipo.[4]

No es de extrañar que Stalin monopolizara en gran medida la atención pública, e incluso la de los historiadores, porque los grandes dictadores siempre despiertan una fascinación especial. En el caso del equipo de Stalin, sin embargo, hay otras razones. Tanto dentro del propio equipo como en el mundo exterior, siempre se hacía hincapié en las aportaciones de Stalin, y de nadie más. Si bien en la década de 1930 la prensa soviética escribió a menudo alabanzas no solo sobre el líder (*vozhd'*), sino sobre los líderes (*vozhdi*), en referencia al equipo, esto cambió después de la guerra,

cuando el perfil público del equipo quedó limitado a poco más que flanquear a Stalin en el lugar de honor de la Plaza Roja, desde el que presidían los desfiles del Día del Trabajo, y actos similares. Además, las relaciones personales entre los componentes del equipo habían empeorado mucho. La clase de amistad colegial que existía en los primeros años treinta se había desvanecido casi por completo al iniciarse la década de 1950, en parte porque Stalin fomentaba las sospechas y la animosidad mutua. El intento de restablecer los lazos familiares y personales, a la muerte del dictador, tampoco duró mucho tiempo ni tuvo especial éxito.

Después de 1953, cuando se ejecutó a Beria, de 1956, cuando se condenó a Stalin, y de 1957, cuando Jrushchov se deshizo del resto del equipo etiquetándolo de «Grupo Antipartido», a nadie le interesaba recordar que durante muchos años habían colaborado todos como un equipo, Beria incluido, con y sin Stalin. Tras caer en desgracia, Beria se convirtió en el cabeza de turco general: sus antiguos compañeros competían entre sí por negar haber tenido ninguna relación con él, ni de colaboración ni, menos aún, de amistad. En 1956, con la desestalinización, los componentes del equipo se mostraban ansiosos por distanciarse de lo que había pasado a calificarse de «crímenes» y estaban dispuestos a señalar con el dedo a los compañeros. Más adelante, cuando los supervivientes, familiares y antiguos asociados empezaron a escribir sus memorias, ofrecieron —tampoco es de extrañar— versiones muy sesgadas, centradas en aquel miembro del equipo que, a su juicio, hacía las cosas bien. Stalin, al igual que la relación personal de cada uno de ellos con él, fueron temas centrales de estos relatos, mientras que el resto del equipo solía interpretar papeles secundarios descritos bajo una luz a menudo poco halagüeña. Aunque los propios componentes del equipo reconocían en sus memorias haber hecho cierto trabajo en grupo en otros tiempos, solían admitirlo a regañadientes y quitándole importancia; sus hijos apenas hicieron referencia alguna a la cuestión. No es de extrañar, dado que todas estas obras se escribieron después de 1957, cuando el equipo vivió una ruptura definitiva y glacial: Mólotov, Malenkov y Kaganóvich se marcharon por un lado (aunque no

juntos, para evitar sospechas de conjuración) y Jrushchov por otro, con Mikoyán y un maltrecho Voroshílov.

La apertura de los archivos y la publicación de las memorias evidenciaron que, en el caso de Stalin, la vida política y la vida social estaban muy entrelazadas, mucho más que lo habitual entre los líderes políticos. El trato social de Stalin, se produjera ya en los apartamentos del Kremlin o ya en la dacha, se centraba en gran medida en su equipo. Así fue en los primeros años del grupo, cuando Nadia, la esposa de Stalin, aún vivía y muchos de sus compañeros tenían hijos de corta edad; y así continuó siendo tras el suicidio de Nadia, en 1932, cuando el equipo y la familia política de dos matrimonios representaban prácticamente al completo su vida social, centrada ahora en la dacha. Tras la muerte de Nadia, Stalin fue un solitario, aún más solitario después de que las Grandes Purgas hicieron trizas la familia política. Solo le quedó la compañía de su hija Svetlana, hasta que esta creció y se casó, durante la guerra. Después de la guerra, por lo tanto, Stalin dependió aún más de la compañía del equipo; y sus componentes nos han legado descripciones memorables del espanto de las noches compartidas por obligación en la dacha (ahora, a diferencia de la década de 1930, sin mujeres ni niños) y la carga que esto representaba.

En los viejos tiempos, nuestra imagen de Stalin y su equipo procedía sobre todo de Trotski, que entendía que Stalin era un personaje secundario, y su grupo, gentes de tercera que a duras penas merecían atención. Trotski se burlaba de Mólotov y no perdía ocasión de ridiculizar y humillar a casi todos los demás. Sin embargo, él fue desterrado de Moscú a finales de 1927, y deportado de la Unión Soviética dos años más tarde: si de veras conoció a los miembros del equipo, fue en su etapa puramente inicial. No cabe duda de que, con respecto a Stalin, se equivocó: fuera lo que fuese, no era ni un personaje secundario ni una simple criatura de la maquinaria del partido. En cuanto al equipo, acertó en un aspecto: no eran intelectuales cosmopolitas como él mismo o, a este respecto, como Lenin. Sin embargo distaban de ser los hombres sin cara ni atributos específicos que Trotski (y otros, a su estela) creyeron ver.

El socio más próximo a Stalin, Mólotov, parecía tener una capacidad de trabajo infinita, lo que le valió el apodo de «trasero de piedra»; nunca se ha hecho hincapié en su carisma, pero cuando uno contempla su terca perseverancia a lo largo de más de treinta años, acaba desarrollando cierta admiración por su capacidad de asumir tanto trabajo —y también tanto improperio— y su negativa casi invariable a ofrecer disculpas por nada. En cambio, Ordzhonikidze fue una persona carismática y temperamental, muy apreciada por sus colegas; estuvo al cargo de la industria pesada en los años más intensos del proceso de industrialización e hizo un trabajo fenomenal en defensa de «sus» plantas y «su» gente. Beria, otro georgiano, es la figura más confusa. Desde que cayó en desgracia, en 1953, fue diana de todos los desdenes y se le acabó viendo como un agresor sexual depravado en extremo y jefe sumo de la represión; ello contrasta sobremanera con la descripción que hizo de él su hijo: la de una persona que prefería la compañía de los intelectuales y se casó con una mujer bella, muy culta, investigadora científica de profesión. Con Kírov ocurre lo contrario: su muerte temprana lo convirtió en un mártir, un chico bueno por definición, al que todo el mundo recordó como su mejor amigo. El rollizo Malenkov parecía ser la quintaesencia del *apparátchik*; ¿quién habría dicho que, tras ser desalojado del poder, se habría metido de lleno en la biología (especialidad de su hijo) y habría coescrito un artículo científico sobre la atracción antigravitatoria? Andréyev, de extracción obrera, viajaba a las provincias a dirigir purgas escuchando a Beethoven en su gramófono portátil. El amenazador Kaganóvich, que tenía complejo de inferioridad con los intelectuales, era conocido por su arrojo físico; y Jrushchov, su antiguo protegido, disimuló su agudeza mental y carácter resuelto bajo la máscara de un «simple campesino».

Las esposas y los hijos de los miembros del equipo tuvieron un papel propio en sus vidas y su interacción mutua, por lo que también formarán parte de mi relato. Los lazos familiares del propio Stalin fueron débiles: una esposa que se suicidó en 1932; el hijo mayor de su primer matrimonio, Yákov, al que desdeñaba; un hijo menor que no se aplicó a ninguna tarea,

Vasili; y Svetlana, su favorita, que en 1967 hizo lo impensable para un retoño del equipo: desertar y refugiarse en Occidente. La mitad de los componentes del equipo fueron «tíos» de Svetlana. Vasili y Svetlana crecieron con los otros hijos del Kremlin, entre los que destacaban los cinco chicos pendencieros de Mikoyán, dos de los cuales fueron detenidos y enviados al exilio durante la guerra. La mujer de Mólotov, Polina Zhemchúzhina, a la que este amaba profundamente, también pasó ocho años en el exilio, acusada de sionismo, mientras él seguía siendo miembro del Politburó; fue una mujer emancipada y poderosa, la fundadora de la industria cosmética soviética. Tanto Beria como Zhdánov tenían un hijo al que apreciaban mucho; con el respaldo de los padres se hicieron intelectuales, como otros muchos descendientes del equipo. Casi todos los «niños del Kremlin», en su vida adulta, siguieron el deseo de sus padres y se mantuvieron alejados de la vida política, en su mayoría tras pasar por la universidad; la generación de Svetlana, de los años de guerra y primera posguerra, se enamoró de Estados Unidos; varios de ellos, incluida la propia Svetlana, cursaron la especialidad de Estudios Americanos en la Universidad Estatal de Moscú. Con la notable excepción de Svetlana, los hijos del Kremlin no perdieron la proximidad con sus padres y, en las décadas posteriores, conservaron viva la memoria de estos.

Cuando se pinta un retrato de grupo, en especial si se incluye el contexto hogareño y social, resulta casi imposible no humanizar a nuestro objeto de estudio, aun si se trata de Stalin. Hay quien considera que este resultado es, por principio, inaceptable, pues quita rotundidad a su maldad esencial. Pero aceptar sin más esta objeción supone dejar a Stalin y sus hombres fuera de la historia, encerrados en el gueto especial de la «esencia de la maldad», ajeno a todo examen. En el contexto de los crímenes nazis, Arendt escribió sobre la banalidad del mal, otro modo de afirmar que el mal lo cometen seres humanos que, vistos de cerca, eran de tamaño natural. En la medida en que los consideremos gigantescos y ajenos a lo humano no podremos ver el mundo desde su perspectiva y, por lo tanto, será muy difícil comprender por qué actuaron como lo hicieron. Por descontado, entender

cómo veían el mundo siempre conlleva el riesgo de justificar sus acciones. Aun así, para un historiador todavía es peor el riesgo contrario: el de no comprender qué estaba ocurriendo porque no se entiende qué creían estar haciendo los agentes de la historia.

En todo caso, no puedo decir que mi propia experiencia confirme la idea de que emprender un estudio personal nos hace apreciar más a esas personas. Ciertamente, uno alcanza cierta familiaridad: con la expresión neutra e impasible de Mólotov en respuesta a los piques, con su quietud, salvo en el tamborileo de los dedos; con la combinación de deferencia lisonjera hacia Stalin, infinita energía e ingenio malicioso que caracterizó a Beria; con las explosiones de Ordzhonikidze, o la habilidad con la que Mikoyán esquivaba los problemas y seguía su camino. En lo que atañe a Stalin, la figura que ha emergido en la historiografía reciente —empezando por el historiador soviético Dmitri Volkogónov durante la Perestroika— es mucho más inteligente y más leída de lo que se pensaba antes de la década de 1990. Podía ser cruel, pero también encantador. Su equipo le temía, pero también lo admiraba y respetaba, y consideraba (con razón) que se hallaba en un nivel superior, en particular en cuanto a determinación y astucia. Desde un punto de vista externo, por descontado, esa determinación se traducía en indiferencia ante el asesinato; y la astucia, a menudo con un matiz sádico, implicaba habilidad para engañarlos. «¡Serás timador, canalla!» era uno de los comentarios más habituales con los que, en privado, se reaccionaba a la lectura de los documentos de Stalin.

Algunos lectores quizá piensen que, para escribir sobre alguien que perpetró tantas maldades como Stalin, no cabe emplear otro modo que el de la indignación sostenida. A mi entender, en cambio, la tarea del historiador es distinta de la propia de un fiscal (o, para el caso, de un abogado defensor). El primer deber del historiador es intentar que la realidad tenga sentido, lo que exige criterios distintos a los de la fiscalía o la defensa. Con esto no niego que haya problemas a la hora de asumir una posición objetiva: por mucho que lo intentemos, todos tenemos nuestros sesgos y opiniones preconcebidas y resulta materialmente imposible describir lo que se ve

«desde ninguna parte». Cuando yo misma leo obras históricas, me encuentro con que, o bien acabo confiando en los autores (por la forma en que manejan las fuentes y presentan los datos) o desconfío de ellos, en cuyo caso por lo general abandono la lectura. Espero ganarme la confianza de mis lectores, pero, si no lo consigo, siempre pueden recurrir a la segunda alternativa.[5]

Esto aún no responde a la pregunta de cuál es mi punto de observación, que no puede ser «ninguna parte». Los historiadores sociales de la Unión Soviética —entre los que me incluyo por uno de mis libros anteriores, *Stalin's Peasants*— suelen situarse al lado de las víctimas. Pero esto no funciona bien para la historia política; los campesinos de mi libro tenían opiniones claras sobre Stalin, pero muy poca información fiable y ninguna ocasión de observarlo de cerca. En el presente libro observo a Stalin (quien, nos guste o no, es el centro de esta historia) desde el interior de su equipo. Es una atalaya distinta a la habitual y creo que ofrece perspectivas novedosas. El equipo de Stalin sabía más sobre él que ninguna otra persona, pues disponía de una información sin paralelo y ocasiones de observar asimismo sin igual. Además, sus miembros lo veían de una forma compleja, como se corresponde con el hecho simultáneo de ser compañeros de armas y víctimas potenciales; y en sus vidas posteriores, tras abandonar Stalin el trono en 1956, tuvieron que asumir esa complejidad. Debo reconocer que, por otro lado, también hay una razón personal para adoptar este punto de vista. Stalin siempre temió la posibilidad de que un espía se adentrara en su ambiente y lo observara de cerca. En este libro, yo soy ese espía.

Me parece necesario aportar alguna precisión sobre las fuentes. El archivo del Politburó es relativamente escaso, en parte porque este órgano era poco amigo de que se redactaran actas sobre las deliberaciones (en origen, en la década de 1920, porque no lograba evitar las filtraciones, ni nacionales ni internacionales). La correspondencia con los miembros del equipo es una fuente fabulosa para la mayor parte del período de preguerra; aunque después de la contienda la faceta personal desaparece, por fortuna, en esta época, Stalin se ausentó aún más que antes de Moscú, con lo que él

y el Politburó se cruzaron numerosas cartas y telegramas. La historia soviética está llena de mitos que pasaron a formar parte del folclore tanto moscovita como sovietológico. Me ocupo de ellos con una mezcla de escepticismo y, en ocasiones, de reconocimiento del hecho de que los mitos han resultado ser ciertos. Para la década de 1950 recurro a otra clase de folclore: las cartas sobre los sucesos de la época que los ciudadanos soviéticos enviaban a los líderes, como una especie de «coro griego» que comentaba sobre la transición y sus consecuencias.

La abundancia de memorias y de entrevistas realizadas a figuras ya entradas en años fue uno de los placeres, y también desafíos, de este proyecto. Por descontado, al menos hasta cierto punto, todas tienden a justificar a sus protagonistas y responden a sus intereses personales; y un gran número se escribió mucho después de los hechos, o las compusieron los hijos (de Beria, Malenkov o Jrushchov) a partir de lo que recordaban que sus padres les dijeron en su momento. Como historiador, el cabildeo es obvio: todas esas fuentes defienden intereses particulares; pero un libro como el presente no se podría haber escrito sin ellas. Soy consciente —¡cómo no!— de que quienes nos legaron la narración más detallada (Jrushchov y Mikoyán) establecieron de forma privilegiada su versión de los hechos. Otro sesgo inseparable de las fuentes que es preciso mencionar es que, en correspondencia con los fines de memorialistas y de historiadores soviéticos, algunas personas quedaron convertidas en «las malas de la película» y otras fueron santificadas. Beria, ejecutado en 1953, cae en la primera categoría. La segunda incluye a Kírov, asesinado en 1934, y a Kalinin, que en época soviética fue designado como el favorito del equipo entre el pueblo. (Dicho sea de paso, sospecho que no era así y que el favorito del pueblo era el militar Voroshílov, genial y a veces algo temerario.)

El archivo personal de Stalin es abundante, pero también una obra exquisita, cuidadosamente recortada y elaborada por una diversidad de manos, incluidas las del propio líder soviético. Stalin, un maestro de la manipulación, que fácilmente podía adoptar los dos puntos de vista de una

discusión en contextos diferentes (lo que no supone afirmar que, por perseguir unos fines, careciera de principios; a su manera, los tenía), era capaz de mentir con absoluta desfachatez; pero también de decir la verdad de un modo inesperado, aunque siempre calculado. Poseía una imaginación viva y creativa que, en su juventud georgiana, lo acercó a la práctica de la poesía; y en época soviética le aportó muchas satisfacciones en el acto de imaginar guiones para los juicios amañados. Según se ha podido comprobar, también era un profesional excelente de la edición y corrección de textos ajenos, incluidas las cuestiones de puntuación y gramática. En la partida de la memoria, juega con desventaja porque no dejó ninguna versión propia y fue el único miembro del equipo cuyo descendiente, Svetlana, legó unas memorias en las que no estaba de su parte.

Aunque este libro se ha documentado en archivos y fuentes primarias como es propio de las obras más eruditas, no se ha redactado en estilo académico. Habría sido una pena desperdiciar todo el dramatismo y dejar de lado los detalles personales que, a mi entender, daban vida al equipo. Además, la era de Stalin aún interesa al público más general, y en particular a quienes vivieron la Guerra Fría. En el pasado he escrito mucho sobre los aspectos sociales, culturales y cotidianos de la experiencia soviética, pero es mi primera incursión de gran calado en la alta política o la biografía. Como pretendo que sea un libro divulgativo, por lo general no he hecho hincapié en las polémicas entre expertos. En la bibliografía solo incluyo las obras secundarias que se han citado en el texto, a menudo como fuente factual. Pero también me dirijo a los lectores especializados, por lo que he incluido notas detalladas que les permitirán ver dónde he obtenido la información (aunque, para evitar un exceso de llamadas en el texto principal, he preferido agrupar las citas, en lugar de mencionarlas una por una, indicando en negrita a qué cuestión se refiere cada dato). La conclusión también se detiene a poner de relieve qué aporta este libro a los debates académicos.

Los lectores que conozcan mis trabajos anteriores reconocerán algunos temas del pasado; en especial, el énfasis en el interés institucional por la alta política, las redes de patrocinio y las interacciones cotidianas. En cierto

sentido, he escrito otro *Everyday Stalinism* trasladándome del medio urbano y popular de este libro anterior al mundo extraño y aislado del Kremlin. Pero en el transcurso de mi investigación también he dado con descubrimientos inesperados; cuestiones que me sorprendieron a mí y que espero que sorprenderán también a mis colegas de especialidad. Cuando empecé, conocía la década de 1930 mucho mejor que los períodos de posguerra y posestalinista, y suponía que esta era la fase más vivaz e interesante del equipo en cuanto tal equipo. Me parecía probable que las Grandes Purgas hubieran dejado al grupo sin vitalidad. Dediqué cierto tiempo a los archivos del Politburó de 1939-1940 y observé que, mientras Stalin parecía estar trabajando con normalidad, el resto, aunque estaban activos —de hecho, trabajaban con denuedo por reparar los daños de las purgas— se mantenían muy acogotados. Ahora bien, ¿era un cambio temporal o permanente?[6]

Mikoyán, en sus memorias, defendió que la segunda guerra mundial fue la fase de mayor eficacia del equipo, su «hora mejor», por decirlo con el sintagma que Churchill hizo popular. Desde luego, esto era incompatible con la hipótesis de que las Grandes Purgas habían puesto fin a la vitalidad del equipo. Además, en el período de posguerra se dio una anomalía: Stalin no fue capaz de expulsar a Mólotov y Mikoyán del poder político y de su propio círculo social, a todas luces debido a la resistencia del grupo. Hasta entonces, Stalin había gozado de la prerrogativa de expulsar a quien quisiera, sin mayor obstáculo; sin duda, en esta fase el equipo gozaba de buena salud, o al menos de la capacidad de devolver los golpes. Más adelante, cuando empecé a centrarme en el período posestalinista, me llamó la atención la excelencia con la que el equipo acertó a gestionar la transición, por mucho que se temiera que, sin el gran líder, todo el edificio se derrumbaría. Como si fuera lo más natural del mundo, el equipo sin Stalin se transformó en un grupo de liderazgo colectivo y, por si fuera poco, reformista.

Hubo un tiempo durante el cual los retratos de los miembros del equipo eran portados en los desfiles del Día del Trabajo, junto con los de Stalin, y

se bautizaba con su nombre una multitud de ciudades, fábricas, granjas colectivas e instituciones culturales de todo el país, lo cual parecía asegurarles la inmortalidad. Luego se produjo el destronamiento parcial de Stalin, en 1956 y 1961; la expulsión de Mólotov, Malenkov y Kaganóvich en 1957, y después de Jrushchov, en 1964; por último llegó también el hundimiento de la Unión Soviética, en 1991. La ciudad de Mólotov recuperó su antiguo nombre de Perm en 1957. Durante la Perestroika, se borraron los nombres del equipo de toda una serie de ciudades norcaucásicas y ucranianas, como Lugansk/Luhansk (Voroshilovgrado) y Mariúpol (Zhdánov). En Rusia, la que fuera capital durante algunos años de guerra, Kúibyshev, recobró el nombre de Samara en 1991. Solo Kalinin y Kírov siguieron en los atlas, probablemente por carambola. Kírov fue el más afortunado; no solo retuvo la ciudad y la provincia homónimas en los Urales (anteriormente, Viatka), sino también el Ballet de Kírov, aunque ahora esté en San Petersburgo, no en Leningrado. Kalinin gozó de una suerte mixta: perdió Tver, en la Rusia central, pero retuvo Kaliningrado, el nombre dado a Königsberg cuando fue adquirida por la Unión Soviética al terminar la segunda guerra mundial.[7]

Stalin también perdió en la cuestión de la toponimia. En 1961, Stalingrado pasó a llamarse Volgogrado, y el mismo destino correspondió a Stálino, en Ucrania (hoy Donetsk), y la capital tayika de Stalinabad (hoy Dushambé). En la Rusia de Putin aún hay polémica al respecto de si Volgogrado debería recuperar el nombre anterior para hacer hincapié en su pasado heroico, como emplazamiento de la batalla de Stalingrado, en la segunda guerra mundial. El nombre de Stalin no corre riesgo de desaparecer de la conciencia rusa. Pero los nombres de los otros miembros del equipo, salvo quizá los de Mólotov y Voroshílov, probablemente se habrán olvidado con la próxima generación. Nadie va a pedir que Perm se llame otra vez Mólotov, y la recién proclamada República Popular de Lugansk, en Ucrania oriental, aunque ha vuelto la mirada hacia Rusia, no se ha planteado llamarse de nuevo Voroshilovgrado.

El equipo no necesariamente se quejaría por tal desatención. Con la excepción de Jrushchov (y Beria, si hubiera dispuesto de la ocasión), no pretendían hacerse con un lugar propio en la historia, sino que se contentaban en general con ser compañeros de armas de Stalin en la gran obra de la construcción del socialismo; un proyecto que, a su entender, quedaba al margen de la historia, aunque no sea así como lo vemos hoy, desde la perspectiva del siglo XXI. El equipo solía decir, de forma modesta pero certera, que Stalin era el eje sobre el cual rodaba el conjunto, en el sentido de algo que les resultaba innegable: que no podrían haberlo hecho sin él. Pero también es cierto lo contrario: Stalin no lo habría podido hacer sin su equipo. Para bien o para mal, que este sea su epitafio.

1

El equipo emerge

En el principio fue el equipo de Lenin. Vladímir Ilyich Lenin era el capitán, como lo venía siendo desde 1903, cuando los revolucionarios marxistas rusos se escindieron en dos grupos, bolcheviques y mencheviques. La facción de Lenin adoptó el apelativo de *bolcheviques*, o grupo mayoritario, calificando a su oposición de «minoritaria» (*mencheviques*). Pero la realidad era otra: los bolcheviques eran menos numerosos que los mencheviques y fue Lenin —el más intransigente y menos conciliador de los líderes del partido— quien provocó la división. No se admitían discusiones sobre la capitanía bolchevique: quien no quería someterse a Lenin debía irse a otro lugar. Lenin y otros muchos revolucionarios se refugiaron en Europa en los años anteriores a la primera guerra mundial, huyendo de la policía secreta zarista; en su equipo había otros *émigrés* como Grigori Zinóviev y el joven Nikolái Bujarin lo bastante atrevidos como para discutir con Lenin sobre la teoría del imperialismo y el capitalismo de Estado. Pero su partido también tenía apoyo en la clandestinidad revolucionaria rusa, los conocidos como «hombres del comité», veteranos de la prisión y el exilio, como el georgiano Iósif Stalin y el ruso Viacheslav Mólotov.

La clandestinidad acogía a personas más rudas que los emigrados, con menor formación cultural y surgidos de posiciones inferiores por varios puntos en la escala social. Muchos de ellos, como el ruso Mijaíl Kalinin y el letón Yan Rudzutak, eran de clase trabajadora, como le correspondía a un partido que se calificaba a sí mismo de «proletario». Rusia era un imperio

multinacional y el movimiento revolucionario ruso —el Partido Bolchevique incluido— contaba en sus filas con tantos rusos como no rusos. Ello reflejaba el resentimiento de las minorías nacionales contra las políticas de «rusificación» del Antiguo Régimen. Los judíos eran de los más numerosos —por ejemplo Zinóviev, Kámenev y otro secuaz posterior de Stalin, Lázar Kaganóvich—, con grupos cuantiosos del Cáucaso (en especial georgianos y armenios) y bálticos (ante todo letones), así como ucranianos y polacos. El Comité Central bolchevique elegido en agosto de 1917 constaba de ocho rusos, seis judíos, dos letones, dos ucranianos, un polaco, un georgiano y un armenio.[1]

En Rusia, tras la Revolución de Febrero, hubo un «gobierno provisional» de orientación liberal; pero su poder era más bien precario. No logró sacar al país de la primera guerra mundial —pese a las derrotas, las cuantiosas bajas y, desde el verano, las deserciones masivas del frente— y este hecho intensificó el malestar popular. Espoleados por la impaciencia de los obreros, marinos y soldados radicalizados, en octubre los bolcheviques asaltaron el poder en Petrogrado. El principal organizador del golpe fue un antiguo *émigré* menchevique, León Trotski, que se unió a sus antiguos adversarios bolcheviques cuando comprendió que Lenin aspiraba en serio a hacerse con el poder. Pero fue Lenin, desde luego, quien encabezó el nuevo gobierno. Este era casi por entero bolchevique, pues Lenin tenía muchos reparos ante la posibilidad de cooperar con los revolucionarios ajenos a su partido. Pero ni siquiera el hecho de que el gobierno fuera monocromo bastó para anular las disensiones internas.

Durante la guerra civil de 1918-1921, en el partido se formaron varias facciones (una de ellas, en torno de Trotski), pero Lenin estaba resuelto a machacarlas. El modo en que lo hizo representó toda una lección para Stalin y varios de los futuros miembros de su equipo. Lenin aspiraba a vetar la división dentro del Partido Bolchevique, como logró de hecho en 1921: creó una facción propia de organización mucho más estricta que las de sus oponentes, y en particular que la de Trotski, que estaba menos interesado en consolidar un grupo que en resolver una cuestión candente: imponer el

trabajo forzoso tras la primera guerra mundial, una idea a la que los sindicatos se oponían con ferocidad. El bando leninista manejaba incluso acuerdos conspirativos, reuniones secretas y listas de candidatos de la oposición a los que derrotar en las elecciones a delegados provinciales del siguiente congreso nacional del partido. Lenin también sugirió llamar a un antiguo camarada de la clandestinidad para que, con una imprenta manual ilegal, les proporcionara panfletos. Como conspirador veterano, Lenin disfrutaba de todo el proceso y se mofaba de un Stalin —su mano derecha en lo que atañía a la organización del partido— que se lamentaba de que, para acabar con las facciones, todo se centrara precisamente en crear una facción. En cambio Mólotov, el futuro «número dos» de Stalin, se enorgullecía de haber formado «parte del complot contra Trotski en 1921». En las provincias, dos jóvenes bolcheviques —ambos, futuros miembros del equipo— atrajeron la atención de Lenin y Stalin por sus excelentes servicios a la facción de Lenin: Anastás Mikoyán, armenio de veintidós años, y Lázar Kaganóvich, de veintisiete, un judío de clase trabajadora originario de la Zona de Residencia. Ambos prepararon la victoria en los crudos enfrentamientos locales entre las facciones, en la ciudad de Nizhni Nóvgorod (junto al Volga) y en el Turkestán, respectivamente. Sergó Ordzhonikidze, un georgiano relacionado con Lenin desde 1911, también luchó por la facción de Lenin frente a una oposición intensa, en el Cáucaso. [2]

El brillante y arrogante Trotski era el segundo hombre del país, en aquellos momentos, gracias a lo que consiguió en la guerra civil y a haber creado y liderado el Ejército Rojo. En 1921 contaba cuarenta y dos años —era casi de la edad de Stalin y nueve años menor que Lenin— y era miembro del Politburó (el organismo del partido que tomaba las decisiones principales) junto con Lenin, Zinóviev, Kámenev, Stalin y un trío de «candidatos» más jóvenes, sin derecho a voto: Mólotov, Bujarin y Kalinin. Según la posterior versión de Trotski, los conflictos de 1920-1921 no le distanciaron de Lenin. Pero Lenin al menos se tomaba esa proximidad con cautela. Trotski no solo había sido un adversario vigoroso en diversas

polémicas prerrevolucionarias sobre la teoría marxista, sino que además era el héroe carismático de la Revolución de 1905, la Revolución de Octubre de 1917 y del triunfo en la guerra civil. En otras palabras, deseara o no desafiar el liderazgo de Lenin, era un competidor de primer orden. Para los jóvenes bolcheviques, en particular los que habían servido con el Ejército Rojo durante la guerra civil, Trotski venía a representar una figura de culto. Pero los que habían estado en el Partido Bolchevique antes de 1917 —los «viejos bolcheviques», según se los dio en llamar— tendían a mirarlo con suspicacia, entendiendo que solo se les había sumado a última hora.

Stalin, en comparación, todavía era una figura borrosa. Como hijo de un zapatero de las provincias georgianas, y sin haber completado la educación secundaria en el seminario, era uno de los clandestinos «hombres del comité» que tuvieron como experiencias formativas la conspiración, la prisión y el exilio. Su vínculo con Lenin era anterior a la revolución —lo había visitado en Polonia en 1912, ganándose el apodo de «el georgiano maravilloso»—, pero solo habían colaborado estrechamente desde que Lenin volvió al país, en abril de 1917. Aunque en un principio, como otros bolcheviques radicados en Rusia, quedó desconcertado por la intransigencia de Lenin y su negativa a cooperar con otros partidos revolucionarios, pronto se acomodó a su línea y le apoyó en la controvertida cuestión del golpe de Estado (frente a la oposición de Zinóviev y Kámenev). Durante la guerra civil sirvió en Tsaritsyn (luego llamada Stalingrado) y él y su amigo Klim Voroshílov tuvieron conflictos tan graves con Trotski, jefe del Ejército Rojo, que Lenin tuvo que mediar. Stalin, cuyo carácter tiraba a lo solitario, mejoró las conexiones sociales en el movimiento bolchevique con su segundo matrimonio: durante la guerra civil se casó con Nadia Alilúyeva, hija menor de un famoso revolucionario del Cáucaso. Era un hombre discreto; en aquellos primeros años, casi nunca expresó sus opiniones sobre el Politburó. En cambio destacaba en la organización del partido y la gestión del personal, y llevaba la cuenta de qué comités locales necesitaban apoyo y en qué delegados cabía confiar en que votarían por la facción de Lenin en los congresos anuales del partido.

Como ni era un buen orador ni participaba de forma notable en los debates teóricos del partido, en la década de 1920 no se lo veía como un rival en competencia. Casi todo lo que se afirma sobre él en este período es negativo; Trotski y otros intelectuales del partido lo valoraban con apelativos desdeñosos como «mediocridad», «nadería», «político de provincias». Nikolái Sujánov, intelectual revolucionario que no era afiliado del Partido Bolchevique pero conocía a todos cuantos tenían alguna relevancia en su seno, solo recordaba «la impresión de un borrón gris, que aparecía levemente de vez en cuando, sin dejar huella». Otro intelectual cosmopolita describía al Stalin de 1919 como «espantoso y banal, como una daga caucásica»; salvo en la «banalidad», sin embargo, quizá son palabras proféticas. A juicio de alguien que colaboró con el Comité Central en los primeros años veinte, Stalin era un hombre disciplinado, secretista y cauteloso, consciente de que su formación era inferior a la de muchos de sus colegas del Politburó, y con una vena vengativa. Stalin, orgulloso y susceptible, sabía qué pensaban los otros de él, y le sentaba mal. Pero Lenin acudía a él «siempre que se necesitaban dureza o taimería».[3]

Entonces, cuando los soviéticos solo llevaban cinco años en el poder, sobrevino el desastre. Lenin sufrió un primer derrame cerebral el 24 de mayo de 1922, y otro en diciembre, lo que puso fin a su participación activa en la política. Durante más de un año, con Lenin moribundo, el partido quedó atenazado por una crisis de liderazgo. En la ausencia de Lenin, el partido —y, por extensión, el país— fue regido desde el Politburó por Trotski, Stalin, Zinóviev, Kámenev, Mijaíl Tomski y un miembro recién elegido, Alekséi Rýkov, que había sido el segundo de Lenin en la jefatura del gobierno y ahora le sucedía en ese puesto. Stalin era el secretario general del partido; Kámenev encabezaba el Sóviet de Moscú; Zinóviev dirigía al partido en Leningrado; Trotski era el responsable de las fuerzas armadas, y Tomski, de los sindicatos. Tras quedar apartado por la enfermedad, Lenin desarrolló una actitud crítica y casi hostil hacia el conjunto del equipo, al que reprochaba una tendencia «oligárquica». Tanto si esto representaba una conversión tardía a la democracia, según se ha

afirmado, como si no era así, es indudable que Lenin se molestó sobremanera al quedar marginado de la toma de decisiones. Una semana después de la segunda apoplejía, Lenin compuso un documento bastante incoherente, conocido *a posteriori* como su «testamento», en el que analizaba a todos los posibles sucesores... y los suspendía a todos. Había dos «líderes destacados», Stalin y Trotski, cuyos rasgos de personalidad, sin embargo, podían «acabar acarreando la división» del partido. Stalin, en su calidad de secretario general del partido, había «concentrado en sus manos un poder enorme» que quizá no siempre sabría usar con prudencia; y en cuanto a Trotski, aunque «personalmente era el más dotado» para la dirección, tendía al exceso de confianza y de autoritarismo. A las pocas semanas, Lenin añadió una posdata muy crítica con Stalin: era «demasiado brusco» y la secretaría general debía pasar a otra persona «más paciente, más leal, más respetuosa y atenta con los camaradas, menos caprichosa, etcétera».[4]

En parte, el disgusto de Lenin tenía que ver con el desacuerdo en la cuestión de las nacionalidades, el único tema en el que Stalin afirmaba ser un experto de primer orden. La recién formada Unión Soviética incluía territorios en el Cáucaso —las futuras repúblicas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán— que ya habían formado parte del viejo imperio ruso y quedaron incorporadas al Estado revolucionario con distintos grados de voluntariedad. La más reticente había sido Georgia; en los primeros años de la década de 1920 era candente la cuestión de si debía conservar su condición de república autónoma o bien sumarse a una Federación Transcaucásica. Stalin era el principal defensor de la Federación; Lenin la respaldaba, pero sin hacer caso omiso, como Stalin, de la inquietud de los bolcheviques georgianos que se oponían a la idea. Cuando llegó la noticia de que Sergó Ordzhonikidze, aliado de Stalin en la región, había atacado a uno de los adversarios locales, Lenin se enfureció. Era como si, con la enfermedad, hubiera regresado a los códigos de honor y decoro de su respetable educación provinciana, allá en la década de 1880.

La reacción de Lenin ante la cuestión del Cáucaso, extraña por su distancia con los bolcheviques, corrió en paralelo a la furia con la que reaccionó a la grosería de Stalin con su esposa, Nadezhda Krúpskaya. Stalin, que en sus relaciones personales solo había modificado en parte su machismo georgiano, siempre se sintió incómodo ante esposas como Krúpskaya, mujeres firmes que eran veteranas del partido por sí mismas, que no aceptaban la subordinación y desdeñaban las artimañas femeninas. Cuando los colegas del Politburó encomendaron a Stalin la desagradable tarea de procurar que Lenin cumpliera el descanso ordenado por los médicos, estaba casi cantado que chocaría con Krúpskaya. Como esposa leal —«camarada», habría dicho ella—, Krúpskaya buscaba el modo de satisfacer la ansiedad de Lenin llevándole periódicos, transmitiendo mensajes para los compañeros y manteniéndole al día en lo posible. Stalin la increpaba con rudeza y, cuando Lenin lo supo —poco antes del tercer derrame, que sufrió en marzo de 1923—, escribió con frialdad que quien insultaba a su esposa lo insultaba a él; con ello volvía de nuevo a las normas en las que fue educado, pues los bolcheviques no hablaban así de sus mujeres. Amenazó con romper las relaciones hasta que Stalin ofreciera sus disculpas. Stalin se sintió tremendamente dolido por el desprecio de un hombre al que, según le dijo a la hermana de Lenin, «amaba con todo su corazón». Aun así, solo se disculpó a regañadientes: creía que Lenin se estaba mostrando por entero irrazonable y que era Krúpskaya la que estaba actuando mal. Le dijo a Mólotov, con resentimiento: «Solo porque mea en el mismo sitio que Lenin, ¿se supone que tengo que mostrarle el mismo aprecio y respeto que a Lenin?». Mólotov, aunque no admiraba a Krúpskaya, había tenido una educación distinta y consideraba de mal gusto las palabras de Stalin.[5]

Lenin falleció el 21 de enero de 1924. En su funeral, el 27 de enero, todos los miembros del Politburó —Stalin, Kámenev, Zinóviev, Tomski y los «candidatos» Mólotov, Bujarin y Rudzutak— llevaron el féretro junto con Félix Dzerzhinski, el respetado bolchevique polaco que había fundado la Checa (policía secreta). Trotski, magullado por la lucha política con los

colegas del Politburó, se recuperaba en el sur de una enfermedad y declinó volver a Moscú para el funeral; en el plano personal fue una decisión extraña, a la luz de su declarado apego a Lenin, y en el plano político supuso el suicidio.

La carrera por la sucesión estaba en marcha. Fue una pugna rara. En primer lugar, no existía un cargo formal de jefatura del partido por el que competir. Los otros líderes afirmaban de forma unánime —y probablemente sincera, al menos por un tiempo— que nadie podía sustituir a Lenin. El Politburó nunca había dispuesto de una jefatura oficial; se lo concebía como un grupo de iguales, aunque desde luego Lenin iba a la cabeza de todos esos iguales. Una segunda rareza, consecuencia de la anterior, fue que la «pugna por la sucesión» (según la denominan los historiadores) no fue una carrera manifiesta por el liderazgo. Se empeñaron más bien en imponer la unidad frente a la «división interna» y la resistencia al gobierno de la mayoría, aunque esto se utilizó para disimular ambiciones personales (e ilegítimas) de hacerse con la dirección. La división en bandos, aunque oficialmente prohibida, no dejó de ser una pesadilla: «en el partido, el liderazgo formaba una capa muy delgada, tan delgada que no paraba de agrietarse una y otra vez», según el recuerdo posterior de Mólotov. Como les pasó a los jacobinos en la Revolución Francesa (un precedente de revolución fallida que estaba muy presente en la cabeza de los miembros del partido), los bandos internos podían terminar con el bolchevismo. Su control del poder era débil: podía fallarles y acabar así con toda la revolución; sin duda, con el apoyo de las potencias hostiles del capitalismo occidental, que ya habían intentado lograr ese fin antes, al intervenir en la guerra civil.[6]

Trotski era la amenaza más obvia. No era un bolchevique de los «viejos»; en 1920 se le había reprochado que causara división interna, debido a desacuerdos en las medidas que adoptar; además —siempre con la analogía de la Revolución Francesa en mente— el modo en que había liderado el Ejército Rojo durante la guerra civil facilitaba que se lo viera como un Napoleón en potencia. En realidad, lo suyo no era organizar facciones, pues era impaciente, testarudo y sarcástico, y despreciaba a quien

no poseía su mismo intelecto. Probablemente ni siquiera le interesaba dirigir el partido. Pero le gustaba ver triunfar su criterio, adoraba discutir sobre las orientaciones prácticas de la política y se consideraba a sí mismo como el principal teórico marxista del partido. No es de extrañar que sus colegas del Politburó, a los que mostraba escaso respeto, creyeran que aspiraba al liderazgo; en especial, los que también lo deseaban para sí mismos, esto es: Zinóviev y Stalin.

Lenin no era el único que se inquietaba por la posible muerte de la democracia revolucionaria. Desde luego, todos los bolcheviques defendían el control centralizado de un partido único, pero estaban acostumbrados a un grado notable de independencia por el que el partido acogía multitud de opiniones; en la práctica, esto se traducía también en una considerable autonomía local. El Partido Bolchevique estaba habituado a hacer la revolución, pero ahora que estaba en el poder, debía modificar su *modus operandi*. El proceso se denominó «burocratización» y todos los líderes bolcheviques afirmaron estar en contra de ese cambio y se culparon mutuamente de que ocurriera.

Había otros problemas a los que atender. Uno era la política económica. Durante la guerra civil, los bolcheviques habían intentado imponer la nacionalización plena en las ciudades; fracasaron y optaron por legalizar de nuevo parcialmente el mercado, mediante la que se dio en llamar «Nueva Política Económica». Las confiscaciones de la guerra civil habían provocado enfrentamientos graves con el campesinado —que aún seguía representando el 80 % de la población—, lo cual obligó a dejar la agricultura en la misma condición en que estaba: no solo no socialista, sino precapitalista («atrasada», por usar el insulto favorito de los bolcheviques). Pero los bolcheviques eran modernizadores socialistas, además de revolucionarios. Si no lograban que la economía se modernizara según los principios socialistas, su revolución habría fracasado. El *quid* era cómo y cuándo hacerlo.

El año de interregno, 1923, fue un período de análisis intenso dentro del propio partido. Trotski defendía políticas económicas más atrevidas; otros

pedían un partido más demócrata. Los líderes aceptaron estudiar con ambición los grandes temas. Esto ponía de manifiesto la fortaleza del partido —dijo Stalin, con voluntad de hacer de la necesidad, virtud—, no su confusión o debilidad. Por descontado, había límites: el partido era un arma de combate, no un espacio para charlar sobre el trabajo (en palabras de Stalin, otra vez), y según admitió Zinóviev con franqueza, cuando la necesidad obliga, «todo revolucionario dice: al diablo los principios "sagrados" de la democracia "pura"». Trotski y sus partidarios participaban con especial afán en los debates, y cuando este publicó un manifiesto en el que pedía adoptar un «nuevo rumbo» que reavivara el espíritu revolucionario, corrigiera el anquilosamiento del partido y atrajera a los más jóvenes, sus compañeros de la vieja guardia no lo recibieron con placer.

En el invierno de 1923-1924, los debates se convirtieron en una especie de campaña electoral, porque en esas fechas los comités locales del partido debían seleccionar a los delegados para la próxima XIII Conferencia del Partido. La «Oposición», como se la empezaba a denominar, envió portavoces a los diversos comités locales; no acudía Trotski en persona, pues enfermó y sufría crisis repetidas, sino sus partidarios, así como defensores de una mayor democracia en el partido (como bando distinto, sin representación en el Politburó). La oposición a la Oposición, que iba adoptando el nombre de «mayoría del Comité Central», también activó sus recursos, con Zinóviev como portavoz más visible. Es difícil determinar cuántos apoyos había logrado la Oposición. Por lo general, los éxitos iniciales obtenidos en Moscú quedaron anulados tras la llegada de los pesos pesados de la mayoría del Comité Central, cuya capacidad de persuasión, además, se veía reforzada por la especialidad de Stalin: imponer la disciplina bajo cuerda. Sin embargo, es probable que la «mayoría» no tuviera más derecho a este título del que tenían los bolcheviques en 1903, y su victoria fue decisiva. De los 128 delegados con voto que se reunieron en la conferencia del partido en enero de 1924, solo tres pertenecían a la Oposición. En un poderoso discurso ante la conferencia, que marca el paso

a un papel de liderazgo público más visible, Stalin se mofó de Trotski como de un converso tardío a la democracia —durante la guerra civil había destacado por la disciplina rigurosa y la centralización— y le acusó de dividir al partido con afán de liderazgo, según dio a entender: se había «contrapuesto a sí mismo al Comité Central haciendo correr la idea de que era un superhombre situado por encima del Comité Central», dijo Stalin.

Fue el principio del fin de Trotski, aunque siguió siendo miembro del Politburó con derecho a voto, y su voz resonó con fuerza e insistencia en sus debates durante varios años más. En el XIII Congreso del Partido, celebrado el mes de mayo siguiente, su discurso fue mucho menos ambicioso. Intentó añadir un toque de humildad, diciendo que «el partido siempre tiene la razón» porque tenía la historia a favor. Algunos años más tarde, esto no habría llamado la atención, pero en 1924 todavía era inusual, y puesto en boca de alguien tan tenaz como Trotski —que había criticado ferozmente a los bolcheviques hasta que se unió a ellos en junio de 1917— sonaba sencillamente hipócrita. La viuda de Lenin, Krúpskaya, se mofó de estas palabras.[7]

Si el XIII Congreso del Partido, de marzo de 1924, fue un mal momento para Trotski, para Stalin tampoco fue bueno. Unos pocos días antes de que se inaugurase, Krúpskaya había ido pasando la carta que se acabó conociendo como «el Testamento de Lenin», y los líderes del partido —todos ellos objeto de crítica en el texto— tuvieron que apresurarse a decidir qué hacían. En contra de lo que Lenin había pedido, resolvieron que la carta no se divulgaría ante todo el congreso, tan solo circularía entre un grupo selecto de delegados provinciales. Stalin se ofreció a dimitir como secretario general, pero nadie le tomó la palabra. Para él fueron momentos tensos e infelices. Según se dijo, en mitad del congreso huyó de Moscú para refugiarse en una dacha en la que se negó a admitir a nadie, salvo a la esposa de Tomski, María, «que se sentó a su lado durante dos días y dos noches, lo alimentó con una cucharita y lo cuidó como a un niño» hasta que se lo pudo convencer de que regresara a Moscú. «Se le ha insultado de un modo que no merece», se lamentó Tomski. María era amiga de Nadia, la

esposa de Stalin, cuya ausencia (de Nadia) en el episodio es notable: la pareja no se llevaba bien.

En esta misma época aparecen también otros signos de un Stalin inusualmente vulnerable. Unos meses más tarde, Stalin recibió una carta de un miembro de la Komsomol de las provincias del norte, donde expresaba su ferviente apego político por él y le pedía permiso para adoptar su apellido, dado que Stalin era el discípulo genuino de Lenin. Stalin respondió en persona (aunque lo esperable era que esta labor se delegara en un secretario) y su respuesta suena casi como el *cri de coeur* de un hombre solitario agradecido por una palabra amable: «Nada tengo que objetar a que adopte el nombre de Stalin; por el contrario, me complacerá mucho, pues tal cosa me dará la ocasión de tener un hermano menor (no tengo hermanos ni los he tenido nunca)». La carta se escribió unas pocas semanas después de que Stalin fuera relevado de sus labores como secretario del Comité Central, tras haber renunciado al puesto con la excusa de que debía apartarse por razones de salud. Pidió que lo enviaran «al distrito de Turujánsk [un pueblo gélido de la zona septentrional, en la provincia de Krasnoyarsk, lugar de su último exilio prerrevolucionario], a la provincia de Yakutsk o algún otro lugar remoto en un puesto discreto». En otras palabras, solicitaba que lo enviaran lo más lejos posible y —pidió al Comité Central que decidiera en su ausencia— sin que tuviera que verse con los camaradas ante los que había sido humillado.[8]

El Comité Central no lo despachó a Turujánsk, por descontado. Ni siquiera lo apartó de la posición de secretario general y, tras unas vacaciones, en otoño, Stalin volvió al trabajo. Pero sus amigos y compañeros no olvidaron que aquellos fueron años malos en los que el ego de Stalin quedó dolido. Por lo general se da por sentado que Stalin ya se veía a sí mismo como el líder del futuro y puso en práctica una estrategia sistemática para ir librándose de los competidores, uno por uno. Esto quizá sea cierto, pero solo desde nuestro punto de vista del presente, una vez que sabemos que él se impuso. Según lo recordaba Stalin más tarde, eran *los demás* quienes habían salido *a por él*, no a la inversa.

Aunque se sentía acosado, Stalin había empezado a reunir en torno a sí a un grupo de partidarios, al igual que sus rivales Trotski y Zinóviev. En comparación con los demás, en el equipo de Stalin escaseaban los intelectuales, los cosmopolitas, los judíos y los antiguos emigrados; en cambio contaba con más obreros y más rusos, así como con un contingente sustancial del Cáucaso. Este carácter proletario, como el origen ruso, tenía su importancia para la legitimidad del equipo. En una polémica con Trotski, Mólotov se jactaba de contar con «auténticos [proletarios] rusos» como Kalinin, Voroshílov y Tomski, en contraste implícito con los intelectuales judíos presentes en la Oposición. Stalin se congratulaba de que «nuestros proletarios» confiaran cada vez más en sí mismos y añadió a Rudzutak a la lista de Mólotov. La «resistencia» o «dureza» de los bolcheviques (*tverdost'*), vista como una cualidad natural de los obreros, no así de los intelectuales, era especialmente apreciada en el equipo de Stalin, varios de cuyos miembros habían trabado lazos mutuos colaborando en distintos frentes de la guerra civil. Pero Stalin también valoraba la competencia, la energía y la capacidad de trabajar con intensidad. El ambiente del equipo ha sido caracterizado como de «conspiración, compañerismo y humor grueso masculino».[9]

El primer recluta notable del equipo de Stalin fue Viacheslav Mólotov. Aunque se conocían desde 1912, no eran particularmente próximos, en el plano de la amistad personal. Hubo algunas fricciones en 1917, cuando, tras regresar del exilio Stalin y Kámenev, Mólotov perdió el liderazgo del Comité de Petrogrado. En la guerra civil, Mólotov se distinguió menos que Stalin, pero logró contraer matrimonio con una mujer interesante y de fuerte carácter: Polina Karpóvskaya, más conocida por el nombre que empleaba en el partido: Zhemchúzhina. Era hija de un sastre y conoció a su marido mientras servía como comisaria política en el Ejército Rojo (la respetable familia rusa de Mólotov, de provincias, la desdeñaba por ser una judía cualquiera). Mólotov gozó de un ascenso claro en 1921, cuando Lenin lo situó como secretario del partido. Esto no duró mucho, sin embargo, pues Lenin no tardó en decidir que Mólotov, aunque era un buen organizador,

carecía de la debida astucia política, y emplazó a Stalin por encima de él con el nuevo cargo de secretario general. A Mólotov quizá le sentara mal; según el tono de una conversación privada con Stalin al respecto de la teoría marxista, sostenida al cabo de unos pocos años, aún insistía en situarse en el mismo nivel que Stalin. Aun así, Mólotov era doce años menor; de hecho, entró en el Politburó como «candidato» en 1922, con tan solo treinta y dos años (el miembro más joven del organismo, según él mismo rememoró luego con orgullo), mientras que Stalin era miembro de pleno derecho desde que se creó la institución, en 1919. Con los quevedos y el bigote recortado, Mólotov no tenía especial aspecto de revolucionario, ni siquiera en su juventud; habría pasado por un funcionario gubernamental, cargo para el que, por cierto, lo cualificaba su diploma de educación secundaria (obtenido cuando ya era un profesional de la revolución). No era muy brillante ni rápido de pensamiento, pero, según su propio testimonio y el de otras fuentes, se organizaba bien y trabajaba más duro que nadie. Trotski, al que Mólotov odiaba, lo censuró una vez en el Politburó afirmando que era «uno de los burócratas sin alma del partido que, con su trasero de piedra, machacan toda manifestación de libre iniciativa y libre creatividad». Mólotov se ajustó los quevedos y, con cara de pesar y la voz rota, respondió: «No todos podemos ser genios, camarada Trotski». La referencia a su trabajo infatigable, ese desdeñoso «trasero de piedra», hizo fortuna.

Klim Voroshílov, el gallardo jinete más conocido por su arrojo personal que por su brillantez intelectual, compartía mucho camino con Stalin. Tenían una edad similar, se habían encontrado compartiendo habitación para la conferencia clandestina del partido en Estocolmo, de 1906, y luego habían colaborado en Bakú. Pero el lazo definitivo se forjó en Tsaritsyn, durante la guerra civil, cuando Stalin era comisario político para el suroeste y Voroshílov, jefe del Ejército del Suroeste; en parte se unieron en contra de Trotski, pues Voroshílov aprovechó la protección de Stalin para desafiar las órdenes militares de aquel. Voroshílov, nacido en Ucrania, en el seno de una familia proletaria de etnia rusa, empezó a trabajar a los diez años en las minas de la cuenca del Donets. A los quince años estaba empleado en una

fábrica; a los diecisiete se unió al movimiento revolucionario. Su esposa, una judía llamada Golda Gorbman (que luego se bautizó y adoptó el nombre de Yekaterina), era una activista con la que Voroshílov se había casado en el exilio, antes de la revolución. Pese a su reputación posterior como militar, Voroshílov no sirvió en el ejército ruso durante la primera guerra mundial; solo después de la Revolución de Febrero, ya como revolucionario profesional, estableció contacto con soldados en Petrogrado y fue elegido por estos como delegado ante el Sóviet de Petrogrado («sóviet de los diputados de obreros y soldados»). Tras formar una unidad de resistencia partisana en Ucrania durante la guerra civil, creó y dirigió el Primer Ejército de Caballería, que participó en la guerra con Polonia en 1920-1921. Tras la guerra, siguió asociado a las fuerzas armadas y, en 1925, fue nombrado ministro de Defensa (antes lo había sido Trotski). Al acabar aquel año, fue elegido miembro del Politburó.[10]

Lázar Kaganóvich, más joven que Stalin (quince años de diferencia) y que Mólotov (tres años), colaboró con estos dos en el Comité Central del partido en los primeros años veinte, pero desde una posición jerárquica inferior: estos eran secretarios y él, un simple jefe de departamento. Aun así, la sección fue importante para el ascenso al poder de Stalin: el departamento de personal. Era un judío nacido en Ucrania, dentro de la Zona de Residencia (fuera de la cual los judíos no tenían permiso para asentarse, por lo general); en la adolescencia trabajó en una fábrica de zapatos y se sumó al movimiento revolucionario en pos de sus hermanos mayores, Mijaíl y Yulius. Durante la guerra civil fue comisario político en el Ejército Rojo, y prestó servicio en varios lugares, como por ejemplo Vorónezh (donde conoció a Stalin) y el Turkestán (donde luchó contra rebeldes locales y bandos del partido junto con otro futuro miembro del equipo de Stalin, Valerián Kúibyshev). Si en 1922 Stalin invitó a Kaganóvich a trabajar en el secretariado, fue probablemente por la recomendación de Kúibyshev, que acababa de mudarse a Moscú como secretario del Comité Central. Uno de sus colaboradores lo describió como una persona rápida y enérgica, humilde y sabedora de que su educación

había sido deficiente. Más adelante se destacó a menudo, más que por su humildad, por su dureza y la tendencia a acosar e intimidar físicamente a los subordinados. Pero al menos con relación a Stalin nunca perdió esa humildad; fue el más devoto de todo el equipo (era «estalinista al 200 %», en palabras de Mólotov), y ni siquiera en los días de camaradería más informal, en la década de 1920, se acostumbró a dirigirse a Stalin con el tuteo familiar (*ty*) que sí usaban sus colegas. Se llevaba bien con Mólotov y, aun sin ser amigos, colaboraban en el secretariado. A juicio de Mólotov, Kaganóvich recurría demasiado a lamentarse con palabras como: «Para ti es fácil, tú eres un intelectual, pero yo vengo de los obreros». Fue elegido «candidato» del Politburó en 1923, pero de 1925 al final de la década solía estar fuera de Moscú: era el hombre de Stalin en Ucrania, donde tenía el cargo de primer secretario del partido.

Para Trotski, Zinóviev y Kámenev, y sin duda también para la élite del partido en general a mediados de la década de 1920, lo que distinguía al grupo de Stalin era que estaba formado ante todo por personas que trabajaban o habían trabajado en el Comité Central del partido. Tal era el caso no solo de Stalin, Mólotov y Kaganóvich, sino también de Valerián Kúibyshev, Yan Rudzutak y Andréi Andréyev: todos ellos fueron secretarios del partido en algún momento de la primera mitad de la década de 1920.

Kúibyshev, ruso como Mólotov y de aproximadamente la misma edad, fue uno de los hombres más cultos que se unieron nunca al equipo de Stalin; Mólotov lo situaba en un nivel superior al suyo propio, tanto cultural como socialmente. Era hijo de un militar ruso que, como el padre de Lenin, era de condición noble; había sido cadete en una academia militar que abandonó para unirse al movimiento revolucionario. En 1917-1918 dirigía un importante sóviet urbano del Volga, luego fue comisario político en el Ejército Rojo y terminó la guerra civil en el Turkestán. Fue elegido «candidato» del Politburó en 1921 y centró su actividad en la industria y la planificación estatal; aun así en los años veinte trabajó durante dos temporadas para el partido: primero como secretario del partido (con Stalin y Mólotov), en 1922, y mediada la década, como jefe de la Comisión de

Control del partido, donde fue un útil aliado de Stalin en su lucha contra los trotskistas. Pero no estaba ni entre los aliados políticos más próximos a Stalin ni en el grupo de amigos que compartían la vida social. Prefería mezclarse con las gentes del mundo del arte y, en la década de 1920, llevó una vida privada más bien tumultuosa: aunque siguió casándose en el círculo de los «viejos bolcheviques», su tercera y su cuarta mujer ya pertenecían a la generación siguiente.[11]

El letón Yan Rudzutak, nueve años más joven que Stalin, era bolchevique desde 1905. Aunque había trabajado en una fábrica de Riga y al origen proletario se le sumó una educación formal escasa, tras la revolución destacó por estar muy interesado en la cultura y trabar muchos vínculos con el mundo artístico; sin duda, esta debió de ser una de las razones por las que Mólotov consideró, en la década de 1930, que se había vuelto un poco blando. Tras un período como secretario general (1923-1924), se lo puso al frente de los ferrocarriles. Aunque Stalin lo apreciaba, no compartían la vida social y no siempre se le vio como un hombre netamente estalinista. En cierto momento, por ser precisamente una figura poco alineada, se habló de proponerlo como sustituto de Stalin en la secretaría general. Fue «candidato» del Politburó desde 1923, y miembro de pleno derecho en 1926; pero Mólotov siguió inquieto por sus vacilaciones. Stalin le dijo que no se preocupara: «Está "jugando a la política", con la idea de que así es como son los "políticos reales"».

Andréi Andréyev, diecisiete años menor que Stalin, era otro de los proletarios. Fue uno de los miembros más jóvenes del equipo, «candidato» del Politburó desde 1926. Era hijo de un campesino ruso; trabajó en la industria de la munición y se unió a los bolcheviques en la adolescencia. Conoció a su esposa, Dora Jazán, durante la primera guerra mundial, cuando los dos trabajaban en la gran fábrica de Putílov y participaban activamente en el movimiento revolucionario; más adelante Dora fue amiga de Nadia, la esposa de Stalin, y compartió estudios con ella. En 1920, Andréyev apoyó al bando de Trotski, lo que supuso un freno a su carrera política; pero según Mólotov, a pesar de esta decisión, seguía siendo

«amigo nuestro». Destacaba por ejecutar las instrucciones de forma estricta y sin poner nada en duda, lo cual hizo de él un verdugo temible durante las Grandes Purgas. En la década de 1920 los compañeros lo trataban con relativa condescendencia; incluso Voroshílov, que no era precisamente el orador más pulcro ni persuasivo del equipo, afirmó en 1928 que podía dar a «Andriusha» consejos sobre cómo exponer sus ideas con más claridad ante una reunión del Comité Central. A lo largo de la década, Andréyev fue cursando la educación secundaria en su tiempo libre, con ayuda de tutores. En la década de 1930, fue apreciado y respetado como mentor de los jóvenes que prometían como funcionarios.[12]

En el grupo de los obreros, el de más edad y posición más sólida era Mijaíl Kalinin. En 1898 había sido, de hecho, uno de los fundadores del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, del que surgió, cinco años después, el Partido Bolchevique. Con su discreta perilla, tenía un aspecto ligeramente malévolo, pero aunque aún estaba en los cuarenta, ya se hablaba de él (con diversos grados de condescendencia, respeto y afecto) como del «viejo» (*starosta*) de la revolución. Era de origen campesino y en su adolescencia fue trabajador asalariado en San Petersburgo. Su heterogénea carrera posterior, ya fuera como obrero (del metal o el ferrocarril) o como revolucionario semiprofesional, le llevó a diversos rincones del imperio, por ejemplo Georgia, donde trabó amistad con el futuro suegro de Stalin, Serguéi Alilúyev, y Riga, donde conoció a su esposa, Yekaterina Lorberg, una joven trabajadora estonia con similares creencias revolucionarias. De 1919 a 1946, el año de su muerte, fue titular de la jefatura del Estado soviético y una de las figuras más populares del partido; en los congresos del partido, recibía más aplausos que nadie (salvo Stalin). Se presentaba a sí mismo como un viejo y astuto campesino, y disfrutaba representando papeles cómicos en las reuniones del partido, aprovechando su edad y popularidad, por lo general con éxito. En los debates de la década de 1920, solía adoptar una postura moderada y defender los intereses de los campesinos, algo anómalo en un partido «proletario» que sospechaba que en el campo anidaban los instintos

codiciosos de la burguesía; en 1928, incomodó a Stalin al comentar con descaro que hablaba «como un campesino», y no como un miembro de la jefatura del partido. Aunque Kalinin terminó sumándose al equipo de Stalin, Trotski (con el que Kalinin y su esposa compartieron un apartamento comunitario del Kremlin durante la guerra civil) afirmaba que lo había hecho con suma reticencia; de hecho, le atribuía haber afirmado que «este caballo [es decir, Stalin] acabará por lanzar nuestro carro a la cuneta». Quizá intuyó lo que ocurriría, pero es más probable que no quisiera unirse a ningún bando mientras no se viera obligado a hacerlo.

El georgiano Grigori Ordzhonikidze —Sergó, por su mote revolucionario— era otro veterano del movimiento revolucionario, uno de los cofundadores del Partido Bolchevique en 1903, que conocía a Lenin desde hacía mucho. En 1912 fue elegido para el Comité Central bolchevique, condición de la que, entre los líderes de la década de 1920, solo podían presumir Lenin y Zinóviev (aunque Stalin fue cooptado algo más tarde y Kalinin era un «candidato»). En los primeros años veinte, como jefe de la Oficina Caucásica de los bolcheviques, junto con Kírov, fue un importante aliado de Stalin en la política del Cáucaso; pero los dos chocaron fuertemente con Lenin en 1922, por la cuestión de las nacionalidades, lo que probablemente explica por qué se tardó en trasladar a Ordzhonikidze al centro. Era un personaje leal y generoso, que tuvo muchos amigos, entre ellos Stalin, Voroshílov y Mikoyán. En el equipo se lo veía como un georgiano típico, «un hombre de emoción y sentimiento», en palabras de Mólotov; era explosivo y se ofendía con facilidad. Finalmente, se lo llamó a Moscú en 1926, para sustituir a Kúibyshev al frente de la Comisión de Control del partido, un puesto clave en la lucha contra la división interna (aunque esta lucha contra las facciones no era un rasgo natural del temperamento de Ordzhonikidze). Fue el único miembro del equipo de Stalin que mereció un comentario individual de Trotski; coincidía con Mólotov en la lealtad de Ordzhonikidze y apreciaba en él «contundencia, valentía y firmeza de carácter», contra cierta «falta de

refinamiento»; aunque desde el punto de vista de Trotski, la ausencia de refinamiento era característica en general de todo el equipo de Stalin.[13]

El armenio Anastás Mikoyán era el más joven de un trío de amigos en el que también estaban Ordzhonikidze y Serguéi Kírov, que subió del Cáucaso en 1926 para unirse al equipo de Stalin en el centro del país. Había abandonado el seminario, como Stalin, pero era diecisiete años menor que este. Mikoyán se hizo famoso por ser el único superviviente de los legendarios veintiséis comisarios de Bakú que, según se decía, fueron ejecutados por los británicos durante la guerra civil. Era un joven afable y gregario, que trabó amistad con Kúibyshev en el Turkestán, durante la guerra civil, y unos años más tarde quedó en deuda con Voroshílov y Ordzhonikidze cuando los dos cuidaron de su joven esposa, Ashjén, y su bebé recién nacido, mientras Mikoyán se veía obligado a ausentarse por asuntos del partido. Mikoyán tenía familiaridad con Stalin, al que tuteaba desde 1923. El joven ofrecía una figura revolucionaria impresionante, e iba vestido, como era habitual en aquellos años, con detalles militares: botas altas, guerrera con cinturón, gorra con visera. Tras un período en el Volga, en los primeros años veinte, en el que destacó en su apoyo a la facción de Lenin, regresó al sur como secretario del partido en Rostov del Don, antes de ser convocado a Moscú en 1926, para dirigir el Ministerio de Comercio. Recibió el traslado sin entusiasmo, aunque acarreara un puesto de «candidato» en el Politburó, porque le gustaba el sur, quería seguir ocupándose de asuntos del partido y entendía que el comercio era una cuestión burguesa. Pero sobresalió tanto en su desempeño que pasó cuarenta años como principal experto del partido en el comercio interior y exterior; con el paso del tiempo, se consideró natural que, con la astucia típica de los armenios, entendiera más que nadie de comercio. Mikoyán resultó ser el gran superviviente de la política soviética, aunque tuvo muchos encontronazos con Stalin. En el equipo destacaba por la reticencia a matar o exiliar a los adversarios o disidentes; no se oponía a ello por principios, pero en la práctica intentó evitarlo todo lo posible. Convencido

de la importancia de la lealtad familiar, también quebrantó repetidamente las reglas del equipo al procurar cuidar de las familias de las víctimas.

El último miembro del «trío del Cáucaso», Serguéi Kírov, era en realidad ruso: había nacido en la provincia de Viatka, en los Urales, y se educó en Kazán, aunque pasó buena parte de su vida adulta en el sur. Se sumó a la actividad revolucionaria siendo estudiante, y pasó un tiempo en prisión (en la cárcel de Tomsk, en 1909, compartió encierro con Kúibyshev), pero en los años prerrevolucionarios, que pasó en el norte del Cáucaso, pareció tomarse un descanso en el activismo: trabajó como periodista y se casó con María Markus, que compartía su interés por el teatro y la literatura. Con la revolución volvió a los combates; trabó amistad con otro miembro de casi la misma edad, Ordzhonikidze, con el que coincidió en el frente del Cáucaso, durante la guerra civil, y luego en la Oficina del Cáucaso, que Ordzhonikidze dirigió con Kírov como segundo. La amistad con Mikoyán también se remonta a este período. En los primeros años veinte, en la lucha por determinar la futura condición de Georgia, Kírov fue aliado de Ordzhonikidze y Stalin (aunque Lenin reservó sus críticas más feroces para estos dos). Entre 1921 y 1926 dirigió el comité del partido en Azerbaiyán, siguió colaborando estrechamente con Ordzhonikidze en Georgia, y luego se desplazó al norte —muy a pesar suyo, porque amaba Bakú— para dirigir el comité del partido en Leningrado tras la destitución de Zinóviev. Por las circunstancias de su fallecimiento —fue asesinado en 1934—, ha habido una tendencia a canonizarlo como el más liberal del equipo de Stalin. No hay pruebas fehacientes de ello, aunque en efecto no era de los que más se entusiasmaba con la idea de derramar sangre; todos coincidían en calificarlo de hombre atractivo, que no tenía hijos pero era amigo de los niños, además de popular entre sus iguales. Stalin y su esposa lo apreciaban mucho. Se tuteaban familiarmente desde por lo menos 1922 y Kírov llamaba a Stalin por su mote caucásico: «Koba».[14]

El Stalin que estos hombres vieron y aceptaron como su líder era muy distinto de la supuesta «nadería» de Trotski. Poseía un «carácter muy

fuerte», según recordaba Mólotov varias décadas después, en una conversación con Félix Chuev; era un hombre resuelto, con talento y mucha iniciativa, y con una claridad de visión superior. Estaba rodeado de personas de calidad, pero nadie llegaba a su nivel: en comparación, los otros «éramos inmaduros». Por encima de todo, era el hombre que la revolución necesitaba tras la muerte de Lenin; que asumiera el poder fue «el mayor golpe de suerte» en la historia del partido. «Muchas revoluciones se vinieron abajo. En Alemania, en Hungría; en Francia, con la Comuna de París. Pero nosotros seguimos adelante.» «Era de acero, duro, calmado —dijo Kaganóvich—, una persona que, por dentro, estaba bajo control, movilizado a todas horas. Nunca se le escapó una palabra en la que no hubiera pensado ... Siempre lo vi pensando. Podía estar hablando contigo y estar pensando al mismo tiempo. Y siempre decidido.»

«Decidido» parece una buena descripción para Stalin, pero ¿a qué fines servían sus decisiones? Él no había seleccionado a los miembros del equipo por ser partidarios de tal o tal otra política. En esto se diferenciaba del grupo reunido en torno a Trotski (la «Izquierda», según se la dio en llamar), que aspiraba a desarrollar la planificación central y avanzar en la industrialización. También se distinguía de la «Derecha», defensora de adoptar medidas más moderadas y tratar con más cautela a los campesinos, en un grupo que acogía a miembros del Politburó como Bujarin, Rýkov, Tomski, Kalinin y, a menudo, Voroshílov. Mediados los años veinte, era bastante compatible ser afín a las medidas «de derechas» con ser miembro del equipo de Stalin (que, a juicio de Trotski, era un bloque de «burócratas del partido», neutral en materia de orientación política). Nikolái Bujarin, el portavoz más significado de la moderación, tenía buena amistad con Stalin a mediados de aquella década; durante un tiempo se lo consideró el número dos de Stalin, al mismo nivel que Mólotov. Cuando Trotski y sus partidarios atacaron a Bujarin por la «indulgencia» con que trataba a los campesinos, Stalin dio una réplica famosa: «¿Quieres la sangre de Bujarin? No te daremos la sangre de Bujarin». En otras palabras, el mismo Stalin podía presentarse y hablar como un bolchevique de la Derecha.[15]

Con la derrota de Trotski, no tardaron en emerger tensiones en el seno de la «mayoría del Comité Central». En cada congreso del partido se añadían nuevos miembros al Politburó: Mólotov, Voroshílov y Kalinin a finales de 1925, luego Kúibyshev y Rudzutak en 1927, con Andréyev, Kaganóvich, Kírov y Mikoyán como nuevos «candidatos»; y casi todos los nuevos miembros apoyaban a Stalin. Ninguno estaba asociado a Zinóviev, el otro miembro del Politburó que podía ser considerado como un adversario por el liderazgo. Ello reflejaba la forma en que Stalin dominaba el secretariado del partido, que a su vez controlaba la selección de delegados presentes en los congresos del partido, que elegían al Comité Central y, en última instancia, al Politburó. Zinóviev, que ya había dejado pasar una ocasión de meterse en el proceso, no estaba satisfecho con el modo en que Stalin controlaba la maquinaria del partido, pero tampoco hizo nada al respecto, salvo en su propio terreno, Leningrado, donde organizó una maquinaria propia. Era un hombre vanidoso, que sin duda confiaba en que su visibilidad como orador y su posición de director de la organización comunista internacional dirigida por los soviéticos, la Comintern, así como de jefe de la estructura del partido en Leningrado, lo mantendría en lo más alto. A Stalin y su grupo les desagradaba mucho; se referían a Zinóviev como «Grisha», pero no con afecto, sino con desdén. A juicio de Mólotov, era un engreído y un cobarde; su aliado Yuri Kámenev, jefe del Sóviet de Moscú y antiguo miembro del comité clandestino, era la verdadera figura de carácter, por mucho que Zinóviev creyera dirigir la alianza. Stalin tuteaba a Kámenev con el *ty* de familiaridad; pero fue Kámenev el que denunció, a finales de 1925, que Stalin aspiraba a ser el *vozhd'* del partido, un líder situado por encima de los demás.

El poder personal supremo, desde luego, da una respuesta a la pregunta de qué fines perseguía Stalin con resolución, y es la respuesta en la que se suele hacer hincapié, excluyendo todas las demás. Pero es extraño que nadie se mueva por fines tan simples y Stalin no era un hombre simple. Quería el poder para hacer realidad los fines de la revolución, porque creía en la clase de modernización socialista —controlada por el Estado y dirigida por el

partido— que Lenin había abrazado. Además, en la década de 1920, él y su equipo se veían a la *defensiva*, aunque la practicaran con agresividad; su fin era vencer a las facciones y preservar la unidad del partido. Esto no significa que Kámenev no hubiera discernido correctamente la ambición personal de Stalin; pero la cuestión más inmediata era la de la división interna. Para Stalin y Mólotov, en los años veinte, luchar contra las facciones fue una ocupación tan absorbente y emocionante que les hizo dejar de lado, temporalmente, el resto de las cuestiones. Solo hacia el final de la década, cuando se había derrotado a la Oposición de Izquierdas, prestaron auténtica atención al gobierno entendido como algo opuesto a la política.[16]

En este período, Stalin y su equipo no parecían salvajes de la política soviética. Stalin y Mólotov adoptaron un estilo público que un historiador ha descrito con acierto como de «moderación militante»: duro, pero no tan estridente como el empleado por sus adversarios. Por lo general dejaban que fueran otros —Zinóviev y Kámenev en la lucha contra Trotski, Rýkov y Bujarin en el enfrentamiento posterior con Zinóviev y Kámenev— los que manejaran el hacha con más violencia. Sin lugar a dudas, era una táctica calculada; pero con ella ganaron muchos admiradores en el partido. Nikita Jrushchov, que conoció a Stalin al acudir como joven delegado ucraniano a los congresos del partido celebrados en Moscú a mediados de la década de 1920, quedó impresionado por su compromiso con la unidad del partido y la relativa tolerancia con la que lidiaba con sus adversarios, preferible, a su entender, a la polémica estridente con que la Oposición se manejaba; creía que Stalin poseía un «espíritu democrático». Desde la atalaya de Rostov, Mikoyán admiraba la habilidad de Stalin en los debates: esperaba a que la Oposición hubiera puesto todas sus cartas sobre la mesa, tras lidiar con otros miembros del equipo de Stalin, y luego subía al estrado «con calma y con dignidad, en un tono que no agravaba el conflicto sino que lo atenuaba». No exhibía arrogancia, no bravuconeaba y siempre lograba que se tildara de agresivos a sus oponentes.

El momento decisivo del combate con Zinóviev llegó en el invierno de 1925-1926, cuando el grupo de Stalin, que había roto oficialmente con Zinóviev y Kámenev en el reciente congreso del partido y gozaba del respaldo mayoritario, expulsó a Zinóviev de Leningrado. Mólotov encabezó el poderoso equipo —iban también Kírov, Voroshílov, Kalinin, Andréyev y Bujarin— que tomó Leningrado para quebrantar la maquinaria e imponer que el partido local condenara a Zinóviev y sus hombres por haber dañado la unidad del partido. Se trataba de ir «tomando», una por una, las secciones del partido en las fábricas cruciales, según le escribió Mólotov a Stalin, recurriendo adecuadamente a una metáfora militar. Voroshílov parecía un militar veterano que volviera a percibir el olor de la batalla; era como volver a 1905, según las palabras exultantes que envió a su amigo Ordzhonikidze: «Me rejuvenecí, literalmente». Kírov, que había sido designado sucesor de Zinóviev, aún confiaba en eludir la tarea de Leningrado y, en cartas personales, se quejó amargamente de estar de un humor «pésimo», de que la situación era «muy muy difícil» y de que, en un ambiente de hostilidad local, se le pedía trabajar veinticuatro horas al día. Era una «batalla de una desesperación inaudita» y, al principio, ni siquiera tenía la certeza de que terminaría bien. Pero vencieron y, al poco tiempo, Kírov se había enamorado de Leningrado.[17]

La gran lucha contra las facciones se desarrollaba en las capitales, en Moscú y en Leningrado (como se rebautizó Petrogrado a la muerte de Lenin), con relativamente poca implicación en las provincias; y a los hombres que venían precisamente de las provincias, como Kírov, Mikoyán u Ordzhonikidze, hubo que convencerlos para que se la tomaran en serio. Ordzhonikidze odiaba el tema de la división interna: en 1923-1924 había quedado tan deprimido por el enfrentamiento con Trotski que, en una carta privada a su amigo Voroshílov, le comentaba que «sea quien sea el que termine por imponerse ..., será una derrota para nuestro partido». La brutalidad con la que Rýkov atacó a Zinóviev y Kámenev en una reunión del Politburó lo inquietó hasta el punto de que rompió a llorar y se marchó fuera de la sala. Voroshílov tuvo que esforzarse mucho para convencerlo de

que no quedaba otra alternativa: había que machacar a los que «sembraban la división». Incluso cuando aceptó que era un mal necesario, pues «no les dejaremos formar otro partido y los expulsaremos para siempre del nuestro», estuvo mucho menos dispuesto que Stalin a romper las relaciones personales con los oponentes políticos. Para empezar, desde luego, Ordzhonikidze tenía más amigos que perder.

Mikoyán también tuvo que ajustar la perspectiva cuando se trasladó a Moscú. Más al sur, en el norte del Cáucaso, la economía estaba en auge, el partido no vivía desuniones y todo parecía ir perfectamente. Pero en Moscú se encontró con que casi todos hablaban de una situación de crisis. Kámenev, al que apreciaba personalmente, y cuyo puesto como ministro de Comercio heredaba, estaba poseído por el pesimismo y el desánimo, y creía que la revolución había entrado en una fase nueva, potencialmente catastrófica. Sin duda, el pesimismo de Kámenev debía mucho a sus recientes derrotas políticas, pero los hombres de Stalin tampoco desbordaban optimismo. Con la Oposición habían empezado a reprocharse mutuamente las culpas de que la revolución estuviera «degenerando», y la juventud, cada vez más desilusionada; estaban de acuerdo en el fenómeno, pero no en a quién se debía atribuir la responsabilidad. «Se supone que nuestra economía tendría que prosperar», les dijo Kúibyshev —como jefe del consejo económico supremo, o Vesenjá— a los compañeros del Politburó en 1928, «pero no es así: las cifras económicas son terribles, en realidad vamos hacia atrás». Si querían proseguir con la industrialización, tenían que obtener crédito en el extranjero; en eso, el Politburó estaba de acuerdo. Pero ¿qué país capitalista se lo iba a conceder? La perspectiva era sombría, en particular porque se acababan de interrumpir las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, muy suspicaz con el espionaje soviético y la subversión comunista.[18]

Los grupos de oposición de Trotski y Zinóviev se unieron tras la derrota de Zinóviev en el invierno de 1925-1926, pero esto tampoco les favoreció gran cosa. Los dos grupos no podían olvidar los insultos que se habían dirigido mutuamente en los años pasados y ninguno de los líderes contaba

con una base de poder real. Zinóviev perdió la posición de Leningrado al poco de iniciarse 1926 y dejó de pertenecer al Politburó seis meses después, con el pretexto de que un partidario suyo había organizado un encuentro conspirativo e ilegal. Kámenev, expulsado del Politburó, quedó relegado a dirigir el Instituto Lenin. Trotski, desde que, por efecto de la presión, dimitió del Ministerio de Defensa en enero de 1925, solo había ocupado puestos económicos relativamente secundarios. Pese a todo siguió siendo miembro del Politburó hasta octubre de 1926, unos meses más que Zinóviev («es mejor golpearlos por separado», según le dijo Stalin a Mólotov).

Bujarin dijo en cierta ocasión que, a la hora de lidiar con sus enemigos, Stalin usaba magistralmente la «dosificación»: iba socavando su posición paso a paso, en vez de liquidarlos de un solo golpe. Cuando eran miembros del Politburó, el primer paso era excluirlos de las reuniones de la jefatura, donde se resolvían los asuntos de verdad; la técnica se usó primero contra Trotski, en 1924-1925, cuando «los Siete» —todos los miembros del Politburó salvo él— pasaron a reunirse regularmente cada martes. Mólotov, con su disciplinada mentalidad de funcionario civil, entendió que era un expediente temporal; pero Stalin, que comprendía el poder de la exclusión, tenía otra idea: durante todo su período en el poder, siempre hubo reuniones de «Grupos» de siete, cinco, ocho o el número mágico de cada momento, formados por una lista próxima, pero no idéntica, a la de los miembros del Politburó. El siguiente estadio era la expulsión oficial del Politburó, a la que seguía la expulsión del Comité Central y, para terminar, del partido. (Esto último fue considerado como el castigo definitivo hasta finales de la década de 1920, cuando la situación se tornó mucho más peliaguda.) Sin duda, el método de la dosificación era producto de la cautela de Stalin: a fin de cuentas, el equipo podía resistirse a determinada exclusión, como ocurría alguna vez, o bien poner de relieve alguna desventaja del plan. Pero al mismo tiempo la estrategia tenía tintes de sadismo: el derrotado colgaba al viento durante mucho tiempo, rogando clemencia y rehabilitación. Mólotov, como algunos otros de los que combatían la división interna de un modo

más directo, probablemente habría apartado a Trotski del Politburó mucho antes; pero la táctica de Stalin consistía en aislarlo, a él y otros opositores, hasta que terminaran como marginados totales, si no como despojos balbuceantes.

La táctica de la dosificación pretendía ir socavando a las víctimas y que el poder fuera pasando poco a poco al equipo de Stalin. No todos sus miembros eran tan entusiastas como Stalin y Mólotov a la hora de expulsar a los viejos camaradas; quizá pusieron el límite, por ejemplo, en la caída de Kalinin, en 1930. Antes, cuando Stalin quería echar a Zinóviev y Trotski del Comité Central, dejó que Mólotov cargara con la situación mientras él se iba de vacaciones. Según la versión de Mólotov, Kaganóvich y Kírov estaban plenamente de acuerdo, pero Kalinin, Ordzhonikidze y Rudzutak vacilaban, y Mikoyán había esquivado el asunto ausentándose de la reunión. Stalin se mostró sorprendentemente ecuánime con las dudas de Rudzutak y Mikoyán, pero le molestó que Ordzhonikidze no se sumara al plan («¿Dónde estaba Sergó? ... ¿Por qué se escondía? ¡Qué mal!»). Cuando resultó que Voroshílov también vacilaba, Mólotov le dijo a Stalin que debía interrumpir las vacaciones para sofocar la incipiente rebelión. Stalin asintió, pero añadió que los titubeantes no le preocupaban gran cosa, por razones que «te explicaré cuando venga». Por desgracia, no sabemos de qué razones se trataba; se diría que pensaba en algún mecanismo de presión —quizá un amago de chantaje con los pecados pasados— que devolvería a los miembros errantes al redil del equipo.[19]

Para 1926, hacía mucho que había desaparecido la relativa cortesía que en los años anteriores había caracterizado los debates públicos entre la oposición y el Comité Central. En los congresos del partido, se acosaba a los opositores sin compasión. Incluso en las reuniones del Comité Central, Trotski dijo que se lo «interrumpía sin cesar con silbidos, gritos, amenazas [y] palabras malsonantes»; aquello le hacía pensar en los tumultuosos días de Petrogrado, entre las Revoluciones de Febrero y Octubre. En el Politburó también subió el tono. Trotski no temía expresar sus opiniones ni lanzar ataques *ad hominem*, y en mayo él y Mólotov tuvieron una discusión a

gritos en la que este último, furioso, llamó al primero «insinuativo por naturaleza»; la elección de la palabra es extraña, muy libresca, quizá por afán de mostrarle a Trotski que él también era un hombre leído. En las reuniones del Politburó de 1926 y 1927 hubo otros desencuentros subidos de tono. Voroshílov le dijo a Zinóviev que no le fiaría ni un kopek. Trotski se burló de las dotes intelectuales de Rudzutak, tildándolas de limitadas, y añadió (de forma innecesaria) que incluso Stalin se mofaba de él en privado, a lo que Rudzutak replicó, con furia, que Trotski era un «especialista de la calumnia».

Stalin y Trotski chocaron vigorosamente en septiembre de 1927, cuando el Politburó y la Comisión de Control Central se reunieron para hablar de la Oposición. Trotski, invitado a asistir aunque ya no era miembro del Politburó, respondió con brusquedad a una exclamación de Stalin: «Camarada Stalin, no interfiera, ya tendrá la última palabra, como siempre»; y cuando Stalin objetó, añadió: «Usted siempre salta a la arena al final para contar alguna nueva mentira, patraña y calumnia y que circule por la oficina del partido». La intensidad siguió en aumento:

STALIN: Miente usted porque es un cobarde vergonzante que teme la verdad.
TROTSKI: Si tan terrible soy, [¿]por qué el partido siguió confiándome [el] ejército[?]
STALIN: Me da usted lástima, no tiene ni el mínimo sentido de la verdad, es un cobarde insolvente, desfachatado y maleducado, que se permite decir cosas que no guardan ninguna, pero ninguna relación con la realidad. Eso le respondo.
TROTSKI: Ahí le tienen, así es él: grosero y desleal como siempre.

No era frecuente que Stalin perdiera los nervios hasta este punto, pero Trotski causaba este efecto en los demás. Por lo general, en especial en las reuniones nacionales del partido, Stalin solía mantenerse por encima de los rifirrafes. Tras dejar que Rudzutak y Bujarin hostigaran a Zinóviev en una conferencia del partido, intervino con una mofa calmada: Zinóviev, dijo, «afirmó en cierta ocasión que podía pegar el oído a la tierra y oír los pasos de la historia; pero ahora, como ni siquiera se ha dado cuenta de que el partido ha dado la espalda a la Oposición, más bien debería revisarse la audición». A los delegados —que, en este punto, pertenecían casi todos a la

«mayoría del Comité Central»— les encantó la réplica; la broma no solo recibió un «aplauso entusiasta y prolongado» sino que, al final, los delegados ovacionaron a Stalin puestos en pie.[20]

La Oposición no era la única preocupación del equipo en esas fechas. La política de colaboración de la Comintern con el Kuomintang chino —defendida por Stalin y Bujarin frente a las críticas de Trotski— terminó en una debacle cuando el Kuomintang masacró a sus aliados comunistas en Shanghái, en abril de 1927. En mayo, los británicos rompieron las relaciones diplomáticas, lo que sembró de dudas a los líderes soviéticos: ¿debían entenderlo como el preludio a otra intervención militar occidental? La OGPU (policía secreta y agencia de seguridad nacional) informó de una creciente resistencia de los nacionalistas en las regiones fronterizas de Ucrania y Georgia, con apoyo activo del exterior. El estado de alarma culminó cuando el enviado diplomático de la Unión Soviética en Polonia fue asesinado por un emigrante monárquico ruso, en una estación de ferrocarriles de Varsovia, en junio; al mismo tiempo, se lanzó una bomba contra un club del partido en Leningrado. Sobre el asesinato, Stalin le escribió a Mólotov: «Aquí se nota la mano de Inglaterra. Quieren repetir Sarajevo [el asesinato del archiduque Francisco Fernando, que prendió la mecha de la primera guerra mundial]». La respuesta de la OGPU —obviamente, con la autorización de Stalin— fue realizar detenciones en masa de supuestos traidores (por ejemplo, aunque no solo, antiguos aristócratas) y ejecutar sumariamente a veinte de ellos como advertencia. «Los agentes de Londres están más infiltrados de lo que pensábamos», le dijo Stalin al jefe de la OGPU, Viacheslav Menzhinski. Había que dar más poder a la OGPU, reforzar la inteligencia militar y, por precaución, intensificar la seguridad en el Cáucaso. Había que extirpar la red de espionaje británica y someter a sus espías a un juicio ejemplar.

Los líderes soviéticos advertían a la población que debía prepararse para una nueva intervención militar de las potencias capitalistas, que ansiaban terminar el trabajo que habían empezado durante la guerra civil. No está claro que ellos mismos se lo creyeran al pie de la letra, pero no hay duda de

que estaban extraordinariamente nerviosos, en particular Voroshílov, el ministro de Defensa, que no cesaba de avisar a sus colegas de que las fuerzas armadas no contaban con la financiación debida y les aguardaba un desastre «si nuestros enemigos [extranjeros] descubren» la penosa condición del ejército. A Stalin, siempre atento a la seguridad, le inquietaba que los enemigos pudieran recibir en efecto esa información, porque el Politburó tenía más fugas que un colador. No se trata, a este respecto, de una fantasía paranoica; las filtraciones están atestiguadas por el tesoro de documentos del Politburó y la OGPU, de finales de la década de 1920, que los historiadores han hallado en los archivos alemanes. En teoría, los documentos del Politburó debían circular de forma limitada y los materiales debían devolverse una vez leídos; pero las normas se incumplían a menudo. No es de extrañar que en el Politburó nunca se viera con buenos ojos la redacción de actas oficiales de las reuniones: cuando se hacía, las actas se filtraban, y no solo dentro del partido, sino también en el extranjero. Al parecer, Stalin pensaba que la Oposición filtraba los documentos a viejos amigos mencheviques, que a su vez las enviaban en secreto a socialdemócratas alemanes; pero da la impresión de que había otra ruta más directa (aunque no sabemos de qué mano partía) que enlazaba el Kremlin con la embajada alemana en Moscú.[21]

En los primeros días de noviembre de 1927 sería el décimo aniversario de la Revolución de Octubre. Según la OGPU, la Oposición planeaba dar un golpe de Estado durante las celebraciones, que solo se canceló en el último minuto, por las dudas de Trotski. No se ha hallado confirmación de esta hipótesis en el archivo de Trotski en Harvard, y los informes enviados al Politburó por un Menzhinski extraordinariamente alarmista deben tomarse con cautela; más aún, cuando él mismo afirmaba que, pese a la enormidad de la amenaza, se la podría eliminar por completo si el Politburó autorizaba a la OGPU a arrestar a unos pocos líderes de la conjura. Stalin, que probablemente animó a Menzhinski a dar la voz de alarma, se distanció de la posición más extrema a la vez que, en lo esencial, apoyaba la necesidad de adoptar medidas radicales contra la Oposición. Algunos

miembros de la Oposición ya habían sido arrestados —lo que marcó un nuevo rumbo en la práctica política soviética—, pero no los líderes; Menzhinski apuntó la necesidad de «detenerlos a todos de inmediato». Stalin no dio respaldo a la idea, pero propuso expulsar del partido a los jefes de la Oposición; causaban problemas que dificultaban la política exterior soviética, porque en Londres y Washington «se tiene la convicción de que nuestro gobierno presente está a punto de derrumbarse, que la Oposición está a punto de tomar el poder y que, por lo tanto, es inútil llegar a acuerdos con nosotros».

Las acciones de la Oposición —escribió Stalin al Comité Central y a la Comisión de Control Central, hacia finales de 1927— serían consideradas como «alta traición» en cualquiera de los Estados capitalistas, y «no veo ninguna razón por la que nosotros no debiéramos proteger la dictadura del proletariado con las medidas más estrictas». El argumento de la «alta traición» se justificaba con la idea de que la Unión Soviética estaba, en lo esencial, en estado de guerra, debido a la grave amenaza exterior; los estalinistas hicieron hincapié en que Trotski había afirmado que ni siquiera la guerra le haría callar en sus críticas al régimen de Stalin. No es de extrañar que Trotski hubiera empezado a pensar en la historia de la guillotina. En la Revolución Francesa —dijo—, los jacobinos la habían empleado primero contra los enemigos de la revolución, como habían hecho los bolcheviques; y a ello no había nada que objetar, era una necesidad revolucionaria. Pero luego se había guillotinado al Robespierre jacobino (léase aquí: a Trotski) y eso ya era otra cuestión, pues lo habían hecho los termidorianos contrarrevolucionarios (léase: Stalin), que con ello pusieron fin a la revolución.[22]

Trotski no fue guillotinado —todavía no, por lo menos—, pero quizá anticipara que, en una reunión conjunta del Comité Central y la Comisión de Control del partido, en octubre, lo iban a linchar: además de las habituales interrupciones, cuando tomó la palabra le arrojaron a la cabeza «tinteros, gruesos libros y un vaso» hasta expulsarlo del estrado. Uno de los que le lanzaron libros fue Yemelián Yaroslavski, uno de los «viejos

bolcheviques», miembro de la Comisión de Control de Ordzhonikidze, quien le escribió a este último, sin sonrojarse, que Trotski y sus partidarios «habían tenido una conducta tan escandalosa, nos habían insultado tanto a los bolcheviques que, aunque me había prometido no perder la compostura, la perdí y le tiré *Las cifras de control de la Gosplán*». Según Trotski, Stalin fue el único que conservó la calma. Los miembros del equipo se abstuvieron de emplear la violencia física, pero ninguno disintió en público de la condena de Trotski. Esto no significa necesariamente que a todos les complaciera. Bujarin, que le transmitió por teléfono la noticia de la expulsión, le expresó también sus simpatías («La situación no puede seguir así, tienes que volver»), pero no mencionó que en el debate al respecto se había pronunciado en contra de él. Ordzhonikidze, pese a que estaba a la cabeza de la Comisión de Control, se las arregló para ausentarse por motivos de salud durante el crucial mes de octubre. Stalin, que expresó amablemente sus mejores deseos y le mantuvo al corriente de la lucha con la Oposición, no exigió que Ordzhonikidze volviera con urgencia; quizá no fueran infundados los rumores de que a él se lo mantenía apartado a propósito porque no veía con buenos ojos las expulsiones: «tal vez ya va bien que no estés allí», en palabras de Yaroslavski.[23]

La decisión formal de expulsar del partido a Trotski y otros líderes opositores fue ratificada al mes siguiente por un congreso del partido que no fue solo obediente, sino incluso entusiasta. Se había decidido no acusar a Trotski de traición, según dijo Menzhinski, porque «hemos encontrado una solución de mucha más mano izquierda», a saber: deportar a los jefes de la Oposición a zonas remotas de la Unión Soviética, lejos de las grandes ciudades. Menzhinski lo presentó explícitamente como alternativa a la pena de muerte que, de otro modo, quizá se habría dictaminado. Trotski y su familia fueron enviados a Alma-Ata, en Kazajistán, en enero de 1928.

Trotski se mantuvo firme y no ofreció disculpas, pero Zinóviev y Kámenev se rindieron: no renunciaron a sus opiniones, pero aceptaron la voluntad de la mayoría y prometieron no dividir el partido ni intentar organizar nada fuera de él. Pese a todo fueron expulsados; Kámenev adoptó

una postura digna pero conciliadora, pero se le respondió con burlas. El equipo de Stalin arremetió con ahínco contra la Oposición. ¡Qué más le da al partido perder a un hatajo de intelectuales!, vino a decir Rudzutak; no tienen credibilidad, salvo entre la burguesía internacional. Lo único que hacen es causar problemas, dijo Kaganóvich; cuando por fin se los expulsó, «un suspiro de alivio brotó del pecho de cientos de miles de miembros del partido y millones de proletarios». Todos los tildaban de hipócritas y afirmaban que aún habían tenido suerte de no acabar peor (Lenin no los habría «respetado» como nosotros, dijo un Rýkov que en general pasaba por moderado). Si se han caído del carro de la historia, ¿a quién le importa?, dijo Stalin; así no tendremos que pasarles por encima mientras avanzamos. [24]

La deportación interna, al final, no fue suficiente para eliminar la presencia política de Trotski. Una organización opositora siguió actuando en la clandestinidad, aunque debido a la dispersión de sus líderes y la necesidad correspondiente de comunicarse por escrito, la OGPU estaba al corriente de su actividad tanto como Trotski. La OGPU entregaba regularmente al equipo carpetas repletas de material interceptado a la Oposición; a los veteranos de la conspiración prerrevolucionaria la lectura les debía de resultar algo extraña, al menos en el sentido de que los objetos de su vigilancia eran ahora personas a las que conocían muy bien. La OGPU dio un ultimátum a Trotski para que desistiera de la actividad opositora, pero este se negó. Stalin era partidario de enviarlo al exilio, un recurso que Lenin ya había usado contra los opositores políticos (aunque no contra militantes de su propio partido) en 1922. En el equipo había vacilaciones: en el momento decisivo, Kúibyshev votó en contra, al igual que Tomski y Rýkov (este último expresó además su temor de que Trotski fuera asesinado por contrarrevolucionarios). Bujarin, que anteriormente había atacado a Trotski con especial visceralidad, cambió de opinión y votó en contra del exilio; aunque en el último minuto, cuando Trotski ya iba de camino escoltado por la OGPU, se alineó con la mayoría.

Exiliar a Trotski no resultó nada sencillo. Stalin entendía que había traicionado al partido, pero a los ojos de Europa, Trotski personificaba la amenaza comunista, de modo que Alemania, el destino preferido por este, se negó a acogerlo. Como último recurso se eligió Turquía. El 11 de febrero de 1929, Trotski cruzó la frontera soviética de camino a Estambul y abandonó su patria para siempre. Se lo había tratado sin piedad, aunque no se hubiera optado por la propuesta extrema de Menzhinski: su ejecución como traidor. Según le explicó Mólotov a un admirador mucho tiempo después, a Trotski no se le podía matar en 1929, pues ello habría mancillado la reputación del partido. Pero al menos se habían desembarazado de él y los demás líderes de la oposición. Stalin y su equipo vencieron la guerra de facciones que les había preocupado durante cinco años. Ahora ya tenían el poder. La cuestión era: ¿cómo lo iban a usar?[25]

2

La gran ruptura

A la pregunta de cómo iba a usar el poder, Stalin dio una respuesta tan simple como sorprendente: hizo una revolución. No era lo que la mayoría de la gente esperaba de él. Quizá ni siquiera él mismo lo esperaba, antes de que la victoria sobre la oposición interna lo envalentonara. Fue una revolución desde arriba, por descontado, más que desde abajo, aunque la movilización popular fue notable. El objetivo de la revolución era «construir el socialismo» en el tiempo más breve posible, lo que en la práctica significó un programa modernizador de choque. Toda la economía urbana, incluido el comercio, debía quedar en manos estatales y ser objeto de una planificación central. El Primer Plan Quinquenal debía lanzar una industrialización rápida. La agricultura se colectivizaría, sin dar mucha importancia al carácter supuestamente voluntario del proceso. Con respecto a los «enemigos de clase» del socialismo, tanto en el país como en el extranjero, se actuaría sin miedo: se les haría entender para siempre que nadie iba a jugar con el régimen soviético. Stalin denominó al conjunto de estas iniciativas «la Gran Ruptura».

A Stalin le importaba bien poco que esto sonara, en gran parte, a Trotski y el programa de la Oposición de Izquierdas. Era la versión maximizada de las alternativas que habían surgido en los debates políticos de los años veinte; y ahora que tenía el poder, pensaba aspirar a lo máximo. En algún momento de estos años debió de arraigar en la mente de Stalin la idea de que, lanzando una segunda Revolución Rusa —ahora, la económica—, podría ocupar en los libros de historia un lugar similar al de Lenin, líder de

la revolución política de 1917. Sin duda, esto iba a requerir dureza, inflexibilidad y disposición a recurrir a la fuerza, no menos que en la primera revolución; pero a Stalin, probablemente, ya le parecía bien. Antes incluso de que decidiera echarse a la piscina, tenía muy claro que la modernización socialista no se haría sin derramar sangre. Según apuntó en 1926, la gran pregunta, antes de lanzar esa segunda Revolución Rusa, ahora de carácter económico, era la de si la Unión Soviética tendría la fuerza —y la voluntad, presumiblemente— necesarias para embestir a los enemigos de clase y erradicarlos del país. Dos años después, determinó que sí: esa voluntad existía.

En 1921, al introducir la Nueva Política Económica (NEP, por sus siglas rusas), Lenin había hecho hincapié en que, con el fin de la guerra civil, se abandonaba el afán maximalista «de forma resuelta y para mucho tiempo». Con ello, quería convencer a los comunistas más reticentes —los que ansiaban continuar con la revolución— de que el Estado no podría sobrevivir si no echaba el freno. Sin embargo, era solo una retirada táctica, no una modificación del objetivo; en algún momento, si el partido seguía siendo revolucionario, pondría fin a la retirada. «No mañana, sino dentro de unos pocos años», concluyó Lenin para cerrar la pregunta de cuándo «la Rusia de la NEP daría paso a una Rusia socialista». Desde entonces habían transcurrido ya seis años y la economía se había consolidado. En julio de 1928, Stalin le diría al Comité Central: «nuestra política no pasa por una retirada permanente».[1]

Los que observaban la NEP desde fuera confiaban en que, una vez concluida la agitación revolucionaria, Rusia estaba volviendo poco a poco a la normalidad; se daba por supuesto que, a medida que pasara el tiempo, se iría imponiendo el sentido común y los ideales revolucionarios caerían en el olvido. Así acabaría ocurriendo, en efecto, pero aún no había llegado la hora. La población en general —«los filisteos», según la denominaban los bolcheviques— era partidaria de volver a la normalidad, pero los activistas del partido aún tenían muchas ganas de batalla. Esos activistas, al igual que su rama juvenil, la Komsomol, recibieron con desagrado la NEP, por ser

socialmente conciliadora: les impedía perseguir a los campesinos, permitía que las masas atrasadas siguieran yendo a la iglesia y respetaba el conocimiento superior de los «especialistas burgueses», es decir, la *intelligentsia*. Ellos, por el contrario, querían más «lucha de clases», como la vivida durante la guerra civil, para dejar claro quién mandaba ahora sobre los sacerdotes, comerciantes, kulaks (agricultores prósperos) y burgueses. Esta esperanza de volver a la normalidad, propia de los que observaban el sistema desde fuera, causaba temor entre los bolcheviques: lo llamaban Termidor, por el mes de la derrota de Robespierre en la Revolución Francesa. En la segunda mitad de la década de 1920 hubo gran inquietud al respecto: ¿no había ya signos de una «degeneración» revolucionaria? Trotski denunciaba que Stalin pretendía ser termidoriano, pero aquí se equivocaba: a todas luces, Stalin aspiraba a interpretar el mismo papel que Trotski quería para sí, el de Robespierre de la Revolución Rusa.

El Partido Bolchevique se presentaba como un partido de obreros, pero en los años veinte también lo era de veteranos de la guerra civil. Para el gran porcentaje de miembros del partido que habían combatido o habían sido comisarios políticos en el Ejército Rojo, la guerra civil había sido la principal experiencia formativa y de unión. Era la fuente de la cultura viril del partido: una compañía de veteranos de guerra, varones curtidos a los que les gustaba beber y fumar juntos y que por lo general, en la vida civil, seguían vistiendo algo similar a un uniforme militar: guerrera con cinturón y botas altas. El equipo de Stalin, en la década de 1920, participaba de esta cultura y se vestía de este modo. En su mayoría, sus miembros habían estado en los frentes durante la guerra civil y, cuando sirvieron juntos, trabaron amistad. Tras derrotar a la Oposición de Izquierdas, la conducta del equipo mostró más predisposición —más entusiasmo, incluso— hacia el uso de la fuerza contra los enemigos. En los primeros meses de 1928, se dirigió la artillería contra dos categorías de enemigos de clase. La primera era la de los kulaks, que se suponía que estaban acaparando los cereales necesarios para dar de comer a las ciudades y el ejército. Aunque la cosecha del otoño de 1927 fue buena, los agricultores pusieron a la venta un

volumen de cereales muy inferior a lo esperado. Los líderes políticos podrían haber respondido, quizá, elevando los precios como incentivo para que los agricultores llevaran más cereales al mercado; pero en un momento en el que el Estado planeaba hacer grandes inversiones en la industria, era una posibilidad poco atractiva. Stalin dio con una solución distinta. En uno de sus raros viajes fuera de la capital, Stalin visitó Siberia en la primavera de 1928 y determinó que la venta había bajado no porque los productores esperasen a que el precio subiera, sino porque los malos agricultores (los «kulaks») pretendían sabotear el poder soviético. Como esto era, en esencia, un comportamiento contrarrevolucionario, se respondió apoderándose de los cereales por la fuerza y castigando a los acaparadores con penas de cárcel.

Aquí se inició una escalada de hostilidades entre el Estado y el campo que acabó con la colectivización general obligatoria, lo que daba al Estado más fuerza para lograr que los agricultores aceptaran precios bajos sin interrumpir el abastecimiento. Para que la colectivización arraigara, los estalinistas optaron por una medida de intimidación implacable —innovación propia, ajena al manual de la izquierda—: arrestar y deportar a los kulaks y sus familias. No era fácil definir exactamente a un kulak; entre los criterios figuraban la explotación de otros campesinos, la actitud antisoviética y la prosperidad relativa, pero el término se aplicó en general a los que causaban problemas desde las zonas rurales. Se ha calculado que el desarraigo afectó a cerca de cuatro millones de agricultores, aunque muchos de ellos huyeron por su propia iniciativa, por el temor a ser deportados. El impacto intimidatorio y traumático se extendió a los agricultores que no se marcharon de sus pueblos: en su mayoría, por mucho que les desagradara la idea, se incorporaron a las granjas colectivas en el plazo de unos pocos años. La campaña contra los kulaks corrió en paralelo a una campaña salvaje contra las iglesias, con la detención masiva de sacerdotes. Aunque Stalin acertó en sus cálculos —el despliegue masivo de la OGPU y, donde conviniera, del ejército impidió que estallara una gran rebelión rural—, en toda la Unión Soviética hubo disturbios por la política agrícola. La campaña

de colectivización lanzada en el invierno de 1927-1928 marcó el inicio de una batalla de cinco años contra el campesinado; según le dijo Stalin a Churchill, fue el reto más poderoso al que se había enfrentado la revolución; años más tarde, Mólotov aún la describió como «una victoria más importante» que la obtenida en la segunda guerra mundial.

Quien tomó la iniciativa en estas grandes batallas fue Stalin. Su determinación y atrevimiento sirvieron de inspiración para los otros miembros del equipo, a los que convenció de que era un líder sobresaliente. A veces, la temeridad de las nuevas medidas de Stalin les quitaba el aliento —por no hablar de su tendencia a la coacción—, pero también lo admiraban por eso mismo (al igual que hicieron también, al cabo de poco, algunos antiguos componentes de la Oposición de Izquierdas). Entre los miembros del equipo, el aliado más firme de Stalin en la Gran Ruptura fue Mólotov: partidario sin fisuras de la mano dura y socio secreto de las maquinaciones de Stalin —en ocasiones, ciertamente retorcidas— contra sus oponentes y aliados. En años posteriores, Mólotov mostró su orgullo ante el hecho de que la severidad que empleó para obtener cereales en un viaje a Ucrania, en los primeros meses de 1928, inspiró a Stalin a desplazarse a Siberia unos meses más tarde y proponer una medida aún más severa: perseguir a los «acaparadores» con el código penal.[2]

En la lucha contra los agricultores, la OGPU fue un actor indispensable; pero este no fue el único ámbito en el que sus actividades estaban en expansión. Desde finales de la década de 1920, había entrado en la batalla interna del partido a favor del bando de Stalin: enviaba al exilio a miembros de la Oposición y mantenía vigiladas las organizaciones clandestinas. Arrestó a mediadores y comerciantes privados y confiscó sus propiedades. Se establecieron campos de internamiento para una nueva afluencia de campesinos y comerciantes urbanos, que sentaron las bases del futuro imperio del Gulag; pronto, la OGPU enviaba a convictos como mano de obra para los nuevos proyectos de construcción industrial. La OGPU y Stalin se entendían bien, pero sería prematuro —para el período anterior a 1937— dar por sentado que los líderes de la OGPU eran hombres de Stalin.

Tras la muerte de Dzerzhinski —una figura política destacada por sí misma, que por lo general actuó como aliado de Stalin—, la OGPU fue dirigida por personas que ni pertenecían al Politburó ni constaba que tuvieran lazos especiales con Stalin. Viacheslav Menzhinski, que sucedió a Dzerzhinski en la jefatura, era un intelectual y aristócrata culto de ascendencia polaca, «viejo bolchevique» y antiguo emigrado, que dominaba muchas lenguas. Tenía poco en común con Stalin, aunque ello no les impidió desarrollar un mecanismo de «*poli* bueno-*poli* malo» con el que castigaban eficazmente a la Oposición. Cuando la salud de Menzhinski declinó, su segundo, Guénrij Yagoda, fue ocupando poco a poco su lugar y organizó con eficiencia la deportación de los kulaks. Pero no era un hombre de Stalin; de hecho, se rumoreaba que tenía simpatía por la Derecha.[3]

El nuevo programa se asentaba sobre el pilar de una industrialización rápida regida por un plan económico estatal, un pilar ineludible para desarrollar el socialismo, a juicio de los bolcheviques. Hoy la planificación económica no es un tema que tienda a despertar grandes pasiones, pero en la década de 1920 era un asunto de vanguardia: *el control de la economía* arrastraba consigo el mismo poderío emotivo que tuvo, cuarenta años después, *la conquista del espacio*. En los primeros años veinte ya se había debatido sobre cómo debía de ser esa clase de plan económico, pero mediada la década la cuestión se aparcó y los teóricos del partido y especialistas económicos se centraron en cómo se podrían financiar sus costes. Necesitaría una inversión colosal y no parecía que Occidente quisiera abrirles la espita del crédito. La alternativa de obtener el dinero nacionalmente prometía poco: no quedaban auténticos capitalistas y «exprimir» a los agricultores mediante los impuestos o las condiciones comerciales se consideraba políticamente arriesgado. En 1926-1927 se esbozaron y discutieron acaloradamente varias versiones de un Primer Plan Quinquenal. Las posiciones de mínimos las defendía la Comisión de Planificación Estatal (donde tenían influencia economistas ajenos al comunismo); las de máximos, el Consejo Económico Supremo, encabezado por un miembro del equipo: Kúibyshev. Stalin apenas participó en persona

en las conversaciones sobre los planes de industrialización, pero desde 1924, la principal autoridad económica (la Vesenjá) siempre estuvo encabezada por una figura notable que o era miembro del equipo de Stalin o era afín a él: a mediados de la década de 1920, Dzerzhinski; a su muerte, Kúibyshev; luego, Ordzhonikidze. Por lo tanto, parece lícito considerar que Stalin compartía la opinión general según la cual se trataba de un puesto clave. En el otoño de 1927, Kúibyshev ya afirmaba que la economía soviética entraba en «una nueva fase de desarrollo, sin precedentes en nuestra historia o en la historia de otros países». Estaban a punto de embarcarse en la planificación económica estatal centralizada.

En diciembre de 1927, cuando se sometió a la aprobación del XV Congreso del Partido (el mismo que supuso la derrota de la Oposición de Izquierdas) el Primer Plan Quinquenal, la concepción que más terreno había ganado era la maximalista del Ministerio de Industria. Kúibyshev hablaba de objetivos de industrialización mucho más ambiciosos de lo contemplado hasta la fecha. Entre sus partidarios más entusiastas estaba Voroshílov, quien, como responsable de las fuerzas armadas, quería una industria de defensa fuerte en apoyo del Ejército Rojo. La amenaza de guerra se consideraba tan real que se pidió a los planificadores que preparasen un Primer Plan Quinquenal de contingencia por si se producía un ataque armado, dado «que es probable que haya una intervención extranjera». Para Stalin, la industrialización era una simple cuestión de supervivencia en la inevitable batalla contra el Occidente capitalista. Durante toda su historia, Rusia —a entender de Stalin— había sido «apaleada» y humillada por las potencias extranjeras y los capitalistas estaban a la espera de acometer de nuevo, en cuanto fuera posible. Fracasarían, pero solo si la Unión Soviética hacía realidad su ambicioso plan de industrialización. «Reducir la velocidad supondría quedarse atrás ... Estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados. Tenemos que recuperar esa distancia en diez años. O lo hacemos, o nos hundiremos.»[4]

El equipo de Stalin no encontró una solución económica convencional para el problema de cómo financiar el impulso industrializador. Lo que

hicieron fue dedicarle poca atención, de hecho, más allá de impulsar la exportación de cereales sin tener en cuenta las necesidades del consumo nacional. Aunque el capital inversor escaseaba, en cambio abundaba la mano de obra barata, gracias a la afluencia de campesinos que huían de la colectivización para buscar empleo en las ciudades y la construcción industrial, y también gracias a la disponibilidad de convictos, obligados a trabajar en zonas inhóspitas de la Unión Soviética a las que casi nadie acudía voluntariamente. La planificación todavía era rudimentaria; en buena medida se limitaba a identificar los proyectos prioritarios, establecer objetivos de producción y castigar a quienes no los cumplían. Era una política de choque, a lo «o te abres paso o te la pegas», reforzada por mucha coacción y algo menos de entusiasmo por parte de los activistas y los jóvenes. Para los jóvenes más motivados, la experiencia fue muy estimulante y dejó recuerdos perdurables de camaradería, aventura y apuesta de alto riesgo. Para el equipo de Stalin también fue un período estimulante, pero se acompañó del peso de la responsabilidad y de algunos accesos de pánico. Stalin acrecentó su figura y proyectó una determinación inquebrantable y la concentración de un general en la batalla.

La Revolución Cultural estaba a la orden del día. Precursora de un movimiento más conocido —el caso chino de los años sesenta—, pasaba, al igual que en China, por movilizar a la juventud radical contra los enemigos de clase, la Oposición de Derechas y los burócratas. En el campo, las víctimas principales fueron kulaks y sacerdotes; en las ciudades, los profesionales e intelectuales no comunistas. Se hizo sonar la alarma ante los profesionales de clase media, los denominados «especialistas burgueses», a los que se achacaba actitudes desleales y traicioneras. El mensaje se puso de manifiesto, de forma espectacular, en el juicio de Shajti, celebrado en la primavera de 1928 en Moscú, con una extensa cobertura de prensa. La conspiración antisoviética de unos ingenieros de minas en la región de Shajti (norte del Cáucaso) había sido descubierta —o inventada— por la OGPU local, pero la historia según la cual aquellos traidores habían contactado con la inteligencia extranjera a instancias de burócratas

«derechistas» se elaboró en Moscú, bajo la atenta mirada de Stalin. A escala nacional, fue la primera obra de un nuevo género de teatro político, en el cual se acusaba de boicoteos y otros actos subversivos a «saboteadores» antisoviéticos que trabajaban para servicios de inteligencia extranjeros. Algunos miembros del equipo de Stalin quedaron un tanto desconcertados por la magnitud de la situación: tras varios meses de saturación en la cobertura periodística, Mólotov le sugirió a Stalin que probablemente la gente se estaba empezando a cansar del asunto. Pero Stalin adoraba estos juicios, en los que, desde luego, daba rienda suelta a su faceta creativa (a fin de cuentas, en su juventud había sido poeta). ¿Daba crédito a la verdad literal de las acusaciones o las entendía sin más como actos simbólicamente ciertos y políticamente útiles? No está claro, pero sí que se aplicaba con mucho interés a dar forma a los guiones.[5]

Puede generar extrañeza que, al tiempo que se impulsa la industrialización a gran escala, se persiga a los ingenieros. En cuanto a los kulaks, otro enemigo de clase, se podría alegar que se estaba dando respuesta (aunque fuera de manera errónea) a una amenaza real, la del descenso en el abastecimiento de cereales. En cambio, no se intuye de qué modo arrestar a ingenieros iba a incrementar la producción industrial. Sucede que el antiintelectualismo siempre tuvo arraigo en las capas populares de Rusia y la hostilidad contra los ingenieros «burgueses» era general entre los obreros, que los consideraban representantes de la gestión a la vieja usanza. A su vez, estas actitudes tenían reflejo en el Partido Bolchevique, muchos de cuyos afiliados de base eran de clase obrera y, en particular, con conciencia de clase. En el Comité Central de abril de 1928, cuando se analizaron las implicaciones del caso de Shajti, imperaba en general un ánimo vigoroso en contra de los especialistas «burgueses»; sesenta oradores pidieron tomar parte en el debate. Stalin expuso qué estaba en juego, en el ámbito político: volvían a estar exactamente como en la guerra civil, cuando había «grupos enteros de oficiales, generales y especialistas militares, hijos de burgueses y terratenientes» con voluntad de apoyar una intervención extranjera que derrocara el poder soviético. En

aquel momento, los capitalistas lanzaron un ataque militar y político; en el presente, se trataba de una intervención económica. «Ellos [los capitalistas occidentales] quieren que renunciemos a nuestra acción revolucionaria y luego serán nuestros "amigos" ... ¿Qué os parece, camaradas? ¿Podemos tolerarlo?» La respuesta fue un grito unánime: «¡No!».

En el equipo de Stalin, sin embargo, las reacciones fueron heterogéneas. Más allá del mensaje de la vigilancia antiburguesa, dirigido al público, las consecuencias específicas de aquellas medidas eran bastante complejas. La siguiente idea no se había acabado de elaborar, pero sin duda estaba presente como subtexto: si las cosas salían mal en la industria —y sería así, a tenor de lo ambiciosos que eran los objetivos del Plan Quinquenal—, la respuesta adecuada consistía en realizar detenciones, sin atender del todo a la posible culpabilidad, bajo acusación de «sabotaje». Como los administradores industriales (algunos de los cuales fueron juzgados junto con los ingenieros) no habían acertado a detectar la conspiración y, en general, se los acusaba de permitir el engaño de los especialistas burgueses, se pusieron a la defensiva, en particular los de Ucrania, con sus propias minas de carbón. Kúibyshev, como jefe del Ministerio de Industria, estaba preocupado por la mancha vertida sobre la reputación de los ingenieros, que eran un elemento crucial en el empeño industrializador. Kaganóvich no tenía mayor problema en arrestar a ingenieros o reforzar las actividades de la OGPU, pero, como jefe del partido en Ucrania, se inquietaba por la inferencia de que los responsables locales del partido habían actuado con dejadez. Andréyev era un defensor a ultranza de aumentar la vigilancia contra los enemigos. Andréi Zhdánov, futuro miembro del equipo —aún estaba en Nizhni Nóvgorod pero ya doraba la píldora a Stalin con la esperanza de un ascenso—, fue tanto «más papista que el papa» en la defensa de más vigilancia, que uno de los delegados ucranianos replicó secamente: «¿Le llama sabotaje a que los responsables duerman?». Rýkov, aunque fue el ponente oficial del caso de Shajti, sin duda tenía reservas a la hora de magnificar la importancia. Tomski, el sindicalista, fue el único del equipo que realizó comentarios netamente escépticos: a su juicio, era un

asunto de mala gestión y dinero desperdiciado, más que de sabotaje o conspiración intencionados.[6]

La respuesta del equipo se complicó por el hecho de que, en aquel momento, también se estaba librando una agria batalla burocrática entre los Ministerios de Industria y Educación por ver quién controlaba la enseñanza técnica superior. La cuestión, aunque pueda parecer trivial, estaba cargada de matices políticos, porque el Ministerio de Educación estaba dirigido por intelectuales del partido sospechosos de tender al liberalismo burgués. Aunque en el pleno del Comité Central de abril de 1928 Stalin se mostró netamente a favor del Ministerio de Industria, el debate posterior fue largo y apasionado: Mólotov, Kaganóvich y, por descontado, Kúibyshev (como ministro de Industria) siguieron los pasos de Stalin, pero Ordzhonikidze y Andréyev se opusieron, y Tomski y Rýkov no se pronunciaron con claridad. Nadezhda Krúpskaya, la viceministra rusa de Educación, era una de las personas que, desde el ámbito de la enseñanza, abogaba claramente en contra de la posición de Stalin y Mólotov, citando a Lenin como autoridad. El tema no quedó resuelto del todo y se planteó de nuevo en la siguiente reunión del Comité Central, en julio. En esta última, con Mólotov como ponente y defensor resuelto de transferir los centros técnicos de educación superior al Ministerio de Industria, ningún miembro del equipo se opuso en público y al final solo se contaron siete votos discrepantes. Pero los jefes de los Ministerios de Educación, tanto el ruso como el ucraniano, se resistieron con tanta tenacidad que la decisión definitiva se trasladó al Politburó (que, como era de esperar, resolvió a favor de la transferencia). Fue la última ocasión en la que los miembros del equipo disintieron en público sobre alguna medida política. En el futuro, habría desacuerdos mutuos y con Stalin, pero ya no salieron del Politburó.[7]

En los años del Plan Quinquenal, el equipo trabajó a un ritmo inhumano. Los miembros nucleares del equipo de Stalin se desplazaban de un lado a otro del país para dar batalla (o a veces, preparar un incendio), y enviaban informes diarios a Moscú sobre los progresos de la colectivización local y la construcción de industrias. Estaban en camino con una frecuencia

sin precedentes salvo en los días de la guerra civil —viejos días de gloria para los participantes, que sin duda les vinieron a la memoria—. Mólotov, Kaganóvich y Mikoyán recorrían el país en todas direcciones, en particular las grandes zonas cerealistas, varias veces al año, apretando a los funcionarios locales para que a su vez presionasen a los agricultores. En primavera controlaban la siembra; en otoño, la cosecha y la entrega del producto. Tan solo en 1928, Mólotov viajó a Ucrania, a la Región Central de las Tierras Negras (en Rusia) y al Volga; Kaganóvich fue a la Región Central de las Tierras Negras y al Volga inferior; y Mikoyán estuvo en el norte del Cáucaso, Ucrania y la Región Central de las Tierras Negras. Ordzhonikidze también estaba de viaje a menudo. Kalinin, un experto en agricultura, reconocido como tal en el partido, cumplía menos misiones en las provincias, probablemente por su fama de ser blando con los campesinos: eran tareas reservadas para los miembros más duros del equipo. El esquema se repitió durante años. Por descontado, como dijo Mólotov, no sabían gran cosa sobre el campo, pero no se trataba de eso: su labor era obligar a las autoridades locales a exigir de los agricultores la mayor cantidad posible de cereales, instarlas a reforzar la «vigilancia» según los valores revolucionarios y apoyarlas cuando debían tomar medidas rigurosas como las deportaciones y detenciones en masa. En años posteriores, Mólotov afirmó —contra la mayoría de los comentarios expresados por las bases en la época— que el empeño del partido obtuvo una respuesta positiva y multitudinaria: «el país se alzó de inmediato en favor de la colectivización. Empezó un proceso de agitación con el que no contábamos y que resultó ser mucho mejor, mucho más exitoso».

La agricultura fue uno de los pocos grandes sectores de gobierno que no tuvo al frente a un miembro específico del equipo; probablemente, porque en los tempestuosos años iniciales de la colectivización, Stalin y Mólotov se implicaron a fondo. Les ayudaba Yákov Yákovlev, un joven y brillante protegido de Stalin, judío, que fue ministro de Agricultura de 1929 a 1934 y durante algunos años actuó prácticamente como si fuera otro miembro más del equipo, aunque nunca fue elegido para el Politburó. Otros de los

componentes del equipo de Stalin también se implicaron mucho. El bautismo de fuego de Mikoyán como portavoz del equipo ante el Comité Central, en abril de 1928, fue un informe sobre el abastecimiento de cereales. Andréyev, que a principios de 1928 fue enviado al norte del Cáucaso como secretario regional del partido, vivió otra dura experiencia en noviembre. Aunque apenas sabía nada de agricultura («todavía no he eliminado por completo mi analfabetismo agrónomo», admitió ante el Comité Central), se le encomendó demostrar el potencial de crecimiento acelerado en la producción agrícola, pese a la resistencia de los enemigos de clase, basándose en la experiencia de la mayor región cerealista del país. El propio Stalin, concluida su memorable excursión siberiana, se quedó en Moscú, pero animó a las tropas con suma calidez: «Te daría un beso por cómo has actuado allí», le dijo Stalin a Mólotov después de que este volviera de hacer restallar el látigo en Ucrania, en su viaje de enero de 1928. Cuando Mikoyán mostró signos de titubeo por la tensión que le generaba la batalla de los cereales, Stalin le escribió palabras de apoyo: «En suma, sé fuerte y no te deprimas: nuestro equipo tiene que ganar».[8]

Desde la adopción del Primer Plan Quinquenal, en la primavera de 1929 —que inauguró un programa de choque, de expansión fabril, en toda la Unión Soviética—, la industria ocupó un espacio cada vez mayor entre las preocupaciones del equipo. No era solo Kúibyshev, como ministro de Industria, quien se centraba plenamente en este asunto día tras día. También Ordzhonikidze, porque el brazo estatal de su Comisión de Control había empezado a estudiar exhaustivamente la condición de las fábricas y de las autoridades industriales, lo que generó una serie de informes muy críticos. En su calidad de jefe del gobierno —lo que incluía tanto la autoridad de planificación estatal como el Ministerio de Industria—, Rýkov tenía mucho que ver con las decisiones relativas al ámbito industrial. Para Kírov, en Leningrado, Stanislav Kosior, en Ucrania, y otros secretarios del partido de diversas regiones o repúblicas, el desarrollo industrial era una cuestión básica. De hecho, Kúibyshev, Stalin y el Politburó se toparon con una consecuencia inesperada de la planificación económica: desde las jefaturas

industriales y regionales se cabildeaba con decisión para hacerse con las inversiones; Ucrania era especialmente contundente a este respecto. Kúibyshev empezó a darse cuenta del fenómeno de los *lobbies* tras el XV Congreso del Partido, cuando recibió la visita de un aluvión de secretarios del partido de las grandes regiones industriales —Ucrania, los Urales, la Siberia occidental, Bakú— que esperaban obtener su respaldo para proyectos nuevos de gran envergadura. La correspondencia que mantuvieron Stalin y Mólotov durante las vacaciones anuales del primero empezó a quedar salpicada de nombres de plantas y proyectos industriales específicos. A partir de 1929, el Politburó debatió de forma regular sobre la situación de los distintos sectores de la industria pesada (en varias ocasiones, con Stalin como ponente), y cada uno de esos debates y posteriores resoluciones fue precedido de una intensa actividad lobista.[9]

Al mismo tiempo, se estaba forjando una nueva fisura entre los líderes; en esta ocasión, con respecto a la Derecha. A nadie debió de sorprender gran cosa que aquellos que en la década de 1920 defendieron políticas más moderadas —en particular Rýkov, Bujarin y Tomski— miraran con reticencia el nuevo radicalismo de Stalin. Tenían peso en la dirección y gozaban de visibilidad en el país, con Rýkov como jefe del gobierno, Tomski, de los sindicatos, y Bujarin, de la Comintern (además de dirigir *Pravda*); además, los tres eran de etnia rusa, lo cual los favorecía frente a la opinión pública. (Kalinin, el auténtico titular de la jefatura del gobierno soviético, también tendía a la moderación, pero acabó sumándose al equipo de Stalin, no a la Derecha.) Dado que en el Politburó todavía imperaba un grado relativo de apertura a la discrepancia, sin duda confiaban en conservar su posición como influencia moderadora, a la espera de que, más tarde o más temprano, la situación volviera a calmarse; pero entre tanto se dispusieron a aceptar y respaldar en público decisiones ajenas a su línea. Desde luego, habiendo visto lo que le ocurrió a la Oposición de Izquierdas, no pensaron en organizar otra «Oposición» como bando partidista estructurado; nunca dieron ni el más mínimo paso en ese sentido. Pero Stalin no quería disensión interna en el equipo, aunque fuera con lealtad.

Mikoyán dejó constancia de una conversación curiosa, de principios de 1928, una noche que volvía de la dacha junto con Kírov y Ordzhonikidze: Stalin había dejado caer que, sin duda, unos cuantos moderados abandonarían los puestos cruciales en los años inmediatos y serían sustituidos por hombres más prometedores y decididos, como ellos mismos; todos quedaron asombrados, dijo Mikoyán, pues aún no se había roto el estado de ánimo unitario. Pero también hubo otros signos de advertencia, en particular una embestida de Mólotov contra Rýkov en un debate de marzo de 1928 sobre el Primer Plan Quinquenal; más tarde, Tomski la rememoró como el inicio de la campaña contra la Derecha.

Si Rýkov siempre había sido un aliado de Stalin, antes que un miembro de su equipo, en cambio Bujarin y Tomski estuvieron cerca de Stalin a mediados de los años veinte, tanto en el sentido político como en el personal. De hecho, durante sus vacaciones de 1925-1926, Stalin dirigió muchos de sus comunicados conjuntamente a Mólotov y Bujarin, como capitanes del equipo en funciones. Rýkov y Tomski tenían casi la misma edad que Stalin; Bujarin era unos diez años más joven. Rýkov y Bujarin estaban entre los intelectuales del partido, hombres cultos cuyos lazos con Lenin se remontaban a la década de 1910; Tomski era de origen obrero, un antiguo impresor que en el San Petersburgo de la última década del siglo XIX había trabajado con Krúpskaya, la esposa de Lenin, con quien siguió teniendo una buena relación a la muerte de este. En su «Testamento», Lenin calificó a Bujarin como «el favorito del partido», un hecho que está ampliamente documentado: prácticamente todos los miembros del equipo lo tuteaban con familiaridad. A menudo se dirigían a él con diminutivos —Bujarchik, Bujashka— que reflejaban tanto afecto como un matiz de condescendencia: su carácter explosivo y su tendencia a llorar en público hacía que sus colegas no se lo tomaran del todo en serio, aunque era reconocido como polemista, teórico y orador convincente. En el XV Congreso del Partido, a juzgar por la intensidad de la ovación que recibió (según consta en las actas públicas), estuvo entre los más apreciados: quedó

en tercer lugar, junto con Voroshílov, por detrás tan solo de Stalin y Kalinin, el popular «viejo» del partido.

Bujarin trabó una buena amistad con Stalin a mediados de la década de 1920; lo llamaba «Koba», con el seudónimo del Stalin conspirador y clandestino del período prerrevolucionario en el Cáucaso, que solo podían usar los más allegados. Bujarin y la que entonces era su esposa, Esfir Gúrvich, tenían una hija, Svetlana, poco mayor que la propia Svetlana de Stalin, y la familia fue invitada a pasar estancias prolongadas en la dacha de Stalin en Zubalovo; en 1927, por sugerencia de Stalin, Bujarin (no así Esfir, una mujer emancipada con carrera propia) se mudó a un apartamento del Kremlin, con lo que pasaron a ser vecinos. Sus esposas, inscritas las dos como estudiantes en universidades moscovitas, también eran amigas. Tomski y su mujer eran vecinos del Kremlin y Stalin los visitaba a menudo en su casa. La pareja se dirigía a Stalin con el citado apelativo de «Koba», según recordaba su hijo, y Tomski tenía una foto dedicada con afecto «A mi colega *Mishka* Tomski».[10]

El tono cada vez más militante del partido, en los plenos de abril y julio de 1928, alarmó al sector de la Derecha. Sus miembros estaban inquietos por la escalada del enfrentamiento con los campesinos y lo que consideraban objetivos poco realistas del Primer Plan Quinquenal de industrialización. Tomski, como líder sindical, veía con preocupación la idea de que la clase trabajadora debía sacrificarse en pro de una industrialización rápida, y que había que reforzar los poderes de la dirección frente a los obreros. En algún momento de finales de la década de 1920, entre Tomski y Stalin estalló una pelea que puso fin a la amistad: según la leyenda de la familia del primero, la última visita amistosa de Stalin, con una botella en la mano, terminó cuando Tomski lo expulsó gritando: «¡Eres un cabrón, un auténtico cabrón! ¡Lárgate y vete al diablo con la botella!».

Hacia esta misma época, se cree que Bujarin también se peleó a gritos con Stalin, tras lo cual no se hablaron durante varias semanas. La insatisfacción de Bujarin culminó en un pleno del Comité Central, en julio

de 1928. Al acabar la reunión, se marchó del Kremlin con Grigori Sokólnikov, «viejo bolchevique» e intelectual del bando de Zinóviev, de quien había sido amigo desde la infancia. No está claro qué pasó, exactamente, a continuación. Bujarin (que tenía tendencia a enfrentarse a los problemas sin decir toda la verdad) le dijo a la que sería su tercera esposa, Anna Larina, que él y Sokólnikov se habían topado en la calle, por casualidad, con Lev Kámenev, el miembro de la Oposición caído en desgracia; y que entablaron una conversación que, aunque se tornó emotiva por parte de Bujarin, nunca fue conspirativa. Kámenev afirmó que Bujarin y Sokólnikov se habían presentado de improviso en su casa, al salir del pleno, pero que aquel mismo día ya había charlado con Sokólnikov, quien le contó la insatisfacción de Bujarin con Stalin y planteó la posibilidad de que la Derecha hiciera frente común con los partidarios de Zinóviev; según esto, por lo tanto, al menos por parte de Sokólnikov sí había algún elemento de conjura. Desde el punto de vista de Stalin, era claramente una conspiración, una reunión secreta con el propósito de formar un bloque que reuniera a la vieja Oposición zinovievista y a la Derecha. Fueran cuales fuesen las circunstancias exactas, el acto puso de manifiesto una imprudencia política increíble por parte de Bujarin (como él mismo admitió más tarde: «¡Hice una auténtica chiquillada, una auténtica tontería!»).

La interpretación de Stalin parece verosímil, a la luz de las notas de Kámenev sobre la reunión, cuya veracidad, en lo esencial, no fue negada luego por Bujarin. Llevado por la emoción, durante la conversación con Kámenev habló de Stalin «en un tono de odio absoluto» y no parecía tener ninguna duda de que la escisión del partido era inevitable. Él mismo identificó un bloque en el que lo acompañaban Rýkov y Tomski y afirmó que «entendemos que la línea de Stalin será la ruina de la revolución»; además describió a Stalin como «un intrigante sin principios, que lo subordina todo a permanecer en el poder» y siempre había que temer que te clavara un cuchillo por la espalda. Siguió diciendo que Stalin había instaurado en el Comité Central una «cultura de Gengis Kan» y que los espiaba: la GPU los seguía y había pinchado sus teléfonos; de modo que

Bujarin y sus aliados entendían ahora que Zinóviev y Kámenev eran infinitamente preferibles a Stalin. Kámenev insistió en saber de qué aliados se trataba; Bujarin dio a entender que eran la mayoría de los miembros del Politburó, aunque no todos estaban dispuestos a dar la cara y reconocerlo. El «zopenco de Mólotov, que me da lecciones de marxismo (nosotros le llamamos "trasero de piedra") ...», era un caso perdido, por descontado. Pero Rýkov y Tomski estaban netamente entregados a hacer de oposición de Stalin, junto con él mismo; Andréyev estaba con ellos, al igual que el jefe de la policía, Yagoda. La gente de Leningrado (es decir, de Kírov) «está en general con nosotros, pero se han asustado ante la posibilidad de apartar a Stalin». Voroshílov y Kalinin los veían con buenos ojos, pero «en el último minuto nos han traicionado», porque, sin duda, Stalin los tenía atrapados de algún modo. Ordzhonikidze era otro de los que, aun estando con ellos, no se atrevía a dar el paso, aunque «se ha presentado en mi casa a maldecir a Stalin».

Todo esto fue debidamente anotado por Kámenev, y sus secretarias lo pasaron en limpio para comunicárselo a Zinóviev. Ahora bien, como el propio Bujarin debería haber anticipado, a tenor de su referencia al espionaje, Stalin no tardó en tener ese informe en sus manos. Acto seguido se lo pasó a Rýkov, que se quedó pasmado por la temeridad de Bujarin, y a los pocos meses había acabado en manos de la ilegalizada Oposición trotskista, que lo hizo circular clandestinamente. El asunto se estudió —y fue objeto de condena— en una reunión conjunta del Comité Central y la Comisión de Control del partido, en abril de 1929.[11]

Cuando tuvo noticia de la traición, Stalin se enfureció. En una nota manuscrita que pasó a Bujarin en el pleno del Comité Central de abril de 1929, escribió enojado (pero aún con el tuteo familiar): «No me vas a obligar a callarme o a que oculte lo que pienso ... ¿Van a parar de una vez los ataques contra mí?». Bujarin podía haber planteado la misma queja: salvo desde la perspectiva de Stalin, el punto de vista general era que el acosado era Bujarin. Se ha dicho que este quedó conmocionado cuando Stalin repudió en público la amistad, aseverando que «el componente

personal es una trivialidad a la que no hay que dedicarle mayor tiempo. Ayer [Bujarin y yo] todavía teníamos una relación personal de amistad, pero ahora nos hemos separado por la política». El repudio tampoco debió de sorprender a nadie. No solo porque Bujarin, de hecho, había traicionado a Stalin personal y políticamente, sino porque el concepto de la «trivialidad» de los lazos personales era un axioma de los bolcheviques, más aún, de todos los revolucionarios rusos, que se remontaba al siglo XIX. Cuando Stalin dijo: «Esto no es un círculo familiar, no es un grupo de amigos, sino un partido político de la clase trabajadora», estaba afirmando algo completamente obvio, nada excepcional en lo que atañía al partido. Esto no significa que estuviera diciendo toda la verdad al respecto de sus sentimientos en la materia, pues el equipo era en efecto «un grupo de amigos», entre otras cosas; y ahora Stalin acababa de enterarse de que uno de esos amigos decía odiarlo y consideraba que su liderazgo era desastroso; más aún, se afirmaba que también eran de una opinión similar gente como Kírov (al que Stalin se sentía muy próximo) y amigos de muchos años como Ordzhonikidze y Voroshílov.

Bujarin tardó mucho tiempo, desde luego, en comprender que había provocado un desastre irremediable; pero sin duda no le pasó por alto la campaña semipública en su contra, orquestada por Mólotov, que socavaba su posición en la Comintern, atacaba sus escritos económicos y castigaba a sus jóvenes discípulos. Entre otras cosas, se lo acusaba de ser un hipócrita que, en público, respaldaba las medidas colectivizadoras del partido, pero en privado actuaba contra ellas. Esto, a todas luces, era cierto, pero también era consecuencia de las propias reglas del juego: cuando el Politburó adoptaba una posición, se esperaba que, en público, todos los miembros la respaldaran. La alternativa de expresar el desacuerdo en público se interpretaba como un desafío faccionario, similar al de la Oposición de Izquierdas. Pero Bujarin y sus aliados se esforzaron con denuedo por evitar cualquier cosa que pudiera presentarse como una escisión interna; creían que Stalin intentaba dar esa imagen de ellos, como ya había hecho antes con la Izquierda. «¡No conseguirá tener otra “Oposición”! —le gritó Bujarin a

Stalin en el pleno de abril de 1929—. No lo va a conseguir. ¡Y ninguno de nosotros [la] va a encabezar!» En un artículo de *Pravda* titulado «Notas de un economista» Bujarin había publicado una crítica de las medidas de industrialización, de apariencia inocente, pero con mucha intención de fondo, y con ello había quebrantado las reglas de un modo que pareciera menor, o que incluso pudiera negar; al mismo tiempo, había maniobrado para respaldar en público la política a la que en privado se oponía y, lo que era aún más delicado, para denunciar a quienes, sin dar la cara, tenían la maldad de intentar socavar esa política. Bujarin, en suma, había quedado en una posición insostenible y Stalin y Mólotov disfrutaron sacando todo el partido posible de su incomodidad.[12]

De acuerdo con el principio estalinista de la dosificación, los tres representantes de la Derecha fueron expulsados de sus puestos de forma progresiva y en momentos diferentes; pero bastante antes de su marcha definitiva, el equipo ya tenía claro que estaban de salida. «Hay que apartar a Rýkov y su banda —le escribió Stalin a Mólotov en otoño de 1929—, *pero por el momento, que esto quede entre nosotros*» (cursiva del original). Bujarin fue apartado oficialmente de la dirección de *Pravda* en junio de 1929, y de la jefatura de la Comintern un mes más tarde; pero en realidad, como ya se sentía desacreditado, no se había presentado en ninguno de esos dos puestos de trabajo desde que volvió de las vacaciones de verano, el año antes; por lo tanto, podía ser acusado de negligencia laboral sin más causa que la vanidad herida. Tomski actuó de un modo similar, dejó de acudir a la oficina sindical desde que le enviaron a Kaganóvich como mastín de guardia, y fue apartado oficialmente en junio de 1929. Rýkov, con un carácter más prudente y huidizo que los otros dos, siguió militando en la jefatura del gobierno, pero los estalinistas procuraron que cada vez le fuera más difícil sacar ningún proyecto adelante. El día de Nochevieja de 1929, los tres hicieron un intento de última hora de firmar la paz y se presentaron de improviso en el apartamento de Stalin, cuando aún era temprano, con la ofrenda conciliadora de un vino georgiano. Pero era demasiado tarde. Aunque no se los envió al exilio remoto, como a la Oposición de Izquierdas

—de hecho no habían llegado a organizar ningún clan parecido—, todos fueron cayendo del Politburó: Tomski, en julio de 1929; Bujarin, cuatro meses más tarde; Rýkov, en diciembre de 1930. Tras perder la jefatura del gobierno, a Rýkov se le otorgó un puesto de segundo nivel —ministro de Comunicaciones—, mientras que Bujarin y Tomski fueron relegados a posiciones de tercer nivel en la administración económica.[13]

En las primeras fases del apartamiento de la Derecha, el equipo (o, al menos, algunos de sus miembros) aún quería confiar en una reconciliación. «La verdad es que no queríamos expulsar a Rýkov, Tomski y Bujarin», rememoraba Mikoyán, aunque sin precisar quién suscribía aquel «no queríamos». Mólotov, como de costumbre, ofreció a Stalin un respaldo sin fisuras y, en su ausencia, fue controlando que se pudiera confiar en el resto del equipo. No pocos «amigos borde[an] el pánico», le advirtió a Stalin en agosto de 1928; Mólotov parecía esperar que el equipo debería prescindir de varios de aquellos «veletas de la política» (quizá un grupo más numeroso que el que acabó cayendo en desgracia). Stalin temía que Mikoyán y Kúibyshev pudieran prestar oídos a los argumentos de Tomski, por lo que envió a Kúibyshev una nota en la que afirmaba que Tomski era «una persona maliciosa, sin la debida honradez», que, aun a pesar de la apariencia de amistad, «planea hacerte daño». Mólotov también iba preparando el terreno, según rememoró luego Kaganóvich: de Bujarin, «solía decir que era artero como un zorro, que era el Shúiski de nuestros días» (en referencia a Vasili Shúiski, un noble que en el siglo XVII, durante la Era de la Inestabilidad, cambió de bando y reinó brevemente como Basilio IV antes de ser depuesto a su vez).

Ordzhonikidze, que nunca fue un entusiasta de apartar a los amigos, empezó oponiéndose con decisión a nuevas expulsiones. «Tenemos que dejar atrás todo esto», le dijo a Rýkov en otoño de 1928, en una carta escrita en tono de familiaridad. Estaba seguro de que no había ningún desacuerdo insalvable entre el grupo de Rýkov y el resto del equipo; las dificultades con el abastecimiento de cereales, ese último año, los habían puesto nerviosos a todos, pero no existía mayor problema. Le pidió a Rýkov que

hiciera todo cuanto estuviera en su mano para lograr la reconciliación entre Bujarin y Stalin (aunque estaba al caso de que la distancia entre los dos era muy considerable) y, a su vez, que no llegara a discutirse por las medidas que se estaban estudiando. Si el equipo prescindía de Rýkov, Bujarin y Tomski sería «ridículo», «una locura». Cerca de un mes más tarde, le alegraba poder contarle a Voroshílov que «Misha [Tomski] ... ha sido bastante diplomático», pero le disgustaba que, en sus «Notas de un economista», Bujarin hubiera hecho pública una crítica encubierta de las políticas del Politburó: «No es bueno, lo del artículo de Bujarin. En las reuniones, el pobre Bujarin lo está pasando bastante mal. No tendría que haber escrito un artículo así. ¿Lo has leído? Le falta claridad. Bujarchik no se ha atrevido a dar la cara en el artículo y decir francamente lo que piensa, y ha atizado por igual a la izquierda y a la derecha, y ahora todo el mundo está descontento con él».

Pero cuando el equipo tuvo noticia de la conversación que había mantenido con Kámenev, se acabaron las muestras de simpatía con el pobre Bujarchik. Había injuriado o insultado a prácticamente el equipo al completo, y para sus amigos, el asunto era especialmente delicado. Al final, lo que logró Bujarin fue asestar un golpe cruel contra los miembros del equipo que podían mostrarse más vacilantes (si de veras vacilaban) y hacer que dieran un paso atrás. De hecho, probablemente ellos mismos habían sido un tanto desleales alguna vez, en conversaciones privadas... ¿A quién no le ha pasado? Lo más plausible es que en el fondo nadie quisiera apartar del todo a la Derecha. Sus titubeos tampoco debieron de sorprender a Stalin, si la OGPU vigilaba a los miembros de la jefatura con tanto acierto como se dice. Pero al aprobar que las notas de Kámenev vieran la luz, aunque fuera solo para el ámbito restringido del Comité Central, Stalin no solo le asestó un golpe letal a Bujarin: también envió un aviso claro a las filas de los Ordzhonikidze, Voroshílov, Andréyev, Kírov y Kalinin, que reaccionaron consiguientemente: «Que se vaya al infierno», le escribió Ordzhonikidze a Voroshílov, que se había quejado antes de la perfidia de Bujarin. «Nos ha pillado del todo por sorpresa, pero ha resultado que

[Bujarin] no es nada de fiar. Hará lo que pueda para crear la impresión de que la gente lo insulta y lo persigue, pero al mismo tiempo nos va a tirar la mierda encima.»[14]

En la reunión del Comité Central de abril de 1929 —cuando se puso sobre la mesa la conversación de Bujarin y Kámenev— quedó claro el deterioro de las relaciones personales. Aburrido por la larga disquisición teórica de Bujarin sobre la economía, Rudzutak aprovechó una metáfora planteada por este, la de «enroscar un tornillo», para interrumpirle con un desdeñoso: «Dale a la rosca, tú dale». Bujarin replicó: «Supongo que le parece muy gracioso», lo que despertó las risas de Ordzhonikidze, y esto a su vez acentuó el enfado de Bujarin. «¿Así que ahora se ha prohibido reír?», cortó Ordzhonikidze, y Bujarin se volvió aludiendo al temperamento notoriamente explosivo de este: «Que yo sepa, a usted nadie le ha prohibido ni soltarle bofetadas al chófer». En otra reunión del Politburó, cuando Bujarin provocó a Voroshílov, este perdió los nervios por entero: tildó a Bujarin de mentiroso y cabrón, así como de amenazar con el uso de la violencia física. Voroshílov se avergonzó de su propia conducta, según le dijo a su amigo Ordzhonikidze, pero Bujarin le resultaba insoportable: era «pura basura, un hombre capaz de contarte a la cara las trolas más infames, poniendo esa cara que sabe poner tan bien, de inocente y santurrón, el muy jesuita».

Voroshílov hizo un discurso atacando tanto a la Derecha como a sus mecenas del capitalismo internacional, que a su juicio fue un fiasco total («a los de Leningrado los torturé con mi discurso y no me pedirán que vuelva»), pero Stalin corrió a calmarlo: «Ha sido un discurso bueno, con principios. Les ha dado donde más les duele a todos los [Herbert] Hoover, los [Austen] Chamberlain, los Bujarin». Pero Stalin no daba su apoyo a todo el mundo. Cuando surgió el nombre de Kalinin en una de las confesiones de expertos acusados de sabotaje —confesiones falsas obtenidas por la policía secreta en 1930—, Mólotov, al recibir la transcripción, dio por sentado que había que borrar esa referencia, pero Stalin le corrigió en seguida: «Hay que enviar todas las confesiones, sin

excepción, a los miembros del Comité Central ... No hay ninguna duda de los pecados de Kalinin. Todo lo que dicen sobre Kalinin en las confesiones es la pura verdad». Había que informar al Comité Central «para que, en el futuro, Kalinin no se mezcle con sabandijas». En otras palabras: transmitir a Kalinin que, por muy respetado que fuera en el partido, no gozaba de una posición inexpugnable.[15]

Aun así, Kalinin permaneció en el equipo, quizá porque la mayoría no quedó nunca convencida de la necesidad de expulsarlo. Lo mismo ocurrió con otros «titubeantes» como Voroshílov y Ordzhonikidze, aunque los que gozaron de la verdadera confianza política de Stalin fueron camaradas sin ningún titubeo como Mólotov y Kaganóvich. En las provincias, algunos futuros miembros del equipo estaban curtiéndose en batallas locales que les valdrían el traslado a Moscú, como había pasado antes con Mikoyán, Ordzhonikidze y Kírov. Andréi Zhdánov trabajaba en Nizhni Nóvgorod, junto al Volga, en el emplazamiento de una nueva gran fábrica de automóviles. Era un joven con pretensiones intelectuales («Siempre fui el mejor estudiante de mi escuela y me gradué con los máximos honores», escribió en un currículo en 1922), más conocido por la obediencia con la que acataba los cambios de dirección del partido que por ninguna eficacia especial en el cumplimiento de los objetivos del Primer Plan Quinquenal; pero a Stalin le gustaba. Lavrenti Beria estaba en el Cáucaso, donde pasó de encabezar la GPU de Georgia a dirigir el comité del partido en el Transcáucaso; por mediación de su protector, Ordzhonikidze, aspiraba a obtener un buen puesto en Moscú, de preferencia en el partido, no en labores de seguridad. Mantuvo a Ordzhonikidze y Stalin al tanto de las peculiaridades de la política caucásica, que seguía interesándoles vivamente a ellos dos; y aprovechó que Stalin se desplazaba regularmente al sur de vacaciones para ir granjeándose su favor. La actuación de Beria como jefe local, tanto en el ámbito de la agricultura como en el de la industria, parece haber sido superior a la de Zhdánov; era duro, pero también eficiente, y si debemos dar crédito a su hijo, logró que el Primer Plan Quinquenal de Georgia favoreciera el cultivo de cítricos y té —lo que representaba una

forma de colectivización más suave que la de otras provincias— y acertó a atajar los disturbios contra la colectivización de Azerbaiyán «con suma astucia y un uso mínimo de las armas de fuego».[16]

Stalin y otros habían esperado, en un principio, que surgieran nuevos líderes formados en el Instituto de Profesores Rojos o la Universidad Comunista Sverdlov, centros creados a principios de la década de 1920 como instituciones de élite en el campo de las ciencias sociales. Pero sus estudiantes representaron una decepción. Estaban muy politizados y tendían a gastar el tiempo en debates ideológicos y enfrentamientos entre bandos (y, lo que era peor aún, en el bando *equivocado*, pues el favorito de los estudiantes era un teórico joven, popular y asequible: Bujarin). Con la Revolución Cultural, Stalin y su equipo pasaron a filtrar el reclutamiento de la élite según principios de «clase», dando prioridad a los proletarios y los miembros del partido y exhibiendo una clara hostilidad hacia los estudiantes de la antigua clase alta: «Échalos de Moscú —le escribió Stalin a Mólotov— y pon en su lugar a jóvenes, nuestra gente, comunistas».[17]

Esta resuelta acción de afirmación del proletariado se acompañó de un vuelco en las prioridades de la educación superior, que se orientó hacia la ingeniería (ahora bajo la jurisdicción de un Ministerio de Industria estalinista, no del de Educación, con sus intelectuales derechistas), que en la década de 1930 se convirtió en la credencial más deseable de las carreras tanto política como profesional. Si echamos la mirada hacia delante, casi todos los miembros del equipo de Brézhnev-Kosyguin, en el poder desde mediados de la década de 1960 hasta la de 1980, fueron licenciados en ingeniería; pero tuvieron como precursores a dos miembros incorporados al equipo de Stalin mediados los años treinta: Gueorgui Malenkov y Nikita Jrushchov. Malenkov, que procedía de una familia de la nobleza rusa, estaba emparentado por matrimonio con un «viejo bolchevique» coetáneo y amigo de Lenin (Gleb Krzhizhanovski). En los primeros años veinte, tras combatir en la guerra civil, cursó estudios en la más prestigiosa universidad de ingeniería de Rusia, la Escuela Técnica Superior Bauman. Según su hijo, Malenkov destacó en la ingeniería eléctrica y su profesor le pidió que

continuara con un posgrado, pero prefirió trabajar en la oficina del Comité Central, donde fue ascendiendo bajo la protección de Stalin. Jrushchov —que era de etnia rusa, aunque pasó la juventud en Ucrania— era hijo de un campesino que trabajaba en la industria de forma estacional; el propio Jrushchov fue obrero industrial desde los quince años. Se unió al partido en 1918, combatió con el Ejército Rojo durante la guerra civil, realizó labores para el partido ucraniano en la década de 1920 y Kaganóvich lo tomó a su amparo. Se mudó a Moscú en 1930, como un estudiante tardío —se benefició de la citada acción de promoción del proletariado— que además gozaba de una notable experiencia política. Se matriculó en la Academia Industrial, un centro de menos fama que la Bauman, pero distinguido por proporcionar educación superior a comunistas de clase obrera que antes no habían gozado de esa oportunidad, como el propio Jrushchov. Allí compartió estudios con Dora Jazán (la esposa de Andréyev) y Nadia Alilúyeva; quizá Stalin se fijó en Jrushchov, en primer lugar, por su amistad con esta última. A sus treinta y cinco años, y con su dedicación a la política, probablemente Jrushchov era demasiado mayor para destacar en la ingeniería; pero destacó como secretario del partido en la Academia y lideró la batalla contra la Derecha. Tardó poco en verse recompensado con el puesto de subsecretario de Kaganóvich en el comité del partido en Moscú.

Además de los nuevos hombres incorporados en las alas del equipo, algunos de los de antaño renegaban de errores pasados y volvían al grupo, aunque sin llegar al nivel del Politburó. Entre la Oposición de Izquierdas, el impulso industrializador de Stalin despertaba un gran atractivo, no solo porque esta política había nacido en la Izquierda, sino porque su implantación durante el Primer Plan Quinquenal supuso un reto de lo más emocionante. Hacia 1930, el equipo de Stalin navegaba viento en popa: la oposición había sido derrotada, las bases del partido le daban un apoyo pleno y se había lanzado un programa de transformación social atrevido y agresivo que, visto desde dentro, parecía natural para un partido revolucionario. Entre los miembros de la Oposición de Izquierdas que lograron ser readmitidos en el partido estuvo por ejemplo Yuri Piatakov, que

había sido muy próximo a Trotski y pronto ocupó un puesto clave al servicio de Ordzhonikidze en el Ministerio de la Industria Pesada.

«Ha llegado el período heroico en el que vamos a construir el socialismo», dijo un Piatakov exultante. Era un sentimiento compartido por el equipo y que también abrazaron con entusiasmo los jóvenes comunistas que actuaban como «tropas de choque» de los procesos de colectivización, industrialización y Revolución Cultural. Kaganóvich, uno de los oradores más eficaces del equipo, dijo ante un congreso de la Komsomol, en 1931, que el futuro era suyo, de la juventud. El Primer Plan Quinquenal sentaba la base de «un gigantesco salto adelante que mostrará al mundo entero que no está lejos la hora en la que atraparemos y dejaremos atrás al país más avanzado de todos: los Estados Unidos de Norteamérica [*sic*] ... El socialismo vencerá ... Seréis los dueños del mundo entero».[18]

3

En el poder

«Fueron tiempos maravillosos», escribió Yekaterina Voroshílova en la década de 1950, al rememorar la vida social del equipo cuando aún vivía la joven Nadia Alilúyeva, segunda esposa de Stalin. «Las relaciones eran sencillas, genuinamente buenas, de camaradería. Es incomprensible, doloroso casi, ver cómo, a medida que el tiempo pasaba, la vida en el partido se fue complicando, igual que nuestras relaciones mutuas.» Kaganóvich también recordaba con especial afecto los primeros años veinte, cuando conoció a Stalin. Él y los demás solían trabajar hasta la medianoche en las oficinas del Comité Central en la Plaza Vieja y luego regresaban juntos hasta el Kremlin. Kaganóvich rememoró una noche de invierno en la que volvía a casa a pie, con Stalin, Mólotov y Kúibyshev: un puñado de alegres revolucionarios, todavía delgados, todavía hambrientos, con cabellera abundante y mostacho. Kaganóvich se acordaba en especial de los bigotes, típicos del equipo: Kírov era la única excepción hasta que, en la década de 1930, se le unieron Jrushchov y Beria, sin pelo ni bigote. Tampoco había un séquito de seguridad. Stalin, con gorra de piel de orejeras colgantes, se reía y charlaba y bromeaba con los demás. Eran una «hermandad» de hombres libres, dijo Kaganóvich recurriendo a la expresión rusa para los días de servidumbre, *vól'nitsa*, que también podía hacer referencia a una banda de forajidos. Aunque vivían en el Kremlin, como los zares, no se consideraban herederos del zarismo; de hecho, hasta como gobernantes les costaba verse.

A la selecta minoría que ya se había sumado al partido antes de 1917, se la fue dando en llamar «viejos bolcheviques». Estaban unidos por el recuerdo común de las organizaciones clandestinas, el exilio, la prisión, la emigración y, sobre todo, la lucha. En el seno del equipo de Stalin, en los años veinte, la relación era de camaradería, a menudo incluso de amistad. Hasta en la correspondencia oficial se empleaba el tuteo (*ty*). Esto rompía con las convenciones del equipo de Lenin, donde el tuteo era menos frecuente, en particular en relación con el propio Lenin: al parecer, ninguno de sus camaradas se dirigió a él de ese modo en la correspondencia oficial, ni él lo utilizó con ellos. Pero Lenin era mayor, y de una clase social más alta, que el equipo de Stalin; y además, en la década de 1920, para su círculo, Stalin no era un Lenin. Muchos de sus integrantes le escribían usando la forma familiar, igual que hacían al escribirse mutuamente, y siguieron haciéndolo durante los años treinta. Según apuntó Mikoyán, los que tenían un trato más íntimo con Stalin eran él mismo, Ordzhonikidze, Kalinin, Mólotov, Voroshílov, Bujarin y Kámenev. En las cartas, Mólotov y Voroshílov solían dirigirse a Stalin como «Koba», y Mikoyán, como «Soso», diminutivo georgiano de Iósif.[1]

Al iniciarse la década de 1930, una parte del equipo había ganado peso y a algunos les lucía menos la cabellera; pero el atuendo de aire militar siguió estando de moda durante algunos años más, e igualmente los usos informales. Con respecto a los subordinados, el equipo empleaba un tono de mando casi militar, brusco y perentorio, en ocasiones incluso insultante (en especial, Kaganóvich). Con la gente corriente, sin embargo, se prefería un tono sencillo y amable y una apariencia accesible, al estilo de Kalinin, con su carácter llano. Entre sí se trataban de camaradas, y en muchos casos, de amigos. Aunque Stalin renegó de la amistad en política (cuando se peleó con Bujarin), son palabras que no deben tomarse al pie de la letra. Para él, la amistad tenía una gran importancia (lo que no significa que no pudiera conducirse con deslealtad) y, al principio, la amistad fue uno de los factores de cohesión del equipo. Esto cambió tras las muertes de Kírov (en 1934) y Ordzhonikidze (en 1936), así como por el impacto de las Grandes Purgas,

que inhibieron y corrompieron las relaciones personales en el seno del equipo. Pese a todo, incluso después de las purgas, Stalin continuó buscando compañía entre los miembros del equipo, como haría de hecho hasta el fin de sus días. Como en la mayor parte del equipo (con las excepciones de Rudzutak y Kúibyshev, que preferían los ambientes artísticos), las amistades y el contacto social de Stalin se centraban en el mundo de los «viejos bolcheviques», además de la familia; y tras la muerte de su esposa, a finales de 1932, dependió aún más del equipo.

En términos sociales, el núcleo del equipo lo constituían los «caucásicos», entre los que había dos georgianos (Stalin y Ordzhonikidze) y un armenio (Mikoyán), más dos (Voroshílov y Kírov) que habían servido en los frentes del sur y, durante la guerra civil, habían trabado especial amistad con la etnia caucásica. Estos cinco tenían buena sintonía entre sí, en el plano personal, mucho más que con Mólotov, que hallaba más placer en la compañía de su mujer que en la camaradería masculina (aunque los Stalin y los Mólotov se habían llevado bien cuando compartieron apartamento en el Kremlin, en los primeros años veinte). Los Ordzhonikidze, junto con Bujarin y su pareja de la década de 1920, Esfir Gúrvich, más el georgiano Abel Yenukidze (padrino de Nadia), parecen haber sido los amigos más próximos de la familia Stalin a finales de los años veinte; también Kírov, pero su presencia era menos frecuente, por tener Leningrado como base.

Ordzhonikidze era un hombre de personalidad cálida, con facilidad para hacer amigos, que caía bien en general: casi todo el mundo lo tuteaba con familiaridad, y sus amistades más próximas, como Kaganóvich y Mikoyán, solían añadir también alguna expresión de cariño. Era puntilloso: siempre se acordaba de preguntar por la salud de las esposas e hijos ajenos, y daba recuerdos para ellos. También eran populares en general Kírov, Mikoyán y, hasta la gran pelea, Bujarin. Kírov era amigo de Kúibyshev (al que había conocido en la cárcel de Tomsk en 1909), Bujarin y Tomski, así como de Ordzhonikidze, Stalin y su esposa (conocía a Nadia desde la infancia, como amigo de muchos años del padre de esta). Los Voroshílov tenían amistad con los Kaganóvich y los Andréyev, así como los Mikoyán; y Bujarin era

íntimo de Voroshílov. Rudzutak, soltero, hacía buenas migas con Rýkov y Tomski, y a veces iba de caza con Voroshílov. Kúibyshev mantuvo la amistad que le unía con Mikoyán y Kírov desde los años de la guerra civil, y tenía buena relación con los Andréyev, en especial desde que se casaron una hija de estos y un hijo suyo. Andréyev era íntimo de Kalinin (buen amigo de Mikoyán, a su vez) y se llevaba bastante bien con Ordzhonikidze y Voroshílov.[2]

En los primeros años de la década de 1920, buena parte de la vida social del equipo tenía lugar en el Kremlin, donde los antiguos revolucionarios, con sus esposas e hijos, iban entrando y saliendo de los modestos apartamentos de cada familia. No era muy distinto de los días de antaño, de pisos compartidos o catres tendidos dondequiera que hubiera una cama o un simple suelo. Los Mólotov eran una excepción a esta costumbre; en ocasiones, las esposas de los otros lanzaban comentarios mordaces sobre los gustos burgueses de Polina. Más adelante, se añadieron las dachas como centro de la vida social del equipo, en particular la de Stalin en Zubalovo, que no distaba mucho de las dachas de los Mikoyán, Voroshílov y Svanidze (Aliosha Svanidze era cuñado de Stalin por su primer matrimonio). Stalin recibía con agrado la compañía, tanto para sí mismo como para sus hijos, Vasili (Vasia) y Svetlana. Los Ordzhonikidze acudían a menudo a la dacha de Stalin, junto con los Mikoyán (con sus cinco hijos, cinco varones jóvenes, su presencia no pasaba inadvertida), los Voroshílov, los Kaganóvich, los Andréyev y los Mólotov. A Bujarin también se lo veía con frecuencia desde que se hizo íntimo de Stalin y amigo de Nadia, mediada la década de 1920. Lo mismo pasaba con Abel Yenukidze, quien, además de ser el padrino de Nadia, era amigo de Stalin desde los años de la clandestinidad prerrevolucionaria en el Cáucaso (conocía a Stalin desde los días del seminario). Kírov venía cuando estaba en la ciudad, e igualmente Pável Póstyshev, héroe de la guerra civil en la batalla del Extremo Oriente, que trabajó con Stalin como secretario del Comité Central en los primeros años de la década de 1930, y su esposa Tatiana.

Los Stalin y sus invitados jugaban a tenis, billar, bolos y ajedrez; esquiaban y montaban a caballo; bailaban ante el gramófono y cantaban; bebían vino de Georgia, y jugaban con los hijos, propios o ajenos. Kírov y Mólotov interpretaban danzas rusas con sus mujeres; Voroshílov bailaba el *hopak* ucraniano. El joven y atlético Mikoyán se animaba con la *lezghinka* caucásica y «agitaba las piernas delante de Nadia [la esposa de Stalin], para convencerla de que se uniera» al baile, mientras esta «con timidez, se tapaba la cara con la mano» (como exigía la danza tradicional, porque Nadia no era tímida ni recatada). Stalin no era muy aficionado a bailar, pero sí le gustaba elegir la música y poner los discos.

A menudo también se hallaba allí a los parientes georgianos, familia política de los dos matrimonios de Stalin: los Svanidze, del primero (su primera esposa, la joven Yekaterina Svanidze, murió en 1907, cuando solo llevaban casados un año), y los Alilúyev, del segundo. El hermano de Yekaterina, Aliosha Svanidze, vicepresidente del Banco Estatal, era amigo íntimo de Stalin; en la década de 1930 pasó muchas noches en su dacha, para hacerle compañía. Svanidze y su esposa María (una antigua actriz, que actuaba posesiva y reverencialmente con respecto a Stalin) tenían un hijo llamado John-Reed (por el famoso izquierdista estadounidense que escribió *Diez días que estremecieron el mundo*), que anotó minuciosamente en su diario quién había acudido a la dacha. En noviembre de 1934, por ejemplo, estuvieron allí Kaganóvich, Mólotov, Ordzhonikidze y un nuevo miembro del equipo, Andréi Zhdánov; también «los niños», Vasia y Svetlana Stalin, Tomik Serguéyev (hijo adoptivo de Stalin y compañero de Vasia) y John-Reed (Johnny) Svanidze. Al mes siguiente, el quincuagésimo quinto cumpleaños de Stalin se celebró en la dacha con la presencia de «todos sus amigos íntimos, es decir, la gente con la que no solo trabaja, sino que además se ven de manera informal», como por ejemplo los Mólotov, Voroshílov, Ordzhonikidze, los Andréyev, Yenukidze, Mikoyán, el ucraniano Vlas Chubar y su esposa, Beria (que subió del Cáucaso), y Kalinin, más un puñado de parientes de Stalin: María, con su esposo e hijo; la hermana de Nadia, Anna Alilúyeva, con su marido Stanislav Rédens, jefe

de la NKVD moscovita; y el hermano de Nadia, Pável Alilúyev, militar de profesión, con su esposa Zhenia. Mikoyán fue el maestro de ceremonias durante la primera mitad de la fiesta, y Ordzhonikidze, durante la segunda: los caucásicos entonaron algunas canciones melancólicas, con «el jefe» como tenor.[3]

En esta compañía vivaz, las esposas y los hijos tenían un peso importante. En los matrimonios más duraderos abundaban las mujeres que procedían por sí mismas del viejo bolchevismo, y tenían su propio oficio e intereses profesionales. Varias (Polina Zhemchúzhina-Mólotova, María Kaganóvich, Yekaterina Voroshílova, Dora Jazán-Andréyeva, Yevguenia Kogan-Kúibysheva, María Markus-Kírova) eran judías, aunque los maridos (salvo Lázar Kaganóvich) eran eslavos. Algunas desarrollaron carreras autónomas y relevantes. Polina Mólotova (más conocida por su nombre de partido, Zhemchúzhina) trabajó en una fábrica de perfumes en la década de 1920, pasó de ser la secretaria del partido a la directora, consolidó el sector hasta crear toda una industria cosmética en los años treinta, y más adelante fue viceministra de la Industria Ligera y ministra de Pesca. Mikoyán tenía un gran concepto de su capacidad, como Stalin, y fue la única esposa a la que se le permitió asistir a las recepciones formales cuando esta clase de actos empezó a cobrar importancia, en los años previos a la guerra. María Kaganóvich encabezaba el sindicato de la producción textil.

La mujer de Kalinin, Yekaterina Lorberg, fue gerente en la industria textil, durante la década de 1920, y luego trabajó en el Tribunal Supremo de Rusia. A Dora Jazán y Nadia Alilúyeva también les aguardaban labores de gestión tras culminar sus estudios en la Academia Industrial. Nadia murió antes de graduarse, pero Dora llegó a dirigir un organismo industrial de la lana y, como Polina Zhemchúzhina, llegó a ser viceministra de la Industria Ligera. La compañera de Bujarin en los años veinte, Esfir Gúrvich, se graduó en el Instituto de Profesores Rojos y se doctoró en Economía. La segunda esposa de Kúibyshev, Yevguenia Kogan, ocupó puestos destacados en el Comité del Partido en Moscú; su cuarta mujer (Olga Lezhava) terminó siendo la subdirectora de un instituto de investigación industrial. Entre los

jóvenes que se unieron al equipo mediada la década de 1930, la esposa de Malenkov, Valeria Golubtsova, dirigió el Instituto de la Energía de Moscú tras graduarse en ingeniería; Nina, la esposa de Beria, era química y, tras mudarse a Moscú a finales de los años treinta, fue investigadora en la Academia de Agricultura Timiriázev.[4]

Varias mujeres de los líderes bolcheviques trabajaron en el Ministerio de Educación de Rusia, pero las más destacadas —las viceministras Nadezhda Krúpskaya y Várvara Yákovleva, junto con la primera esposa de Zinóviev, Zlata Lilina, que dirigió el departamento de educación de Leningrado— eran afines a Zinóviev y no formaban parte del equipo de Stalin. La primera esposa de Kámenev, Olga Kámeneva, también ocupó una posición más destacada en la administración cultural que cualquiera de las mujeres del equipo de Stalin: fue directora de la VOKS, la sociedad soviética que se ocupaba de las relaciones culturales con los países extranjeros. Aun así, varias de estas esposas ocuparon puestos, aunque más humildes, en sectores de empleo «suave» como la gestión cultural, la propaganda y la historia del partido, las secciones femeninas, y los museos, que en parte fueron un imán para las mujeres. Yekaterina Voroshílova trabajó durante muchos años en la Escuela Superior del Partido (Svetlana, la hija de Stalin, dejó escrito años más tarde que en el período de posguerra, cuando también trabajaba allí Zinaida Zhdánova, los jóvenes se burlaban de las mujeres diciendo que eran «un estímulo visual para el estudio de la historia del PCUS»). Pero tener un trabajo también aportaba bienestar: según escribió más adelante Voroshílova, ella trabajaba «para mi tranquilidad moral, para que no me vieran como una simple ama de casa». Entre las esposas de los «viejos bolcheviques», uno de los empleos más habituales, antes de la revolución, había sido la enseñanza; allí trabajaron también las dos amas de casa del equipo de los años veinte: Zina Ordzhonikidze y Ashjén Mikoyán. Nina Kucharchuk-Jrushchova también trabajó primero como maestra; cuando la pareja se mudó a Moscú, hizo labores para el partido en una fábrica, pero lo dejó cuando nació su hijo menor, Serguéi, en 1935.

Las esposas tenían sus propias relaciones sociales, en parte similares a las de sus maridos, pero en parte autónomas. Al parecer, Zina Ordzhonikidze y Ashjén Mikoyán (esta, algo más joven), al igual que sus esposos, hacían amistad con facilidad y fueron centros de la vida social. A Nadia Alilúyeva se la menciona muy a menudo como amiga —así lo hicieron Polina Zhemchúzhina, Zina Ordzhonikidze, Ashjén Mikoyán y Dora Jazán, por ejemplo—, pero es probable que ello se debiera más a la condición de Stalin y al hecho de que su dacha fue todo un centro social, y no tanto al carácter de Nadia, reservada y poco dada a la calidez. Según le escribió a su cuñada María Svanidze en 1926, «es extraño, pero en todos estos años [en Moscú] no he hecho amigas de las de verdad» y añadió que, en lo que atañía a las mujeres, prefería la compañía de las que no eran miembros del partido. La mandona y elegante Polina Zhemchúzhina no era especialmente popular entre las otras esposas, y Nina Beria tampoco se llevaba bien con ellas: «era joven y bonita y todas las otras mujeres del Politburó la odiaban». En cambio, Stalin la apreciaba de verdad, y su hija Svetlana también, ya en la edad adulta, pese a que Beria le despertaba aversión.[5]

Las mujeres no eran gazmoñas, o al menos no en origen, pues pertenecían a una generación revolucionaria que veía en el matrimonio una convención patriarcal y burguesa. Las uniones no siempre se legalizaban: los Mikoyán, una pareja ejemplar, nunca firmaron papeles, aunque tuvieron cinco hijos; tampoco Bujarin y su segunda esposa (y probablemente la tercera). Stalin y Nadia vivieron juntos varios años, antes de casarse oficialmente; Jrushchov y su esposa Nina convivieron desde los primeros años de la década de 1920, pero no se casaron hasta los años sesenta. Entre las mujeres del equipo de Stalin, Polina Zhemchúzhina fue una de las más emancipadas: es probable que ella y Mólotov tuvieran una unión abierta —aunque duradera y leal— y Polina tuvo una hija de otra relación. Incluso las esposas que, con el paso del tiempo, se convirtieron en respetabilísimas «damas soviéticas», como Yekaterina Voroshílova y Zinaida Zhdánova, habían vivido antes sus propias aventuras sexuales y maritales. Pero cuando

las costumbres se tornaron más exigentes, en la década de 1930, empezaron a escasear las aventuras amorosas de las mujeres (no necesariamente de los maridos). Incluso en los años veinte, de relativa libertad, se consideraba poco adecuado que un «viejo bolchevique» dejara a una mujer de su misma edad y convicciones por una más joven, como hicieron Kúibyshev, Bujarin y Kámenev. En el caso de Kúibyshev, su segunda esposa, Galina Troyanóvskaya, era hija de Aleksandr Troyanovski, un viejo amigo de Stalin, y este se enfureció cuando supo que, al enfermar ella, Kúibyshev la había abandonado.[6]

Muchos de los hijos del equipo nacieron después de la revolución, y, como fue habitual en Rusia en este período de agitación, sus hogares acogieron también a niños adoptados. A menudo eran hijos de camaradas caídos, como el mencionado Artiom (Tomik) Serguéyev, acogido por Stalin para que hiciera compañía a su hijo Vasili, o los hijos de Serguéi Shaumián, comisario martirizado en Bakú, que fueron cobijados por los Mikoyán, o los niños Timur y Tatiana, hijos del comandante militar Mijaíl Frunze, que fueron encomendados al cuidado de los Voroshílov por el Politburó, después de que sus padres fallecieran mediada la década de 1920. Igualmente eran adoptados Eteri, de los Ordzhonikidze, Piotr, de los Voroshílov, y Yuri, de los Tomski; de Yuri Kaganóvich se dijo que había sido seleccionado en un orfanato por su hija adolescente, Maya.

Los niños del Kremlin crecieron juntos, aunque no siempre en armonía. Se decía que Polina Zhemchúzhina temía que los ruidosos chicos de los Mikoyán fueran una mala influencia para su Svetlana, una de las mejores estudiantes del grupo, que estaba siendo educada con primor. Los Mikoyán y los Andréyev iban a la Escuela N.º 32 (que gozaba del mecenazgo especial de Krúpskaya y era famosa por su progresismo educativo), donde se relacionaban con hijos de luminarias de la intelectualidad y comunistas extranjeros. Las dos Svetlanas, la Stálina y la Mólotova, iban a otra escuela igualmente famosa y admirada, la N.º 25, que compartían por ejemplo con el hijo del cantante estadounidense Paul Robeson. Vasia acudía al mismo centro, donde causaba problemas a los maestros; Stalin les instaba a olvidar

quién era su padre y hacía hincapié en la necesidad de disciplina. Los demás miembros del equipo eran como los «tíos» de los niños del Kremlin, a menudo con afecto por las dos partes: Sergó Beria guardaba un grato recuerdo de juventud tanto de Stalin como de Kírov. Svetlana Stálina, cuyas memorias posteriores a la deserción tienden a ser menos positivas, reconocía sin embargo que Kaganóvich, Mólotov y Ordzhonikidze habían sido como «tíos» para ella, durante su infancia; Mikoyán y Jrushchov también le guardaban afecto e intentaron cuidar de ella en años posteriores. De niña, Svetlana y su padre jugaban a un juego en el que ella asumía el papel de jefa (*joziaika*) y él, de «secretario». También Kaganóvich jugaba así con Svetlana («Hoy he escrito un informe para nuestra niña jefa», le escribió a Stalin una vez que la pequeña, que se había quedado en Moscú, contaba nueve años. «Al parecer, Svetlana ha dado su aprobación a nuestra labor. Está de buen humor. Mañana empezará el colegio.»).[7]

En el mundo real —en el que Kaganóvich, como secretario del partido, rendía cuentas ante Stalin, no ante Svetlana—, el equipo fue relativamente estable en los años posteriores a la expulsión de la Derecha, pese a las tensiones generadas por la Gran Ruptura. En el Politburó elegido en julio de 1930, los miembros de pleno derecho eran Stalin, Mólotov, Kaganóvich, Kírov, Kalinin, Kúibyshev, Stanislav Kosior (secretario general del partido en Ucrania) y Rudzutak. Ordzhonikidze quedó fuera, de forma temporal, porque dirigía la Comisión de Control del partido, y ambos puestos eran incompatibles; pero regresó cuando empezó a trabajar en el sector industrial, antes de que acabara 1930, y Andréyev pasó a dirigir la Comisión de Control durante unos años. En estos casos, no formar parte del Politburó era en cierto sentido una formalidad; aunque no votaban, los que no eran miembros acudían igualmente a las reuniones. Andréyev, como Mikoyán y los ucranianos Grigori Petrovski y Vlas Chubar, eran «candidatos»; también lo era un nuevo favorito (durante poco tiempo) de Stalin, el joven siberiano Serguéi Syrtsov. Los ucranianos tenían trabajo en su región, y no asistían regularmente a las sesiones del Politburó en Moscú; tampoco Kírov, aunque su condición de miembro del equipo era mucho más

sólida que la de los ucranianos, más marginal. Pável Póstyshev, que fue secretario del Comité Central en los primeros años de la década de 1930, asistió regularmente a los encuentros oficiales del Politburó, y también a los oficiosos, celebrados en el despacho de Stalin cuando este estaba en Moscú; durante este período se lo puede considerar como un miembro más del equipo. Yákov Yákovlev, el ministro de Agricultura, también solía acudir a las reuniones tanto del Politburó como del despacho de Stalin.

Como siempre con Stalin, ser miembro del Politburó y miembro del equipo eran cuestiones muy relacionadas, pero no idénticas. Stalin mantuvo el viejo hábito de reunir a un círculo aún más selecto —«los Cinco», «los Siete», etcétera— que no incluía a todos los miembros del Politburó. Esto ofendió al recién incorporado Syrtsov, quien se quejó de que se excluía de los debates del círculo reducido a Kúibyshev, Rudzutak, Kalinin y él mismo. Lamentaba que se creara una «facción», un «bando», pero probablemente no es una descripción muy precisa: la lista de los «miembros» de ese bando iba cambiando porque, en lo esencial, era un mecanismo por el que Stalin ejercía el control sobre sus socios mediante el poder de la exclusión/inclusión. La queja de Syrtsov tampoco parece precisa con respecto a Kúibyshev, que en esta época visitaba bastante a menudo el despacho de Stalin, más o menos tanto como Ordzhonikidze y Mikoyán. Los compañeros más próximos a Stalin, a juzgar por la frecuencia con la que se hallaban en su oficina, eran Mólotov y Kaganóvich, con Voroshílov en tercer lugar. Mólotov era indispensable: no cabe duda de que en aquellos años, era el segundo capitán del equipo. Stalin recibió con inquietud que, para el verano de 1933, Mólotov planeara irse de vacaciones al mismo tiempo que él: a todas luces pensaba que Kaganóvich, que también tenía que ocuparse de Moscú, no sería capaz de gestionar la situación él solo, más cuando Kúibyshev «quizá se pasara con el alcohol».

Stalin apreciaba la existencia del equipo, como todos sus componentes. No se trataba de una cuestión democrática, no necesariamente, aunque el instinto democrático no faltara del todo. Aquellos hombres, en su mayoría, habían sido profesionales de la revolución desde la adolescencia; la política

era su vida. Los lazos de unión se parecían a los de un equipo de fútbol: abrazos, en caso de victoria; y si se perdía, el cruce de reproches dolorosos y aguantar la reprimenda del entrenador. Aunque Stalin era capaz de echar una bronca a los miembros del equipo y enfrentarlos entre sí, sin embargo valoraba el espíritu colectivo y no quería que se erosionara. En cierta ocasión en que, estando Stalin de vacaciones en el sur, Ordzhonikidze tuvo un enfrentamiento especialmente intenso con Mólotov y Kúibyshev, Stalin censuró su conducta, que podía llegar a romper el equipo («nuestro grupo de liderazgo», en sus palabras). Según le escribió a Kaganóvich, con aún más subrayados de lo que ya era habitual en él: «¿Es que de verdad no entiende que, por ese camino, no tendrá ningún apoyo de nuestra parte? ¡Qué estupidez!».

En la década de 1920, los socios de Stalin, como él mismo, habían ocupado por lo general puestos en la oficina del Comité Central del partido. En cambio, el gobierno, tras la muerte de Lenin, fue encabezado por alguien ajeno al equipo: Alekséi Rýkov, quien, a finales de la década, formaba parte del bloque de la Derecha junto con Bujarin y Tomski. En el otoño de 1929, Stalin dejaba traslucir cada vez con más claridad su descontento con esta situación, en especial porque, por tradición, las reuniones del Politburó estaban presididas por el jefe del gobierno. «¿Por qué permites que siga esta comedia?», le escribió enojado a Mólotov, desde su residencia vacacional en el sur, cuando supo que Rýkov aún presidía las reuniones de los lunes y jueves. Pese a todo, de acuerdo con su principio de la dosificación, dejó que la situación se prolongara durante otro año más. Hasta el otoño de 1930 no llamó la atención sobre un hecho obvio: con un Rýkov que, políticamente, había caído en desgracia, el gobierno que encabezaba quedaba «aquejado de una enfermedad letal». Stalin afirmaba que el gobierno se hallaba «paralizado por los discursos de Rýkov, insípidos y dirigidos en lo esencial en contra del partido», pero lo cierto es que la parálisis era el destino inevitable de toda institución presidida por alguien que había perdido el favor político. En cualquier caso, no cabía duda de que era una situación inaceptable, aunque fuera verdad que, como alegaba Stalin, el gobierno se

hubiera convertido en un cuartel de la Derecha «opuesto al Comité Central». El gobierno incluía los ministerios económicos cruciales para poder implantar el Primer Plan Quinquenal. «Es evidente que esto no puede seguir así», le dijo Stalin a Mólotov, y en efecto, a los pocos meses, se apartó oficialmente a Rýkov.[8]

Pero si Rýkov tenía que marcharse, ¿quién encabezaría el gobierno? Para varios miembros del equipo —probablemente, para la mayoría—, era obvio que el puesto debía recaer en el propio Stalin. Tanto Mikoyán como Voroshílov le escribieron para instarle a hacerlo así, indicando que la idea contaba con la aprobación de Mólotov, Kaganóvich y (con algunas reservas) Kúibyshev. Lenin había dirigido el gobierno a la vez que dirigía el partido y la Comintern, y Stalin debía hacer lo mismo, decían; «a fin de cuentas, tú eres el líder». Pero Stalin era de otra opinión. Quería que Mólotov se encargara del trabajo. Si Mólotov era el jefe del gobierno, y Stalin, del partido, con ese tándem «podremos completar la unidad de liderazgo del Sóviet y el partido, lo que sin duda duplicará nuestras fuerzas». Mólotov no lo veía del todo claro, pues no sabía si tenía la autoridad necesaria. De hecho él, como Voroshílov, prefería que el cargo pasara a manos de Stalin porque «es lo que se espera, es como se hizo con Lenin», que había combinado la jefatura del Estado y el partido. Pero Ordzhonikidze —a quien Stalin había consultado, desde luego— dijo que era una «tontería» que el equipo no fuera a aceptar a Mólotov («todos lo apoyaremos»), y por lo tanto Mólotov ascendió al puesto que ocuparía con distinción durante un decenio. Mólotov nunca supo con certeza por qué Stalin se había resistido a seguir los pasos de Lenin en este punto: quizá deseaba mantener la apariencia de separación entre el partido y el gobierno, quizá creía que el gobierno debía estar en manos de un ruso. En todo caso, por la parte de Stalin fue una buena decisión, no solo porque Mólotov era un organizador excelente, que trabajaba con denuedo y cuidaba de los detalles, sino porque Stalin tenía poca paciencia para las exigencias administrativas que acarreaba esa clase de trabajo.

Cuando Mólotov asumió la jefatura del gobierno, y Ordzhonikidze pasó de controlar el partido a dirigir el Ministerio de la Industria Pesada, dos de los miembros principales del equipo de Stalin trasladaron su esfera de actividad del partido al gobierno. Fue un giro importante que confirmó una tendencia que se había iniciado cuatro años antes, cuando Mikoyán, Rudzutak y Kúibyshev fueron elegidos para ocupar puestos destacados del gobierno. Ahora, todos los sectores principales del gobierno —la industria, la planificación económica, el ferrocarril, las fuerzas armadas— estarían dirigidos por miembros del Politburó y, a la inversa, ahora la mayoría de los miembros del Politburó desarrollaba una función gubernamental. Ordzhonikidze estaba al cargo de la industria pesada; Mikoyán, del abastecimiento de alimentos; Kúibyshev, de la planificación económica, y Voroshílov, del ejército. Los trenes fueron responsabilidad de Rudzutak, luego de Andréyev y, por último, de Kaganóvich.[9]

Tener responsabilidades específicas en el gobierno cambió el comportamiento político de los miembros del Politburó. Como debían esbozar propuestas legislativas para sus respectivos ámbitos, adquirieron un poder importante (aunque circunscrito) a la hora de determinar qué medidas se adoptarían. Por otro lado, en los debates presupuestarios (y de otros varios tipos), se convirtieron en abogados de los intereses institucionales que representaban. Ordzhonikidze marcó la pauta: de la noche a la mañana, por así decir, se convirtió en un paladín tan eficaz como apasionado de las necesidades de la industria pesada. Pero los demás no actuaron de otro modo: Mikoyán representó los intereses del suministro alimentario y defendió al Ministerio de Alimentación cuando se lo atacaba; Kaganóvich hizo lo mismo con el ferrocarril. El concepto de «los de la industria» (*joziaistvenniki*) apareció con frecuencia en las conversaciones de Stalin y Mólotov, en referencia al *lobby* industrial del Politburó y el Comité Central. «Los del ejército» (*voennye*) tenía un valor similar: Voroshílov fue un defensor a ultranza de los intereses de las fuerzas armadas dentro del Politburó y, de manera periódica, amenazaba con dimitir si se reducía su presupuesto. Hubo también otros tipos de lealtades institucionales, pues

varios miembros del equipo mandaban, antes que sobre los ministerios, sobre ciudades y regiones clave (Kosior, en Ucrania; Kírov, en Leningrado; Kaganóvich y luego Jrushchov, en Moscú), y encarnaron sus intereses en el Politburó con el mismo vigor con que se hacía por la industria o el ejército. A veces, las ciudades y regiones competían entre sí, pero también podían presentar un frente unido; por ejemplo, para solicitar más dinero para los servicios urbanos. Cuando los miembros del Politburó cambiaban de función gubernamental —como hizo, en diversas ocasiones, Kaganóvich—, también variaban sin más las posiciones por las que abogaban.

Solo tres miembros del equipo de Stalin quedaron fuera de este sistema de representación institucional. Mólotov y Kalinin dirigían, respectivamente, el gobierno (el Consejo de los Comisarios del Pueblo, conocido más adelante como Consejo de Ministros) y el comité ejecutivo del Parlamento soviético (que luego recibió el nombre de Sóviet Supremo). Stalin era el secretario general del partido. Situarse por encima de los intereses institucionales, resolver sus conflictos y adoptar la perspectiva más amplia fueron elementos centrales de la forma en que Stalin lideró el Politburó. En los primeros años de la década de 1930, cuando la atención (tanto propia como del equipo) se centró básicamente en un rápido desarrollo económico, lo que requería inversiones cuantiosas, Stalin adoptó además la función adicional de supervisor del presupuesto. Cuando estaba fuera de Moscú, enviaba a Kaganóvich instrucciones constantes que le exigían no reorientar el presupuesto y resistir a la presión de los «intereses especiales» ejercida por otros miembros del equipo: «Le has dado demasiadas divisas a la Vesenjá [consejo económico supremo] ... Si lo haces así, su codicia no tendrá fin»; además, en cualquier caso, los industrialistas «nadan en la abundancia». No solo la industria sufría las tijeras de Stalin. A Kaganóvich le dijo que limitara el presupuesto militar de 1933, alegando que los cálculos expansivos de Voroshílov estaban brutalmente inflados.

Stalin pensaba que las burocracias siempre iban a pedir más de lo que en verdad necesitaban. El Ministerio de Industria quería «exprimir el tesoro del Estado» en vez de lograr que su propia burocracia fuera más eficiente.

El de Agricultura no era mejor: el objetivo de los funcionarios locales, sin duda, era «ordeñar al gobierno para obtener *todo el dinero que pudieran*», y el ministerio cedía ante sus peticiones. La «autoestima burocrática» del Ministerio de Alimentación, de Mikoyán, era infinita. Stalin tuvo que instar una y otra vez a Kaganóvich a hacer caso omiso de «los lamentos y la histeria» de los miembros del equipo en lo que tenía que ver con sus intereses burocráticos. «Ya verás —le decía— como aunque les neguemos lo que quieren, encontrarán el modo y la manera de satisfacer sus necesidades.»

Para Stalin era natural que la gente defendiera los intereses de la industria o el sector económico que encabezaban; de hecho, si no hubieran actuado de ese modo, él mismo habría perdido parte del brillo como líder del equipo, situado *por encima* de los intereses específicos. También le parecía natural que, para protegerse, las burocracias proporcionaran información falsa (aunque consideraba que los comunistas que dirigían cada sector debían corregir las falsedades antes de que llegaran al Politburó); a un burócrata cabía exigirle que, por su trabajo, se dedicara a «juegos y mentiras» y recurriera a tácticas como la de «el principio de algo mucho peor». Si llegabas a ceder a sus demandas, aunque fuera una sola vez, sentabas un precedente que luego usarían en Moscú «como medio de *presión*». Stalin se sentía orgulloso de la pericia con la que detectaba las artimañas de los burócratas y los funcionarios locales. Se tenía a sí mismo por un maestro de la descodificación, capaz de discernir, a través de la pantalla de humo, el interés real que se disimulaba u ocultaba.

Cuando un funcionario menor, o incluso un miembro de su propio equipo con una responsabilidad institucional, le decía a Stalin que algo era imposible, su respuesta inmediata era sospechar que esa persona intentaba proteger su institución para que no se desgastara de más. Creía que, por naturaleza, las burocracias tendían a la entropía, caían de nuevo en la inercia y cambiaban las medidas radicales por otras moderadas y «oportunistas», salvo que se las vigilara y aguijoneara sin descanso. Por usar el léxico empleado por los bolcheviques durante la colectivización, el

peligro principal, a la hora de implantar las medidas adoptadas, no era tanto «doblegar la vara en exceso» como no llegar a doblarla todo lo debido. Ante un ejemplo de esto último —la sugerencia de que quizá los kulaks recuperarían sus derechos civiles—, Stalin suspiró: «Ya lo sabía, que esos inútiles pequeñoburgueses y filisteos tendrían que arrastrarse a esa ratonera». En otras palabras, si se empujaba a políticos y funcionarios hacia medidas radicales como la «deskulakización», no tardaban mucho en intentar moderarlas.

Defender un interés institucional nunca se describió como un acto positivo, pero en la práctica, era un *modus operandi* habitual en el Politburó y el gobierno soviético. Stalin sospechaba que en el grupo líder había desacuerdos de raíz ideológica, y se enojaba si la discrepancia se debía en parte a intereses personales o familiares; pero daba por sentado que los miembros del equipo iban a defender los intereses de las instituciones que dirigían. Podía reprender a los componentes del equipo por apretar demasiado en favor de su institución, pero consideraba que era un pecado venial; menos aún, ni siquiera un pecado, solo un comportamiento esperable en su posición. Stalin llegó a bromear al respecto, como en cierta ocasión, en 1934: estaba en la dacha, se sentía alegre y, queriendo convencer a su amigo Kírov de que viniera de Leningrado, lo llamó para decirle que más valía que acudiera de inmediato a defender los intereses de Leningrado porque, al haberse abolido el racionamiento, el precio del pan iba a subir.[10]

En los primeros años de la década de 1930, imperó en la industria una versión soviética del espíritu emprendedor, con el estilo dinámico, atrevido y ostentoso que Ordzhonikidze personificaba. Esta clase de liderazgo incluía la capacidad de abogar de un modo resuelto y efectivo por los propios intereses institucionales (de una fábrica, un sector industrial o el Ministerio de Industria al completo); y la pericia necesaria para que figurase en la lista de prioridades, objeto de eternos debates, pero crucial en la distribución de los bienes soviéticos. Ordzhonikidze encarnaba estas habilidades y, si la industria soviética se desarrolló con el tremendo impulso

que experimentó en la primera mitad de los años treinta, fue en parte gracias a su dinámico liderazgo. Entre todos los miembros del equipo, Ordzhonikidze solía ser el más insistente y el que más se enfadaba si no lograba sus objetivos. Mólotov y Stalin se recordaron mutuamente, con cierta frecuencia, que debían andarse con cautela frente a su temperamento volátil y la facilidad con que se sentía herido en su vanidad. Pero Mólotov, desde que fue nombrado jefe del gobierno, tuvo más de un problema con el hábito de Ordzhonikidze de actuar como si él fuera una institución del todo independiente; una vez se quejó incluso de que Ordzhonikidze actuaba como «un Estado dentro del Estado». Cuando, en ausencia de Stalin, estos conflictos generaron un choque directo en el Politburó entre Ordzhonikidze y Mólotov, Stalin se mostró indignado por la «actitud vandálica» de Ordzhonikidze: ¿Quién se había creído que era, para saltarse las directrices dictadas por el gobierno y el Comité Central? E igualmente, ¿por qué Mólotov y Kaganóvich no podían contenerlo?

Todo tenía sus límites, por descontado, también la tolerancia de Stalin hacia el exceso de celo en la defensa de los dominios específicos de cada miembro del equipo; y Ordzhonikidze estuvo a punto de cruzar ese límite. Probablemente, su enorme éxito llegó a incomodar a Stalin: mediada la década de 1930, Ordzhonikidze gozaba de la veneración de «su gente», en la industria, y abundaban los proyectos y las plantas industriales bajo su jurisdicción que solicitaban poder adoptar su nombre. En los últimos años de la vida de Ordzhonikidze, la relación con Stalin se deterioró; en 1937 se quitó la vida justo después de un grave desencuentro mutuo. Los enfrentamientos se debían al interés institucional, pero también a un aspecto al que Stalin prestaba una atención particular: el personal. Ordzhonikidze siempre había defendido con decisión a cualquier componente de su plantilla que hubiera suscitado las sospechas de la NKVD, con el consiguiente enfado de Stalin; en 1936, esto pasaba cada vez más, en particular con la detención del indispensable segundo de Ordzhonikidze, Yuri Piatakov, antiguo miembro de la Oposición de Izquierdas. Lo peor de todo, desde el punto de vista de Stalin, era que Ordzhonikidze tampoco

respetaba la tradición del equipo según la cual no se podía defender a los miembros de la propia familia. Cuando su hermano fue blanco de la NKVD, Ordzhonikidze lo defendió apasionadamente y recibió con furia que Stalin se negara a rescatarlo.[11]

Stalin era un hombre suspicaz. Sospechaba incluso de su propio equipo, en particular de los que, en un momento dado, no formaban parte del círculo interior. Los vigilaba, procuraba recibir información sobre ellos, los iba desequilibrando, a veces les tendía trampas. A menudo les decía (en especial a Mólotov y Kaganóvich) a qué aspiraba con sus múltiples intrigas políticas, pero no se podía confiar en lo que decía. Cuando le apetecía, Stalin era un maestro de la mentira descarada. Durante la colectivización, por ejemplo, culpó a funcionarios de segundo nivel («ebrios de éxito») de los excesos de la colectivización que desde el centro se les había obligado a cometer; y un año después, más o menos, ante una desbandada sin precedentes de la población rural, que huía de la colectivización, podía anunciar tranquilamente que, desde que los soviéticos estaban en el poder, los campesinos ya no tenían necesidad de abandonar el campo. Eran mentiras para el consumo público, por descontado, aunque los miembros del equipo mejor informados sobre la realidad rural gracias a la observación directa quizá vacilaban a la hora de abordar la cuestión, no fuera a ser que Stalin se creyera de verdad lo que había afirmado en público. Stalin podía recurrir a la «conspiración» —un concepto y conjunto de prácticas muy querido por los bolcheviques— no solo en relación con el mundo exterior, sino también con respecto al propio equipo. «Por el bien de la conspiración», en 1930 indicó a su secretario Aleksandr Poskrióbyshev que comunicara a todo el mundo que no regresaría de vacaciones hasta finales de octubre, aunque de hecho pretendía volver varias semanas antes. Esto causó problemas con Nadia, quien, por lo que le dijo su padrino, Abel Yenukidze, creyó que era ella la que estaba confundida. Stalin escribió para calmarla y ponerla al corriente de su estrategia conspirativa: «He hecho circular ese rumor por medio de Poskrithebyshev ... Está claro que Abel le ha dado crédito». Aun así, había confiado la verdad a una parte de su círculo

más íntimo: «Tatka [el apelativo cariñoso con el que Stalin se dirigía a Nadia], Mólotov y, según creo, Sergó saben la fecha [real] de mi regreso». [12]

Entre Stalin y su esposa había momentos de afecto y confianza, pero empezaban a escasear. Hacía tiempo que su relación flaqueaba porque él daba mucha importancia al trabajo y ella era celosa. Nadia casi nunca lo acompañaba en sus viajes anuales al sur y, cuando él estaba lejos, la correspondencia era parca y, por parte de ella, fría y hostil. En 1926, embarazada del segundo hijo, admitió en una carta a su cuñada que en ese momento lo último que deseaba era otro niño que la atara a Stalin y las tareas domésticas. Tras el nacimiento de Svetlana, al parecer, Nadia intentó abandonar a Stalin y se llevó a los dos hijos a Leningrado (donde aún vivían sus padres) con la «esperanza de encontrar un trabajo y emprender una nueva vida», pero la convencieron de que volviera; en parte, por la mediación de María, la esposa de Tomski, a instancias de Stalin. En los últimos años de su vida, Nadia adoleció de problemas de salud, tanto mental como física. Estudiar en la Academia Industrial debería haber mejorado sus oportunidades de futuro; pero quizá también intensificó la presión psicológica, pues eran los años de la crisis agrícola y en la Academia abundaban los Derechistas contrarios a la política de Stalin. Lo que los demás estudiantes le explicaron sobre la oposición dentro del partido, las detenciones y la situación del campo, más el hostigamiento del que fue objeto Bujarin, que había sido su amigo, sin duda incrementaron la distancia crítica con respecto a su esposo; aun así, se reservó la opinión y es difícil encontrar pruebas claras de sus ideas políticas. Su hija Svetlana recordó años más tarde que la niñera le contaba que Nadia se sentía irritada por las visitas de su madre y su hermana Anna, «porque eran personas francas y de buen corazón que pedían también franqueza por parte de ella». [13]

La gota que colmó el vaso cayó durante una fiesta vespertina celebrada en el apartamento de Voroshílov en el Kremlin. Stalin estaba coqueteando con alguien —con la sofisticada esposa del general Yegórov, Galina, según

los recuerdos de Mólotov— y Nadia se marchó enfurecida. Polina Zhemchúzhina la siguió y la hizo pasear en torno del Kremlin hasta que pareció calmarse y fue a echarse en la cama. Pero una vez en casa, a solas, le volvió la angustia y se quitó la vida con una pequeña pistola que su hermano Pável había traído como recuerdo de Berlín. Era el 9 de noviembre de 1932. Los motivos, incluso el hecho de que fuera un suicidio, no se han corroborado; no se sabe que dejara ninguna nota. Aunque en seguida corrieron rumores de que Stalin la había asesinado, no hay pruebas de ello; y la conducta de la familia y los compañeros, tras descubrirse su cuerpo a la mañana siguiente, da a entender que todos creyeron que era un suicidio. Svetlana, que entonces contaba seis años, no sabía qué había pasado, pero recordaba que el «tío Klim» (Voroshílov) se los llevó a jugar, a ella y a Vasia, fuera de una casa extrañamente desquiciada en la que todos lloraban.

Sobre las reacciones de Stalin, las fuentes difieren, pero coinciden en que hubo pesar, culpa y cierto sentimiento de traición. Mucho después de los hechos, Mólotov recordaba haber oído a Stalin murmurar ante la tumba: «No la he sabido proteger»; no era típico de Stalin ser así de sentimental, pero tampoco era característico de Mólotov, así que quizá la anécdota fuera cierta. Según las memorias de Svetlana, su padre pasó mucho tiempo «desequilibrado»; se negaba a hablar de su madre y parecía interpretar su muerte como un acto hostil (aunque esta idea quizá fuera posterior: Svetlana solo supo que su madre se había suicidado cuando ya casi había llegado a la edad adulta). Desde la muerte de Nadia, la vida privada de Stalin fue dura, según reconoció él mismo, pero «un hombre valiente debe ser siempre valiente». Pero esto nos dice poco sobre su vivencia más íntima: lo escribió cuando ya había pasado más de un año, en una carta dirigida a una madre a la que mantenía relativamente alejada de sí mismo.

En una cultura política que evitaba comentar en público la vida privada de sus líderes, no había precedentes sobre cómo anunciar una muerte como aquella; al final se hizo con una franqueza sorprendente. La noticia que el Comité Central publicó en *Pravda* describía a Nadia Alilúyeva como «un miembro del partido activo y entregado», estudiante en la Academia

Industrial, que había fallecido «de forma inesperada». Con ello se daba a entender una enfermedad repentina, un accidente o un suicidio, pero a los funcionarios del partido más destacados, al menos en Moscú, se les comunicó oficialmente que había sido esto último. Aun así, corrieron rumores: en la Academia Industrial los compañeros de estudios afirmaban que Stalin le había pegado un tiro o bien por celos, o bien por desencuentros políticos. El funeral, celebrado a las once de la mañana del 11 de noviembre en el cementerio de Novodévichi, estuvo abierto al público, y hay grabaciones documentales que muestran a un Stalin inexpresivo y un Voroshílov inquieto de pie junto al ataúd abierto mientras gente corriente, en su mayoría mujeres jóvenes, desfilan por su lado. Yenukidze, el padrino de Nadia, encabezaba la comisión fúnebre, que incluía a Dora Jazán, la esposa de Andréyev, del Politburó, que era amiga de Nadia y estudiaba con ella; habló Kaganóvich. En una decisión sin precedentes ni repetición posterior, el tributo principal a la difunta fue firmado por los miembros del Politburó y sus esposas, aunque como no todas las mujeres usaron el apellido de sus maridos, el público no necesariamente las podía identificar como tales. Las esposas que firmaron fueron Yekaterina Voroshílova, Polina Zhemchúzhina (Mólotova), Zinaida Ordzhonikidze, Dora Jazán (Andréyeva), María Kaganóvich, Ashjén Mikoyán y Tatiana Póstysheva (este último caso es algo anómalo, porque su marido Pável, que también firmó, era secretario del Comité Central, pero no miembro del Politburó). Este tributo fue el único que identificó a Nadia como «esposa, buena amiga y leal colaboradora del camarada Stalin».[14]

Con la muerte de Nadia acabaron los «tiempos maravillosos» del equipo. El año siguiente fue terrible, tanto para el partido como para el país. La batalla anual contra los campesinos por la cuota de entrega de cereales, en marcha desde la colectivización, fue particularmente tensa en el otoño de 1932. Las deportaciones y detenciones masivas, la incompetencia por parte de las granjas colectivas de reciente creación, y las reticencias de los campesinos enojados se sumaron para que la cosecha fuera mediocre, pese a que las condiciones meteorológicas fueron favorables. Voroshílov, que

recorrió el norte del Cáucaso y Ucrania en julio, quedó horrorizado al ver que los campos rebosaban de malas hierbas y los agricultores trabajaban «con apatía». «¿Por qué la gente no quiere trabajar como es debido, a la manera socialista?», le escribió a Stalin con tristeza, reconociendo que le «dolía el alma» por lo que había visto.

Stalin tenía su propia versión de lo que estaba ocurriendo. Los campesinos habían reducido el ritmo de trabajo deliberadamente, como forma de huelga, lo que representaba un desafío político al régimen, no menos peligroso por cuanto rehuía la rebelión directa. Tras la muerte de Nadia, el tono de paranoia de sus comentarios sobre la situación del campo se incrementa de forma clara. En lo que respectaba a Ucrania, el incumplimiento de las cuotas de entrega, la supuesta hambruna y la huida de los campesinos famélicos eran obra de espías polacos que se habían infiltrado desde el otro lado de la frontera. A Stalin le sacaba de sus casillas que los comunistas ucranianos no vieran las cosas como él (aunque de hecho, pocos tuvieron la valentía de expresar su desacuerdo con franqueza) y estaba furioso con los jefes ucranianos, Kosior y Chubar.

«En Ucrania, la situación es terrible», le escribió a Kaganóvich, pero no en referencia a los campesinos famélicos. Era «terrible en el partido», porque los comités de distrito alegaban que los objetivos establecidos para la cosecha eran inalcanzables (obviamente, una mentira interesada), «*terrible* en los órganos soviéticos», «*terrible* en la GPU». Los agentes polacos no solo se habían infiltrado en el partido ucraniano, sino que actuaban también en las propias zonas rurales. «Si no hacemos un esfuerzo ahora para mejorar la situación en Ucrania, quizá perdamos Ucrania. Ten claro que lo [del dictador polaco] Piłsudski no son fantasías y que los agentes que tiene en Ucrania son muchísimo más fuertes de lo que se creen [Stanislav] Rédens [el jefe de la policía ucraniana] o Kosior.» En el verano de 1932 Stalin ya les dijo a Kaganóvich y Mólotov que hacía falta un nuevo liderazgo. Sin embargo, de acuerdo con su costumbre, lo llevó a la práctica sin prisas, quizá por temor a enemistarse con el partido ucraniano, que sumaba medio millón de militantes. Chubar fue trasladado a Moscú en

1934, para ser uno de los segundos de Mólotov en la jefatura del gobierno; para Kosior se contempló un similar exilio honorífico en la capital, pero en la práctica siguió siendo el primer secretario del partido en Ucrania hasta las Grandes Purgas (lo que no significa que Stalin hubiera olvidado su decepción con él). Para recuperar la obediencia de Ucrania, Stalin envió a la república a Pável Póstyshev, para que actuara como sus ojos y oídos. Aunque formalmente Póstyshev era un subordinado de Kosior, segundo secretario del partido ucraniano, con el paso del tiempo actuaba cada vez más como el jefe supremo.[15]

Las noticias de Kazajistán, otra gran región agrícola, también eran malas. El intento de asentar por la fuerza a los kazajos nómadas en granjas colectivas había conducido a la inanición de las gentes y el ganado, y hubo huidas masivas a las regiones colindantes y, más allá de la frontera, a China. La penosa situación de la zona era conocida por el equipo, pues la mayoría de sus miembros había recibido un informe extenso y detallado de un atrevido camarada del lugar; pero la noticia no tuvo especial efecto. Kazajistán estaba muy lejos. Su vecino más próximo, la caótica y descentralizada China, no representaba la misma clase de amenaza que Polonia, convertida en punta de lanza del capitalismo occidental. A los kazajos famélicos en fuga no se los veía desde el Kremlin, mientras que a veces los ucranianos llegaban a la misma Moscú, a pesar de que el ministro de Transportes, Andréyev, había ordenado que no se vendieran billetes de tren a quien viniera del campo ucraniano sin una autorización especial, y la OGPU tenía instrucciones de revisar todos los trenes en la frontera de Rusia, para localizar a posibles pasajeros clandestinos.

En Ucrania y otras áreas afectadas, los funcionarios se esforzaban por transmitir a Moscú la idea de que no se podía pedir más a los agricultores: no tenían más cereales, de hecho estaban recurriendo ya tanto a las reservas invernales como a las semillas de la futura plantación primaveral. Pero Stalin no se lo creía. Estaba orgulloso de ser tan astuto y rechazar siempre el recurso típico de los funcionarios locales: exagerar los problemas para que Moscú redujera la demanda. Es todo mentira, insistía: todavía tienen

cereales escondidos, los ocultan a propósito para que en las ciudades soviéticas se padezca hambre y el ejército se desmoralice. La idea de las mentiras fue adoptada por la prensa, que publicó algunas noticias extraordinarias sobre campesinos que «representaban una “hambruna”», interpretando el papel de víctimas e incluso dejando morir de hambre a sus familias «para hacer propaganda». El hambre de los campesinos era puro teatro, a juicio de Stalin, pero sus intenciones antisoviéticas eran del todo reales. El campesinado libraba contra el régimen una «guerra por inanición», le dijo Stalin al escritor Mijaíl Shólojov, quien le había enviado una carta contándole la terrible situación que se vivía en su tierra natal, en la región cosaca del Don; esos campesinos no eran las víctimas inocentes y atribuladas que Shólojov suponía. En otras palabras, no era Stalin el que había emprendido una guerra contra los agricultores, sino al revés.

La colectivización había rescatado a los campesinos pobres de la explotación, les había dado tractores y cosechadoras, había creado las granjas colectivas como una «base sólida» para sus vidas y los había salvado de la amenaza omnipresente de la ruina, según dijo Stalin al Comité Central en enero de 1933, fase culminante de la hambruna. No dijo una palabra del hambre. De hecho, en la prensa soviética, y en el propio equipo, el concepto de «hambruna» era tabú. La situación no les parecía tan idílica a los funcionarios locales, por descontado, por no hablar de los campesinos, que inundaban las oficinas del partido con denuncias de sus pesares. Una organización regional del partido en Ucrania, todavía no sometida del todo al control de Stalin, emitió en febrero de 1933 una instrucción desesperada: ordenaba a todos los comités locales del partido «corregir con rapidez el extremo agotamiento de los campesinos, colectivos e individuales, derivado de la malnutrición grave», de forma que, el 5 de marzo, «los que han quedado imposibilitados del todo por la demacración ... se pongan de nuevo en pie». Este milagro debía lograrse dándoles de comer, aunque en esas fechas todas las ciudades vivían con un racionamiento estricto y no se daban pistas de dónde se podría obtener la comida adicional.[16]

El equipo no ignoraba cómo estaban las cosas en el campo, aunque no todos manejaban la misma información. Todo apunta a que Mólotov y Kaganóvich entendían la situación en la línea de Stalin: en el afán de quebrantar el espíritu antisoviético del campesinado, calcularon mal qué dureza se podía emplear sin causar el resultado económicamente indeseable de la mortandad. Mólotov y Kaganóvich fueron enviados una y otra vez a los focos de conflicto, para imponer la entrega de los cereales; de forma póstuma, ya en la época postsoviética, fueron condenados (junto con Stalin) por el delito de genocidio en la hambruna ucraniana (*Holodomor*). Varias décadas después de los hechos, Mólotov todavía negaba la gravedad de la hambruna. Había visitado Ucrania por dos veces en el período más acuciante, según le dijo a un entrevistador, y no había visto «nada parecido». Pero entre otros miembros del equipo es probable que hubiera titubeos. Kalinin, con fama de ser amigo de los campesinos, era uno de los que más cartas desesperadas recibía; y como jefe del Sóviet Supremo, él y su segundo, Yenukidze, recibieron un alud de información sobre las víctimas sociales de la Gran Ruptura, y peticiones de intervenir al respecto. En mayo de 1932 Kalinin votó en contra de una nueva deportación de kulaks, con lo que se anticipó, por unas pocas semanas, al cambio de orientación de Stalin. Voroshílov, tras haber viajado al sur como acostumbraba, en agosto de 1933, repitió su desazón ante la vista de una estepa vacía y asolada, y le escribió a Yenukidze que parecía que acabaran de pasar por allí Gengis Kan o, durante la guerra civil, el general «blanco» Kolchak.

De todos los grandes y terribles acontecimientos en los que el equipo tuvo que ver durante más de treinta años, la hambruna es el que suscitó menos declaraciones de sus miembros, tanto en su momento como más adelante. Ninguno de ellos parece haber alzado la voz para exigir que se ayudara a los campesinos famélicos. Incluso en los años setenta, Mólotov todavía era tan susceptible ante este tema que cuando un entrevistador de su cuerda mencionó opiniones críticas sobre el modo en que Moscú había lidiado con la hambruna, replicó enojado que eso eran ideas

pequeñoburguesas de los comunistas que gozaban de los buenos tiempos cuando otros habían resuelto por ellos las penalidades. En una conversación posterior añadió, en tono más moderado: «Entiendo a los ... escritores [que lamentan el sufrimiento de los campesinos]: sienten pena por ellos. Pero ¿qué se podía hacer? No había forma de sacarlo adelante sin sacrificios». Jrushchov, que dedicó textos de cierta extensión a la hambruna ucraniana de 1946-1947, de la que tuvo que ocuparse en persona, apenas dijo nada sobre 1933-1934, cuando él estaba en Moscú. Había «hambre en el campo», eso lo sabía, pero siendo él el responsable de la ciudad de Moscú, sus preocupaciones eran locales: «buscar la manera de dar de comer a la clase obrera».

Tras el famoso viaje de 1930, Stalin no emprendió nuevas rutas de examen de las provincias, pero sí hizo viajes anuales al sur, para sus vacaciones, que le llevaron a cruzar por territorios de la hambruna en el norte del Cáucaso. Como Voroshílov, podría haber visto la devastación a través de las ventanillas del tren, pero si lo hizo, prefirió no dejar comentarios al respecto. Durante varios años, sostuvo que el problema era, en lo esencial, de hostilidad y desobediencia frente al régimen, a las que respondió con la represión masiva. Además de la enorme cantidad de campesinos que fueron arrestados y deportados en 1930-1931, una infame ley del 7 de agosto de 1932 —de la mano del propio Stalin, según se dice— declaró que la propiedad de las granjas colectivas era estatal, «sagrada e intocable», e introducía la pena de muerte para cualquier campesino que, por hambre que pasara, intentara robar grano de los campos. También se detuvo a muchos funcionarios del partido o el Estado, así como a presidentes de las granjas colectivas rurales, por no lograr que los campesinos entregasen cuanto se les exigía; fueron tantos, de hecho, que el campo quedó despojado de cuadros y, en 1935, las autoridades se vieron forzadas a emitir la anulación general de tales condenas. Stalin y Mólotov, como era característico de ellos, ya habían cambiado de postura (la táctica estalinista del «ebrios de éxito», de 1930, que se repitió muchas veces desde entonces), repudiaron las medidas anteriores (sin ofrecer reconocimientos ni

disculpas) y responsabilizaron de los «excesos» a los funcionarios locales: una orden secreta del 8 de mayo de 1933, que no había pasado por el Politburó, cancelaba de golpe la «represión masiva» y las deportaciones rurales. Aunque Mólotov, como jefe del gobierno, firmó estas instrucciones al igual que Stalin, en ellas suena el desparpajo característico de Stalin.[17]

Como las medidas maximalistas de Stalin habían provocado la hambruna en el campo y una fuerte tensión en las ciudades, abarrotadas y con racionamiento, empezó a circular cierta crítica soterrada hacia los líderes, como era de esperar. Kalinin suscitaba un odio especial, pues el antaño «amigo de los campesinos» los había defraudado, pero Stalin fue el gran objetivo de las canciones satíricas y mordacidades que se extendieron por las zonas rurales. Se lo consideraba personalmente responsable de la crudeza de la colectivización y su gobierno se comparaba, para mal, con el de Lenin. Según una popular canción antiestalinista: «Cuando Lenin vivía, nos daban de comer, / pero Stalin nos trajo / el tormento del hambre». «Las cosas habrían ido de otra forma si Lenin aún viviera, un hombre de más cultura y mucha más experiencia en la vida, que por desgracia Stalin no tiene», decía uno de los comentarios que la OGPU pescó por los pueblos. Si este en particular llegó a oídos de Stalin, sin duda se irritó: ¿quiénes eran unos campesinos atrasados para llamar «inculto» al gran modernizador socialista?

El sentimiento antiestalinista también se expresaba en los círculos del partido. El caso más conocido fue el de un manifiesto clandestino escrito por Martemián Riutin, un funcionario comunista de segundo nivel que había sido expulsado del partido, por proximidad con la Derecha, en 1930. Riutin denunciaba que Stalin había dado un golpe de Estado, como Bonaparte, con el fin de instaurar una dictadura. Su política había puesto al régimen en rumbo de colisión con el campesinado y había llegado la hora de librarse de él. Stalin, claramente, se irritó por tales críticas, aunque el rumor de que personalmente pidió la sentencia de muerte para Riutin (que pasó diez años en prisión) y el Politburó no la concedió no ha sido confirmado por la investigación archivística. Hacia finales de 1930 ya era

evidente que estaba muy susceptible. Entonces se hablaba de críticas al liderazgo formuladas por un antiguo protegido de Stalin, Serguéi Syrtsov, y por Visarión («Beso») Lominadze, viejo amigo de Ordzhonikidze. Stalin se lamentó de que Syrtsov y Lominadze considerasen «necesario insultarme y difamarme. Bueno, es cosa suya, que me insulten. Ya estoy acostumbrado», concluyó; pero a todas luces la afirmación era voluntariosa, pues en realidad le dolía. También estaba molesto con Ordzhonikidze. Cuando Póstyshev comentó al paso que Syrtsov debería de haber expuesto sus inquietudes ante Ordzhonikidze, pues se sabía que era una persona afable, Stalin replicó: «Eso es todo lo que [Ordzhonikidze] hace, hablar con la gente», un exabrupto que luego hizo retirar de las actas.[18]

La cuestión de la crítica «derechista» se planteó de nuevo un mes más tarde, cuando el Politburó y la Comisión de Control del partido se reunieron para ocuparse del «grupo contrarrevolucionario» de Aleksandr Smirnov, un «viejo bolchevique» de origen campesino, antiguo ministro de Agricultura de la república de Rusia, que en 1930 había sido degradado (probablemente, por ser de la Derecha) a un puesto menor en la gestión forestal; y Nikolái Eismont, que había trabajado a las órdenes de Mikoyán en materias de comercio y abastecimiento. Aunque la OGPU afirmaba que se trataba de una conspiración, las pruebas no parecían claras. En cambio, sí estaba claro que Smirnov, Eismont y otros próximos a ellos habían expresado una insatisfacción que empezaba a abundar: una mezcla de crítica derechista moderada contra las medidas adoptadas, y hostilidad a Stalin y su liderazgo. Stalin también se quejó de que la Oposición lo estaba culpando a él de todo, pero añadió que no se saldrían con la suya porque, de hecho, estaban criticando la línea del partido. Andréyev coincidió con él: «el objetivo de este grupo, como el de los otros, es librarse del camarada Stalin» y eso era del todo inaceptable.

El equipo, naturalmente, respaldó a Stalin. Pese a todo, estaba claro que muchos se sentían incómodos con las acusaciones de ser contrarrevolucionarios, y bien podría ser que su falta de entusiasmo contribuyera a frenar la voluntad punitiva de Stalin, al menos

temporalmente. Varios mostraron signos de compasión y pesar por Smirnov, un viejo camarada, lo que era infrecuente en tales ocasiones. Kúibyshev lo llamó por su mote, «Foma», y afirmó que conocía su devoción comunista desde que, antes incluso de la revolución, estuvieron desterrados en Narym; sin duda tenía que haber pasado algo extraordinario para que el viejo Foma hubiera acabado siendo «del todo irreconocible». Rudzutak, que tuteó a Smirnov con familiaridad, dijo que le resultaba «muy duro escuchar» su discurso. Ambas formulaciones, si eran críticas, eran de lo más ambiguas. Mikoyán, antiguo jefe de Eismont —y, por lo tanto, expuesto él mismo a un posible ataque— no intervino hasta mucho después y aun entonces no formuló ninguna acusación o repudio claros; en una breve conversación con Smirnov, también lo tuteó. En cambio Stalin no dio ninguna muestra de compasión personal, aunque él también había compartido con Smirnov la experiencia del destierro en Narym, lo acosó a preguntas (que luego se borraron de las actas) y se dirigió a él sin familiaridad. En la reunión estaban igualmente Rýkov y Tomski, antiguos líderes de la Derecha, que no subieron al estrado por sí mismos pero estaban a la defensiva. (Bujarin se había ido de caza a la cordillera del Pamir y su ausencia fue objeto de algunos comentarios maliciosos.) Tomski fue el más hostigado, aunque el equipo parecía dividido entre la posibilidad de tratarlo como a un amigo descarriado o a un enemigo emergente. Tomski aún usaba el tuteo familiar (*ty*) en su relación con Ordzhonikidze, Kúibyshev y Kírov, y las críticas de estos fueron notablemente amistosas, casi bromistas por el tono; pero no tuteaba a Mólotov ni a Kaganóvich. En una reunión del Comité Central, no muy posterior, Voroshílov habló de su amistad con Tomski en pasado, y parecía sentir que su caso, como el de Rýkov, ya era insoluble. Fue mucho más optimista con Bujarin, sin embargo, que a su juicio, en fechas recientes, había «trabajado bien y con honradez»; y confiaba en que incluso Smirnov terminaría por volver al rebaño.

Rudzutak apoyó sin reservas el liderazgo de Stalin en el pleno de enero (de 1933).

> Como miembros del Comité Central votamos por Stalin porque es nuestro. No encontraréis un solo ejemplo en el que Stalin no haya estado en la primera fila durante el período de la batalla más activa y más feroz por el socialismo y contra el enemigo de clase. No encontraréis un solo ejemplo en el que el camarada Stalin haya vacilado o se haya echado atrás. Por eso estamos con él: porque sí, él, con pleno vigor, corta lo que está podrido ... Es el líder del partido más revolucionario, más militante del mundo ... Y no sería el líder del partido si no supiera cómo hay que cortar y destruir lo que hay que destruir.

El tributo de Voroshílov fue aún más elocuente: elogió la magnanimidad de espíritu de Stalin, que se ponía de manifiesto en su preocupación por la salud de Rudzutak. Hay un aspecto extraño en el tributo de Voroshílov, no obstante: aparece escrito en una carta personal para Yenukidze, con expresiones tan obsequiosas que el lector se pregunta si en verdad se dirigía a Yenukidze o bien (por la vigilancia de la OGPU) al propio Stalin. Según el posterior lamento de su esposa, el equipo había pasado unos «tiempos maravillosos» en común, hasta que «la vida en el partido se fue complicando, igual que nuestras relaciones mutuas». La carta de Voroshílov pone de relieve, de modo indirecto, el cambio que se había producido en la relación con Stalin, aunque su autor finja que no se ha dado cuenta. «Un hombre notable, nuestro Koba», le aseguró a Yenukidze, quien era amigo de Stalin desde hacía aún más tiempo, de forma que no necesitaba que nadie le cantara sus virtudes. «Es sencillamente inefable de qué manera [Stalin] acierta a combinar en sí la gran inteligencia de un estratega proletario y un líder revolucionario y estatal igual de magnífico, con el alma de un buen camarada, sencillo y próximo, a quien no se le escapa un detalle y que se preocupa por todo lo que tiene que ver con la gente que conoce, ama y aprecia. ¡Qué suerte, tener a Koba!»[19]

4

El equipo, a la vista

El XVII Congreso del Partido, presentado como «el congreso de los vencedores», se reunió en Moscú a finales de enero de 1934. Imperaba una atmósfera de solidaridad confiada; Stalin recibió una bienvenida entusiasta por parte de los delegados y de los demás miembros del equipo, en posición destacada, con los que de vez en cuando cruzaba palabras alegres o amistosas. Era un mensaje de celebración, dirigido tanto a la opinión pública nacional como a los observadores externos; Stalin era especialmente sensible a las reacciones constatadas en otros países, tanto si eran gestos de hostilidad como si demostraban simpatía. Stalin presentó el informe político en nombre del Comité Central. Fue una presentación de estadista, que contraponía el crecimiento experimentado por el poder industrial soviético durante el Primer Plan Quinquenal con la Gran Depresión del resto del mundo. Mólotov, Kúibyshev, Kaganóvich y Rudzutak expusieron igualmente sus propios informes. También se vio a Kalinin, con alguna que otra intervención de aire rústico. Como se esperaba de ellos, Mikoyán, Andréyev, Voroshílov, Ordzhonikidze y Kírov se sumaron al debate sobre el informe de Stalin aportando el punto de vista de sus respectivos ámbitos de jurisdicción (abastecimiento alimentario, transporte, defensa, industria pesada y Leningrado). Algunos futuros miembros del equipo hicieron lo mismo: Beria informó sobre Georgia, Jrushchov sobre Moscú, Zhdánov sobre Gorki (Nizhni Nóvgorod, rebautizada poco antes en homenaje al escritor Maksim Gorki). No hubo querellas internas que enturbiaran la serenidad de las actas. Como

correspondía a un congreso de vencedores, hubo actos de reconciliación con los viejos oponentes: Zinóviev y Kámenev fueron admitidos de nuevo en el partido (aunque sin cargos de primera categoría) y hablaron como conversos al programa estalinista, igual que antiguos miembros de la Derecha. A Bujarin se le permitió volver a las tablas, en cierta medida, y pudo ofrecer un análisis de la situación internacional (además de respaldar el liderazgo de Stalin).

Es cierto que había logros que celebrar. Sobre la colectivización, quizá lo mejor que se podía afirmar con sinceridad era que se había dictado e impuesto con la esperanza de que, ahora que la hambruna había pasado, aumentaría la productividad de las granjas colectivas y la moral subiría. Pero en lo que respectaba a la industria pesada, los cambios se percibían en todo el territorio soviético: nuevas siderúrgicas, altos hornos, plantas de fabricación de tractores y centrales de energía, cuyo símbolo era el colosal complejo metalúrgico de Magnitogorsk, la «ciudad socialista» que se había levantado de la nada en las estepas de los Urales. Pese al ánimo general de celebración, era improbable que nadie olvidara de golpe cuán dura había sido la batalla por la colectivización y la industrialización. Así lo atestiguaba ya el mero hecho de que este congreso nacional del partido se hubiera demorado durante tanto tiempo: habían pasado casi cuatro años desde el último. Pese a que en público se ensalzó efusivamente el liderazgo del arrojado y sabio Stalin, los costes de los cuatro años precedentes, con el país en guerra, habían sido tan altos que sin duda algunos delegados (aunque se los escogió muy cuidadosamente) albergaban reservas en privado.[1]

En la elección del nuevo Comité Central, al terminar el congreso, hubo algunos votos en contra de Stalin; al parecer, estos votos disidentes se emitieron bajo la dirección de Kaganóvich. Hablamos de una cantidad pequeña, y nada de esto era especialmente llamativo: incluso los líderes del partido recibían algún que otro voto en contra y, según Kaganóvich —que bien debía saberlo, en su calidad de secretario del partido y responsable de su organización—, era habitual añadir votos positivos con el fin de que los

miembros del partido parecieran más populares de lo que eran en realidad. Pero este caso en particular ha suscitado mucho interés porque se relaciona con la teoría —no confirmada, pero plenamente consolidada en los mitos soviéticos— de que en los pasillos del congreso se produjo un movimiento para expulsar a Stalin del cargo y situar en su lugar a Kírov.

A partir del batiburrillo de testimonios contradictorios y recuerdos confusos, se diría que en los pasillos se expresaron algunas opiniones críticas con el liderazgo de Stalin, aunque quizá surgieran, en un principio, como respuesta a una encuesta entre los delegados, solicitada por el propio Stalin. No cabe duda de que había intención de traer a Kírov de Leningrado a Moscú, para que hiciera de secretario general del partido; pero quien lo sugirió inicialmente fue Stalin, y Kírov se mostró muy reticente, pues estaba decidido a quedarse en Leningrado, igual que antes había pedido quedarse en Bakú. Ordzhonikidze apoyó a Kírov, con el argumento de que, para que la industrialización se pudiera completar con éxito, era esencial que se quedara en Leningrado, como uno de los grandes motores industriales del país. Se llegó a una solución intermedia: Kírov sería uno de los secretarios del partido, pero por el momento no abandonaría ni el puesto de Leningrado ni su residencia allí. Los que criticaban la dirección de Stalin quizá vieran en Kírov a un posible sustituto, pero nada indica que el propio Kírov lo contemplara así. Más adelante, Mólotov se burló de la idea de que Kírov estuviera capacitado para ocupar el sitio de Stalin: no estaba a la altura, según Mólotov, y «no lo habrían aceptado en la jefatura, en particular los cuadros principales».

Kírov fue en efecto elegido como uno de los secretarios del partido, pero con residencia y trabajo en Leningrado. Lo acompañaban en la secretaría Kaganóvich y un hombre recién ascendido, la estrella emergente Andréi Zhdánov, trasladado del Volga a Moscú, probablemente, para asumir parte de la carga de trabajo que habría caído sobre Kírov si hubiese estado dispuesto al cambio. En cuanto a Stalin, dejó de usar sin más el título de «secretario general» y pasó a firmar solamente como «secretario del Comité Central».[2]

En esas fechas, el título ya era quizá irrelevante, pues la condición de Stalin como líder (*vozhd'*) estaba bien asentada. Nadie podía descartar que fuera él el que movía los hilos en secreto con una habilidad especial para lidiar con las cuestiones de personal. Los primeros pasos del culto a Stalin —que este negaba en público, aunque es probable que en privado le complaciera— se remontan a su quincuagésimo cumpleaños, en diciembre de 1929. El 21 de diciembre, *Pravda* dedicó casi toda su edición de ocho páginas a una celebración sin precedentes de sus logros («Stalin y la industrialización», «Stalin y el Ejército Rojo») y a felicitarlo por la ocasión. Tras leer los «eufóricos artículos» de Kalinin, Kúibyshev, Kaganóvich, Voroshílov, Ordzhonikidze, Mikoyán y otros, un joven comunista de Moscú comentó críticamente en su diario: «Está claro que el camarada Stalin es un gran hombre. Pero esos elogios ¿no son excesivos?». Esta clase de murmullos perduró durante unos años en los círculos del partido, pero una joven figura de la teoría económica comunista, Nikolái Voznesenski (que ascendió hasta el Politburó en los años cuarenta, antes de caer espectacularmente), pensaba que los críticos seguían aferrados al conservadurismo y no sabían reconocer la genialidad de Stalin como comunicador de masas.

Más adelante, Mikoyán responsabilizó en particular a Kaganóvich de haber avivado el culto al incluir en sus discursos como secretario del partido en Moscú elogios exagerados de Stalin; pero otros le reprochaban lo mismo al propio Mikoyán, lisonjero como buen armenio. El gran desfile gimnástico de 1933 fue la primera ocasión en la que se colgó ante el Mausoleo de Lenin un colosal retrato de Stalin vestido con gabán militar, flanqueado por retratos menores de otros miembros del Politburó. Cuando el Stalin de carne y hueso, y su equipo, presidieron el desfile alzados sobre aquellas gigantescas imágenes de sí mismos, parecían diminutos, en comparación. Karl Rádek, un arrepentido de la Oposición, escribió —probablemente, exagerando a propósito— que Stalin se hallaba «rodeado de sus más próximos compañeros de armas: Mólotov, Kaganóvich, Voroshílov, Kalinin y Ordzhonikidze. Con mirada serena, contemplaba pensativamente

los cientos de miles de proletarios que marchaban ante la tumba de Lenin con el paso firme de una unidad de choque de futuros conquistadores del mundo capitalista. [Stalin] sabía que había cumplido el juramento pronunciado diez años antes sobre el ataúd de Lenin». En el aniversario de la muerte de Lenin, unas pocas semanas después, *Pravda* anunció con orgullo que el leninismo había obtenido «una gran victoria en la historia universal ... Bajo el liderazgo de Stalin, los bolcheviques han conseguido que el SOCIALISMO HAYA TRIUNFADO EN NUESTRO PAÍS».

En todos los tipos de reuniones de celebración, y no solo en los congresos del partido, se instauraron nuevos rituales del aplauso, de cuya gradación se informaba (desde el simple «Aplauso» hasta los «Aplausos continuos y atronadores, con todo el mundo en pie»). Un periodista soviético, fascinado por esta visión, publicó un informe casi antropológico de un encuentro que festejaba los logros de los estajanovistas (en el sentido de trabajadores de excelencia), al que asistieron Stalin, Ordzhonikidze y otros líderes. «Se rompió en aplausos, que ahora menguaban, ahora se intensificaban con fuerza renovada en honor del líder del pueblo, el camarada Stalin. Cuando todo se había calmado, una voz emocionada gritó de repente desde lo más profundo de la sala unas palabras de bienvenida, en kazajo, en honor de Stalin. Los estajanovistas se pusieron en pie; Stalin, junto con el partido y los líderes del gobierno, también; y durante un largo rato, sin pronunciar palabra, se aplaudieron con entusiasmo unos a otros.»

Stalin ocupaba el centro de estos nuevos ritos celebradores, pero no estaba solo. *Vozhd’*, el concepto que hacía referencia a un tipo especial de líder carismático, se usó en la década de 1930 no solo en singular, para Stalin, sino también en plural, *vozhdi*, para todo el equipo. La celebración de los *vozhdi* fue particularmente laudatoria en los grandes encuentros nacionales de esposas de los principales directores industriales y comandantes militares a los que asistieron Stalin y el equipo a mediados de los años treinta. Aquí no había signo de las propias esposas del equipo (que, por lo general, eran plenamente invisibles en los medios de comunicación soviéticos), sino que todo se reducía a la interacción extasiada entre las

mujeres de jefes de segundo nivel y el equipo; Stalin en primer lugar, pero también Voroshílov, Ordzhonikidze y Kaganóvich eran festejados con especial devoción por «sus» mujeres, es decir, las esposas de los directores o comandantes de sus campos respectivos: el ejército, la industria pesada y el transporte. Valentina Shtange, esposa de un destacado responsable de los ferrocarriles, escribió, tras ver de cerca a Kaganóvich por primera vez: «Es bastante guapo, y tiene unos ojos simplemente maravillosos, ¡tan expresivos! Por encima de todo, una enorme serenidad e inteligencia, y luego firmeza de propósito y una voluntad de hierro, pero cuando sonríe, se trasluce su bondad esencial».[3]

Un género nuevo del folclore soviético —canciones y poemas de los bardos populares, de forma tradicional y temática contemporánea— no solo festejaba a Stalin con efusión, sino que acuñó un nuevo apelativo para sus socios más inmediatos, que eran los «caballeros» de su banda. Entre los «caballeros», el favorito era con mucho K. E. Voroshílov —«Klim *Nuestra Luz* Efrémovich», según le gustaba denominarlo a la poetisa popular María Kriúkova—, sin duda porque a menudo aparecía en público en papeles espectaculares, como en el desfile del Día de la Revolución de 1935, cuando «pasó revista montado en un caballo maravilloso y con un uniforme nuevo de mariscal». En esa época volvieron los uniformes militares y las condecoraciones, que habían sido abolidas durante los años de puritanismo inicial, tras la revolución: las tropas a las que Voroshílov pasó revista también lucían uniformes nuevos adornados con charreteras, lo que no se veía desde los tiempos del zarismo. En su «Poema sobre Voroshílov», el poeta popular kazajo Dzhambul celebró la experiencia de Voroshílov en «el humo y el fuego» de la guerra civil, y también su función coetánea de jefe supremo del ejército («El padre Voroshílov sobre un caballo pardo / galopa por la plaza más audaz que el viento»). La condición especial de Voroshílov ante el público la manifiesta asimismo el hecho de que su extensa correspondencia popular incluía un género que solamente le incumbió a él: cartas de personas que afirmaban ser sus parientes.

Ordzhonikidze era otro de los caballeros, secuaz de Stalin en la épica popular de la guerra civil, en la que «el mozo Stalin, fuerte y poderoso, se alza sobre sus rápidos pies, camina por el lugar, se acaricia los negros rizos, se enrosca el bigote y enciende la pipa. Sabe qué hay que hacer ... Su plan está aprobado y Lenin le dice que se lleve a los héroes Ordzhonikidze y [el jefe de caballería Semión] Budionni a luchar contra los Blancos». La imagen de Kalinin no era caballeresca, en cambio; en el folclore aparecía como un viejo campesino que había ascendido hasta el poder nacional, donde daba la bienvenida a los visitantes del Kremlin y les ofrecía comida y bebida. Una enorme cantidad de personas escribía a Kalinin o iba a verle en persona en su oficina del Sóviet Supremo. Para un corresponsal, él era «mi única alegría». Kírov, aunque era popular en Leningrado, no recibió una particular atención nacional en vida, más bien fue objeto de algún reproche («decir su nombre al revés da *vorik*, "ratero"»). Pero después de morir joven, se convirtió en objeto habitual de lamentos populares.[4]

Desde luego, el pueblo tenía también otros modos de expresión en los que la opinión sobre los líderes adquiría un tono distinto. Las cartas enviadas de forma anónima eran un desahogo frecuente, aunque la NKVD hacía cuanto estaba en su mano para localizar a los autores. Algunos se quejaban de que el partido estaba dirigido por judíos y que quienes no lo eran, como Stalin y Kírov, se habían vendido a ellos. Dado que, de hecho, el equipo en el poder era menos judío que las viejas facciones rivales, podría pensarse que esto era solo la repetición irreflexiva de una protesta ya caducada contra los revolucionarios; al parecer, sin embargo, se sabía que Mólotov se había casado con una judía y se rumoreaba (falsamente, en este caso) que Stalin se había casado con una hija o hermana de Kaganóvich, en efecto judío. Algunos denunciantes anónimos hacían hincapié en otro aspecto: en el equipo no imperaban los rusos, sino los caucásicos. «El señor supremo Stalin, el príncipe caucásico, y su leal ejecutor, el viejo campesino Kalinin» fueron blanco del sarcasmo de un autor desconocido que se preguntaba por qué el Primer Plan Quinquenal había descuidado incluir la construcción de prisiones.

Mólotov, que carecía de carisma, no solía recibir la atención de los poetas populares, pero hacia finales de los años treinta era más habitual que se le ofrecieran reconocimientos públicos. En su quincuagésimo cumpleaños, en 1940, vieron la luz varias publicaciones en su honor; y en el período de 1939-1941, fue el miembro de todo el equipo (Stalin incluido) que más veces dio su nombre a núcleos de población, granjas colectivas, fábricas e institutos, por no mencionar la importante ciudad de Perm, en los Urales, rebautizada Mólotov en 1940. Aun así, fue uno de los últimos en llegar al juego de los nombres. Mediados los años veinte, Stalin ya había dado su nombre a una ciudad del Volga, Tsaritsyn (Stalingrado), y a la ciudad industrial ucraniana de Yúzovka (Stálino). Tver, vieja población situada al norte de Moscú, pasó a llamarse Kalinin en 1931. Viatka, en los Urales, y Samara, junto al Volga, recibieron los nombres de Kírov y Kúibyshev después de que estos murieran a mediados de la década de 1930; a Voroshílov le correspondieron, poco después, Lugansk y Stávropol. La ciudad de Vladikavkaz, en el norte del Cáucaso, adoptó el nombre de Ordzhonikidze en 1931, y cuatro años después hizo lo mismo la población industrial ucraniana de Yenákiyevo. Pero este último caso incluía una enseñanza sobre el carácter pasajero de la fama: durante los seis años anteriores, Yenákiyevo se llamaba Rýkovo, en honor del político de la Derecha Alekséi Rýkov.[5]

Si, en la imaginación nacional, se dibujaba un Stalin rodeado de caballeros, de cara a la publicidad en el extranjero se lo solía presentar en solitario. No se pretendía con ello excluir al resto del equipo de las cuestiones de política exterior; al contrario, es incluso sorprendente con cuánta energía Stalin intentó implicarlos en ese campo, tanto en las reuniones formales del Politburó como en otros contextos. Y esto no se aplica solo a Mólotov, que era el principal confidente de Stalin en los asuntos internacionales, sino también a los demás. Sin embargo, la posibilidad de que los otros miembros del equipo hablaran con periodistas extranjeros estaba limitada, y esta es una de las causas por las que suelen resultar invisibles en los informes foráneos anteriores a la guerra. El propio

Stalin casi nunca hablaba con extranjeros, pero cuando lo hacía, era un gran acontecimiento; y, a diferencia de sus otras reuniones de trabajo, realizaba esas entrevistas en solitario: no se auxiliaba con ningún miembro del equipo, solo con los intérpretes. En una conversación con el corresponsal del *New York Times* Walter Duranty, los escritores H. G. Wells y Lion Feuchtwanger, y el embajador estadounidense Joseph Davies (entre otras personas), se presentó a sí mismo, con notable éxito, como un hombre sencillo, razonable y franco, que deploraba la adoración popular de su persona, aunque la toleraba como concesión necesaria a una opinión pública atrasada; no era tanto un revolucionario alocado como un practicante de la *realpolitik*.

«Nunca había visto a un hombre más sincero, decente y transparente», dijo con entusiasmo H. G. Wells (que esperaba encontrarse con «una especie de Barba Azul»). Hasta que Stalin empezó a soltarse, a Wells le pareció incluso tímido. «No tiene nada de siniestro y oscuro. Antes de verle, había pensado que quizá había llegado a estar donde estaba porque los demás le temían, pero ahora comprendo que debe su posición al hecho de que nadie le teme y todo el mundo confía en él ... Carece por completo de la astucia y las artimañas de los georgianos.» Asombrosamente, esto se consideró como un triunfo en materia de relaciones públicas, al menos parcial, porque Wells siguió criticando el recurso soviético a la violencia y las restricciones a la libertad de expresión. «No hemos logrado seducir a la chica», comentó el cínico Rádek cuando le tradujo a Stalin al ruso las apreciaciones de Wells. Pero no cupo ninguna duda de que, frente al embajador Davies, se había obtenido una victoria completa; en este caso, con el respaldo de una ofensiva de Polina Zhemchúzhina, que dirigió todo su encanto hacia la esposa del legado, una mujer extraordinariamente rica, Marjorie Merriweather Post. Stalin se mostró «agudo, sagaz y, por encima de todo, sabio», con «un humor pícaro», le escribió Davies a su hija. «A cualquier niño le gustaría sentarse en su falda y los perros intentarían ponerse al lado de él.»[6]

El éxito fue tanto más llamativo si tenemos en cuenta que, durante los años anteriores, Stalin y el resto del equipo siempre habían tratado con los extranjeros aquejados de un complejo de inferioridad. En 1931, en una conversación con el escritor alemán Emil Ludwig, Stalin se lo tomó lo mejor que pudo, concediendo que «los que [antes de la revolución] no vivimos mucho tiempo en el extranjero nos perdimos algo», pero a cambio, «[pudimos] hacer más por la revolución que los emigrados del extranjero». En privado, no obstante, la inexperiencia europea dolía. Frente a sus opositores políticos de la década de 1920, más cosmopolitas, el equipo de Stalin estaba formado por rústicos que no habían vivido en Europa ni manejaban lenguas foráneas. Stalin hizo unos breves viajes a Estocolmo y Londres para los congresos del partido de 1906 y 1907 (celebrados en el extranjero porque el partido aún era clandestino en Rusia), y añadió una semana en París a la estancia londinense; en 1912 había pasado diez días en Cracovia con Lenin y Krúpskaya, además de visitar brevemente Viena y hospedarse con los Troyanovski. Había intentado, con escaso éxito, aprender alemán, francés e inglés, por no hablar del esperanto, mientras estuvo en prisión y en el exilio, antes de 1917; pero su alemán, como el de Mólotov, no bastaba para hablar ni comprender sin un intérprete. Mólotov nunca había estado en el extranjero antes de la revolución y, hasta finales de los años treinta, solo estuvo en Europa unos pocos días, en Italia, mientras su esposa recibía tratamiento médico. Quedó horrorizado cuando, a finales de la década de 1920, Stalin insistió en que asumiera el liderazgo de la Comintern, que antes habían representado figuras cosmopolitas como Zinóviev y Bujarin. Nunca perdió la sensación de hallarse en desventaja, ni siquiera tras muchos años como ministro de Exteriores de la Unión Soviética durante las décadas de 1940 y 1950. «¿Qué clase de diplomático soy? —le dijo a Félix Chuev—. No manejo ni una lengua. Podía leer alemán y francés y entender algo de conversación, pero con dificultades para responder. Esa era mi gran desventaja en la diplomacia.»

Kaganóvich era un caso similar. No tenía experiencia en el extranjero ni hablaba otras lenguas, salvo quizá rudimentos de polaco, al haber pasado la

juventud en la Zona de Residencia, que era multiétnica. A finales de la década de 1920, Mikoyán no había viajado fuera del país ni hablaba lenguas extranjeras. Lo mismo sucedía con Voroshílov, Kírov y Kúibyshev, aunque Kúibyshev quizá aprendiera algo de alemán en la escuela. Ordzhonikidze había pasado un par de meses en París, en 1912, pero no hablaba francés; quizá sabía un poco de persa tras haber hecho la revolución en Irán durante un año, en 1909-1910. Rudzutak, de clase obrera y sin experiencia directa en Europa, era la excepción en el equipo, pues se había empeñado tanto en el estudio autodidacta del francés durante su estancia en prisión que se animaba a traducirlo a vista (aunque el multilingüe Trotski se burlaba de sus errores).[7]

En la actitud del equipo para con Occidente, durante la década de 1920, los motivos dominantes fueron el miedo y la sospecha. Ello se basaba en la experiencia de la intervención extranjera en la guerra civil, en reconocer que estaban «rodeados de capitalistas» y en el temor renovado a un ataque militar extranjero, a finales de los años veinte. El temor al espionaje era una constante, lo que quizá es comprensible a la vista de la ubicua presencia de espías extranjeros en Petrogrado y Moscú en los primeros años posteriores a la revolución (aunque a finales de la década ya había menguado mucho). Este temor se desbordaba cuando la tensión política era más alta, como en el pánico por el espionaje polaco durante la hambruna de Ucrania. La serie de juicios amañados de los «especialistas burgueses» de finales de los años veinte y los años treinta ponía en escena la hostilidad capitalista, que se daba por sentada, y señalaba con el dedo, en particular, a Gran Bretaña (de la que siempre se sospechó que estaba en el centro de una red de conspiración internacional contra la Unión Soviética) y Francia. El temor a un inminente ataque extranjero quizá se exagerase para el consumo propio, a finales de la década de 1920, pero cuando los japoneses invadieron Manchuria, en 1931, y Hitler llegó al poder en Alemania, en 1933, adquirieron auténtica sustancia.

La Unión Soviética cerró sus fronteras en tiempos de Stalin, para que los espías no entraran y la población del país no saliera. Los tratos con

Occidente, y los viajes a esos países, quedaron como prerrogativa de una casta diplomática que, hasta las Grandes Purgas de finales de los años treinta, estaba formada sobre todo por «viejos bolcheviques», revolucionarios que habían emigrado al extranjero y dominaban las lenguas extranjeras (y, en muchos casos, habían formado parte de la Oposición). La élite cultural y política podía gozar del preciado privilegio de acudir a balnearios alemanes o suizos en busca de tratamiento médico, pero esos viajes debían ser aprobados por una comisión especial del Comité Central. Resulta interesante que los propios miembros del Politburó, aunque a menudo adolecían de problemas de salud, casi nunca acudieron al extranjero a buscar tratamiento médico (o por otros fines), a diferencia de sus esposas, que lo hicieron algunas veces (la de Stalin, de incógnito). En la década de 1930, el único miembro del Politburó que hizo un viaje de negocios largo por el extranjero fue Mikoyán.[8]

Europa era peligrosa, entre otras razones, por una comunidad de emigrados rusos cuya ala socialista, para furia soviética, continuaba recibiendo información y avisos sobre materias de primer nivel. El menchevique Borís Nicolayevski, pariente político de Rýkov y director de un periódico editado en Berlín, el *Sotsialisticheski vestnik*, era un ofensor destacado. En 1936 publicó «Carta de un viejo bolchevique», un texto propio que, sin embargo, se inspiraba libremente en conversaciones indiscretas con Bujarin. El Trotski del exilio, y sus seguidores, representaban otra tremenda amenaza a juicio de Stalin, el equipo y los servicios de seguridad. Aunque Trotski había sido enviado a Estambul, y no, como habría preferido, a la Europa occidental, en todos los grandes países europeos contaba con seguidores ruidosos (aunque en poco número) que no dejaban de irritar a todos los partidos comunistas nacionales; y enfureció a Stalin y la Comintern al organizar una institución rival, la Cuarta Internacional.

Cuando el equipo pensaba sobre la política europea, incluida la política cultural, siempre tenía presente el factor de Trotski. «Podrían participar trotskistas», le escribió Kaganóvich a Stalin en 1934, con recelo, a

propósito de un proyecto de conferencia internacional contra el fascismo y la guerra. En esta ocasión Stalin rebajó la alarma y afirmó que, mientras que se les negara el acceso a la conferencia, no había nada que temer de los trotskistas. Pero en general, Stalin leía todas las publicaciones de Trotski en el exilio, y todas sus críticas al gobierno soviético, y era el más obsesionado de todos con su figura. Desde que Trotski había sido desterrado, en 1929, el espionaje soviético en el extranjero había seguido la pista de la familia, incluido el hijo de Trotski, Lev Sedov, que ayudaba a gestionar los asuntos europeos de su padre desde París, hasta que murió (en circunstancias misteriosas) en 1938; pero la situación no se hizo insostenible hasta la guerra civil española, cuando la inteligencia soviética y los trotskistas quedaron atrapados en el conflicto, sobre el mismo terreno. Se dice que, en 1939, Stalin comunicó a Beria: «Debería eliminarse a Trotski en el plazo de un año, antes de que estalle la guerra, que es inevitable. Si no se elimina a Trotski, como demuestra la experiencia de España, cuando los imperialistas ataquen la Unión Soviética no podremos confiar en nuestros aliados del movimiento comunista internacional». Por fortuna, añadió, «en el movimiento trotskista no hay figuras políticas de relieve, fuera del propio Trotski. Si se liquida a Trotski, se elimina la amenaza». La sentencia de muerte se ejecutó al año siguiente.[9]

La suspicacia frente a los extranjeros se extendía a los que vivían en la Unión Soviética, a pesar de que, en su mayoría, eran socialistas con simpatías por el régimen soviético, incluido el gran contingente de refugiados que llegó de la Alemania nazi a mediados de la década de 1930. «Todos los especialistas burgueses extranjeros son, o pueden ser, espías», recalcó Stalin ante el equipo. No era muy distinta la forma en que consideraba a los periodistas occidentales: aunque a unos pocos se los podía manipular con utilidad, su función real era desacreditar a la Unión Soviética, lo que los convertía, en lo esencial, en espías. Se enfureció cuando algunos corresponsales lograron llegar hasta las zonas de la hambruna, en 1933 («Hay que prohibir a estos señores que vayan viajando por toda la Unión Soviética. Ya nos sobran espías en la URSS, ahora

mismo»). Parece que siempre fue muy partidario de tratar con severidad a los corresponsales extranjeros, más que el resto del equipo; en 1932 lamentó «nuestra estupidez» por no haber expulsado a un redactor que, en la prensa alemana, había abordado tabúes como el trabajo forzoso («Nos quedamos callados como idiotas y toleramos las calumnias de este lacayo servil de los tenderos capitalistas. ¡Bol-che-vi-ques, ja ja ja!»). En este caso, Kaganóvich se mostró de acuerdo en que se adoptarían «medidas apropiadas», pero aún se tardó algo más de cinco años en expulsar a aquel periodista.

Se incrementó la vigilancia sobre los residentes extranjeros, aun sobre los afines. Entre los polacos de la Unión Soviética —más de un millón— hubo detenciones masivas de campesinos refugiados en 1933; dos años después, la NKVD pasó a centrar la atención sobre la comunidad de los emigrados políticos que habían acudido al país. Los extranjeros que trabajaban en el periódico de lengua francesa fueron arrestados, pese a las protestas del Ministerio de Exteriores soviético y un intento de mediación de Voroshílov, como mecenas afable, alertado sin duda por uno de sus clientes artistas. En esa misma época, la NKVD dirigió su foco hacia los emigrados políticos alemanes y húngaros del Instituto de Economía Mundial del comunista húngaro Eugen Varga, pese a que Varga tenía buena relación con Stalin; y se arrestó al profesor de alemán de Mólotov. Se empezó a preparar un censo de los emigrados políticos, que a principios de julio de 1936 registraba a 811 personas emigradas de Alemania por razones políticas; ya se habían obtenido datos comprometedores sobre más de la mitad.[10]

A la vez que recelaban de los extranjeros, Stalin y su equipo también ponían un empeño especial en impresionarlos. Un buen ejemplo fue la Exposición de París de 1935, donde el pabellón soviético se alzó, como en desafío, enfrente del alemán. El equipo tenía tanto interés en que los soviéticos participaran en aquellas competiciones en las que sus representantes podían aspirar a ganar que, en los años treinta, la agenda del Politburó estaba repleta de notas sobre el envío de ajedrecistas, futbolistas y

músicos a concursos internacionales, a lo que se añadieron las giras europeas del Teatro de Arte de Moscú y el Conjunto de Canto y Danza del Ejército Rojo. El Politburó también se molestó en aprobar que el niño prodigio Busia Goldshtein actuase en el Certamen Internacional de Violín de Bruselas de 1937. Cuando David Óistraj obtuvo el primer premio, fue noticia de portada en el *Pravda*.

Esta inquietud por la opinión que se tenía en Occidente no se limitaba al afán de impresionar con la destreza cultural. Los líderes soviéticos también parecen haber tenido muy presentes las reacciones occidentales a la hora de examinar los logros y reveses del país. Kaganóvich se mostró preocupado porque la forma en la que *Pravda* se proponía publicar el presupuesto sindical podía confundir al lector, «en especial al extranjero», que quizá no apreciaría cuánto dinero estaban invirtiendo los soviéticos en construir hogares para los obreros. Al informar a Stalin sobre el primero de los grandes juicios amañados que se celebraron en Moscú, en 1936, contra los antiguos líderes de la Oposición, Kaganóvich hizo hincapié en la «asombrosa impresión» que habían provocado en los corresponsales extranjeros de la sala las confesiones de culpabilidad de los acusados. Cuando los censos de 1937 y 1939 arrojaron cifras demográficas muy inferiores a las expectativas soviéticas, se desató el temor a que observadores occidentales hostiles lo interpretaran como una demostración del desastroso impacto de la hambruna de 1932-1933.[11]

Stalin —que en cierta ocasión dijo ser, de profesión, «escritor (periodista)»— fue el miembro del equipo que estuvo más alerta a los mensajes emitidos por la prensa soviética, e intentó inculcar la misma atención en Mólotov y Kaganóvich. Les recordaba que, con respecto a los designios de Japón en China, «nuestra intervención militar, claro está, queda descartada, y por el momento tampoco es deseable una intervención diplomática que solo conseguiría unir a los imperialistas, cuando nos conviene que se peleen», dijo y siguió dando instrucciones. Sugirió que el periódico del partido, *Pravda*, y el estatal, *Izvestia*, adoptasen enfoques distintos, probablemente para dar a entender a los kremlinólogos

extranjeros que había disensiones entre los círculos del gobierno soviético. «Que *Pravda* insulte a los intervencionistas y grite que los pacifistas imperialistas de Europa, América y Asia están dividiendo y esclavizando a China. *Izvestia* debe actuar en la misma línea, pero en un tono especialmente cauto y moderado. Es del todo necesario que adopte un tono moderado.»

Pese al revés que supuso la detención de su profesor particular, Mólotov siguió intentando mejorar su inglés y alemán en los años treinta; también Stalin, Mikoyán, Kúibyshev y otros miembros del equipo. Esto puede parecer extraño, pues partían de la exaltada convicción ideológica de que la Unión Soviética era la primera nación socialista y proletaria del mundo y vencería, ineludiblemente, al Occidente decadente y capitalista. Sin embargo, la victoria ineludible aún estaba por llegar; Occidente, a pesar de la Gran Depresión, no se había hundido bajo el peso de sus propias contradicciones; y en la superioridad y condescendencia con la que el equipo de Stalin miraba a Occidente se traslucía un complejo de inferioridad cultural. Por decirlo con sus palabras: manejar las grandes lenguas europeas formaba parte de ser culto, y esta no solo era la receta de los líderes para la población, sino también una aspiración para ellos mismos.

Si en su interior se sentía un tanto acomplejado, Stalin no era de los que dejaba que se viese. En los años treinta ya se consideraba a sí mismo como el especialista del equipo en los asuntos exteriores, y daba lecciones a sus socios más próximos, Mólotov y Kaganóvich, sobre el modo en que debían manejar las cuestiones internacionales. Stalin se regía por varias máximas, en su trato con el Occidente capitalista: nunca te fíes de ellos, reconoce su astucia al par que te aseguras de ser más astuto que ellos, saca partido de sus diferencias. Nunca olvides que quieren destruir la Unión Soviética y tan solo esperan la próxima ocasión favorable para invadir el país. Ten claro que es probable que todos sean espías, por mucho que digan que son periodistas, diplomáticos o profesores, y muestren la actitud que muestren hacia la Unión Soviética. Por lo general se atribuye estas máximas de Stalin

a la paranoia, pero también había realismo en ellas; y sin duda, reflejaban la precaución de admitir que no sabía tanto sobre los extranjeros como para poder detectar si eran o no lo que decían ser.

Había que fomentar el conflicto entre las potencias capitalistas. En el otoño de 1935, Stalin aprovechó que en el Ministerio de Exteriores había dudas al respecto de si debían exportar cereales soviéticos a Italia (a la luz del conflicto abisinio) para impartir a Kaganóvich y Mólotov una lección sobre este asunto. En realidad, era un conflicto entre dos bloques, les dijo: Italia y Francia, por un lado, Inglaterra y Alemania, por otro. «Cuanto más fuerte se peleen entre ellos, mejor para la Unión Soviética. Les podemos vender cereales a los dos, para que se puedan pelear. No nos interesa que uno de [los bloques] derrote al otro. Nos interesa que la pelea dure lo máximo posible, sin que haya victorias rápidas para ninguno de ellos.» Era crucial no dejarse intimidar por Occidente, y esto pasaba, a menudo, por expresarse con dureza; tanto en los debates internos («timadores» era uno de los conceptos que Stalin aplicaba con gusto a los líderes occidentales) como en el discurso público. «Les hemos dado en las mismas narices», informaba Mólotov con satisfacción en 1929. Unos pocos años después, Stalin felicitó a Mólotov por adoptar el tono preciso en uno de sus discursos sobre la situación internacional: «un tono de seguridad desdeñosa frente a los "grandes", confianza en nuestras fuerzas, la delicada simplicidad de escupir en el puchero de las "potencias" fanfarronas: estupendo. "Con su pan se lo coman"».[12]

Para el equipo, como para el propio Stalin, los primeros años treinta fueron un período de intenso aprendizaje en materia de asuntos exteriores. En ese tiempo, ningún miembro del equipo quedó libre por completo de labores relacionadas; la carga principal la llevaban Stalin y Mólotov, con Voroshílov, Ordzhonikidze y Mikoyán incorporándose a menudo en su área de especialidad (temas militares, industria, comercio exterior). Los diplomáticos solo desempeñaron un papel limitado en la formación de la diplomacia soviética; según palabras muy posteriores de Mólotov, porque

los problemas eran candentes y muy complejos: «todo se hacía caber en las manos de Stalin, en las mías; en ese período no podía ser de otra manera».

Esto subestima el papel de quien fuera ministro de Exteriores de 1930 a 1939, Maksim Litvínov; pero Mólotov, que lo sucedió en el cargo en 1939, nunca fue un gran admirador suyo. Mólotov admitía que era un hombre astuto y buen diplomático, con experiencia en los asuntos exteriores; pero «espiritualmente» no era uno de ellos, en su interior «no siempre [estaba] de acuerdo con las decisiones que adoptábamos» y, por ende, estaba «claro que no podía disfrutar de nuestra confianza plena». Sin embargo, Litvínov era un «viejo bolchevique» con prolongadas credenciales revolucionarias y (algo poco frecuente entre los intelectuales judíos que habían ido a la emigración y manejaban bien las lenguas extranjeras) sin lazos con la Oposición. Para Mólotov, mientras estuvo en el cargo «mostró una actitud favorable hacia Stalin», pero en su concepto posterior de otros miembros del equipo abundaban los prejuicios. (La esposa de Litvínov, Ivy, una inglesa excéntrica y literata, era menos contenida en sus comentarios, incluso mientras él fue ministro de Exteriores.) A lo largo de los años treinta, Litvínov, si estaba en la ciudad, asistía con regularidad a las reuniones formales del Politburó, así como a encuentros informales con Stalin y miembros claves del equipo; pero dentro del partido su posición era de segundo nivel, como indica el hecho de que nunca fuera elegido como integrante del Comité Central (por no hablar del Politburó) ni llegara a formar parte del círculo social del equipo.

El nombre de Litvínov ha quedado asociado a las decisiones políticas de entrar en la Liga de las Naciones y de buscar una alianza antialemana en la década de 1930. Por descontado, Stalin también era partidario de esta línea, por entonces, aunque no cabe duda de que Litvínov e Iván Maiski, el embajador soviético en Gran Bretaña, añadieron matices propios, como la preferencia en positivo por las democracias occidentales, mientras que Stalin y Mólotov se centraban básicamente en mantenerse ajenos a una guerra y, si esta no se podía evitar, en no tener que enfrentarse en solitario al probable agresor (Alemania). Ciertamente, en la correspondencia de Stalin

y otros miembros del equipo no faltan las referencias sarcásticas a Litvínov, a menudo por suponer que, al estar en contacto regularmente con extranjeros, era probable que lo acabaran engañando. Pero el antifascismo no era un objetivo exclusivo del Ministerio de Exteriores; desde mediados de la década de 1930, también lo era de la Comintern: el único objetivo de la Comintern que tuvo un gran éxito entre la izquierda internacional.[13]

El equipo no se relacionaba con extranjeros, en su conjunto, y limitaba incluso el contacto con quienes por razones de profesión trataban con extranjeros. Hubo excepciones, claro está, pero muchas menos de lo que era habitual con la cosmopolita Oposición. Stalin utilizó al húngaro Eugen Varga como consejero de economía internacional y tanto él como Mólotov consultaban a un finlandés, Otto Kuusinen. Mólotov tenía un amigo íntimo de la infancia, Aleksandr Arósev, que había sustituido a Olga Kámeneva en la jefatura de la VOKS (la sociedad soviética para las relaciones culturales con los países extranjeros) y en los años treinta pasó buena parte de su tiempo en Europa; su segunda esposa era checa. Dos de los cuñados de Stalin, Aleksandr Svanidze y Pável Alilúyev, íntimos ambos de su círculo familiar, estuvieron en Berlín en la década de 1920, como enviados comerciales. Cuando el héroe búlgaro del incendio de Reichstag, Gueorgui Dimitrov, se estableció en Moscú en 1934, y poco después pasó a dirigir la Comintern, se lo admitió en un círculo exterior de la sociabilidad del equipo. Desde esta posición, pudo ver en muchas ocasiones la escasa estima en la que Stalin y sus socios tenían a la Comintern y los comunistas europeos. Aunque en Occidente había preocupación por la Comintern como símbolo de la conspiración internacional, Stalin, Mólotov y los demás desdeñaban de forma llamativa a aquellos comunistas que, al menos de palabra, defendían la internacionalidad del movimiento.

Estados Unidos tenía resonancias distintas y más positivas, para el equipo, que la vieja Europa. Era un país capitalista, desde luego, pero no decadente y clasista como Europa; y en lo que respectaba a la modernidad tecnológica, era el líder mundial. Stalin podía hablar con relativa afabilidad del espíritu emprendedor y el «saber hacer» de los estadounidenses,

cualidades que encarecía como metas que los soviéticos deberían emular. Solo conocía Estados Unidos de segunda mano, desde luego, pues ni siquiera abundaba en encuentros personales con hombres de negocios, periodistas y diplomáticos estadounidenses. Pero varios grandes proyectos de industrialización en la Unión Soviética se habían basado en consultores estadounidenses.

Por todo ello, en el verano de 1936 se envió a Mikoyán a Estados Unidos, para un viaje sin precedentes en el que, durante dos meses, estudiaría la industria alimentaria y sus nuevas tecnologías. Fue idea de Stalin, y al parecer, improvisada, pues implicó cancelar en el último minuto unas vacaciones que Mikoyán y su familia planeaban pasar en Crimea y (como disculpa) incluir a última hora en el grupo a su esposa Ashjén, junto con diversos expertos industriales. Con una solución extraña, por lo doméstica, Stalin proporcionó como intérprete al sobrino de la institutriz de su hija Svetlana, un alemán del Cáucaso, anglohablante, que según Mikoyán hizo un buen trabajo no solo como intérprete, sino también aconsejándolos sobre las costumbres locales (aunque no se sabe de qué conocimientos partía). Occidente era algo del todo novedoso para Anastás y Ashjén, que se lo pasaron fenomenalmente bien; Mikoyán aprendió tanto en ese viaje que luego se refería a él como su «universidad». Para Mikoyán, que por temperamento no tendía a la intensa sospecha y vigilancia típicas de Stalin y otros miembros del equipo, los estadounidenses tuvieron una actitud amistosa, afable y útil. Le mostraron plantas de producción de helados y de material de envasado, así como los mataderos de Chicago. Lo llevaron a Detroit, donde vio el montaje de los coches y conoció a Henry Ford (le sorprendió saber que era vegetariano). Mikoyán no podía hablar directamente con los estadounidenses, al no saber inglés, pero no pareció importarle. Se reunió con el secretario de Estado Cordnell Hull, por insistencia del embajador Troyanovski, y le pareció tan agradable como los demás estadounidenses. Volvió habiendo aprendido mucho sobre la refrigeración, los procesos industriales de Estados Unidos y los grandes

almacenes, y además decidido a divulgar entre los soviéticos el helado y las salchichas de los perritos calientes.[14]

Otra iniciativa en materia de asuntos exteriores que tuvo eco entre la opinión pública soviética fue el respaldo al bando republicano en la guerra civil española. Sin duda, en la forma en que Stalin y Mólotov abordaron el asunto no faltaba el aspecto calculador; pero el pueblo soviético abrazó la causa y respondió con entusiasmo a las manifestaciones en apoyo de los republicanos españoles y la recaudación de fondos para los huérfanos de este país. Este apoyo emocional se encuentra igualmente en algunos miembros del equipo, a juzgar por la pasión con la que Kaganóvich se dirige a Ordzhonikidze en una carta personal: aunque la guerra de España no parecía ir demasiado bien, decía, «la campaña que se está desarrollando en nuestro país muestra que tenemos un pueblo asombroso, un gran pueblo con una gran conciencia y un gran sentimiento internacional». Kaganóvich —de cuyo hijo adoptivo, Yuri, se decía que era un huérfano español— admiraba la estrategia diplomática que Stalin aplicaba en España (enviar ayuda militar directa a la vez que, oficialmente, apostaba por no intervenir y por la seguridad colectiva): «Hermano, es una dialéctica fantástica, está claro —le escribió a Ordzhonikidze—, que nuestro gran amigo y padre domina mejor que nadie».

La campaña española formó parte integral de un acercamiento a intelectuales de la izquierda extranjera, en particular la europea, y se fomentó intensamente, desde mediados de los años treinta, como complemento a la diplomacia oficial. Hasta ese momento, la Comintern y las agencias soviéticas habían dado por sentado que la Unión Soviética debía cortejar y respaldar a los intelectuales comunistas y de extrema izquierda, y en cambio debía mofarse del sector más moderado (formado, a menudo, por personas más distinguidas y conocidas) con el mismo vigor con que los partidos comunistas se burlaban de los socialistas y emprendían una batalla en contra de ellos. El estímulo en pro de una nueva orientación —que de hecho fue un precedente del Frente Popular en el campo de la cultura— vino del escritor Ilia Ehrenburg, un europeo cosmopolita con

múltiples contactos, que en 1934 se dirigió a Stalin para sugerirle que ampliara el foco más allá del público más reducido y sectario. Lo que se necesitaba, le escribió, era «una amplia organización antifascista» que atrajera también a autores no comunistas de gran visibilidad y reputación internacional. Debería tener un propósito doble: «luchar contra el fascismo» y «defender activamente la URSS». Stalin se mostró de acuerdo e indicó a Zhdánov y Kaganóvich que dieran los pasos precisos para hacerlo realidad.

El resultado fue el Congreso en Defensa de la Cultura, celebrado en París en junio de 1935. Asistieron figuras tan nobles como André Malraux, E. M. Forster, André Gide, Aldous Huxley, Bertolt Brecht y Walter Benjamin, junto con algunos de los autores más reputados de la Unión Soviética, como el propio Ehrenburg, Isaac Bábel y el poeta (no comunista) Borís Pasternak. De forma paralela, se invitó cordialmente a intelectuales europeos a visitar la Unión Soviética para que vieran con sus propios ojos el «experimento soviético» y establecieran relación con artistas y expertos de su campo, bajo los auspicios de la organización de Arósev. Muchos acudieron a la llamada, como Bernard Shaw y los Webb (Sidney y Beatrice), de Gran Bretaña; André Gide, de Francia; Lion Feuchtwanger, de Alemania, y Paul Robeson, de Estados Unidos; por lo general, desde el punto de vista soviético, los resultados fueron gratificantes. Los Webb escribieron un volumen extenso, titulado *Soviet Communism: A New Civilisation?* (en la segunda edición, el interrogante cayó). Lion Feuchtwanger logró entrevistarse con Stalin y publicó una impresión positiva, aunque estuvo en Moscú durante el primero de los juicios amañados contra los «viejos bolcheviques». Solo Gide les decepcionó, al publicar unos *Retoques* críticos adicionales a sus memorias *Regreso de la URSS*, y en adelante se lo trató como un renegado. Feuchtwanger, como los Webb, quedó impresionado por Stalin y apenas prestó atención al equipo, pues tuvo un contacto muy escaso, si no nulo, con sus miembros. Este aspecto de las relaciones exteriores soviéticas fue, sin lugar a dudas, un territorio personal de Stalin.[15]

En el interior del país, Stalin y el equipo prestaron a los intelectuales rusos la misma clase de atención precavida y de cierto respeto que prestaban a los extranjeros fuera del país. Con su larga tradición de críticas al régimen, continuada desde la época zarista hacia la década de 1920, la *intelligentsia* —que había sido sometida a palos durante la Revolución Cultural, para luego ofrecerles la guinda del privilegio— solo estaba empezando a reconciliarse con los comunistas; pero el proceso de sovietización, durante los años treinta, avanzó a buen ritmo. Al igual que con los extranjeros, al principio, Stalin y su equipo tenían dificultades para relacionarse con los intelectuales, acomplejados porque la Oposición tenía lazos mucho más estrechos con ellos y credenciales culturales más sólidas; aun así, el afable Voroshílov no tardó en trabar amistad con artistas que pintaban su retrato. En la década de 1920, Stalin aún se sentía inseguro por su propia formación cultural. Alguien como Trotski, con su manejo de otras lenguas, las amplias lecturas y la rapidez de ingenio, podía desdeñarlo fácilmente como a un ignorante. Ahora bien, esto no era cierto. Stalin era un lector infatigable; se ha calculado que leía por norma quinientas páginas al día, sobre historia, sociología, economía, literatura rusa (clásica y contemporánea) y también asuntos de actualidad. Seguía la prensa periódica en ruso (tanto la local como la de los emigrados) e hizo traducir publicaciones importantes de lenguas europeas. Acudía a menudo a la ópera y al teatro. Aunque, después de la muerte de Kírov, los servicios de seguridad limitaron la asistencia teatral a los espectáculos del Bolshói, el Mali y el Teatro de Arte de Moscú, antes había sido más atrevido y, por ejemplo, fue a un concierto del *ensemble* Persimfans, la primera orquesta sin director (no era una buena idea, concluyó: las orquestas, como los equipos políticos, necesitan a un líder).

En la segunda mitad de los años veinte, Stalin hizo alguna incursión de prueba en las artes. Así, empezó a frecuentar a jóvenes militantes de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP, en sus siglas rusas) y licenciados de las academias comunistas que pretendían desafiar al *establishment* de la cultura y la universidad, que consideraban

«aburguesado». La historia terminó mal. El presidente de la RAPP, Leopold Averbaj, un joven judío comunista (no proletario), pariente político de Yagoda, el jefe de la policía, enojó a Stalin al jugar a la alta política sin desarrollar una relación personal como discípulo. El joven indio M. N. Roy, de la Comintern, al que Stalin seleccionó como parte de un grupo de asesoría personal en materia de política exterior (un proyecto ambicioso, pero frustrado), se marchó de Moscú y acabó abandonando la Comintern, para decepción de ambas partes. En cuanto a la relación con los graduados del Instituto de Profesores Rojos y la Academia Comunista, Stalin adoptó una decisión poco acertada: delegar en Kaganóvich, quien, no siendo intelectual, no era rival de su competidor Bujarin.

En abril de 1932, el Politburó clausuró la RAPP y las otras organizaciones proletarias, para gran alivio del resto del mundo cultural, al que aquellas habían hostigado sin compasión. Era el principio de una nueva era en la relación del partido con la intelectualidad. Se cancelaron los ataques contra el Teatro Bolshói (que siempre fue un baluarte del conservadurismo artístico, pero también era un símbolo nacional). Los privilegios de los «especialistas» se restauraron y ampliaron. En Peredélkino, a las afueras de Moscú, se construyó una nueva colonia de dachas para escritores, y no solo de convicción comunista; una fue para Borís Pasternak.

Mediada la década de 1930, dentro del equipo se consideraba —con razón— que Stalin era el integrante más erudito y culto, y el más inteligente. Su interés específico por la cultura lo atestiguan los ámbitos que eligió supervisar en el Politburó en esos años: si otros controlaban la agricultura, las finanzas, la industria o el ferrocarril, Stalin decidió supervisar por sí mismo la seguridad estatal y la cultura. Pero en el campo cultural, aún iba un poco a tientas. En 1931, Kaganóvich organizó un intento de hacerse con el predominio teórico en el conocimiento especializado, que dejó un sabor amargo: los jóvenes intelectuales comunistas no quedaron impresionados por la «Carta al director de *Proletárskaya revolutsia*» que envió Stalin, y otros expertos, obligados a

mantener debates formales sobre este documento (que a su juicio era) carente de sentido, tendieron a tomárselo con sorna.[16]

Kaganóvich, aunque no daba el perfil para esa labor, todavía estuvo en cabeza de la siguiente empresa cultural de Stalin: organizar el bombo y platillo por el regreso del famoso escritor ruso Maksim Gorki a la Unión Soviética a finales de los años veinte. Gorki, aunque se hallaba próximo a Lenin y otros líderes bolcheviques desde la década anterior, y venía de una familia de clase baja, había defendido con vigor a la vieja intelectualidad frente a la persecución de la Checa durante los años de la guerra civil; y este factor, junto con su mala salud, aquejado de tuberculosis, hizo que se marchara a vivir a Capri durante la mayor parte de los años veinte, en una condición ambigua, que no llegaba a ser la de *émigré*. Pero siempre había querido volver, si se le garantizaba una posición sólida, y a finales de la década Stalin logró convencerlo. Le ofreció un paquete con enormes privilegios y ventajas, como una casa en el centro de Moscú (la antigua mansión *art nouveau* de Riabushinski, elegida personalmente por Stalin) y dachas en Crimea y las afueras de Moscú; pero la oferta más halagadora de todas fue la amistad del propio Stalin, sin restricciones de acceso. En 1932, Stalin y el equipo tenían mucho de qué preocuparse, como los problemas del desarrollo industrial, la hambruna en ciernes, la huida masiva de las zonas rurales y la radical escasez de comida en las ciudades. Pero en la fase más crucial de todas estas crisis, Stalin, Kaganóvich y Voroshílov pasaron horas y días enteros con Gorki, para conocerse e ir planteando cómo organizar una nueva, y más inclusiva, Unión de Escritores.

Con la bendición de Stalin, Gorki se convirtió en portavoz internacional de la Unión Soviética en materia de cultura y, dentro del país, en hombre de referencia de la intelectualidad (en especial, del sector no comunista). Fue un defensor *de facto* de figuras de la cultura que tenían problemas con la policía secreta; y también mantuvo contacto (no sin enojar a Stalin) con viejos amigos comunistas que habían terminado en la Oposición. Cada vez más crítico del régimen de Stalin, e incapaz de viajar, empezó a sentirse como un prisionero (aunque de lo más privilegiado). La naciente amistad

con Stalin, Kaganóvich y Voroshílov no parece haber durado mucho; en lo que respectaba a Gorki y Stalin, el desencanto fue mutuo. Otro factor de irritación, para Stalin, fue que el hombre designado como vigilante de Gorki al máximo nivel —Yagoda, el jefe de la policía; Gorki y él se conocían desde la juventud y eran casi parientes— terminó por enamorarse de la nuera de Gorki, Timosha, que junto con el hijo de Gorki y su nieta, Marfa Peshkova, formaban parte del extenso núcleo familiar del escritor. De toda la familia, al final, la joven Marfa fue la que más intimó con Stalin, al ser amiga de infancia de la hija de este, Svetlana. Gorki fue idolatrado y festejado hasta su muerte, en 1936, y luego fue canonizado en la Unión Soviética; pero durante las Grandes Purgas hubo un epílogo terrible, cuando se acusó a Yagoda, señalado ahora como criminal, de haber asesinado al hijo de Gorki (y esposo de Timosha) Maksim Peshkov, un tipo disoluto que había fallecido en mayo de 1934, probablemente tras una borrachera.

Con Gorki, Stalin, en cierta medida, subcontrató su propio mecenazgo cultural. En la década de 1930 prefirió mantenerse apartado, como un hombre misterioso, al que los escritores —literalmente— soñaban con ver algún día. De forma impredecible, llamaba por teléfono a escritores de gran reputación entre la *intelligentsia*, como Mijaíl Bulgákov o Borís Pasternak, iniciativas que pronto se hicieron legendarias. La NKVD, que vigilaba la recepción pública de estas llamadas, informó de que funcionaban de maravilla: después de que Stalin telefoneara a Bulgákov —un dramaturgo cuya obra había recibido ataques políticos y cuya figura despertaba las sospechas de la policía secreta—, al día siguiente la «radio macuto» moscovita ardía con el rumor de que Stalin había «dado una bofetada» a los cretinos que acosaban a Bulgákov y la intelectualidad hablaba ahora de Stalin «con afecto y amor». La llamada a Pasternak, unos años más tarde, tuvo un éxito similar desde la perspectiva de Stalin, aunque no desde la de Pasternak: cuando Stalin le preguntó si Ósip Mandelshtam —en apuros por sus ideas políticas y por haber escrito un poema mordazmente satírico sobre Stalin— era en verdad un buen poeta, Pasternak, poco dado a conceder

grandeza a nadie que no fuera él mismo, respondió con titubeos, y Stalin lo reprendió por no estar a la altura de salir en defensa de un amigo.[17]

Aunque Stalin no se dignó a actuar como un mecenas corriente de escritores y artistas específicos, el resto del equipo sí se metió de lleno en el juego del patrocinio, junto con una serie de militares y jefes de la policía secreta del grado inmediatamente inferior. La relación de mecenas y cliente, que implicaba una relación personal y a menudo social, aportaba prestigio cultural al patrón. Al patrocinado le aportaba protección frente a la OGPU, la censura u otros infortunios; ayuda en la organización de publicaciones, muestras o actuaciones; y ventajas tales como dachas, apartamentos o, en los casos más afortunados, coches con chófer y viajes al extranjero. Mediada la década de 1930, sería difícil hallar a un miembro del equipo —con la excepción de Stalin— que no se hubiera asentado como mecenas al que los escritores, artistas, gentes del teatro, músicos o profesores se dirigían en momentos de necesidad; y era igual de difícil hallar a un miembro del *establishment* cultural (comunista o no) que careciera de lazos de patrocinio en el nivel más alto (aunque quizá por mediación de Gorki u otro intermediario cultural). Voroshílov, el primero en dedicarse a este mundo, fue también uno de los más entusiastas, con un elenco propio de artistas (en especial, pintores), algunos de los cuales llegaron a ser amigos, además de clientes. También patrocinó en el campo de la música; el ejemplo más conocido es el de los artistas del Bolshói, pero también un compositor emergente, el joven Shostakóvich, trabó contacto con él en las fases iniciales de su carrera. Mólotov consideraba que Voroshílov iba demasiado lejos en la amistad con los artistas, y Stalin era de la misma opinión. El propio Mólotov también actuó como mecenas; aunque en general carecía de los lazos afectivos de un Voroshílov o un Rudzutak, su buzón gubernamental estaba repleto de peticiones de escritores, artistas, científicos y profesores, y Mólotov hacía cuanto podía por darles respuesta.

Kalinin, Andréyev, Zhdánov, Jrushchov, Kírov, Beria y Malenkov, todos tenían clientes en los mundos artístico, literario y académico. A Voroshílov, Rudzutak y Kúibyshev les gustaba socializar con sus patrocinados. Incluso

Kaganóvich, el menos artístico y más trabajador del equipo, asistía a las producciones de vanguardia del director teatral Vsévolod Meyerhold con las entradas que el propio Meyerhold le había enviado, y tenía sus propios clientes entre la intelectualidad; también era mecenas de la unión de arquitectos. Mikoyán y Ordzhonikidze, los dos caucásicos, generosos y afables, fueron patrones de numerosos clientes; los armenios acudían por principio a Mikoyán, y los georgianos, a Ordzhonikidze (también los ingenieros). Cuando el joven Nikolái Yezhov iniciaba la rápida ascensión que le llevaría a dirigir la policía secreta y poner en marcha las Grandes Purgas en 1937, él y su esposa literata se lanzaron al mecenazgo con un éxito considerable: entre sus patrocinados figuraba el escritor Isaac Bábel, aunque no así Mandelshtam, que declinó la oferta de Yevguenia Yezhova en 1930 y tomó una decisión políticamente inepta: seguir a la vera de Bujarin. [18]

El acercamiento de los líderes políticos soviéticos y la intelectualidad selecta se inició en la década de 1930 y se desarrollaría con más intensidad y rapidez en la década siguiente, cuando los hijos del equipo crecieron e hicieron suyos los valores de la *intelligentsia* (y, en muchos casos, las profesiones). Los límites aún se estaban evaluando, por ejemplo en el campo de prueba de los salones artísticos y literarios. La periodista Yevguenia Yezhova fundó uno al que asistieron regularmente, entre otros, su antiguo amante Isaac Bábel y el rey del jazz Leonid Utiósov (pero no su esposo Nikolái Yezhov, jefe de la NKVD). Otro salón lo organizaba Olga Mijáilova, cantante de ópera del Bolshói y segunda esposa del mariscal Semión Budionni, héroe de la guerra civil. Olga Búbnova, esposa de un «viejo bolchevique» —Andréi Búbnov, amigo de muchos años de Voroshílov y Kúibyshev—, era una de las dos anfitrionas de un salón que se reunía cada miércoles y viernes a mediados de la década de 1930, en el que los comunistas y militares de más categoría se mezclaban con los famosos del mundo artístico. La otra anfitriona era Galina Yegórova, la estrella de cine casada con el mariscal Yegórov con la que se dice que Stalin flirteaba la noche de la muerte de Nadia. A pesar de esta relación, es muy improbable

que Stalin asistiera nunca a ninguno de estos salones literarios, medio que no frecuentaban ni él ni su equipo. Durante las purgas, los habituales del salón fueron arrestados en su mayoría, ya fueran políticos o artistas; fue el caso de Olga Mijáilova (aunque no de su esposo, Budionni) y los Búbnov y Yegórov. Yezhova se suicidó en 1938, cuando la carrera de su esposo se ensombreció y era evidente que ella misma podía ser arrestada.[19]

«La vida ha mejorado, camaradas, la vida es ahora más feliz», decía el nuevo eslogan de mediados de los años treinta, afirmando que las penalidades del período del Primer Plan Quinquenal habían quedado atrás. Como símbolo de esta vida más amable destacaba el Metro de Moscú, cuyas primeras líneas se construyeron bajo la dirección de Kaganóvich y Jrushchov. El Metro se inauguró con triunfalismo en 1935, en lo que fue una excepción rara a la firme determinación del equipo de emplear todos los recursos disponibles en la defensa y la industria pesada. Stalin y un puñado de familiares, junto con Kaganóvich y Mólotov, hicieron un trayecto nocturno improvisado unas pocas semanas antes de la inauguración formal. Los árboles de Año Nuevo, que habían sido vetados como vestigio de la cultura burguesa, volvieron por iniciativa de Pável Póstyshev. La pujante industria perfumera de Polina Zhemchúzhina ofrecía nuevas marcas para las mujeres; entre las preferidas, Moscú Rojo, Estrella Roja, Nuevo Amanecer. Los hombres también cuidaban más su aspecto. Tras regresar de Estados Unidos, Mikoyán abandonó el viejo uniforme de la guerra civil y se aficionó a los trajes de estilo occidental. Stalin era un reincidente, en cambio: hasta el final de sus días prefirió la chaqueta de campaña y las botas. Aun así, aceptó posar junto con los demás para una fotografía que apareció en la portada de un periódico moscovita en julio de 1935, en la que vestían chaquetas blancas de verano, nuevas y elegantes. Lo mejor de todo fue que, después de años de escasez, los consumidores soviéticos pudieron gozar de salchichas, helados e incluso champán, gracias a Mikoyán y su viaje a Estados Unidos. La selecta Yeliséyev reabrió en la calle moscovita de Gorki con una mágica exposición de *delicatessen*, ciertamente onerosas,

que incluía treinta y ocho tipos de salchichas, cincuenta clases de pan y tanques de agua con carpas, besugos y lucios vivos.[20]

Esta evolución cultural, que los críticos más insistentes —como Trotski desde el destierro— consideraron un signo de aburguesamiento y de «Termidor soviético», fue igualmente popular entre la élite y la gente corriente. Pero la esperanza de que la vida mejoraría de veras, habría abundancia y el terror terminaría, resultó ser un espejismo. Mientras los medios de comunicación soviéticos preparaban la campaña de la «vida feliz» y hacían mucha publicidad sobre el final del racionamiento del pan (impuesto en las ciudades desde finales de los años veinte), ocurrió un desastre. Se esperaba cancelar el racionamiento el 1 de enero de 1935. Justo un mes antes, el 1 de diciembre de 1934, Kírov fue asesinado en la sede del partido en Leningrado, por un tirador solitario que en apariencia respondía a un agravio personal, y con ello desapareció toda esperanza de que, en el futuro inmediato, se pusiera fin al terror.

El asesinato de Kírov —como el de Kennedy en Estados Unidos, treinta años después— dio origen a incontables teorías de la conspiración pese al hecho de que el asesino real actuaba en solitario y fue apresado de inmediato. Aunque muchos querrían creer que Stalin estuvo detrás de su muerte, no se han hallado pruebas claras de que estuviera implicado en ella, y por la naturaleza de las cosas, nunca podrá demostrarse definitivamente que no lo estuviera. En seguida surgieron rumores sobre Stalin, como ocurría siempre que una figura conocida moría de forma inesperada. El equipo, a juzgar por sus comentarios posteriores, nunca dio crédito a los rumores del momento, pero con el paso del tiempo, algunos lo veían de otro modo. Para la hija de Stalin, Svetlana, aunque acabó distanciándose mucho de su padre, la asociación era increíble: a su entender, como al de Mólotov, Stalin sentía afecto por Kírov, no se creía amenazado por él y su muerte (pocos años después de la de Nadia) le causó pesar. Al enterarse de la noticia, Stalin corrió a Leningrado con Mólotov y Voroshílov, dejó Moscú al cuidado de Kaganóvich, y participó en persona en el interrogatorio del asesino, Leonid Nikoláyev.

Fuera cual fuese el papel inicial de Stalin, no cabe duda de que no desaprovechó la ocasión para saldar cuentas con sus oponentes. Según Mólotov, Nikoláyev admitió ser seguidor de Zinóviev y estaba enojado por haber sido expulsado del partido, pero para Mólotov era más un «hombre enrabietado» que un «auténtico zinovievista». (Y de hecho, todo el que había estado en el partido en Leningrado a mediados de la década de 1920, lo era al menos en parte, porque Zinóviev era el jefe del partido local.) Pero Stalin cogió sus palabras como un testigo y echó a correr por su cuenta, y pidió a la NKVD de la ciudad que buscara a más conjurados entre los zinovievistas. Aunque la policía no emprendió esta labor con excesivo entusiasmo, a los diez días los interrogatorios permitían apuntar hacia un núcleo terrorista, un «centro moscovita» encabezado por Zinóviev y Kámenev. Se detuvo a Zinóviev y a una multitud de miembros de la Oposición, que, aun sin relación alguna con el asesino, fueron acusados de envenenar la atmósfera por su mera existencia y señalados como terroristas. Por el mismo principio, a más de diez mil antiguos aristócratas y otros «enemigos de clase» se los detuvo o se los desterró con urgencia de Leningrado. El joven Nikolái Yezhov, de la oficina del Comité Central, ya gozaba de la confianza suficiente para acompañar a Stalin en su viaje y organizó la acometida contra la Oposición de parte de Stalin; al cabo de un mes había reunido una lista con unos 2.500 antiguos zinovievistas de Leningrado, de los que se arrestó de inmediato a 238. Nikoláyev se declaró culpable en un juicio secreto celebrado a finales de diciembre y fue ejecutado. En Moscú se detuvo a Zinóviev, Kámenev y personas próximas a ellos, y los interrogadores se esforzaron por obtener pruebas de su participación directa; pero los dos líderes solo admitieron que, al haber adoptado una posición de discrepancia, quizá hubieran creado un clima que animaba a otros a actuar. En el juicio, a mediados de enero de 1935, Zinóviev fue condenado a diez años de cárcel, y Kámenev, a seis.[21]

Kírov solía quedarse a dormir en casa de Stalin cuando venía de Leningrado y había pasado una parte de su último verano en Sochi, con Stalin y Svetlana. Tras la muerte de Nadia, según la cuñada de Stalin, de

carácter más bien sentimental, quien mejor lo consolaba era Kírov: «Se podía acercar a él simplemente con afecto, darle la calidez que echaba en falta y tranquilizarlo». Después de que Kírov muriera, en una conversación con su cuñado Pável Alilúyev, Stalin dijo: «Me he quedado huérfano del todo». En su cumpleaños, celebrado a las pocas semanas, con la asistencia del equipo, el primer brindis (de Ordzhonikidze) fue en recuerdo de Kírov, y más tarde Stalin propuso brindar por Nadia, «con el rostro ... lleno de sufrimiento». Aun así, pasados los momentos de duelo y silencio, el festejo se retomó y llegó a ser bastante escandaloso.

No todo el mundo echaba de menos a Kírov. Por las provincias circuló una cruda cancioncilla cuyo estribillo decía: «Han matado a Kírov / y también mataremos a Stalin». Había razones para la inquietud, aunque las sospechas de Stalin empezaban a adoptar tintes paranoicos. Creía que había enemigos por todas partes y que eran tanto más peligrosos por el hecho de estar ocultos. Poco después de que se asesinara a Kírov, se oyó a Stalin decir: «¿No os habéis dado cuenta de cuántos [policías de guardia de la NKVD] hay por aquí? Cada vez que uno entra en un pasillo, piensa: "¿Cuál de ellos será?". Si es este, te disparará por la espalda, pero si vuelves la esquina, el otro te disparará en la cara. Pasas por delante de ellos y es lo que piensas».[22]

5

Las Grandes Purgas

Había «algo magnífico y valiente en la idea política de una purga general»; era una «misión histórica universal», ante la cual la culpa o la inocencia individuales eran una trivialidad. El comentario procede, ni más ni menos, de Bujarin, a punto de convertirse en una de las víctimas de las Grandes Purgas. Quizá realmente no lo veía así —a fin de cuentas, lo dijo en una de sus múltiples súplicas a Stalin—, pero que pensara que Stalin y el equipo lo veían de ese modo ya es relevante de por sí. A juzgar por esta carta, Bujarin no estaba seguro de si se trataba (o Stalin entendía que se trataba) de un ataque preventivo ante una guerra inminente, o bien de una iniciativa «democrática» que ayudaría a la gente corriente a librarse de los cargos públicos indignos (por eminentes que pudieran ser). Más tarde, Mólotov optó por el argumento de la «inminencia de la guerra», que desde entonces ha sido también el preferido de los historiadores, aunque en parte supone lavarse las manos. Sin las Grandes Purgas, aseveró más adelante Mólotov, la Unión Soviética habría perdido la segunda guerra mundial. Era consciente del argumento contrario —que debido a la purga brutal de los mandos militares, las primeras actuaciones bélicas de la Unión Soviética fueron muy deficientes—, pero tenía otra cosa en mente: las purgas habían supuesto «que durante la guerra no tuvimos una "quinta columna"». ¿Quién podía haber formado esa quinta columna? El lector quizá prevea que Mólotov hacía referencia a la población soviética desafecta o perjudicada, que era numerosa, debido a la colectivización y las purgas. En cambio, él se centraba en los que aparentaban ser leales y fieles al partido: «A fin de

cuentas, incluso entre los bolcheviques había, y hay, gente que se implica positivamente cuando todo va bien, cuando el país no está amenazado por ningún peligro; pero que, si surge algo, tiembla y deserta».

Nunca tendremos una respuesta definitiva a la pregunta de qué se pretendía lograr con las Grandes Purgas. Lo que cabe aseverar con un mínimo de certeza es que, en la medida en que hubo una intención política firme, esa intención era la de Stalin. El equipo fue en pos, Mólotov al menos con cierta convicción, pero sus miembros no fueron la causa original, sino los ejecutores (y víctimas potenciales). Lo vivieron con miedo, como el resto de la élite política soviética. Sin embargo, como en el caso de la colectivización, también hubo cierto grado de admiración por el atrevimiento de Stalin. ¿Qué otra persona se habría atrevido a poner en marcha algo tan colosal, dramático y arriesgado? Mólotov estaba en lo cierto cuando, al volver la vista atrás, afirmó que solo Stalin.

Para el equipo, las Grandes Purgas fueron el episodio más reciente en la historia de las batallas del partido, que había empezado con la revolución y la guerra civil y prosiguió con la colectivización. Pertenecían a un partido revolucionario y lo propio de los revolucionarios era luchar contra sus enemigos. En este caso, los enemigos estaban dentro del partido, y no solo fuera; pero esto también tenía precedentes claros: el equipo de Stalin había pasado casi diez años combatiendo contra los bandos internos. Kaganóvich hizo un excurso histórico (poco habitual en él) para explicarle a un entrevistador, iniciada ya la década de 1990, por qué había sido necesario purgar el partido con tanto radicalismo: había que hacer frente al peligro de Termidor, al que Robespierre y los jacobinos habían sucumbido durante la Revolución Francesa. Los jacobinos tenían como bando opuesto a los girondinos, y se libraron de ellos con el Terror, el equivalente revolucionario francés de las Grandes Purgas. Pero no lograron librarse de la «ciénaga», es decir, la mayoría de los delegados de la Convención revolucionaria, caracterizada por su falta de compromiso. «La “ciénaga”, que empezó aplaudiendo a Robespierre, luego lo traicionó. No hay que olvidar las lecciones de la historia» ni el hecho de que incluso los antiguos

revolucionarios tienen «lazos con la “ciénaga” de muchas clases, tanto familiares como no familiares». En otras palabras, las Grandes Purgas eran fruto de una firme voluntad de desecar la ciénaga.[1]

La cuestión de si las purgas podían afectar a inocentes carecía de interés para Mólotov y Kaganóvich; cuando volvieron la mirada al pasado, cuarenta o cincuenta años después explicaron que claro que les afectaron, y no podía ser de otra manera («no puedes hacer una tortilla sin romper los huevos»). Cuando Mólotov se fijaba en casos concretos como el de Rudzutak, que había sido compañero del equipo, concedía que quizá no eran culpables de lo que se les acusaba (de espionaje y saboteo), pero les reprochaba que habían dejado que su fuego revolucionario se apagara. Habían «degenerado», por usar el lenguaje de la década de 1920.

Svetlana Alilúyeva (Stálina) recordaba que su padre, durante todo este período, exhibía en su casa un humor pésimo. Así debió de ser. Ahora bien, si se examinan los documentos que dan fe de su actividad en el despacho —estuvo trabajando sin descanso con la montaña creciente de material sobre los «enemigos», manteniendo algunos casos en la categoría de «pendiente», rechazando con brío peticiones, firmando las sentencias de muerte—, se percibe emoción, incluso euforia, en su firma resuelta, las decisiones prontas y claras, la ausencia de dudas o vacilaciones. Estaba en guerra, por fin se enfrentaba a los enemigos a campo abierto. Los demás no lo emularon, aunque Mólotov y Kaganóvich se esforzaron por situarse a su altura. La experiencia personal de las Grandes Purgas estuvo asociada al miedo, en todos los que la vivieron, pero hubo miedos de clases distintas. Dentro de la élite política, pero por debajo del nivel del equipo, se temía sobre todo el ser víctima de la nueva oleada de terror. En lo que respectaba a Stalin, el temor principal tuvo que ser que la iniciativa se desmoronara o le estallase en las manos. El resto del equipo vivía con ambos miedos a la vez, el de quien perpetraba y el de quien podía ser otra de las víctimas.

Por lo que se ha podido averiguar, el desencadenante fue el asesinato de Kírov. Esta muerte dio a Stalin la posibilidad de saldar cuentas con la Oposición de Izquierdas, y quien puso en práctica esa labor se convirtió en

el Gran Verdugo, hasta que él mismo fue ejecutado. Nikolái Yezhov era un hombre joven, de aspecto casi infantil, por ser de muy baja estatura, que trabajaba en el Comité Central desde finales de la década de 1920, primero como protegido de Kaganóvich, luego como favorito de Stalin. Su salud era tan frágil —los médicos le diagnosticaron tuberculosis, miastenia, neurastenia, anemia, malnutrición, angina de pecho, soriasis y ciática— que es llamativo que pudiera ocuparse incluso del volumen de tareas anterior a su función de verdugo. En el equipo, al principio, suscitó simpatías; nadie se sintió amenazado. Desde las provincias, antiguos compañeros lo calificaban de «receptivo, humano, amable y diplomático»; a juicio de Mólotov, era un buen trabajador, aunque quizá «se excedía en el empeño» por los resultados que Stalin le exigía. Para Bujarin, era «honrado», e incluso Nadezhda Mandelshtam, esposa del poeta, lo encontraba «una persona de lo más agradable».[2]

Cuando Stalin encargó a Yezhov que hallara (o creara) vínculos de Zinóviev y Kámenev con el asesinato de Kírov, se inició un ascenso meteórico. Tras ser nombrado secretario del Comité Central a principios de 1935, acudía al despacho de Stalin a hablar de cuestiones de seguridad casi con tanta frecuencia como Yagoda —en cuyo terreno se estaba inmiscuyendo, a petición de Stalin—, ya bastante antes de sustituirlo en la jefatura de la policía, en septiembre de 1936. Tenía instrucciones de lidiar con el «bloque trotskista-zinovieviano», una meta que Yagoda no acertó a hacer realidad. El juicio de Zinóviev y Kámenev, en 1935, no había producido ni confesiones plenas ni penas máximas, y una de las primeras tareas de Yezhov fue remediarlo, en una repetición del juicio, en 1936, que fue el primero de los grandes acontecimientos públicos conocidos como «Juicios de Moscú».[*] Como demostración de la importancia del trabajo de Yezhov, fue elegido «candidato» del Politburó el 12 de octubre de 1937. Durante 1937, fue la segunda persona que más visitó a Stalin, solo por detrás de Mólotov. El poeta kazajo Dzhambul le escribió una oda por ser «la llama que prende fuego al nido de las serpientes».

Tras el asesinato de Kírov, la siguiente conmoción fue la caída en desgracia de Abel Yenukidze, antiguo amigo y compañero de muchos miembros del equipo, incluido el propio Stalin, que lo llamaba con el apelativo familiar de «Soso». En el funeral de Nadia, Yenukidze había consolado a la pequeña Svetlana, a la sazón de seis años, meciéndola en las rodillas; pocas semanas después, formaba parte del grupo de amigos íntimos que celebró el quincuagésimo aniversario de Stalin. Quizá también hubiera intentado defender a Kámenev y Zinóviev y evitar su detención tras el asesinato de Kírov.

En el Sóviet Supremo, que estaba ubicado en el Kremlin, Yenukidze se hallaba bajo las órdenes directas de Kalinin. Se lo acusó de laxitud por permitir que hubiera «enemigos de clase» trabajando en su departamento e incluso de ofrecerles, a muchos, su protección personal. En efecto, era un patrón generoso, que en silencio había hecho cuanto había podido, con el respaldo tácito de Kalinin, para corregir la persecución de personas de origen aristocrático, característica de la Revolución Cultural; de hecho, tenía reputación de ser un buenazo. Pero a la luz de lo que había sucedido en el cuartel de Kírov en Leningrado, esto era menos alarmante, probablemente, que el hecho de haber descuidado la vigilancia en el mismísimo Kremlin. En conversación con un escritor francés de visita en el país, Romain Rolland, Stalin describió de forma vívida los peligros que les amenazaban: «nuestros enemigos» habían reclutado a bibliotecarias, a todas luces de un origen social dudoso, para envenenar a los miembros del equipo. Como reflejo de la inquietud frente al «Termidor», compartida por Mólotov y Kaganóvich, mencionaba a Yenukidze como ejemplo de «gente [del partido] que cree que ahora nos lo podemos "tomar con más calma"; a la vista de nuestra gran victoria, a la vista del hecho de que nuestro país avanza, [creen que] se pueden permitir un descanso, una siesta». Nadie tenía que pensar que se lo podía tomar con calma.

Se aprovechó que, entre la plantilla de Yenukidze, se descubrió a varios parientes de Kámenev, incluido el hermano y la ex mujer del hermano. En total, en el «caso del Kremlin» se detuvo a 110 empleados del departamento

de servicios (incluidos los familiares de Kámenev), a los que se acusó de organizar un grupo para asesinar a funcionarios del gobierno y recibir «instrucciones terroristas» de Zinóviev y Kámenev. El grupo se amplió luego con la primera esposa de Kámenev, Olga (que era a su vez hermana de Trotski).[3]

Stalin parecía indeciso en cuanto a qué hacer con Yenukidze, aunque esto bien podría haberse debido a su famosa cautela: Yenukidze era popular y el equipo tardaría un tiempo en asumir la idea de su desgracia completa. Varios meses después de los ataques iniciales, Kalinin todavía intentaba mediar para lograr alguna clase de acuerdo, y Ordzhonikidze, para la irritación de Stalin, seguía tratando a Yenukidze como a un amigo. Tras ser enviado a Kislovodsk como representante del Sóviet Supremo, Yenukidze enojó a los gerifaltes locales dándose importancia y jactándose de que no tardaría en ser rehabilitado y volver a Moscú. Stalin decidió trasladarlo a un lugar menos visible y, el 11 de septiembre, el Politburó lo mandó a Járkov como director del departamento de transporte local. Claramente, el nuevo puesto desagradó a Yenukidze, y hubo que insistir varias semanas para convencerlo de que abandonara Kislovodsk. Este traslado supuso el fin político de Yenukidze. Aunque en junio de 1936 Stalin y Mólotov propusieron a regañadientes aceptarlo de nuevo en el partido, Yenukidze fue detenido pocos meses más tarde. Fue ejecutado en 1937 y al año siguiente se lo mencionó póstumamente en el tercero de los juicios amañados de Moscú, como copartícipe de la conspiración de la Derecha, junto con Bujarin y Yagoda.

En el verano de 1936, se juzgó a Kámenev y Zinóviev por segunda vez. Entre el despliegue publicitario, confesaron estar implicados en el asesinato de Kírov y en toda clase de planes terroristas, siempre con guiones extremos y minuciosos. Se los condenó a muerte y ejecutó. Esto supuso, por descontado, pasar un Rubicón. Hasta este punto, se había respetado el tabú que impedía matar a los opositores derrotados dentro del partido; ahora se había quebrantado. A los pocos meses se quebrantó otra vez el tabú, y con alguien que había sido mucho más próximo al equipo que ningún otro

miembro de la Oposición: Yenukidze. En las memorias de los miembros del equipo no se detalla cómo se lo tomaron, pero es difícil creer que, al menos a Mólotov, le sentara bien. Mólotov había perdido el favor de Stalin por razones que no se han aclarado y sufrió la indignidad de no ser mencionado como blanco en las supuestas conspiraciones asesinas de Zinóviev y Kámenev, mientras que el resto del equipo figuraba al completo en la lista. Esto se corrigió en el segundo de los Juicios de Moscú, seis meses más tarde, donde ya se mencionó a Mólotov en el lugar debido: como objetivo principal; la grieta que se había abierto, fuera cual fuese, se había vuelto a cerrar. En realidad, el alejamiento no pudo haber durado más que el período vacacional de seis semanas que se tomaron tanto Stalin como Mólotov en el verano de 1936, porque antes y después, como de costumbre, Mólotov fue el visitante más asiduo del despacho de Stalin. Fue uno de los pequeños sobresaltos que a Stalin le gustaba dar para que los miembros del equipo siempre se mantuvieran en alerta. Cuando quien recibía el golpe era Mólotov, de expresión impasible, casi nunca le daba a Stalin la satisfacción de mostrarse tocado.[4]

Los juicios amañados de Moscú fueron acciones teatrales extraordinarias, que dibujaron historias fantásticas de conspiraciones que, en última instancia, llevaban hasta el Trotski exiliado, en colaboración con los servicios de espionaje extranjeros. Los guiones —que recogían confesiones extraídas en condiciones de interrogatorio y, a menudo, tortura — fueron coordinados por Lev Sheinin, funcionario destacado de la NKVD, al cargo de la sección de investigación. Daba la casualidad de que Sheinin era además dramaturgo: en el teatro soviético legítimo (por oposición al político de las farsas judiciales), su *Enfrentamiento cara a cara* fue uno de los éxitos de 1937. Stalin disfrutaba leyendo las transcripciones de los interrogatorios, que Yagoda le enviaba con regularidad. «¿Has leído las confesiones de Dreitser y Pikel? —escribió a Kaganóvich—. ¿Qué opinión te merecen los perros burgueses del bando de Trotski, Mrachkovski, Zinóviev y Kámenev? Estos subnormales, por decirlo con suavidad,

¡querían “retirar” a todos los miembros del Politburó! ¡Es tan absurdo! ¿Hasta dónde puede llegar la gente?»

En 1936, Stalin optó por irse de la capital, de vacaciones, durante el primero de los Juicios de Moscú, por cautela (no estaba del todo claro que no pudiera ser un fracaso) y quizá para calmar las aguas sobre el propio papel crucial que él mismo tenía en su organización. Pero mantuvo una correspondencia regular con Kaganóvich y Yezhov sobre cómo escenificarlo mejor, en especial con la vista puesta en las reacciones de los países occidentales. «Hay que exponer en toda su magnitud la función de la Gestapo [como inspiradora de las tramas]», se les dijo, cuando empezó el juicio, al fiscal del Estado Andréi Vyshinski y al juez Vasili Ulrich. Era crucial que Trotski figurase de forma destacada, no solo en la acusación del fiscal, sino en la decisión final del magistrado, para que los lectores extranjeros supieran que el juez había quedado convencido a este respecto. Debía quedar claro que el objetivo de los conspiradores era derrocar al régimen soviético. Mientras el juicio seguía su curso en Moscú, Kaganóvich mantuvo a Stalin al corriente de los momentos de la obra que los extranjeros habían encontrado especialmente sensacionales, y la NKVD ofrecía reseñas para el exterior: no solo recortes de prensa, sino transcripciones de los telegramas y las conversaciones telefónicas interceptadas.

Como todo buen relato de suspense, la presentación del primer juicio ejemplar de Moscú apuntaba a futuras secuelas. En los testimonios de los interrogatorios iban surgiendo indicios de vínculos con la Derecha, y un prometedor «núcleo de reserva» de conspiraciones terroristas en las que participaban antiguos miembros de la Izquierda como Karl Rádek y Yuri Piatakov. El problema era Piatakov: después de arrepentirse, había sido readmitido en el partido y ahora era el segundo de Ordzhonikidze en el Ministerio de Industria, una figura imprescindible a la que Ordzhonikidze no pensaba renunciar sin plantear batalla. El 17 de agosto, muy avanzado el juicio, Kaganóvich aún estaba inseguro de si se lo podía nombrar públicamente ante el tribunal. El último día del proceso, el fiscal Vyshinski

anunció de forma sorprendente que, a consecuencia de testimonios comprometedores que habían emergido en el proceso recién terminado, se abría una investigación sobre Tomski, Rýkov, Bujarin, Rádek y también Piatakov.[5]

Mientras se lo sometía a la investigación, Piatakov conservó el trabajo, gracias a Ordzhonikidze. Estaba muy inquieto; durante el juicio intentó salvar el pellejo pidiendo la pena de muerte para el grupo de Zinóviev y Kámenev («hay que destruir a esta gente ..., son carroña») y aun recurrió a ofrecerse a fusilar en persona a todos los condenados, ¡incluida su propia ex mujer! La oferta fue rechazada con mofa por Yezhov; un intento a la desesperada de Ordzhonikidze tampoco dio frutos. El 11 de septiembre, Piatakov volvió a ser expulsado del partido; al día siguiente, se lo arrestó. Sería el acusado principal en el segundo de los grandes juicios amañados, que se inició en Moscú el 23 de enero de 1937.

Ordzhonikidze también recibió con enojo y disgusto la detención de su propio hermano mayor, en el Cáucaso, e interpretó el hecho de que Stalin se negara a mediar por él como una retirada de la confianza depositada en sí mismo. Para Mólotov, el arresto de su hermano fue «la gota que colmó el vaso», pero Ordzhonikidze estaba sometido a múltiples presiones. Su amigo Yenukidze fue detenido el 11 de febrero, y el programa del pleno siguiente del Comité Central incluía ocuparse de acusaciones de «sabotaje» en el Ministerio de Industria, el de Ordzhonikidze. Según Mikoyán, Ordzhonikidze se sintió traicionado por Stalin («¡Éramos muy buenos amigos! ¡Y de pronto se permite hacer este tipo de cosas!»), además de amenazado. Dijo que ya no podía colaborar más con Stalin y que prefería quitarse la vida... Como Ordzhonikidze tenía un carácter volátil, Mikoyán creyó que, cuando se separaron, había logrado calmarlo. Pero el 18 de febrero, en vísperas del pleno del Comité Central, tras un encuentro particularmente tormentoso con Stalin, se marchó a su casa y se pegó un tiro.

Su muerte fue un golpe para los numerosos amigos que tenía en el equipo, entre ellos el propio Stalin, que sin duda la reconstruyó como otra

traición. Ordzhonikidze recibió el funeral de estado que correspondía a su posición; su muerte no se anunció como un suicidio y, según Jrushchov, se tardó varios años en descubrir la verdad. Pero para los que sabían leer entre líneas, había indicios suficientes de que, cuando murió, Ordzhonikidze tenía problemas. El segundo gran juicio de Moscú, que empezó unos pocos días más tarde, fue uno de tales problemas: Piatakov ocupaba una posición destacada entre los acusados que fueron condenados a muerte. En la reunión del Comité Central de febrero, Stalin hizo una alusión pasajera a la debilidad de Sergó, que trababa amistad con subordinados que no merecían su confianza; en esa misma ocasión, el informe de Mólotov describió, como pieza central, la revelación de redes conspirativas en el seno del imperio industrial de Ordzhonikidze. Este pleno, que dio pie a una oleada de acusaciones, denuncias y detenciones por todo el país, contra funcionarios del gobierno y secretarios del partido, se suele considerar el inicio de las Grandes Purgas.[6]

Aún no había llegado lo peor. A finales de mayo, se detuvo a un grupo de oficiales del ejército, incluidos los mariscales Mijaíl Tujachevski, Yona Yakir y Yeronim Uborévich. Se los acusó de conjurarse en colaboración con los trotskistas, la Derecha y el servicio de espionaje alemán. Se los torturó hasta que confesaron; Yezhov supervisó en persona el interrogatorio y fueron ejecutados pocos días después. *Pravda*, que lo anunció el 12 de junio, los tildó de «Judas» comprados por el fascismo.

Fue otro factor de conmoción en el equipo, muchos de cuyos miembros tenían amistad con los jefes militares. Kaganóvich y Jrushchov eran amigos de Yakir; los dos interpretaron que su detención también suponía una amenaza para sí mismos. Mikoyán era amigo de Uborévich, y en junio de 1937, en el Politburó, se pronunció en contra de su arresto (según afirmó años más tarde). También era amigo de Yan Gamárnik, otro militar, que si escapó al destino de los demás fue porque se suicidó antes (posiblemente, después de recibir un aviso de Mikoyán). Voroshílov había servido con todos los acusados y, por lo general, se llevaba bien con ellos (salvo con Tujachevski, rival de profesión); tuvo que admitir que «no solo no detecté a

estos viles traidores, sino que, incluso cuando se empezó a desenmascarar a algunos de ellos ..., no me lo quería creer». Para colmo de males, para atraparlos se le había utilizado a él: Yakir había acudido a Moscú en respuesta a una convocatoria de Voroshílov, y la NKVD había aprovechado la ocasión para arrestarlo en el tren.

El espionaje alemán había filtrado información falsa a los soviéticos, según la cual Tujachevski planeaba un golpe de Estado. Sin embargo, la idea no figuró ni en el juicio ni en la reunión anterior de principios de junio de 1937, cuando Stalin —en un discurso poco típico de él, por lo inconexo y descontrolado— lanzó acusaciones infundadas contra Tujachevski, Yakir y los demás; en palabras de un historiador, Stalin «se limitó a expresar su deseo de librarse de ellos». El mensaje, que debió provocar escalofríos en cuantos lo oyeron, no era tan solo que había que protegerse de los antiguos miembros de la Oposición: cualquiera podía resultar un enemigo. Para el equipo fue especialmente inquietante que la red hubiera atrapado a uno de sus propios componentes: Rudzutak, detenido el 24 de mayo. Según Stalin, se negaba a admitir su culpa, pero se había probado que pasaba información a una hermosa espía alemana (que, al parecer, también había seducido a Yenukidze) en Berlín. Otro de los miembros del equipo, Andréyev, recibió con angustia que se lo mencionara como un «trotskista activo en 1921», aunque el contexto no era tan grave: Stalin afirmaba que no todos los antiguos trotskistas eran enemigos.

Mólotov reconoció, mucho más tarde, que Tujachevski y los demás no fueron tales espías; «pero —añadió— tenían lazos con gente de la inteligencia y, lo que era aún más importante: en un momento decisivo, no habrías podido confiar en ellos». Quizá en la fecha de los sucesos también pensaba así, dada su proximidad a Stalin y el centro de los acontecimientos. Jrushchov, con un acceso menos privilegiado a la información, afirmó que, pese a la amistad con Yakir, dio crédito a las acusaciones. De hecho, en sus memorias se apartó de lo esperado y negó que, en aquellos años, sintiera simpatía por Yakir y los demás: «estaba enfadado, indignado con ellos, porque estábamos seguros de que Stalin no se podía equivocar».[7]

Los líderes de la Derecha, por descontado, también estaban en la línea de fuego. Tras anunciarse que se le iba a investigar en el juicio de Zinóviev y Kámenev, en agosto de 1936, Tomski se suicidó, no sin dejar una nota para Stalin, en la que hacía protestas de inocencia. En el movimiento revolucionario ruso había tradición de tratar los suicidios con respeto, en principio, e incluso como un acto heroico; pero Stalin y Mólotov no cumplieron con la tradición. El suicidio de Tomski se denunció como un acto cobarde y antisoviético; Mólotov llegó a sugerir que formaba parte de una trama, de Tomski y otros, pensada para desacreditar al régimen con su propia muerte. En cuanto a Bujarin, habría tenido un final más digno si hubiera seguido el ejemplo de Tomski, pero permitió que Stalin jugara con él durante años. Mientras, él iba escribiendo cartas viles a «Koba», usando aún el apelativo familiar y haciendo protestas de devoción; incluso le envió un poema que había escrito en su honor («con la mirada de un águila, calmada y fría / el Capitán otea desde lo alto») y, sobre la muerte de Zinóviev y Kámenev, comentó que «ha sido estupendo que se fusilara a esas sabandijas; en un segundo, el aire quedó más limpio». A principios de 1936 se lo envió al extranjero, a negociar la adquisición del archivo de Marx y Engels en Francia, con el mediador menchevique Borís Nicolayevski, y contra todo precedente se lo animó a acompañarse de Anna Larina, su joven esposa, que estaba embarazada. Con su habitual falta de sentido común, rechazó la invitación implícita a desertar, sermoneó a Nicolayevski con una visión exhaustiva y muy crítica de la gran política soviética, le dijo a otro *émigré* menchevique que Stalin era «no un hombre, [sino] un diablo», y lo remató informando al escritor André Malraux, de la izquierda francesa, de que Stalin «me va a matar». Es de suponer que tales comentarios no tardaron en llegar a oídos de Stalin.

Con un blanco tan jugoso como Bujarin, Stalin dio rienda suelta a sus instintos sádicos, y el equipo se sumó como una panda de escolares a una paliza colectiva. Por la parte de Bujarin, el acoso público se combinó con lágrimas, gritos, desmayos histéricos y fases de depresión total. En cierto momento, Bujarin se encerró en una pequeña habitación de su apartamento

del Kremlin, que había sido de Stalin, se declaró en huelga de hambre («Nadia murió aquí. Aquí moriré yo también») y se negó a asistir al pleno del partido de febrero-marzo, para responder a las acusaciones formuladas en su contra; pero luego cambió de opinión y ofreció a Stalin y Mólotov la posibilidad de entretener a los delegados con una charla chistosa, al estilo de una pareja de cómicos:

STALIN: ¿Cuántos días ha ayunado [Bujarin]?
MÓLOTOV: Dice que el primer día ayunó 40 días con 40 noches, el segundo día, 40 días con 40 noches y, desde entonces, cada día, 40 días con 40 noches.
STALIN: ¿Y por qué empezó la huelga de hambre a medianoche?
MÓLOTOV: Creo que es porque la gente no acostumbra a comer de noche: los médicos no lo recomiendan.

Bujarin envió una carta desesperada a su amigo de muchos años, Voroshílov, preguntándole: «¿Te crees todo esto? ¿De verdad?», y acabando con un: «Te doy un abrazo porque soy puro». Pero Voroshílov la rechazó secamente —Bujarin se lamentó por «tu carta terrible»— y además reenvió a Stalin la misiva original y su propia réplica; la referencia a la pureza circuló entre mofas. Bujarin llegó a escribir a Jrushchov, al que apenas conocía, pidiéndole explicaciones con patetismo sobre por qué «me ha llamado "enemigo de clase"» en un banquete para los constructores del Metro moscovita. A Mólotov, que no era precisamente la clase de hombre que cabía imaginar que reaccionara a un llamamiento emotivo, le escribió (sorprendentemente, tuteándolo) para explicarle sus tormentos, rodeado de sospechas «moralmente insoportables» y «asustado por cada mirada de reojo, cada gesto inamistoso». En una posdata angustiada, imploró: «¿No habría forma de disipar esta pesadilla? ¿No me podríais decir qué dudas tenéis, para que pudiera darles respuesta con calma?». A Mólotov, Bujarin le caía bien, pero por descontado, la respuesta fue *no*; para ser más precisos, el silencio.

Bujarin fue detenido el 27 de febrero de 1937, pero ni siquiera eso puso fin a la agonía de la espera. En el Comité Central había cierta incomodidad con la sentencia de muerte que recomendaba Yezhov. Bujarin, aferrándose

siempre a la esperanza, siguió escribiendo a Stalin desde la prisión. El 10 de diciembre de 1937 le sugirió que lo enviaran a América para hacer propaganda de los grandes juicios ejemplares y el que había condenado a Trotski. «Mi conciencia interior se muestra pura delante de ti, Koba», concluyó. Como era de esperar, Stalin hizo caso omiso de la carta. Bujarin, con Yagoda y otros, fueron exhibidos como acusados en el último de los Juicios de Moscú, celebrado en marzo de 1938.[8]

Ha habido muchas conjeturas al respecto de por qué Bujarin, o cualquiera de los otros acusados en los juicios amañados, confesó. Una de las respuestas, a todas luces, es la tortura, además de las amenazas a la familia (hubo más confesiones entre los que, como Bujarin o Kámenev, tenían hijos pequeños o adolescentes). Pero también era un modo de ganar un día ante el tribunal con medios de comunicación mundiales que informaban de cada palabra. Yagoda usó su declaración final para señalar el absurdo de que se le acusara de espiar («Si yo hubiera sido un espía, docenas de países podrían haber cerrado sus servicios de inteligencia»). Bujarin intentó un movimiento similar. Por decir así, actuó como un «contraguionista» opuesto a Sheinin: su plan era, a todas luces, exagerar hasta el punto del absurdo, cargando la voz y las palabras de sarcasmo, confesando ser miembro de conspiraciones monstruosas, pero luego socavando la credibilidad de la confesión al concluir que el grupo de conjurados al que pertenecía, en realidad, no existía. Según Mólotov, la exageración desenfrenada e increíble (que por lo general se atribuye a la NKVD) era una estratagema típica de quienes, habiendo pertenecido a la Oposición, fueron acusados en los Juicios de Moscú. Sea como fuere, no parece haber funcionado muy bien, pues la opinión pública parece habérselo creído todo; aunque, en el caso de la opinión pública extranjera, no sin cierta confusión.

En cuanto a Bujarin y su intento de desacreditar su propia declaración, Stalin lo frustró sin gran dificultad, al menos en las actas públicas, eliminando sin más los calificativos cruciales («Estuve con Trotski en un bloque inexistente» pasaba a ser «Estuve con Trotski en un bloque»), lo que

dejaba una confesión relativamente clara y directa. Los presentes en la sala —al menos, los extranjeros que hablaban un ruso imperfecto— no parecen haber captado el punto subversivo de Bujarin; lo tomaron como una confesión real, aunque preguntándose por qué la hacía. La respuesta, para muchos, estaba en la fe revolucionaria, casi mística, expresada por Bujarin hacia el final de su último discurso, que luego inmortalizó Arthur Koestler con una paráfrasis en *Oscuridad a mediodía.* En la versión original, Bujarin dijo: «mientras estaba en prisión, evalué de nuevo todo mi pasado. Porque cuando te preguntas: "Si tienes que morir, ¿por qué causa vas a morir?", emerge de pronto ante ti, con una plasticidad asombrosa, un vacío negro y absoluto. No había nada por lo que morir, si uno quería morir sin arrepentirse».

«¡Fusilad a esos perros locos!», gritó Andréi Vyshinski, el fiscal del Estado en los Juicios de Moscú. Casi todos los acusados fueron fusilados, y muchos de sus colegas, amigos y familiares fueron apresados y enviados al Gulag por ser «enemigos del pueblo». Según Mólotov le explicó a Chuev años más tarde, estaba claro que había que aislar a esas familias; de otro modo, al sentirse agraviadas, habrían provocado problemas. A las esposas de las víctimas comunistas más destacadas, incluidos los acusados de los Juicios de Moscú, se las solía detener y enviar a un campamento especial para Esposas de los Enemigos del Pueblo, en Kazajistán; el monumento actual, a las afueras de Astaná, enumera muchos nombres ilustres, incluido el de la viuda más joven de Bujarin, Anna Larina. A las ex mujeres también se las arrestaba, aunque alguna tuvo más suerte: la primera mujer de Bujarin, que le fue leal, fue detenida, pero la segunda, Esfir, quedó en libertad, al igual que la hija adolescente de Esfir y Bujarin, Svetlana, que había sido compañera de Svetlana Stálina. A los hijos varones adultos se los tendía a fusilar; a los adolescentes y las hijas les aguardaba el Gulag o el exilio. Los niños más pequeños (como Yuri, párvulo de Anna Larina), si ningún pariente o sirviente devoto solicitaba quedárselos, acabaron en orfanatos con otro nombre.[9]

Durante este tiempo, el supuesto cerebro de todo, León Trotski, sobrevivía en el exilio mexicano, leyendo las acusaciones que le afectaban y señalando febrilmente todas las incoherencias e inexactitudes de los guiones, con la esperanza de desacreditar los juicios amañados y limpiar su nombre frente a la opinión pública internacional. Había agentes soviéticos en pos de todos sus movimientos y los de su hijo, Lev Sedov; pincharon sus teléfonos, leyeron su correspondencia y enviaron la transcripción a Stalin de forma regular. Perseguido por el espionaje soviético dondequiera que iba, al final Trotski fue asesinado por un agente soviético en 1940. Su esposa Natalia, y su joven nieto Seva, que le acompañaban en México, sobrevivieron; pero el resto de las personas relacionadas con él fueron aniquiladas sin apenas excepción, dentro y fuera de la Unión Soviética, incluida su primera esposa, Aleksandra, y su hijo Serguéi, un ingeniero ajeno a la política.

Aunque Stalin moviera los hilos de las Grandes Purgas, la responsabilidad debe recaer sobre todo el equipo, que respaldaba sus iniciativas y, en ocasiones, añadía otras propias. Todos los miembros del Politburó disponibles firmaban junto con Stalin las listas de enemigos desenmascarados para los que la NKVD recomendaba la pena de muerte. Los que firmaron tales documentos con más frecuencia, por detrás de Stalin, fueron Mólotov, Kaganóvich, Voroshílov y Zhdánov; pero esto solo es reflejo de con qué frecuencia se veían con Stalin en estos años. Mikoyán fue algo menos habitual en las dos cuentas. Esta firma colectiva se ha interpretado como una forma de chantaje, con la que se aseguraba que las culpas recaerían sobre todo el equipo, y no solamente sobre Stalin; pero también era un procedimiento corriente. Stalin casi siempre implicaba al equipo en todo cuanto emprendía. Esto no significaba lo mismo, claro, que dejarles decidir en los temas principales. A veces, Stalin les refregaba la complicidad en las narices. Cuando el Politburó recibió la apelación de Yakir contra su pena de muerte, Stalin la rechazó escribiendo, según se ha dicho, «sinvergüenza y prostituta» junto a su firma; Kaganóvich se sintió obligado a mejorarlo y añadió, en referencia a su viejo amigo: «Para el

traidor, escoria y [término obsceno difamatorio], un castigo: la pena de muerte».[10]

Durante las purgas, Stalin se quedó siempre en Moscú; en 1937 (ni en ningún año posterior, hasta después de la guerra) ni siquiera emprendió su habitual viaje de vacaciones al sur. En este período, Mólotov tampoco abandonó Moscú, por lo general. En cambio, el resto del equipo volvió a la carretera, en su mayoría, para asistir a reuniones del partido en las provincias, cuyo resultado solía ser la detención del primer secretario local y personas próximas a él. De un modo más bien inesperado, el reticente Andréi Andréyev, que no acostumbraba a participar en el círculo más interior del equipo, trabajó como un mulo durante este tiempo: en el transcurso del año se desplazó a Vorónezh, Cheliábinsk, Sverdlovsk, Kursk, Sarátov, Kúibyshev (antes, Samara), Rostov, Krasnodar, Uzbekistán, Tayikistán y la República Alemana del Volga. Estuvo tanto tiempo fuera, que no solía estar en la capital, en disposición de firmar penas de muerte; pero «allí donde iba —según dijo Jrushchov años más tarde—, moría gente». Se han conservado los informes de Andréyev para Stalin, del todo inexpresivos; cuando había acabado una purga, a veces echaba un vistazo a cómo funcionaban las industrias locales o (como reflejo de los primeros años treinta) verificaba si la campaña de la siembra iba bien. Muchos de los viajes se realizaron en tren, en los vagones especiales que usaban el equipo y los jefes militares; y en el trayecto, Andréyev, que era un melómano, se complacía escuchando a Beethoven.

Kaganóvich fue a Cheliábinsk, Yaroslavl, Ivánovo, la cuenca del Donets y Smolensko, para purgar los comités del partido locales. Siempre fue un bravucón, y cumplía el encargo con más garbo y efectos teatrales más temibles que los empleados por Andréyev, entre gritos y bravatas. Según un testigo de la NKVD, el 7 de agosto de 1937 llegó a la estación de Ivánovo acompañado por una guardia armada de 35 hombres, sembró el terror en el ánimo de los jefes del partido del lugar (al negarse, por razones de seguridad, a acudir a la dacha que le habían preparado), organizó que esos mismos jefes fueran denunciados por sus propios compañeros, dirigió las

detenciones en persona e instó a los interrogadores a obtener confesiones rápidas, mientras conversaba por teléfono con Stalin, en Moscú, varias veces al día. Zhdánov hizo lo propio en Kazán, Oremburgo y Ufa: su estilo era menos hostigador y de aspiraciones más nobles que el de Kaganóvich —al purgar a los viejos líderes corruptos, según dijo en una reunión del partido local, «se ha disipado una opresión moral»—, pero sin dejar de cumplir con el trabajo. Malenkov fue a Bielorrusia, Armenia, Yaroslavl, Tula, Sarátov, Omsk, Tambov y Kazán. Veinte años más tarde, en tiempos de Jrushchov, cuando cayó en desgracia, los compañeros le reprocharon las muertes de los secretarios del partido arrestados en las ciudades de provincias que acababa de abandonar; pero su hijo contó otra versión de los viajes y afirmó que Malenkov solo reunía datos para un informe sobre los excesos cometidos en las purgas locales, que en efecto presentó ante el Comité Central en enero de 1938. Es probable que haya verdad en las dos perspectivas. A Mikoyán, según parece, solo lo enviaron fuera de Moscú en una ocasión —a Armenia, en septiembre de 1937, en compañía de Beria y Malenkov— y a juicio de Stalin su rendimiento fue pobre. Incómodo por la presencia de tantos amigos y clientes, en el pleno del partido se mantuvo en un segundo plano, tanto como pudo, y dejó que hablara Malenkov.[11]

Todos se implicaron en la purga de las instituciones que dirigían, pues de otro modo se los habría acusado de proteger a los subordinados, mensaje que se transmitió con claridad en el rechazo póstumo a Ordzhonikidze. Kaganóvich, que tuvo que purgar los ferrocarriles, sin duda hablaba por todo el equipo cuando, ya anciano, protestó contra los historiadores que rebuscaban en los archivos, sacaban «docenas de cartas en las que Kaganóvich asentía a una detención o la proponía» y las exhibían como prueba de culpabilidad. Por descontado hubo cartas de esa índole, dijo Kaganóvich; era una de las convenciones del proceso: cuando había detenciones en el dominio propio, había que firmarlas («¿Acaso se podía hacer otra cosa?»). Voroshílov tuvo que supervisar la purga del ejército, aunque no le complacía. Zhdánov, Jrushchov y Beria (los dos últimos aún no eran miembros del Politburó) hicieron lo mismo en las regiones que

presidían (Leningrado, Moscú y luego Ucrania, y el Transcáucaso, respectivamente), aunque lo hicieron bajo la dirección de la NKVD local y sin especial entusiasmo, dado que se purgaba a «su» gente.

Un poco antes, en los primeros años treinta, durante la colectivización, el equipo también había recorrido las provincias para dirigir las detenciones, pero en esta ocasión se fue mucho más allá de una simple repetición. Ahora los arrestados no eran campesinos anónimos y funcionarios locales de baja categoría. Eran figuras destacadas, a las que en muchos casos el equipo conocía en persona, así como subordinados de confianza con los que, en circunstancias normales, habrían establecido una relación de patrocinio. No solo ocurría así en las provincias y las demás repúblicas, sino también en Moscú, donde la NKVD emprendió una purga a gran escala de todo el gobierno y el aparato del partido. La tasa de bajas en el segundo nivel de la jerarquía política, justo por debajo del equipo, era extraordinaria. Al respecto se ha citado muchas veces una cifra: dos tercios de los miembros del Comité Central elegido en 1934 —que constaba en su mayoría de notables del gobierno, el partido, el ejército y los comités regionales— fallecieron en las Grandes Purgas; si miramos el libro de visitas del despacho de Stalin a mediados de la década, es prácticamente un *¿Quién es quién?* de futuras víctimas de las purgas, que en ese momento encabezaban sectores cruciales de la economía, bajo la supervisión general de los miembros del equipo (o del Politburó). De los veinticino ministros del gobierno que presidió Mólotov, veinte sucumbieron a las purgas; solo sobrevivieron cuatro que eran miembros del equipo (Mólotov, Mikoyán, Voroshílov y Kaganóvich), más el ministro de Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov.[12]

Mólotov, tanto en esta época como *a posteriori*, dio la impresión de haberse comprometido estoicamente con las purgas, sin el componente de euforia que parece percibirse en Stalin. «1937 fue [un año] necesario», le dijo cansinamente a Félix Chuev, ya en la década de 1980. Desde luego, decía, el equipo de Stalin había vencido en las batallas que libró en los años veinte y primeros años treinta, pero esto les había dejado con muchos

«enemigos de diversa índole» que «ante la amenaza de la agresión fascista se podían haber unido». Descartó la inquietud de Chuev por las víctimas individuales, que consideró objeciones «filisteas», repitiendo con terqueza: «fue necesario». En el atinado resumen de Chuev, «Mólotov entendía que la represión no era un acto de arbitrariedad de los líderes, sino la continuación de la revolución en una situación internacional complicada». Kaganóvich, que más que aprecio sentía devoción por Stalin —se veía a sí mismo como el «pupilo» de un hombre que le había «formado como político»—, nunca admitió ningún pesar real por las Grandes Purgas.

Jrushchov, que con el tiempo reveló muchos de los horrores de los años de las purgas, afirmó en sus memorias que, en ese tiempo, él no era más que un ejecutor leal, aunque sí, convencido: «Lo veía todo a través de los ojos del Comité Central; esto es, de los ojos de Stalin. También hablaba con su boca y repetía lo que le había oído decir». Andréyev, según su hija, «creía que nuestro Estado estaba siendo destruido por saboteadores y quintacolumnistas, por lo que había que eliminarlos»; su esposa Dora también estaba «plenamente convencida» de ello. Por otro lado, Andréyev también dijo que sus padres no hablaban de las detenciones delante de los hijos, prevención que adoptaron igualmente los Mikoyán y, probablemente, todo el resto del equipo; así pues, la cuestión de qué comentaban en privado con sus esposas no se ha podido resolver. Sobre Chubar —una de las víctimas del Politburó— se ha dicho que sus amigos sabían que estaba «profundamente indignado por los casos de la represión ilegal y se negaba a dar crédito a la idea de que sus mejores amigos podían resultar espías y traidores». Pero no está claro si en realidad esto lo diferencia de supervivientes del equipo como Mikoyán y Kalinin, o más bien se distinguió por ser menos prudente.[13]

Parte del mecanismo del Terror, para el país en su conjunto, fue forzar mediante tortura las confesiones de los arrestados y publicarlas como prueba de su culpabilidad. Un refinamiento de esta técnica, en lo que atañe al equipo, era invitar a sus miembros a careos con sus antiguos colegas, ahora detenidos, para que participaran en el interrogatorio, ya fuera en el

Politburó o en la Lubianka. Ordzhonikidze —en compañía de Bujarin, que en parte ya había caído en desgracia y se hallaba en una posición de lo más precaria— tuvo que vérselas con un Piatakov visiblemente castigado en enero de 1937; le preguntó con insistencia si había confesado bajo coacción, y Piatakov lo negó rotundamente. En otro careo, al que asistieron Stalin y la mayor parte del Politburó, además de Bujarin, este último intentó que Rádek admitiera que la declaración que lo incriminaba no era verdad, pero la réplica de Rádek, muy seca, tuvo que desconcertar a quienes la oyeron tanto como desconcierta a quienes la leen hoy: «Nadie me ha obligado a decir lo que he dicho. Nadie me ha amenazado antes de declarar. No me han dicho que me fusilarían si me negaba. Además, ya soy mayor para creerme nada que se me prometa en prisión». Mólotov tuvo que carearse con uno de sus segundos, Nikolái Antípov, que había acusado a otros que trabajaban a sus órdenes. «Me dio la impresión de que se podía estar inventando la historia ...», recordaba Mólotov, con esa elipsis que parece dar a entender «pero ¿qué se podía hacer?». Estos encuentros tuvieron que ser atroces, más aún cuando ni siquiera podías tener la certeza de que el detenido no se volviera en tu contra y dijera vete a saber qué.

Los detenidos no siempre se comportaban como Rádek y Piatakov. Rudzutak se negó a declararse culpable delante de Mólotov, Mikoyán y otros miembros del equipo, a los que les dijo que había sido torturado. Como era un segundo de Mólotov, el arresto suponía una señal de peligro para este, aunque luego afirmara que entre ellos no había ninguna familiaridad. Mólotov lo consideraba prescindible porque no era denodado, le interesaba más la buena vida y pasaba mucho tiempo con artistas y actores: «Había dejado de implicarse en la lucha, como revolucionario». En la fábrica de rumores de Moscú se era de la misma opinión y se difundió la historia de que se lo había detenido «en una cena con actores; se decía que en la Lubianka, algunas semanas más tarde, las damas todavía llevaban los harapos de los trajes de baile». Pero Rudzutak aún fue lo bastante duro para denunciar ante sus compañeros la tortura (la noticia no parece que les hiciera ningún efecto perceptible) y, a pesar de los malos tratos, para

negarse a admitir su culpabilidad. Al rememorar la situación, al menos, Mólotov no pensaba que Rudzutak fuera culpable, literalmente, de lo que se le acusaba; simplemente se había vuelto un tanto «liberal», como las gentes de la Derecha. De hecho, Mólotov dijo que en el careo general con los miembros del equipo, él dio bastante crédito a las protestas de inocencia de Rudzutak, pero se mantuvo callado por cautela (es de suponer que había visto que Stalin no quería salvar a Rudzutak del apuro).

Rudzutak fue el primero del total de cinco miembros o «candidatos» del Politburó que fueron arrestados. Como los demás del grupo —Robert Eije, Kosior, Chubar y Pável Póstyshev—, a mediados de la década de 1930 era un componente relativamente marginal en el equipo (salvo Kosior, el resto no llegaron a ser miembros de pleno derecho del Politburó). El grupo tenía en común una salud deficiente. No hacía mucho que Rudzutak y Chubar habían sido enviados al extranjero para recibir un tratamiento médico oneroso, recurso habitual de la élite política en general, pero no así de los miembros del Politburó. Este viaje, se decía, fue el que expuso a Rudzutak a las artimañas de la hermosa espía. Robert Eije, aunque aún era relativamente joven (había nacido en 1890), también había tenido graves problemas de salud. Era letón, al igual que Rudzutak; en realidad apenas cabe considerarlo un miembro del equipo, porque, además de que su período en el Politburó fue muy breve, durante la mayor parte del tiempo estuvo lejos de Moscú. Había sido el jefe del partido en Siberia durante mucho tiempo; en 1935 se lo cooptó como «candidato» del Politburó, pero apenas visitaba el despacho de Stalin y casi nunca asistía a las reuniones del Politburó hasta que se trasladó a Moscú en octubre de 1937, tras ser nombrado ministro de Agricultura (un traslado que, probablemente, ya era signo de que su estrella declinaba). Fue detenido en abril de 1938 y, pese a las cartas que envió a Stalin desde la cárcel, en las que se declaraba inocente, fue fusilado el 4 de febrero de 1940.[14]

Las otras tres víctimas del Politburó procedían, todas ellas, de la organización del partido en Ucrania. El exterminio de la jerarquía ucraniana vino a ser completo: en 1938 se arrestó al primer y al segundo secretarios

del partido, así como al jefe del gobierno de la república; el presidente ucraniano, Grigori Petrovski —un «viejo bolchevique» que en 1912 había sido diputado de este partido en la Duma—, fue expulsado del cargo y Stalin le dijo que tenía suerte de quedar con vida.

Stanislav Kosior era el mayor de cuatro hermanos revolucionarios, ucranianos nacidos en Polonia. Tres de ellos eran bolcheviques, aunque uno, Vladislav, se había sumado a la Oposición de Izquierdas en la década de 1920 y fue castigado con el exilio; Stanislav, al parecer, había enojado a Stalin al interceder por la esposa de Vladislav en 1936. El otro hermano, Kazimir, aún gozaba de menos crédito, porque en 1916 se había unido brevemente al partido equivocado: el Partido Socialista Polaco. Aunque luego se había pasado al bando soviético, la antigua transgresión fue suficiente para que, en abril de 1938, lo detuvieran por ser un espía polaco. En esta ocasión Kosior no intentó defender a su hermano: escribió a Stalin una carta servil en la que lo repudiaba («nunca estuvo cerca de mí»), de la que Stalin hizo caso omiso. El propio Stanislav había dejado de gozar del aprecio de Stalin desde los primeros años de la década de 1930, cuando a juicio de este no se mostró suficientemente duro en el tema de la hambruna. Aun así, según una fuente, la relación todavía era lo bastante buena como para que, de camino a sus habituales vacaciones en el sur, pasara por casa de Stalin y se lo despidiera con cordialidad («Descansa bien, aprovecha todo tu tiempo de vacaciones»)... antes de que lo detuvieran en el tren. Kaganóvich, como viejo amigo, afirmó que había protestado por la detención de Kosior, pero Stalin no quiso ceder. Según la posterior versión de Petrovski, Kosior asistió a un careo con Stalin, Mólotov, Kaganóvich, Voroshílov y el propio Petrovski. Desmoralizado, o quizá cansado de los juegos de Stalin, no modificó la confesión —«¿Qué puedo decir? Sabéis que soy un espía polaco»— ni siquiera cuando Petrovski dijo que no se lo creía.

A Chubar lo trasladaron a Moscú en 1934, para que trabajara a las órdenes de Mólotov. Tras este regreso a Moscú, asistió habitualmente a las reuniones del Politburó y acudió al despacho de Stalin un par de veces al

mes. Junto con Mólotov, estuvo entre los llamados a un careo con el detenido Nikolái Antípov, otro de los ayudantes de Mólotov (y además, vecino de dacha tanto de Chubar como de Mólotov). En el careo, Antípov lanzó acusaciones de traición contra Chubar, su antiguo amigo, que respondió tildándolo de «provocador» y exclamó indignado: «¡Pero qué serpiente había acogido en mi pecho!». Poco después, Mólotov acudió a otro careo con un prisionero; en esta ocasión, Chubar. Años más tarde se le preguntó si había dado crédito a la culpa de Chubar, y Mólotov no se definió con claridad: quizá Antípov se lo inventaba, pero tampoco estaba seguro de que Chubar estuviera diciendo toda la verdad. En cualquier caso, «Stalin no podía fiarse de Chubar, ni ninguno de nosotros», dijo, probablemente haciendo referencia a los conflictos vividos durante la colectivización.

Era característico del *modus operandi* de Stalin desplazar a un nuevo trabajo a las figuras destacadas antes de detenerlas, cabe suponer que con el fin de situarlas entre extraños, en un contexto desconocido. El nuevo puesto de Chubar suponía una degradación radical: dirigir la construcción de un complejo industrial de producción de celulosa en los Urales. Desde allí llamó a Stalin llorando y defendiendo su inocencia. A Jrushchov, que por casualidad estaba en el despacho de Stalin a esa hora y era amigo de Chubar, le reconfortó oír a Stalin expresarse con calidez y simpatía: Chubar se librará, pensó Jrushchov. Pero fue detenido al día siguiente.[15]

A Stalin le gustaba el juego del ratón y el gato. Su partida más elaborada fue contra Pável Póstyshev, antiguo favorito que unos años antes había sido su emisario personal en Ucrania. Al principio, el trabajo de Póstyshev consistía en reventar cabezas en Ucrania desde una posición exterior, pero al parecer no tardó mucho en adaptarse un tanto y establecer vínculos con la élite cultural y política y la vida cultural de la república; allí se lo recordaba por haber introducido en Kiev las heladerías y los conciertos de verano gratuitos, al aire libre. No está claro por qué Stalin se volvió en contra de Póstyshev; quizá la animosidad se dirigía en parte contra la esposa de este, Tatiana, que pertenecía a una categoría de «amigas de Nadia» a las que les

fue mal a finales de la década de 1930 (en esa categoría se incluían también, por ejemplo, las esposas de Mólotov y Andréyev). Tatiana se había convertido en una figura notable de la escena cultural ucraniana (usando su propio apellido, Postolovskaya), y, como les sucedía a todas las figuras poderosas y visibles, en particular si eran mujeres casadas con hombres aún más poderosos, era vulnerable a la denuncia. Una de estas denuncias llegó a la atención de Stalin a través de Kaganóvich, y Stalin la valoró en público como ejemplo del saludable impacto de la gente corriente, que ayudaba a mantener en la buena senda a los altos funcionarios. El propio Póstyshev fue criticado por no vigilar debidamente a los enemigos en Ucrania y se lo trasladó a un nuevo puesto en Kúibyshev, donde viró en redondo y aprobó detenciones indiscriminadas. Pero no le sirvió de nada. A principios de enero, Malenkov acudió a Kúibyshev en el marco de una visita de inspección y descubrió que Póstyshev se había excedido al desmantelar treinta comités de distrito enteros, tras detener a sus jefes como «enemigos del pueblo». En enero de 1938, poco después de que Stalin y Kaganóvich le asegurasen que estaba a punto de recuperar el favor y ser destinado de nuevo a Moscú, de pronto el equipo al completo lo puso en la picota, entre burlas y mofas, con las mismas técnicas del acoso escolar que se habían usado antes contra Bujarin. Era, claro está, el preludio a su detención y (tras pasar un año encarcelado) ejecución. Fue fusilado, como Chubar y Kosior, el 26 de febrero de 1939.

La reunión del Comité Central de enero de 1938, en la que se ridiculizó a Póstyshev, fue un asunto ambiguo, porque también se expuso un informe de Malenkov —sucesor de Yezhov como jefe de personal en el Comité Central; en este caso cabe pensar que actuaba a instancias de Stalin— que parecía presagiar el cese del Terror. La noticia de Malenkov criticaba los excesos en las purgas locales, pero como citaba a Póstyshev como ejemplo y se sumó al hostigamiento, el mensaje quedó bastante confuso. Otros miembros del equipo se sumaron a la crítica de los excesos: Mólotov advirtió en contra de las acusaciones indiscriminadas de «sabotaje» cada vez que algo salía mal y Zhdánov criticó las denuncias infundadas. Kalinin,

con problemas de salud —aunque todavía ocupaba oficialmente la jefatura del Estado—, solía acudir poco a las reuniones, pero a esta asistió, quizá para aportar cuanto pudiera al tema de las detenciones: era importante tener pruebas de culpabilidad, asociadas a acciones concretas, dijo, y no solo suponer la culpa por asociación o porque al «mirar a alguien a los ojos» uno veía a un enemigo. Pero si el informe de Malenkov fue una señal de freno, el cambio quedó abortado; desde luego, encaja mal con el hecho de que el tercer gran juicio amañado de Moscú, que sentó en el banquillo a Bujarin y Yagoda, se iba a iniciar en marzo. Todavía se iban a producir muchas detenciones, incluidas, poco después del pleno, la de Póstyshev, a las que siguieron las de Kosior y Chubar.[16]

Había carpetas sobre todo el mundo, incluidos los miembros del equipo; todos estaban bajo sospecha. «También recogen pruebas contra mí», le dijo Stalin a Jrushchov, encogiéndose de hombros, y en efecto en la caja fuerte de Yezhov, después de su detención, se halló un dosier sobre Stalin. Era simple rutina, en buena medida: llegaban denuncias formuladas por particulares o colegas y quedaban archivadas, no necesariamente para su uso. Ya era otra cuestión distinta cuando los interrogatorios de los detenidos se sesgaban para generar información, veraz o inventada, sobre alguien. Yekaterina Lorberg, la esposa de Kalinin (aunque ya no vivían en pareja), fue detenida en otoño de 1938, acusada de organizar un salón antisoviético en su apartamento. El interrogatorio, realizado por Beria, evidencia que en realidad se buscaba información que perjudicara a Kalinin. Lorberg fue condenada a quince años de Gulag.

La detención de Lorberg destacó por ser la primera detención y castigo al exilio de la esposa de un hombre que, al menos formalmente, seguía en el equipo. Pero no fue la última. «Lo cierto es que Kalinin estaba con otra mujer, no con su esposa, eso era bien sabido», le dijo Mólotov a Chuev, como si eso, de algún modo, explicara el arresto. En realidad se podía vivir con la esposa, y amarla, y aun así podía ser que a ella se la detuviera, como descubrió el propio Mólotov pocos años después. Kalinin, que sabía que era inútil apelar en defensa de la familia, se lo tomó con calma: pasaron seis

años hasta que —ya a la vista de la victoria final en la guerra, y en vísperas de una operación a la que no tenía claro que fuera a sobrevivir— escribió a Stalin una carta breve en la que, sin argumentos ni mayor elaboración, solicitaba la amnistía de su esposa.

En el equipo, nadie podía considerarse a salvo. Para todos ellos había, de forma periódica, algún recordatorio de que no gozaban de inmunidad en la persecución de los enemigos. Mólotov vivió el sobresalto de desaparecer de la lista de objetivos a los que, según el juicio de Zinóviev y Kámenev, se había querido asesinar. Malenkov se convirtió en blanco en mayo de 1937, durante la purga de la organización del partido en Moscú, cuando se lo acusó de haber mantenido contactos con los Blancos durante la guerra civil, en Oremburgo. Además sabía que Stalin disponía de cierta misteriosa información comprometedora sobre él, «relativa a la moralidad personal», a la que podría recurrir si le apetecía. Al parecer, Beria estuvo cerca de ser arrestado por Yezhov en julio de 1938, pero recibió una advertencia a tiempo y voló a Moscú para defenderse con éxito ante Stalin; a los pocos meses, pasó a ocupar el cargo de Yezhov. Stalin recordó en público a Andréyev que antaño había apoyado a Trotski. En una conversación informal, según dijo Jrushchov, Stalin hizo una referencia pasajera (pero con una amenaza implícita) a material comprometedor sobre él, incluida la posibilidad de que en realidad fuera polaco, no ruso. Mikoyán contó algo similar; en su caso, que se le podía acusar de haber traicionado a los otros 26 comisarios de Bakú que fueron fusilados (según se dijo, por los británicos) durante la guerra civil.[17]

Que los miembros del equipo se implicaran a fondo en las purgas no significaba que no pudieran perder a personas próximas a ellos. Todos ellos, en efecto, perdieron a amigos y buenos colaboradores; y muchos perdieron a familiares. Siempre que pasaba algo así, su propio nivel de riesgo se intensificaba, según lo que dijeran sobre ellos las víctimas sometidas a tortura e interrogatorios. El estoico y leal Mólotov fue un ejemplo excepcional. Después de que se detuviera a su profesor personal de alemán, se arrestó también a la niñera alemana de su hija. Su mejor amigo,

Aleksandr Arósev, fue encarcelado en julio de 1937 y ejecutado seis meses después. De sus cuatro ayudantes principales, Rudzutak y Antípov fueron arrestados hacia mediados de 1937; Valeri Mezhlauk, en diciembre; y Chubar, mediado 1938. Esto era una amenaza directa para Mólotov, pues por lo general esta clase de perfidias por parte de los socios más próximos conducían a la detención de uno mismo, más aún si (como parece ser, en todos estos casos) no era uno mismo el que había puesto en marcha el arresto mientras purgaba la propia institución. A otros ayudantes de Mólotov no les fue mejor. El jefe de su oficina, A. M. Moguilni, fue detenido en agosto de 1937; se lo presionó para que declarara contra Mólotov, pero «no quiso decir nada y, en la NKVD, se tiró por el hueco del ascensor». Mólotov sabía que en su dosier policial se estaban recopilando denuncias e informaciones comprometedoras que no se le mostraban. En su larga entrevista de los años setenta, cuando se le preguntó con ingenuidad: «Pero ¿Stalin no las aceptaba?», Mólotov replicó secamente: «¿Qué quiere decir con que "no las aceptaba"? [Perdí a] todo el departamento». Que él hubiera quedado en libertad no significaba que lo hubieran considerado inocente.

Entre las prerrogativas normales del poder figuraba la posibilidad de intervenir para proteger a subordinados, compañeros y clientes que habían caído en manos de la NKVD, pero durante las Grandes Purgas este privilegio quedó en suspenso. Según Mikoyán, «hubo incluso una decisión especial del Politburó, que prohibía a sus miembros interferir en el trabajo de la NKVD». Mólotov intentó salvar a su profesor de alemán en 1935, sin éxito; pero cuando lo intentó de nuevo con la niñera un año después, recibió una advertencia de Yezhov, que le instaba a no obstaculizar el curso de la justicia. Cuando fue inminente la detención de Arósev, ni siquiera intentó pararla, aunque sentía un gran afecto por el hombre y siempre lo consideró honrado. Todo lo que pudo hacer por él fue aconsejarle: «Resuelve la situación de tus hijos». La esposa de Mólotov, Polina, hizo algo más: ayudó a la primera esposa de Arósev no solo con comida y ropa, sino dándole trabajo en su oficina. Mólotov siguió el mismo modelo de no intervenir en

defensa de sus segundos u otros auxiliares, con una sola excepción, que sepamos. Cuando la hija de su secretario jefe, en edad escolar —su padre se había suicidado tras ser detenido, antes que echar pestes contra su superior—, escribió para decir que el apartamento de su familia había quedado sellado al detenerse a sus padres y ella no había podido coger ropa de invierno, Mólotov reenvió el mensaje a Yezhov aquel mismo día, con la nota: «Hay que darle ropa de abrigo a Lora Moguílnaya».[18]

A Kaganóvich se le reprochó a menudo que no acertara a interceder en defensa de su hermano Mijaíl (que, estrictamente hablando, no fue víctima de las Grandes Purgas; hacia mediados de 1941 recayeron sospechas sobre él y se quitó la vida para que no lo detuvieran) o su amigo Yakir. Años más tarde se mostró a la defensiva sobre estas cuestiones, pero los reproches le llevaron a sopesar por qué intervenir era tan difícil. Dijo que Stalin usaba las confesiones como un escudo contra la intercesión del equipo; si uno sacaba el tema de la inocencia de alguien, él te replicaba con una confesión a la que solo podías responder en el improbable caso de que tuvieras pruebas claras de que se equivocaba. Stalin utilizó este argumento de la confesión contra Kaganóvich cuando intentó salvar a Kosior, su amigo y antiguo mentor, cuya detención le había entristecido mucho. Kaganóvich también afirmó haber protestado por la captura de Chubar, alegando ante Stalin que «Chubar es un hombre honrado» e incluso si había tenido algún «pequeño "resbalón"», no se entendía «cómo no se podía confiar en él». «"¿No? —dijo Stalin—, pues léete esto." Y me dio un cuaderno. Lo había escrito Chubar (yo conocía su letra) y hablaba de cómo había estado en Alemania negociando [traidoramente] y esto y aquello. Lo leí y pensé: "¡Dios mío, no hay nada que hacer!"»

De todos los miembros del equipo, Mikoyán fue el más activo —imprudente incluso— en el intento de ayudar a las víctimas. En alguna ocasión logró sacar a alguien de la cárcel: por ejemplo, cuando se detuvo a un antiguo compañero de colegio, el armenio Napoleón Andreasián, acusado de ocultar que era francés (y, por lo tanto, un espía). Le contó la historia a Stalin como si fuera un chiste, y Stalin se rio y le dijo que llamara

por teléfono a la NKVD y les dijera, de su parte, que pusieran a Napoleón en libertad. Cuando se detuvo a la madre de la adolescente Yelena Bónner, aquella le dio a la hija una nota para que se la entregara a Mikoyán —viejo amigo del padre adoptivo de Yelena, también armenio— en su dacha. Mikoyán respondió que no podía hacer nada por sus padres, ni siquiera averiguar su paradero; pero que él y su esposa acogerían en casa a Yelena y su hermano. Bónner, dolida, rechazó esta oferta excepcionalmente generosa y se marchó con un portazo; pero Mikoyán no se olvidó de ella, y en el verano de 1945 la llamó para contarle la suerte de sus padres (el padre adoptivo había muerto, la madre aún vivía). A veces, como en el caso de los Mólotov, no fue Mikoyán sino su esposa quien socorría a las víctimas, lo que a él le daba cierto margen para negar que supiera nada. Según recordaba su hijo, cuando la viuda de uno de los «conjurados» militares —Gamárnik, que se había suicidado— fue castigada al destierro, Ashjén, a instancias de Mikoyán, acudió a la estación con dinero para el viaje.

En pro de Voroshílov (que en general dibuja una figura más fea que la de Mikoyán) cabe recordar que, cuando se detuvo a los padres de la esposa de su hijo adoptivo Piotr, la nuera (parte del hogar familiar, como Piotr) siguió viviendo en su apartamento, aun después de que fuera expulsada del instituto por negarse a repudiar a sus padres, y Voroshílov les envió paquetes con regularidad. Además, cuando por razones de salud se puso en libertad a la madre, al cabo de un año aproximadamente, los Voroshílov también la acogieron.[19]

El componente misterioso en todo esto es, por descontado, Stalin. Cuando el equipo se quejaba o intentaba interceder, adoptaba la postura de afirmar que todos estaban en el mismo barco, a expensas de la NKVD. Cuando Gueorgui Dimitrov, jefe de la Comintern, le planteaba casos de esta índole, replicaba: «¿Qué puedo hacer yo por ellos, Gueorgui? Mis propios parientes también están todos en la cárcel». En cierta medida, esto no pasaba de la prestidigitación verbal: ni Gueorgui, ni los miembros del equipo siquiera, podían librar a sus parientes de la NKVD; pero Stalin, si lo hubiera querido, habría podido. Aun así era cierto que se había detenido a

parientes, y también a amigos, socios e incluso asistentes personales de Stalin. La carnicería practicada en sus dominios más inmediatos era igual de intensa, si no más, que la sufrida por los otros miembros del equipo.

Stalin tenía pocos parientes consanguíneos, pero se hallaba cerca de muchos parientes políticos de sus dos matrimonios. Cayeron como víctimas de la purga, por el lado de los Svanidze, Mariko y Aliosha, hermanos de su primera esposa, y la mujer de Aliosha, María (cuyo diario personal atestigua reverencia por Stalin), y el hijo de ambos, Johnny. Por parte de los Alilúyev, el cuñado de Nadia, Stanislav Rédens, era un alto funcionario de la NKVD próximo a toda la familia Stalin, y fue víctima de las purgas (su esposa Anna quedó en libertad, pero fue expulsada de su apartamento en el Kremlin). Pável, hermano de Nadia, murió de repente; era militar y quizá se suicidó cuando, al regresar de sus vacaciones, en 1938, se encontró con detenciones muy numerosas de los oficiales que tenía a su cargo. Ciertamente, la purga no los afectó a todos: hubo parientes políticos en libertad en los dos lados, al menos durante un tiempo, y Stalin quizá intentó incluso emplear a la viuda de Pável, Zhenia, como esposa/ama de casa/madre de sus hijos. Pero el círculo familiar estaba destruido. A los Alilúyev que siguieron en libertad ya no se les permitió acceder al apartamento de Stalin en el Kremlin, según las memorias de Svetlana, con la excepción de los abuelos de esta. Las relaciones con Serguéi Alilúyev y su esposa se vieron afectadas, sin lugar a dudas, por las detenciones y por el hecho de que Alilúyev había adoptado a los nietos de Rédens cuando estos perdieron a su padre. (Ningún familiar dio el paso de adoptar al apreciado pero odioso Johnny Svanidze, de diez años, que solo se salvó del orfanato gracias a una antigua niñera.) La pérdida más dolorosa fue la de Aliosha Svanidze, arrestado en diciembre de 1937. Aliosha y Stalin eran como hermanos, según Mikoyán, que no podía entender cómo Stalin había permitido que pasara, por mucho que Beria (que no se llevaba bien con Svanidze) conspirase en su contra. «Tuvieron una buena amistad hasta los últimos días, y nunca me llegó noticia de que se hubieran peleado, que Stalin no estuviera satisfecho o hubiera perdido la confianza.» Además,

después de perder a Kírov, Aliosha era la persona más próxima a Stalin; solía pernoctar en la dacha porque, tras la muerte de Nadia, a Stalin no le gustaba quedarse solo allí. «Luego, cuando faltó Svanidze, ya no había nadie que se pudiera quedar a dormir en casa de Stalin, y él no se lo pidió a nadie más.»

Cuando Mikoyán —que había trabajado con Aliosha en asuntos de comercio exterior— arguyó que en ningún caso Aliosha podía ser un espía, Stalin replicó que en efecto no era un espía al estilo más tradicional y directo, pero que en el transcurso de su trabajo estaba claro que había pasado a los alemanes información sobre cuestiones internas del liderazgo soviético. Más adelante, Stalin rompió con su costumbre y le ofreció a Svanidze la posibilidad de evitar la muerte, si admitía su culpa y pedía perdón al Comité Central; pero este escupió a la cara del mensajero de la NKVD y contestó: «Esto es lo que le respondo a Stalin», y la sentencia se ejecutó. Stalin tuvo que admitir, aun a regañadientes: «¡Toma orgullo aristocrático!». Se han documentado muy pocos casos en los que Stalin interviniera para salvar la vida (o borrar de las listas de detención) a personas con las que mantenía una relación personal. Consta la excepción de un antiguo amigo de Georgia, Sergó Kavtaradze, al que Stalin salvó de ser ejecutado por haber participado en un supuesto complot para asesinarlo, en 1936. Según Svetlana, en 1939 acabó revocando la detención de su niñera, pero con suma desgana, solo porque ella armó un jaleo descomunal. Tras las Grandes Purgas, la vida de Stalin (y la de Svetlana) fue muy solitaria.

Con respecto de las detenciones que se produjeron en círculos próximos a Stalin, se suele dar por sentado que eran fruto de su iniciativa personal, por ejemplo por animosidad contra alguien en particular. Quizá fuera así; pero también es posible que simplemente se negara a concederles un trato especial. Yezhov, desde luego, no habría actuado contra parientes de Stalin por iniciativa propia. Pero cuando la información comprometedora se acumulaba en los dosieres —y sin duda pasaba así, en especial en los casos de quienes habían realizado servicios en el extranjero, como Rédens y

Aliosha Svanidze—, lo prudente habría sido enviársela a Stalin y aguardar a que dijera: «No se toca». Esta es una de las situaciones que no se ven igual si pensamos en Stalin como miembro de un equipo, y no solo como un dictador todopoderoso. Que el equipo le viera salvar a su propia gente mientras dejaba morir a la gente de los demás habría supuesto sacrificar buena parte de su autoridad moral. Desde el punto de vista de la política, lo razonable era enviar un mensaje claro de que todos estaban en el mismo barco.

Hay relatos en los que Stalin se muestra cínico sobre las acusaciones de la NKVD, como una broma a Kavtaradze, con el que cenó en la noche en que fue liberado de la cárcel, en 1940: «¡Y pensar que querías matarme!». Según otra fuente de Georgia, Stalin, en una reunión con viejos amigos georgianos, habló de víctimas de las Grandes Purgas que eran conocidas por todos ellos «con el distanciamiento tranquilo de un historiador, sin mostrar ni pena ni cólera; hablaba sin rencor, con un toque ligerísimo de humor». El tono despreocupado (si es cierto) tampoco estaba al alcance del equipo. Desde el punto de vista de sus componentes, aunque las Grandes Purgas habían sido en parte una hazaña heroica —una apuesta descomunal que había salido más o menos bien—, también representaban un recuerdo muy doloroso. A diferencia de lo vivido en la guerra civil, o incluso en la colectivización, años más tarde no se animaron a ir compartiendo la memoria de unos años de unión. Y sin embargo, habían estado en efecto muy unidos. Un proceso como aquel, que crecía como una bola de nieve, podía haberse salido del curso inicial hasta destruir a sus impulsores (como les había ocurrido a los jacobinos, en la Revolución Francesa, durante el período del Terror). El equipo tenía razones para dar las gracias, no solo al destino por permitirles sobrevivir, sino también a Stalin por haber conservado los nervios y haber logrado que el tren no descarrilara.[20]

De acuerdo con el sistema estalinista de la «dosificación» cautelosa, apartar a Yezhov fue un proceso de múltiples etapas, relativamente prolongado en el tiempo, aun cuando, de hecho, Yezhov no se resistió: cuando perdió la gracia, él mismo se sumergió en la desesperación, la mala

salud y la bebida. En 1938 fue nombrado ministro del sector del transporte marítimo y fluvial, sin tener que abandonar la jefatura de la NKVD. En agosto, se hizo venir de Georgia a Lavrenti Beria —enemigo de Yezhov— para que ocupara la segunda posición de la NKVD; en noviembre, los rumores ya lo identificaban como el elegido para suceder a Yezhov en la jefatura. En el mismo mes de noviembre, tras dos tensas reuniones con Stalin y el equipo, el Politburó aceptó la renuncia de Yezhov, que cesaba de la NKVD por motivos de salud y exceso de trabajo. En su lugar se nombró a Beria, que en seguida empezó a purgar la institución de los próximos a su antecesor. La mujer de Yezhov, Yevguenia, que estaba hospitalizada por depresión, se había suicidado hacía diez días; probablemente con la ayuda de su esposo, que le habría proporcionado el veneno a través de otra viuda del equipo, Zina Ordzhonikidze. Las visitas de Yezhov a Stalin, que habían seguido siendo muy frecuentes incluso después de que Beria apareciese en escena, se redujeron abruptamente a cero desde el 23 de noviembre. Sin duda, el Terror continuó, por mucho que Yezhov se estuviera marchando. En 1938, la cifra general de arrestos y ejecuciones por delitos antirrevolucionarios no fue claramente inferior a la de 1937. Lo que es más, las ejecuciones de tres de los miembros del Politburó que fueron detenidos (Kosior, Chubar y Póstyshev) se produjeron en los primeros meses de 1939, bajo la supervisión de Beria. Pese a todo, se tenía la impresión de que el Terror estaba frenando, y así resultó ser.[21]

Aunque en los dos años precedentes sus miembros habían vivido con el temor a perder la vida, el equipo había superado aquel período más o menos ileso. De hecho, si se examina el libro de visitas del despacho de Stalin para 1939, en lo que respectaba al equipo casi parecía haberse vuelto a los viejos tiempos: el equipo se reunía allí con regularidad, en ocasiones dos veces al día, por la mañana y por la tarde; Mólotov era el visitante más habitual, como lo había sido durante años; las nuevas presencias habituales eran la de Beria (recién elegido «candidato» del Politburó) y Malenkov (que ahora era secretario del Comité Central). En comparación con la jerarquía anterior a las purgas, Kaganóvich había caído al sexto lugar, por número de visitas, y

Mikoyán había ascendido al tercero. Jrushchov —«candidato» del Politburó desde el 14 de enero de 1938, ascendido a miembro de pleno derecho en el XVIII Congreso— dirigía Ucrania y apenas estaba en Moscú; Zhdánov seguía dirigiendo Leningrado. Andréyev y Kalinin, los dos con problemas de salud, fueron los que menos visitaron el despacho de Stalin y menos acudieron a las reuniones del Politburó; pero todavía participaban en las tareas de este organismo. ¿Qué había significado la experiencia para el funcionamiento futuro del equipo, en los planos personal y colectivo? En la primera mitad de 1939, todavía no se había puesto de relieve; lo que se veía era que todos trabajaban muchas horas, con la intención de dotar otra vez de personal a las instituciones que dirigían, recuperarlas y ponerlas en marcha otra vez.

El XVIII Congreso se convocó en marzo de 1939, cinco años después del anterior. Era un grupo mucho más joven y menos experto que el del encuentro de 1934; solo una quinta parte de los delegados se había unido al partido durante la guerra civil o antes, frente a las cuatro quintas partes del congreso anterior. La continuidad de los delegados era extraordinariamente baja: solo el 3 % repetían. Esto contribuyó a que la élite comunista allí reunida saludara aún más exageradamente a sus líderes: según las actas, «cuando los camaradas Stalin, Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich, Kalinin, Andréyev, Mikoyán, Zhdánov y Jrushchov hicieron su aparición en la tribuna, estalló un aplauso atronador». Stalin presentó un informe en el que, con tono magistral, se centró en la situación internacional y el crecimiento económico del país, y bromeó para mostrar su desdén por la opinión errónea de los charlatanes internacionales, según los cuales «si hubiéramos dejado en libertad a los espías, asesinos y saboteadores, sin impedirles que sabotearan, asesinaran y espiaran, las organizaciones soviéticas serían mucho más firmes y sólidas». (La chanza fue acogida con jolgorio.) Andréyev aludió al «profundo sentimiento de satisfacción moral» que imperaba en el partido tras las recientes acciones de limpieza. Mikoyán —que, sorprendentemente, apenas había tomado parte en las Grandes Purgas— ofreció aun así, como justificación, una metáfora médica: en el período

transcurrido desde el último congreso, «logramos descubrir y destruir focos de contrarrevolución, liquidamos los puntos infectados del cuerpo de nuestro partido, y como resultado, el partido se han vuelto aún más fuerte, más sano y poderoso, más unido que nunca en torno a su Comité Central, en torno al camarada Stalin» (de nuevo, «aplauso atronador»). Entre los miembros del equipo que tomaron la palabra, el más vehemente fue Jrushchov, casi como si hubiera vuelto a 1937: el pueblo de Ucrania «odia y maldice a los enemigos», que deben saber que serán «exterminados como perros rabiosos» (lo que fue recibido con «aplausos ruidosos», una expresión extraña, que quizá apunte a cierta falta de decoro). Mólotov, que no hizo ningún comentario general sobre la historia reciente del partido, presentó el informe oficial sobre la economía; de forma inesperada, recibió algunas críticas duras por ello. Cabe suponer que era un episodio organizado de humillación maliciosa, porque el informe —nada particular — había sido aprobado un día antes por el Politburó.

Zhdánov, como secretario del Comité Central, era responsable de los cuadros, por lo que le correspondió plantear el único informe sobre un tema que sin duda era de suma importancia para todos: el Terror que acababan de vivir. Los hechos aún no habían sido bautizados —solo más adelante recibieron los nombres de «1937» en Rusia y de «Grandes Purgas» en Occidente—, por lo que Zhdánov tuvo que andarse con rodeos; aun así, su enfoque fue desconcertantemente indirecto. No habló sobre el Terror, sino sobre las purgas típicas del partido, que suponían la expulsión, pero no el arresto (las podríamos llamar «purgas menores», por comodidad) y habían sido una institución en la vida del partido desde los años veinte. Mientras Yezhov fue secretario del Comité Central, en 1935-1936, el proceso de purga regular del partido se había mezclado con el de desenmascarar a los «enemigos del pueblo», pero aun así eran cosas distintas, tanto desde el punto de vista conceptual como del operativo. Mientras el resto del equipo guardaba silencio, delegados venidos de las provincias se ponían en pie, uno tras otro, para describir actos de injusticia locales, en los que se había detenido a buenas gentes del partido. A menudo se dijo que esto se había

debido a «denuncias falsas», en lo que suponía transferir netamente la responsabilidad de los líderes del partido al pueblo. La detención de muchas personas ajenas al partido —marginados sociales, miembros de grupos étnicos distintos al ruso, etcétera— no se mencionó, gracias a los límites formales del informe de Zhdánov; y quizá en parte por esta razón, a los observadores occidentales les pasó por alto durante varias décadas.

Los delegados del XVIII Congreso del Partido eran un grupo joven (la mitad de ellos no había cumplido los 35 años) y pleno de entusiasmo. Aplaudían a Stalin hasta que les dolían las manos, según uno de los participantes, el almirante Kuznetsov. Este no vio indicio alguno de que la horrible carnicería de los años precedentes hubiera dañado la posición de Stalin a ojos del partido. «Por extraño que pueda parecer», dijo, la masacre que había dirigido con éxito «reforzó aún más su autoridad».[22]

6

Entrar en guerra

El 3 de mayo de 1939 se hizo venir al Kremlin a Litvínov, al que se reprochó que sus medidas de seguridad colectiva no obtenían los resultados deseables. Fue una discusión acalorada, y se ha dicho que Mólotov le gritó: «¡Usted se piensa que somos todos tontos!». Zhdánov y Beria también se mostraron muy críticos con los métodos elegidos por Litvínov. De resultas de todo ello, ya entrada la noche se envió un telegrama a todos los embajadores, informándoles de que Litvínov cedía su puesto a Mólotov, que lo compaginaría con la jefatura de gobierno. Esto supuso un giro crucial en la posición internacional del Kremlin. Litvínov había intentado armar una alianza anglo-francesa contra Alemania, y ahora, perdida esa esperanza, Stalin y su equipo estaban listos para intentar la alternativa.

El telegrama remitido a los embajadores explicaba el cese de Litvínov como el fruto de un «grave conflicto con Mólotov y el gobierno», con una referencia gratuita y sin precedentes a los factores personales, que al parecer pretendía minimizar el papel de Stalin. Ciertamente, Mólotov y Litvínov apenas sintonizaban en nada. Litvínov creía que Mólotov era un necio y no escondía su desdén. Por su parte, Mólotov, «irritado por la agudeza directa y a menudo destructiva de Litvínov ... recibía con resentimiento la fluidez con la que Litvínov se expresaba en francés, alemán e inglés, y desconfiaba de la comodidad con la que este se manejaba entre extranjeros», según el periodista bielorruso-estadounidense Maurice Hindus. «Mólotov, que no había vivido nunca en el extranjero, siempre

sospechó que había algo impuro y pecaminoso en la amplitud de miras de Litvínov y su aprecio por la civilización occidental.»

En el Ministerio de Exteriores, la transmisión de poderes fue dramática. El edificio fue rodeado por las tropas de la NKVD y Mólotov inició de inmediato la purga de la plantilla (en la que probablemente fue su primera experiencia directa al respecto, pues en 1937-1938 él no había participado en la gira de los emisarios del Terror). Se ha dicho que Mólotov estaba poseído por la furia y gritaba: «¡Se ha acabado el liberalismo de Litvínov! ¡Voy a erradicar el nido de avispas de ese puerco judío!». Pero esto es tan atípico de Mólotov, un hombre por lo general imperturbable —pues a diferencia de Kaganóvich u otros miembros del equipo, no era dado a juramentos ni gritos—, que cabría poner en duda la veracidad de la fuente, si esta fuera por entero única. No obstante, al menos en otra ocasión más, Mólotov sufrió un ataque de cólera y se puso a gritar sin aparente control (en presencia del cuerpo diplomático, en la primavera de 1940, cuando se trataba de la intransigencia finlandesa), hasta el punto de que sus asistentes tuvieron que sacarlo de la sala. Su intérprete pensó que debía de haber bebido de más y, al día siguiente, se sorprendió de ver que Mólotov no parecía avergonzado ni resacoso, sino más bien satisfecho consigo mismo. A tenor de las preguntas de Mólotov sobre la reacción de los diplomáticos, coligió que había sido una acción teatral, probablemente acordada previamente con Stalin, para transmitir del modo más expresivo posible el descontento soviético. Si suponemos entonces que el de Litvínov fue otro episodio teatralizado, con Stalin como coguionista, una parte del mensaje —que se pretendía enviar a la Alemania nazi— debió de ser el antisemitismo: con la expulsión de Litvínov el judío, y Mólotov el ruso al mando de Exteriores, se eliminaba un obstáculo de las negociaciones soviético-alemanas.[1]

Durante muchos años, el Ministerio de Exteriores había sido un refugio para los intelectuales del partido, antiguos emigrados y miembros de la Oposición, muchos de ellos, judíos. La purga parece haber sido la primera muestra de claro antisemitismo de Stalin y Mólotov. Según la versión que

Mólotov contó a un entrevistador (con simpatías por el nacionalismo ruso) en la década de 1970: «Stalin me dijo: “purga el ministerio de judíos”. ¡Gracias a Dios por esas palabras! Los judíos formaban una mayoría absoluta tanto entre los jefes [del ministerio] como entre los diplomáticos. No era bueno. Letones y judíos ... y cada uno, con una multitud de seguidores. Además, miraban mi acceso al puesto con condescendencia y se burlaban de las medidas que yo había empezado a implantar». Fue como si Mólotov —que personalmente no era antisemita y se había casado con una judía— hubiera recaído en las sensaciones de los primeros años veinte, cuando le dolía el desaire y la superioridad que mostraban hacia él cosmopolitas seguros de sí mismos como Trotski y Zinóviev.

Sin embargo, su esposa judía, Polina Zhemchúzhina, fue uno de los problemas a los que Mólotov tuvo que hacer frente en la primavera de 1939. Con una carrera notable por sí misma —en aquel momento, era ministra de Pesca—, poco antes había propuesto hacer un viaje de trabajo a Sajalín, en el Extremo Oriente, para estudiar la industria pesquera de la zona. La NKVD local planteó objeciones, cabe suponer que por razones de seguridad, pero Stalin las rechazó secamente y la ministra emprendió el camino. A todas luces, era otro de los juegos del ratón y el gato, tan característicos de Stalin, porque mientras estaba lejos se detuvo a varios de los colegas y protegidos de Zhemchúzhina (tanto en el Ministerio de Pesca como en el de Alimentación, en el que había trabajado antes). Zhemchúzhina interrumpió el viaje y regresó a toda prisa, pero no logró que se devolviera la libertad a los suyos. Cuando los interrogaron, algunos de los prisioneros testimoniaron en contra de ella, que corría peligro, por lo tanto, de ser igualmente detenida. Al final, no obstante, solo la expulsaron del ministerio, aunque de un modo extrañamente prolongado: en el otoño de 1939, la cuestión se planteó varias veces ante el Politburó. Zhemchúzhina fue designada directora de la producción rusa de artículos de mercería, una degradación clara. Con ello no terminaron sus problemas, que siguieron bullendo en el trasfondo de la acción prominente de Mólotov como ministro de Exteriores. Cerca de un año más tarde, cuando el Politburó votó apartarla

del Comité Central del partido, Mólotov optó por la abstención, lo que enojó a Stalin.[2]

En el ámbito internacional, las perspectivas eran muy sombrías. Había tensión porque los japoneses habían ocupado Manchuria y establecido allí el estado títere de Manchukuo; y en 1939 estalló el conflicto en la frontera de Mongolia, en Jalkin Gol, la gran batalla de carros blindados en la que el futuro mariscal Gueorgui Zhúkov se labró la reputación. Además, apenas cabía dudar de que Hitler tenía intención de avanzar por el este. En 1938, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética recibieron con gran alarma los indicios de que Alemania pretendía ocupar Checoslovaquia; pero acabaron por no hacer nada. En el otoño de 1939 fue el turno de Polonia. Stalin cifraba las esperanzas en maniobrar de tal modo que las potencias occidentales terminasen luchando contra Alemania mientras la Unión Soviética se mantenía al margen de la guerra; las potencias occidentales también soñaban con que fueran Alemania y la Unión Soviética las que se lanzaran la una al cuello de la otra.

Al mismo tiempo, mientras Litvínov estuvo en el ministerio, la Unión Soviética parecía inclinarse a aliarse con Occidente (Gran Bretaña y Francia) contra Alemania, idea que reforzó la actuación de la Comintern, dirigida por los soviéticos, que en 1935 pasó a defender la política de los Frentes Populares contra el fascismo (antes que nada, contra el régimen nazi de Alemania). La Unión Soviética había invertido mucho en el bando antialemán, en especial si se toma en cuenta la opinión pública europea. Sin embargo, en agosto de 1939, cuando Gran Bretaña envió a su negociador a Leningrado sin darle ninguna prioridad, Stalin y Mólotov ya se habían cansado. Mólotov se ofendió porque los británicos habían mandado a las negociaciones a un funcionario del Foreign Office «de segundo nivel», William Strang; por su parte Strang, al igual que otros diplomáticos occidentales que se reunieron con Mólotov en sus primeros meses en el Ministerio de Exteriores, quedó sorprendido por sus carencias, tanto en la técnica diplomática como en el refinamiento social. Según el recuerdo posterior del embajador británico, Mólotov no comprendía el concepto de la

negociación y se limitaba a «repetir terca e incansablemente su propio punto de vista ... y hacer incontables preguntas sobre sus interlocutores». Para los diplomáticos, era incapaz «de calmarse y mostrarse afable en los actos oficiales» y comentaron que, con el nuevo régimen, «el *modus operandi* cosmopolita» de la era Litvínov estaba dando paso a un trato «más propiamente bolchevique». Sin duda, Mólotov se habría sentido halagado por el comentario, aunque su inepcia en la faceta social de su nuevo trabajo le causaba pesar.[3]

En estas fechas, parecía más probable que la alianza uniera a la Unión Soviética con Alemania. Probablemente, este era el resultado que Mólotov prefería, al ser muy hostil hacia Inglaterra y Francia, al igual que hacia su «aliado» en la escena nacional, Litvínov; pero Stalin parece haber sentido una hostilidad igual de intensa hacia los dos bandos, a la vez que una disposición paralela a colaborar con cualquiera de ellos si esto beneficiaba a la Unión Soviética. La noción de que Stalin y Hitler sentían afinidad mutua, en tanto que dictadores semejantes, es un mito: cada uno miraba al otro como al gran enemigo y la antítesis ideológica, y el pacto fue, para los dos, un matrimonio de conveniencia. Hitler pretendía neutralizar la posible oposición soviética a que Alemania se abriera paso por la Europa oriental y ganaba tiempo para lidiar primero con la Europa occidental; por su parte, Stalin ganaba tiempo para reconstruir las fuerzas armadas y ponerlas en disposición de combatir. El 23 de agosto, el homólogo alemán de Mólotov, Joachim von Ribbentrop, voló a Moscú. Hubo conversaciones con Mólotov y Stalin (los dos quedaron decepcionados porque no consiguieron por sí solos seguir el alemán de Ribbentrop; ¡qué pesar, entonces, por la detención del profesor de alemán de Mólotov!) que fructificaron, aquel mismo día, en un pacto de no agresión entre las dos potencias. Según lo acordado, Alemania y la Unión Soviética se comprometían a no atacarse mutuamente y no respaldar ningún ataque militar de una tercera parte contra ninguno de los dos países.

Este pacto causó una importante conmoción en el equipo, porque desde mediados de la década de 1930 la Unión Soviética había apostado con

fuerza por los Frentes Populares contra el fascismo y la mayoría de los miembros del equipo no fue advertida con antelación. Pero comprendieron la idea de Stalin —que al parecer habló con todos ellos uno por uno, además de colectivamente—, según la cual era crucial ganar tiempo antes de una guerra casi inevitable. Para Mikoyán, como los ingleses y los franceses habían dado su «negativa a negociar seriamente una coalición contra Hitler», el pacto era «inevitable, necesario y correcto». Beria, según su hijo, se habría mostrado poco entusiasta al respecto en el ámbito privado. Kaganóvich, particularmente inseguro por ser él judío y Hitler, virulentamente antisemita, quedó más tranquilo cuando, en el marco de una recepción celebrada en Moscú tras la firma del pacto, con voluntad de provocar un tanto a Ribbentrop, Stalin propuso un brindis por Kaganóvich y recorrió toda la mesa hasta poder entrechocar los vasos con él. «Stalin nos daba a entender que habíamos firmado un acuerdo, pero la ideología no cambiaba —dijo más adelante Kaganóvich—. Y cuando salíamos del salón, me dijo, en el umbral: “Tenemos que ganar tiempo.”» Mólotov citó otro de los brindis de Stalin que desconcertó a Ribbentrop: «¡Por Stalin, el nuevo paladín anti-Comintern!». Y añadió que los alemanes nunca lograron comprender el sentido del humor de los marxistas.

Para la opinión pública soviética, el anuncio del pacto fue una sensación, pero no tan traumática como para los comunistas y los defensores de Frentes Populares en Occidente. Muchos ciudadanos soviéticos recibieron el acuerdo con alivio, al entender que rebajaba el riesgo de verse en guerra; otros desconfiaron de la buena fe alemana, actitud a la que no fueron ajenos sus líderes. Los medios de comunicación soviéticos dejaron de publicar noticias de un antinazismo vehemente, pero sin pasar a una línea pronazi; años más tarde, Jrushchov afirmó que la obra *Las llaves de Berlín* se mantuvo en cartel en los teatros de Moscú a propósito, porque estaba ambientada en 1760, al concluir la guerra de los Siete Años, y servía para recordar que en el pasado los rusos ya habían derrotado a los alemanes y tomado su capital.

Las actas del acuerdo, secretas e inéditas (no habían recibido la ratificación formal del Politburó, pero la mayoría del equipo las conocía, al menos a grandes rasgos), habían reconocido esferas de interés de Alemania y la Unión Soviética en la Europa oriental; la soviética se correspondía de forma aproximada con las fronteras históricas del imperio ruso e incluía la Polonia oriental y los Estados bálticos. Las consecuencias que ello había de tener en el mundo real no tardaron en ponerse de manifiesto cuando, el 1 de septiembre, Alemania invadió Polonia desde el oeste, y al cabo de un mes dominaba gran parte del país, incluida Varsovia, la capital. La invasión de Polonia, haciendo caso omiso de las advertencias de los Aliados, supuso que Gran Bretaña y Francia declarasen la guerra a Alemania. La Unión Soviética, neutral de acuerdo con lo pactado con Alemania, confiaba ansiosamente en que la guerra contra Occidente mantuviera a Hitler ocupado durante mucho tiempo; a las pocas semanas, alentados por los alemanes, los soviéticos ocuparon la Polonia oriental. Para la opinión pública occidental, los acontecimientos habían adoptado un curso tan horroroso como inesperado; para gran parte de la opinión pública soviética, la acción era razonable. Según observó más tarde un corresponsal extranjero: «en el país predominaba la convicción de que la "neutralidad" valía la pena; de que, de resultas del pacto soviético-alemán, la Unión Soviética se había engrandecido y, sin derramar demasiada sangre hasta ese momento, se había vuelto más segura».[4]

La ocupación supuso incorporar de hecho a la Unión Soviética los territorios que habían sido polacos, y por lo tanto una expansión territorial: a los pocos meses, los residentes de la antigua Polonia oriental se convirtieron, quisieran o no, en ciudadanos soviéticos (con más precisión: en ciudadanos de las repúblicas soviéticas de Ucrania y Bielorrusia). Jrushchov, jefe del partido en Ucrania, fue quien dirigió el proceso *in situ*; lo hizo con energía y entusiasmo, y trabó amistad con algunos miembros de la izquierda polaca. Entre ellos, la escritora Wanda Wasilewska, que al poco tiempo contrajo matrimonio con un dramaturgo comunista muy conocido, el ucraniano Aleksandr Korneichuk; Wasilewska impresionó a Stalin cuando

Jrushchov los presentó y, durante el transcurso de la guerra, se convirtió en uno de los escasísimos amigos extranjeros que Stalin tuvo —quizá incluso su amante—. Se esperaba que los territorios recién ocupados actuaran como franja de protección contra cualquier incursión desde el oeste. A corto plazo, no obstante, crearon una nueva serie de problemas: la anexión supuso desplazar las fronteras soviéticas hacia el oeste, lo que requirió un proceso prolongado de desmantelamiento de la vieja frontera fortificada y la construcción de una nueva.

Los Estados bálticos también acabaron siendo ocupados por la Unión Soviética e incorporados a su territorio, pero como consecuencia inmediata del pacto solo se les obligó a firmar tratados de ayuda mutua con la Unión Soviética, lo que representaba situarlos en un régimen similar a una protección coaccionada. En octubre se hizo una oferta similar a Finlandia, un país pequeño con un gobierno netamente antisoviético, pero los finlandeses la rechazaron. Aunque las acciones soviéticas fueron de lo más impopulares en todos los países pequeños afectados (que, en su mayoría, solo habían gozado de unas pocas décadas de independencia desde que en 1917 se hundiera el viejo imperio ruso), el único que ofreció una resistencia significativa fue Finlandia. Para dirigir al ejército, Finlandia llamó al imponente barón Carl Gustaf Mannerheim, que en la guerra civil había luchado con los ejércitos Blancos contra los soviéticos, y no solo declaró la guerra a la Unión Soviética (pese a la colosal disparidad de fuerzas) sino que, en la que se conoce como «guerra de Invierno», de 1939-1940, actuaron con tal brillantez que pusieron claramente de manifiesto las flaquezas del ejército soviético.

Los soviéticos habían calculado mal. En palabras de Jrushchov, creyeron que «nos bastaba con levantar un poco la voz, y los finlandeses nos obedecerían; si esto no funcionaba, dispararíamos un cañón y los finlandeses pondrían las manos en alto y se rendirían. Pero lo que hicieron fue enviarnos unidades de esquiadores y dejarnos en ridículo». Stalin se enfureció, en especial con el ministro de Defensa, Voroshílov, que fue objeto de críticas feroces en el Comité Central y dejó el puesto a un

auténtico profesional de las fuerzas armadas, el mariscal Semión Timoshenko. Voroshílov quedó afectado por las burlas de Stalin y, en una reunión social, según recordaba Jrushchov, se volvió en su contra diciéndole: «“¡Todo esto es culpa tuya! Tú eres el que aniquiló a la vieja guardia del ejército, el que hizo matar a nuestra mejor generación”, y luego hizo añicos una bandeja de la mesa, en la que había un lechón asado». La guerra acabó con una tregua que dio a los soviéticos una base en la península de Hanko y una franja adicional de 15 kilómetros entre Leningrado y la frontera; pero los soviéticos habían sufrido casi un millón de bajas y habían perdido mucho prestigio entre la comunidad internacional. Stalin aprendió por las malas que la experiencia militar de la guerra civil era casi irrelevante para las circunstancias del momento. La reputación de Voroshílov como líder militar no se recuperó nunca de este fiasco, que supuso también el principio de su decadencia en la jerarquía política.[5]

En mayo de 1940, Alemania lanzó un ataque militar contra Francia. El país galo se hundió con una celeridad que conmocionó no solo a su aliado, Inglaterra, sino también a la Unión Soviética, aliada de Alemania. En junio de 1940, alegando «actos de provocación» por parte de los Estados bálticos, la Unión Soviética envió a medio millón de soldados a ocupar los tres pequeños países e incorporarlos a la Unión Soviética, un destino que Finlandia (que, como los Estados bálticos, había formado parte del imperio ruso antes de la Revolución de 1917) había logrado evitar por su firmeza y su valor militar. Zhdánov fue elegido como responsable de sovietizar Estonia, y dos de los ayudantes de Mólotov en Asuntos Exteriores, Vladímir Dekanózov y Andréi Vyshinski (fiscal en los Juicios de Moscú), quedaron al cargo de Lituania y Letonia.

En Occidente, Hitler aún tenía que librarse de Gran Bretaña. En noviembre de 1940, Mólotov viajó a Berlín, con un séquito de sesenta personas, para estudiar una sugerencia de Ribbentrop: que la Unión Soviética se uniera al Pacto Tripartito recién firmado por Alemania, Japón e Italia. Stalin lo descartó, interpretándolo como una treta para liar a los

soviéticos en la guerra contra Gran Bretaña, lo último que deseaba; pero Mólotov quizá no era tan reacio a la idea. Empezaba a encontrarse cómodo con la diplomacia, al menos en su propia versión de diplomacia: según describió más adelante —no sin satisfacción— la conversación mantenida con Ribbentrop, «él se atuvo a sus ideas, yo a las mías. Empezó a ponerse nervioso. Yo insistía; al final, lo agoté». Ribbentrop quizá se pusiera nervioso, entre otras razones, porque en ese momento se habían refugiado en un sótano por un bombardeo aéreo británico. Según se ha contado la historia, cuando Ribbentrop aseguró que los británicos, en lo esencial, ya habían sido derrotados, Mólotov le preguntó fríamente que, si tal era el caso, por qué se habían metido en un refugio y quién los estaba bombardeando. Mólotov también se reunió con Hitler, y observó con interés cómo intentaba «hacerle propaganda» (sin atender a la figura de realismo y pragmatismo que Mólotov cultivaba); a todas luces, era un hombre «muy tendencioso, un extremista del nacionalismo, un chovinista cegado por sus propias ideas». El contacto directo con Hitler, y el creciente aplomo con que trataba con los alemanes, reforzaron su posición a criterio de Stalin y el equipo; y se ganó el respeto de Stalin, al menos provisional, como experto en política internacional.[6]

En lo que respectaba a Occidente, la segunda guerra mundial había empezado en septiembre de 1939, cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania tras la ocupación de Polonia. La Unión Soviética todavía no estaba en guerra, pero la primera preocupación de sus líderes era la situación internacional. De resultas del pacto de Mólotov y Ribbentrop, el país debía demarcar fronteras nuevas y vigilar nuevas franjas limítrofes, establecer instituciones soviéticas en nuevos territorios, acomodar a los refugiados venidos de la Polonia occidental, trasladar a campesinos para reforzar las zonas fronterizas, adecuar fábricas para la producción militar y relacionada, y organizar un reclutamiento de soldados. No se parecía en nada a un programa de tiempos de paz.

Uno de los ámbitos que inquietaba a Stalin era la industria aeronáutica, un sector clave de la capacidad militar soviética, sin suficientes espacios de

producción. Mijaíl Kaganóvich, el hermano mayor de Lázar, era el ministro del ramo, y a Stalin le empezaba a quedar claro que no era idóneo para el puesto. Se mofaba de Mijaíl por referirse al «hocico» de los cazas, y no a su «morro», y decía con mordacidad: «¿Qué sabe de aviones? Con los años que hace que vive en Rusia ¡y ni siquiera sabe hablar en ruso correctamente!». Beria, que era amigo de Mijaíl (aunque no podía soportar a Lázar), sostuvo que había defendido a Mijaíl en el Politburó cuando se criticó el pobre rendimiento de la industria aeronáutica; pero su policía secreta preparó un dosier contra Mijaíl, al que acusaban de saboteador y espía de Alemania. Mijaíl se quitó la vida a mediados de 1941, tras una reunión en la que se formularon estas acusaciones en su contra. (Después de la muerte de Stalin, en 1953, Mijaíl Kaganóvich fue una de las primeras personas a las que Beria rehabilitó a título póstumo, cerca de un mes antes de que él mismo fuera detenido por sus compañeros —entre ellos, Lázar Kaganóvich— y ejecutado.)

La caída de Mijaíl fue contemplada por uno de sus sucesores, el diseñador aeronáutico Aleksandr Yákovlev, miembro de la generación que, después de las purgas, fue ocupando los puestos vacíos del gobierno, el partido, las fuerzas armadas y el servicio diplomático. Fue un suceso extraño (por lo general, el jefe antiguo había sido purgado en 1937 o 1938, antes de que se atisbara la figura del sucesor definitivo), más extraño aún porque Yákovlev lo contó. Él y sus jóvenes compañeros (en la treintena, en su mayoría) compartían el desprecio de Stalin por un Mijaíl Kaganóvich ya cincuentón: lo veían como un hombre tosco e ignorante, un revolucionario jubilado con acento yídico que no debía estar al mando de un ministerio técnico. En el breve interludio que medió entre las Grandes Purgas y la guerra, todos los miembros del equipo se afanaron por seleccionar a los jóvenes más aptos —a menudo, mientras aún estudiaban el grado o el posgrado— para formarlos como jefes de departamento y viceministros. El ascenso podía ser meteórico: Alekséi Kosyguin fue ministro del gobierno soviético a los cuatro años de haberse graduado en ingeniería, con tan solo treinta y cinco años (y durante la guerra fue asimismo miembro del Comité

de Defensa Estatal); Andréi Gromyko tenía treinta años, y solo hacía tres que se había graduado en Ciencias Económicas, cuando fue elegido jefe de la sección americana del Ministerio de Exteriores; en cuanto pulió un poco el inglés (al cabo de un año, aproximadamente) se lo envió a Washington como segundo de la embajada soviética, y a los treinta y cuatro devino embajador titular. La emergencia de esta nueva generación era un motivo de orgullo, en particular para Stalin y Mólotov; y Stalin, que siempre parecía disponer de tiempo para sus protegidos, como Yákovlev, fue objeto del respeto y la veneración de estos. Ante estos jóvenes, Stalin se lucía: era sabio y benevolente, siempre tenía a punto una broma o un comentario informal para tranquilizarlos, y era impresionante lo bien informado que estaba sobre sus ámbitos de actuación.[7]

Según el guion de Stalin, la Unión Soviética dispondría de un margen de varios años para recuperar la plena forma operativa y de combate; pero Hitler lo veía de otro modo. Ordenó preparar la Operación Barbarroja y, el 22 de junio de 1941, en contra de lo pactado, Alemania lanzó un ataque descomunal en toda la frontera occidental de la Unión Soviética.

Decir que la acometida cogió por sorpresa a Stalin, Mólotov y el equipo no sería acertado, puesto que en los dos años precedentes, la Unión Soviética había centrado su afán en prepararse para una guerra con Occidente. Pero es evidente a todas luces que Stalin había calculado mal; se había negado a dar crédito a los informes secretos que le hablaban de una agresión inminente y lo centraba todo en evitar actos que los alemanes pudieran denunciar como provocación con el fin de justificar un ataque. Stalin y Mólotov estaban convencidos de que Hitler no se arriesgaría a atacar a la Unión Soviética antes de haber resuelto el tema británico. No hay constancia de disensiones en el equipo, aunque años más tarde, Mikoyán dio a entender que él no era tan optimista sobre las intenciones de los alemanes. Beria, en una nota escrita en los primeros días de junio, parecía ansioso por recalcar que era Stalin el que había resuelto sabiamente que aquel año no serían atacados, por histéricas que fueran las alertas que el propio Beria recibía y transmitía. Según el general Zhúkov, Mólotov y

Kaganóvich estaban plenamente de acuerdo con Stalin, a este respecto, pero Zhdánov se mostraba más vacilante: «siempre hablaba con suma dureza de los alemanes y afirmaba que en Hitler no se podía confiar ni un ápice». Precisamente Zhdánov tuvo la mala suerte de que lo pillaron en Sochi al empezar las vacaciones de verano con su familia, y tuvo que darse la vuelta y deshacer el camino.[8]

Al iniciarse la Operación Barbarroja, el 22 de junio, la insistencia de Stalin en no replicar a ninguna provocación frustró por completo la respuesta militar soviética, lo que comportó que la mayor parte de la fuerza aérea resultara destruida en tierra y, durante las primeras semanas, las fuerzas terrestres y la población emprendieran una retirada caótica. Las nuevas fronteras aún no estaban bien protegidas, y en cambio los fortines de la vieja frontera, en buena medida, se habían abandonado o desmantelado. Stalin se enfureció tremendamente por el ataque y fue repartiendo culpas para todo el mundo, incluso para sí mismo: «Lenin nos dejó una herencia fenomenal, y la hemos cagado». Tras la primera semana, desastrosa, desapareció en su dacha (29-30 de junio). Se decía que estaba «sumido en un estado de indiferencia, ha perdido la iniciativa ..., no responde al teléfono». Tras un error de cálculo tan descomunal y evidente, se ha apuntado que probablemente le pareció adecuado seguir el ejemplo de Iván el Terrible y encerrarse a la espera de que sus nobles lo invitasen a volver y, con ello, confirmaran su lealtad. Así lo hicieron, pero el proceso también pone de relieve la importancia sostenida del equipo en la gobernanza soviética. Con Stalin ausente e incomunicado, los miembros nucleares del equipo —Mólotov, Malenkov, Voroshílov, Beria, Mikoyán y Nikolái Voznesenski (nuevo «candidato» del Politburó y responsable de la planificación económica)— mantuvieron una reunión de emergencia en el Kremlin. Beria propuso crear un nuevo organismo que dirigiría el esfuerzo bélico, el Comité de Defensa Estatal (GKO), que Stalin encabezaría. Se acordó que se presentarían como grupo en la dacha, sin invitación, para contarle a Stalin lo que habían decidido. Se convenía que Mólotov era el

líder del equipo en ausencia de Stalin y, por lo tanto, debía presidir también la delegación.

Según lo contó Mikoyán, cuando llegaron a la dacha, Stalin se comportó como si hubieran venido a detenerlo, pero esto quizá fuera una glosa posterior. En todo caso, no cabe duda de que Stalin se mostró con espíritu de equipo e inusualmente humilde. Aceptó la sugerencia del equipo de formar un GKO que él presidiría. Pero fue Mólotov quien, a instancias de Stalin, lanzó el primer mensaje radiofónico a la nación tras el ataque alemán; Stalin dijo que no se sentía capaz. El texto fue de redacción colectiva y Mólotov (según la valoración de un Stalin ingrato) lo pronunció sin gracia, volviendo a su antiguo tartamudeo. Aun así, logró transmitir la conclusión categórica: «Nuestra causa es justa. El enemigo será aniquilado. Venceremos». Stalin no habló por las ondas hasta una semana más tarde, con un discurso que fascinó a la opinión pública con su saludo inicial, que incluía el vocativo «¡Hermanos y hermanas!», propio de la tradición ortodoxa rusa. Sus palabras hicieron hincapié en que la contienda exigiría defender la patria rusa —de hecho, en la jerga rusa se la dio en llamar «la Gran Guerra Patriótica»—, con Hitler en el papel de Napoleón, el invasor occidental de hacía ciento cincuenta años. Pero Stalin, como Mólotov, sonaba inquieto y se le pudo oír dando sorbos de agua mientras hablaba.[9]

Pese a la debacle de junio, el papel de Stalin no perdió peso, antes al contrario. En mayo de 1941 había asumido la jefatura de gobierno que antes ocupó Mólotov (que perdió algo de categoría: aunque siguió manejando gran parte del trabajo diario y los asuntos exteriores, formalmente, quedó como uno más de los quince vicepresidentes). En julio, Stalin asumió también la titularidad del Ministerio de Defensa (Voroshílov había sido degradado tras la debacle de la guerra de Invierno). El 8 de agosto, en una jugada arriesgada, Stalin se situó como comandante supremo al mando de las fuerzas armadas, un cargo nuevo. El Comité de Defensa Estatal pasó a ser el organismo que tomaba las decisiones principales, relevando al Politburó, pero con sus miembros como núcleo central del equipo. Stalin lo presidía, con Mólotov como vicepresidente, y Malenkov, Beria,

Kaganóvich, Mikoyán, Voroshílov y el recién llegado, Voznesenski. (Malenkov y Voznesenski habían ascendido a «miembros candidatos» del Politburó en febrero de 1941.) Desde diciembre de 1943, el GKO tuvo una oficina operativa formada por Mólotov, Malenkov, Beria y Mikoyán.

Los estadios iniciales de la guerra fueron desastrosos, con retiradas ingentes y una gran pérdida de territorios e infraestructuras industriales. Hubo que evacuar a millones de personas de la zona occidental del país, lo que se hizo de forma apresurada y desorganizada, y los alemanes rodearon y apresaron a millones (literalmente) de soldados soviéticos, incluidos ejércitos enteros. A finales de junio, las tropas alemanas se acercaban a Leningrado y en septiembre habían sitiado la ciudad. La retirada soviética continuó durante un año y medio en el que los alemanes avanzaron hasta el Volga y ocuparon un territorio que, antes de la guerra, había alojado a 85 millones de personas (el 45 % del total de la población soviética) y producía el 63 % del carbón del país, y el 58 % del acero. En este tiempo, llamativamente, no hay señal de que el régimen soviético y el liderazgo de Stalin fuera sometido a tensiones graves desde el interior; fue un gran contraste con respecto a la experiencia de la primera guerra mundial, cuando las derrotas y la colosal cifra de bajas precipitaron la caída del régimen zarista. Aun así hubo momentos en los que la derrota militar tuvo que parecer casi inevitable. La reacción de Stalin fue, como era predecible, muy severa: en otoño dictó la infausta orden que calificaba de traidor a todo soldado que se rindiera o fuera apresado, y trasladaba el castigo a sus familias. En los primeros meses de la guerra Stalin tuvo accesos de pánico: uno de los generales se refirió a una llamada de teléfono casi histérica en la que Stalin, que hablaba de sí mismo en tercera persona, le decía a aquel militar destacado en el frágil Frente Occidental: «el camarada Stalin no es un traidor, el camarada Stalin no es traicionero, el camarada Stalin es un hombre honrado ... [que] hace cuanto está en su mano para corregir la situación».[10]

Al empezar octubre, como el rápido avance alemán ya amenazaba Moscú, el GKO ordenó al gobierno y al cuerpo diplomático que se

trasladaran a Kúibyshev, junto al Volga. El 16 de octubre, con los alemanes en Jimki, en el extrarradio septentrional de Moscú, que defendían en gran medida voluntarios civiles, Stalin ordenó asimismo la evacuación del Politburó. Pero todos los miembros clave del equipo —Mikoyán, Mólotov, Malenkov y Beria— se negaron a obedecer la orden y se quedaron en Moscú. Voznesenski partió hacia Kúibyshev, como jefe de gobierno en funciones (Mikoyán afirmó, con malicia, que solo buscaba reforzar su poder y su posición, pero al llegar allí, se encontró desconectado del curso principal de los acontecimientos). Andréyev, Kalinin y Kaganóvich también partieron hacia Kúibyshev, acompañados de sus esposas e hijos, y las familias de otros miembros del equipo; pero Andréyev y Kaganóvich no tardaron en volver a Moscú. En cuanto a las intenciones y acciones de Stalin, en los primeros días no quedaron claras, pero de hecho se quedó en Moscú, aunque envió a Kúibyshev a Svetlana y a toda la gente de su casa. Fueron días terribles: había saqueadores en las calles y los moscovitas corrientes decidían en el último minuto si se quedaban o huían. Una bomba alemana mató al escritor Aleksandr Afinoguénov cuando salía del edificio del Comité Central, en el mismo centro de Moscú. El 7 de noviembre, para afirmar que la Unión Soviética aún no había quedado fuera de juego, Stalin, Beria, Kaganóvich, Mólotov, Malenkov, Mikoyán y Aleksandr Shcherbakov (sustituto de Jrushchov como primer secretario en Moscú y «candidato» del Politburó desde febrero de 1941) asistieron a una versión mínima del habitual desfile del aniversario de la Revolución, en la Plaza Roja, en la que el mariscal Budionni, héroe de la guerra civil, pasaba revista a las tropas montado en un caballo blanco, con su exuberante mostacho moteado de nieve. En un discurso grabado previamente, Stalin invocó a figuras heroicas del pasado ruso, desde Aleksandr Nevski repeliendo a los Caballeros Teutónicos en el siglo XIII, a Suvórov y Mijaíl Kutúzov, los jefes militares zaristas que resistieron ante Napoleón.

Leningrado también rondaba el desastre. Voroshílov, al cargo de las fuerzas militares de la zona, se mostró incapaz de contener el avance alemán, y Mólotov y Malenkov, como representantes del GKO, lo

destituyeron en una visita relámpago. El líder político de Leningrado, Zhdánov, también estaba inquieto y adolecía de problemas de salud (padecía asma y en septiembre sufrió un ataque al corazón) y mentales. El hijo de Malenkov escribió que su padre encontró a un Zhdánov hundido, escondido «en un búnker de lujo: desmoralizado, sin afeitar, borracho»; Mólotov, más parco en palabras, lo recordaba «muy tocado». Según Mikoyán, más adelante Zhdánov le contó a Stalin que tenía pánico a las bombas y las armas de fuego y, por lo tanto, había tenido que delegar la mayor parte del trabajo diario en superficie a su segundo, Alekséi Kuznetsov. Al principio, la ciudad parecía condenada a sucumbir, más tarde o más temprano; pero en noviembre de 1941, el frente, dirigido ahora por Zhúkov, se estabilizó. Cuando la población de Leningrado (de varios millones de personas) contaba con reservas de comida para menos de una semana, se construyó un camino que atravesaba el hielo del lago Ladoga, y en enero de 1943 se añadió un estrecho pasillo terrestre. Aun así, en el sitio de Leningrado murieron más de un millón de personas y el asedio no se levantó hasta el 27 de enero de 1944.[11]

Si tenemos en cuenta qué peligro había atravesado el equipo durante las Grandes Purgas, es asombroso que en los años siguientes sus miembros fueran capaces de actuar, y no digamos por iniciativa propia. Sin embargo, durante la guerra, en su mayoría hicieron ambas cosas: trabajaron con eficacia bajo una presión enorme y, a menudo, se vieron en la necesidad de adoptar decisiones propias. Los miembros del GKO, como la mayor parte de sus subordinados, no tuvieron permisos durante la contienda. En los años bélicos se volvió al modelo de los primeros años treinta: un «liderazgo colectivo» que coexistía con la dictadura *de facto* de Stalin, en el cual varios miembros tenían definidas sus propias áreas de responsabilidad. Dentro de estos ámbitos, no solo se les permitía tomar la iniciativa: se les exigía. Según el recuerdo posterior de Mikoyán, los primeros años de la guerra representaron un máximo en la cualidad del equipo como entidad cohesionada, pues todos trabajaban a toda máquina en un contexto de confianza mutua, las grandes cuestiones se decidían por teléfono sin apenas

papeleo, y el equipo actuaba en «una atmósfera excelente de trabajo en camaradería». Cuando «los Cinco» que formaban el núcleo del GKO (Stalin, Mólotov, Malenkov, Beria y Mikoyán) se reunían, lo que solían hacer a altas horas, sin un orden del día previo ni redacción de actas posteriores, «todos teníamos plena libertad para hablar y defender nuestras opiniones y sugerencias»; y la actitud de Stalin, incluso cuando no le gustaba lo que oía, era «razonable y paciente». En un número no escaso de ocasiones, Stalin, «convencido por nuestros argumentos», habría cambiado de opinión en el transcurso del encuentro.

Todos los funcionarios y militares que han rememorado haber visitado a Stalin en el Kremlin en esa época lo recuerdan flanqueado por Mólotov y otros miembros del equipo (por lo general, Beria y Malenkov), aunque estos no solían tomar la palabra. Algunos visitantes los consideraban aduladores sin voz propia y se enojaban por su presencia, pero el mariscal Zhúkov, que era de los que más frecuentaban el grupo sin formar parte de él, lo veía de otro modo:

> Tras participar en muchas ocasiones del análisis de los temas en el despacho de Stalin, en presencia de sus ayudantes más próximos, tuve ocasión de ver riñas y peleas, y observar excesos de testarudez en diversas cuestiones, en particular de Mólotov; a veces esto iba tan lejos que Stalin alzaba la voz o incluso perdía los nervios, pero Mólotov, sonriente, se levantaba de la mesa sin cambiar de parecer. Muchas de las sugerencias de Stalin al respecto de cómo reforzar la defensa y armar al ejército topaban con oposición y objeciones. Después se crearon comisiones en las que había querellas, y algunos temas quedaron ahogados en esas discusiones. A su modo, esto también era una forma de resistencia.

Mólotov, pese a los problemas de 1939 y la evidente pérdida de categoría de mayo de 1941, estuvo al lado de Stalin casi permanentemente, tanto en el Kremlin como en los otros puntos de encuentro en Moscú, como por ejemplo el refugio antiaéreo de la estación de metro de Kírov. Años más tarde, Mikoyán sostuvo con dureza que esta compañía forzosa dificultó que Mólotov pudiera resultar útil durante la guerra, y lo tildó de «adorno», pero quizá estuviera dando cancha a los celos. El propio Mikoyán también acudía a menudo al despacho de Stalin, aunque no tanto como aseveraba (en la lista de la frecuencia de visitas, no era el segundo por detrás de

Mólotov, sino el cuarto: también le aventajaron Beria y Malenkov). Stalin y Mólotov no se movieron de Moscú, mientras que los otros miembros del equipo iban corriendo de un frente a otro. Así, salvo para la Conferencia de Teherán, celebrada con los Aliados a finales de 1943, Stalin prácticamente no salió de la capital durante la guerra. Mólotov hizo dos o tres viajes de ámbito nacional, durante los primeros años de la contienda, para hacer restallar el látigo sobre alguna figura de las fuerzas armadas que había perdido el favor de Stalin, pero el resto de sus viajes, en tanto que ministro de Exteriores, fueron internacionales: en 1942 emprendió un importante (y peligroso) viaje en avión como ministro del ramo, con destino a Gran Bretaña y Estados Unidos; y en 1943 fue también a Teherán.[12]

En el reparto del trabajo del GKO, parcialmente formalizado, Stalin estaba al cargo de la faceta militar, y los otros, de la económica (cuyo rendimiento fue muy notable, y mejor que el de las fuerzas armadas, a juicio de los historiadores). Los jefes operativos del GKO eran Malenkov, Beria y Mikoyán, junto con Mólotov. Mikoyán, como de costumbre, se ocupaba del abastecimiento (incluido el del Ejército Rojo) y luego también de la producción armamentística; además seguía dirigiendo el Ministerio de Comercio Exterior y, desde esta posición, supervisaba las entregas del «préstamo y arriendo» de Estados Unidos y Gran Bretaña. Esta fue una de las etapas culminantes de su carrera, tanto por la eficacia operativa como por la proximidad al centro del poder. La producción de tanques, la de aviones y la industria atómica fueron asignadas, en diversas fases, a Mólotov, Malenkov y Beria; en general, durante el transcurso de la guerra, Beria asumió cada vez más responsabilidades. La planificación recayó sobre una figura que emergía con rapidez: Nikolái Voznesenski, el nuevo favorito de Stalin.

Nikolái Voznesenski, de etnia rusa, había nacido en 1903. Era competente, enérgico y (según se le reprochó) arrogante; fue uno de los (relativamente escasos) licenciados del Instituto de Profesores Rojos que alcanzó posiciones de gran poder. Como economista de formación, en el seno del equipo se distinguía no solo por la juventud y la formación

académica, sino por exhibir maneras de intelectual. Fue el primer profesional del equipo, y también el primer destacado de la nueva cohorte de jóvenes profesionales comunistas que iniciaron el ascenso tras las Grandes Purgas y en los que Stalin y Mólotov habían puesto una gran esperanza. Protegido por Zhdánov, Voznesenski había trabajado varios años en Leningrado, en el campo de la planificación, antes de ser ascendido a la dirección de la Gosplán (Comisión de Planificación Estatal) en Moscú, en 1938. Tras unos pocos años en este puesto, fue nombrado «candidato» del Politburó en febrero de 1941. Stalin quedó «cautivado» por Voznesenski, según escribió Mikoyán, y en algún momento de 1942 o 1943 anunció que este sería el primer vicepresidente del consejo de ministros en temas de economía, lo que lo situaba, nominalmente, por encima tanto de Mikoyán como de Mólotov. La carrera meteórica se le subió a la cabeza, a juicio de Mikoyán, y Voznesenski se tornó arrogante y exhibió tanta ambición que Beria intrigó en su contra, con cierto éxito.[13]

Beria, que dirigía los servicios de seguridad y, durante toda la guerra, colaboró estrechamente con los militares, prosperó mucho durante la guerra, aunque algunos lo reducen a actos de intriga. Nunca es fácil obtener una imagen clara de Beria, pues, tras caer en desgracia en 1953, se convirtió en un útil cabeza de turco, y cuando los jefes militares o civiles rememoran su actuación en los años de la contienda se muestran hostiles sin apenas excepción. Durante la guerra, la responsabilidad de Beria era colosal: además de la seguridad nacional, el espionaje internacional, las deportaciones al Gulag y varios cientos de miles de soldados de la NKVD (como tropas fronterizas), supervisó la evacuación del Ministerio de Defensa, el abastecimiento de mano de obra y el traslado de hombres y pertrechos al frente. En el GKO, controlaba la producción militar, ante todo de armamentos y municiones. La esfera de sus responsabilidades estaba en clara expansión; aunque a menudo se ha aludido a ello como reflejo de su hábito intrigante y de forja de imperios, también debió de ser competente en un grado inusual. Por otro lado, no siempre quería las nuevas responsabilidades: cuando Stalin, insatisfecho con la forma en que

Kaganóvich gestionaba los ferrocarriles, quiso traspasarle este ámbito, Beria declinó. A juicio de Stalin (según un observador próximo), Beria se caracterizaba por «el pensamiento claro, la sangre fría y la racionalidad». En el contexto del *modus operandi* de Stalin, para bien o para mal, fue un actor estelar.

Al iniciarse la guerra, Malenkov perdió una parte de su crédito, a ojos de Stalin, pero se recuperó en los primeros meses de 1943. Su relación con Zhdánov siempre tuvo tintes de competencia, y la promoción de los dos protegidos de Zhdánov (Voznesenski y Shcherbakov) sin duda le complicó las cosas. Mikoyán, que no era un gran admirador de Malenkov, concedió sin embargo que, durante la guerra, los contactos de este con los funcionarios provinciales del partido resultaron de gran utilidad en la producción aeronáutica. Zhdánov, miembro de pleno derecho del Politburó desde 1939, estaba fuera de Moscú y, al no ser miembro del GKO, quedó desconectado durante la mayor parte de la guerra. Cabría haber esperado que la actuación de Zhdánov en Leningrado al iniciarse la guerra —no poco lamentable— habría pesado en su contra, y desde luego, Stalin le dio un buen repaso en el otoño de 1941; pero según parece, en la siguiente breve visita a la capital, en junio de 1942, se le había perdonado al menos en parte. Según Mikoyán, Stalin estaba al corriente de los puntos flacos de Zhdánov —Mikoyán hizo alusión a la bebida y la cobardía— pero le perdonó.[14]

Jrushchov vivió una guerra emocionante, enmarcada por el establecimiento del gobierno y las instituciones soviéticas en la Ucrania occidental (recién adquirida en 1939) y el restablecimiento de esas instituciones en Ucrania, en sus dos sectores, después de que los alemanes se retirasen en 1944. Según parece, manejó estas cuestiones con energía y eficacia. Desde que Kiev cayó, a mediados de septiembre de 1941, hasta que Jrushchov volvió a entrar en la capital ucraniana, el 21 de noviembre de 1943, fue de un lado a otro por los frentes (su familia fue evacuada a Kúibyshev). Como Zhdánov, era miembro de pleno derecho del Politburó (desde 1939), pero no formaba parte del GKO. Chocó muy fuerte con Stalin

a propósito del desastroso intento de recuperar Járkov, en la primavera de 1942, que costó la vida o la libertad a casi medio millón de soldados; pero no se lo degradó y luego recuperó prestigio. Yákov Chadáyev, cuyo puesto como administrador del Consejo de Ministros le permitía observar de cerca a los líderes, afirmó que Stalin se contentaba con la concepción que Jrushchov tenía de los problemas, en exceso simplista, porque era uno de los pocos miembros del equipo que procedía de la clase trabajadora; pero esta opinión se expresó ya tras la caída de Jrushchov (que se produjo en 1964) y probablemente no es justa. Stalin no tenía intención de que un simple «obrero cualquiera» dirigiera Ucrania; es obvio que apreciaba a Jrushchov porque era resolutivo y mostraba iniciativa y capacidad de adaptación. A diferencia de algunos de los otros civiles que estaban de gira por los frentes, parece ser que a Jrushchov se lo recibía con genuino agrado. Al analizar su contribución a finales de los años sesenta (es decir, después de que perdiera el poder, en un clima en el que quizá cabía esperar comentarios negativos), el mariscal Aleksandr Vasilevski aprobó la forma en que se había conducido durante la guerra: «Jrushchov era un hombre enérgico, valiente, que estaba con las tropas a todas horas, nunca se quedaba en los cuarteles y puntos de mando, intentaba verse y hablar con todo el mundo, y, esto hay que decirlo: la gente le amaba».

Kaganóvich fue uno de los antiguos miembros del equipo cuya posición menguó claramente durante la guerra. Nada más iniciarse el ataque alemán, el 24 de junio de 1941, se lo puso al cargo de la evacuación de las industrias de las regiones occidentales del país, pero a las tres semanas se lo destituyó por no estar a la altura de lo esperado. Le ocurrió lo mismo con el ferrocarril, aunque sin duda se trataba de una tarea difícil para cualquier director, teniendo en cuenta las exigencias de la guerra. Kaganóvich siempre se mostró orgulloso de su gestión de los trenes, cuyo presupuesto había defendido con gran vehemencia en los años treinta («La gente me atacaba: "¡Cede, cede!", y yo no cedía nada»). En 1990 se jactó de que el rendimiento de los trenes, junto con el del ejército, habían sido los dos milagros de la guerra. Como ministro de Ferrocarriles en el primer año de

guerra, «trabajaba dieciocho horas al día, insultando y amenazando a quien se cruzaba con él, sin dejar a nadie en pie, ni siquiera a sí mismo». Pero en la primavera de 1942, las grandes vías ferroviarias quedaron atascadas, los trenes de mercancías y soldados quedaron prácticamente paralizados, y Kaganóvich no aportaba nada para resolverlo («salvo histeria»), según la valoración, muy crítica, del hombre que le sucedió. Fue despedido mediante una resolución del GKO del 25 de marzo de 1942, que valoraba que «pese al trabajo satisfactoriamente realizado en ... el tiempo de paz, no ha podido lidiar con el trabajo en las circunstancias de guerra». No quedaba del todo claro qué había funcionado en los años de paz y dejado de funcionar en los de guerra: algunos comentaristas citaron su hábito arraigado de gritar, jurar e incluso pegar a los subordinados, mientras otros aluden a su escaso respeto por el consejo de los especialistas, y unos terceros, a «un estilo burocrático que no se adecuaba a las nuevas circunstancias». Aunque volvió a la dirección de los ferrocarriles en 1943-1944, no logró recuperar la posición en la jerarquía política. A finales de 1942, según ha escrito un historiador, había quedado «fuera del juego político»; tras los dos primeros años de la guerra, se le vio muy poco en el despacho de Stalin.[15]

Voroshílov también había quedado fuera del juego político a finales de 1942, aunque en el imaginario popular aún era una figura respetada; su imagen se había visto reforzada por la gran celebración de su sexagésimo cumpleaños, en febrero de 1941. Las Grandes Purgas, en opinión del almirante Kuznetsov, lo habían desmoralizado y paralizado. Su gestión del Ministerio de Defensa durante la guerra con Finlandia y el hecho de que, cuando lideraba el Frente Noroccidental, no consiguió impedir el sitio de Leningrado, se criticaron en una resolución del Politburó del 1 de abril de 1942, que lo destinó a «labores militares en la retaguardia». Desde entonces, aunque no dejó de ser miembro del Politburó y, durante varios años, del GKO, sus compañeros no querían tratar con él; en palabras de un historiador, había perdido «incluso el derecho moral a expresar su opinión» en las reuniones. Aun así, todavía podía acceder libremente a Stalin y ambos seguían tuteándose (en el equipo, ya solo lo hacían Mólotov y,

probablemente, Mikoyán). Pero los encuentros con Stalin se tornaron mucho menos frecuentes desde que perdió el puesto en el GKO, en 1944, y Mikoyán afirma que ya no se le invitaba siquiera a las reuniones del Politburó (pese a que en teoría seguía siendo uno de sus miembros).

Andréyev —que, como Kaganóvich, había sido uno de los miembros del equipo más activos durante las Grandes Purgas— también perdió categoría durante la guerra. Mientras mantuvo la secretaría del Comité Central, en los primeros años de la contienda, sus ámbitos particulares de responsabilidad fueron la evacuación, el suministro de comida y uniformes al frente, y la organización de las plazas hospitalarias para los soldados heridos; más adelante quedó al cargo de Agricultura. Como en la década de 1930, emprendió muchos viajes a las provincias, ahora con el propósito de organizar la adquisición de alimentos y su envío al frente. No se sabe con certeza por qué menguó de categoría. Adolecía de problemas de salud y, según una fuente, Stalin lo apartó de su círculo social desde finales de los años treinta. En 1941, un ministro de los años de guerra valoró su actividad con bastante moderación: afirmó que sus contribuciones al esfuerzo bélico fueron de utilidad, pero mencionó una reunión de trabajo de los dos con un general «que, a mí, me conocía, pero no conocía a Andréyev. En general poca gente le conocía. Era bajo y vestía con discreción. Una personalidad apagada. Y además tenía problemas de corazón».

Kalinin, que acabó la guerra con casi setenta años y problemas de salud, aún ocupaba el cargo de presidente, pero la información sobre sus actividades durante la guerra es muy parca (cuando existe). Se refugió en Kúibyshev durante los dos primeros años, más o menos, pero probablemente había regresado al apartamento del Kremlin como muy tarde a mediados de 1943. Cuando se rememoró su actuación en los años de guerra, se hizo en tono de encomio, porque él, a diferencia de la mayor parte de los otros miembros del equipo, no cayó en desgracia en las décadas posestalinistas. Lo que más se recordaba era su conversación placentera, presencia benevolente y sabiduría en los consejos. El mariscal Zhúkov hizo constar un intenso afecto por él y recordaba haber pasado a verlo en 1945,

para ponerlo al tanto de la batalla de Berlín. Kalinin no era una presencia habitual en el despacho de Stalin, pero Yákov Chadáyev afirma que Stalin y otros miembros del equipo lo llamaban a menudo para consultarle cuestiones de economía. Quien más iba a ver a Kalinin, entre los componentes del equipo, era el joven Voznesenski, director de la Comisión de Planificación Estatal.[16]

Es bien sabido que Stalin se implicó a fondo en la dirección de la guerra, pero no hay coincidencia de opiniones en cuanto a la valoración de lo que aportó. Acabado el conflicto, Stalin le dijo en cierta ocasión a Mólotov que «ninguno de vosotros tiene interés por los asuntos militares», y Mólotov reconoció que eso era cierto, al menos en parte. Probablemente lo era en el caso del propio Mólotov, que tanto durante casi toda la guerra civil como de nuevo en la segunda guerra mundial desempeñó labores de oficina. No se aficionó a vestir uniforme militar y no poseía los vínculos personales y laborales, de muchos años, que unían a Mikoyán, Kaganóvich y Voroshílov con los jefes del Ejército Rojo; no digamos en comparación con Voroshílov, que durante muchos años fue considerado como un integrante más de las fuerzas armadas. Sin duda, las Grandes Purgas habían eliminado a muchos de los viejos colegas del ejército, como Yegórov, Yakir, Gamárnik y Uborévich. Pero la guerra forjó nuevos lazos de unión (tanto personales como profesionales) entre los líderes militares y los líderes políticos.

Stalin se mantuvo en contacto constante con los jefes militares a lo largo de toda la guerra; su relación con ellos fue tan frecuente e importante como la que le unía al equipo del GKO. Stalin tenía su propio «comité de sabios» en materia militar, de carácter informal. Lo integraban por ejemplo los mariscales Borís Sháposhnikov (jefe del Estado Mayor y segundo de Stalin en el Ministerio de Defensa en 1941-1942), Aleksandr Vasilevski (que sucedió a Sháposhnikov en la jefatura del estado mayor y el cargo de viceministro) y Gueorgui Zhúkov (segundo comandante en jefe desde 1942). Sentía un respeto particular por Zhúkov, una de las pocas personas que se atrevía a replicarle.

Stalin contactaba con sus militares por teléfono o mediante reuniones en el Kremlin, y sus conocimientos sobre el frente y la condición del ejército procedían de informes, no de primera mano. Para él, esto no suponía necesariamente una desventaja. Cuando el dramaturgo ucraniano Aleksandr Korneichuk (esposo de la escritora favorita de Stalin, la polaca Wanda Wasilewska, y uno de los viceministros de Mólotov en Exteriores durante los años de guerra) escribió una obra que criticaba el estilo de liderazgo «a la vieja usanza» del ejército, Stalin entendió que era información valiosa y se enfureció cuando el mariscal Semión Timoshenko atacó a Korneichuk en la prensa. «Sois unos arrogantes, los militares —dijo—. [Os pensáis] que lo sabéis todo y que nosotros, los civiles, no entendemos nada.»

Otros miembros del equipo tenían sus propios contactos en las fuerzas armadas, y en muchos casos la amistad perduró en la vida civil, más allá del período bélico. Jrushchov, que acabó la guerra con el grado de teniente general, vivió como un nómada en el frente, como representante del Politburó, y tenía una multitud de contactos y protegidos entre los militares. No tardó mucho en hallarse cómodo entre los soldados profesionales, tanto como con los colegas de Moscú (o quizá más), y a veces se puso de su parte y en contra del Kremlin. Cuando volvió a entrar en Kiev, en noviembre de 1943 —después de dos años por los caminos del frente, en compañía de los soldados, porque sus dominios de Ucrania estaban ocupados por Alemania —, «le habría encantado ver algo de cómo perseguíamos a los alemanes por la Europa oriental», según su recuerdo posterior; pero le tocó quedarse para ordenar de nuevo el hogar ucraniano. Entre los amigos de Jrushchov estaban Zhúkov, Vasilevski y Timoshenko, «un buen hombre y buen militar» al que acompañó (sin duda, violando las normas) en un vuelo que «se adentró en Besarabia, más allá del frente rumano» en 1940, para que pudiera ver a su hermano y su hermana en su pueblo natal.

Mikoyán, responsable de abastecer al Ejército Rojo, trabó especial amistad con su homólogo en el ejército, el general Andréi Jruliov, y con el general Nikolái Vatutin, comandante de los Frentes de Vorónezh y del Suroeste. Beria, según su hijo, fue patrón y protector de muchos jefes

militares, incluidos Zhúkov y Vasilevski, y era buen amigo de Timoshenko desde antes del conflicto. Durante la guerra chocó con varios líderes de las fuerzas armadas, lo que no era de extrañar si pensamos que controlaba las unidades de apoyo de la NKVD, que se suponía no debían emplearse en el combate activo. Sus visitas al frente, como las de Kaganóvich, provocaban a menudo el enfado de los jefes militares, porque venía acompañado de un séquito numeroso e iba dando órdenes por doquier.

Incluso los miembros del equipo que pasaron la mayor parte de la guerra en Moscú hicieron amigos entre los militares en la década de 1940. Pensemos por ejemplo en Malenkov, de quien Jrushchov recordaba que «allí donde la situación del ejército parecía especialmente grave, Malenkov tomaba un avión con ... representantes del Estado Mayor General. Sinceramente, nunca me alegraba mucho de verlo». Pero su hijo, como todos los que escribieron memorias de familiares, hizo hincapié en la «amistad personal» de su padre, acabada la guerra, con Zhúkov, Vasilevski, Konstantín Rokossovski y el almirante Nikolái Kuznetsov, jefe de la Marina. La hija de Andréyev también afirma que su padre tenía amistad con Kuznetsov y los mariscales Iván Konev, Rokossovski y Timoshenko, y en el período de posguerra disfrutaba al reunirlos y oírles contar historias sobre la contienda.[17]

Entre tanto, las esposas y los hijos vivían en Kúibyshev, en un marco de relativa comodidad, pero también notable aburrimiento, en compañía de escritores célebres, el ballet Bolshói, corresponsales extranjeros y el cuerpo diplomático, con ansias de volver a la capital. La hija de Stalin, Svetlana, que cumplió dieciséis años en 1942, logró regresar en junio de aquel año, y en seguida se metió en problemas. Su hermano Vasili le presentó a Alekséi Kapler, un cineasta y escritor famoso, veintidós años mayor que ella; se enamoraron y tuvieron una relación apasionada que, al parecer, no se llegó a consumar, con sus guardaespaldas merodeando inquietos alrededor. Terminó con una nota muy romántica: Kapler publicó un artículo en *Pravda* en el que se atrevía a indicar que miraba el Kremlin desde el hotel mientras pensaba en su amada. Svetlana fue objeto de una reprimenda feroz de su

padre, al que apenas había visto desde que estalló la guerra. Ella invocó el amor como justificación, y Stalin se encolerizó, como era de prever; a su entender, Kapler (cuyas conversaciones telefónicas con Svetlana habían sido objeto de escucha) era solo un seductor de escolares ya entrado en años, por lo que recuperó el modo del *paterfamilias* georgiano y aun añadió su propia vena personal de crueldad («Mírate: ¿quién te iba a querer?»). Kapler, que era uno de los privilegiados de la élite cultural que podía tener contacto con extranjeros, fue arrestado en 1943 por ser espía de Inglaterra y se lo envió al Gulag para cinco años.

Al año siguiente, Svetlana enojó otra vez a Stalin al casarse impulsivamente con un amigo de la escuela, Grigori Morózov, quien, como Kapler, era un intelectual judío con abundantes contactos entre la alta sociedad moscovita. Stalin y la NKVD creían que la joven pareja era un peligro para la seguridad nacional, pues miembros ambiciosos (y posiblemente traidores) de la élite cultural podían cultivar su amistad por otros motivos. Esto obedecía en parte a que el padre de Grigori, que era algo canalla (aunque se decía que era amigo de Polina Zhemchúzhina), se aficionó a alardear sobre sus lazos con la familia de Stalin y a contar rumores sobre él (en 1948 fue arrestado por difundir «calumnias infundadas sobre el jefe del gobierno soviético»). La NKVD informó a Stalin de que otro de los amigos de Polina, el director teatral Solomón Mijoels, de lengua yídica, cortejaba a Morózov y Svetlana con la esperanza de acceder directamente a Stalin. En todo caso, el matrimonio se rompió pronto (por sus propios problemas internos, según Svetlana). Pero Stalin, aunque toleró la boda, nunca quiso conocer al yerno («Es demasiado calculador, tu joven marido», y debería estar en el frente), y en la rumorología moscovita se destacaba que era Stalin el que había insistido en el divorcio. El matrimonio tuvo un hijo en 1945, llamado Iósif en honor del abuelo, pero Stalin apenas lo veía.[18]

La guerra no perdonó a los hijos del equipo. De los varones se esperaba que se presentaran voluntarios para el servicio militar, y parece ser que todos lo hicieron. Fue el caso de los hijos de Stalin, Yákov y Vasili, y de

Artiom Serguéyev, al que había acogido, y que recordaba que Stalin los hizo llamar y les dijo: «Chicos, pronto habrá una guerra. ¡Tenéis que uniros al ejército!». Aunque sin duda los vástagos del equipo recibieron un trato especial (tanto si sus padres lo pidieron como si no), Vladímir Mikoyán —que era aviador— murió mientras volaba sobre Stalingrado, en 1942. Timur Frunze, adoptado por los Voroshílov, fue otra de las bajas; Voroshílov se dolió de haber accedido al ruego de Timur y haberle permitido ir al frente sin dar instrucciones en secreto para impedírselo: «sus padres nos lo confiaron —se lamentaba— y hemos defraudado su confianza». Yákov —hijo del primer matrimonio de Stalin, que, a diferencia de los vástagos del segundo, usaba el apellido Dzhugashvili) y Leonid Jrushchov también fallecieron, pero en circunstancias más complicadas. Yákov, oficial de artillería, fue apresado en el Frente Bielorruso el 10 de julio de 1941. Los alemanes ofrecieron intercambiarlo, pero Stalin no quería negociar su libertad y alegó que toda Rusia tenía hijos perdidos. Yákov se negó a cooperar con los alemanes y murió en el campo de concentración de Sachsenhausen, en la primavera de 1943, al parecer ejecutado tras haber desobedecido las órdenes de un guarda. Por su condición de prisionero de guerra, su esposa fue castigada con el exilio durante varios años; tenían una hija pequeña que, siguiendo órdenes de Stalin, fue criada en el mismo hogar de Svetlana hasta la liberación de su madre.

El hijo mayor de Jrushchov, Leonid, piloto de caza, murió en 1943, y su fallecimiento fue aún más turbio. Al igual que Yákov, Leonid era hijo de un matrimonio anterior y su relación con su padre era poco sólida. En julio de 1941, resultó herido de gravedad al ser derribado por cazas alemanes, y se lo hospitalizó durante varios meses en Kúibyshev, donde se había evacuado a la familia de Jrushchov. Durante este tiempo mató a un marino mientras, estando borrachos, jugaban con armas de fuego, y se lo sometió a un consejo de guerra. Volvió al frente en 1943 y desapareció en combate; a la familia se le dijo que había «fallecido como un valiente», y así lo cuenta Jrushchov en sus memorias. Según el biógrafo de Jrushchov, podría haber sido así, en efecto. Sin embargo, también corría el rumor de que se lo había

fusilado tras descubrirse que era un colaborador; Mólotov repitió la historia años más tarde, después de haber roto agriamente con Jrushchov en 1957. A la viuda de Yákov, como a la de Leonid, se la castigó, aunque quizá por sus propios actos, y no los del marido: fue detenida acusada de haber contactado con espías extranjeros —en el marco de la interacción social con los diplomáticos, en Kúibyshev, sin duda— y no se la liberó hasta la década de 1950, con lo que su hija pequeña, Yulia, quedó al cargo de los abuelos Jrushchov.

Hubo muchos casos en los que los abuelos, tras desaparecer sus hijos, quedaron al cargo de los nietos; era práctica habitual detener a las esposas de los que, como Yákov, habían sido apresados por el enemigo. Aun así, sorprende un poco pensar que entre esos abuelos estaban no solo miembros del equipo (Jrushchov), sino también el propio Stalin. En lo que respectaba a Mikoyán, la detención de un pariente político se produjo durante la guerra, pero en 1943, con dos de sus hijos luchando en primera línea y un tercero que había sido una baja reciente, vivió un desastre: sus dos hijos menores, Vanó y Sergó, de quince y catorce años, fueron arrestados en el caso de «los niños del Kremlin». La historia empieza con un suicidio-asesinato que afectó al hijo de un ministro del gobierno y la hija de un embajador soviético; la pistola que usaron pertenecía a su amigo Vanó Mikoyán. El suceso nacía de un amor frustrado, pero, según era habitual en el contexto soviético, la investigación se volvió política cuando se dijo que el diario del chico adolescente contenía fantasías sobre un futuro gobierno del que participarían él y los dos hermanos Mikoyán. No fue el único caso similar (otro implicó, de forma indirecta, a Piotr, adoptado como hijo por los Voroshílov, y la hija del «viejo bolchevique» Nikolái Shvérnik): a todas luces, la NKVD estaba inquieta por la idea de que los niños del Kremlin, expuestos a vete a saber qué influencias en la escuela y entre sus iguales, lo sabían todo sobre la disposición del Kremlin y de las dachas que el equipo tenía fuera de Moscú. Vanó y Sergó Mikoyán desaparecieron en la Lubianka y luego fueron desterrados a Asia central hasta que, ya acabada la guerra, se les permitió volver a Moscú. Mikoyán no intentó interceder por

ellos, sabedor de que tales intentos eran inútiles, y ni siquiera abordó el tema con Stalin.[19]

La guerra vivió su punto de inflexión en la batalla de Stalingrado, la ciudad del Volga —situada lejos de la frontera occidental de la Unión Soviética, en los tiempos normales— que había sido la base de Stalin durante la guerra civil. La ciudad quedó prácticamente destruida en los combates del invierno de 1942-1943, librados edificio por edificio entre el ejército del general alemán Paulus y los soviéticos, que estaban apostados en el lado moscovita del río. Jrushchov estuvo allí como consejero político del mariscal Yeriómenko, quien, como comandante del Frente Sur, era en principio el responsable de defender Stalingrado. A Yeriómenko se le unió luego Rokossovski, al mando de un nuevo Frente del Don, y el mariscal Zhúkov como subcomandante en jefe, que adoptó el puesto de comandante general de las fuerzas soviéticas en aquel enfrentamiento. La batalla de Stalingrado no debe su importancia simbólica tan solo a la mirada retrospectiva; su evolución fue seguida minuciosamente por Stalin desde Moscú, que envió como emisarios personales a Malenkov y el mariscal Vasilevski. En opinión de Jrushchov, la tarea de Malenkov era someterlo a una vigilancia especial e informar al respecto a Moscú: «sobre los temas militares no sabía nada, pero a la hora de intrigar era más que competente», dijo años más tarde un ácido Jrushchov. En el momento de la victoria final, los alojamientos del ejército en Stalingrado se quedaron pequeños, pues una multitud de famosos querían asistir a ella. Zhúkov logró invertir la batalla, pasar de la defensa al ataque, rodear al ejército de Paulus y, en lo que supuso un gran golpe soviético, apresar al propio Paulus el 31 de enero de 1943, un día después de que Hitler lo hubiera ascendido a mariscal de campo.

Tras Stalingrado, los alemanes estaban en retirada, y el ejército soviético se iba abriendo paso por el territorio que aquellos habían ocupado; pero necesitaron un año y medio de combates constantes para llegar hasta la frontera polaca, y desde entonces casi otro año más para entrar en Berlín. Los Aliados abrieron un Segundo Frente —la Unión Soviética lo pedía

desde hacía mucho— con el desembarco estadounidense en Italia, en septiembre de 1943; pero el Frente Occidental —que era lo que los soviéticos ansiaban de verdad— no se abrió hasta el desembarco Aliado en Normandía, ya en junio de 1944. Cuando la suerte de la guerra dejó de favorecer a los alemanes, la conducta de Stalin cambió; empeoró, según los que le rodeaban. En general, durante los tres primeros años de la guerra (aproximadamente) Stalin había trabajado bien con el equipo y los jefes militares. Aunque hubo estallidos puntuales, su conducta habitual era «razonable y cortés», según el almirante Kuznetsov: «Trataba mejor a la gente durante la guerra que en los años de paz». Pero en 1944, Zhúkov lo veía cada vez más celoso de los comandantes militares, y a juicio de Mikoyán, se estaba «volviendo arrogante y empez[aba] a ser caprichoso». Con la amenaza del hambre en una Ucrania devastada, Mikoyán y Andréyev propusieron entregar semillas a las granjas colectivas y estatales, para asegurarse de que al año siguiente la cosecha fuera razonable; pero Stalin «rechazó con grosería la sugerencia» de Mikoyán y lo acusó de «actuar en contra del Estado», dejarse engañar por los funcionarios locales (que, para Stalin, siempre pedían más de lo que necesitaban de verdad) y «corromper» a Andréyev, que era más débil, haciéndolo partícipe de sus pecados.[20]

El avance hacia el oeste y la liberación de territorio que había estado ocupado añadieron más deberes a Beria, que de por sí ya era uno de los hombres más ocupados del equipo. En abril de 1943, la policía secreta se dividió en dos bloques: Beria siguió siendo el responsable de la NKVD y el Ministerio de Interior (que gestionaba el Gulag), y su antiguo segundo Vsévolod Merkúlov pasó a dirigir el nuevo NKGB, el Ministerio de Seguridad Estatal; pero esto no parece haber mermado gran cosa el poder de Beria. Cuando el personal de la policía secreta pasó a regirse con grados militares, en verano de 1945, Beria fue nombrado mariscal. Bajo su mando, se acusó de haber colaborado con el enemigo y de traición colectiva a grupos étnicos del Cáucaso, al completo, y se los deportó en 1943-1944, en operaciones de una crueldad y eficacia espeluznantes. El 23 de febrero de

1944, las tropas de la NKVD entraron en la minúscula república autónoma de Chechenia-Ingusetia, leyeron las órdenes de deportación y, en menos de una semana, cargaron en trenes y camiones a toda la población chechena e ingusetia (casi medio millón de personas) y la deportaron hacia el este. En total, un millón y medio de personas —chechenos, ingusetios, karacháis, balkarios, calmucos, mesjetios y tártaros de Crimea— fueron deportados a Asia central u otros destinos orientales, donde en especial los chechenos, enojados y agresivos, causaron muchos problemas entre los kazajos, como huéspedes tan poco deseados como mal dispuestos. Stalin fue el director general de estas acciones de castigo, pero Beria parece haber sido un socio con afán e iniciativa propios, además de un ejecutor brillante.

Las deportaciones fueron tan solo el caso más dramático de las detenciones y acciones punitivas que se desarrollaron hacia el final de la guerra. Haber escrito cartas a un amigo militar en las que, en un código propio, criticaba a Stalin, provocaron el arresto del joven oficial Aleksandr Solzhenitsyn, futuro cronista del Gulag. Los Estados bálticos, ocupados de nuevo durante el otoño de 1944, vivieron deportaciones y detenciones masivas. En Lituania, como en la Ucrania occidental, perduró durante varios años, acabada ya la contienda, una feroz guerra de guerrillas contra el dominio soviético.[21]

El avance del ejército hacia el oeste, con toda una serie de batallas muy duras, llevó a Jrushchov de regreso a Kiev en noviembre de 1943. Según rememoró más adelante:

> En la ciudad había un aire perturbador. Antes de la guerra había sido un sitio joven, vivaz, agitado; y ahora no se veía a nadie por las calles. Al recorrer la avenida de Kreshchatik y girar hacia la calle de Lenin, nuestros pasos resonaban por delante de nosotros, por el pavimento vacío. Parecían surgir del suelo. Y mientras avanzábamos por la calle de Lenin hacia la Ópera, charlando y compartiendo impresiones, oímos de golpe un grito histérico y vimos que un joven venía corriendo hacia nosotros. Gritaba sin parar: «¡Soy el último judío vivo! ¡Soy el único judío que ha quedado con vida en Kiev!».

Jrushchov pensó que, probablemente, aquel hombre había perdido la cabeza.

Leningrado, y con la ciudad también Zhdánov, quedaron libres del asedio al principio de 1944. Los cadáveres que habían llenado las calles en el invierno de 1942 habían desaparecido, pero las anchas calles grises parecían extrañamente silenciosas y vacías. Harrison Salisbury, del *New York Times*, que entró en la ciudad pocas semanas después, halló a Zhdánov en su despacho del complejo de Smolni, donde trabajaba sin descanso; casi había perdido la voz y tosía por el asma. Durante el sitio sufrió dos ataques al corazón de los que ya no se recuperó plenamente. En enero de 1945 traspasó la gestión de Stalingrado a su segundo, Alekséi Kuznetsov, y fue nombrado jefe de la Comisión de Control soviética en Finlandia; pasó el año yendo y volviendo de su apartamento del Kremlin a Helsinki, aprendió algo de finlandés y, sin quitarse el uniforme militar (que había lucido durante la guerra, como casi todos los miembros del equipo) tomó parte en las numerosas recepciones diplomáticas de la ciudad.

En la Europa oriental y los Estados del Báltico, los soviéticos llegaron como libertadores, según ellos mismos, o como conquistadores, a juicio de muchos de los liberados. Con la victoria final a la vista, se llamó a Moscú al mariscal Zhúkov, para planificar la operación de Berlín. Encontró a un Stalin sombrío y reflexivo, tan agotado por las horas de trabajo sin reposo que estaba prácticamente exhausto. «¡Qué guerra tan terrible —dijo—. Ha costado vidas incontables entre nuestro pueblo. Es probable que apenas haya familias que no hayan perdido a alguien próximo.» Llegar a Berlín se había convertido en una carrera. En el bando soviético competían Zhúkov y el mariscal Kónev; las tropas británicas y estadounidenses avanzaban desde el oeste; en la propia ciudad, los alemanes resistían con todas sus fuerzas. Pero Berlín cayó definitivamente en mayo de 1945, tras librarse una dura batalla calle por calle hasta el centro de la ciudad (como Stalingrado dos años y medio antes), en la que perdieron la vida cientos de miles de soldados soviéticos. Tras tomar el Reichstag el 30 de abril, dos soldados del ejército de Zhúkov hicieron ondear en el Parlamento la bandera soviética (aunque la famosa imagen del momento fue, en realidad, una repetición organizada a propósito delante de un fotógrafo soviético). En las primeras

horas del 9 de mayo, Zhúkov y los comandantes británico, estadounidense y francés aceptaron el documento alemán de rendición de la capital.[22]

A la Unión Soviética, la victoria le costó un precio terrible: la muerte de cerca de ocho millones de soldados, más quizá otros diecisiete millones de civiles (aunque hay cálculos que duplican esta cifra), y la destrucción masiva de infraestructuras, plantas industriales, redes ferroviarias y puentes, que los alemanes asolaron en la retirada, con una política de «tierra quemada» en la vasta zona que habían ocupado. Doce millones de evacuados debían regresar a sus hogares; en el ejército soviético había ocho millones de hombres armados que serían desmovilizados muy pronto. Aunque se antojaba imposible, el régimen soviético había sobrevivido a los desastres de 1941 y 1942; también el Partido Comunista. Ciertamente, el Partido de 1944 era un animal distinto al de antes de la guerra, tanto por la destrucción de los cuadros antiguos, durante las Grandes Purgas, como por la contienda en sí y los reclutamientos masivos del frente. Stalin —el «Generalísimo», como siempre había permitido que le llamaran, con un error que luego lamentó— encabezaba ahora un partido que, por su composición, se asemejaba un tanto a una asociación de veteranos. Era frecuente ver al equipo, con la salvedad de Mólotov y Kalinin, con uniforme militar, y varios de ellos tenían también grados del ejército.

El 9 de mayo se convirtió en el «Día de la Victoria», y se celebró anualmente en la Unión Soviética (y su sucesora, la Federación Rusa). Pero no hubo un Desfile de la Victoria en la Plaza Roja, frente al Kremlin, hasta el 24 de junio de 1945. Stalin había pensado en recibir a las tropas a caballo, lo que no era baladí para alguien de quien no se sabía que tuviera experiencia ninguna como jinete (según contó con desafecto su hijo Vasili, intentó aprender pero abandonó por las caídas; no está claro que haya que darle crédito). En todo caso, le pidió a Zhúkov que hiciera los honores sobre un alazán árabe, y el mariscal cumplió con lo esperado, más aún: su actuación fue memorable. Pero cuando fue celebrado con vítores, Zhúkov notó con cierta aprensión que a Stalin se le contraían los músculos de la cara: le complacía poco. Sin embargo, la película oficial muestra a un Stalin

alegre —pese a la lluvia que hizo suspender la exhibición aérea y mostró a una multitud con muchos paraguas abiertos— que intercambiaba jovialmente saludos con sus colegas; cuando subieron por las escaleras del estrado que coronaba el Mausoleo de Lenin, lo cierto es que parecían un equipo. Muchos de sus miembros vestían uniforme militar, como el propio Stalin (que aún no lucía el de Generalísimo, el título que adoptaría cuatro días después), pero Kalinin, con la barba afilada y el abrigo, llevaba la típica gorra de obrero. Aunque su contribución había sido de primer orden, el equipo impresionaba muy poco en comparación con los jefes militares, que dirigían las tropas con el uniforme de gala y todas las medallas.

En el desfile solo habló el mariscal Zhúkov, pero en la posterior recepción del Kremlin Stalin propuso un brindis: no por los comandantes militares, ni por el equipo del Politburó, ni por el partido, sino por el «pueblo soviético, antes que nada, el pueblo ruso». A todas luces, no había olvidado los errores que él mismo había cometido al empezar la guerra, y se consideraba afortunado por haber sobrevivido. Otro pueblo —dijo— quizá habría echado al gobierno responsable de los reveses de 1941-1942, pero el ruso se mantuvo al lado de ellos y terminó venciendo. «Gracias, pueblo ruso, por esta confianza.»[23]

7

Esperanzas de posguerra

Al concluir la guerra, Mikoyán estaba especialmente animado, o al menos así era como más adelante recordaba haberse sentido; pensaba que sin duda habría cambios a mejor. Stalin había recuperado su mejor cara y el equipo había funcionado bien. El pueblo soviético había madurado («la guerra resultó ser una gran escuela para la educación política») y el servicio militar había insuflado en millones de soldados el «espíritu de la democracia y la camaradería». En la última etapa del conflicto, el contacto con Europa había ampliado horizontes —Mikoyán hablaba de los horizontes populares, pero quizá también tenía en mente al equipo— y había demostrado que se podía aspirar a un nivel de vida mejor. Nada le hacía pensar que pudieran repetirse las represiones arbitrarias de la década de 1930. Confiaba en que se volvería al sistema político anterior a los años veinte, antes de la colectivización y de la Gran Ruptura, cuando en el partido imperaban las «relaciones democráticas»; más aún, estaba seguro de que ocurriría así, y esto le proporcionaba «un sentimiento de gozo». En el país eran muchos los que compartían las esperanzas de Mikoyán, y es probable que el equipo también las compartiera, en buena medida. Pero Stalin no. Evidentemente, él tenía una idea distinta de la normalidad a la que debería volver la Unión Soviética, una en la que seguían siendo esenciales conceptos de la preguerra como «lucha», «vigilancia» y «enemigos».

Al terminar la guerra había dos formas de ver la Unión Soviética. Según una de ellas, el país había obtenido una victoria gloriosa y se había convertido, por primera vez, en una superpotencia, con un nuevo imperio

exterior que se extendía por buena parte de la Europa oriental. Según la otra, era un país asolado enfrentado a una tarea descomunal de reconstrucción posbélica. Stalin y el equipo tenían las dos imágenes en cuenta, aunque con respecto a los medios de la reconstrucción —y a la cuestión crucial que esto implicaba: las relaciones de posguerra con Occidente— había ciertas diferencias de opinión dentro del equipo.

En el transcurso de la guerra, el mundo entero se había familiarizado con la imagen de Stalin, no ya como un revolucionario demencial de un país remoto, sino como uno de los líderes principales de la Gran Alianza: el benigno «Tío Joe», con su pipa. El mote le incomodó un tanto, cuando el presidente Roosevelt lo hizo circular, pues le pareció (erróneamente) que se le quería faltar al respeto. En realidad había hecho un trabajo asombroso al convencer a sus dos socios de la Alianza, Franklin Roosevelt y Winston Churchill, de que era un gran hombre (aunque a veces los hiciera enfurecer). Quizá a partir de la experiencia que tuvo en 1937 con Davies, el embajador estadounidense, logró mantener una manifestación constante de magnetismo personal que le permitió triunfar en las conferencias de líderes de Teherán, en 1943, y Yalta, a principios de 1945. De sus dos homólogos, Roosevelt le despertaba más simpatía personal, por la valentía con la que se enfrentaba a la parálisis que lo confinaba a una silla de ruedas. Pero sobre todo se esforzó por cautivar a Churchill, el viejo enemigo intervencionista de la guerra civil; y tuvo un éxito sorprendente. En un brindis de celebración, Churchill dijo: «Recorro este mundo con más valor y esperanza por gozar de una relación de amistad y proximidad con este gran hombre cuya fama se ha extendido no solo por toda Rusia, sino por el mundo». En una cena, cierta chanza que se permitió estando ligeramente borracho —para que Alemania no volviera a salirse de madre tras la guerra, sería deseable matar a unos cincuenta mil de sus jefes y oficiales— ofendió a Churchill, que se marchó resoplando de la sala. Stalin y Mólotov fueron en pos, en el papel de amigos arrepentidos y dolidos, y le convencieron de que volviera. Stalin puede «ser de lo más encantador, cuando quiere», comentó Churchill sobre este incidente.[1]

Hubo que insistir bastante para que Stalin saliera de la Unión Soviética, incluso a Teherán, que estaba relativamente cerca. El vuelo de Bakú a Teherán fue el bautismo aéreo de Stalin, que era terriblemente aprensivo; le resultó tan difícil que no volvió a coger un avión. Aunque era un defensor a ultranza del desarrollo aeronáutico soviético, los vuelos le inquietaban sobremanera, también con respecto al equipo: los miembros del Politburó tenían estrictamente prohibido tomar un avión sin un permiso especial. Mikoyán se metió en un apuro por darse un garbeo aéreo por el Cáucaso: tardó años en que se borrara de su dosier la reprimenda oficial, y el veto general a los vuelos del Politburó no se levantó hasta 1955. Mólotov, el estoico, había tenido que acostumbrarse al avión, pues su papel como ministro de Exteriores, desde 1939, le había obligado a emprender varios viajes a Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos (incluido uno especialmente espantoso, en el que atravesó el Atlántico bajo fuego enemigo). Más adelante, el escritor Konstantín Símonov, al reflexionar sobre la admiración que había sentido por Mólotov, destacó estos vuelos como ejemplo de coraje.

El fin de la guerra fue una cumbre en la carrera de Mólotov, cuya visibilidad internacional solo era inferior a la de Stalin. Después de que se entregaran uniformes —resplandecientes, con galones y charreteras— al personal del Ministerio de Exteriores, un periodista extranjero que lo conocía lo describió como un hombre cambiado: «con su elegante uniforme ..., sin sonreír, pero con un aire muy complacido, exhibía su papel de hombre de Estado». En una celebración de la victoria, en mayo de 1945, el primer brindis de Stalin fue para Mólotov —«¡Por nuestro Viacheslav!»— con la nota adicional de que «una buena política exterior, a veces, pesa más que dos o tres ejércitos en el frente».

Aunque había empezado muy aislado, como todos los líderes bolcheviques, la experiencia mundana de Mólotov se había ampliado. En sus funciones como ministro de Exteriores, en la primera posguerra, estuvo en San Francisco, Washington, Nueva York, Berlín, París y Londres. Al concluir su viaje de 1946 a París, su hija Svetlana se le sumó e hicieron algo

de turismo juntos, y él «se complació al ver que su hija dominaba el francés y disfrutaba con facilidad de la escena occidental». En Londres, Mólotov vivió en la embajada soviética sin tiempo para hacer turismo, según le escribió a Polina, con la única salvedad de un viaje al cementerio de Highgate para ver la tumba de Marx. En París pudo asistir a la ópera (*Las bodas de Fígaro*, de Mozart), pero al ser una ocasión ceremonial y encontrarse él sentado en un palco y sometido a la inspección del «público burgués», le hizo sentir incómodo. En general, negociar con los capitalistas, para él, no solo representaba una «gran responsabilidad», sino también una especie de examen: con las otras tres grandes potencias en contra e intentando atraparte en situación de debilidad, tienes que estar «alerta a todas horas, tenso, con el temor de pasar algo por alto o cometer un error», le escribió a Polina. Sin embargo, le resultaba gratificante que se le tomara en serio y se le tratara con deferencia, como representante de una gran potencia.[2]

En los primeros años de la posguerra, algún otro miembro del equipo también logró ver algo de mundo. Beria estuvo en Teherán, Yalta y Potsdam, aunque acudió allí como jefe de seguridad, no como líder soviético; más tarde visitó repetidamente Berlín, para vigilar a las fuerzas de ocupación soviéticas. Voroshílov —de un modo un tanto sorprendente, dado que ya no gozaba de prestigio como jefe militar; sin duda fue aún el fruto de su antigua amistad con Stalin— estuvo en Teherán con Stalin y Mólotov, y pudo relacionarse con los líderes Aliados; a Yalta o Potsdam ya no se lo invitó. Como presidente de la Comisión de Control soviética en Budapest, durante los dos primeros años de posguerra, Voroshílov hizo muchos amigos en Hungría; no solo líderes políticos como Mátyás Rákosi, sino también artistas, y cuando regresó a Moscú siguió actuando como protector de algunos de ellos. Jrushchov, que aún tenía la base en Ucrania, estuvo muy cerca de Polonia; en los días finales de la contienda, viajó a Lublin y Varsovia, y él y Bulganin inspeccionaron las cámaras de gas de Majdanek. Con el tiempo se convertiría en un viajero entusiasta e infatigable, pero en su primer viaje más al oeste —a Austria, Hungría y la

Alemania oriental, en 1946— fue de incógnito, con un grupo de expertos que negociaba las compensaciones.

El trabajo que Mikoyán desempeñó durante la guerra le había llevado a entablar contacto y negociaciones con los Aliados —en particular, los estadounidenses— sobre el préstamo y arriendo y otras cuestiones económicas. Dentro del equipo, era el hombre que, en materia de economía, tenía una relación más estrecha con Occidente. Antes incluso de que terminara la guerra, el embajador de Estados Unidos Averell Harriman y él habían hablado sobre la posibilidad de que el país norteamericano facilitara créditos para la reconstrucción, y Mikoyán instó a Stalin a mencionar el tema en Yalta (no lo hizo). Probablemente, Mikoyán se sintió despechado por no participar en la delegación de Yalta, y el hecho de que no realizara más viajes al extranjero hasta 1949 (cuando se lo envió a China a negociar con Mao Tse-tung) podría indicar que Stalin y Mólotov eran partidarios de moderar su entusiasmo por el trato con Occidente. Aun así, hubo extranjeros que fueron a Moscú, y en el curso de extensas negociaciones con el joven político británico Harold Wilson, Mikoyán no solamente logró un acuerdo —por el que recibirían créditos de guerra a cambio de la exportación de cereales— sino que trabó amistad de por vida con un hombre que sería primer ministro de Gran Bretaña en la década de 1960.[3]

Aunque una parte del equipo seguía manejándose pobremente en las lenguas extranjeras y carecía del barniz cosmopolita, todos estaban ansiosos por que a sus hijos no les ocurriera igual. No solo la dotada Svetlana Mólotova enorgullecía a su padre con su dominio del francés: el hijo de Beria aprendía alemán desde los cuatro años e inglés desde los cinco, lo que le permitía «expresarse a la perfección en esas lenguas»; los dos chicos de Malenkov estudiaron en una escuela especial, un centro inglés; los Zhdánov se enorgullecían de su cultura alemana (aunque tuvieron que tragarse que el alemán de su Yuri no fuera tan bueno como el de Sergó Beria). En inglés, Serguéi Jrushchov era el primero de su clase, gracias al soporte constante que le había organizado su madre; Stepán Mikoyán no solo estudiaba alemán en la escuela, sino que compartía con su padre un profesor

particular; acabada la guerra, también recibió clases personales de inglés. Svetlana Stálina había aprendido inglés, aunque su padre confiaba poco en su capacidad de expresión y traducción, y cuando Churchill se hospedó en su casa, durante la guerra, la timidez impidió que Svetlana se animara a conversar con él.

Los hijos del equipo que llegaron a la mayoría de edad en la década de 1940 pertenecían a una generación de la élite soviética que se enamoró de Estados Unidos. Por primera vez, era posible tener noticias del mundo exterior gracias a revistas en lengua rusa distribuidas en Moscú por los Aliados —*Amerika*, basada en la revista *Life* y dependiente de la Agencia de Información de Estados Unidos, y *Britanski soyuznik*, publicada en Moscú por la embajada británica— y los jóvenes sacaron todo el partido posible a esa posibilidad. En Kúibyshev, durante la guerra, la élite de los evacuados llegó a recibir ejemplares de *Life*, *Fortune* y la *Illustrated London News*, es de suponer que de manos de diplomáticos occidentales; a través de esas lecturas, realizadas con el afán de mejorar su inglés, Svetlana Stálina descubrió que su madre se había suicidado. Es probable que no fuera la única información que llegaba de fuentes extranjeras y abría los ojos a los más jóvenes. Cuando Svetlana se matriculó en la Universidad de Moscú, eligió estudiar Historia de Estados Unidos, «movida por el entusiasmo e interés general» por este país; todos sus amigos de la universidad, al igual que su primer marido, gravitaban en torno de la política exterior, la economía y la historia de Estados Unidos, porque «todo el mundo aspiraba a conocer mejor la gran democracia del otro lado del océano». Entre los jóvenes emergentes que trabajaban en el Comité Central —de la misma generación que muchos de los hijos de los líderes— también estaba de moda la pasión por la cultura de Inglaterra y Estados Unidos.[4]

Cabría haber imaginado una posguerra en la que Stalin —viendo apaciguada su desconfianza natural por la victoria y la fama internacional— y sus camaradas —parte de cuyo aislamiento se habría perdido por el contacto con los extranjeros, y otra parte, por la influencia de sus hijos, de educación cada vez más cosmopolita— habrían abandonado la suspicacia

antioccidental y dejarían abierta la frontera que antaño había estado cerrada pero que, al menos en lo relativo a los Aliados, se había tenido que abrir durante la guerra. Este futuro posible no se hizo realidad. En lo que atañía al equipo, el primer signo de advertencia llegó en 1945, unos pocos meses después de que el conflicto terminase, cuando Stalin atacó ferozmente a Mólotov por (según se dijo) tratar de congraciarse con Occidente.

Para Stalin, fueron meses de mala salud. Quizá padeció problemas coronarios en Potsdam (al menos, así lo recogió *Newsweek*, y lo afirmaba también el embajador de Estados Unidos en Moscú, Averell Harriman, siempre atento a cuanto sucedía a su alrededor) y en octubre de 1945 sufrió alguna clase de ataque al corazón, aunque se mantuvo en secreto. En las primeras vacaciones que se tomó desde 1937, en el otoño de 1945, pasó dos meses y medio en el sur, recuperándose. Como solía hacer en los años treinta, que estuviera de vacaciones no significaba que abandonara la vigilancia sobre lo que hacía el equipo que se había quedado al cargo del país en Moscú. Esto afectaba a «los Cuatro» que en ese momento formaban el núcleo central: Mólotov, Mikoyán, Beria y Malenkov. Mientras leía los extensos resúmenes diarios de la prensa extranjera, Stalin descubrió, con furia, que esta abundaba en rumores sobre su mala salud y retiro inmediato, y en conjeturas sobre su heredero. Mólotov, bien conocido en Occidente por sus viajes como ministro de Exteriores, era el candidato principal a la sucesión en muchos de esos artículos, que lo presentaban como el representante de «una Unión Soviética nueva y fuerte, que exige una posición de igual entre las grandes potencias del mundo», en contraste implícito con el antiguo país débil y sin relieve internacional que Stalin había dirigido durante los dos decenios anteriores. Se decía que Mólotov, el «segundo ciudadano de la Unión Soviética» tras Stalin, era muy popular en la URSS y «había pasado a gozar de una gran autoridad personal» (Stalin subrayó esta frase en lápiz azul).

El propio Stalin había empezado a hablar de la vejez y de que resultaba inevitable que, sin demorarlo en exceso, se planteara la sucesión; como es lógico, sus colegas eran reticentes a tomarse sus palabras al pie de la letra.

En 1946, según Mólotov, Stalin «presentó su renuncia», afirmó que debía ceder el testigo a alguien más joven y, en concreto, añadió: «Que lo intente Viacheslav». Cada uno debió de tomarse la sugerencia a su manera, todavía según Mólotov, pero es de suponer que nadie, y tampoco el propio Mólotov, acogió la idea con entusiasmo (se dice que Kaganóvich, siempre celoso de este, se echó a llorar). Esto no significa que a Stalin le complaciera recibir las críticas *a posteriori* de la prensa occidental; al contrario, se enojó mucho y se discutió con Mólotov por la supuesta «liberalidad» con la que este trataba a los corresponsales extranjeros en Moscú (el Ministerio de Exteriores había aligerado un tanto las restricciones de la censura, y Stalin lo atribuía a un intento de Mólotov de ganarse buena prensa por medios ilegítimos). Tras criticarlo ferozmente por teléfono desde Sochi, subió la apuesta planteando una queja ante «los Cuatro», con la petición implícita de que castigaran al miembro desviado. Así lo hicieron, aunque no sin extrañeza ni vacilación; Mólotov respondió con lágrimas —algo extraordinario en él— y un orgulloso ofrecimiento de disculpas, tras lo cual el asunto se cerró. Pero no cabe duda de que esto favoreció que Stalin se tornara aún más suspicaz, no solo con respecto a Mólotov, sino a todo el equipo: al bombardeo de Stalin, el equipo había respondido dando muestras de solidaridad con su segundo.[5]

El grupo de «los Cuatro» tenía motivos serios para temer la posibilidad de caer en desgracia ante Stalin. Mikoyán ya había recibido una reprimenda intensa en 1944, y le volvió a pasar en 1946, cuando Stalin afirmó que «por su debilidad de carácter» había «permitido que una gran cantidad de ladrones se metiera» en su Ministerio de Comercio. Los dos hijos menores de Mikoyán acababan de volver a Moscú: durante la guerra habían sido detenidos y desterrados por participar, supuestamente, en un complot contra el Estado. El padre ocupaba el cuarto o quinto lugar en la frecuencia de las visitas al despacho de Stalin; su papel de liderazgo era menos destacado de lo que lo había sido durante la contienda.

Beria superó a Mólotov en la frecuencia de visitas al despacho de Stalin en el último trimestre de 1945, y mantuvo la primera posición durante todo

1946 y 1947. Era miembro de pleno derecho del Politburó desde marzo de 1946, estaba al mando de un programa absolutamente crucial —el nuclear, que culminó en la prueba atómica del 29 de agosto de 1949, un éxito logrado mucho antes de lo que esperaban en Estados Unidos, el país pionero en el uso de la bomba, como es bien sabido, en Hiroshima, en 1945—. Pese a todo, su carrera pareció sufrir un revés en 1945, cuando el Ministerio de Seguridad se dividió en dos: el Ministerio de Seguridad Estatal (MGB) y el Ministerio de Asuntos Internos (MVD); el primero lo dirigía una persona muy próxima a Beria, pero el segundo, no. Su puesto oficial, en adelante, fue tan solo de vicepresidente del Consejo de Ministros, con la responsabilidad general de supervisar todas las agencias de seguridad de este organismo (aunque no del Politburó); es obvio que esto no refleja ni su proximidad a Stalin ni sus vínculos continuados con el mundo de la seguridad (cuya naturaleza exacta sigue siendo difícil de determinar). El hijo de Beria afirmó que su padre, aunque ya no tenía el mando directo sobre los órganos de seguridad, «disponía de su propia red de inteligencia, que no dependía de ninguna estructura existente» y tenía por función actuar como canal de información adicional para Stalin.

Malenkov, el fiel ejecutor, fue nombrado miembro de pleno derecho del Politburó en marzo de 1946, al mismo tiempo que Beria, pero dos meses después (en mayo) perdió el puesto de secretario del Comité Central y no lo recuperó hasta pasados más de dos años (en julio de 1948). Al parecer, el descontento de Stalin obedecía a ciertos defectos en la producción aeronáutica, que Malenkov supervisaba: a mediados de 1946, este pasó varios meses «en la cuerda floja», pues se arrestó a personas próximas que mencionaron su nombre en las confesiones. Según los recuerdos de su hijo, «durante un tiempo estuvo en arresto domiciliario»; luego fue enviado a Siberia, a colaborar con el envío de los cereales, y cayó al último lugar de los miembros del Politburó, en lo que respectaba a las listas jerárquicas de la prensa. Aun así, en 1947, antes de recuperar el cargo de secretario del Comité Central, volvía a ser el tercer visitante más asiduo del despacho de Stalin (tras Beria y Mólotov). Andréi Zhdánov, cuya suerte solía ser inversa

a la de Malenkov, sobrevivió a su pobre actuación durante la guerra (según Mólotov, a Stalin le caía mejor que ningún otro miembro del equipo, salvo Kírov), pero pasó la mayor parte de 1945 lejos del centro, como jefe de la Comisión de Control soviética en Finlandia, de la que regresó en diciembre, debido a una «situación compleja» referida a una enfermedad de Stalin (no hay más detalles al respecto). Tras volver a Moscú como secretario del Comité Central, durante varios años colaboró estrechamente con Stalin metiendo en cintura a la intelectualidad, pero a pesar de este trato, no era de los que más acudía a su despacho (el quinto, en 1946, y el sexto al año siguiente).[6]

En la primera posguerra, Nikolái Voznesenski, Alekséi Kosyguin y Alekséi Kuznetsov —tres figuras relacionadas con Leningrado y, según se decía, protegidas por Zhdánov— estaban emergiendo con rapidez. Voznesenski fue elegido miembro de pleno derecho del Politburó en febrero de 1947, tras ser «candidato» desde 1941. Jrushchov recordaba al Voznesenski de estos años como un hombre «brillante, firme, seguro de sí mismo». Se dijo que, tras su rápido ascenso, se tornó arrogante y a veces era grosero con los otros miembros del equipo, incluso con personas tan notables como Mólotov; pero que Stalin lo valoraba porque le daba respuestas claras sobre cuestiones económicas. Kosyguin, un joven gestor económico que había presidido el Sóviet de Leningrado antes de acudir a Moscú en 1939 como ministro de Industria, fue nombrado «candidato» del Politburó en marzo de 1946. Alekséi Kuznetsov, un joven duro y de buena apariencia, muy apreciado por Zhdánov como su segundo en Leningrado, era uno de los integrantes de la cohorte de clase trabajadora que ascendió a la estela de las purgas; a diferencia de la mayoría, sin embargo, nunca dejó la Komsomol y el trabajo de partido para recibir formación más allá de la secundaria. En 1946 fue elegido como uno de los secretarios del Comité Central, con la responsabilidad de supervisar desde el partido la policía secreta. Se rumoreaba que Stalin los estaba preparando a los tres como líderes futuros —Voznesenski, como jefe del gobierno, y Kuznetsov, al

mando del partido— para sustituir a la vieja guardia. Naturalmente, Malenkov y Beria observaban su ascenso con reservas.

Kalinin, que acabó el año gravemente enfermo, falleció en marzo de 1946. La carta que había escrito solicitando la liberación de su esposa, Yekaterina Lorberg, no llegó al despacho de Stalin antes de que él muriera. Aun así, ella había sido liberada en una amnistía de 1945, solo que no se le permitió volver al antiguo apartamento del Kremlin. Sí pudo asistir, en cambio, al funeral de su esposo, celebrado con todos los honores de Estado. El puesto de jefe del Sóviet Supremo recayó entonces en Nikolái Shvérnik, un «viejo bolchevique» ruso, antiguo sindicalista de familia obrera, de la edad de Mólotov y Voroshílov, que ya había sido secretario del Comité Central junto con Stalin mediada la década de 1920. Era «candidato» del Politburó desde 1939; aunque no formaba parte del círculo más próximo a Stalin, era un rostro conocido para el equipo, de buena reputación por su actuación en el frente económico durante los años de la guerra.

Nikolái Bulganin, «candidato» del Politburó desde marzo de 1946, era otra incorporación reciente. Era de etnia rusa, como los otros últimos fichajes del equipo; en 1944 fue elegido viceministro de Defensa —segundo de Stalin, por lo tanto— y desde entonces visitó con relativa frecuencia su despacho. Su formación no era militar; tras haberse iniciado temprano en la Checa, durante la guerra civil, trabajó primero como administrador industrial y luego dirigió el Sóviet de Moscú, desde donde colaboró estrechamente con Jrushchov, en los años treinta. Jrushchov, aunque era amigo de Bulganin, nunca lo ensalzó por su saber intelectual o pericia militar; otros lo tildaban de «baladrón» y persona de escaso vigor. Para lo habitual en el equipo, era una persona culta; su esposa Yelena era profesora de inglés. Pero su característica principal parece haber sido una gran sociabilidad. Su familia ya gozaba de múltiples lazos sociales con el equipo: su esposa era amiga de la mujer de Jrushchov; su hija Vera (que con el tiempo se casaría con el hijo del almirante Kuznetsov) compartía escuela con Svetlana Stálina y Svetlana Mólotova, y tenía amistad con Rada

Jrushchova y Valentina Malenkova; su hijo Lev era amigo de Vasili Stalin. [7]

En cuanto al resto, Jrushchov solía estar en Kiev, y solo raramente en Moscú, por lo que no formaba parte del grupo nuclear. De 1946 a 1947 fue un período difícil para él; primero porque Ucrania volvió a padecer hambre, y segundo porque Stalin le envió a Kaganóvich para «ayudarle» a resolverlo: su antiguo patrón ocupó durante diez meses de 1947 el cargo de primer secretario del partido en Ucrania, con Jrushchov humillado y relegado al puesto de segundo secretario. No es de extrañar que Jrushchov, que había estado en ruta sin apenas descanso durante la mayor parte de la guerra, cayera gravemente enfermo, con pulmonía. Cuando se reintegró al trabajo, Kaganóvich se había vuelto «sencillamente insoportable», según el recuerdo posterior de Jrushchov; ya no perseguía tan solo a los sospechosos habituales (nacionalistas ucranianos), sino también a los judíos. Con la excepción de esta mejora de 1947, la condición de Kaganóvich no se recuperó ostensiblemente, en los primeros años de la posguerra, de la mengua sufrida durante la contienda: antes de la excursión ucraniana, estuvo al frente del Ministerio de Materiales de Construcción Industrial y luego del Servicio de Abastecimiento Estatal.

Andréyev, que se había quedado sordo (casi por completo) y adolecía de muchos problemas de salud, siguió su carrera descendente. En marzo de 1946 no se lo volvió a nombrar secretario del Comité Central y desapareció casi del todo de la lista de asiduos al despacho de Stalin, aunque siguió trabajando, ahora en el campo de la agricultura. Voroshílov tampoco recuperó el favor de Stalin, que a menudo lo trataba con desprecio —«como a un perro», en palabras de un observador extranjero— y aun lo remachaba negándose a atender sus invocaciones de antigua amistad. Hacia esta época, Stalin empezó a dar indicios de que Voroshílov podría ser un espía británico, aunque con él nadie sabía nunca cómo tomarse esa clase de comentarios. En todo caso, Voroshílov continuó siendo miembro de pleno derecho del Politburó, y al volver de Hungría se le dio empleo en la administración cultural; no le era ajena, dada su larga historia de amistad y

patrocinio de artistas y gentes del teatro, pero distaba mucho de su especialidad anterior: los temas militares.

El resultado final de todo este jugueteo de Stalin fue, en cierto sentido, poca cosa. Hubo algunas caras nuevas en el equipo, pero en su mayoría acabaron siendo temporales y los antiguos miembros del equipo conservaron su lugar; eso sí, con el recordatorio —a veces no poco humillante o incluso terrible— de que lo hacían sin garantías. Así fue en el ámbito político. En el militar, el mariscal Zhúkov no tuvo tanta suerte. Estaba casi escrito que el vencedor de Berlín, inmensamente popular, el hombre que en 1945 había presidido el Desfile de la Victoria sobre un caballo blanco, iba a despertar las sospechas de Stalin y recibir su merecido en la posguerra; y así sucedió. Nada más acabar el conflicto, fue nombrado jefe de la administración militar soviética de Alemania. A principios de 1946 se lo volvió a llamar a Moscú, como comandante en jefe del ejército de Tierra soviético; a los diez meses fue despedido abruptamente de este puesto —se lo acusaba de haber «perdido toda medida de humildad y reclamar para sí el crédito de todas las grandes operaciones bélicas»— y se lo degradó a jefe del distrito militar de Odesa. En 1948 estalló un escándalo sobre «trofeos» que se había traído de Alemania, se registró su apartamento y se lo degradó otra vez: comandante del distrito militar de los Urales. Aunque el pueblo lo recordaba bien (y también el equipo), su nombre empezó a desaparecer de las historias sobre la segunda guerra mundial, y su figura, de las pinturas sobre el Desfile de la Victoria. Aceptó el destierro como un buen soldado, encontró a otra esposa en los Urales (para el furor de la anterior) y hacia 1952 empezó a recuperar el favor del poder, aunque no volvió a Moscú hasta después de la muerte de Stalin.[8]

La luna de miel con los Aliados funcionó durante la guerra, pero en las fechas de la conferencia de Potsdam (verano de 1945) ya se había estropeado; nada más acabar la cumbre, Estados Unidos, sin consulta previa, lanzó sobre Hiroshima su arma novedosa y terrible, la bomba atómica. Las potencias occidentales estaban descontentas con el grado de control que los soviéticos habían impuesto en la Europa oriental; aunque en

Yalta la zona había sido asignada a la esfera de influencia de la URSS, sus Estados cada vez se parecían más a satélites, pues se iban transformando en regímenes comunistas, de partido único, y bajo tutela soviética. Churchill aún hablaba bien de Stalin —en noviembre de 1945, dijo ante la Cámara de los Comunes: «Personalmente, no puedo sentir sino una plena admiración por este hombre genuinamente grande, padre de su país»—, pero Stalin no se dejaba impresionar: Churchill solo pretendía «aplacar el remordimiento» por haber organizado «un bloque anglo-estadounidense-francés contra la URSS», según le escribió al equipo desde Sochi; y añadió, como pulla dirigida probablemente contra Mólotov y Mikoyán, «no pocas figuras notables del país entran en éxtasis como cachorritos cuando se ponen a exaltar a Churchill, Truman, Byrnes». Stalin predijo que aquello causaría problemas en el frente nacional y declaró que tales actitudes eran degradantes y peligrosas: «debemos combatir con energía todo acto de servilismo ... de reverencia a los extranjeros».

El famoso discurso de Churchill en Fulton (Misuri), unos pocos meses más tarde, puso dramatismo a la brecha abierta entre los antiguos aliados: «Una sombra ha caído sobre los escenarios iluminados hace muy poco por la victoria Aliada ... Desde Stettin [Szczecin], en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha caído atravesando todo el continente». Toda la Europa oriental estaba en la esfera soviética, y en ella emergían Estados policiales controlados por Moscú; nadie sabía «cuáles son los límites, si los hay, a la tendencia expansiva y proselitista [de los soviéticos] ... Desde luego, esta no es la Europa Liberada que habíamos luchado por lograr, ni es una Europa que contenga los elementos básicos de una paz permanente». Stalin replicó que el discurso de Churchill debía ser interpretado como un «acto peligroso»; en lo esencial, el líder británico se había pasado al bando de los belicistas de Gran Bretaña y Estados Unidos, un grupo «que recuerda claramente ... a Hitler y sus amigos». El discurso de Fulton suponía «llamar a la guerra contra la Unión Soviética»; había empezado lo que, al echar la vista atrás, identificamos hoy como «Guerra Fría». En aquel momento, sin embargo, aún no estaba claro si la guerra seguiría siendo «fría» o bien

ardería hasta formar la tercera guerra mundial. Stalin no era el único líder soviético alarmado y furioso. Para el mariscal Zhúkov, la conducta de Churchill y Truman en Potsdam «demostraba, más que nunca, que deseaban capitalizar la derrota de la Alemania nazi para reforzar su posición y dominar el mundo». Para otro mariscal soviético, Estados Unidos había usado la bomba para intimidar a la Unión Soviética y mostrar que «la élite de Estados Unidos ya sopesaba establecer su dominio desde el mundo». Desde Washington, el embajador soviético en Estados Unidos —que no era un «halcón» de los valores soviéticos— envió informes sobre el estado de ánimo que se estaba forjando en el país, alarmantemente antisoviético.[9]

Con Estados Unidos en posesión de la bomba, disponer de ella se convirtió también en una prioridad para la Unión Soviética. El responsable era Beria, tanto de la actividad clandestina que obtuvo la información sobre el programa atómico de Estados Unidos como del empeño denodado por construir una bomba propia, dirigido por el físico nuclear Ígor Kurchatov. Él y los científicos soviéticos resolvieron la empresa con brillantez y pusieron a prueba con éxito la bomba propia en Kazajistán, a finales de agosto de 1949. Este parece haber sido el objetivo principal de Beria en la primera posguerra, y —en comparación con la negatividad general con la que se juzgó a Beria tras su caída y ejecución, a mediados de 1953— varios de los científicos del programa elogiaron luego su inteligencia, fuerza de voluntad, energía y eficacia como gestor. Como administrador había que darle «una valoración muy alta», según un funcionario destacado y ajeno al campo de influencia directa de Beria, aunque en el conjunto también pesaba el miedo: escuchaba el consejo de sus especialistas y luego los apoyaba hasta el final en el Kremlin.

A mediados de 1947, Estados Unidos planteó un programa de recuperación económica en Europa, el «Plan Marshall». Aun dejando de lado la cuestión de si el Congreso estadounidense habría dado su aprobación a incluir a la Unión Soviética, si esta lo hubiera llegado a solicitar, para la URSS era una propuesta muy compleja. Por un lado, la reconstrucción económica del país en la posguerra era una labor colosal,

que prácticamente acaparaba los recursos soviéticos. Por otro lado, tradicionalmente, la Unión Soviética siempre había mirado con suspicacia (de raíz marxista) el capital extranjero y sus implicaciones políticas. Según afirmó el economista Eugen Varga, cuando el Politburó solicitó su opinión como experto, el Plan Marshall no era tan solo imperialismo económico, sino también cultural, pues pretendía abrir la Unión Soviética a las ideas de Estados Unidos, y no solo a los productos occidentales. Stalin respaldaba esta posición e insistía en rechazar el Plan Marshall, tanto para la Unión Soviética como para los países de su órbita en la Europa oriental, incluidos Polonia y Checoslovaquia, cuyos regímenes, aun aprobados por Moscú, mostraban signos de querer aceptar la propuesta. La descartó «sin intentar siquiera negociar», pues pensaba que, cuanto menos contacto tuviera la Unión Soviética con los occidentales, mejor. «A su modo de ver, el Plan tenía por meta que Estados Unidos pudiera controlar Europa.» Pero algunos miembros del equipo, en particular Mikoyán y Beria, eran mucho más favorables a que la Unión Soviética tuviera lazos con Occidente. Mikoyán quería negociar sobre el Plan Marshall e insistía en ello incluso en 1948. Beria, según su hijo, era contrario a rechazar categóricamente la ayuda de Estados Unidos, al igual que Voznesenski y otros que participaban en la organización de las compensaciones alemanas.

La respuesta soviética al Plan Marshall y la creación de una esfera occidental en Europa fue provocadora: resucitar la Comintern (clausurada en 1943, para calmar a los Aliados) en la forma aguada de la Cominform, fundada en septiembre de 1947 en un congreso de partidos comunistas europeos celebrado en Szklarska Poręba, en el suroeste de Polonia. Entre los miembros del equipo, asistieron Zhdánov y Malenkov. Zhdánov se expresó con una retórica de gran vehemencia antioccidental: afirmó que el mundo estaba dividido en «dos bandos», criticó a la «camarilla gobernante de los imperialistas estadounidenses» que se había puesto por meta «esclavizar a los países capitalistas de Europa, que están debilitados», e hizo un llamamiento para que los partidos comunistas europeos se resistieran a la presencia de Estados Unidos en el continente con todos los

medios necesarios, incluido el sabotaje. Al igual que hizo Stalin cuando comentó el discurso churchiliano del «telón de acero», según el informe presentado por los soviéticos los fines imperialistas y antisoviéticos de las potencias occidentales contemporáneas no eran sino la continuación de la voluntad hitleriana de expandirse hacia el este.[10]

La presencia de Malenkov, que tenía además la misión de vigilar a Zhdánov (y a la inversa), difícilmente les haría ilusión a ninguno de los dos. Eran competidores políticos que sentían disgusto el uno por el otro: en casa de Zhdánov, a Malenkov se lo llamaba siempre por el nombre femenino de Malania, en alusión a su aspecto regordete y poco varonil. La hostilidad mutua no era infrecuente en el equipo, ni, desde el punto de vista de Stalin, una realidad indeseable. A la muerte de Zhdánov, en 1948 —según recordaba su hijo con amargura—, Beria recorrió la calle de Gorki por detrás del féretro, sin molestarse siquiera en fingir tristeza, charlando con Malenkov y riendo durante todo el camino. Beria, ahora según los recuerdos del hijo de este, «nunca ocultó su antipatía hacia Zhdánov y se mofaba de sus pretensiones artísticas». Según recordaba con tristeza Yekaterina Voroshílova, hubo una época en la que imperaron la amistad y la camaradería, pero ya hacía mucho que habían muerto los dos miembros más queridos del equipo —Ordzhonikidze y Kírov— y el estado de ánimo predominante era de desconfianza, competencia, resentimiento e intrigas mutuas. Stalin lo promovía, por el principio de «divide y vencerás». Todavía formaban un equipo, como ponen de relieve los hechos de los últimos años de la vida de Stalin, pero ahora era un equipo de rivales, mucho más que antes de las Grandes Purgas. El ejemplo más claro fue el del antagonismo entre Malenkov y Zhdánov y sus hombres respectivos en la oficina del Comité Central. Pero también había tensión entre las generaciones: Mólotov y Mikoyán, más los parcialmente marginados Voroshílov, Andréyev y Kaganóvich, con un fuerte sentimiento de identidad como equipo; un grupo intermedio, con Malenkov, Zhdánov, Jrushchov, Bulganin y Beria, que en su mayor parte no habían formado los lazos de unión mutua que sí tenía la generación anterior; y, por último, los nuevos,

Voznesenski y Kuznetsov, percibidos como una amenaza (en especial por el grupo intermedio).

A Beria —«siempre dado a la intriga», según la posterior caracterización de Mólotov— se lo consideraba en general una fuente de problemas. Además, con la salvedad de Stalin, era el más próximo a los servicios de seguridad, que en este período tenían dosieres abiertos sobre todos los miembros del equipo (o eso se creía). Cuando Chuev le preguntó si se le había espiado el teléfono, Mólotov respondió: «Creo que he sido objeto de escuchas toda mi vida. Me lo dijeron los chequistas, yo no lo comprobé. Uno procura no hablar de más». Según Andréi Malenkov, «tras la guerra, la mafia de Beria estrechó el círculo alrededor de todos los miembros del Politburó, el Comité Central y el gobierno, incluido Malenkov [mi padre]. Se escuchaban todos los teléfonos, a todas horas, y en el apartamento siempre había de servicio un guardia de seguridad». Los miembros del equipo iban acompañados por guardaespaldas a cualquier destino, al igual que sus hijos, aunque Svetlana convenció a Stalin de que suspendiera la orden mientras ella iba a la universidad. El misterioso servicio de información que Beria manejaba sin dar cuentas a nadie funcionaba, desde luego, a beneficio de Stalin, aunque no pocos —incluido el propio Stalin— acabaron por sospechar que también beneficiaba al propio Beria. Pero la seguridad soviética no era monolítica. Malenkov, supuestamente, contaba con cincuenta y ocho volúmenes de transcripciones telefónicas de grabaciones secretas de Voroshílov, Zhúkov y otros en su oficina, realizadas durante los últimos años de Stalin. A la vez, también se pinchó el teléfono de la hermosa casa señorial de Beria en la calle de Kachálov (era el único miembro del equipo que tenía una residencia así en la ciudad).[11]

Acostumbrados a los nuevos usos del período de posguerra, los miembros del equipo se habían vuelto más cautelosos a la hora de expresar opiniones que pudieran chocar con las de Stalin. El que tendía a mantenerse más firme en sus convicciones era Mólotov, parece ser, y a veces también se mencionan objeciones de Voznesenski y Zhdánov. Años más tarde,

Mikoyán describió varios desacuerdos con Stalin en estos años, pero posiblemente trataron de ellos en privado, y no en foros públicos; algo similar cabe decir de Beria, según su hijo. Pero en su conjunto, si nos atenemos a los informes externos, lo habitual y esperado era asentir a las sugerencias de Stalin. En opinión del almirante Kuznetsov, era malgastar el tiempo hablar con Stalin si había por allí miembros del equipo, en particular Beria: «bastaba con que Stalin dijera algo que aún no pasaba de sugerencia para que el coro al completo lo repitiera, con la intención de halagar al "líder" y "maestro"». En ocasiones, el propio Stalin replicaba: «¿De qué sirve hablar con vosotros? Diga lo que diga, respondéis: "Sí, camarada Stalin, claro está, camarada Stalin, una sabia decisión, camarada Stalin"».

Pero Stalin interpretaba el evidente servilismo del equipo de un modo distinto al de Kuznetsov. Él se quejaba de que esto le impedía tener constancia de los desacuerdos internos, uno de sus objetivos; entre sus estrategias estaba «prestar atención a las discrepancias, las objeciones ... analizar por qué han surgido, qué ocurre. Pero me lo esconden». El propio Stalin comprendió que ocultar los desacuerdos era en realidad una estrategia del equipo para adelantar trabajo sin excesivas interferencias del anciano líder. «Si hay discrepancias [dentro del equipo] —se lamentaba Stalin en cierta ocasión—, primero intentan ponerse de acuerdo entre ellos, y luego me plantean lo que han acordado. Incluso si no han quedado plenamente de acuerdo, ponen algo en común por escrito y traen lo que han acordado.»[12]

Había quedado como regla tácita de la alta política soviética que los miembros del círculo más próximo a Stalin no formaban alianzas ni se encontraban por razones sociales si no era delante de Stalin y en su casa. La vida en Moscú no era igual que la vida en Kiev, según pudo comprobar el joven Serguéi Jrushchov cuando la familia se marchó a vivir allí a principios de 1950. «No más invitados ... Aquí los amigos y la amistad eran peligrosos.» Alekséi Adzhubéi, esposo de Rada (hija de Jrushchov), recordó que, cuando la familia Jrushchov pasó el verano en Crimea, en 1949, también estaban allí Svetlana Stálina y su nuevo marido, Yuri Zhdánov; las

dos familias se alojaban en el viejo palacio zarista de Livadia, pero «no había contacto social entre nosotros; no se fomentaba la amistad de las familias». Hubo unas pocas excepciones, desde luego. Beria —el que más tendía a quebrantar las normas— viajaba hacia la dacha, a menudo, en el mismo coche que Malenkov. Jrushchov, que quizá no estaba tan al corriente del cambio en las costumbres, intentó socializar con otros miembros del equipo cuando estaba en la dacha, después de que su familia volviera de Ucrania a principios de 1950; pero no tuvo especial éxito. En Moscú, los Jrushchov y los Malenkov vivían en pisos adyacentes del número 3 de la calle Granovski, y durante un tiempo Jrushchov organizó paseos familiares conjuntos por las calles próximas, al atardecer: él y Gueorgui iban delante, seguidos por sus esposas e hijos, y en todo el paseo señorial estaban acompañados por guardias de seguridad; extrañamente, parece ser que poca gente los reconoció y no hubo incidentes inapropiados.

Según las memorias de los hijos de Beria y Malenkov, sus respectivas familias preferían relacionarse con los intelectuales, mucho más que con los otros miembros del equipo. El joven Malenkov, que echó al olvido los paseos de su infancia por la calle Granovski (y sin duda se vio afectado por el ánimo contrario a Jrushchov que imperaba después de 1957), escribió que «nuestro círculo familiar era un mundo en el que mis padres nunca dejaron de ser personas de gran cultura» y, por esta razón, encontraban que los otros líderes, de maneras groseras y dados a los juramentos, no estaban a su nivel. «Ni uno solo de los oligarcas de primera categoría del estalinismo estuvo nunca invitado en casa, ni nadie de su familia.» En efecto, los padres tenían un gusto tan refinado que era difícil imaginarse siquiera «al aburrido Mólotov» o al tosco Kaganóvich (que «jura como un cochero») en su mesa familiar, por no hablar de los Jrushchov, tan vulgares. Según el hijo de Beria, su familia compartía el mismo gusto discriminador. A Beria y su culta esposa Nina (que era investigadora científica en la Academia de Agricultura Timiriázev) les gustaba rodearse de «hombres reflexivos, con talento y energía», e invitaban a cenar a físicos, historiadores, médicos

renombrados y arquitectos (de acuerdo con la primera profesión que eligió Beria), así como a escritores, artistas y filósofos georgianos.

Bulganin era conocido por sus relaciones con los círculos artísticos, aunque estas no eran del tipo de «amistades de la familia», sino que seguían otro modelo, de romances masculinos con las bailarinas y cantantes. Persiguió sin descanso a Galina Vishnévskaya, a pesar de que esta acababa de casarse con el joven violonchelista Mstislav Rostropóvich; ella lo cuenta con ironía en sus memorias (aunque apreciaba el mecenazgo de Bulganin) y parece ser que hacía burla sobre él con los amigos. También Voroshílov tenía mucha relación social con intelectuales, en particular con pintores y escultores (varones) a los que, aunque su esposa se enojaba un tanto, solía llevar a casa. En cuanto a Mólotov, en el equipo y el entorno nadie parece recordar haber tenido un gran trato social con él durante la posguerra: cuando volvieron la mirada atrás y describieron la relación, en su mayoría, los miembros del equipo hablaron en tono de respeto frío y cauteloso. Su esposa, Polina, era otra historia: tenía mucho trato con los intelectuales (luego volveremos sobre esta cuestión), pero este se desarrollaba por lo general sin la presencia de un Mólotov centrado en el trabajo. Los Andréyev también contaban con amigos entre la intelectualidad, según su hija, así como entre los militares en el período de la posguerra. De hecho, es probable que la mayor parte del equipo saliera de la guerra con una serie de nuevos amigos que eran profesionales de las fuerzas armadas.[13]

Es muy posible que los hijos del equipo que más adelante escribieron memorias exagerasen la intensidad de los lazos de sus padres con los intelectuales porque ellos mismos, en su mayor parte, se consideraban parte de este último grupo. En especial, parece probable que exagerasen la frecuencia del contacto en lo que atañía a sus padres, porque el equipo desarrollaba vidas laborales muy exigentes que dejaban muy poco tiempo para la vida social, salvo en algunas ocasiones y en la dacha. Pero los hijos en sí, que en estos años ya casi todos eran adultos —y probablemente, las únicas personas ajenas a la política con las que el equipo, en su mayor parte, trataba regularmente—, demostraron ser agentes de socialización

intelectual de sus padres. Los hijos del Kremlin eran un grupo de gran formación cultural: había licenciados en artes (Svetlana Stálina, Svetlana Mólotova, Eteri Ordzhonikidze, Rada Jrushchova y Sergó Mikoyán), científicos y matemáticos (Yulia Jrushchova, Vladímir Andréyev, Sergó Beria, Tatiana Frunze [que estaba bajo la tutela de los Voroshílov], Stepán Mikoyán, Natalia Andréyeva, Yegor y Andréi Malenkov, Yuri Zhdánov) y arquitectas (Maya Kaganóvich, Galina Kúibysheva y Valentina Malenkova). Muchos hicieron estudios de posgrado y varios acabaron siendo catedráticos en su campo. Yuri Zhdánov, que se licenció en ciencias e hizo un posgrado de filosofía, fue el único que siguió a su padre en la carrera política, pero no tardó en volver al mundo universitario y acabó siendo rector de la Universidad Estatal de Rostov. Sergó Beria fue un físico notable y Andréi Malenkov destacó similarmente en la biología.

Eran jóvenes que «intentaban no perderse nunca los buenos conciertos del Conservatorio», según rememoró Svetlana Stálina, y contagiaron a sus padres, ya entrados en años, este mismo gusto. «Los jóvenes determinaban el modo de vida [de sus familias] ... Hasta cierto punto, los mayores les prestaron atención y se adaptaron a los puntos de vista y los gustos de sus hijos.»

Sin duda, Svetlana pensaba sobre todo en los Zhdánov, Mikoyán, Malenkov, Beria y Mólotov, de los que envidiaba la calidez de la vida hogareña, más que pensar en su propia familia. Incluso el atareado Mólotov hallaba algún tiempo para su Svetlana, que, para mayor alegría de sus padres, obtuvo una medalla de oro en los exámenes de ingreso de la universidad, en 1946, y luego estudió Historia en la Universidad Estatal de Moscú. El padre, por lo tanto, conoció a las amistades universitarias de su hija. Tal vez sorprenda, pero la vida estudiantil de la posguerra en la Universidad de Moscú, según todas las fuentes, era excepcionalmente vivaz y se caracterizaba por el rigor intelectual y el optimismo con respecto al futuro (el ambiente aún no había abandonado las raíces socialistas y pasado a la disidencia). Mólotov recibió una impresión favorable, en especial por el estado de ánimo político, que le pareció sano. «Se acerca una nueva

generación», le escribió a Polina; y a juzgar por Svetlana y sus amigos, habían recibido una formación sólida y «además son defensores del Estado soviético y miran hacia el futuro con confianza».[14]

Stalin y su Svetlana, en cambio, se habían ido distanciando desde que empezó la guerra y la adolescente fue evacuada a Kúibyshev. Tras casarse y abandonar el Kremlin durante la contienda, Svetlana ya no era la compañía habitual de las cenas de Stalin. Este se había quedado solo desde que el círculo social de antes de la guerra se vino abajo, primero con la muerte de su esposa, luego con la detención de diversos parientes durante las Grandes Purgas; y se quedó aún más solo en la posguerra, distanciado por completo de la vieja red de la familia política y sin nuevos amigos ni otra compañera que llenaran los vacíos. Así, volvió a buscar la compañía del equipo. Durante los años de guerra, el equipo se acostumbró a reunirse por la tarde y cenar en común; ahora la costumbre se mantuvo, de un modo menos espartano. Como Stalin odiaba estar solo, cada vez fue más frecuente que convocara al equipo a cenar en la dacha, a menudo tras haber visto una película en el Kremlin; estas reuniones se caracterizaban por beber mucho alcohol (era obligatorio) y ciertas fases de análisis real del trabajo pendiente; y se prolongaban hasta poco antes del amanecer (las 4 o las 5 de la mañana).

En 1944, el comunista yugoslavo Milovan Djilas, que estaba de visita, consideró que esas cenas eran ocasiones relativamente agradables: no había excesos en la comida o la bebida y los miembros del equipo «estaban cerca unos de otros, de lo más próximos entre sí. Cada uno contaba las noticias de su departamento, con quién se había visto aquel día y qué planes estaba haciendo». La atmósfera era cordial e informal, y «quien hubiera entrado allí sin conocerlos apenas habría detectado diferencias entre Stalin y los demás. Sin embargo, las había. Se tomaba cuidadosa nota de su opinión. Nadie le planteaba una oposición clara. El conjunto recordaba a una estructura patriarcal con un cabeza de familia malhumorado cuyas manías siempre hacían sentir cierta aprensión a los parientes». Pero cuando Djilas volvió, en enero de 1948 —ciertamente, una época en la que las relaciones

soviético-yugoslavas se estaban deteriorando mucho, lo que culminaría, en junio, con una ruptura explosiva con Tito—, halló una atmósfera mucho más agobiante. Stalin obligaba a los compañeros a beber en exceso, incluso hasta el punto de que perdían la consciencia y había que llevarlos a su casa. Para evitar tanto alcohol, según Jrushchov, hubo un momento en el que Beria, Malenkov y Mikoyán acordaron con las camareras que estas les servirían agua teñida, en vez de vino; pero Aleksandr Shcherbakov, el impopular cuñado de Zhdánov, los delató (Stalin se enfureció por el engaño). Ya no se invitaba a las esposas, y abundaban las bromas e inocentadas, como colocar un tomate en una silla (esta en particular, se dice que la inició Beria). Stalin disfrutaba humillando, por lo que obligaba a Mólotov a bailar un vals con el líder polaco Jakub Berman, o a Jrushchov a danzar el *hopak*, acuclillándose y lanzando los pies al aire, «lo que desde luego no resultaba muy fácil» para el fornido Jrushchov.

Stalin se había convertido en un ave nocturna y parte de la extrañeza de este período fue que no solo el equipo, sino todo el gobierno tuvo que adecuarse a su nuevo horario. Incluso cuando un miembro del equipo no había sido invitado a cenar con Stalin una noche en particular, tenía que permanecer en la oficina, a menudo hasta bastante después de la medianoche, por si se le convocaba en el último minuto. Cuando, por razones médicas, Voroshílov quiso alejarse de este horario nocturno, tuvo que pedir a Stalin un permiso especial. El régimen nocturno les pasó factura en la salud: todos se hallaban en un estado de cansancio crónico. Los problemas coronarios de Zhdánov empeoraron; además (según Jrushchov) era alcohólico, ante lo cual, al revés de lo que hacía con los demás, Stalin le obligaba a no beber durante las cenas. Un compañero describió al Zhdánov de este período con las siguientes palabras: «la cara estaba muy pálida, se le veía increíblemente agotado, con los ojos inflamados por la falta de sueño. Abría la boca y jadeaba, falto de aire. Para Zhdánov, que estaba enfermo del corazón, aquellas vigilias nocturnas en la "dacha cercana" eran catastróficas». Andréyev tampoco se encontraba bien, aunque no por las cenas, a las que se le había dejado de invitar. Voroshílov padecía dolor de

cabeza, insomnio y mareos. La mala salud era endémica entre la élite política soviética, y los médicos la relacionaban con los horarios de trabajo antinaturales. Un estudio de marzo de 1948 concluía que veintidós ministros padecían cansancio grave, tres, úlceras, y uno, agotamiento nervioso. Mólotov, Mikoyán, Beria y Jrushchov parecen haber tenido una salud de hierro; aunque Jrushchov y Mólotov tiraban adelante sesteando durante el día, y Mólotov admitió que se ausentaba de las cenas interminables para descansar un rato alegando que iba al aseo.

Aunque Stalin seguía viviendo una vida espartana, el lujo estaba ganando terreno, tanto entre el equipo como entre la élite política en general. Algunas de las esposas —Zinaida Zhdánova, Nina Beria y Polina Zhemchúzhina— visitaban de forma regular el balneario de Carlsbad en Checoslovaquia (una de las gratificaciones del imperio de la Europa del Este) y allí, al parecer, tiraban la casa por la ventana; de Svetlana, la hija adorada por Polina, se decía que era «una auténtica princesa bolchevique», con un chófer que la llevaba en coche a la universidad y «un vestido nuevo cada día». La esposa de Mólotov era «siempre la mejor vestida de todas las damas del gobierno», pero la pobre Yekaterina Voroshílova, antaño revolucionaria, «se había convertido en una gorda señora soviética», al igual que Zinaida Zhdánova. El apartamento y la dacha de Mólotov se distinguían por su «buen gusto y mobiliario lujoso (para lo habitual en la Unión Soviética, por descontado)», mientras que la dacha de los Voroshílov era «suntuosa», estaba llena de «alfombras exquisitas, armas de oro y de plata del Cáucaso [y] valiosa porcelana», procedente en parte de regalos de otros países del bloque socialista. Las dachas contaban ahora con invernaderos, salas de proyección e incluso establos (a Voroshílov y Mólotov aún les gustaba montar a caballo, aunque la esposa de Voroshílov pensaba que su marido se estaba haciendo demasiado viejo para la monta). Los Kaganóvich ponían de manifiesto su pobre origen social por tener «la casa de un nuevo rico, llena de objetos tan caros como horrendos, y baldes con palmeras en diversos rincones». Los Beria, por su parte, tenían una dacha aún más suntuosa que los Voroshílov, con lámparas, papeles pintados

y muebles diseñados por arquitectos, y libros alemanes e ingleses dispersos por toda la casa.

Los «trofeos» traídos de Europa después de la guerra contribuyeron al lujo creciente de los apartamentos de la élite, así como al auge de los pianos de cola. Según Svetlana Stálina, la generación mayor era la que más se había entregado al lujo (aunque salvó de la censura a la modesta Ashjén Mikoyán). Los Malenkov, Zhdánov y Andréyev vivían vidas menos extravagantes y más «democráticas», pero también en su caso, todavía según Svetlana, el Estado —propietario de todos los apartamentos, las dachas y los muebles selectos; poca cosa era de propiedad privada— los apoyaba mucho más que a los ciudadanos soviéticos corrientes.[15]

Entre las familias del equipo, la de los Zhdánov era quizá la que se entregaba con más efusividad a la cultura. Sin embargo, el nombre de Zhdánov no tardó en quedar asociado para siempre con unas medidas punitivas que ofendieron profundamente a la intelectualidad soviética —y, además, avergonzaron (si no más) a los hijos del equipo, identificados con el mundo intelectual—. En 1946 se lanzó una campaña conocida como «zhdanovismo», que pretendía reforzar la disciplina en el campo cultural y combatir la decadente influencia occidental y moderna. Una campaña paralela «contra el cosmopolitismo» atacó el «servilismo y la reverencia» a Occidente en todas sus manifestaciones.

El primer golpe de la campaña cultural se asestó contra dos revistas literarias de Leningrado y dos escritores de la misma ciudad, Mijaíl Zóshchenko y Anna Ajmátova. Entre las responsabilidades de Zhdánov como secretario del Comité Central estaban la ideología y la cultura; y no solo fue el encargado de restaurar el control sobre la cultura (que se había relajado un tanto durante la guerra), sino sin duda también un defensor de esa medida. Sin embargo, es obvio que la iniciativa procedía de Stalin, que iba apuntando lo que había que hacer; además parece improbable que Zhdánov hubiera elegido atacar precisamente la que había sido su jurisdicción, Leningrado, o hubiera señalado como objeto del odio a autores a los que antes había protegido. Stalin revisó en persona el discurso de

Zhdánov ante los escritores de Leningrado y se mostró inusualmente entusiasta en su elogio del texto. Este documento interesa, entre otras razones, porque incluye cuidadosamente las instrucciones escénicas (como un «aplauso atronador» en los momentos clave). Los servicios de espionaje contribuyeron aportando materiales condenatorios sobre Zóshchenko y Ajmátova. El tema central del discurso de Zhdánov (y de la resolución del Orgburó de 9 de agosto de 1946, en la que se basaba) era que las revistas soviéticas no debían publicar a escritores que componían sátiras sobre la vida soviética, como Zóshchenko, o que intentaban hacer caso omiso de ella optando por algo similar a un exilio interior, como Ajmátova. Stalin, que asumió el papel principal en el interrogatorio de los leningradenses en la reunión del Orgburó, añadió sus propias notas: Leningrado había tomado un camino demasiado singular en materia de cultura, por influencia de los intelectuales locales, tanto como del partido, y su clima cultural exhibía una tendencia a reverenciar a los extranjeros, que él ya había deplorado en relación con el discurso de Churchill, el año anterior.

El golpe siguiente afectó a dos investigadores del cáncer (los profesores Nina Kliueva y Grigori Roskin), que, con el apoyo del ministro de Sanidad, habían pasado información sobre sus estudios a científicos estadounidenses, a través de la embajada de este país. Por descontado, la historia incluye motivos de espionaje, pero el objetivo principal era advertir a los intelectuales y burócratas soviéticos de que debían ser sumamente cautelosos al tratar con extranjeros, sin olvidar nunca la importancia de los «secretos de Estado» soviéticos, una categoría cada vez más numerosa. De aquí surgió una «Carta cerrada del Comité Central» que atacaba el servilismo ante los foráneos como una actitud «indigna de nuestro pueblo»; y señalaba con el dedo, en particular, a los intelectuales. De nuevo, la cara de la iniciativa la puso Zhdánov, pero se cree que había partido de Stalin; como en la ocasión anterior, Stalin corrigió minuciosamente el texto del discurso de Zhdánov. El discurso se pronunció ante el «tribunal de honor» que juzgó el caso de Kliueva y Roskin, un arma nueva del arsenal ideológico soviético y uno de los proyectos favoritos de Zhdánov. Estos

tribunales de honor se caracterizaban por humillar y censurar a los que debían presentarse ante ellos, pero, por lo general, sin acarrear detenciones o períodos de Gulag. Probablemente, Zhdánov lo consideraba una medida progresista, incluso democrática, que fomentaba la disciplina sin los castigos draconianos de la década de 1930 y, además, implicaba ser juzgado por colegas de la propia profesión. El problema fue que, al organizarse después de las Grandes Purgas, esta última idea no fructificó: los colegas, simplemente, pedían instrucciones a la autoridad (que las daba muy a gusto) y se entregaban a vilipendiar con saña, una práctica conocida en la Unión Soviética como «hacerse un seguro».

La campaña anticosmopolita estuvo muy asociada, en un principio, al peligro exterior, pero a finales de la década de 1940 —tras la muerte de Zhdánov— se convirtió en eufemismo de los prejuicios antisemitas. El trato con extranjeros era peligroso para los intelectuales, desde luego, pero no solo para ellos: la «Carta cerrada» recomendaba vigilar más estrechamente a todo visitante exterior, y los objetos de la censura, en las diversas partes del país, fueron por ejemplo escuchar las transmisiones radiofónicas de Voice of America en Krasnodar o haber quedado demasiado impresionado por la cultura germánica durante la ocupación alemana en Velíkiye Luki. En la ciudad portuaria de Riga, había que curar a los marinos de los vapores transoceánicos de su admiración por la «libertad» y los estándares de vida propios de Estados Unidos.[16]

Durante la guerra, e inmediatamente después, muchos miembros de la élite soviética habían tenido trato con diplomáticos o periodistas extranjeros y asistían a recepciones y pases de películas en las embajadas. Pero la situación se endureció. En 1947 se prohibió el matrimonio entre ciudadanos soviéticos y extranjeros, lo que por cierto arruinó la vida personal de varios residentes occidentales (entre ellos, un futuro biógrafo de Stalin, Robert C. Tucker, a la sazón asistente en la embajada de Estados Unidos). Los que pasaban demasiado tiempo en las embajadas extranjeras o trababan amistad con los diplomáticos se arriesgaban a que los acusaran de relacionarse con espías, como tuvo la desgracia de comprobar Lina, antigua esposa del

compositor Serguéi Prokófiev, que acabó en el Gulag hasta después de la muerte de Stalin. Borís Suchkov, un joven y emergente funcionario cultural con excelentes vínculos en el Comité Central, formado en la literatura angloestadounidense, era director de la Editora Estatal de Literatura Extranjera cuando fue detenido, acusado de ser un espía norteamericano, junto con su esposa; en lo esencial, por haber compartido veladas con diplomáticos estadounidenses. A las dos publicaciones extranjeras en lengua rusa que circulaban en la Unión Soviética, *Britanski soyuznik* y *Amerika*, se les reprochó ser «tendenciosas» y se las obligó a reducir tanto la impresión y distribución que, al final, prácticamente solo se podían comprar en los hoteles moscovitas Metropol y Nacional.

La última intervención destacada de Zhdánov en el ámbito de la cultura se produjo en enero de 1948, ocho meses antes de su muerte. Esta vez tuvo que ver con la música, una de las pasiones de este político. Vapuleó a todos los grandes compositores soviéticos, incluidos Shostakóvich, Prokófiev y Aram Jachaturián, por ser modernistas que se dirigían a audiencias elitistas, olvidaban la armonía y la perfección tonal, sucumbían a la degeneración burguesa occidental y se distanciaban del gusto popular. La refinada intelectualidad de las capitales se sintió ofendida por el ataque, y más tarde Shostakóvich escribió una sátira al respecto. Aun así, según la tendencia general de Zhdánov, el castigo de los compositores fue leve, para lo habitual en la Unión Soviética (hubo problemas para publicar o representar las obras, con el consiguiente descenso de los ingresos, pero no perdieron privilegios ni su condición ni, menos aún, se los arrestó). Aunque Zhdánov creía sinceramente que los compositores debían volver a un lenguaje musical más melódico y menos disonante, durante el proceso estuvo, al parecer, extrañamente risueño. Cuando Prokófiev —un antiguo emigrado que a su regreso aún no se había acostumbrado a los nuevos hábitos soviéticos— desairó al jefe de la Comisión de Control del partido, que puso objeciones a que charlara con un vecino, varios testigos afirman que Zhdánov, que lo observaba desde el estrado, se echó a reír. No se precisa si disfrutaba por la incomodidad del hombre de la Comisión de Control o por

el choque de dos sistemas de valores y jerarquía distintos. Incluso escribió una pieza satírica (de texto, sin música) en la que un ministro del gobierno se ve arrastrado a un concierto por su esposa, amante de la cultura; se va a dormir como de costumbre, y cuando la mujer lo despierta, él le dice, con rigor de virtuoso, que sin duda ella no ha leído la resolución del Comité Central que condena toda aquella basura modernista y degenerada. Pero resulta que la música interpretada era de un compositor ruso clásico, un autor reverenciado del siglo XIX, Mijaíl Glinka.[17]

Fue Yuri, hijo de Zhdánov, quien recuperó esta breve parodia en sus memorias, en sintonía con su descripción general de su padre como un hombre de cultura y, a la vez, una persona agradable y afable. Los Zhdánov parecen haber formado una familia feliz, cuya vida «se centraba en su único hijo, los amigos del hijo, los intereses del hijo. Solían celebrar fiestas divertidas, alegres, juveniles». Lo cuenta Svetlana Stálina, que se vio atraída hacia esta familia por el contraste con su propia vida solitaria en el Kremlin. El matrimonio de Svetlana y Morózov se había roto, y ella volvía a vivir en el apartamento de Stalin, con su hijo Osia (hipocorístico de Iósif) y la niñera, mientras Stalin pasaba la mayor parte de su tiempo en la dacha. Estaba desesperada por salir de allí y Yuri acudió a rescatarla del aislamiento en el Kremlin.

El tema del matrimonio había adquirido mucha importancia para Stalin, además de para la propia Svetlana, y sin duda ambos concluyeron que lo mejor, para evitar nuevos desastres, sería que se casara con uno de los hijos del equipo. Tras el divorcio, según Mikoyán, Stalin «nos» contó («a nosotros», en el sentido del círculo más íntimo) que había estado hablando con Svetlana sobre con quién se debería de casar. «Ella dijo que preferiría a Stepán Mikoyán o a Sergó, el hijo de Beria. Yo le dije: “Ni uno ni otro. Tendrías que casarte con el hijo de Zhdánov”.» Mikoyán y Beria se sintieron muy aliviados, aunque Mikoyán al menos apreciaba a Svetlana. «Si le hubiera tocado a mi hijo —escribió más adelante Mikoyán—, Stalin habría empezado a interferir en la vida de nuestra familia.» Beria se mostró de acuerdo: «Habría sido terrible». No está claro si Svetlana y Yuri tuvieron

constancia de esta conversación, pero Svetlana, años más tarde, escribió que Stalin, que había amado a Andréi Zhdánov y respetaba a su hijo, «tuvo siempre la esperanza de que las familias se “emparentarían”», por lo que sin duda, ella albergó un proyecto que pensaba que lo complacería otra vez. Pero el momento había pasado. Cuando Svetlana le dijo a Stalin que planeaba casarse con Yuri e irse a vivir al apartamento de los Zhdánov en el Kremlin, él se enojó: estaba levantando un segundo piso en la dacha de Kúntsevo y confiaba en que Svetlana y el nieto se fueran a vivir allí con él. Pero Svetlana sabía que Yuri nunca aceptaría vivir con Stalin, lo que descartaba la idea. Se casaron en la primavera de 1949.

En realidad, Svetlana había puesto los ojos en Sergó Beria; incluso tuvieron una breve aventura durante la guerra. Pero la madre de Sergó desalentó al hijo, no porque le disgustara Svetlana (los dos habían sido siempre amigos, y no dejaron de serlo) sino por prudencia: «Stalin habría interpretado el matrimonio como un intento de colarse en su familia», le dijo a Sergó. En 1947, Sergó se casó con la hermosa Marfa Peshkova, nieta del escritor Maksim Gorki. Stalin, aunque conocía a Marfa desde la infancia —era la mejor amiga de Svetlana—, tenía reservas con el matrimonio, con el que a su juicio se pretendía «establecer lazos con los intelectuales rusos de la oposición», si no era una trama del padre de Sergó «para infiltrarse en la intelectualidad rusa». Como regalo de bodas, Stalin eligió un volumen de su epopeya georgiana favorita, y escribió en esta: «¡Sería mejor que te relacionaras con los intelectuales georgianos!». La joven pareja vivía en un alojamiento propio, dentro de la residencia urbana de Beria. Los domingos los visitaba la abuela de Marfa, la primera esposa de Gorki, Yekaterina Peshkova, una disidente que llevaba mucho tiempo defendiendo a prisioneros políticos, la figura más próxima que había en la Rusia estalinista a una activista de los derechos civiles, una «intelectual de la oposición», sin ninguna duda la que Stalin tenía más en mente.[18]

El ambiente de la *intelligentsia* atraía también a Svetlana y Yuri Zhdánov, pero Yuri acababa de cambiar la vida profesional —era profesor de química y estudiante de filosofía en la Universidad Estatal de Moscú—

por la política. Su caso fue excepcional entre los hijos del equipo. De niño, Yuri había sido uno de los favoritos de Stalin, y fue precisamente Stalin el que tuvo la idea de reclutarlo para el Comité Central. Es probable que su padre recibiera con aprensión la noticia de que entraba en el peligroso mundo de la política, y de hecho el propio Stalin, por raro que parezca, le había advertido en contra: en 1940 había desaconsejado a Yuri (entonces contaba veintiún años) que se implicara mucho en la tarea de la Komsomol en la universidad: «la política es un asunto sucio. Necesitamos químicos». Asunto sucio o no, Yuri se volcó en ella de cabeza cuando fue nombrado jefe del departamento científico del Comité Central, en diciembre de 1947; no tenía experiencia en gestionar los niveles inferiores de la cultura, y de pronto se halló convertido en uno de los funcionarios más destacados del partido en esta materia.

Yuri pertenecía a una generación de posguerra de jóvenes comunistas de buena formación académica, que valoraba la aplicación científica de las normas profesionales y los estándares internacionales. Para ellos, el predominio científico de Trofim Lysenko, un agrónomo autodidacta cuyas optimistas propuestas de incremento de las cosechas habían despertado la admiración de Stalin y otros líderes soviéticos antes de la guerra, era un ejemplo palmario de todo lo que tenía que cambiar en el período de posguerra. Para Yuri y sus compañeros, algo mayores que él —como Dmitri Shepílov, vicepresidente del departamento de «agitprop» del Comité Central cuando Yuri fue nombrado jefe del departamento científico—, las maquinaciones de preguerra que habían llevado a la virtual ilegalización de la genética habían creado una situación «completamente anormal» que era necesario rectificar. «Ansiaba, con toda mi energía, que el lysenkismo se hundiera, porque desacreditaba por igual nuestra ciencia y mi país», escribió Shepílov en sus memorias. Pero fue Yuri, que desbordaba entusiasmo por una causa cuya hora estaba convencido de que había llegado al fin, quien se lanzó a por esa meta a los pocos meses de haber sido elegido, al atacar en público las teorías de Lysenko en una conferencia ante propagandistas del partido.

La oposición a Lysenko tenía cierto respaldo en el equipo. Es probable que Beria simpatizara con ella: su esposa se entristeció al no poder salvar, antes de la guerra, al biólogo Nikolái Vavílov, un compañero de la Academia de Agricultura contrario a las teorías de Lysenko, y ella misma había criticado algunas de las ideas lysenkinas en su tesis doctoral. Andréi, el padre de Yuri, no era amigo de Lysenko y había aconsejado a su hijo que no se metiera con él: «te hará picadillo». Andréi estaba en lo cierto. Lysenko contraatacó (al parecer con el apoyo de Malenkov, rival de Zhdánov) y Stalin se puso de su parte y censuró a Yuri en una reunión del Politburó, en presencia de su padre («¿Es que no sabes que toda nuestra agricultura se fundamenta en Lysenko?»). El caso tuvo relativamente pocas consecuencias para Yuri, pues Stalin lo consideró demasiado joven e inexperto y culpó a sus superiores (Shepílov y su padre, Andréi Zhdánov) de no guiarlo en la dirección adecuada. Yuri ni siquiera perdió el puesto en el Comité Central, pero sin duda vio derrotado su optimismo reformista. Había leído mal el signo de los tiempos, o quizá se había anticipado por un decenio. Los viejos oscurantistas habían mostrado, en la persona de Lysenko, que seguían siendo los más fuertes. La juventud culta y reformista no dictaría el curso de los acontecimientos mientras Stalin estuviera en el poder. Y muy pronto, a Yuri y a todos los demás se les recordaría que la política era un asunto sucio.[19]

8

Un líder aventajado

Acabada la guerra, Stalin era un hombre enfermo y avejentado, cuya capacidad de trabajo menguaba año tras año. Cada vez pasaba más tiempo en el sur: una media de casi tres meses al año, de 1945 a 1948; casi cinco meses, en 1950; y por último, no menos de siete meses de agosto de 1951 a febrero de 1952. Incluso cuando estaba en Moscú, su jornada laboral se redujo mucho. Dejó de presidir el Consejo de Ministros, función que delegó primero en Voznesenski y luego en Malenkov. Cada vez se quejaba más de los achaques. Incluso el leal Mólotov notó que su capacidad de trabajo no paraba de reducirse. Otras personas, que no lo veían a diario, quedaron impresionadas por la decadencia que experimentó entre 1945 y 1948. Cuando el embajador Nóvikov regresó de Estados Unidos en la primavera de 1947, no había visto a Stalin de cerca desde 1941, y descubrió a «una persona vieja, muy vieja y cansada, a la que a todas luces le resultaba difícil llevar el peso colosal de sus responsabilidades», y no la figura poderosa y enérgica que había conocido durante la guerra. Stalin cometía errores que nadie se atrevía a corregir; por ejemplo, olvidaba nombres (entre ellos el de Bulganin, aunque hay que reconocer que Bulganin era poco memorable). Cada vez estaba más horas en la dacha y menos en el despacho del Kremlin. «Sin mí, estaríais perdidos», solía decir Stalin a los miembros del equipo; en otros tiempos, habrían asentido, pero ya no en aquellos momentos. Se empezaba a imaginar un futuro sin Stalin.

Beria, que siempre había sido mordaz, aunque a la cara se mostrase deferente, cada vez era más ácido en sus referencias al líder; los demás, que

temían que se les estuviera animando a formular comentarios subversivos, reaccionaban con cautela. Jrushchov, que seguía sintiendo afecto por Stalin, empezaba a admitir que tratar con él se parecía a tratar con un anciano de la familia que no tuviera nada en qué ocupar el tiempo. «La soledad le hacía sufrir terriblemente», recordaba Jrushchov, por lo que «siempre necesitaba tener a gente alrededor. Nada más despertarse, por la mañana, nos convocaba, por ejemplo invitándonos a ver una película [en el Kremlin, por la tarde] o empezando una conversación que se habría podido acabar en dos minutos, pero se prolongaba para que nos quedáramos más tiempo con él». Para el equipo, que tenía trabajo llevando el gobierno, era una pérdida de tiempo; pero marcharse de vacaciones con él, como también pedía, era «una auténtica tortura». «Tenía que estar con él a todas horas, sentado a la mesa en comidas interminables. Cada vez que me ofrendaban en sacrificio, Beria me animaba diciendo: "Míratelo así: alguien tiene que sufrir, ¿por qué no tú?".»[1]

La soledad de Stalin se vio exacerbada por la ruptura, casi total, de la relación con sus dos hijos supervivientes, Svetlana y Vasili, y la detención de más parientes políticos, incluidas personas con las que tenía amistad. El matrimonio de Svetlana con Yuri Zhdánov no iba bien: Yuri siempre tenía quehacer en el despacho; entre otras cosas, dedicar tiempo a Stalin, que gozaba instruyéndolo en cómo aplicar a la ciencia las habilidades adquiridas en la lucha contra los bandos internos. Svetlana se quedaba sola en casa, en el apartamento de los Zhdánov, y preparaba una bibliografía de las máximas de Marx y Lenin en materia científica, para Yuri, rodeada de mujeres mayores dadas a aconsejarla. La vida se tornó «un sopor insoportable, insufrible» y las complicaciones de un segundo embarazo la sumieron en la depresión. Tuvo que pasar seis semanas en el hospital, antes de que su hija Katia naciera de forma prematura, y compartió sala con Svetlana Mólotova. Sintió una gran envidia, porque Mólotov, como cualquier padre normal, venía cada dos días a ver a su hija y al nieto recién nacido. Stalin no iba nunca; Svetlana le escribió una carta llena de angustia y reproches, a la que él replicó al fin con afecto, prometiéndole a «mi

Svetochka» que pronto vería a su «papochka», pero siguió sin ir. Cuando el matrimonio se rompió, a principios de 1950, Stalin se mostró despectivo («¡Qué tonta! Por fin encuentra a un hombre decente y no lo sabe conservar»).

La familia política que fue perseguida a finales de la década de 1940 incluía, entre otras personas, a la cuñada de Stalin, Zhenia Alilúyeva (que había despertado antaño la admiración de Stalin, quien quizá pensó en casarse con ella), condenada a diez años por «agitación antisoviética», en otras palabras, hablar con poca prudencia; Anna Rédens, otra cuñada; Fiódor Alilúyev, cuñado; y el joven de veintiún años Dzhonik (John-Reed) Svanidze, cuyo padre (un gran amigo de Stalin hasta que lo detuvieron en 1937) había sido víctima de las Grandes Purgas, al igual que su madre. Desde luego, estos arrestos contribuyeron a distanciar a Stalin de Svetlana, que se estaba quedando sin familia a ojos vistas. Cuando quiso saber qué habían hecho mal, Stalin dijo tan solo que hablaban demasiado y esto ayudaba al enemigo. A menudo se ha asociado a Stalin con una noción laxa de «paranoia», pero en los últimos cinco años de su vida, sin duda parece un concepto adecuado. Esta vez, a diferencia de lo que sucedió a finales de la década de 1930, se mostró especialmente suspicaz con las personas más próximas a él. Cada vez sentía más temor a que lo envenenaran, según Jrushchov, pero no quería reconocer ese miedo; en las cenas con el equipo, de horario muy tardío, esperaba a que alguien hubiera probado los platos antes de probarlos él. En cierta ocasión en la que Jrushchov y Mikoyán desempeñaban la función de acompañamiento obligado del líder en el sur, Stalin murmuró sin dirigirse a nadie en particular: «Estoy acabado. No me fío de nadie, ni siquiera de mí mismo».

A medida que la energía y la competencia de Stalin declinaban, delegaba cada vez más asuntos en otros miembros del equipo, y se limitaba a firmar todo lo que le enviaban a la dacha para que lo aprobara. Su juicio se tornó errático: Mikoyán describió una reunión del equipo en la que Stalin, de pronto, sugirió abolir las granjas estatales, un elemento básico de la agricultura soviética. Mikoyán objetó (al menos, años más tarde afirmó

haberlo hecho), mientras los otros, Malenkov y Kaganóvich incluidos, se miraban las manos, sentados y en silencio. «Nadie lo respaldó, y abandonó el tema.» Hubo quien se quejó de que Stalin, al abdicar de su responsabilidad, creó atascos y demoras constantes. Pero hubo otra consecuencia, quizá de más relevancia para el futuro: el equipo reactivó la «adopción de decisiones semicolectiva». En esas fechas, el núcleo del Politburó estaba formado por Beria, Malenkov, Jrushchov y Bulganin, y «los Cuatro», según la valoración quizá exagerada de un observador bien situado, eran tan fuertes que «ni siquiera Stalin podía hacer nada contra ellos». Pero otro grupo más amplio —ahora «los Siete», sumando a Mólotov, Mikoyán y Kaganóvich— también formaba parte de la estructura informal del poder. A juzgar por los documentos del archivo gubernamental, el trabajo se desarrollaba de forma fluida y organizada, con una gran mejora técnica con respecto al período de preguerra. Pero es asimismo cierto que se estaban dejando de lado toda clase de cuestiones principales —tensiones con Occidente, la calidad de vida, los campesinos, el Gulag, las nacionalidades— porque el equipo sabía que Stalin rechazaría cualquier cambio. El equipo parece haber actuado con un acuerdo tácito al respecto de qué cambios se necesitaban y, en efecto, posponía temas a la espera de que Stalin muriera.[2]

Mientras vivió, sin embargo, Stalin no llegó a estar fuera de juego. Seguía conservando un poder clave, el de matar, aunque en lo que atañía al equipo, ahora debía manejarse con cautela. Todavía podía plantear iniciativas audaces a las que ningún miembro del equipo se atrevía a plantar cara. Entre ellas, empeorar el trato dado a los judíos, en una intensificación que partió en gran medida de Stalin, frente a la desaprobación —silenciosa, no expresa— de la mayoría del equipo. Como telón de fondo había una iniciativa projudía de los años de guerra, cuando se organizó el Comité Judío Antifascista (CJA), creado ante todo para publicitar la causa soviética en el extranjero y, secundariamente, para recaudar dinero de los judíos de Estados Unidos. El miembro del equipo más implicado en su creación, al parecer, fue Beria, que (según su hijo) era filosemita, con el apoyo

entusiasta de notables de la intelectualidad judía y un fuerte respaldo de Mólotov, Kaganóvich y Voroshílov. El comité era una anomalía, para los usos soviéticos, porque el sistema estalinista solía excluir las asociaciones que representaban intereses particulares. Pero en las circunstancias especiales de la guerra, no fue un caso único: al poco de estallar la contienda se había creado una Unión Paneslava, dirigida a los eslavos de la Europa oriental y los emigrados de Rusia, y patrocinada por el rusófilo Aleksandr Shcherbakov, con fines similares: apelar emocional y financieramente a los miembros de un grupo internacional específico. También hubo comités antifascistas de mujeres, jóvenes y científicos. El Comité Judío Antifascista entró en escena en 1942, encabezado por quien hacía mucho que dirigía el Teatro Judío de Moscú, Solomón Mijoels, y supervisado por Solomón Lozovski, segundo de Mólotov en el Ministerio de Exteriores y figura destacada del gobierno por propio derecho. Fue la asociación más exitosa, con mucho, a la hora de obtener apoyos tanto dentro del país como en el extranjero.

El primer asunto peliagudo que tuvo que afrontar el CJA fue la creación de una región autónoma judía en Crimea. Entonces la idea no sonaba tan absurda como nos podría parecer desde nuestros días. Las regiones autónomas basadas en nacionalidades eran típicas de la estructura soviética; de hecho, ya había una región autónoma hebrea en Birobidzhán, en el Extremo Oriente, que no había cuajado en parte por carecer de una población judía arraigada desde antaño. La idea de establecer esa región en Crimea ya se había planteado a finales de la década de 1920, y despertó mucho entusiasmo entre la población judía, aunque al final se prefirió ubicarla en Birobidzhán. El CJA, cuyos líderes preveían desde hacía tiempo que la Unión Soviética debía convertirse en un refugio para los judíos que huían del nazismo, recuperó la propuesta crimea y destacó que sería fácil obtener fondos de los judíos de Estados Unidos. La propuesta se envió en 1944, a través de Lozovski y Mólotov, pero Stalin la descartó. Sin embargo, es obvio que no la echó al olvido: la recordó como prueba de las ambiciones, los sospechosos lazos con el extranjero (¡aunque al Comité se

le había pedido que pidiera a los judíos de Estados Unidos dinero para financiar el esfuerzo bélico!) y la escasa fiabilidad de lo que sin duda consideraba un *lobby* judío nacional.

Los padecimientos de los judíos europeos que habían sobrevivido al Holocausto fueron uno de los temas internacionales más espinosos de la fase final de la guerra. Aunque los bolcheviques siempre se habían opuesto al sionismo, la Unión Soviética fue una de las primeras partidarias de crear el Estado de Israel; a la vez que buscaba una cabeza de puente en Oriente Próximo, jugaba a uno de los juegos favoritos de Stalin contra las potencias capitalistas, el de «Divide y vencerás» (Estados Unidos defendía la creación de ese Estado mientras Gran Bretaña, como potencia colonial de la zona, se mostraba reticente). Además de las consideraciones de la *realpolitik*, Mólotov veía con simpatía la formación del nuevo Estado, pero no está claro que Stalin la compartiera. Según el hijo de Beria, Stalin y Beria partían de una idea más maquiavélica: «al ayudar a nacer al Estado de Israel, la Unión Soviética obtendría apoyo del mundo financiero internacional. Ese Estado sería una base desde la que podrían influir en el mundo de los judíos, con sus ingentes recursos económicos, en beneficio de la Unión Soviética».[3]

El primer país que reconoció *de jure* como Estado a Israel fue precisamente la Unión Soviética, el 17 de mayo de 1947. En otoño de 1948, la futura primera ministra Golda Meir llegó a Moscú como primera plenipotenciaria israelí. La comunidad judía de Moscú la recibió con euforia, incluida Polina Zhemchúzhina, que le dio un abrazo en una recepción diplomática y se presentó a sí misma, en yídico, como «una hija del pueblo judío». Este entusiasmo por sí solo bastaba para despertar cautelas en Stalin. En el verano de 1948 la relación entre los dos Estados se vio enturbiada por problemas exacerbados por el enorme caudal de dinero estadounidense que entró en el nuevo país sin que la Unión Soviética pudiera igualarlo. En Estados Unidos, la ayuda a Israel ya se vendía con los conceptos de la Guerra Fría, como un modo de bloquear la expansión del comunismo. La emigración de los judíos a Israel representó otro problema,

porque la Unión Soviética, que en general había dificultado sobremanera la emigración legal de sus ciudadanos, no tenía en mente hacer una excepción con los judíos. «Ni apoyo económico ni población», según una Meir decepcionada resumió la perspectiva al marcharse de Moscú y la Unión Soviética, en marzo de 1949.

El CJA tuvo un éxito considerable en su empresa internacional, especialmente entre la comunidad judía estadounidense con mayor conciencia social: muchas de esas familias tenían raíces en el imperio ruso y simpatía política por la izquierda. Pero por descontado, al tomarse en consideración las tensiones de la Guerra Fría y la tendencia de Stalin a ver espías en todo posible contacto con el exterior, la empresa resultaba peligrosa. El riesgo se agravó porque el CJA contaba ahora con una clientela nacional abrumadoramente entregada, que ansiaba hallar protección institucional en el sistema soviético. Se estaba convirtiendo en algo parecido a un Ministerio de Asuntos Judíos, según se valoraba negativamente en un informe de seguridad. Todo ello era tanto más peligroso en un contexto en el que el resentimiento popular frente a los judíos se había difundido mucho por la Unión Soviética; se los consideraba una élite privilegiada que «sentada en Taskent, esperaba a que la guerra terminase».

La propuesta de disolver el CJA, al parecer, la apuntaron primero funcionarios ideológicos del Comité Central durante el invierno de 1946-1947. Reconocían que al principio había desempeñado una función positiva, pero que la misión antifascista ya no era necesaria y, en cambio, sus miembros simpatizaban en exceso con los judíos de Estados Unidos y daban los primeros pasos para actuar como un grupo de presión projudío dentro de la propia Unión Soviética. Además, inquietaba el hecho de que el sionismo fuera cada vez más popular entre los judíos soviéticos, en particular entre los intelectuales. El Politburó analizó la cuestión en tres ocasiones, pero no adoptó ninguna decisión, sin duda porque el CJA contaba con apoyos sólidos entre el equipo.[4]

Entonces se produjo un hecho traumático: Solomón Mijoels, presidente del CJA y director del Teatro Judío de Moscú, murió asesinado en enero de 1948. Se dijo que había muerto por un accidente de coche que había sufrido en Minsk, pero en seguida se rumoreó que el asunto distaba de estar claro. Los servicios de seguridad hicieron correr la voz de que había sido obra de nacionalistas polacos, o de sionistas que intentaban ocultar pactos nefandos asociados con la creación del Estado de Israel. La rumorología popular añadió una tercera versión, que responsabilizaba a Stalin. Así fue en realidad, según sabemos hoy. Sin duda el asunto desató todas las alarmas entre el equipo, y en especial en Mólotov, cuya esposa no solo daba apoyo al CJA, sino que era amiga personal de Mijoels. Otros miembros vinculados con los judíos también tenían razones para alarmarse: Kaganóvich, que era él mismo judío; Voroshílov y Andréyev, que se habían casado con mujeres judías; Beria, que defendía el CJA y mantenía buenas relaciones con Israel. La esposa de Voroshílov, Yekaterina, se había criado con el nombre de Golda Gorbman; aunque formaba parte de los «viejos bolcheviques» y había dejado de acudir a la sinagoga en la juventud, había recibido con honda emoción el nacimiento del Estado israelí (al parecer, afirmó: «Ahora tenemos una patria»). No se la detuvo; pero tras la detención de Zhemchúzhina, corrió una historia apócrifa según la cual cuando la policía secreta se presentó en casa de Voroshílov para arrestar a su mujer, el viejo soldado de caballería les negó la entrada blandiendo el sable. En esta época hubo otra baja entre las esposas: Dora Jazán, la pareja de Andréyev, despedida como viceministra de la Industria Textil y degradada: primero, como directora de un simple instituto de investigación científica; luego, expulsada de esta misma posición en una campaña de antisemitismo virulento.

Es probable que el equipo tuviera indicios claros, o al menos sospechas bastante fundadas, de que la muerte de Mijoels había sido obra de los servicios de seguridad, siguiendo instrucciones de Stalin. Más adelante, se acusó a Polina Zhemchúzhina de haber contribuido a divulgar «provocativos rumores antisoviéticos sobre la muerte de Mijoels» en su

funeral; y la hermana de Polina, durante un interrogatorio, afirmó que esta le había dicho que «habían matado a Mijoels», pero no quiso precisar quiénes. Kaganóvich envió un mensaje a la familia de Mijoels, en privado, por medio de un pariente, para indicarles que, por su propia seguridad, era preferible que no hicieran preguntas sobre su fallecimiento. La alarma del equipo tuvo que ser tanto más intensa cuanto que el asesinato político no era un recurso habitual en el arsenal de Stalin; al menos, a ojos del equipo. Quizá, como sostenían los rumores, Stalin había estado detrás de la muerte de Kírov, pero en ese momento el equipo no lo creía así. El único asesinato político encubierto del que tenían constancia era la muerte de Trotski a manos de agentes secretos soviéticos, en 1940, bajo la dirección de Beria y por orden de Stalin. Pero esto había sucedido en otro país y Trotski era el archienemigo, por lo que apenas se lo podía considerar un precedente.

La brutalidad con la que se eliminó a Mijoels necesita alguna aclaración, más allá de las sospechas (fomentadas por el MGB) de que era un sionista que mantenía tratos con el espionaje estadounidense; más aún, porque el hecho se produjo cuando el apoyo soviético a la causa israelí estaba en su apogeo, al igual que la esperanza de que Israel fuera una cabeza de playa soviética en Oriente Próximo. A menudo se atribuye todo al «antisemitismo», pero aunque en sus últimos años Stalin fue ciertamente antisemita, ello no explica que de pronto se implicara en persona en los asesinatos. La explicación más plausible es que Stalin lo concebía como una venganza personal, asociada a una mancilla de honor, aunque el lazo personal era relativamente tenue. El asunto empieza con Svetlana, que, recién alcanzada la edad adulta, se casó con Grigori Morózov, bien relacionado (tanto por sí mismo como a través de su padre, Iósif) con la intelectualidad judía de Moscú. Fuentes del MGB revelaron que Mijoels, que buscaba canales para acceder a la autoridad suma e influir en ella, determinó que Svetlana y Morózov eran unos candidatos prometedores. Tanto Mijoels como Iósif Morózov mostraron un interés muy vivo por averiguar cuanto pudieron sobre la vida personal de Stalin, y cultivaron también la relación con otros miembros de la familia, así como (al parecer,

sin éxito) con los recién casados. Hubo detenciones y, al ser interrogado bajo tortura, uno de los sospechosos confesó que el servicio de espionaje estadounidense había encargado a Mijoels recopilar información sobre Stalin por medio de sus familiares. A continuación se produjeron el asesinato de Mijoels y las detenciones (ya descritas) de parientes políticos de Stalin y de Iósif Morózov. Según le dijo Stalin a Svetlana: «Te han echado encima un sionista para obtener información sobre mí».[5]

Finalmente, en noviembre de 1948, se decidió disolver el CJA por ser un «centro de propaganda antisoviética ... que proporciona información antisoviética, de forma regular, a organismos de la inteligencia extranjera». La resolución del Politburó estipulaba que «por el momento, no se va a detener a nadie», pero la situación no tardó en cambiar. A finales de enero de 1949 se había encarcelado a los demás miembros del CJA, incluido su mecenas, Lozovski. Zhemchúzhina había sido expulsada del partido por sus lazos con «nacionalistas burgueses judíos», por asistir al funeral de Mijoels, fomentar rumores sobre su muerte y haber participado en una ceremonia religiosa de la sinagoga de Moscú (unos años antes, en 1945). Se la arrestó, por orden de Stalin, el 21 de enero de 1949.

Más adelante, Mólotov recordó que, cuando Stalin expuso ante el Politburó la cuestión de Zhemchúzhina, las rodillas empezaron a temblarle. «Pero la acusación ya se había planteado. No le podíamos echar todas las culpas a ellos [los chequistas].» En la votación sobre la expulsión de su esposa del partido, Mólotov comenzó absteniéndose, pero al día siguiente se retractó de la abstención, «un acto que ahora entiendo que era una equivocación política», y alegaba «el profundo remordimiento por no haber advertido a Zhemchúzhina, una persona a la que quiero mucho, de que no cometiera el error de relacionarse con nacionalistas judíos antisoviéticos como Mijoels». Beria, según su hijo, también se abstuvo, pero no hay confirmación al respecto. En realidad, las sospechas formuladas en este caso no eran irrazonables: Zhemchúzhina se había mostrado como una defensora ferviente de Israel y se había sumado a la causa judía más de lo que podía resultar aceptable en el contexto normal del partido. En los

interrogatorios de sus colegas y parientes detenidos en 1949 constan numerosas referencias verosímiles a críticas que Zhemchúzhina habría formulado sobre la política soviética de posguerra en cuanto a los judíos; por ejemplo, contra la purga que los había expulsado de los ministerios. Hay noticias de que ya en el verano de 1946 había indicado a varios miembros del CJA que resultaba inútil que acudieran a los miembros del Politburó para hablar de este problema: era cosa de Stalin, que tenía una actitud «negativa» hacia los judíos. Se contaba que había avergonzado a Nina Beria por la pasión con la que hablaba de la cuestión judía y exponía su descontento con la actitud de Stalin: «¿Cómo puede ser que no comprenda que el pueblo judío merecía que lo ayudaran, después de todo lo que había hecho por la revolución? ¿Acaso el Estado proletario no debía mostrarse agradecido?». (Los Beria, a los que, al parecer, presentó a Golda Meir, comprendían su emoción, pero nadie quería escuchar herejías: si luego no informaban al respecto, podían verse en problemas. En cuanto a Meir, las memorias que publicó en 1975 sugieren que no tuvo más contacto con Zhemchúzhina, fuera de la presentación inicial; pero quizá se trate tan solo de una omisión diplomática.)[6]

Poco antes de que se detuviera a Zhemchúzhina, Stalin instó a los Mólotov a divorciarse. Polina replicó con estoicismo: «Si es necesario para el partido, nos separaremos», y se marchó a casa de su hermana. No fue el único divorcio de este estilo en los círculos del equipo. La hija de Malenkov se había casado con un judío, Vladímir Shamberg, que era nieto de Solomón Lozovski. Shamberg, además de ser amigo de Malenkov, trabajaba en su oficina; la joven pareja vivía con los Malenkov. En enero de 1949, un día antes de que Lozovski fuera expulsado del Comité Central, Malenkov gestionó el divorcio de su hija. Personalmente no era un antisemita, según concluyó un Jrushchov desconcertado; tenía que haber actuado por un «servilismo de lacayo hacia su señor». Probablemente, sin embargo, la intervención de Malenkov evitó que Shamberg y sus familiares fueran condenados al exilio, como les sucedió luego a la mayoría de los parientes de los miembros del CJA caídos en desgracia.

En marzo de 1949, pocos meses después de la detención de Zhemchúzhina, Mólotov perdió el puesto de ministro de Asuntos Exteriores y fue sustituido por uno de sus antiguos segundos, Andréi Vyshinski. Al parecer, la decisión se adoptó en la dacha de Stalin, en una reunión a la que solo asistieron, de entre los miembros del equipo, Malenkov, Beria y Bulganin. Quizá Stalin no tenía del todo claro cómo iba a reaccionar el resto del equipo; pero en la práctica, todos los miembros ausentes del Politburó a los que se sondeó dieron su aprobación a este paso (aunque Voroshílov precisó que estaba a favor «si todos los demás lo estaban»). En este mismo momento, Mikoyán también fue reemplazado por su segundo en el Ministerio de Comercio Exterior. La importancia de estos cambios no es evidente. A veces, los miembros del equipo podían acceder a la dirección inmediata de los sectores que les correspondía supervisar por su posición en el Politburó, o, a la inversa, tener que abandonarla, según si su implicación directa se consideraba imprescindible. En este caso en particular, que Mólotov perdiese la cartera de Exteriores parecía una censura, en el contexto de la detención de Zhemchúzhina y la crisis por el futuro de Alemania, que en 1948 desembocó en el Bloqueo de Berlín (que fue interpretado como un fracaso de la diplomacia soviética). En sus memorias, Mikoyán negó que su propio caso tuviera ningún matiz degradante. Tanto Mólotov como Mikoyán parecen haber mantenido una buena relación de trabajo con quienes los sustituyeron, que siguieron respetando su antigüedad y experiencia; en el transcurso de los años inmediatamente posteriores, ambos fueron recuperando de forma tácita la mayor parte de sus viejas responsabilidades en materia de asuntos exteriores y comercio exterior, respectivamente.[7]

En la alta política, otro asunto, de principios de 1949, supuso una conmoción mayor. Nos referimos al «Caso de Leningrado», supuesto complot de los «leningradenses» en la jerarquía del partido, que también derribó a un miembro del Politburó, Nikolái Voznesenski. Nadie ha desvelado ninguna conjuración real (salvo por parte de Stalin, con el fin de destruir a determinados subordinados y rivales potenciales) y ni siquiera la

secuencia de los hechos está clara, en ausencia de juicios públicos (por lo menos, en comparación con las Grandes Purgas). Las víctimas fueron funcionarios destacados del comité del partido en Leningrado, además de Voznesenski y el secretario del Comité Central, Alekséi Kuznetsov. Jrushchov pensaba que el fuego lo habían atizado Malenkov, como viejo oponente de Zhdánov, y Beria, hostil a Voznesenski; pero según el hijo de Malenkov, su padre fue el único miembro del Politburó que votó en contra de condenar a Kuznetsov y Voznesenski. Para el hijo de Zhdánov, se trataba de desacreditar a su padre de forma retrospectiva; según el hijo de Beria, no era Beria el que apuntaba en contra de los leningradenses; y el hijo de Malenkov afirmó que no había sido cosa de su padre. Todo el tema de las rivalidades internas es tan confuso que resulta muy difícil extraer ninguna conclusión, más allá de que nadie se estaba quieto y todos confiaban en que el hacha cayera no sobre ellos mismos, sino sobre terceros y sus redes de patrocinio. (Las acusaciones y los reproches mutuos se reavivaron en 1957, cuando el equipo se rompió, pero a la postre nadie arrojó luz sobre el asunto.) Según Malenkov, el organizador fue Stalin. En el equipo, nadie parece haber creído que en Leningrado se cociera alguna conjura, y tanto Jrushchov como Mólotov, años más tarde, sostuvieron que no llegaron a saber qué originó las sospechas de Stalin.

El resultado último del Caso de Leningrado fue la expulsión de dos estrellas emergentes, Voznesenski y Kuznetsov, ambos de etnia rusa y en la cuarentena; se dice que Stalin los había mencionado a los dos como posibles sucesores. Así pues, aparte de los objetivos específicos que Stalin pudiera haber perseguido en este caso, es difícil resistirse a la conjetura de que los dos beneficiarios principales —Malenkov y Beria— tuvieron algo que ver en el descrédito de esas dos figuras, si no en su destrucción. La hipótesis de Jrushchov —basada en la deducción y en indicios apuntados más tarde por Malenkov y Beria, pero no por Stalin, que según Jrushchov nunca habló del asunto con él— consiste en que Stalin estaba preparando a Voznesenski y Kuznetsov como «sucesores de la Vieja Guardia del Kremlin, lo que suponía que, en primer lugar, Beria, y después Malenkov,

Mólotov y Mikoyán, habían perdido la confianza de Stalin». Suponía que la Vieja Guardia se había librado de la competencia minando la confianza de Stalin en los jóvenes competidores, pero no sabía por qué medios lo habían logrado.

Aparte de las intrigas, el Caso de Leningrado fue una conmoción para el equipo, que confiaba en que la carnicería de la cúpula dirigente fuera ya cosa del pasado. Para Mikoyán, además, supuso un trauma personal. Su hijo menor, Sergó, iba a casarse con Ala, hija de Kuznetsov, en las fechas en que estalló el conflicto, en marzo de 1949. Mikoyán mostró un «descaro inaudito», según su biógrafo, pues no solo siguió adelante con la boda, que se celebró en su casa, sin cancelar la invitación al padre de la novia, sino que incluso envió su propio coche oficial a recogerlo. Ala se convirtió en un miembro muy querido de la familia Mikoyán hasta su muerte prematura, en 1957; y los Mikoyán cuidaron de sus hermanos menores tras la detención de la madre (según Stepán Mikoyán, se salvaron de ir a un orfanato porque Mikoyán intercedió por ellos ante Stalin). Voznesenski y Kuznetsov fueron detenidos en otoño, seis meses después de perder el trabajo; en el caso de Kuznetsov, el arresto se produjo cuando salía de visitar a Malenkov en su despacho. Se dice que la investigación fue dirigida en persona por Beria, y que en los interrogatorios participaron el mismo Beria, Malenkov y Bulganin, recuperando una costumbre de las Grandes Purgas. Los dos condenados fueron ejecutados en otoño de 1958.[8]

Entre tanto, seguía adelante el interrogatorio de Zhemchúzhina y los numerosos parientes y colegas detenidos junto con ella. Desde el punto de vista del equipo, el proceso transcurría entre bambalinas; el MGB enviaba informes regulares a Stalin, pero no a los otros líderes. La intención inicial, sin duda, había sido denunciarla por ser judía y «nacionalista burguesa», relacionándola con otros miembros del CJA en alguna clase de trama de «espionaje para Estados Unidos»; sorprendentemente (si pensamos en que el material sobre los judíos no era poco abundante), se abandonó esta línea y el interrogatorio empezó a centrarse en su vida sexual. Este material también resultó ser abundante, en especial cuando un amante (I. I.

Shteinberg, esposo de su sobrina Rosa) se derrumbó y proporcionó una descripción casi pornográfica de cómo hacían el amor. (Más adelante, Beria declaró que los testimonios habían sido víctimas de palizas y otros abusos, y varios murieron en prisión.) Cuando se recibió el informe sobre la relación sexual de Zhemchúzhina y Shteinberg, en agosto de 1949, Stalin se apartó de lo acostumbrado y lo hizo circular entre todos los miembros del Politburó, incluido Mólotov, por descontado. En años posteriores, Mólotov nunca aludió a esta humillación en particular. Jrushchov la refiere en sus memorias, con cierta censura, avergonzado. En diciembre, el MGB decidió abandonar la causa, por una razón desconocida —Beria alegó más adelante que fue por ausencia de pruebas, pero esta circunstancia nunca había bastado para detener esta clase de causas— y Zhemchúzhina fue desterrada a Kustanái, en Kazajistán, por un período de cinco años.

Según una figura destacada del Ministerio de Seguridad, el auténtico objetivo de arrestar a Zhemchúzhina había sido obtener material comprometedor sobre Mólotov. De ser así, se cosechó un fracaso estrepitoso. Polina no aportó nada en contra de su esposo (de hecho, al parecer no declaró nada de nada) y en las confesiones de sus parientes y colegas nunca se mencionó a Mólotov. Era como si no existiera y todo el mundo de Zhemchúzhina constara de parientes inútiles, colegas de trabajo y un surtido de amantes. Realmente, si el MGB hubiera intentado armar una causa contra Mólotov, los testimonios recogidos nunca habrían sido estos. Lo cual no implica que el MGB no pudiera estar trabajando en dosieres sobre Mólotov. Uno de los guiones favoritos hablaba de relaciones traidoras de Mólotov con los británicos, pero también había una versión estadounidense. Stalin se obsesionó con la idea de que, cuando Mólotov iba de una ciudad de Estados Unidos a otra, tuvo que contar con un vagón de tren privado; y como los soviéticos no lo habían pagado, sin duda lo habían costeado los americanos en recompensa por los servicios prestados. Pero los guiones no pasaron de la fase de esbozos, y quedaron como prueba de que Stalin y el MGB se preparaban con diligencia para cualquier posible necesidad.[9]

En la primavera de 1949, todos los miembros del equipo (con la excepción del insulso Bulganin) habían recibido alguna clase de bofetada sonora desde la guerra. En esta ocasión, sin embargo, dos personas se marcharon sin remedio. Si además se tomaba en cuenta la semidesgracia de Mólotov y Mikoyán, el equipo tenía mucho en que pensar. Aun así, en cierto sentido, era más bien un «todo cambia para que nada cambie»: Voznesenski era un fichaje relativamente reciente del Politburó y Kuznetsov ni siquiera había llegado a ser uno de sus miembros, por mucho que se hablara de que se lo había designado como heredero; y el indicador de posición jerárquica que era la asiduidad de las visitas a Stalin no sufrió cambios de importancia. Entre los cinco que más lo visitaron cada año entre 1949 y 1952, siempre estuvieron Malenkov, Beria y Mólotov, a veces con cambios de posición relativa (Mólotov desapareció brevemente en la segunda mitad de 1949, pero en 1950 había recobrado el segundo lugar). Mikoyán estuvo entre los cinco primeros en 1949-1950, y algún escalón por debajo en 1951-1952. Kaganóvich volvía a ser uno de los visitantes habituales desde 1948, aunque no llegara a estar entre los cinco primeros. En cambio, las visitas de Voroshílov eran escasas, y Andréyev no volvió a pisar el despacho de Stalin después de 1948.

Jrushchov, que a principios de 1950 volvió de Kiev para retomar el puesto de secretario del Comité Central en Moscú, fue un nuevo factor en la ecuación del Kremlin. Antes había sido un miembro del equipo, pero en buena medida alejado de todas las intrigas por residir fuera de la capital. El nuevo nombramiento, que se produjo de forma bastante súbita, probablemente respondía a que Stalin deseaba disponer de un contrapeso para Malenkov y Beria, reforzados por el Caso de Leningrado. Mediada la década de 1950, lo sumó a los miembros del círculo interior. La otra figura en ascenso era Nikolái Bulganin, que en 1947 sucedió a Stalin como ministro de Defensa (antes había sido su segundo), en febrero de 1948 fue nombrado miembro de pleno derecho del Politburó, y en el Consejo de Ministros de abril de 1950, vicepresidente primero de Stalin (en sustitución de Mólotov). Para Mólotov, carecía de entidad política: «sople el viento que

sople, sin duda Bulganin irá en esa dirección». Entre agosto de 1950 y febrero de 1952, Stalin estuvo fuera de Moscú durante un total de casi doce meses, entre períodos de vacaciones y de recuperación; entre dos largos períodos de ausencia no estuvo más de siete meses en su puesto. Incluso cuando estaba en Moscú, su horario de trabajo semanal era mucho más breve de lo que solía ser (en marzo de 1951, cerca de la mitad de lo que era dos años antes) y veía a muy poca gente que no formara parte del equipo. Esto sentó las bases de un cambio importante: surgió una nueva variedad de «liderazgo colectivo», ahora sin Stalin.

En palabras del hijo de Beria: «en 1951, los miembros del Politburó, Bulganin, Malenkov, Jrushchov y mi padre, empezaron a comprender que todos estaban en el mismo barco y apenas era relevante si a alguno lo echaban por la borda unos días antes que a los demás. Quedaron unidos por un sentimiento de solidaridad, una vez hubieron afrontado el hecho de que ninguno de ellos sucedería a Stalin, pues este pretendía elegir a un heredero entre la generación más joven. Por lo tanto, acordaron no permitir que Stalin los volviera a unos contra otros; se informarían mutuamente, de inmediato, de todo lo que Stalin dijera sobre ellos, para frustrar sus manipulaciones. Rememoraron las intrigas pasadas y enterraron los viejos agravios». Esta es la clase de relato interesado que en seguida despierta la alarma y nos plantea preguntas. ¿Quiénes eran los posibles herederos más jóvenes, ahora que Voznesenski y Kuznetsov ya no estaban? ¿Cómo podía ser que un grupo tan dividido que acababa de eliminar a dos miembros no deseados pudiera, de golpe y porrazo, unirse y enterrar el hacha de guerra?

En otras versiones, el favorito de entonces a la sucesión era Malenkov, y Beria se hallaba en una posición cada vez más precaria. Esto quizá explicaría el nuevo interés de Beria por la solidaridad de equipo, pero no el de Malenkov. Aun así, los indicios apuntan a que, en efecto, en los últimos años se forjó alguna clase de alianza (no muy distinta a la que el hijo de Beria describió) que incluía a Malenkov. La única explicación plausible es que, en primer lugar, los miembros del equipo temían por sus vidas (es de creer que no pretendían que las intrigas contra Voznesenski y Kuznetsov

acabaran en una ejecución); en segundo lugar, pensaban que Stalin ya estaba muy débil, o al menos abstraído en su mundo, y podían asumir el riesgo.[10]

En los últimos años de Stalin, su círculo íntimo constaba de Beria, Malenkov, Jrushchov y Bulganin. Pero Mólotov y Mikoyán aún tenían cierto peso. Mólotov había visto desvanecerse la posición que ostentaba en la década de 1940, cuando el equipo, según Jrushchov, lo veía como «el futuro líder del país, que quizá podría reemplazar a Stalin cuando este muriera»; pero en los medios de comunicación aún era el segundo, por detrás de Stalin (era convencional que los medios enumerasen a los miembros del Politburó por su lugar en la jerarquía, y no en orden alfabético) y la opinión pública también lo consideraba como el número dos. «Yo respetaba a Mólotov», aseveró el escritor comunista Konstantín Símonov (miembro del Comité Central del partido). «Era el hombre más próximo a Stalin; el más visible e influyente, a nuestros ojos; el que compartía las responsabilidades de gobierno con Stalin.» Otros líderes iban y venían, pero Mólotov se mantenía en lo más alto, al menos hasta 1948, como «una figura constante ... en el contexto de mi generación, que se hizo merecedor de la prioridad y el respeto más sólidos y constantes». Es obvio que el grupo de «los Cuatro» creía necesitarlo para dotar de legitimidad cualquier futura transición.

Alguno de los Cuatro (probablemente, Malenkov o Jrushchov) recibió el encargo de contarle a Mikoyán el pacto de solidaridad. Era una labor sumamente arriesgada: sin la menor duda, Stalin (no sin razón) habría calificado ese comportamiento de conjura. Beria —que a todas luces actuaba como *primus inter pares*— les había dicho a los demás que «hay que defender a Mólotov. Stalin está saldando cuentas con él, pero el partido le necesita». Esto sorprendió a Mikoyán, al tiempo que lo alegró. Se encomendó a Mikoyán transmitir a Mólotov la noticia del apoyo de los Cuatro, quizá porque era el que tenía más proximidad personal con él. No hay constancia de cómo reaccionó Mólotov, aunque más adelante reconoció que, en este momento, Beria parecía estar defendiéndolo. En cuanto a los

motivos, Mólotov suponía que «cuando [Beria] vio que se podía despachar incluso a Mólotov, [pensó]: "¡Ya puedes andarte con cuidado, Beria! Si Stalin no confía ni siquiera en Mólotov, ¡podría librarse de nosotros en un minuto!"».

Aunque Mólotov y Mikoyán siguieron siendo habituales tanto en las reuniones del equipo en el despacho de Stalin como en las sesiones del Politburó, y Mikoyán se hallaba lo suficientemente cerca de Stalin como para unirse a él en las vacaciones que pasó en el sur en el verano de 1951, su situación política era precaria. En palabras de Mólotov, «un gato negro había pasado entre Stalin y yo». Percibía que Stalin había pasado a desconfiar de él, pero no tenía claras las razones de la desconfianza: ¿tal vez la detención de su esposa, realizada a instancias de Stalin? Pero esto parecía ser un fruto de las sospechas, y no la causa. Stalin había empezado a dejar caer alusiones a que Mólotov y Mikoyán estaban conjurados en su contra y eran espías de Inglaterra o Estados Unidos, la clase de charla de sobremesa que nos recuerda que nos hallamos ante un entorno muy peculiar e inusual. Así, Mikoyán describe un incidente vivido en la dacha de Stalin en diciembre de 1948; la acusación —sin duda, una escena preparada por Stalin— vino de labios del secretario de Stalin, Aleksandr Poskrióbyshev. El secretario, que no era un invitado habitual a estas cenas, anunció sin previo aviso: «Camarada Stalin, mientras estaba usted en el sur, Mólotov y Mikoyán estuvieron preparando un complot contra usted, en Moscú». Con fervor caucásico, Mikoyán «se habría lanzado encima de Poskrióbyshev» y se habría tomado satisfacción, pero Beria lo contuvo. Mólotov se quedó sentado, «callado, como una estatua», e igualmente los demás. Al cabo de un rato, «Stalin derivó la conversación hacia un nuevo tema».

Una segunda escena resulta, a su modo, aún más llamativa. En una charla con Mikoyán, comentaron Malenkov o Jrushchov que Stalin había estado diciendo que él y Mólotov eran espías ingleses. Al principio, Mikoyán no prestó demasiada atención al comentario (lo que ya sería una reacción curiosa). Luego recordó que Stalin ya había realizado esa jugada anteriormente, cuando, dos o tres años después del suicidio de

Ordzhonikidze, un Stalin inquietantemente colérico quiso denunciar, mirando al pasado, que él también espiaba para los ingleses. «Pero el asunto quedó en nada porque nadie le dio su apoyo.» Ante tales asuntos, a juicio de Stalin, por lo general se necesitaba que el equipo subiera al mismo tren, o al menos tuviera tiempo para hacerse a la idea; la forma en que gestionó la exclusión de Mólotov y Mikoyán en 1952 sugiere que su estrategia no había cambiado. Pero hubo ocasiones raras —en particular, las Grandes Purgas— en las que las reglas variaron temporalmente. El equipo confiaba en que no se volviera a producir la suspensión de las reglas normales.[11]

En otoño de 1952, Stalin no emprendió las habituales vacaciones en el sur. Era algo tan inédito, en comparación con los años precedentes, que cabía pensar que se estaba cociendo algún plan. La situación culminó en una sesión plenaria del Comité Central, en octubre de 1952, cuando Stalin —en solitario y, al parecer, sin haberlo consultado con el resto del equipo— atacó en público de forma notoria a Mólotov y Mikoyán. No hay actas de la reunión, por lo que hay que basarse en las memorias. Según un testimonio, la actitud de Stalin en el pleno fue hostil y siniestra: cuando los delegados saludaron su entrada con el típico «aplauso atronador», él replicó secamente que a qué venían las palmas. Acto seguido, anunció que dentro del partido y el Politburó se había abierto «un cisma profundo» (empleó la palabra *raskol*, reservada por lo general para el enfrentamiento, ya lejano en el tiempo, entre los bolcheviques y los mencheviques). Denunció que Mólotov había «capitulado» y adoptado una «posición antileninista», y Mikoyán actuaba como un trotskista. Tras visitar Estados Unidos, Mólotov y Mikoyán habían quedado hechizados y ahora parecían actuar como agentes de ese país. Según Konstantín Símonov, Stalin atacó a Mólotov con especial virulencia, hasta conmocionar al auditorio. Recuperó las viejas acusaciones de 1945, cuando se le reprochó a Mólotov que intentara ganarse el favor de los periodistas occidentales; se preguntó en voz alta por qué Mólotov quería «dar Crimea a los judíos» y por qué había puesto a su mujer al corriente de algunas decisiones secretas del Politburó. En cuanto a Mikoyán, Stalin consideraba probable que se hubiera conjurado con Lozovski —que

acababa de ser condenado a muerte en el caso del CJA— para traicionar los intereses soviéticos en pro de los estadounidenses.

«Mólotov y Mikoyán se quedaron pálidos como muertos», según Símonov; sus colegas parecían estar al borde del pánico. Para Jrushchov, las acusaciones de Stalin contra Mólotov y Mikoyán causaron «mucha sorpresa y confusión». Mikoyán recordaba haber sentido una gran conmoción y haber intentado defenderse punto por punto; por su parte Mólotov habló brevemente, diciendo tan solo que siempre había estado de acuerdo con la línea del partido, tanto en la política interior como en los asuntos exteriores. En algún momento de esta sesión terrible, Stalin pidió ser relevado de su puesto como secretario del partido, porque ya estaba demasiado viejo y enfermo para desempeñar esa labor. Malenkov, en la presidencia, sufría; cuando en la sala resonaron gritos de «¡No! ¡No puedes! ¡Te rogamos que te quedes!», tenía el aspecto de un condenado a muerte indultado segundos antes de la ejecución.

Luego Stalin hizo una sugerencia extraordinaria, a propósito de la nueva institución del Comité Central que iba a sustituir el Politburó: el Presidium. Debían «engañar» a los enemigos del pueblo creando un Presidium numeroso y publicando en la prensa su composición, y un Presidium reducido cuyos miembros lo serían en secreto. La sugerencia, por absurda que fuera, se aceptó. Se eligió un Presidium extenso, de veinticinco personas, en el que figuraban Mólotov, Mikoyán y otros miembros del antiguo Politburó (pero no Andréyev, después de que Stalin hubiera aludido despectivamente a su incapacidad); y uno reducido (el «Buró»), de nueve miembros, en el que estaban Voroshílov (añadido a mano a última hora) y Kaganóvich, junto con el resto del equipo y un par de caras nuevas, y en cambio faltaban Mólotov, Mikoyán y Andréyev. Los enemigos del pueblo sin duda quedarían muy desconcertados y frustrados, pero al equipo le pasó lo mismo. Jrushchov, que «lamentó mucho» la exclusión de Mólotov y Mikoyán, y consideraba ofensivo el bofetón gratuito para Andréyev, intercambió «miradas de complicidad» con Beria y Malenkov, ante el carácter demencial de la propuesta de Stalin. Se preguntaba quién había

ayudado a Stalin a decidir la lista (los Cuatro juraron que ninguno de ellos había sido), porque a todas luces no podía ser obra suya, dado que a la mayoría de los nuevos ni siquiera los conocía. Jrushchov suponía que quizá Kaganóvich (quien volvía a gozar del favor de Stalin, hasta cierto punto) había sugerido los nombres, dado que en su mayoría procedían del ámbito de la industria.[12]

El Buró del Presidium, con sus nueve miembros, no pasó de ser en gran parte una ficción, como ocurría a menudo con Stalin. En realidad este gobernaba por medio de un grupo aún más pequeño, de solo cinco componentes, formado por lo general por él mismo, Malenkov, Beria, Bulganin y Jrushchov; en el fondo, venían a ser los Cuatro con los que había colaborado más estrechamente en los últimos años, y una persona más. Mólotov y Mikoyán habían quedado relegados a las tinieblas... ¿Hasta qué punto? Desde luego, tras el pleno de octubre, dejaron de visitar a Stalin en su despacho, pero más adelante Mikoyán aseguró que asistían regularmente a sesiones del Buró, por mucho que a Stalin le disgustara su presencia. En las listas oficiales de asistencia, no consta que fuera así (pero podrían haber sido modificadas a propósito). En todo caso, el Buró se reunía con una frecuencia relativamente escasa (no semanal, como se había previsto) y al parecer el asunto más importante que hubo que resolver en los últimos meses de 1952 fue abordado en las sesiones de diciembre del Presidium *extenso*. Aquí consta la asistencia tanto de Mólotov como de Mikoyán; este último participó en un debate sobre política agrícola (Stalin pareció interesarse en qué tenía que decir sobre la falta de incentivos para los campesinos) y fue incluido en la comisión que debía seguir estudiando el asunto.

En el pasado, Stalin siempre había ejercido un control firme del poder de la exclusión, pues los grupos a los que invitaba —los Cinco, los Siete...— eran sustitutos regulares del Politburó formal. Ahora parecía a punto de perder ese control, en un giro inédito de los acontecimientos. Nunca había ocurrido que alguien excluido por Stalin empezase a aparecer, ya fuera por propia iniciativa o por la invitación de otros miembros del equipo. Pero así

ocurría en los últimos meses de 1952, con respecto a lo que había pasado a ser el núcleo de la vida colectiva del equipo: sesiones vespertinas de pases cinematográficos en el Kremlin, a las que seguían cenas tardías en la dacha de Stalin. Aquí, aunque solo fuera por las convenciones típicas de la vida social, cabría pensar que solo Stalin tenía derecho a invitar o no, y él había dejado claro que Mólotov y Mikoyán habían caído en desgracia. Sin embargo, siguieron acudiendo. «No se molestaban en llamar a Stalin para pedirle permiso —rememoraba Jrushchov—. Averiguaban si Stalin estaba en el Kremlin o en la dacha y se presentaban allí sin más. Siempre se les dejaba pasar, pero era obvio que a Stalin no le complacía verlos.»

Al cabo de un tiempo, Stalin «se cansó e indicó a su personal que no dijeran a Mólotov y Mikoyán dónde estaba». Pero no fue suficiente, porque el resto del equipo estaba subvirtiendo calladamente sus instrucciones. Mólotov y Mikoyán «hablaron con Beria, Malenkov y conmigo —dijo Jrushchov—. Acordamos que intentaríamos suavizar la actitud que Stalin mantenía hacia ellos. También convinimos avisarlos de cuando Stalin se iba a la “dacha cercana” o venía a la sala de cine del Kremlin, para que se pudieran reunir con nosotros allí. Durante un tiempo, cada vez que íbamos a ver una película con Stalin, acudían también Mólotov y Mikoyán». En cierto momento, la situación estalló: Stalin «había comprendido que actuábamos como agentes de Mólotov y Mikoyán» y empezó a gritar: «¡Parad ya! ¡Parad de decirles dónde estoy! ¡No lo pienso tolerar!». En efecto, pararon; pero entonces llegó el cumpleaños de Stalin, el 21 de diciembre, y era tradicional que el equipo se reuniera a celebrarlo en la dacha de este. Mólotov y Mikoyán buscaron el consejo de Malenkov, Jrushchov y Beria (¡más complots!) y decidieron asistir. «Stalin nos saludó a todos con cordialidad, también a nosotros —recordaba Mikoyán— y en general tuvimos la impresión de que no había pasado nada y se habían restaurado las viejas relaciones.» Pero entonces, unos días después, les llegó un mensaje, transmitido por Malenkov o Jrushchov: Stalin estaba muy enojado con ellos por haberse presentado en su fiesta de aniversario, «ya no es vuestro camarada y no quiere que vayáis a verle».

La conducta del equipo, por un lado, recuerda al modo en que uno trataría a un padre que sufriera demencia senil y hubiera desarrollado un odio irracional contra determinados miembros de la familia, odio que el resto de la familia confiaba en poder apagar. Por otro lado, se puede leer —sin duda Stalin lo leyó así— como un gesto silencioso de desafío colectivo del equipo, lo cual implicaba, de un modo u otro, que a su juicio Stalin estaba de retirada. Después de que Stalin se encolerizara porque se hubiera invitado a Mólotov y Mikoyán, Jrushchov escribió que él mismo, Malenkov y Beria «vimos que era inútil persistir ... sin necesidad de plantearnos el tema otra vez, decidimos esperar a que la situación se resolviera por sí sola», cabe suponer que por la muerte o incapacidad de Stalin. Si el equipo se hallaba en este estado de ánimo, no es de extrañar que Stalin no se marchara de vacaciones aquel año.[13]

Stalin también tenía otras cosas en mente: en especial, la campaña antisemita. Había decidido que Víktor Abakúmov, jefe del MGB, no hacía todo lo que estaba en su mano, y dio instrucciones para que lo despidieran y arrestaran, lo que se produjo el 12 de julio de 1951. Uno de los proyectos de Abakúmov, que retomó ahora el investigador jefe Mijaíl Riumin, era preparar un juicio contra los miembros del CJA. En su larga gestación, la naturaleza del proyecto había cambiado, en particular porque la lista de los acusados ya no incluía a Zhemchúzhina. Finalmente, se desarrolló ante un tribunal militar —a puerta cerrada, en la Lubianka— del 8 de mayo al 18 de julio de 1952. En un principio, parecía que los acusados actuarían como de costumbre, generando viles confesiones de traición y espionaje escritas con la ayuda de los interrogadores del MGB. Sin embargo, en la tercera semana del juicio, Solomón Lozovski, el pez más gordo entre los políticos del grupo, nada más subir al estrado, se retractó de toda confesión previa e hizo una declaración autobiográfica en la que reclamaba mordazmente el valor de sus muchos años de credenciales revolucionarias y de su origen judío. Fue un momento extraordinario: en la larga historia de los juicios amañados desde la década de 1930, nadie lo había hecho.

Al día siguiente, la situación se tornó aún peor. Lozovski puso de relieve la absurdidad de las acusaciones («Esto es una especie de cuento imaginario: no había un Comité Central, no había un gobierno, solamente Lozovski y unos pocos judíos que lo hacían todo», dijo; y añadió, a propósito del trabajo que había realizado durante la guerra en la Oficina de Información Soviética: «si hablar de "información" equivale a hablar de "espionaje", entonces todo lo que hizo el Sovinformburó fueron actividades de espionaje»). A juzgar por las transcripciones, expuso sus palabras en tono confiado y sereno, a veces con matices de ironía; al escucharle, los otros acusados se animaron y, en sus testimonios posteriores, también empezaron a retractarse de lo confesado. En otras palabras: todo se estaba derrumbando. Lo peor, desde el punto de vista de quienes intentaban amañar el juicio, era que el juez militar que presidía el proceso, el general Aleksandr Cheptsov, no quedó convencido por las pruebas y sugirió a Malenkov (al que debía de conocer por colaboraciones anteriores en la oficina del Comité Central) que habría que exonerar a los acusados. No está claro cómo reunió el coraje necesario para hacerlo así; sin duda, tendría que ver con la incomodidad que imperaba en la élite política (el equipo de Stalin incluido) por la campaña antisemita. Sin embargo, Malenkov hizo oídos sordos a la sugerencia de Cheptsov y, con un mes de demora para lidiar con las objeciones de este y las apelaciones de los acusados, todo se desarrolló según el modelo típico del estalinismo: los acusados condenados, entre ellos Lozovski, fueron fusilados el 12 de agosto de 1952.[14]

En estos últimos meses, la paranoia de Stalin parecía no tener límites. Los servicios de seguridad le despertaban sospechas casi tan vivas como los judíos. Durante la preparación del caso del Complot de los Médicos, Stalin «ordenó detener a todos los coroneles y generales judíos del MGB», unas quince personas; pero las purgas en el seno de los servicios de seguridad, en los últimos meses, fueron mucho más allá. En el entorno más inmediato de Stalin, en enero de 1953, se detuvo a cinco personas como sospechosas de espionaje. Cayó el que había sido su secretario durante muchos años, Poskrióbyshev, que no solo había sido crucial en la intermediación y en la

ejecución de sus medidas, sino también un confidente personal, quizá incluso un amigo. El mismo destino tuvo el jefe de sus guardaespaldas, Nikolái Vlásik —director de la seguridad del Kremlin y guardaespaldas personal de Stalin—, que fue despedido de ambos cargos y luego, en diciembre de 1952, arrestado. Entre las acusaciones formuladas contra Vlásik y Poskrióbyshev figuraba la de no haber aportado lo que Stalin esperaba de ellos en el caso de los médicos judíos.

Hacia finales de 1952 —en la que vino a ser, en lo esencial, la última jugada política de Stalin—, la campaña antisemita cobró velocidad con los preparativos de la causa del Complot de los Médicos, que acusaba de espionaje y terrorismo a un grupo de doctores del Kremlin (en su mayoría, judíos). Se los acusaba de haber provocado las muertes prematuras de Zhdánov y Shcherbakov, e incluso, ya puestos, la sordera de Andréyev. Las primeras detenciones de judíos que eran notables de la medicina se habían producido en el invierno de 1950-1951, pero en noviembre de 1952 hubo una segunda oleada que incluyó el arresto del médico personal de Stalin, Vladímir Vinogradov. Jrushchov afirma haber escuchado cómo un Stalin «poseído por la furia» reprendía por teléfono al nuevo director del MGB (Semión Ignatiev) y «exig[ía] que encadenara a los médicos y los apaleara hasta hacerlos picadillo, los machacara hasta hacerlos polvo». Según una versión menos estridente, le dijo a sus socios que «todos los nacionalistas judíos son agentes del espionaje estadounidense. Los nacionalistas judíos creen que Estados Unidos es el salvador de su nación (allí uno se puede hacer rico, convertirse en burgués, etcétera). Se consideran en deuda con los estadounidenses». Según el hijo de Jrushchov, Serguéi, Stalin no solo supervisaba la investigación del Complot de los Médicos: «la dirigía».

No hay consenso al respecto de si Stalin fue siempre antisemita o pasó a serlo en su fase de decadencia final. Según Jrushchov, lo era; otros miembros del equipo lo negaron. Parece claro que, hasta poco antes de su muerte, en público no se apartó de la línea del partido bolchevique, que siempre condenó vivamente el antisemitismo. En sus declaraciones públicas no había indicio alguno de este prejuicio, y según comentó Jrushchov:

«Pobre de aquel que mencionara en público cualquier conversación privada en la que hubiera expresado ... comentarios antisemitas». El veto se mantuvo vigente incluso en los últimos años de Stalin, cuando, aunque el antisemitismo campaba a sus anchas con el apoyo *de facto* del Estado, la prensa siguió rehuyendo el antisemitismo flagrante, incluso en su cobertura del Complot de los Médicos, y cada cierto tiempo informaba de sentencias en las que se condenaba por ello a determinados funcionarios. En los primeros años cincuenta, Stalin, de cara a la intelectualidad rusa filosemita, se tomó la molestia de escenificar un cuadro en frente de intelectuales notables, en el que se mostraba escandalizado por ciertas noticias de antisemitismo y ordenaba que se pusiera fin a tales hechos. En ese momento, le creyeron —hasta que el Complot de los Médicos les abrió los ojos— y actuaron como se esperaba de ellos: hicieron correr la voz de que el antisemitismo de la época no tenía nada que ver con Stalin.[15]

El equipo, que había interiorizado el mismo conjunto de valores bolcheviques contra la discriminación racial —con más profundidad que Stalin, tal vez— observaba con incomodidad, en una medida variable, el antisemitismo flagrante de los últimos meses de Stalin. Cuando se les mostraron las transcripciones de los interrogatorios, con las confesiones de los médicos, Stalin les dijo: «Sois ciegos como gatos recién nacidos: ¿qué va a pasar cuando yo no esté? El país morirá porque no sabéis reconocer a los enemigos». Pero el equipo no quedó convencido; el propio comentario de Stalin sugiere que él mismo era consciente de que no los había convencido. Años más tarde, Mólotov y Kaganóvich hicieron hincapié en que ellos no habían participado en el caso del Complot y no tenían nada que ver con él (por lo que se refiere a Kaganóvich, puede haber algunas dudas al respecto porque hacia estas fechas publicó un largo artículo antisemita). Los demás, o sus hijos, hicieron cuanto pudieron por disociarse del caso (lo que fue más difícil para Malenkov, que tuvo un papel específico, al menos como responsable ejecutivo) y mostrar su desaprobación; la celeridad con la que, a la muerte de Stalin, hubo un repudio colectivo de la campaña antisemita parece indicar que este sentimiento era, en gran parte, genuino. Según dijo

Bulganin más adelante, el equipo había llegado a la conclusión compartida, incluso mientras Stalin seguía con vida, de que el Complot de los Médicos había sido un puro amaño; Jrushchov afirmó lo mismo. No les inquietaba solo el aspecto antisemita. Además, según recogió Jrushchov, «a varios de ellos los conocíamos personalmente ... porque nos habían tratado como médicos». En el caso de los Beria y los Andréyev (y sin duda, también de otros miembros del equipo), los doctores Vinográdov y Vovsi, así como algunos otros acusados, eran amigos de la familia.[16]

El Complot de los Médicos saltó a la esfera pública el 13 de enero de 1953, cuando *Pravda* publicó un comunicado que informaba de las detenciones, además de un artículo destacado, titulado «Espías y asesinos disfrazados de médicos». Los dos habían pasado la revisión previa de Stalin. El hecho de que, en su mayoría, los médicos eran judíos no se transmitía explícitamente, pero a los lectores soviéticos les resultaba evidente, por sus nombres y patronímicos; además, se afirmaba que el grupo central (de cuyos miembros se enumeraban los nombres judíos) estaba «relacionado con la organización nacionalista-burguesa internacional "Joint"»[*] y que uno de ellos, el doctor Mirón Vovsi, había admitido tener tratos con «Mijoels, el conocido judío nacionalista burgués». A continuación hubo una campaña intensa y orquestada de condena de los «médicos asesinos», que incluyó una carta pública en su contra, firmada por judíos notables del mundo de la cultura y el gobierno. Se pidió a Kaganóvich que la firmara y se negó rotundamente a hacerlo; no porque estuviera en contra de su contenido, sino porque consideraba un insulto, como miembro del Politburó, que se lo degradara a la categoría de «judío notable». (Kaganóvich nunca se entusiasmó ante la posibilidad de asociarse públicamente con las causas judías; en los primeros años de la década de 1940 ya se negó a colaborar con el Comité Judío Antifascista, pese a que Beria le instó a hacerlo, según el hijo de este último.)

El anuncio causó un escándalo en multitud de países, y sembró la confusión en la izquierda internacional, muchos de cuyos partidarios eran judíos. En el interior de la Unión Soviética, la reacción fue heterogénea:

hubo pesar entre los intelectuales y, al parecer, entusiasmo entre el grueso de la población. También hubo cierta inquietud entre los funcionarios del partido, que no sabían cuán francamente antisemitas debían ser según la nueva orientación política y si ahora era aceptable referirse a los judíos con apodos despectivos. La reacción popular no se dirigió solo contra los judíos, sino contra los médicos en general, independientemente de su etnia. Algunos ciudadanos leales empezaron a inquietarse por la salud de Stalin: ¿no correría peligro por lo que le recetaran sus médicos? Otros trajeron a colación que la esposa de Mólotov era judía y se preguntaron si estaba implicada en la trama. Por Moscú corrieron muchos rumores sobre una inminente deportación, análoga a las deportaciones de los años cuarenta, que afectaron a naciones «traidoras» desde el norte del Cáucaso hasta el Asia central y Siberia, aunque nadie pudo demostrar nunca la existencia oficial de un plan similar. Por las reacciones que se produjeron en todo el país, según los informes de los comités locales del partido, la nueva orientación contaba con un gran apoyo popular. Imperaba la idea de que los judíos eran gente privilegiada, miembros de una élite ajena al trabajo manual, que se escaqueaba del servicio militar; había que prohibir que vivieran en los centros urbanos y obligarles a traspasar sus buenos trabajos, sus apartamentos espaciosos y sus dachas a la gente honrada, la gente que «trabajaba duro».[17]

Ante este estado de ánimo del pueblo, tan apocalíptico, la alarma cundió entre el equipo. En una reunión del Presidium, en diciembre, Stalin atacó otra vez a Mólotov y Mikoyán, tildándolos de mercenarios del imperialismo estadounidense. Mikoyán empezó a sospechar que Stalin pensaba en provocar un gran baño de sangre entre la cúpula gubernamental, como en 1937-1938; «uno de los camaradas» le había dicho, pocas semanas antes de la muerte de Stalin, que se preparaba para convocar un pleno del Comité Central en el que «saldaría cuentas con nosotros» de una vez por todas, «y me refiero a la aniquilación material, no solo política». Era probable que Mólotov y Mikoyán tuvieran los días contados, según concluyó Jrushchov; «sus vidas corrían peligro». Los documentos de archivo muestran, según se

ha dicho, que el MGB había estado organizando causas contra ellos desde mediados de aquel año. En opinión de los historiadores que han podido consultar esos documentos, se iba a producir una nueva oleada de purgas del partido y juicios amañados, de forma casi inminente —quizá en el mes de marzo de 1953—, con Mólotov y Mikoyán acusados de pertenecer a la Derecha. Por orden de Stalin, se había creado una prisión especial bajo el control directo del Comité Central (de hecho, de Malenkov) y no de los servicios de seguridad, que se ocuparía de causas políticas de miembros del partido.

La situación de Beria parecía cada vez más precaria. Aunque había sobrevivido al turbio asunto de Mingrelia, en 1951 —en el que se le acusó de actuar como patrón de los nacionalistas mingrelios, en el Cáucaso—, Stalin aún le buscaba problemas en Georgia; quizá estaba molesto, entre otras cosas, porque allí había surgido un culto a la figura de Beria. Dentro del MGB, una vía de ataque era que Beria fomentaba la conspiración contra Stalin en Georgia; también se rumoreaba que era un judío que ocultaba su verdadera identidad. En los últimos meses de la vida de Stalin, Beria había advertido a su esposa y su hijo de que su vida corría peligro; según la conjetura independiente de un destacado responsable de la seguridad nacional, «era el siguiente en la lista de los objetivos que Stalin quería aniquilar».[18]

En medio de todo esto —para la enorme fortuna del resto del equipo—, Stalin sufrió una apoplejía. La salud de Stalin se había estado deteriorando de forma evidente desde el principio de 1952, según su médico personal, el doctor Vinográdov. Aunque enojado, Stalin había cumplido con la prescripción de abandonar el tabaco y reducir las horas de trabajo. Pero «su condición física empezó a preocupar a quienes lo rodeaban, porque el líder padecía repentinas pérdidas de memoria, tenía pocas fuerzas y sufría cambios de humor súbitos y exagerados». En octubre pronunció un discurso de solo siete minutos ante el congreso del partido, que Jrushchov mencionó como una prueba de la disminución de su energía y de que, en realidad, su salud no le permitía continuar con el trabajo. Por otro lado, dos días después

de este discurso, Stalin habló ante el Comité Central sin necesidad de apoyarse en notas, y estuvo denunciando a Mólotov y Mikoyán durante más de una hora y media. Aún no se podía contar con que ya no se recuperaría.

La apoplejía se produjo el 1 de marzo, una noche después de que, como acostumbraban, vieran una película en el Kremlin y luego cenaran en la dacha Stalin y «los Cuatro» (Malenkov, Beria, Jrushchov y Bulganin), un rato en el que Stalin pareció hallarse alegre y en un estado de salud normal. El problema no se descubrió hasta la tarde, porque no solía levantarse temprano y el personal de la dacha no quería correr el riesgo de molestarlo. Cuando le hallaron —en el suelo, inconsciente, con muestras de apoplejía —, llamaron a los Cuatro, que se apresuraron a acudir a la dacha. También llamaron a Voroshílov, a primera hora de la mañana siguiente; el viejo soldado se había transformado —como le había pasado siempre en los momentos críticos de la guerra civil y la «gran guerra patriótica», según comentó su esposa con admiración— y se lo veía «aún más resuelto y decidido». Voroshílov respetó el secreto de Estado, y no le dijo nada a su esposa, pero esta adivinó qué había sucedido y rompió a llorar. Beria no parece haber observado las reglas del secreto estatal: le contó la verdad a su mujer —favorita de Stalin, tiempo atrás— y ella, como Voroshílova, lloró. Cuando su hijo quiso saber por qué lloraba por alguien que parecía tener en mente un proyecto para destruir a toda la familia, ella reconoció que era irracional, pero aun así, Stalin le daba pena: «Estaba tan solo...».

Cuando el equipo llegó a la dacha, reaccionó con suma lentitud. Tardaron incluso en llamar a un médico, en parte, desde luego, por la complicación de que el médico personal de Stalin, el doctor Vinográdov, estaba detenido. Su sustituto parecía casi paralizado por el miedo y no se atrevía a adoptar ninguna medida. Durante los días inmediatamente posteriores, el equipo hizo labores de vigilia por turnos, por parejas, a la espera de que Stalin muriera (y con cierto temor a que pudiera despertarse de golpe). Mólotov y Mikoyán no fueron invitados a la vera del lecho, pero en el resto de los aspectos, recuperaron la condición plena de miembros del equipo; según Mikoyán, los demás les pidieron que mantuvieran el

gobierno en marcha en su nombre. En esta hora de crisis, habría parecido que Malenkov era el relevo más natural de Stalin, pero quien dio un paso adelante fue Beria. «Beria estaba al mando», apuntó un lacónico Mólotov; Voroshílov recordaba que, mientras Stalin estuvo inconsciente, Beria «llevó la voz cantante en todos los temas a todas horas, era el que hacía sugerencias y se anticipaba a todas las contingencias, el que lo sabía todo y cogió el timón».

Ciertamente, esto provocó resentimiento en otros miembros del equipo, pero no topó con una resistencia franca. Mientras compartía varias horas de vigilia con Bulganin, Jrushchov aprovechó para charlar con su viejo amigo sobre el futuro y, más en particular, sobre el peligro que Beria podía representar para el resto del equipo. Los comentarios que, pasados los años, formularon sobre Beria las demás personas que compartieron con él este período de un Stalin moribundo son uniformes en la crítica; tanto Jrushchov como Svetlana (los Cuatro les pidieron que acudieran a la dacha el 2 de marzo) describieron a un Beria alterado, siempre alerta, que pronunciaba efusivos discursos de devoción a Stalin cada vez que parecía que este podía recobrar el conocimiento; pero en cualquier otro momento hablaba sobre él con tanta mofa y odio que a Jrushchov le resultaba «insufrible escucharle». El resto se mostraba apagado, con la emoción, entre otras, del pesar por Stalin. Además de a Svetlana se hizo venir a Vasili (borracho, como de costumbre). Cuando Svetlana llegó, Jrushchov y Bulganin la abrazaron y lloraron todos juntos. Voroshílov, Kaganóvich y Malenkov también tenían lágrimas en los ojos.[19]

Mucho después, cuando Beria ya había sido ejecutado tras haber caído en desgracia, algunos de los miembros supervivientes del equipo conjeturaron que este podría haber tenido algo que ver en la muerte de Stalin. En la década de 1970, Mólotov le dijo a Chuev que, mientras estaban en el Mausoleo, durante el funeral de Stalin, Beria le había dicho: «Me he librado de él ... Os he salvado a todos». Pero quizá era solo un acto de jactancia, o un intento de congraciarse con los demás, y desde luego Mólotov no sabía cómo podría haber llevado a efecto esa clase de plan.

Malenkov le dijo a su hijo que Beria tenía una estrategia para eliminar a Stalin, que pasaba por expulsar a sirvientes leales como Poskrióbyshev y Vlásik, pero no sabía por qué medios lo había hecho realidad. Pável Sudoplátov, miembro de los servicios de inteligencia, afirmó que no podía haber sido cosa de Beria, porque no controlaba al personal de la dacha. En general, las acusaciones posteriores (en especial, las que siguieron a la investigación minuciosa de las acciones de Beria durante su juicio, a mediados de 1953) son muy poco detalladas, y el hecho de que en su momento el equipo no hallara ningún indicio de que Beria hubiera causado la muerte de Stalin también habla en contra de esta teoría; al menos, de que Beria fuera el único responsable: si Stalin falleció por obra de sus socios (y no hay pruebas al respecto), tendría que haber sido por una acción conjunta de los Cuatro, que ninguno de ellos desveló nunca. En resumidas cuentas: no parece probable que Stalin fuera asesinado por su equipo, aunque después de que sufriera la apoplejía, está claro que el equipo no se aplicó a fondo para mantenerlo con vida. Pero tampoco es de extrañar, dado hasta qué punto Stalin los había provocado.

La rumorología popular no culpó del asesinato a Beria ni al equipo. Antes bien —con bastante lógica, dado el clima que imperaba— apuntó contra los sospechosos habituales: judíos y médicos. «¡Qué pena que esté tan enfermo! Me pregunto si los judíos tienen algo que ver con eso», según una de las reacciones recogidas por el MGB. También: «esos “médicos asesinos” son responsables de la grave enfermedad del camarada Stalin. Le tienen que haber dado medicamentos tóxicos, que van liberando el veneno a medida que pasa el tiempo».[20]

El Buró del Presidium del Comité Central, presidido por Malenkov, se reunió en dos ocasiones el 2 de marzo, a mediodía y a las ocho de la noche, en el sitio habitual: el despacho de Stalin en el Kremlin. El único punto del día fue la salud de Stalin. El 3 de marzo se reunieron de nuevo por dos veces, y en esta ocasión debatieron sobre las notas de prensa y la convocatoria de un pleno del Comité Central. Mólotov y Mikoyán, al igual que Voroshílov y Kaganóvich (pero no Andréyev) se reincorporaron

plenamente al equipo y asistieron a todas las reuniones. La noche del 4 al 5 de marzo, el grupo había pasado a ocuparse del tema verdaderamente crucial: quién formaría parte del nuevo gobierno (sin Stalin) y cómo se organizaría. Hubo propuestas de Beria y Malenkov, según el recuerdo de Mólotov, todo muy bien elaborado y según los procedimientos más correctos.

A las pocas horas, se los volvió a requerir en la dacha —no a todos: a Malenkov, Beria y Jrushchov— porque Stalin agonizaba. Lo vieron morir; Jrushchov, con pesar, y Beria, probablemente no. El final llegó el 5 de marzo a las 21.50. Pasado el momento, Beria pidió su coche —su voz rasgó el silencio con «una nota de triunfo», según el recuerdo de Svetlana— y se apresuró a volver a Moscú. Stalin había muerto. El equipo de los herederos había sobrevivido y sus miembros estaban listos —Beria, más que ningún otro— para reclamar su herencia.[21]

9

Sin Stalin

Antes incluso de que Stalin muriera, el equipo ya había constituido y puesto en marcha el nuevo gobierno. Malenkov era presidente del Consejo de Ministros («mientras el camarada Stalin esté ausente», según la delicada formulación con la que Beria lo propuso para el cargo), y Mólotov, Bulganin y Kaganóvich, sus segundos. Mólotov recuperó el antiguo puesto de ministro de Asuntos Exteriores, y también Mikoyán, en el Ministerio de Comercio Interior y Exterior. Los dos ministerios de seguridad se fusionaron para crear un nuevo Ministerio de Asuntos Internos (MVD), al mando de Beria. Bulganin era ministro de Defensa, apoyado por dos líderes militares de la segunda guerra mundial, los mariscales Vasilevski y Zhúkov. A Voroshílov se le dio el título, ante todo honorífico, que había llevado Kalinin: presidente del Sóviet Supremo. Jrushchov fue secretario del Comité Central del partido (a los pocos meses, se lo elevó a primer secretario). El Presidium del partido (antiguo Politburó) quedó reducido a quince miembros —incluidos los miembros del equipo, Beria, Bulganin, Kaganóvich, Jrushchov, Malenkov, Mikoyán, Mólotov y Voroshílov— y se abolió el Buró. Pero quien recibió más atención en la prensa, con diferencia, no fue el nuevo Presidium, sino el nuevo gobierno. Descrito como un «liderazgo colectivo», la jerarquía, según se recogía en las noticias, estaba encabezada por Malenkov, Beria y Mólotov. Era obvio que el nuevo liderazgo quería romper con la tradición estalinista y hacer hincapié en el gobierno, antes que en el partido, como espacio principal de poder.

El equipo —Malenkov, Beria, Mólotov, Voroshílov, Jrushchov, Bulganin, Kaganóvich y Mikoyán— portó el ataúd de Stalin en el funeral, celebrado unos pocos días después. Según recordaba Shepílov, «Mólotov [estaba] tan inexpresivo como siempre ... Voroshílov, confuso y deprimido ... Malenkov, pálido y cansado, pero sereno. Por detrás de sus gruesos quevedos, Beria guiñaba los ojos espasmódicamente. Jrushchov estaba cerca de mí, con los ojos rojos e inflamados, y lágrimas que le corrían por las mejillas». (Aun así, Shepílov comentó que, en la primera reunión del Presidium tras la muerte de Stalin, en la que imperaba un tono gris, Jrushchov y Beria parecían más entusiasmados que apenados.) Hubo panegíricos de Malenkov, Beria y Mólotov, pero, como presagio de lo que estaba por venir, «solo Mólotov mostró alguna emoción por la pérdida del viejo líder». Beria, en un discurso breve, introdujo un tema inesperado: las libertades que la Constitución garantizaba a todos los ciudadanos soviéticos. Malenkov también introdujo un aspecto antiestalinista cuando habló de paz y de cooperación internacional.

Por detrás del ataúd caminaban con aire fatigado los dos hijos que habían sobrevivido a Stalin: Vasili tenía el rostro «hinchado por el llanto», Svetlana se mostraba «digna y reservada». Svetlana pasó muchas horas en la capilla ardiente, flanqueada por Elia, la esposa de Stepán Mikoyán, y por Liusia, hija de Mijaíl Shvérnik. En este momento, los hijos del equipo seguían siendo creyentes e idealistas para los que la pérdida de Stalin se antojaba «una tragedia cósmica» (incluso para quienes —como Sergó Mikoyán, casado con Ala Kuznetsova— habían sufrido durante su gobierno). Stepán, el hermano mayor de Sergó, asistió a los tres días del velatorio por respeto, y así se lo dijo a su padre, a la espera de su aprobación; pero este replicó secamente: «Has perdido el tiempo». Para Stepán, a sus treinta y dos años, «fue la primera señal de que se podía ser crítico con Stalin y que mi padre tendría esa actitud».

El funeral se celebró el mismo día que Mólotov cumplió sesenta y tres años, y a los dos días, Beria le dio un regalo de cumpleaños. Se lo dejó ver con el aire del mago que se saca un conejo de la chistera: Polina, que había

regresado en avión desde el exilio de Kazajistán, por orden de Beria. Los dos Mólotov quedaron asombrados. Según los recuerdos de Mólotov, cuando él caminó hacia adelante para tomarla en sus brazos, Beria se entremetió y la abrazó con un grito teatral de: «¡Heroína!». Polina ni siquiera sabía que Stalin había muerto, y lo primero que hizo fue preguntar por él. Más tarde, Mólotov aludió a esto como prueba de la inquebrantable lealtad de Polina hacia Stalin y la causa; por descontado, sin embargo, también era un elemento crucial de información política. A los diez días, Polina quedó exonerada de toda culpa, por iniciativa de Beria, y volvió a ser aceptada como miembro del Partido Comunista. Los Mólotov reanudaron la vida en común, tan unidos, según todas las fuentes, como lo habían estado antes de que Stalin los separara.[1]

Sobre la muerte de Stalin, el poeta Yevgueni Yevtushenko escribió, un tiempo más tarde: «Toda Rusia lloraba. También yo. Llorábamos sinceramente, con pesar y quizá también con temor por el futuro ... Educados para creer que Stalin cuidaba de todos nosotros, sin él la gente se sentía confusa y perdida». En Moscú se reunieron multitudes ingentes, que intentaban llegar a la Sala de las Columnas, donde se velaba el cuerpo de Stalin; causaron atascos y ataques de pánico en los que cientos de personas fallecieron pisoteadas. En un principio, los nuevos líderes parecían contar con que el país se desbordaría y prácticamente rogaban al pueblo soviético que resistiera el inminente «pánico y desorden»; pero en realidad lo peor fue la tragedia de las calles de Moscú, que no fue una manifestación política, sino el fruto de un control deficiente de la muchedumbre. El periodista estadounidense Harrison Salisbury comentó que «lo más asombroso que ocurrió tras la muerte de Stalin fue la rapidez con la que aparecieron síntomas de deshielo». A los pocos meses, si no semanas, el equipo había empezado a mostrar una especie de euforia. En público ya no se comportaba con la vieja rigidez de los días de Stalin, sino, en palabras de Crankshaw, «como niños que acaban de salir del colegio». «Los nuevos señores de Rusia —escribió— se [estaban] abriendo y desplegando, floreciendo como los cactus resecos.»

Es muy posible que estuvieran eufóricos. ¿Quién habría podido pensar que la Unión Soviética viviría una transición *pacífica* tras la muerte de Stalin? Para empezar, al menos temporalmente, hubo un auténtico liderazgo colectivo; además, el nuevo gobierno lanzó un programa de reformas coherente y ambicioso cuando el cuerpo de Stalin apenas se había enfriado aún en la tumba. La magnitud de los logros del equipo, y el carácter sorprendente de estos, se ha tendido a pasar por alto; en parte, porque al final el equipo se descompuso entre gruesas recriminaciones mutuas. El cambio positivo debía mucho, paradójicamente, al hecho de que el equipo había cerrado las filas para defenderse de las caprichosas acusaciones de los últimos años de Stalin; también al consenso tácito que en esos mismos años se había formado sobre las nuevas medidas que necesitaba el país... si el anciano líder les hubiera dado su aprobación, lo cual no iba a hacer. Por ejemplo, tácitamente se había convenido que el Gulag era demasiado grande y oneroso, y había que reducirlo de forma drástica. Había que mejorar el nivel medio de vida en las ciudades, y rebajar las cargas aplicadas a los campesinos. La represión policial debía ser menos intensa, las relaciones con Occidente debían mejorar. Había que cancelar la campaña antisemita y dar marcha atrás en la excesiva rusificación del gobierno en las repúblicas no rusas. No hablaron de ello mientras Stalin estuvo vivo, pero el equipo parecía haber llegado a compartir todas estas ideas.

El grupo también tenía en común el sentimiento renovado de que formaban un equipo, como se había demostrado con la resistencia pasiva a la voluntad de Stalin de expulsar a Mólotov y Mikoyán. El hecho de que, a la muerte de aquel, abrazaran el viejo principio del liderazgo colectivo podría concebirse como un simple acto de prudencia: los primeros meses de la transición serían peligrosos, lo mejor era posponer la lucha por la sucesión. Sin embargo, como veremos, fue más que eso. El liderazgo colectivo era lo contrario de algo que el equipo, en la última fase de Stalin, miraba con disgusto o incluso repugnancia: el poder arbitrario de un solo hombre. Aún no se atacaba abiertamente su figura, pero en la primavera de

1953, los ciudadanos soviéticos que aún lamentaban la pérdida de su líder quedaron desconcertados al ver que el nombre de Stalin, antes ubicuo, había desaparecido de la prensa —en junio de 1953, *Pravda* lo mencionó ¡una sola vez!— y los editoriales habían dejado de citarlo como fuente de sabiduría. El adjetivo «estalinista», que antes se aplicaba con generosidad a todos los proyectos y logros soviéticos, desapareció de golpe del vocabulario. En la sesión del Comité Central de julio de 1953, se repudiaron, entre «aplausos atronadores», los «incorrectos y erróneos» ataques de Stalin contra la lealtad del Mólotov y Mikoyán. Los que seguían el proyecto descubrieron que la publicación de las obras completas de Stalin se interrumpió abruptamente en el volumen 13, aunque los números 14 y 15 ya estaban preparados para la impresión en el momento de su muerte. Luego, en una cultura cuyos medios de comunicación celebraban meticulosamente los aniversarios, se produjo un hecho asombroso: en marzo de 1954, los periódicos soviéticos no recordaron el primer aniversario de la muerte de Stalin.[2]

Este no fue el único signo de que había empezado una nueva era. A las tres semanas de la muerte de Stalin, se produjo una amnistía para los presos no políticos, que supuso liberar a más de un millón de prisioneros. Dos meses después, se anunció que los condenados en el Complot de los Médicos eran inocentes, y se los puso en libertad, a la vez que se encarcelaba a importantes funcionarios de la seguridad nacional. En abril, el Tribunal Supremo rehabilitó a víctimas del Caso de Leningrado. Hubo tanteos en las relaciones con Occidente —empezando por los panegíricos del funeral de Stalin— y a mediados de año se firmó una tregua que ponía fin a la guerra de Corea. En agosto, Malenkov empezó a hablar de «distensión» en la Guerra Fría. Se reanudaron las relaciones diplomáticas con Israel y Yugoslavia. La ley de 1947, que prohibía el matrimonio de ciudadanos soviéticos y extranjeros, se abolió discretamente, y se permitió que setecientas mujeres rusas abandonaran la Unión Soviética con sus maridos extranjeros. En junio, las repúblicas no rusas habían emprendido una rápida desrusificación de los gobiernos, unida a la promoción del uso

de las lenguas locales, en lugar del ruso; esto supuso cambios drásticos en Bielorrusia, Ucrania, las repúblicas bálticas, el Cáucaso y Asia central. En toda la Unión Soviética, los departamentos administrativos recuperaron los horarios de trabajo corrientes, ya sin necesidad de ajustarse a los hábitos nocturnos de Stalin. A finales de verano y en el otoño de 1952, se rebajó los impuestos a los campesinos y se elevó el precio de compra de los productos agrícolas. Para la población urbana, el gobierno anunció una gran expansión en el sector de los bienes de consumo: se triplicó la producción de radios, se duplicó la de muebles y se incrementó significativamente la de la ropa de todas clases, por no hablar de la promesa sobre las primeras neveras domésticas.

Muchas de estas medidas fueron populares en el país, pero no todas ellas. La amnistía del Gulag aterrorizó a la población corriente de Siberia y los Urales, que ahora se enfrentaba a una marea de personas desesperadas que acudían a los pueblos sin casa, trabajo, ni recursos de ningún tipo. Los delitos callejeros aumentaron; mientras los presos regresaban a sus zonas de origen, se extendió por la Unión Soviética una sensación pánica de falta de orden público, que duró muchos meses. Aunque una minoría (ante todo, de intelectuales) sí la aplaudió, la liberación de los acusados del Complot de los Médicos fue igualmente impopular. Entre la opinión pública, muchos pensaban que la campaña antisemita ya representaba abordar con retraso un problema social grave, e interpretaron la muerte de Stalin como la simple confirmación de la teoría de los fiscales: que los enemigos habían estado asesinando sistemáticamente a sus líderes. Un anónimo escribió a Jrushchov, entrado el mes, para advertirle que «el 90 % de nuestro pueblo no cree que Stalin muriera de muerte natural»; se sospechaba que los judíos habían tenido algo que ver. «Expulsen a los judíos del gobierno, la gente no confía en ellos. Son parásitos en el cuello del pueblo», «si llegara la guerra, serían una quinta columna».

«¿Qué significa liberar a esos enemigos, los profesores asesinos? —le preguntó un corresponsal de Kazán a Mólotov, retóricamente, cuando se puso en libertad a las víctimas del Complot de los Médicos—. Significa, en

primer lugar, infamar al camarada STALIN, diciéndole al mundo entero que él había aprobado la detención de “inocentes”; significa que el camarada STALIN enseñó a los órganos de[l] MGB a comportarse de forma arbitraria y recurrir a la fuerza.» Mólotov recibió muchas de estas cartas, porque los remitentes esperaban —erróneamente— que él simpatizaría con sus quejas por ser ruso y estalinista de primera hora. Salvo Voroshílov, los demás miembros del equipo eran poco conocidos por la gente de la calle. Se rumoreaba que Beria era judío, y tal vez también Malenkov. «La gente tiene dudas sobre ... Malenkov y Beria —escribió el corresponsal de Mólotov en Kazán—. Los llaman borrachos, líderes con demasiadas prisas, que “sueñan con ser Napoleón”. Los viejos bolcheviques tendríais que libraros de ellos.»[3]

En el equipo, consideraban que la figura principal era la de Mólotov, como lo había sido en 1941. «Según la opinión popular y la general en el partido», escribió más adelante alguien que lo vivió desde dentro, Mólotov era «el único sucesor digno» de Stalin. Desde luego, en las semanas posteriores a la muerte de este recibió muchas cartas en las que se le pedía que diera un paso adelante. «En un momento difícil, la gente ha puesto en usted la esperanza de un liderazgo adecuado del país», decía una nota firmada por un colectivo que se presentaba como «Grupo de viejos bolcheviques». «Estamos convencidos de que usted, que es genuinamente ruso, puede dirigir nuestro país», aseguraba un anónimo, a todas luces un patriota ruso. «¿¡Por qué no os convertís en nuestro Líder!?», exclamaba un grupo de amas de casa de Tambov. «¡Todos nosotros, la gente corriente, queremos verle en el lugar de Iósif Vissariónovich [Stalin]!», decía una «simple anciana, ajena al partido», que lloraba mientras escribía. Entre los corresponsales de Mólotov, las mujeres no hacían comparaciones expresas, pero los hombres, a menudo, sí: Mólotov era el candidato ideal y «Malenkov y Beria debían apartarse».

Sin embargo, Mólotov no mostró ningún indicio de querer desafiar el liderazgo colectivo. Décadas de experiencia lo habían convertido en un acólito de Stalin pero no menos en un miembro del equipo. En las primeras

semanas de la transición, ni siquiera parece que intentara definir su función, sino que, «con su magistral autocontrol y refinamiento», estaba a la espera de que la «inteligencia colectiva» del equipo lo hiciera por él. Los demás también se abocaron a la solidaridad grupal, con temor, según recordaba Mikoyán, a que la opinión pública se percatara de cualquier signo de división interna y ello pudiera desembocar en la anarquía. Pese a todo, en estos primeros meses también emergió rápidamente un grupo nuclear dentro del equipo. Estaba formado por Malenkov, Mólotov, Beria y Jrushchov. Los demás (Mikoyán, Voroshílov, Kaganóvich y Bulganin) se dieron cuenta de que los Cuatro realizaban reuniones preliminares *antes* de abordar los asuntos en el Presidium. Paseaban juntos en torno al Kremlin, conversando animadamente; acabado el trabajo, los tres que vivían en la ciudad se marchaban en el mismo coche, y Beria dejaba a Malenkov y Jrushchov en sus apartamentos de la calle Granovski, antes de dirigirse a su propia mansión de la calle Kachálov.

Mikoyán quizá se irritaba, pero aun así pensaba que las decisiones políticas importantes se estaban adoptando en las sesiones del Presidium y eran colectivas de verdad, impresión que confirmó Dmitri Shepílov, director de *Pravda*, que asistía de oficio a los plenos de esta institución, como miembro sin derecho a voto. Shepílov comentó que Mólotov había decidido tomar en su Presidium decisiones que antes había adoptado consultando con Stalin: este cambio no le resultaba difícil. Malenkov, que como jefe del gobierno presidía estos plenos —de acuerdo con un hábito que se remontaba a los tiempos de Lenin— se esforzó por gestionar los temas democráticamente: hizo cuanto pudo por lograr consensos y se abstuvo de imponer su superioridad jerárquica. Aunque en el exterior se veía a Malenkov como el líder emergente más probable, Shepílov hizo hincapié en el «modo natural y sincero» con que interpretaba la función de coordinador del equipo: «No creo que hubiera tenido intención de consolidar su propio papel personal». Desde luego, suena verosímil, si pensamos en su experiencia pasada: Malenkov siempre se había caracterizado por facilitar las cosas y ejecutar lo que Stalin esperaba de él, sin adoptar nunca caminos

propios o discutir el consenso, y ahora trasladaba este conocimiento a un nuevo campo de juego.[4]

Hubo, pese a todo, excepciones a esta notable exhibición de comportamiento de equipo. La más evidente fue la de Beria. Nada más morir Stalin, Beria se marchó de improviso a la ciudad; a Mikoyán le dio la impresión de que se había «marchado a hacerse con el poder». «Parecía que le hubieran salido alas», dijo otro observador, y la celeridad con la que se realizaron reformas legislativas en los meses inmediatamente posteriores debe mucho al ritmo frenético de Beria. Al cabo de seis semanas, como jefe de la policía secreta, había devuelto la libertad a los médicos judíos, investigado la muerte de Mijoels y comunicado al equipo la intervención de Stalin, prohibido usar la tortura en los interrogatorios, transferido gran parte del imperio industrial del MVD a ministerios civiles y puesto en marcha la liberación de más de un millón de prisioneros del Gulag.

En cuanto a la política de las nacionalidades, Beria impulsó la desrusificación de las repúblicas a un ritmo asombroso, empezando por el MVD. Así, ordenó al MVD letón que, en el plazo de un día, sustituyera por letones a todos los rusos situados en puestos destacados; cuando se le objetó desde allí que no había tantos nacionales con un expediente de seguridad limpio, dio la orden de continuar como fuera con el reemplazo. El primer secretario del partido en la república, que era letón, respondió reuniendo el coraje necesario para pronunciar su discurso ante el pleno del partido en su lengua propia, sin traducción, de forma que los rusos no la pudieron comprender; además usó la oportunidad para denunciar que, desde que el país se había incorporado a la Unión Soviética durante la guerra, la policía secreta había matado a casi 20.000 letones y había desterrado a otros 60.000 a lugares remotos de la URSS. En Lituania, algunos tenderos eufóricos demostraron su hostilidad a los rusos negándose a servir a quien no hablara lituano.

La desrusificación fue un objetivo del equipo, no solo de Beria, y en la primavera de 1953 otros también actuaban en ese frente. Pero el renacer del nacionalismo en las repúblicas se consideraba una reacción preocupante, al

igual que la arrogante actitud de Beria. Siempre había sido notoria su mordacidad, pero ahora a veces se lo podía ver gritar a otros miembros del equipo en presencia de subordinados, y adoptar decisiones unilaterales; por ejemplo aprobó poner a prueba la bomba de hidrógeno, firmando por su propia autoridad y sin decírselo siquiera a quien nominalmente era su superior, Malenkov. Jrushchov se enfadó cuando Beria empezó a interferir en los asuntos del partido e intentó colocar a «sus hombres» al frente de los partidos comunistas de Ucrania y Bielorrusia. Rechinaban incluso las iniciativas de Beria que contaban con el pleno apoyo del equipo, como la liberación de los médicos judíos; así, según recordaba Kaganóvich, Beria hablaba como si los demás fueran irrelevantes: «Yo soy la autoridad, soy el liberal, después de Stalin las amnistías las otorgo yo, yo hago las revelaciones, yo lo hago todo».

Beria, que nunca había hecho especial hincapié en la santidad del partido, ahora lo despreciaba abiertamente. «¿Qué es el Comité Central?», replicó, cuando Jrushchov objetó como secretario del partido. «Que el Consejo de Ministros lo decida todo, y el Comité Central pueda dedicar el tiempo a los cuadros y la propaganda.» Desde luego, el equipo en su conjunto estaba a favor de incrementar la autoridad del Consejo de Ministros, pero les resultaba difícil tragarse aquellas faltas de respeto. Lo empeoraba que Beria no era solamente el más seguro de sí mismo, sino también el más inteligente, el mejor informado y el más ingenioso de todo el equipo. A ello se añadían las noticias de que en Georgia florecía un culto a la personalidad de Beria, pese a que este se oponía a que hubiera tales actitudes en Moscú.[5]

Beria quería imponer su criterio incluso en materia de exteriores, un área en la que él no tenía particular experiencia y en cambio Mólotov era una autoridad reconocida. En cierta ocasión en la que Mólotov presentó un borrador de declaración política, que se quería hacer público y recibió la «amistosa aprobación» del resto del equipo, Beria respondió con muchas objeciones y se puso a dictar lo que, en lo esencial, suponía un texto nuevo. Según la descripción de un observador, Mólotov estaba «sentado sin

moverse, con una expresión ilegible en el rostro, limitándose a estrujar entre tres dedos el mantel de la mesa, como acostumbraba». Anteriormente ya había respondido al acoso de Stalin con la misma resistencia pasiva. Tras un silencio largo e incómodo, Malenkov, como presidente, propuso que se aceptara «el texto de Mólotov con las correcciones de Beria», es decir, el texto de Beria.

Los desacuerdos eran más estridentes en lo relativo a Alemania, una cuestión singularmente espinosa. Tras el bloqueo de Berlín, de 1948, la división *de facto* del país se formalizó en la creación de dos Estados alemanes: la República Federal de Alemania, en la esfera occidental, y la República Democrática Alemana (RDA), en la soviética. Los líderes de la RDA habían emprendido medidas de conversión rápida al socialismo inspiradas en la política soviética de la era de la colectivización. Como en la Europa oriental, esto topó con una gran contestación popular; pero la situación de Alemania era única por el hecho de que —hasta la construcción del Muro de Berlín, en 1961— sus habitantes podían huir hacia la Alemania occidental, y así lo estaban haciendo en gran número. Además, en Berlín y otros muchos lugares habían estallado huelgas y manifestaciones callejeras. Esto alarmó mucho a los líderes soviéticos, que convocaron a Moscú a los líderes de la Alemania oriental, les leyeron la cartilla y los instaron a retroceder en las medidas de «instauración forzosa del socialismo» con el fin de evitar una catástrofe.

El equipo estaba de acuerdo en esto, incluso Mólotov y Kaganóvich, pero Beria habría ido aún más allá, eliminando el «forzosa» e indicando a los alemanes, a secas, que abandonaran las medidas de construcción del socialismo. En la Alemania oriental, solo las tropas soviéticas podían mantener el socialismo —dijo—, y la Unión Soviética no necesitaba como fuera una Alemania socialista, sino pacífica. En el Presidium, Beria había expresado tanto desdén por los líderes de la RDA que Shepílov sintió la urgencia de protestar: ¡ese era el gobierno que construiría el socialismo en la nueva Alemania! Beria le contestó a gritos: «¿Socialismo? ¿Qué socialismo? ¡Va siendo hora de dejar de parlotear como tontos sobre el

socialismo en Alemania!». Según el posterior recuerdo de Shepílov, habló «con tal disgusto que parecía que le resultaban intolerables la sola palabra de "socialismo" y los periodistas que la usaban». El desprecio de Beria por el socialismo era, por descontado, inaceptable para Mólotov, y desconcertante para casi todo el equipo. Jrushchov se mostró especialmente firme en su apoyo a Mólotov, pues veía al líder de la RDA Walter Ulbricht como «un comunista de buena fe que lucha con afán por hacer realidad el viejo sueño bolchevique: que en el corazón de Europa haya un Estado alemán proletario», y temía que los alemanes occidentales actuaran como herederos del Reich hitleriano. Mólotov quedó tan conmovido que dio un giro personal (apenas característico de él) y propuso a Jrushchov que se tutearan, que este dejara de dirigirse a él con el tratamiento formal que empleaba siempre por ser un colega más joven y de posición inferior en la jerarquía.[6]

El equipo no solo se sentía acosado por Beria, también tenía miedo de él. Como estaba al cargo de la policía secreta, se presuponía que tenía un archivo con los trapos sucios de todos ellos. La iniciativa la tomó Jrushchov —quizá el miembro del equipo menos afectado por las décadas de intimidación de Stalin, gracias a su larga ausencia de Moscú, en la relativa independencia de su cargo ucraniano—. Era un asunto de lo más delicado: si Beria llegaba a tener noticia de que se planeaba algo en su contra, contaba con los recursos necesarios para invertir el mecanismo y detener a los conjurados. La primera persona a la que Jrushchov le comentó la necesidad de apartar a Beria de sus cargos fue Mólotov, que lo entendió de inmediato y transmitió su pleno apoyo con una pregunta lacónica («¿Sólo apartarlo?») que sugería que tal vez se requirieran medidas más drásticas. Malenkov representaba más una incógnita, dado que antaño había sido aliado de Beria. A la postre resultó que Malenkov se había hartado de la arrogancia de Beria, quien había frustrado todos sus intentos de mantener la unidad e igualdad en el Presidium. Se sumó pues al complot, al igual que Kaganóvich, que arrastró a su vez a Voroshílov. Jrushchov estaba preocupado por la posición de Mikoyán, que mantenía buenas relaciones

con Beria, por lo cual no le adelantó el plan de arrestarlo y se limitó a sugerir que tal vez se propondría trasladarlo del MVD a la dirección de la producción petrolífera, a lo cual Mikoyán asintió.

En los primeros días de junio de 1953, mientras se cocinaba el complot, Beria estaba en Berlín, supervisando cómo se sofocaba una rebelión en la capital alemana. Cuando se le pidió que volviera, al parecer, no sospechaba nada. Años más tarde, Jrushchov solía complacerse en narrar cómo había engañado a Beria la noche antes, «bromeando y contando chistes» y elogiando sin escrúpulos el liderazgo que este había exhibido desde la muerte de Stalin. Halagado, Beria respondió que aquello era solo el principio y expuso su proyecto de que los miembros del equipo tuvieran un estilo de vida lujoso, en mansiones urbanas y dachas de campo que serían de su propiedad y hereditarias. Aquí cometió dos errores graves, un hecho inhabitual en un hombre reputado por su astucia. El primero, confiarse a Jrushchov, confundido por su apariencia de «simple campesino»; el segundo, pensar que podría conquistarlo mediante la codicia. Los debates relativos a la RDA deberían haberle bastado para saber que Jrushchov creía de veras en el socialismo; le ofendía la idea de que un líder soviético quisiera adquirir propiedades de carácter hereditario. Pese a todo, como era mejor actor que Beria, le estrechó la mano con calidez por mucho rato, al tiempo que pensaba (al menos, según lo contó *a posteriori*): «Muy bien, miserable, ahora te doy la mano, pero es la última vez».[7]

Así pues, Beria se presentó como se le pedía, aún sin sospechar nada, en la sesión del Presidium del día siguiente, 26 de junio. Al principio, cuando se vio atacado, pensó incluso que se trataba de algún tipo de broma; de hecho, su reacción sugiere que no solo entendía que Jrushchov y Malenkov eran sus amigos, sino que (hasta el punto en que la amistad puede existir en la política) probablemente lo eran. Después de que Beria cayera en desgracia, cuando se le pudo acusar de todos los males habidos en la Unión Soviética, a todo el mundo le convino fingir que siempre lo habían odiado; pero la realidad no siempre acompañaba a esta ficción. El más sincero fue Mólotov, siempre dado a la *realpolitik.* Mólotov nunca simuló sentir un

gran afecto por Beria y en junio de 1953 es plausible que creyera que Beria era demasiado peligroso y además enemigo del socialismo, con lo cual no podía seguir con vida. Aun así, en las conversaciones que en la década de 1970 mantuvo con Chuev no afirmó haberse sentido especialmente distante de él.

Cuando Beria comprendió qué estaba ocurriendo, pareció asombrado, pero no ofreció resistencia a que lo detuvieran el mariscal Zhúkov (quien, tras la muerte de Stalin, volvió de las provincias para ser viceministro de Defensa) y el equipo militar que Jrushchov había organizado y que había estado aguardando fuera de la sala de reuniones. Se le trasladó a una prisión militar, desde donde envió notas esperanzadas a Malenkov, Jrushchov, Mólotov y Voroshílov, en las que recordaba la memoria de las batallas y la camaradería compartidas. «Siempre hemos sido buenos amigos», escribió a Jrushchov y Malenkov, en tono de familiaridad. Fue interrogado durante varios meses (sin torturas, desterradas del MVD desde que él mismo ordenara abolirlas pocos meses antes), se expresó con bastante libertad pero no confesó ninguna culpa de especial gravedad. También prestaron testimonio muchas otras personas, tanto colegas como víctimas, y el guion resultante (como en el caso de Zhemchúzhina, de 1949) se centró en su vida sexual, con denuncias estridentes de múltiples violaciones, raptos de mujeres jóvenes en la calle y acusaciones similares. Aunque la historia de Beria como depredador sexual acabó entrando en el folclore soviético y no carecía por entero de base, al parecer sí se exageró extraordinariamente. La forma en la que él mismo, durante los interrogatorios, relató cómo se desarrollaban sus relaciones con las mujeres (incluida una joven recogida en la calle por un subordinado) coincide ante todo con el relato de una cantante que afirmaba haber sido su querida tras haber captado su atención durante un concierto; ella declaró que había sido seducida, no violada, pero desde luego en circunstancias de intimidación.

En diciembre, un tribunal militar a puerta cerrada, que los antiguos compañeros de Beria podían escuchar gracias a una conexión directa específica con el Kremlin, pronunció su veredicto: lo declaró culpable de

traición, conspiración antisoviética, terrorismo y espionaje en beneficio de una potencia extranjera (durante la guerra civil había trabajado para la contrainteligencia del partido musulmán del Musavat, en Bakú, y por lo tanto para los británicos). A todas luces, era un veredicto al estilo de los viejos juicios estalinistas, sin coherencia directa con las pruebas, y la pena de muerte se ejecutó de inmediato. En su mayoría, sin duda, el equipo consideraba que la ejecución de Beria era «necesaria» —esa gran categoría genérica del pensamiento marxista—, aunque es probable que Mikoyán estuviera poco convencido; a Jrushchov le había dicho que Beria «aún [podía] resultar útil». Sin embargo, parece que el equipo no se sentía cómodo con este regreso a los métodos estalinistas: se detuvo a la esposa y el hijo de Beria, como era habitual en estos casos, pero se los acabó poniendo en libertad. Sergó Beria dijo que los científicos atómicos, por respeto a su padre, «terminaron por salvarme la vida ... me libraron de la cárcel, me dieron su apoyo moral y también me ofrecieron ayuda material». Pero también tuvo que haber alguna intervención política: no cabe duda de que Mólotov actuó para proteger a Sergó y su madre, con el apoyo de Mikoyán; se dice que Jrushchov quedó «conmovido» por sus súplicas y que la esposa de este se mostró «feliz porque se permitiera vivir a [Nina Beria] y su hijo».

En lo que atañe a la opinión pública, la ejecución de Beria y su posterior condena a la infamia resultó ser un golpe magistral. La reputación de Beria en el país no era negativa por completo. En el Cáucaso lo apreciaban y también tenían buena imagen de él muchos prisioneros, ex prisioneros y sus familias (un segmento no desdeñable de la opinión pública) por las amnistías y liberaciones masivas del Gulag. Otro sector de la sociedad, por el contrario, lo relacionaba con la puesta en libertad de los médicos judíos y lo odiaba, considerándolo un criptojudío al que, posiblemente, había que culpar de la muerte de Stalin. No obstante, para la mayoría de los ciudadanos soviéticos, Beria no se diferenciaba con claridad de los demás socios de Stalin. Desde que la propaganda empezó a divulgar sus supuestas atrocidades, incluida la depravación sexual, se constató una reacción más

negativa hacia su figura («¿Quizá podríamos colgarlo?», preguntaba esperanzado una nota anónima). El golpe definitivo en materia de relaciones públicas, facilitado por la decisión de destruir los archivos secretos que la policía había acumulado en las provincias durante el período estalinista, se produjo cuando el pueblo concluyó que, si se había ejecutado al antiguo jefe de la policía secreta —vestigio evidente del estalinismo—, era una señal de que los nuevos líderes repudiaban la represión estalinista. A ello se añadió, para conveniencia en este caso del equipo, que en adelante *todos* los actos de represión pasados se podían achacar a Beria; incluso las Grandes Purgas, aunque en esto él se había encargado de la limpieza, más que de la ejecución.[8]

En el período posterior a la caída de Beria «estábamos ebrios de alegría», según las memorias de Shepílov; se confiaba en que se podrían restablecer las «normas del leninismo» y se completaría «la maravillosa construcción de la sociedad socialista» sin las vergonzosas deformaciones causadas por los Yezhov y Beria. Para Shepílov y Jrushchov, al igual que para los ya veteranos Mólotov, Kaganóvich, Voroshílov y (con menos dogmatismo) Mikoyán, la maravillosa sociedad que se iba a hacer realidad por fin sería, por definición y por esencia, socialista (Beria no había sido tan restrictivo a este respecto, ni tampoco, probablemente, Malenkov). Parte de la euforia, sin duda, era de puro alivio por haber cancelado una amenaza y puesto fuera de juego a una persona tan artera como habilidosa. Jrushchov se jactaba sin cesar de la brillantez con la que había dirigido la operación de Beria; en adelante se mostró como un hombre distinto, «más seguro de sí mismo, más dinámico» y con la confianza de que, como motor primero de la acción, había demostrado ser la figura más enérgica y decisiva del equipo. Antes del asunto de Beria, ocupaba el quinto lugar en la jerarquía del liderazgo, y su nombre apenas se conocía fuera de Moscú y de Ucrania; ahora había ascendido al tercer lugar, por detrás de Malenkov y Mólotov, y sin duda con la aspiración de seguir subiendo.

La liberación del equipo también les supuso más libertad para viajar. Para Jrushchov y Bulganin, asistir a la cumbre de Ginebra en 1955 fue una

experiencia de lo más emocionante, aunque la prensa europea se mofaba de sus trajes idénticos, «trajes de verano de color malva pálido, holgados, con pantalones anchos». Malenkov vivió un hito personal similar en la primavera de 1956, cuando pasó tres semanas en Inglaterra; era la primera vez que se le «dejaba campar» por el extranjero. Los hijos del equipo, de la generación que se enamoró de Hemingway, estaban aún más fascinados por el mundo exterior. Sergó Mikoyán, que logró un puesto en una delegación enviada a Ceilán, y Alekséi Adzhubéi, esposo de Rada Jrushchova, que en 1955 acompañó a seis periodistas en un viaje a Estados Unidos, fueron la envidia de sus contemporáneos.

«Contemplábamos el futuro con optimismo», recordaba Rada Jrushchova, periodista de profesión, como su marido. «Nos creíamos capaces de todo, creíamos que en nuestro país todo acabaría saliendo bien.» Aquí empezaba un decenio —bautizado más adelante como «Deshielo»— en el que publicaciones de orientación reformista se dedicaron a «contar la verdad» sobre el pasado y el presente, y poetas como Yevgueni Yevtushenko podían llenar estadios con sus recitales. Sergó y Stepán Mikoyán, desde luego, ya conocían el nombre de Yevtushenko en 1955; pero a su padre le tomó por sorpresa que su limusina oficial quedara bloqueada por una multitud en el centro de Moscú y, cuando preguntó qué sucedía, se le respondió lacónicamente: «Yevtushenko». «Quiso saber quién era y le dijeron: "Un poeta". Luego Mikoyán admitió: "Al ver a gente que hacía cola por la poesía, y no por la comida, me di cuenta de que una nueva era había empezado".»

En la fiesta de cumpleaños de Piotr Voroshílov, en julio de 1954, se discutió apasionadamente sobre Picasso. Asistieron a ella los hijos y las hijas de Mikoyán, Kaganóvich y Shvérnik, y Yekaterina Voroshílova se enorgullecía al escucharlos («¡Muchos tienen títulos doctorales!»). Según el diario de esta última, incluso los devotos de Picasso seguían aceptando la doctrina oficial del realismo socialista. En cambio, Sergó Mikoyán contó una versión algo distinta. Los hijos del Kremlin, como el resto de la intelectualidad, estaban acentuando su orientación política y reformista y,

en consecuencia, algunos empezaron a disentir de sus padres. Stepán recordaba visitas de la familia a la dacha de los Voroshílov en las que los jóvenes Mikoyán y Piotr Voroshílov, junto con sus respectivas esposas y la hermana adoptiva del último, Tatiana Frunze, se enredaban en discusiones tan encendidas con sus padres que Mikoyán rogó a Stepán que «no polemizara con él por la noche porque "luego no puedo dormir"». Mikoyán fue uno de los padres que respondió con rapidez a la evolución de los tiempos y el modo en que sus hijos los percibían. Otros, como Jrushchov, reaccionaron con más lentitud. Pese a su afabilidad en público, Jrushchov era un padre menos accesible que varios de sus colegas, y cuando su hijo menor, Serguéi —convertido tardíamente a la ortodoxia anti-Lysenko de la intelectualidad reformista—, intentó que viera la luz sobre Lysenko y la genética, Jrushchov se lo quitó de encima sin ambages. Aun así un yerno de Jrushchov, Alekséi Adzhubéi, contribuyó mucho a moldear la opinión del Deshielo por su función de director del periódico juvenil *Komsomólskaya Pravda* y luego, tras ser nombrado por el propio Jrushchov, del periódico gubernamental *Izvestia.*[9]

Como signo de los nuevos tiempos, el Kremlin se abrió al público en 1955, con lo cual Mólotov, Voroshílov y Mikoyán tuvieron que abandonar sus apartamentos. Los más jóvenes —los Malenkov, Jrushchov y Bulganin — nunca habían vivido allí y tenían pisos en la calle Granovski, a pocas manzanas de distancia; en la primavera de 1953 se les unió el mariscal Zhúkov, después de que se cancelara su destierro en los Urales. Entre los lemas de estos años destacó el de la socialización del equipo; Malenkov planeaba que todos se trasladaran a residencias construidas ex profeso en los cerros de Lenin, cerca del nuevo edificio de la universidad (que recuerda a un pastel de bodas). La generación más joven, en efecto, se trasladó allí. Sin embargo, Mólotov y Voroshílov declinaron la oferta y se marcharon a apartamentos de la calle Granovski. Los Mólotov aún se hallaban en un nivel social superior al del resto del equipo, aunque Serguéi Jrushchov —ya adulto, desde hacía poco— recordaba una rara visita familiar al apartamento de aquellos, en la que se sorprendió de ver que Mólotov, al que tenía por

una figura legendaria, no era sino «un viejo pequeño y calvo» que se contentaba con presumir de biblioteca.

En este período, los Malenkov eran amigos de la familia Jrushchov, y también los Mikoyán. Jrushchov hizo cuanto pudo para establecer relaciones similares con los Bulganin y Zhúkov, pero en ambos casos la idea se frustró porque Nina Jrushchova no aprobaba el modo en que Bulganin y Zhúkov habían abandonado a sus esposas de toda la vida; así pues, Jrushchov optó por ver a Zhúkov en solitario. Jrushchov, que era de carácter gregario, inició la socialización del equipo durante unas vacaciones en el sur, en Crimea, ya en 1953, cuando los Jrushchov, Voroshílov y Kaganóvich establecieron una «compañía no poco numerosa e interesante», aunque no sin tensiones, según anotó en su diario Yekaterina Voroshílova. Los Mikoyán también realizaron varias estancias de vacaciones en Crimea, y ellos, al igual que los Voroshílov y otros, fueron convocados en años posteriores a varios actos sociales de los Jrushchov, que a menudo pasaban por entretener a comunistas de la Europa del Este, o a extranjeros con los que se llevaban bien, como Paul Robeson.

Andréyev no se reincorporó al grupo que estuvo al mando tras la muerte de Stalin; fue el único miembro vivo del equipo que, en marzo de 1953, quedó fuera tanto del gobierno como del Presidium. «¿Por qué no figuraba en el nuevo Presidium [del partido]?», se preguntaba un ciudadano de Penza, inquieto; la respuesta no está del todo clara. Quizá se debía a la sordera, pero también es posible que los nuevos líderes lo percibieran como alguien demasiado próximo al viejo estalinismo. En 1955, las familias Voroshílov, Kaganóvich y Bulganin asistieron a una celebración del sexagésimo aniversario de Andréyev, un acto «particularmente emotivo», según escribió en su diario Yekaterina Voroshílova, «porque por razones de salud, y quizá también por otras razones, Andréi Andréyev se había visto obligado a reducir un tanto su trabajo». Aun así todavía hizo una aparición honorífica cuando se lo añadió (al parecer, como idea de última hora) a la lista de figuras destacadas del XX Congreso del Partido, al año siguiente. [10]

Malenkov —aunque en el mundo exterior, muchos lo percibían como un posible sucesor de Stalin— parecía, de hecho, hallarse bastante satisfecho en el marco de la labor colectiva. Serguéi Jrushchov lo formuló, más adelante, en negativo: Malenkov «nunca había dirigido nada, en toda su vida, siempre había servido a las órdenes de alguien»; primero se había sometido a Stalin, luego a Beria y, por último, a Jrushchov, por no hablar de su casa, donde obedecía a su esposa, la resuelta Valeria. El padre de Serguéi, por el contrario, sentía por instinto que él sí poseía el gen del liderazgo. Jrushchov no veía con agrado la creciente popularidad de Malenkov como figura que había reducido la carga económica que soportaba el campesinado y había incrementado la presencia de bienes de consumo en las ciudades. Cuando se cumplió el segundo año de la muerte de Stalin, la tensión entre los dos iba en aumento. La relación personal, que había sido buena, se deterioró por el tono de condescendencia y bravuconería que Jrushchov había adoptado ahora ante Malenkov (para vergüenza incluso de sus propios esposa e hijo). La nueva enemistad, promovida ante todo por Jrushchov, no se percibía solo en el Presidium, sino incluso en la lectura atenta de la prensa, porque Jrushchov había empezado a contradecir a Malenkov en público en temas como la guerra nuclear (una alternativa inimaginable, a juicio de Malenkov; aceptable para los socialistas, según Jrushchov), aunque sin mencionar su nombre. Mólotov y Kaganóvich —que no sentían aprecio por Malenkov, sospechaban que su compromiso con el socialismo era superficial y creían que Jrushchov era mejor como socialista, aunque estuviera por pulir— también avivaron los conflictos, con tendencia a favorecer a Jrushchov.

Al final, la presión hizo que Malenkov renunciara al cargo de primer ministro en enero de 1955. En su contra se alegaban tanto su estrecha relación con Beria como su búsqueda de una popularidad «fácil» al prometer más bienes de consumo. «No dudo de la integridad del camarada Malenkov —dijo Jrushchov ante el pleno del Comité Central—, pero sí tengo muchas dudas de que sea capaz de mantener la línea [del partido], pues le faltan carácter y agallas.» ¿Y si tuviera que negociar con un

capitalista tan astuto como el primer ministro británico Winston Churchill (que ya en varias ocasiones había intentado que se lo invitara a Moscú para reunirse con el nuevo primer ministro soviético)? Era probable que Malenkov, con su carácter afable, cediera de más. Mólotov y Kaganóvich coincidieron en que Malenkov no había demostrado estar a la altura de su cargo. Sin embargo, el hecho de que se lo sustituyera por Bulganin —que, sin lugar a dudas, aún habría sido menos capaz que Malenkov de resistirse a la astucia de Churchill— nos indica que la razón principal no era esta. Malenkov no perdió su puesto en el Presidium, y al menos su nuevo cargo, como ministro de las centrales eléctricas, estaba en Moscú (y no era ajeno a su antigua especialización como ingeniero). Aun así, según su hijo, este fue uno de los períodos más duros de su vida.[11]

Jrushchov, como Beria antes que él, se había arremangado y había emprendido toda una serie de iniciativas tanto en el país como en el extranjero. El año 1955 destacó por la emergencia de Jrushchov como líder ante Occidente, con varios viajes muy publicitados —a Belgrado, Ginebra y Londres, primero, luego a la India, Birmania y Afganistán— que además le reportaron un placer evidente. La prensa mundial lo saludó como un hito en las relaciones internacionales de la Unión Soviética, y a la vez como una prueba de que Jrushchov había ascendido a la cumbre del poder soviético; pero en el interior, se murmuraban reproches conforme gastaba el dinero del pueblo en pasearse por el mundo. Cuando Jrushchov pasó a la política exterior, con la intención evidente de establecer lazos más próximos y distendidos con Occidente, Mólotov se tornó cada vez más crítico, y la relación, que nunca había sido fácil, se crispó. Según las reflexiones posteriores de Jrushchov, pese a que era muy inteligente, Mólotov era tan estrecho de miras y dogmático que despertaba compasión. Jrushchov buscaba lograr la reconciliación con la Yugoslavia de Josip Broz, «Tito», expulsado del rebaño socialista por Stalin y Mólotov a finales de la década de 1940; pero Mólotov (y, según parece, buena parte de la opinión pública) tenía muchas dudas: para él, Tito seguía siendo un renegado y un traidor. También surgieron tensiones en materia de política interior. Para Mólotov,

el plan jrushchoviano de las Tierras Vírgenes —que pretendía convertir Kazajistán en una gran zona de producción cerealista—, además de ambicioso y caro, era «absurdo» (o así lo dijo más tarde). Por otro lado, que Jrushchov hubiera pasado Crimea de la república rusa a la ucraniana, a principios de 1954, había sido un impulso erróneo, desde luego, según musitó Mólotov ante el Presidium cuando se debatió al respecto; pero «es evidente que tenemos que aceptarlo».

En el pleno del Comité Central de julio de 1955 hubo choques importantes entre Jrushchov y Mólotov, en materia de política tanto exterior como interior. Jrushchov acusó a Mólotov de «aspirar a la función de "grande" del Presidium» y haber quedado atascado en una concepción ya anticuada de las relaciones internacionales. «Valdría más que te retirases, te daremos una buena pensión», estalló Jrushchov en cierto momento. La relación personal se rompió definitivamente cuando este último acusó a la esposa de Mólotov de haberse reunido con Charles Bohlen, embajador de Estados Unidos, y su mujer. Esto no representaba ninguna novedad, pues Polina, caso singular entre las esposas, se encontraba con los embajadores y sus mujeres desde la década de 1930, cuando invitó a comer a la dacha familiar a la esposa de Joseph Davies. Pero Jrushchov eligió tomárselo a mal: «Ahora resulta que la mujer de un ministro abre un puesto diplomático privado y recibe a todo aquel que le apetece. Tú eres el ministro de Asuntos Exteriores, pero tu mujer no es la viceministra ... Te lo tengo que decir, Viacheslav Mijáilovich: te hace un flaco favor, tu mujer». Aunque los otros miembros del equipo también eran críticos con la inflexibilidad de Mólotov en las relaciones internacionales, Mólotov sobrevivió a este *round* y siguió siendo ministro de Exteriores durante un año más. En junio de 1956 lograron expulsarlo al fin, aunque, como Malenkov, siguió siendo miembro del Presidium. Solo pasó unos pocos meses sin ocupación, y luego ejerció un puesto relativamente insignificante como ministro de Control Estatal. [12]

Había que afrontar en público el asunto del legado de Stalin. Aunque la amnistía aprobada por Beria en 1953 no cubría a los presos políticos, en

1954 empezaron a ser liberados individualmente del Gulag. Las víctimas —más a menudo, las esposas y los hijos de víctimas relevantes— comenzaban a regresar y solicitaban a determinados miembros del equipo que les ayudaran en la rehabilitación política y les proporcionaran apartamentos en Moscú. Natalia Rýkov, exiliada nada más acabar la universidad, tras la detención de su padre, fue una de ellas: volvió a Moscú en 1956. Su madre había muerto en la cárcel. Voroshílov y Mólotov hicieron oídos sordos a sus súplicas, pero Mikoyán le encontró una habitación en un apartamento compartido. Años después, cuando por casualidad se encontró con Mólotov y Polina en el metro, saludó a Polina sin cruzar ni media palabra con Mólotov. También regresó Johnny (John-Reed) Svanidze, primo de Svetlana Alilúyeva, que ahora usaba el simple nombre ruso de Iván (o el georgiano de Vano); Jrushchov le ayudó a conseguir un apartamento.

Mikoyán, siempre generoso, se vio ante un alud de suplicantes, a muchos de los cuales ayudó; desde 1954 presidió la comisión oficial de rehabilitación. Pero en el equipo no había nadie, por duro de corazón que fuera, que no tuviera al menos alguna clase de contacto con las víctimas y los recuerdos que despertaban, de pena y culpa. La hija de Arósev, el amigo de Mólotov, reapareció en 1955; Polina la recibió con calidez, y Mólotov, con frialdad (en la cena, Polina reprochó a su esposo que no hiciera más por los Arósev, pero luego, cuando este se marchó en silencio de la mesa, tuvo remordimientos y le dijo a Olga Aróseva que «no había nada que él pudiera hacer»). Tras la muerte de Stalin, muchos prisioneros judíos empezaron a escribir a Kaganóvich, con la esperanza de que actuara como su protector; y este, rompiendo con su costumbre, se movió. Lo hizo por Lev A. Sheinin, al que había conocido mucho antes, en la clandestinidad prerrevolucionaria, y que había sido detenido en relación con el asunto del Comité Judío Antifascista. El MGB liberó a un Lev Sheinin, como se le pedía, pero quien vio la libertad fue una persona más famosa, Lev R. Sheinin, investigador principal de los juicios amañados de la década de 1930, y dramaturgo de éxito, detenido de resultas del caso Zhemchúzhina. Cuando Kaganóvich comunicó el error, «pusieron en libertad al correcto».

Los antiguos exiliados y prisioneros volvían con historias horripilantes de la experiencia vivida. Algunos regresaron como cruzados, con voluntad de hacer pública su historia de la represión estalinista. Los dos que tuvieron un mayor impacto en el equipo fueron Olga Shatunóvskaya y Alekséi Snégov, dos «viejos bolcheviques» que habían tenido bastante relación con varios miembros del equipo. Fueron detenidos en las Grandes Purgas y pasaron casi veinte años en el Gulag.

Snégov seguía preso en 1953, cuando se detuvo a Beria, pero aun desde el propio campo logró enviar a Mikoyán una carta en la que denunciaba los crímenes de Beria; Mikoyán se la pasó a Jrushchov. El resultado fue que se lo trasladó a Moscú para que prestara testimonio en el juicio de Beria, en diciembre de 1953 (se ha dicho que Beria lo reconoció y preguntó desde lejos: «¿Aún estás vivo?», a lo que este, tuteándolo por igual, replicó: «Tu policía hizo un trabajo de pena»). Luego, nombrado por Jrushchov (que estuvo charlando con él en profundidad mientras preparaba su acusación contra Stalin, de 1956), desempeñó un trabajo por breve tiempo en el MVD, con la función de preservar la honradez de los nuevos jefes del ministerio. Según Mikoyán, Snégov y Shatunóvskaya «me abrieron los ojos a una multitud de cosas, hablando de su detención y las torturas a que los sometieron, del destino de decenas de conocidos suyos y nuestros y de centenares de personas a las que yo no conocía ... Interpretaron un papel clave en la "ilustración" que vivimos en 1954-1955».[13]

Cuánta «ilustración» necesitaban los miembros del equipo, o cuánto sabían ya los socios que coperpetraron los desmanes con Stalin, no era una cuestión fácil. Si había que rehabilitar a las víctimas —declararlas inocentes —, ¿a quién se culparía de haber convertido en víctimas a esos inocentes? Obviamente, a Stalin, antes que a nadie; y al equipo le había convenido y seguía conviniendo hacer hincapié en la única responsabilidad de aquel y, por comparación, su propia ausencia de implicación (y he aquí una de las causas principales por las que, en general, no se ha comprendido cuánta importancia tuvo en realidad el equipo de Stalin). Beria, habiendo muerto también, valía igualmente como receptor seguro de las culpas de haber

incitado a Stalin a cometer atrocidades. Pero Snégov y otros como él no se contentaban al ver en libertad a otros cómplices. En la cuestión de Beria ya se habían planteado acusaciones de responsabilidad por haberle animado a cometer actos perversos y Jrushchov empezaba a ver ventajas políticas en el reparto de las culpas. En el forcejeo que hizo caer a Malenkov de la jefatura del gobierno en 1955 se plantearon dudas sobre cuál había sido su papel, y Mólotov y Kaganóvich, asistentes principales de Stalin en la década de 1930, también eran blancos obvios.

Según su hijo, Jrushchov ya pensaba en los problemas de afrontar los crímenes de Stalin durante el verano de 1953, cuando le preguntó al nuevo fiscal general de la Unión Soviética, Román Rudenko, si había que dar crédito a los juicios ejemplares de la década de 1930; Rudenko respondió que no. Pero era un camino plagado de riesgos. El equipo, tanto colectiva como individualmente, era cómplice de la represión estalinista. Esto se aplicaba incluso al propio Jrushchov; aunque era menos vulnerable que la mayor parte de los otros miembros del equipo, más adelante convirtió en punto crucial de sus cintas autobiográficas su condición de *outsider* ajeno a lo que estaba pasando (y por lo tanto inocente). En el seno del equipo, la tensión era cada vez mayor, como indican los gritos y las voces que estallaron a finales de 1955 cuando Mikoyán informó ante el Presidium de que Olga Shatunóvskaya acusaba al NKVD de Leningrado —y, por extensión, a Stalin— de la muerte de Kírov. Aunque ella no disponía de pruebas, desde el punto de vista político la acusación era explosiva. Voroshílov gritó que era mentira, y Mólotov lo refutó con más calma; pero Jrushchov valoró que el asunto olía mal y había que investigarlo. Así se organizó una comisión de investigación de la represión estalinista, encabezada por Piotr Pospélov, secretario del Comité Central que había dirigido *Pravda* en la década de 1940.

Tras un mes de intenso trabajo en los archivos, Pospélov, pese a la fama de estalinista a ultranza, redactó un devastador informe de setenta páginas que atribuía estrictamente a Stalin la responsabilidad de iniciar las Grandes Purgas y aceptar las torturas como medio de interrogatorio, pero a la vez

ponía de manifiesto que otros miembros del Politburó (y no solo Stalin) habían visto copias de las actas de los interrogatorios y, en consecuencia, estaban al corriente de las torturas. Entre 1935 y 1940, decía el informe, casi dos millones de personas habían sido detenidas por su supuesta actividad antisoviética, y se había fusilado a 688.503. Jrushchov «quedó horrorizado» por este informe, según su hijo. «Esperaba revelaciones, pero [no] algo como esto.» «Los hechos eran tan espeluznantes —rememoró luego Mikoyán— que en determinados pasajes de especial dificultad a Pospélov se le quebró la voz, y en una ocasión, se derrumbó y sollozó.»

Las revelaciones del informe de Pospélov supusieron «una auténtica sorpresa para algunos de nosotros», dijo Jrushchov más adelante, en sus memorias. Entonces tocaba ocuparse de una cuestión más política que histórica: ¿quién era el más sorprendido y, por lo tanto, el menos culpable? Al modo de ver de Jrushchov, Malenkov, como responsable de personal durante las Grandes Purgas, estuvo metido en ellas hasta el cuello, aunque fuera más un ejecutor que un promotor; por su parte, Mólotov y Voroshílov habían sido «los mejor informados sobre las verdaderas dimensiones y causas de la represión estalinista». Era una idea conveniente, porque Malenkov y Mólotov eran los dos oponentes políticos más notables de Jrushchov. Sin embargo, para asegurarse de que el propio Jrushchov no se despegaba del proceso de exposición de los crímenes de Stalin, Snégov advertía —con matices de chantaje— que «o bien les informa en el congreso próximo o bien usted mismo estará sometido a la investigación». «Informarles» —la exposición en público del asunto— era la otra gran cuestión, agravada por el hecho de que el XX Congreso del Partido era inminente: estaba previsto para febrero de 1956. Si la investigación de Pospélov desvelaba actos atroces (y todo el mundo era consciente de que sería así), ¿cuánto había que contarle al partido, al país y al mundo?[14]

El 5 de febrero de 1956, el Presidium mantuvo una tensa discusión sobre el informe de Pospélov. Según la versión de Jrushchov, él fue el único ponente (aunque las actas oficiales mencionan igualmente a Mikoyán) y defendió apasionadamente que era imposible hacer caso omiso de los males

del pasado y seguir manteniendo a inocentes en los campos y el exilio. Voroshílov, de nuevo según Jrushchov, le atacó con ferocidad, con el apoyo de Kaganóvich, quien adujo que dar publicidad en el congreso al informe de Pospélov tendría un efecto terrible sobre el prestigio del partido y del país. «Lo que se diga no se podrá mantener en secreto. Se correrá la voz sobre lo que sucedía en tiempos de Stalin y entonces el dedo nos señalará directamente a nosotros.» Jrushchov, en una línea de nobleza, replicó que cuando se habían cometido crímenes, la gente debía estar dispuesta a asumir las responsabilidades, y él mismo lo estaba; si era preciso, él mismo pronunciaría ese discurso ante el congreso, lo que de hecho le libraría de la horca, personalmente, y dejaría a los otros en muy mala posición. Acto seguido, aunque con reticencia, todos aceptaron que habría que pronunciar un discurso ante el congreso; Jrushchov fingió que no le apetecía, pero dejó que le escogieran como ponente.

Las actas oficiales quitan importancia a las objeciones a la hora de plantear el asunto ante el congreso, una idea que al final aprobaron todos los presentes, pero recogen que los diversos miembros del equipo tenían ideas distintas sobre qué historia había que contar. Mólotov quería incluir los logros de Stalin, además de sus crímenes. A juicio de Mikoyán, debían decir que «hasta 1934 [Stalin] se había comportado como un héroe, y desde 1934 cometió atrocidades», a la vez que se preguntaba «si se le podía perdonar la agricultura» (es decir, los excesos de la colectivización). Malenkov era contrario a situar una ruptura en 1934 (porque todo lo que él había hecho a instancias de Stalin quedaba dentro del período «malo») y recomendaba centrarse en el culto a la personalidad, lo que les permitiría «reinstaurar de verdad a Lenin». Se impuso en efecto el tema del culto a la personalidad, descrito como «la concentración del poder en las manos de un solo hombre: unas manos sucias».

Más adelante, Mikoyán se sintió dolido —no sin razón— porque Jrushchov se apropió de todo el mérito de la decisión de hacer limpieza. De hecho, Mikoyán fue el primero en tocar temas delicados en el congreso, al reconocer que «tras una larga pausa, en nuestro partido se ha creado un

liderazgo colectivo». Pero lo que asombró a los delegados —y al mundo— fue el discurso de Jrushchov en la sesión del último día. Su discurso, que se basaba con licencias en Pospélov, ocupa casi sesenta páginas (en su traducción inglesa). Lo pronunció con su inimitable estilo rústico, pero en nombre de todo el Presidium, y cayó como una bomba. En la versión de Jrushchov, el Presidium acababa de tomar conciencia, gracias a las investigaciones de la Comisión Pospélov, de que se habían cometido abusos terribles en los que Stalin había actuado en nombre del Comité Central, pero sin consultar de hecho con este ni con el Politburó. La sala recibió conmocionada la noticia de que el 70 % de los miembros y candidatos del Comité Central elegidos en el Congreso del Partido de 1934 habían sido detenidos y fusilados cuando se reunió el congreso siguiente, cinco años después. Destacó especialmente las cinco víctimas del Politburó —Rudzutak, Eije, Póstyshev, Kosior y Chubar—, además de los jefes militares, y habló del Caso de Leningrado y de los errores de la dirección bélica de Stalin. Más alarmante aún fue la referencia a que el asesinato de Kírov no estaba claro y había que seguir investigando al respecto. Al terminar la era de Stalin —dijo Jrushchov— las vidas de todo el equipo corrían peligro: de hecho, «si Stalin hubiera seguido en el timón durante algunos meses más, es probable que los camaradas Mólotov y Mikoyán no hubieran podido pronunciar ningún discurso ante este congreso». La audiencia lo escuchaba en silencio, atónita.[15]

Sus palabras han pasado a la historia como «el Discurso Secreto». En efecto, la prensa soviética no se hizo eco de él, según habían acordado Jrushchov y los miembros más conservadores del equipo. Pero incluso si dejamos de lado el hecho de que la CIA logró apropiarse del texto y lo distribuyó en todo el mundo, difícilmente cabe llamarlo «secreto», ni siquiera en la Unión Soviética, porque en las semanas posteriores se leyó en reuniones celebradas por todo el país. La respuesta popular fue intensa, pero no unívoca. Una minoría, en la que abundaban los estudiantes y los intelectuales, quedó horrorizada por las revelaciones pero recibió con alivio que Jrushchov rompiera con los tabús del pasado. Muchos más (al menos,

entre los que expresaron en público su opinión) quedaron ofendidos o confundidos, en particular por las críticas al liderazgo militar de Stalin durante la guerra. Los más leales al partido escribieron indignados a Mólotov para reprocharle que hubiera permitido que Jrushchov y Mikoyán difamasen a Stalin: «Jrushchov y sus amigos van a destruir la causa del comunismo ... Es necesario que Jrushchov y sus amigos dimitan, lo antes posible. Tienen que liderarnos los que habían colaborado con Lenin y Stalin [subrayados en rojo]. Camarada Mólotov, esperamos que tome el liderazgo del partido». En Georgia, el destronamiento de un hijo se tomó como una ofensa. Hubo multitudes furiosas, dispersadas mediante carros de combate, y en las calles de Tiflis había manifestantes que pedían que Mólotov asumiera la jefatura del país.

Sin embargo, el de Georgia fue un caso aislado. En general, la población soviética no reaccionó al discurso de Jrushchov saliendo a la calle. Fue distinto en los países del bloque europeo oriental, donde la legitimidad de los regímenes apoyados por el poder soviético era poco firme. La desestalinización emprendida por Jrushchov afectó sobremanera a la estabilidad de, ante todo, Polonia y Hungría. El máximo dirigente polaco, Bolesław Bierut, estaba ingresado en un hospital de Moscú, por neumonía; cuando leyó el discurso de Jrushchov tuvo un ataque al corazón y murió, dejando una crisis de sucesión que tardó varios meses en resolverse. En Hungría, una prolongada rivalidad entre Mátyás Rákosi e Imre Nagy había culminado temporalmente en la expulsión de Nagy, el menos partidario de la línea dura de los dos; pero la situación seguía siendo inestable. Las noticias sobre el Discurso Secreto de Jrushchov abrieron fisuras entre los comunistas y envalentonaron a los contrarios a los regímenes prosoviéticos. Los líderes soviéticos contemplaron con inquietud cómo, durante varios meses, la situación se fue deteriorando. En Polonia se llegó primero a lo que, desde el punto de vista del equipo, era un punto crítico, cuando el partido polaco optó porque sucediera a Bierut quien había sido su opositor durante muchísimos años: Władysław Gomułka, liberado de la cárcel muy poco antes; y además propuso que el mariscal Konstantín Rokossovski

(polaco de nacimiento, pero nombrado por los soviéticos) cesara como ministro de Defensa. El embajador soviético escribió alarmado: «Fuerzas antisoviéticas ... se están haciendo con el poder».

Los líderes soviéticos estaban tan preocupados, y tan poco seguros de cómo abordar la crisis, que prácticamente el equipo al completo —Jrushchov, Bulganin, Mólotov, Mikoyán y Kaganóvich, más los mariscales Zhúkov y Kónev (comandante del Pacto de Varsovia)— tomaron un avión a Varsovia, sin haber sido invitados. Solo hacía un año que se habían cancelado las restricciones relativas a los vuelos de los miembros del Presidium, y el viaje puso de manifiesto que el liderazgo soviético seguía siendo ciertamente colectivo; por fortuna no sufrieron ningún accidente, pues esto habría dejado a Malenkov y Voroshílov como únicos supervivientes del equipo. Por decisión del Presidium, las tropas soviéticas ya habían empezado a desplazarse hacia Varsovia, pero en el último minuto se logró que la crisis no pasara a más: Jrushchov aceptó la petición de Gomułka (al que desde entonces tuvo por un amigo) de que ordenara detenerse a los soldados soviéticos. Lo hizo apelando a su propia autoridad, tras lo cual Mólotov y Kaganóvich, que no veían con buenos ojos a Gomułka, le reprocharon que había excedido su autoridad y violado las normas del liderazgo colectivo.[16]

Hungría entró en caída libre la semana siguiente. En Budapest, la policía no era capaz de controlar a los rebeldes, y Occidente les dedicaba gestos de ánimo y apoyo. El 23 de octubre, Zhúkov informó al Presidium de que en Budapest se manifestaban cien mil personas y la emisora de radio estaba en llamas. «Ahora que Nagy campa a sus anchas, Hungría se rompe», dijo Mólotov. Salvo Mikoyán, el equipo al completo, así como el mariscal Zhúkov, se mostraron partidarios de enviar tropas soviéticas; pero Mikoyán no quiso ceder, aun estando solo en esta cuestión. Con el gobierno húngaro en descomposición, los soldados y carros de combate soviéticos entraron en Budapest el 24 de octubre, con la esperanza, desde luego, de que su mera presencia estabilizara la situación, puesto que al mismo tiempo se envió a negociar a Mikoyán y al secretario del Comité Central, Mijaíl

Súslov. La semana siguiente se caracterizó por las vacilaciones colectivas del equipo: «No sé cuántas veces cambiamos de idea, ahora sí, ahora no», dijo más tarde Jrushchov. Mikoyán no cejó en su negativa a recurrir al ejército, y en cierto momento todo el grupo, hasta Mólotov y Kaganóvich, decidió que había que retirar las tropas; no parecía razonable imponer tan descaradamente el poder soviético frente a la hostilidad popular de Europa del Este. Pero Mikoyán y Súslov comunicaron desde Budapest que Nagy hablaba de la necesidad de sacar a Hungría del Pacto de Varsovia, y hubo otro cambio de opinión radical. Voroshílov, viejo amigo del predecesor de Nagy —Rákosi, que había sido desterrado—, se enfureció con Mikoyán por su reticencia a emplear la fuerza: en Budapest, el servicio secreto de Estados Unidos estaba haciendo una labor más digna que la suya, estalló. Jrushchov, Bulganin, Malenkov e incluso Kaganóvich objetaron por la dureza de la crítica, pero cada vez veían más necesario recurrir al ejército.

El 28 de octubre, Kaganóvich usó por vez primera en el Presidium el concepto de «contrarrevolución». Jrushchov se hizo eco de ello en sus memorias, y, volviendo al pasado bolchevique, afirmó que la clase trabajadora húngara se negaba a apoyar la contrarrevolución; pero en el momento de los hechos, su lenguaje era más pragmático. Le preocupaba (a él, como al resto del equipo) que el gobierno de Nagy cayera y se produjera un baño de sangre que acabara arrojando a Hungría a la esfera occidental, con el peligro de que el problema se contagiara al resto del bloque soviético. La decisión de actuar militarmente se adoptó el 31 de octubre. Mikoyán siguió siendo el único que disentía; estaba tan enojado que pensó en dimitir del Presidium. (Pero esta disensión no la reconoció nunca en público, y no se conoció hasta la década de 1970, cuando las memorias de Jrushchov vieron la luz en Occidente.) Una vez que se dio luz verde a los soldados y los tanques, estos tardaron menos de una semana en aplastar la Revolución Húngara, a costa de miles de vidas húngaras y cientos de vidas soviéticas. Doscientos mil húngaros, denominados en Occidente «combatientes por la libertad», huyeron a través de la frontera; «Hungría

1956» se convirtió en un hito de la misma Guerra Fría cuya intensidad el equipo había querido reducir.

Durante la crisis, el espíritu de equipo había funcionado razonablemente bien, pero lo ocurrido crispó los nervios. En noviembre, Mólotov y Jrushchov discutieron agriamente sobre Hungría en el Presidium; Jrushchov y sus partidarios tildaron a Mólotov de estalinista dogmático, con ideas «perniciosas», y acusaron a Kaganóvich de «darle coba»; los dos se «chillaron y abofetearon», con lo cual Mólotov abandonó la flema habitual e indicó a Jrushchov que «se estuviera quieto y dejara de ser tan mandón». Jrushchov se agobió con la cuestión de Hungría, porque la intervención soviética en el país había enviado un mensaje completamente opuesto a las promesas reformistas del XX Congreso del Partido; además, dentro de la propia Unión Soviética, despertó malestar entre los obreros y creó distancia con los intelectuales. Pero en vez de hacerle más cauteloso y conciliador con sus colegas, al parecer ocurrió lo contrario. En el plano internacional se lo reconocía cada vez más como el auténtico líder de la Unión Soviética y empezó a verse a sí mismo como el nuevo jefe: concedía entrevistas a los medios de comunicación extranjeros y discurseaba sobre política exterior sin haberse puesto de acuerdo previamente con el equipo en lo que iba a decir. Se empeñó en continuar con una reforma radical de la burocracia, que provocaba desconfianza en el equipo, e hizo promesas extravagantes que sus colegas y sus consejeros económicos consideraban inviables, afirmando que la Unión Soviética contaría con tantos bienes de consumo como Estados Unidos. Las relaciones con China se deterioraban, y el plan de las Tierras Vírgenes, que había echado a andar con buenas perspectivas, parecía ahora abocado al desastre. Desde el punto de vista de Kaganóvich, tras el XX Congreso del Partido «desaparecieron los últimos vestigios de la antigua humildad de Jrushchov».[17]

Cada vez más, el equipo pensaba que Jrushchov actuaba ya por su cuenta. La lista de sus estallidos —impulsivos e inmoderados— siguió incrementándose. En mayo de 1957, en un intento de mejorar las relaciones con la intelectualidad, Jrushchov tuvo la idea de invitar a unas trescientas

figuras célebres del mundo artístico y literario de Moscú, comunistas y no comunistas, junto con el equipo, a un banquete de exterior en la vieja dacha de Stalin en Semiónovskoye, a un centenar de kilómetros de Moscú. La fiesta resultó desastrosa: Jrushchov abroncó a varios escritores y quebrantó todas las normas desvelando los desacuerdos con Mólotov en el Presidium. El vaso se desbordó por un grave altercado con dos escritoras ya ancianas a las que amenazó con «hacer polvo» (una de ellas había «colocado la trompetilla bajo la nariz de Jrushchov, gritando, como hacen siempre los sordos: "Dígame, ¿por qué no hay mantequilla en Armenia?"»). Una tormenta interrumpió el festejo y la lluvia era tan intensa que estuvo a punto de derribar la tienda, pero Jrushchov no se moderó. «No por nada hay un dicho: "Lo que tiene en mente el sobrio sale por la boca del ebrio"», según comentó Kaganóvich con acidez.

Tras esto, según el recuerdo de Mikoyán, la tensión en el Presidium «se tornó sencillamente insoportable»; hasta él mismo, que por lo general daba respaldo a Jrushchov, criticó su comportamiento en la fiesta. Mólotov y Kaganóvich estaban furiosos porque Jrushchov hubiera revelado sus desacuerdos frente a personas ajenas al partido, y al día siguiente Mólotov, Kaganóvich, Bulganin y Malenkov se reunieron en la oficina de Bulganin para estudiar cómo contener a Jrushchov (y quizá incluso librarse de él). Es insufrible, le dijo Voroshílov a Shepílov, antiguo protegido de Jrushchov, a mediados de junio: Jrushchov «insulta a todo el mundo, habla mal de todo el mundo, no toma a nadie en consideración». El 16 de junio, el equipo se reunió en la casa de los Jrushchov por la boda de su hijo Serguéi, pero la atmósfera era tensa. Bulganin, habitualmente moderado, se encolerizó cuando Jrushchov cortó su brindis con una chanza. Los Malenkov llegaron tarde y con expresión sombría; «en cuanto la cena terminó» Mólotov, Malenkov, Kaganóvich y Bulganin abandonaron la fiesta de forma llamativa y se marcharon a la dacha de Malenkov, situada al lado mismo de la de Jrushchov. En una sesión del Presidium del 18 de junio, Mólotov y otros lanzaron toda clase de reproches a Jrushchov y Mólotov marcó la ruptura de la amistad abandonando el tuteo. La riña acabó a gritos.[18]

Lo que sucedió después se ha descrito alternativamente como una conspiración y como un ataque preventivo. La iniciativa la tomó el grupo contrario a Jrushchov: Malenkov, Voroshílov, Kaganóvich, Mólotov y Bulganin, con Mólotov como figura predominante. (Más adelante se puso en boca de Malenkov que Jrushchov habría ido contra ellos, si no le acometían primero.) Al principio, tenían mayoría en el Presidium, y Jrushchov tuvo que escuchar una letanía de quejas sobre errores de interpretación, comportamientos erráticos e incapacidad de consultar con los demás, como exigía el liderazgo colectivo; y su primera reacción fue ofrecer disculpas. Se sugirió apartar a Jrushchov del cargo de primer secretario del partido, y desde luego había voluntad de expulsar al jefe de seguridad, Iván Serov, que a juicio del equipo trabajaba en beneficio de Jrushchov, y no de todos ellos (Bulganin y otros se quejaron de que espiaban sus conversaciones telefónicas). Pero no está claro, con exactitud, a qué aspiraba el grupo opuesto a Jrushchov. Quizá —como escribió más tarde Dmitri Shepílov, miembro del Comité Central—, fue «una especie de explosión» de un descontento colectivo, más que una acción política bien formulada.

Aunque la mayoría del sector más antiguo del equipo era contrario a Jrushchov y el destino de este «pendía de un hilo» (a entender de Mikoyán), el equilibrio de las fuerzas entre los líderes del partido en general no estaba tan claro. Jrushchov gozaba del apoyo de secretarios del Comité Central y «candidatos» del Presidium que no habían acudido a la primera reunión; se suponía, por otro lado, que la mayoría del pleno del Comité Central (formado en buena medida por secretarios regionales del partido nombrados por el propio Jrushchov) lo apoyaría. No menos importante era que Mikoyán, aunque reconociera sus defectos, estuviera de parte de Jrushchov, pues temía que una victoria del sector de Mólotov pusiera fin a la desestalinización. Fue precisamente Mikoyán quien salvó a Jrushchov: empleó hábilmente tácticas de demora que le dieron tiempo para reunir fuerzas y contraatacar, en una improvisación brillante en la cual —como en el golpe contra Beria, en 1953— quebrantó todas las normas.

Una vez más, el mariscal Zhúkov fue una figura crucial (aunque al principio había vacilado porque, como todos los demás, entendía que Jrushchov había cometido excesos), así como el leal Serov, sabedor de que los críticos habían salido de caza. Según noticia posterior de su hijo Serguéi, Jrushchov lamentó tener que recurrir a la ayuda de la policía y el ejército contra sus colegas, pero ¿qué podía hacer? Jrushchov respondió haciendo que sus partidarios en el Comité Central convocaran un pleno urgente de esta institución para resolver las disputas en el seno del Presidium. Hizo que el KGB y las fuerzas armadas organizasen vuelos de emergencia para llevar a Moscú a los miembros del Comité Central, independientemente de en qué punto del país se hallasen (el jefe del partido en Asia central, Nuriddín Mujitdínov, por ejemplo, estaba inspeccionando ovejas en el valle de Ferganá). Acudieron a Moscú, y el 22, cuando se reunió el pleno del Comité Central, los contrarios a Jrushchov —apodados ahora con un nombre siniestro: «Grupo Antipartido»— estaban de retirada. [19]

La reunión posterior del Comité Central fue una disputa a voces espectacular, que se prolongó durante ocho días. Jrushchov se hizo con el orden del día y, con una jugada brillante, transformó el festival de críticas a sus errores en un análisis (visceral y a menudo cruel) de la responsabilidad por los crímenes del período estalinista, en el que señaló con el dedo a Mólotov, Kaganóvich y Malenkov. Al hilo del Caso de Leningrado, Jrushchov acometió con saña a este último: «Tienes las manos ensangrentadas, Malenkov, no tienes la conciencia limpia, eres una persona vil». Mólotov y Kaganóvich fueron blanco de la artillería pesada: al haber sido los socios más próximos a Stalin, se les atribuyó una responsabilidad especial en el terror. Según Zhúkov, Mólotov se había convertido en un «señor» del partido; otro jrushchovista le reprochó el aire de superioridad con el que impartía lecciones morales por doquier, como si fuera el único poseedor de la verdad («como si fuera un personaje de, por ejemplo, el teatro de Korneichuk», añadió de forma inesperada; Stalin no había logrado apagar del todo la reverencia por el mundo literario). Para Jrushchov, la

desastrosa política exterior de Mólotov había unido al mundo capitalista en contra de ellos.

Voroshílov —que, como Mólotov y los demás, se tomó fatal que lo etiquetaran de ser «antipartido»— fue el único de los críticos del equipo que recibió relativamente poco. Se disculpó alegando que no le había parecido mal que, entre colegas, se formulasen críticas a Jrushchov; hacía mucho tiempo que conocía a Mólotov y Kaganóvich y no se le pasaba por la cabeza que personas tan inteligentes pudieran conspirar en contra del partido; sin duda les había afectado alguna clase de locura temporal. Su intento de chanza fue recibido con jolgorio y Zhúkov, como otros del bando jrushchoviano, le dedicaron gestos amistosos y lo describieron como (a diferencia de los demás) un hombre con principios. No fue porque Jrushchov sintiera ningún afecto especial hacia el anciano. «Lo importante es el nombre de Voroshílov; tiene peso, así que había que ganárselo», explicó más adelante. Bulganin, cuando en el pleno se vio sometido a una crítica implacable, se retiró con rapidez, y salvó el pellejo, como Voroshílov; al menos, aunque desde entonces fueron marginados, se ahorraron la humillación pública y no perdieron la condición de miembros del Presidium. Por descontado, había para ello una buena razón política: si Voroshílov y Bulganin (junto con dos colegas del Presidium algo menos relevantes, Pervujin y Sabúrov) quedaban integrados también en el grupo «antipartido», habría sido evidente que, de hecho, Jrushchov tenía en contra a la mayoría de los miembros del Presidium.

A la postre, Kaganóvich y Malenkov admitieron, a regañadientes, que formaban parte de un «complot», por lo cual Kaganóvich pidió perdón, a diferencia de Malenkov, que continuó reclamando el derecho a la crítica. Mólotov proyectó «dureza y aplomo» frente a la artillería pesada y se mostró como el más desafiante; en su declaración final repitió la crítica a la violación del liderazgo colectivo por parte de Jrushchov, aunque concedió que sus reproches anteriores habían adolecido de falta de moderación. Era un «comunista sincero», dijo de sí mismo, cuyas acciones podían tildarse tal vez de *gruppovshchina* —eufemismo del enfrentamiento entre facciones—,

pero nunca de complot. Fue el único de los supuestos conspiradores que no votó a favor de la resolución que los condenaba. La derrota del Grupo Antipartido, que para el consumo público estaba formado por Malenkov, Kaganóvich y Mólotov, más el director de *Pravda* Dmitri Shepílov, se publicó en la prensa soviética en los primeros días de julio. El anuncio afirmaba que el grupo había usado métodos faccionarios y se había opuesto a la línea del partido en varios temas importantes, por lo cual sería apartado del Comité Central y el Presidium. En la versión que se preparó para la opinión pública, el tema de las responsabilidades por la represión, que había sido esencial en la discusión de hecho, ni siquiera se mencionaba.[20]

Las señales de combate entre la cúspide siempre provocaban comentarios negativos entre las bases y, además, Jrushchov no era especialmente popular en el país. Para los intelectuales, era grosero; entre las capas populares abundaba el resentimiento por los viajes al extranjero, tan publicitados, y las recepciones a visitantes exteriores («organizar banquetes con el dinero del pueblo»), y había quien temía que aspirara a la dictadura. Así pues, la expulsión del Grupo Antipartido no se recibió con entusiasmo. Hubo un raro espaldarazo en una carta anónima de *Pravda*, que ensalzaba la acción por haber saldado cuentas con los filosemitas, como debía haberse hecho tiempo atrás (Shepílov, en una de sus últimas acciones como director, debió de sentirse satisfecho de haber enviado a los miembros del Presidium una copia en la que hacía hincapié en el lamentable tono antisemita). Pero en general, la clase de personas que escribía cartas a *Pravda* y el Comité Central —habitualmente, ciudadanos concienzudamente adeptos a las convenciones del discurso soviético— se mostró descontenta con esta expulsión sumaria de «viejos bolcheviques» que habían prestado enormes servicios al país; y además, la interpretaban como un paso atrás en el camino hacia la apertura política y más democracia, emprendido tras la muerte de Stalin. «¿Por qué no se ha dado a Mólotov, Kaganóvich y Malenkov la oportunidad de explicarse en la prensa?», querían saber algunos lectores. Otros criticaron los ritos de la condena unánime en el seno del partido: «Hoy se expulsa a Mólotov:

aplauso. Mañana se expulsará a Jrushchov: ¿aplaudiremos también?». En opinión de un ciudadano, el Comité Central votó unánimemente en contra de Mólotov porque se había comprado a sus miembros: «reciben [sueldos] de veinte a treinta mil rublos, y yo he vivido 43 años y he pasado hambre durante cuarenta».

En el mundo clandestino de la opinión popular, expresado ilegalmente en octavillas y pintadas, la reacción fue singularmente negativa y a menudo se enlazaba con un intenso enfado por los privilegios de la élite, reflejo de la decepción ante el hecho de que la mejora económica que se había prometido no parecía llegar. Ahora que se habían unido a la hermandad de las víctimas, los líderes caídos —no necesariamente populares por sí mismos— habían adquirido entre los desafectos un aura de martirio. «Mólotov y Malenkov son gente del partido de toda la vida; han hecho mucho por la gente; ahora los han aplastado como a cucarachas.» Malenkov solo quería que el pueblo pudiera vivir con decencia. «Parece que a Mólotov y los otros los han echado por preocuparse por el pueblo.» Incluso Kaganóvich, que, como judío, solía ser blanco de la hostilidad popular, era ahora objeto de simpatías.

Aún no estaba claro, ni para la opinión pública ni entre la élite del partido, si se trataba de una victoria política definitiva. A fin de cuentas, los perdedores seguían siendo miembros del partido con empleos gubernamentales (como Malenkov en 1955) y quizá volverían a presentar batalla. Visto con más perspectiva, sin embargo, parece que estamos ante el fin de una era. El 8 de junio de 1957 se reunió un Presidium radicalmente nuevo: solo había cuatro miembros de los once de la reunión anterior (la previa al pleno), y siete eran caras nuevas, de siete partidarios de Jrushchov; entre ellos, Leonid Brézhnev. Con respecto al equipo antiguo, solo Jrushchov y Mikoyán seguían siendo figuras cruciales; Bulganin y Voroshílov estaban presentes, pero no sin mancilla. Había llegado la época de Jrushchov; residualmente quizá había aún cierto liderazgo colectivo, pero ya no un liderazgo colectivo del equipo. Este grupo había sobrevivido a Stalin durante más de cuatro años y había logrado una transición exitosa

que, en el invierno de 1952-1953, muy pocos confiaban en que ocurriera. Pero ahora, tras funcionar durante un período asombrosamente largo, de casi treinta años, los días del equipo habían llegado a su fin.[21]

10

Final del camino

Jrushchov «estaba extraordinariamente orgulloso» del hecho de que en 1957, «por primera vez en la historia de Rusia», un golpe político no se acompañó de la represión inmediata de los derrotados. Desde este punto de vista fue, en efecto, un precedente afortunado. Siete años más tarde, él también sería derrocado —sin derramamiento de sangre y, en esta ocasión, de un modo plenamente legal— y le sucedería un nuevo liderazgo colectivo, deliberadamente colectivo, encabezado por Leonid Brézhnev y Alekséi Kosyguin. Jrushchov no fue el último del equipo en abandonar la escena política: el honor correspondió a Anastás Mikoyán, el gran superviviente de la política soviética. Jrushchov lo convenció de que aceptara el reto de intentar convertir el Sóviet Supremo en una entidad más democrática, más semejante a un parlamento europeo, y presidió esta institución hasta finales de 1965 (más de un año después de que Jrushchov fuera expulsado, en octubre de 1964) y se retiró con los honores debidos, a la edad de setenta años. Cuando dejó el Presidium, pocos meses más tarde, hacía casi cuarenta años que estaba en el poder sin interrupción.

El destino del Grupo Antipartido, tras la derrota política y la expulsión del Presidium, fue al principio bastante suave. Los tres dejaron de ser miembros del citado Presidium y del Comité Central, y la ciudad de Mólotov, en los Urales, recobró el nombre antiguo de Perm. Pero siguieron estando inscritos en el partido y gozaron de empleo, aunque Mólotov y Kaganóvich, a sus sesenta y siete y sesenta y cinco años respectivamente, bien podrían haberse retirado. Ciertamente no ocuparon puestos de

relumbrón, ni siquiera se hallaban en la propia ciudad de Moscú. Mólotov fue elegido embajador en Mongolia, y se ocupó en la labor con su habitual carácter concienzudo; el personal de la embajada lo apreciaba y los mongoles celebraron la presencia de un hombre tan famoso. En suma, le fue demasiado bien, por lo que a los pocos meses de estancia en Ulán Bator, se organizaron varias humillaciones para recordar a los lugareños que era un hombre que había caído en desgracia. Luego (en 1960) fue trasladado a Viena como copresidente soviético de la Comisión de la Energía Atómica, donde volvió a trabajar con denuedo y también se ganó el respeto de su plantilla.

Kaganóvich fue enviado a los Urales, para dirigir una fábrica química en la ciudad industrial de Asbest. Se portó muy mal, acosando a los subordinados; cada vez que había un accidente en la planta, Kaganóvich, al puro estilo estalinista, se dedicaba a buscar saboteadores. Malenkov, con poco más de cincuenta años, obtuvo un puesto similar en Kazajistán, como jefe de una planta hidroeléctrica (por formación académica, era ingeniero eléctrico). Al igual que Mólotov, trabajó duro y le fue bien, se asentó como un director «liberal», hizo amigos y se integró tan bien en la vida local que fue elegido como delegado para la conferencia regional del partido. Esto enojó a Jrushchov, y Malenkov fue objeto de una reprimenda oficial por «buscar la popularidad fácil». Luego fue trasladado de Ust-Kamenogorsk a Ekibastuz, como director de otra central eléctrica menor, donde él y su esposa llevaron una vida solitaria, sometidos a la vigilancia descarada del KGB y con el temor de que, si trababan amistad con alguien, le causarían problemas.

Bulganin, aunque oficialmente no había caído en desgracia, también estaba de salida. En marzo de 1958, Jrushchov lo sustituyó como presidente del Consejo de Ministros (y de paso, se convirtió en jefe del gobierno, y no solo del partido); seis meses después, perdió el sillón en el Presidium; se retiró en 1960, justo antes de cumplir los sesenta y cinco años. Voroshílov, que estaba a punto de cumplir los ochenta, se retiró del Presidium y la presidencia del Sóviet Supremo ese mismo año. La ausencia de Bulganin, al

que la opinión pública relacionaba poco favorablemente con los viajes oficiales al extranjero de Jrushchov, fue objeto de pocos lamentos. Pero Voroshílov, como leyenda militar y un líder al que el pueblo gustaba de imaginar como su tío o su abuelo, siguió gozando de un lugar propio en el imaginario popular.[1]

Jrushchov había pretendido tratar a sus antiguos colegas con respeto, pero las cosas no fueron según este deseo. En una segunda oleada de desestalinización, en 1961, se tomó la decisión de retirar el cuerpo de Stalin del Mausoleo de Lenin, y el Grupo Antipartido fue objeto de un ataque renovado; entre ellos, Voroshílov. «Algunas estrellas, muy alejadas de la Tierra, parecen seguir brillando aunque hace mucho que se extinguieron», dijo Jrushchov con sarcasmo, acusándolos de intentar que los crímenes de Stalin no vieran la luz para ocultar así su propia culpa. El resultado fue que los tres miembros del Grupo Antipartido (no así Voroshílov) fueron expulsados del partido, lo cual, por descontado, les sentó muy mal. Kaganóvich se lamentaba de que, desde 1957, se habían «azacaneado honrada y esforzadamente en los puestos que se les habían ofrecido, como era propio de los comunistas», sin que nadie los hubiera criticado por su labor. Fue un final muy deslucido para toda una vida en el partido; pero una vez más, no fueron los primeros cuya carrera terminaba así.

Cuando completó el trabajo de Viena, se permitió que Mólotov y Polina volvieran al antiguo apartamento de la calle Granovski, en Moscú, y se les concedió también el uso de una dacha. Por lo general, la gente no reconocía a Mólotov por la calle, pero en alguna ocasión se lo vio en la sala primera de la Biblioteca Lenin (reservada para miembros de la Academia de Ciencias de la URSS, profesores y estudiosos extranjeros), trabajando en sus memorias, según se rumoreaba, aunque en realidad elaboraba un tratado sobre economía socialista. En los otros dos casos, el destierro de Moscú duró más tiempo: hasta 1965, para Kaganóvich, y 1968, para Malenkov. Según una leyenda nunca confirmada, a su regreso, Kaganóvich fue objeto de insultos tras ser reconocido algunas veces por la calle (nadie olvidó nunca que era el judío del equipo de Stalin) y en algún caso se enredó en

peleas con personas que lo tildaban de asesino. Vivió en circunstancias de estrechez, como los Malenkov, que durante cierto tiempo tuvieron que alojarse en el apartamento de su hija, hasta que el sucesor de Valeria como director del Instituto de la Energía se compadeció de ellos y les consiguió un apartamento propio de dos habitaciones. Por la calle nadie reconocía a Malenkov, quizá porque había perdido mucho peso.

Cuando los tres miembros del Grupo Antipartido se hallaban de nuevo en Moscú, Jrushchov no tuvo más remedio que unirse a ellos, pues también a él lo retiraron a la fuerza. A partir de 1957, todas las fuentes coinciden en que Jrushchov se tornó aún más engreído, impetuoso y dado a la acción unilateral. Con el lastre de una economía estancada y la mancilla de varios reveses políticos —el más conocido, la Crisis de los Misiles de Cuba—, fue expulsado en octubre de 1964 por el voto unánime del Comité Central, después de que los demás colegas del Presidium aprovecharan que se había marchado de vacaciones a Crimea para maquinar su expulsión. Esencialmente, se quejaban de lo mismo que se había planteado en 1957 —grosero con sus colegas, impaciente y no les consultaba su opinión—, pero en esta ocasión no le acometía la Vieja Guardia, marcada por el pasado estalinista, sino una nueva, encabezada por Leonid Brézhnev, su antiguo protegido, que le había apoyado activamente en 1957, en la lucha contra el Grupo Antipartido. La única persona del Presidium que habló en su defensa fue Mikoyán, quien —como había hecho por Beria en 1953— alegó que, pese a todos sus defectos, todavía podía ser útil desde una posición más subordinada; pero los demás rechazaron la propuesta con enojo. Jrushchov no planteó batalla, aceptó cesar de sus cargos y pasar al retiro. En la prensa, las noticias relacionaron el retiro con «su edad avanzada y su estado de salud», pero también imprimieron las críticas de sus colegas sobre la violación del «principio leninista del liderazgo colectivo», lo que evidenciaba que en realidad había sido expulsado. Se le permitió quedarse en Moscú y mantener el apartamento y la dacha, y se le concedió una pensión razonable.[2]

Compartir un mismo destino de retiro deshonroso no hizo que los miembros del equipo recuperasen la concordia. Al contrario, los antagonismos y resentimientos que los enfrentaron después de 1964 fueron más intensos que incluso en el peor período del pasado. Se había acumulado mucho resentimiento, mucha traición. Malenkov, Mólotov y Kaganóvich no podían perdonar a Jrushchov lo que este había dicho de ellos en 1957, y entendieron que su caída en desgracia, en 1964, era bien merecida. Para Mólotov, Jrushchov había pasado a la Derecha; para Kaganóvich, era un trotskista. Incluso Mikoyán, que por su natural estaba más inclinado a relacionarse con cualquiera y había sido aliado de Jrushchov hasta el final, se apartó de él después de que Brézhnev y el KGB le reprocharan que lo hubiera llamado para felicitarle el año nuevo. En cuanto al Grupo Antipartido, que no estaba integrado por amigos ni en realidad había sido nunca ninguna facción política como tal, sus miembros también guardaron distancia unos con otros. Al parecer, Malenkov no estableció más contacto con ninguno de los dos después de 1957. Kaganóvich llamó por teléfono alguna vez a Mólotov, ya en la década de 1970, y le dijo a Chuev que eran amigos. Mólotov no le devolvió el trato ni se acercó a él.

Las polémicas por la responsabilidad de los crímenes del período estalinista siguieron vivas durante todo el retiro de los miembros del equipo, hasta su muerte, y también en adelante, por la intervención de los supervivientes de las familias afectadas, sus partidarios y sus abogados. Los políticos, con la excepción de Malenkov, optaron por justificar su actuación, mediante publicaciones o entrevistas extensas. En el caso de Jrushchov, se confió a unas cintas en las que, tras su expulsión de 1964, fue registrando sus memorias; estas cintas llegaron a Occidente de forma clandestina, gracias a algunos jóvenes de la familia, y vieron la luz en muchas lenguas durante la década de 1970. Kaganóvich intentó escribir unas memorias en los años noventa (con un título maravillosamente plúmbeo: *Notas de un trabajador, comunista-bolchevique, funcionario del sindicato, el partido y el Estado soviético*). Las memorias de Mikoyán se dieron a imprenta de forma póstuma hacia la misma época, editadas por su hijo Sergó. El escritor

nacionalista ruso/estalinista Félix Chuev publicó dos gruesos volúmenes de entrevistas realizadas a Mólotov y Kaganóvich en las décadas de 1970 y 1980.

Cuando echaban la vista atrás, ¿de qué podían sentirse orgullosos todavía? Había un consenso general de que, cuando se combatía la división interna en los años veinte, el equipo había ido por el camino correcto, sentando las bases del impulso de industrialización que hizo de la Unión Soviética un país moderno, así como de la victoria en la segunda guerra mundial, que hizo del país una gran potencia. En lo que tenía que ver con la colectivización, la valoración estaba menos clara, no solo por la hambruna, sino por el pobre rendimiento posterior de la agricultura soviética; a juicio general del equipo, era el primer sector que, a la muerte de Stalin, necesitaba de una reforma. Sin embargo, imperaba el consenso de que el principio básico de la colectivización era apropiado, un paso importante hacia el socialismo, aunque se habían cometido «excesos» que debían reprocharse tanto a Stalin como a los funcionarios locales con exceso de celo. Mólotov y Kaganóvich, que habían participado en gran medida en la dirección de esos «excesos» junto con Stalin, hacían mucho menos hincapié en ellos que Jrushchov y Mikoyán.

Los logros de la Unión Soviética habían sido fruto de una lucha, y en una lucha —pensaban los miembros del equipo— por fuerza tiene que haber bajas. El tema planteado por la desestalinización de 1956, objeto de polémica durante décadas, fue: ¿qué bajas no eran justificadas y, por lo tanto, merecían la rehabilitación? En su Discurso Secreto, Jrushchov había situado en esta categoría a los miembros del Politburó y el Comité Central, así como a los jefes militares —purgados en 1937-1938— y, ya en la posguerra, a las víctimas del Caso de Leningrado. Las comisiones de rehabilitación de la segunda mitad de los años cincuenta ampliaron el círculo para incluir a la mayoría de los funcionarios comunistas y otros miembros de la élite que, durante las Grandes Purgas, habían sido detenidos bajo la acusación de «enemigos del pueblo».

Pero ¿qué decir de las diversas Oposiciones? Trotski había sido demonizado y no había apenas dudas sobre él, ni hubo mucha presión favorable a rehabilitar a otros miembros de la Oposición de Izquierdas; pero la Derecha era una cuestión distinta. Mikoyán, e incluso Mólotov, recordaban a Bujarin con cierto afecto personal, al igual que, probablemente, Voroshílov, aunque también con sensación de culpa. Jrushchov, por su parte, apenas había tratado con Bujarin y lanzó su carrera política en el combate contra la Derecha. La posibilidad de rehabilitar a Bujarin y Rýkov se planteó en una sesión del Presidium de 1957 y contó con el respaldo de Mikoyán. Jrushchov, aunque reconocía que los Juicios de Moscú habían sido «una basura, pura invención», entendía que ya bastaba con tener que lidiar con Stalin, de modo que Bujarin tendría que esperar. Más adelante, cuando ya había caído en desgracia, lamentó esta decisión. Una vez expulsado Jrushchov, el nuevo liderazgo de Brézhnev y Kosyguin fue objeto de una presión renovada, entre otros por parte de reformistas de la economía que abogaban por volver a un sistema de mercado parcial, similar al de la NEP soviética de la década de 1920; pero también se mantuvieron firmes. Así, hasta noviembre de 1987, en tiempos de Gorbachov, no hubo una rehabilitación oficial de Bujarin, y al año siguiente, de otras víctimas de los Juicios de Moscú, como Zinóviev y Kámenev (pero no Yagoda o Trotski).[3]

La valoración retrospectiva de Stalin y las Grandes Purgas fue el asunto más difícil para todos los miembros del equipo, y motivo de discusión entre ellos, pues intervenían factores diversos, que les provocaban también conflictos internos. Por un lado, los logros de su vida eran también los de Stalin; si había que descontar lo logrado por Stalin, no tenían nada de lo que presumir, salvo (en los casos de Jrushchov y Mikoyán) que se reconociera su aportación a la condena de Stalin, declarada en 1956. Por otro lado, como la cuestión de la responsabilidad de las Grandes Purgas era de hecho ineludible, a todos los miembros del equipo les interesaba atribuirla en todo lo posible a Stalin (por sí mismo o a instancias de Beria). Todos ellos —salvo Mólotov, siempre firme— aspiraban a dar a entender que los otros

miembros del equipo eran más culpables que ellos mismos. Sin embargo, en la cuestión aún más dolorosa del fracaso a la hora de impedir la muerte de amigos, incluso Mólotov debió de vacilar en algún caso. Cuando Olga Aróseva, hija del amigo al que Mólotov no salvó, visitó a la pareja mediada la década de 1950, él aún se resistía sin flaquear a toda noción de culpa. Pero cuando ella lo volvió a ver pasados los años, cuando Mólotov había desaparecido de la cúpula, lo encontró muy distinto, arrepentido y pesaroso: «la hija de Sasha Arósev quizá no quiera darme la mano ... Soy culpable ante Sasha».

En los últimos años de su vida, Mólotov insistió repetidamente en que Stalin había cometido errores, pero, en lo esencial, había sido un líder irremplazable, un gran jefe que había guiado la industrialización, salvaguardado la unidad del partido, vencido en la segunda guerra mundial y transformado la Unión Soviética en una gran potencia. «Aparte de Lenin, absolutamente nadie, no solo yo, sino tampoco Kalinin, Dzerzhinski u otros, han hecho siquiera una décima parte de lo que ha hecho Stalin ... Como figura política, ha cumplido una función que nadie más habría sido capaz de asumir.» No lo había hecho solo; necesitó al equipo, y en particular Mólotov había sido un respaldo importante. La Unión Soviética contaba con enemigos reales, dentro del país y en el extranjero, y sus líderes tenían que ser duros. En general, incluso las Grandes Purgas habían tenido justificación, a entender de Mólotov; y él aceptaba una responsabilidad personal, a la vez que aducía que era compartida por todos los miembros del equipo. Según todas las fuentes, tanto Mólotov como su esposa siguieron siendo estalinistas acérrimos. Polina —que, a diferencia de su marido, no fue expulsada del partido en 1961— «desbordaba energía y espíritu militante» y asistía con regularidad a las reuniones de su sección primaria del partido en una fábrica de caramelos. Cuando Svetlana Alilúyeva visitó a los Mólotov en la década de 1960, Polina le dijo: «Tu padre era un genio. Destruyó a la quinta columna de nuestro país y, cuando empezó la guerra, el partido y el pueblo estaban unidos». Mólotov guardó silencio, pero asintió con la cabeza a los comentarios de Polina. La hija de

Mólotov y el esposo de esta quedaron avergonzados y «con la cabeza gacha»; a Svetlana Alilúyeva, que ahora se relacionaba con intelectuales casi disidentes como el escritor Andréi Siniavski, le parecieron «dinosaurios».

Kaganóvich adoptó una postura similar, algo más a la defensiva. Siempre le dolió que le acusaran de haber sido incapaz de salvar a su hermano Mijaíl, e hizo más hincapié que Mólotov en que Stalin manipulaba a sus socios para convertirlos en cómplices de la muerte de los colegas. Voroshílov recibió con inquietud la iniciativa desestalinizadora de Jrushchov y, aún en 1968, escribió de Stalin que, pese a todos sus errores, «no puedo hablar de él sin respeto». En 1960, charlando en privado con Vasili Stalin, matizó el apoyo a «todo el bien que tu padre hizo» con el comentario de que «en los últimos años tu padre se volvió muy extraño, estaba rodeado por canallas como Beria ... Todo es por la mala influencia de Beria».

Ni siquiera los desestalinizadores más firmes del equipo, Jrushchov y Mikoyán, miraban a Stalin sin ambivalencia. No podía decirse que fuera en general un «enemigo del partido y de la clase trabajadora», afirmó Jrushchov ante unos comunistas polacos en 1956, «y ahí está lo trágico, camaradas». Ansiaba «servir a la sociedad» y sus crímenes se cometieron en este contexto. Había desarrollado una «manía persecutoria», sin lugar a dudas. «Pero, camaradas, de Stalin... ojalá fuera yo capaz de transmitiros su cara más cálida, su preocupación por la gente.»[4]

En la Unión Soviética, la reputación era una flor delicada. El equipo, incluso cuando las cosas iban bien durante el período de Stalin, estaba sometido a cambios de fortuna repentinos; en los años posestalinistas, aún más. Beria fue el primero en caer con estrépito; luego Mólotov, Kaganóvich y Malenkov; por último quien los había destruido, Jrushchov. Era más o menos de rigor que, al menos un familiar de todo aquel que había despuntado en la política o las artes dedicara gran parte de su vida a mantener la llama, presionando todo lo posible entre los líderes políticos, patrocinando publicaciones favorables en los periódicos, o estudios

académicos, replicando a las críticas, celebrando actos memoriales y, en general, haciendo cuanto estaba en su mano para pulir la reputación del afectado. Así como los defensores y parientes de las víctimas de las Grandes Purgas hicieron cuanto pudieron por rehabilitarlos en la década de 1950, en las décadas posteriores también lo hicieron los hijos, las hijas, las viudas y, en ocasiones, los asistentes personales del equipo de Stalin.

Abrió el camino la viuda de Sergó Ordzhonikidze, con la biografía *El camino de un bolchevique* (1938). La reputación de Ordzhonikidze, aunque no fue objeto de ataques póstumos directos, había quedado manchada y necesitaba de cuidados (la ciudad del Cáucaso que había sido bautizada en homenaje a él, la antigua Vladikavkás, perdió el nombre en 1944; cuando Zinaida protestó, Stalin le aseguró que le daría otra ciudad aún mejor, pero nunca llegó a ser así). La iniciativa de Zinaida provocó extrañeza a Yekaterina Voroshílova (¿acaso una mujer debe actuar como la relaciones públicas de su esposo?), pero fue el primer paso de una moda. En la década de 1960, Galina Kúibysheva publicó un libro sobre su hermano Valerián. En los ochenta, Natalia Andréyeva salió en defensa de su padre, Andréi Andréyev, aunque de forma vacilante. Los hijos de Beria, Malenkov y Jrushchov se sumaron a la lista en la última década del siglo XX; los dos primeros, con memorias de sus padres, el tercero, con volúmenes mixtos de historia y de recuerdos, escritos para el público occidental. En 2005, el yerno de Mólotov publicó el primer tomo de una biografía.

El gran perdedor en el juego de las memorias familiares fue Stalin. El hijo que le sobrevivió se aprestaba a defenderlo («Nunca he repudiado a mi padre y nunca lo haré»), pero tras la muerte de Stalin se hallaba en tan mala condición que lo máximo que podía hacer era plantear alusiones oscuras a enemigos de su padre que era probable que lo hubieran asesinado, en sesiones largas e incoherentes con compañeros de bebida. En abril de 1953 fue detenido por hablar con demasiada libertad con los extranjeros y mercadear con su posición de hijo de un hombre famoso, y desde entonces fue entrando y saliendo de prisión y de hospitales, mientras los parientes y los jefes del partido (los «tíos» de su infancia) se esforzaban en vano por

ayudarle. Jrushchov lo hizo llamar y lo recibió «como un verdadero padre», y lo instó a cambiar de vida; Voroshílov hizo lo mismo; todos se abrazaron y lloraron, y Vasili prometió enmendarse, pero no alcanzó a cumplir con esa meta. Murió alcohólico en 1962, a los cuarenta años.[5]

En las conversaciones de Voroshílov con Vasili, se le planteó que Svetlana era un modelo a seguir, como se le había planteado casi toda la vida. Pero Svetlana, que durante tanto tiempo había sido la niña ejemplar de la familia, también abandonaba la buena senda. Los «tíos» habían visto su sufrimiento, y sentido compasión por ella, en su primer amorío (con Kapler) y dos matrimonios breves y fallidos (con Grigori Morózov y Yuri Zhdánov). Rondaron inquietos durante la desestalinización, en 1956, y Mikoyán la invitó a leer el discurso de Jrushchov por adelantado y con el inmenso alivio por su reacción calmada («lo peor es, chicos, que es cierto», les dijo a los hijos de Mikoyán). Su actitud enojó a Vasili, que le comentó a Voroshílov que, a su modo de ver, la hija estaba repudiando al padre. En 1956, después de convertirse en investigadora del Instituto de Literatura, Svetlana hizo cuanto pudo para olvidar el medio del que venía: cambió el apellido por el de Alilúyeva y buscó un renacer tanto entre la intelectualidad como en la Iglesia Ortodoxa. Buscó a antiguos «niños del Kremlin» que habían regresado del Gulag y el exilio, y en rápida sucesión tuvo una aventura con Yuri Tomski (hijo de Mijaíl) y luego se casó con su primo Vano (antes Johnny) Svanidze, dos personas resentidas, nerviosas y, en el mejor de los casos, ambivalentes con respecto a la hija de Stalin.

En el afán de mantenerse a flote después de que Svanidze se divorciara de ella en 1959, conoció a un comunista indio, Brajesh Singh, que era claramente mayor y adolecía de mala salud, y decidieron casarse. Las complicaciones no tuvieron fin, por descontado: él era extranjero y debía salir del país cuando expiraba su visado; cuando pudo regresar por fin e intentaron registrar el matrimonio (un procedimiento especial cuando intervenía un extranjero), se les denegó el permiso. Mikoyán, al que Svetlana pidió apoyo en verano de 1964, la había animado y había consultado con Jrushchov, que no puso objeciones; pero cuando se

presentaron de hecho en la oficina del registro, Jrushchov ya no estaba en el poder y los nuevos líderes, temerosos de la publicidad negativa que ello tendría fuera de la Unión Soviética, le negaron durante un tiempo el permiso para casarse con «este hindú viejo y enfermo». Mikoyán procuró entonces, en vano, convencerla de que el matrimonio era una formalidad; él y Ashjén no habían formalizado la relación y esto no les había perjudicado ni a ellos ni a los cinco hijos. Entonces, en octubre de 1966, Singh murió. Se autorizó a Svetlana a devolver el cuerpo a la India a condición de que evitara el contacto con la prensa. Pero una vez en la India, acabó yendo a la embajada de Estados Unidos en Delhi y solicitando asilo. Según recalcó más adelante, la idea no respondió a ningún plan premeditado. En cualquier caso fue una sensación en la escena tanto soviética como internacional: ¡la hija de Stalin deserta! La reacción oficial de la Unión Soviética fue de ofensa, aunque Jrushchov y Mikoyán (ambos ya retirados) sentían cierta empatía por Svetlana. «Fue un acto imperdonable en un ciudadano soviético —dijo Jrushchov en sus memorias (dictadas probablemente en 1967-1968, poco después de la deserción de Svetlana)—. Pero aun así siento mucha compasión por ella ... Solo pensar en Svetlana ya me hace llorar.» Confiaba en que, algún día, ella cambiaría de opinión y volvería.

Svetlana había dejado a dos hijos en Moscú: Osia (Iósif), de veinte años, y Katia, de dieciséis, que se dice que nunca perdonó que su madre les abandonara. (La familia de Mikoyán se apresuró a ayudarlos otra vez, al igual que el padre de Katia, Yuri Zhdánov.) Pero Svetlana se había llevado consigo un manuscrito autobiográfico, que en 1967 se publicó en Occidente con el título de *Twenty Letters to a Friend*.[*] Era un documento fresco y emotivo, que contenía el intento de imaginar a su madre (que había muerto cuando Svetlana contaba seis años) de forma idealizada, y el intento asimismo de saldar cuentas con Stalin, a la vez como padre —amoroso y amado cuando ella era una niña, luego cada vez más distanciado y con críticas por las dos partes— y como líder nacional. Era a todas luces una obra de la propia Svetlana, aunque la prensa soviética denunció con estridencia la mano de la CIA. No era un texto puramente negativo, pero

tampoco mostraba la clase de lealtad incondicional que los otros hijos del Kremlin mostraron al escribir sobre sus padres, o la que habría considerado idónea su hermano Vasia. Además, los comentarios públicos de Svetlana desde que llegó a Estados Unidos eran el típico: «He elegido la libertad», lo que resultaba extremadamente ofensivo para los soviéticos. «Traicionó a su padre —dijo sin más Sergó Beria—. Moralmente, humanamente. Como hija.» La pobre Svetlana, tras un accidentado período de quince años en Estados Unidos, desertaría de nuevo a mediados de los ochenta, y denunció temporalmente a Estados Unidos y la CIA con palabras poco distintas de las que antes había dirigido a la Unión Soviética y el KGB; pero sus hijos se mostraron fríos con ella, y también algunos de sus antiguos amigos. Yuri Zhdánov se veía con ella en alguna ocasión, en Moscú, en el apartamento de algún antiguo amigo, pero Sergó Beria y su madre cortaron los lazos con ella. Volvió a marcharse pocos años después, esta vez sin alharacas, y murió en el olvido en Estados Unidos, en 2011.[6]

El equipo había empezado a morirse bastante antes. Como siempre en la Unión Soviética, se hizo especial hincapié en la clase de funeral que acompañó a cada uno de sus miembros. Cuando falleció Yekaterina Voroshílova, en 1959, asistieron Jrushchov y Mikoyán, así como Andréyev, viejo amigo de la familia. Diez años más tarde, Voroshílov fue enterrado con todos los honores en la necrópolis de las murallas del Kremlin. Mólotov y Kaganóvich estuvieron presentes en el entierro, más todo el Politburó de la época, pero no Jrushchov, que había caído en desgracia. Polina Zhemchúzhina murió en 1970 y fue sepultada como comunista por la sección del partido en la fábrica en la que estaba inscrita. Acudieron Mikoyán y Bulganin, así como el único nieto de Stalin que llevó su apellido, el coronel Yevgueni Yákovlevich Dzhugashvili, y Mólotov pronunció el último discurso público de su vida, en el que ensalzó la tarea de Polina en defensa del comunismo y la era en la que había vivido, sin hacer alusión al interludio de su detención y exilio.

Jrushchov falleció al año siguiente, en septiembre de 1971, pero él no tuvo un funeral de Estado ni fue sepultado en las murallas del Kremlin. Fue

un sepelio privado al que solo asistieron la familia, algunos viejos colegas comunistas de la cuenca del Donets y unos cuantos miembros de la intelectualidad liberal que, pese a todas las batallas libradas durante el liderazgo de Jrushchov, habían acabado apreciando mucho al hombre que presidió la desestalinización. Jrushchov también cambió de opinión con respecto a los intelectuales durante los años de su retiro, pues los artistas y los profesores universitarios fueron los únicos que acudían a visitarle aun a riesgo de recibir el oprobio oficial. Entre ellos figuraban Yevgueni Yevtushenko, el poeta del Deshielo, y el artista de vanguardia Ernst Neizvestni, que en su momento había sido objeto de la cólera de Jrushchov por apartarse del realismo. Neizvestni esculpió el busto de Jrushchov que hoy adorna su tumba en el cementerio de Novodévichi. Ni un solo miembro del equipo asistió a su entierro, aunque en el último momento hubo un episodio dramático: cuando los dolientes ya se alejaban de la tumba, llegó a toda prisa un mensajero con una corona funeraria de parte de Mikoyán.

A la muerte del propio Mikoyán, en 1978, a los ochenta y dos años, el Politburó soviético (que había recuperado el viejo nombre a mediados de la década de 1960) acudió a presentarle un último tributo, y el gobierno de la república socialista soviética de Armenia envió una guardia de honor oficial. Fue sepultado, como Jrushchov y como Nadia, la esposa de Stalin, en el cementerio de Novodévichi. Pese a los honores, sin embargo, los gobernantes de la época querían evitar toda manifestación política y se restringió la asistencia y la propia publicidad del acto. Al parecer no asistió ninguno de los supervivientes del equipo, los tres componentes del Grupo Antipartido. Sí acudieron algunos hijos de Jrushchov —en los años del distanciamiento, Serguéi Jrushchov había sido un lazo de contacto con los Mikoyán por su amistad con Sergó—, pero no su viuda, que se quedó en casa por un problema coronario (aunque luego lamentó la decisión).[7]

Los supervivientes más longevos fueron los del Grupo Antipartido: Mólotov, Malenkov y Kaganóvich. Aunque llevaron vidas que parecían tendentes a conducirlos a la tumba antes de hora, los tres no solo sobrevivieron al largo período de Brézhnev, sino que se adentraron en la era

reformista de Gorbachov. Malenkov, el más joven, murió en 1988 a la edad de ochenta y seis años, veinte años después de haber vuelto a Moscú. En sus últimos años tendía a presentarse como un reformista, y en las conversaciones con su hijo, a evitar el tema de Stalin. No escribió memorias ni dedicó un gran empeño emocional a ser readmitido en el partido. Como lector omnívoro, en particular de ciencia y de filosofía de la historia, Malenkov desarrolló un interés apasionado por el campo de estudio de su hijo, la biología; y con el apoyo de Yuri Andrópov (durante muchos años, jefe del KGB con Brézhnev, y sucesor de este por breve tiempo en los años ochenta), los dos pusieron en marcha un proyecto de investigación sobre los poderes defensivos del organismo humano. El estudio científico de estos dos autores sostenía que la resistencia a la fuerza de la gravedad, que se demuestra sin descanso en todos los organismos vivos, incluido el ser humano, es tan básica para la vida en la Tierra como la propia gravedad. Reconocerlo así, a juicio de los autores, proporcionaba una nueva base sobre la que asentar la idea de progreso en los asuntos humanos. Así pues, Malenkov murió siendo un optimista alejado del mundo de la política. Su fallecimiento no tuvo eco en la prensa soviética.

Los otros dos supervivientes se mantuvieron más cerca de los temas que los habían ocupado en su vida laboral. Para Mólotov y Kaganóvich, recuperar la condición de miembros del partido resultaba esencial. Ambos solicitaron repetidamente la readmisión, empezando con el cambio de régimen, en el otoño de 1964. Durante el largo reinado de Brézhnev no tuvieron éxito, pero en 1984, bajo el breve gobierno de Konstantín Chernenko, Mólotov sí terminó por ser readmitido. El carné del partido que se le entregó situaba su fecha de incorporación en 1906, lo que lo convertía en el asociado más longevo. Al describir este hecho a su leal Boswell, Mólotov, como era característico de él, le quitó importancia a la faceta emocional. Pero Chernenko, que le entregó el carné en persona, comentó que Mólotov, a sus noventa y cuatro años, dijo que era «como volver a nacer». Pese a esta reducción de las distancias, Mólotov, que murió en 1986 con noventa y seis años, no fue objeto de un funeral de Estado; el periódico

gubernamental *Izvestia* recogió la noticia en portada, pero *Pravda* no. (Se lo describió como «un jubilado personal de importancia en toda la Unión», frase muy peculiar del mundo soviético, en la que «personal» aludía a alguna especie de logro o de contribución destacada, y «en toda la Unión» situaba esa contribución en el nivel nacional, más que local.) Cerca de doscientas personas acudieron a lamentar su muerte en el sepelio y fue enterrado con Polina en Novodévichi, a escasa distancia de Nadia, la esposa de Stalin.[8]

El último en partir fue Kaganóvich. Hacía tiempo que se había quedado viudo, y la soledad y la falta de ocupaciones le dio una vejez amarga. Su hija Maya lo quería, pero no escribió ningún volumen de memorias exculpatorias; las entrevistas que le realizó Félix Chuev fueron tan tardías que Kaganóvich había olvidado muchas cosas y tendía a estallar con un «¡Es mentira!» ante la más leve provocación. Deseaba con fervor ser readmitido en el partido, y cuando Mólotov lo consiguió por fin, él quedó mortificado al ser rechazado una vez más. El KGB había pedido tener en cuenta que una parte de la opinión pública estaba en contra de la readmisión de Kaganóvich —en particular, las víctimas de las Grandes Purgas rehabilitadas en los años cincuenta— y no hizo alusión a los antisemitas, cuyas objeciones no habrían sido menos vehementes.

En igualdad de condiciones, el Politburó de Chernenko habría aceptado readmitir en el partido a Kaganóvich y Malenkov, además de a Mólotov. Brézhnev, que había apoyado claramente la actuación de Jrushchov contra ellos en 1957, ya no estaba. Se reconocía que nunca se los habría llegado a expulsar de no ser porque Jrushchov quería saldar cuentas con sus rivales políticos, y en las décadas de 1970 y 1980, el nombre de Jrushchov gozaba de mala fama, como un hombre cuyas acciones impulsivas «nos [habían] manchado y mancillado, a nosotros y a nuestras iniciativas, a los ojos del mundo». Buena parte del Politburó de Chernenko, como Andréi Gromyko (sucesor de Mólotov en el Ministerio de Exteriores y apoyo importante en su empeño de rehabilitación) y el ministro de Defensa Dmitri Ustínov, pertenecía a la generación que había llegado a posiciones próximas a la

cúpula a finales de la década de 1930, en la estela de las Grandes Purgas, cuando había que ampararse ante todo en Mólotov, y en menor medida en el resto del equipo.

Stalin, por descontado, era aún más una parte del pasado de todos ellos; y el tema de la posición de Stalin estuvo muy presente en 1984, porque se avecinaba la celebración del cuadragésimo aniversario de la victoria soviética en la segunda guerra mundial. Se había propuesto, como elemento de los festejos, devolver el nombre estalinista a la ciudad de Volgogrado, sede de la batalla de Stalingrado. Había argumentos poderosos a favor y en contra, según hizo constar el miembro más joven del Politburó, Mijaíl Gorbachov —futuro líder, reformador, y destructor involuntario de la Unión Soviética—. Al final, temporalmente, se decidió en contra. Pero no era nada impensable imaginar que, en su debido momento, Stalin, y con él el equipo (salvando a Beria y a Jrushchov) recobrarían su puesto en los libros de historia como forjadores de la Unión Soviética, que cometieron errores, pero menos graves que sus aciertos.

No resultó ser así. Kaganóvich vivió hasta los noventa y seis años. Murió aún expulsado del partido, durante la Perestroika de Gorbachov. El fallecimiento se recogió en la prensa y cientos de personas (en su mayoría fotógrafos y periodistas locales y extranjeros, así como gentes con afán sensacionalista) acudieron al crematorio en el monasterio de Donskói, que precedió al entierro en Novodévichi. Kaganóvich murió el 25 de julio de 1991. Fue el último superviviente del equipo de Stalin. Solo faltaban cinco meses para que el hundimiento de la Unión Soviética redujera a polvo todo el trabajo de sus vidas.[9]

Conclusión

He dirigido este libro al público lector en general, y no solo a los historiadores y los especialistas de este campo, por lo que incluyo solo un mínimo de historiografía. Pero yo misma soy historiadora y profesora universitaria, y soy consciente de qué han escrito otros autores sobre el tema, por lo que mi relato necesariamente estará en sintonía o en desacuerdo con otros textos en determinados aspectos, o a veces emprenderá un camino propio. El objetivo de este capítulo final es, por un lado, explicar a los lectores interesados de qué temas se está debatiendo hoy entre bambalinas y, por otro, señalar nuevos hallazgos y conclusiones de cara al debate de los expertos.

La forma más sencilla de escribir sobre política es analizando las estructuras formales y las decisiones de gestión. Pero esto no funciona bien en el caso de la política estalinista, porque las estructuras formales tendían a crear confusión y las decisiones de gestión más importantes a menudo no se anunciaban y, en ocasiones, ni siquiera se formulaban detalladamente. La situación se torna aún más complicada para el investigador cuando, pasada la década de 1920, las facciones políticas desaparecen —y, con ellas, desaparecen los debates públicos sobre qué orientación tomar—. En este estudio he procurado hacer caso omiso, en lo posible, de las estructuras formales y las declaraciones oficiales, en un intento por averiguar cómo funcionaba la alta política *en la práctica* —en otras palabras: qué hacían los actores de mi obra— y deducir a partir de aquí cuáles fueron las reglas del juego informales, no oficiales. Esto no significa que no haya prestado

atención igualmente a lo que decían esos actores, pero parto de la idea de que lo que la gente afirma es a menudo una pantalla de humo; y esto se aplica muy en especial a personajes engañosos como Stalin. Además, el lenguaje político de los años de Stalin se volvió muy formular, por lo que era fácil invocarlo como cliché y, comparativamente, no expresaba con claridad las intenciones individuales. Es del todo legítimo escribir libros que examinan el uso —y sutil abuso— de las fórmulas como medio para averiguar qué sucedía en realidad, pero yo no he seguido este camino. Por mi trabajo como historiadora social, estoy acostumbrada a centrarme en las prácticas cotidianas, de modo que he intentado aplicar este mismo enfoque a la hora de abordar la alta política. Esto ha supuesto examinar el equipo de Stalin de acuerdo con las reglas implícitas que regían el juego en su interior (reglas cambiantes a lo largo del tiempo, por descontado), la forma en que el capitán del equipo mantenía su autoridad y ejercía el control sobre los otros jugadores, las tácticas de supervivencia, cooperación y competición, y los intereses que esos jugadores perseguían.

Afirmar que los hechos del equipo de Stalin son, para el historiador, una pista más clara que sus palabras no equivale a negar la importancia de la ideología o sugerir que las creencias fundamentales no contribuían a determinar la acción. (Esta es una de las querellas más típicas de la historia soviética: los estudiosos de la «ideología» dicen que las creencias son cruciales y acusan a los historiadores sociales, de «lo cotidiano», de no prestarles la atención debida, mientras que los estudiosos de «lo cotidiano» creen que los «ideologistas» se han enamorado de los textos y perdido de vista la vida real.) Las creencias fundamentales eran de lo más relevantes, a mi entender —¿por qué, si no fue por razones ideológicas, Stalin y el equipo se embarcaron en la colectivización en los primeros años de la década de 1930?—, pero demasiado a menudo no se deducen de las declaraciones ideológicas formales o de las aspiraciones políticas expresas.

Durante el período estalinista, fue habitual que ocurrieran hechos importantes que solo luego (si acaso) eran objeto de una declaración política elaborada. En los primeros años treinta, el objetivo de la

colectivización general solo se anunció en público en términos muy generales, pero los funcionarios del partido recibieron con toda claridad el mensaje de que debían entrar a fondo en los pueblos (si era preciso, partiéndoles la cabeza a algunos campesinos). El impulso antirreligioso que la acompañó nunca se anunció como orientación política expresa, ni siquiera se identificó como tal en las reuniones del Politburó, y lo mismo cabe afirmar sobre la campaña antisemita de treinta años después —que, además, se asoció con una campaña de desinformación en la prensa, de baja intensidad, que sugería que aún se castigarían los posibles actos de antisemitismo de los funcionarios—. El patrocinio, que fue un proceso clave en la política y la vida soviéticas, nunca se reguló de hecho o reconoció de forma oficial, salvo en condenas puntuales del Kremlin o de los «círculos familiares» de las provincias. Sin embargo, se produjo un cambio muy notable (aunque temporal) en las reglas informales del juego cuando se prohibió a los miembros del Politburó (que lo eran también del equipo) interceder ante los servicios de seguridad en defensa de los subordinados, clientes y parientes, mientras duraron las Grandes Purgas. Por supuesto, se hicieron resoluciones y declaraciones sobre la orientación política a la que se aspiraba (a veces, antes de que los hechos se hicieran realidad), pero para comprender la política de la época en muchos casos había que invertir el significado superficial de esta. Por ejemplo, si examinamos el veto de Lenin a las facciones, que se aprobó oficialmente en el X Congreso del Partido Comunista en 1921, cabría concluir quizá —y algunos estudiosos han caído en la trampa— que en ese momento se acabó con la división interna en la política soviética. En realidad, las facciones siguieron siendo la base de la política soviética durante una década, hasta que, sin vetarlas formalmente, Stalin logró terminar con ellas definitivamente.[1]

Los historiadores son menos dados a los modelos sistémicos que los estudiosos de las ciencias políticas, y prefieren las metáforas o (en los últimos veinte años) las referencias a la teoría cultural. En ocasiones, pese a todo, sí que invocan modelos. Un buen ejemplo es el modelo totalitario,

popular durante la prolongada Guerra Fría en la que, a partir de los años cincuenta, se desarrollaron en Occidente los estudios del mundo soviético. Tras observar las semejanzas existentes entre los regímenes fascistas de mediados de los años veinte y el régimen estalinista, el modelo totalitario se definía como un régimen encabezado por un líder carismático, que gobernaba gracias a una policía secreta y la voluntad de movilizar el partido y buscaba poseer un control total sobre la sociedad. Se ha escrito mucho —yo misma lo he hecho— sobre hasta qué punto cabe aplicar este modelo a la historia soviética. En lo que atañe al presente estudio, sin embargo, la relevancia del modelo es muy limitada, pues este no se centró nunca en la relación de Stalin con sus consejeros más próximos ni en general concedió especial importancia a esta cuestión. El gobierno de Stalin se ha descrito a menudo como una dictadura personal. Por razones prácticas, el término es conveniente (a pesar de ciertas complejidades teóricas), pero nos cuenta relativamente poco sobre la forma en la que Stalin ejerció su poder. Hay una metáfora que, probablemente, es más apta para describir la concepción de la alta política estalinista entre los historiadores: la de «política cortesana», que sin embargo no ha generado un particular debate teórico. Se parte de una comparación implícita con el Antiguo Régimen, por descontado, tanto en Rusia como en otros países, sistema en el cual las relaciones entre el monarca y los cortesanos eran una parte destacada del proceso político; y se quiere dar a entender que esta realidad tradicional se consolidó de nuevo por detrás de la fachada de las nuevas instituciones revolucionarias, tales como el Politburó. Simon Sebag Montefiore ha invocado la política cortesana en el subtítulo de su *Stalin: The Court of the Red Tsar*.[*] Como corresponde a una historia de intención popular, el autor deja la metáfora allí, como guía para sus lectores, sin más explicaciones; y a veces los expertos la han usado de un modo muy similar. Cuando Montefiore describe a los socios de Stalin como *magnates* (a todas luces, como denominación inglesa de los «boyardos»), se diría que tiene en mente la corte moscovita de la Edad Moderna, cuando las figuras más señeras de la corte eran los nobles terratenientes con una base regional, que a veces

podían llegar a competir por el trono del zar. Pero los *magnates* de la era estalinista no poseían una base de poder rural o regional; se basaban en el gobierno especializado y en las burocracias del partido. Si yo tuviera que usar la metáfora de la «política cortesana», probablemente lo haría en referencia a la última versión del zarismo, cuando las figuras notables eran ministros nombrados por el zar que competían por influir sobre él a la vez que dirigían las burocracias gubernamentales más importantes (finanzas, comercio e industria, interior y policía) de las generadas por los Estados modernos. Y aun así, la analogía también se queda corta, porque los zares del período imperial tardío preferían tratar con sus ministros por separado y se resistían vivamente a todo lo que recordara a un gabinete o un equipo ministerial, y ciertamente no estaban dispuestos a hacer vida social con ellos o abrazar la idea ficticia de ser tan solo el primero entre iguales. A mi modo de ver, el equipo de Stalin fue un «animal» muy distinto a todos aquellos con los que nunca tuvo que ver Nicolás II.[2]

Durante mucho tiempo, los estudios sobre Stalin se centraron en el hombre en solitario, haciendo hincapié en su carisma, en el culto a su figura y en su omnipotencia, con tendencia a denunciar como falacias que instituciones como el Comité Central del partido o el Consejo de Ministros tuvieran algún poder real. Cuando los archivos se abrieron a la consulta, no obstante, en la década de 1990, se pudieron ver aspectos antes invisibles del proceso político y los historiadores empezaron a ocuparse de la relación de Stalin con los hombres que lo rodearon, descritos como su «séquito» o su «círculo íntimo» (o «interior»). Desde el punto de vista historiográfico, el pionero fue el historiador ruso Oleg Jlevniuk [Khlevniuk, en las ediciones inglesas de sus obras], que en los noventa publicó un estudio sobre el Politburó de la década de 1930, basado en la investigación archivística. En ese primer análisis del tema, Jlevniuk consideró que el círculo interior/Politburó fue importante hasta las Grandes Purgas, pero no en adelante. Citó como voz autorizada a Moshe Lewin para caracterizar la relación de ese círculo íntimo con Stalin como «esclava» y concluyó que «el Politburó, de hecho, quedó liquidado como órgano funcional habitual de

liderazgo político, y se convirtió, en el mejor de los casos, en una instancia a la que consultar, sometida a Stalin». La idea fue muy criticada por Arch Getty, que rechazó la caracterización de «esclavismo» y señaló que los miembros del círculo interior eran políticos poderosos por sí mismos, y que en las largas ausencias de Stalin —cuando estaba en el sur, hasta 1935 no hubo siquiera comunicación telefónica— dirigieron el país de forma colectiva, y Stalin solo intervino, por carta y telegrama, en una minoría de asuntos. En 2005, tras extender su estudio concienzudo desde los años treinta hasta finales del período estalinista, el propio Jlevniuk veía las cosas de otro modo y añadió un paradigma oligárquico al paradigma de la dictadura personal. «Podemos identificar la formación de mecanismos casi colectivos de toma de decisiones como prueba de una emergente oligarquización del poder en los últimos años de la vida de Stalin», escribió. La idea de la «oligarquía» tiene una larga historia como caracterización negativa del liderazgo soviético, ya desde la crítica de los «centralistas democráticos» bolcheviques que en 1920 se oponían a Lenin y su equipo. En la práctica, Jlevniuk afirma que, aunque Stalin, el dictador personal, siguió gozando de poder supremo, sus socios más próximos también fueron importantes, y esto quedó aún más de manifiesto cuando cogieron las riendas a la muerte de Stalin y usaron «algunos procedimientos de liderazgo colectivo».

Se trata de una formulación cauta, que no aclara si Jlevniuk considera que los «oligarcas» (los socios de Stalin) formaban un equipo o eran simplemente agentes individuales. Quien sí los ha presentado meridianamente como un equipo, y ofrece un análisis estadístico de la agenda de visitas de Stalin, es Stephen Wheatcroft, en un artículo de 2004, que pone de manifiesto la regularidad de las reuniones del equipo desde la década de 1920 hasta principios de los años cincuenta; Wheatcroft comenta que «el estilo de trabajo de Stalin no era el de un "solitario", sino que formaba parte de un equipo de trabajo colectivo o editorial». Esta es también mi perspectiva, a la que he llegado por una vía independiente, menos basada en la cuantificación. También está en sintonía con la obra

reciente de Arch Getty, que explora la analogía entre el *modus operandi* de Stalin en la relación con su equipo y la de los primeros ministros occidentales de nuestros días, en su relación con los gabinetes ministeriales.[3]

Muchos autores, y yo misma entre ellos, hemos dedicado especial atención a las Grandes Purgas; pero contemplarlas a través de la lente de los socios más próximos a Stalin —que fueron a la vez coperpetradores y víctimas potenciales— es novedoso. En este caso, como en otros, la perspectiva del equipo hace que los procesos conocidos adquieran un aspecto sutilmente distinto. Véase por ejemplo el índice de bajas que sufrieron la familia del propio Stalin, a la vez que su círculo más íntimo, durante las Grandes Purgas, que en comparación es alto —o más alto que el de otros miembros del equipo—, lo que agravó el aislamiento personal iniciado con el suicidio de su esposa, unos años antes, y le dejó solo y necesitado de compañía para el resto de su vida (una compañía que, por lo general, le proporcionó el equipo). La cuestión apenas se ha mencionado y, cuando se ha hecho, por lo general no se ha explicado sino con vagas referencias a la paranoia. Pero no parece menos plausible que, en este caso (como en su negativa posterior a tratar con los alemanes cuando su hijo Yákov fue apresado durante la guerra), Stalin siguió un precepto de un código de honor revolucionario, tácito, pero no por ello menos respetado por él: subordinar los intereses personales a los intereses de la revolución. Más aún: Stalin sentía que su autoridad moral sobre el equipo le exigía no intervenir en defensa de su propia gente más querida, en un contexto en que tampoco se permitía que los miembros del equipo defendieran a los suyos.

De una forma similar, el famoso principio estalinista de la «dosificación» —la destrucción lenta y progresiva de las figuras políticas de las que había decidido librarse— se ha destacado a menudo en los estudios, pero nunca se ha explicado salvo, muy en general, como un ejemplo de su artería. Sin duda fue un ejemplo de esa clase, pero las víctimas políticas (Yenukidze o Bujarin, por ejemplo) tenían a menudo amigos en el equipo, y con el medio de la progresividad, Stalin siempre

podía frenar el paso si el descontento de los amigos se intensificaba en exceso. Además, según se puso de relieve en la práctica, tras un par de años de dosificación, en los cuales las víctimas se mostraban cada vez más desesperadas ante los amigos del equipo —a los que enojaban y asustaban —, estos tendían a hacerse a la idea de que el elegido estaba condenado e incluso acababan casi convencidos de que lo merecía.

Las Grandes Purgas quizá desalentaran para siempre al equipo, pero, según señaló con acierto T. H. Rigby en contra de lo que era habitual sostener en la década de 1980, Stalin mostró lealtad a sus socios más próximos (la «banda», en la denominación de Rigby), a diferencia de los escalones inmediatamente inferiores, que se vieron diezmados. Por supuesto, la supervivencia individual no supone necesariamente que el equipo sobreviva como entidad colectiva poderosa. Esto fue así, pero por efecto de la segunda guerra mundial —un aspecto que la historiografía no había recogido hasta la presente obra—, pues la confianza del equipo en sí mismo y el valor de sentirse como un colectivo revivió con gran fuerza cuando Stalin perdió la apuesta de que los alemanes no atacarían en junio de 1941. Tanto si Stalin esperaba que el equipo lo descabalgara —en la legendaria visita a la dacha de la que luego habló Mikoyán— como si no, los miembros nucleares del equipo, que en un principio se reunieron sin Stalin, fueron los que propusieron y a continuación organizaron el Comité de Defensa Estatal que dirigió la guerra en el frente nacional. La guerra fue la segunda fase culminante en la actividad del equipo (la primera se había dado en los primeros años treinta, durante el *Sturm und Drang* del impulso industrializador), una fase que comprendió tanto reuniones colectivas regulares como un claro reparto de las responsabilidades para los distintos sectores del gobierno y la economía. En este libro (y en origen en un artículo publicado en la década de 1980), he mostrado que el interés institucional contribuyó a las dinámicas del Politburó en los primeros años treinta. Cabría afirmar algo similar en cuanto al funcionamiento del Comité de Defensa Estatal durante la guerra.[4]

La perspectiva del equipo hace que el período de posguerra adopte también un aspecto distinto. La llamativa historia de cómo Stalin se esforzó por impedir que Mólotov y Mikoyán —miembros del equipo que, a su juicio, habían caído en desgracia— se presentaran en las reuniones tanto de su dacha como del Kremlin ya se ha contado antes (en particular, Jrushchov en sus memorias), pero hasta ahora parece haberse pasado por alto que resulta de lo más extraño que Stalin, supuestamente todopoderoso, fuera incapaz de vetar efectivamente su asistencia durante tanto tiempo. En la práctica, lograban acudir a las reuniones, según reveló Jrushchov, porque otros miembros del equipo les daban el chivatazo. En otras palabras, Stalin estaba recurriendo al principio de la dosificación para lograr que el equipo se habituara a prescindir de unas víctimas algo más políticas, pero el equipo vacilaba, y él no logró hacer realidad su objetivo. Quizá con más tiempo lo habría conseguido, claro está, y su muerte lo impidió.

Como a Wheatcroft y Getty, me han impresionado profundamente las largas ausencias de Stalin en sus últimos años de vida, ausencias del gobierno directo y de la ciudad de Moscú: entre agosto de 1951 y febrero de 1952 estuvo fuera durante más de siete meses, en los cuales el equipo dirigió el país. Pero no me parece menos relevante el hecho de que, cuando volvió del sur, en febrero de 1952, ya no volvió a ausentarse, en lo que a todas luces era un signo de que estaba preparando algo grande. No cabe duda de que la campaña antisemita formaba parte de este proyecto. Probablemente ya nunca conoceremos su naturaleza exacta, pero todo indica que, en lo que respecta al equipo, esto sí fue exclusivamente un proyecto de Stalin: el resto del equipo parece haberlo vivido de forma unánime con silencio e inquietud, y lo dejó correr sin ceremonias a los pocos días de morir Stalin.

La bibliografía especializada sobre la transición de 1953, a la muerte de Stalin, es tan escasa que todo análisis detallado sería por fuerza innovador. En general, los años del liderazgo colectivo, de 1953 a 1957, tienden a desaparecer por completo en las historias generales, cuya narración salta de la muerte de Stalin al acceso al poder de Jrushchov. Por mor de la

simplicidad, los títulos de los libros implican a menudo que, cuando desapareció Stalin, Jrushchov, único reformador, empezó a dirigir el cotarro de inmediato. Pero el impulso reformista procedió del liderazgo colectivo posestalinista, y en la orientación global de este grupo, Jrushchov no empezó siendo, ni de lejos, la figura dominante. En el presente estudio llego a la conclusión de que la transición la gestionó con brillantez el equipo, también conocido como el «liderazgo colectivo», que no solo consiguió mantener la estabilidad sino también poner en funcionamiento toda una serie de reformas (y lo hizo con notable rapidez). Vale la pena hacer hincapié en los logros de esta transición, no solo por su importancia intrínseca, sino también porque proporcionan la confirmación indirecta de la importancia del equipo y de su capacidad de resistencia, incluso en los últimos años de Stalin. Resulta difícil creer que habría sido posible llevar a cabo una acción tan rápida y coherente si el nuevo grupo gobernante careciera de la experiencia previa de colaborar como equipo. De hecho, la celeridad y el alcance del empeño reformista sugieren asimismo que en el seno del equipo existía ya un consenso tácito sobre estas cuestiones, antes incluso de la muerte de Stalin.[5]

Como historiadora de la vida cotidiana de la Unión Soviética en la década de 1930, me acostumbré a usar los datos equivalentes a la opinión pública en esta época: las cartas de los ciudadanos a las autoridades permitían hacerse una idea, aunque con el margen de error que se quiera, de qué pensaban sobre el mundo los objetos de mi estudio. Como la gente corriente apenas tenía noticia de ningún miembro del círculo de liderazgo, aparte de Stalin, tendían a expresar sus opiniones sobre él, más que sobre sus socios (y sorprendentemente, a menudo eran opiniones negativas). A la muerte de Stalin esto cambió, porque el público en general disponía de mucha más información sobre la alta política y no había tanta inhibición a la hora de expresar la disensión. De pronto, pues, los distintos miembros del equipo cobraron vida en la «conversación» pública y, al mismo tiempo, los líderes, inquietos por la legitimidad, prestaron mucha más atención a lo que se decía sobre ellos, mucha más que la que habían prestado desde los años

veinte. Así, una de las innovaciones del presente estudio ha sido incorporar las reacciones públicas a la orientación y las acciones de los líderes del país, en la medida en que el equipo tuvo noticia de ellas, con un análisis más convencional de los procesos de la alta política de los primeros años del posestalinismo. Me interesó en particular ver que, en 1953-1954, Mólotov gozaba de un respaldo especialmente intenso; no solo él, pero él más que los otros miembros del partido, lo cual arroja aún más dudas sobre el hecho de que aceptara el liderazgo colectivo pero sin asumir la posición principal. También es llamativo que Jrushchov no fuera nada popular, en un principio porque la gente no lo conocía y después, a finales de los años cincuenta, porque a muchos les disgustaba lo que ahora ya sabían.

Otro descubrimiento que me sorprendió fue que, en lo relativo a la opinión pública nacional, el problema más grave del equipo parecía ser la cuestión judía. Su abrupta contención del impulso antisemita de los últimos años de Stalin incomodó y decepcionó a buena parte de la opinión pública (no judía), y el hecho de que Stalin falleciera después de haber señalado con el dedo a unos médicos (judíos) como posibles espías y asesinos hizo que mucha gente sospechara que Stalin había sido asesinado por médicos. Durante los años inmediatamente siguientes, la cuestión judía se mezcló con todo; el enfoque popular de la kremlinología de este período, incluyendo la interpretación de las relaciones con el extranjero, se centraba ante todo en conjeturar cuál de los líderes era de hecho judío o actuaba en beneficio de los judíos. En los datos de la opinión pública de los años treinta (informes sobre el «estado de ánimo» de la población, cartas de los ciudadanos) no hay nada similar a esta obsesión popular con los judíos, de modo que es evidente que, durante la década de 1940, algo ocurrió que provocó una transformación fundamental. Tanto si situamos la raíz de la cuestión en el resentimiento de los años de guerra contra una élite privilegiada de judíos que se decía que se quedaba «sentada en Taskent, espera[ndo] a que la guerra terminase», como si la atribuimos a las medidas antisemitas del estalinismo tardío, las consecuencias fueron fatales, a largo como a corto plazo. Lo ha puesto de manifiesto Yuri Slezkine, en el caso de

los judíos soviéticos, pero también en el caso del régimen y su legitimidad ante la opinión pública culta de la Unión Soviética.[6]

Mi interpretación del liderazgo colectivo que tomó las riendas tras la muerte de Stalin (o, para ser plenamente precisos: un día antes de que falleciera) es que se trató de una empresa de equipo, más o menos genuina, al menos en lo relativo a varios de los personajes más señeros, como Mólotov, Malenkov y Mikoyan, por no mencionar a otros miembros del equipo ahora con menos relevancia política, como Voroshílov y Kaganóvich. Pero hubo excepciones. Beria, que pronto destacó como el más atrevido y radical de los reformadores, es un ejemplo perfecto; y por ello mismo tampoco es de extrañar que fuera la primera baja entre los líderes del posestalinismo, cuando los demás lo detuvieron de forma colectiva en julio de 1953, paso previo a su ejecución a finales de año. Eliminar a Beria acabó suponiendo una jugada brillante en materia de relaciones públicas: desde entonces se podía cargar a Beria con las culpas por todo y el resto del equipo se podía atribuir el repudio posestalinista del terror generalizado (que en realidad había sido iniciativa de Beria tanto como de cualquier otro). Jrushchov es otro caso de miembro del liderazgo colectivo que, personalmente, prefería otro modelo en el que él mismo ocupaba la cúspide. El hecho de que a mediados de 1957 lograra imponerse a la mayoría del equipo (encabezado por Mólotov) fue una combinación de buena suerte y de la ayuda oportuna de los jefes del ejército y la seguridad nacional.

En general se ha planteado que, cuando Jrushchov se hizo con el poder en solitario, el sistema soviético regresó a la posición que le resultaba más natural: la dictadura personal a través del partido. Así es también como lo veía yo misma, probablemente, pero al investigar para este libro he cambiado de opinión. Los críticos de Jrushchov no solo empezaron ganando la discusión cuando le reprocharon que se apartase de las normas del liderazgo colectivo, sino que las críticas fueron exactamente las mismas que Brézhnev y sus colegas le dirigieron siete años después, cuando el propio Jrushchov fue expulsado del poder. Brézhnev restauró lo que, según dijo,

era un liderazgo colectivo, denominación que en Occidente se recibió con escepticismo. Pero la investigación más reciente sugiere que la forma de gobierno de los años de Brézhnev, de hecho, distaba poco del liderazgo colectivo, o por lo menos de la versión tradicional en la Unión Soviética: la versión en la que un solo hombre, destacado entre los demás líderes, actuaba consultando regularmente con un equipo cuyo acuerdo por lo general quería obtener; y en el seno del equipo imperaba la convicción de que este líder supremo era solo el primero entre iguales. Así había actuado Lenin, cuyo gobierno no se ha entendido nunca que debiera describirse como una «dictadura personal». También Stalin actuó a veces de esta forma, y en otras ocasiones solo fingía hacerlo, pero incluso el esfuerzo de disimulo abría cierto espacio para la existencia continua de un equipo. Jrushchov se impacientó cada vez más con el trabajo en equipo, pero la convención era tan poderosa que no pudo librarse por completo de ella, por mucho que hubiera eliminado del equipo a casi todos los miembros con una posición relativamente similar a la propia.[7]

Los sovietólogos occidentales siempre habían sido muy moderados a la hora de reconocer que el poder también se difundía más allá del *vozhd'* o líder supremo. Había sido así, en parte, porque la publicidad soviética de esta difusión, descrita como «democracia» y centrada en instituciones como el Comité Central del partido y el Sóviet Supremo, era interesada y poco convincente. Sin embargo, como este libro ha intentado mostrar, para entender cómo funcionaban los procedimientos cotidianos no necesariamente hay que centrar la mirada en las instituciones formales. En efecto, si nos fijamos en las prácticas no formales del liderazgo soviético a lo largo de siete décadas, hallaremos que los líderes supremos casi siempre trabajaron con un grupo de socios que asumían importantes responsabilidades gubernamentales propias y reconocían la posición singular del líder supremo, pero entendían que estaban trabajando en equipo con él. Los equipos son colectivos, pero no siempre son democráticos, y sus capitanes se pueden convertir en dictadores. Como hemos visto, Stalin podía tratar a su equipo con brutalidad, y otras veces lo hacía con

camaradería. Podía expulsar a jugadores del equipo, e incluso matarlos. Pero nunca eliminó al equipo como tal, fueran cuales fuesen las intenciones (no realizadas) que albergara en los últimos años con respecto a algunos de ellos. «Sin mí estaríais perdidos», solía decirle al equipo. Pero llegó marzo de 1953 y no estuvieron perdidos. Esta es la gran sorpresa del cierre de este libro, y confío en que los historiadores tomarán nota y volverán a examinar las ideas que dan por supuestas en lo relativo al estalinismo tardío.

Agradecimientos

En su forma actual, el borrador de este libro se remonta a 2009, a mi estancia como *fellow* del Instituto de Estudios Avanzados de Berlín (Wissenschaftskolleg zu Berlin), gracias a un permiso de la Universidad de Chicago. La investigación se realizó sobre todo en Moscú y Chicago, pero la redacción es posterior a mi traslado a Australia, en 2012: lo escribí en mi despacho de la Universidad de Sídney, lejos del terreno natural de los sovietólogos. Quiero expresar mi agradecimiento a Graeme Gill, que leyó todo el manuscrito; a Ann Curthoys y Kay Dreyfus, que leyeron capítulos; y a la Universidad de Sídney, que me proporcionó un nuevo hogar muy agradable. A la hora de reflexionar sobre cómo enfocaría el proyecto, me beneficié de poder debatir la cuestión con Bernard Wasserstein y Mark McKenna. Andrea Graziosi, Arch Getty, Stephen F. Cohen, Michael David-Fox, Oleg Jlevniuk, John Besemeres, Yoram Gorlizki, Mark Edele, Stephen Fortescue y Stephen Wheatcroft tuvieron la amabilidad de responder a mis preguntas. Leonid Weintraub me copió algunos documentos de los archivos de Moscú, y June Farris, de la biblioteca eslava de la Universidad de Chicago, me ofreció una ayuda espléndida a través del correo electrónico.

Me ha resultado de gran ayuda colaborar con Stephen Wheatcroft en una beca «Discovery Project» financiada por el Consejo de Investigaciones de Australia. Me siento en gratitud, en particular, con Katja Heath, por su gran pericia en la búsqueda de fotografías, y con Brigitta van Rheinberg, Quinn Fusting y el excelente equipo editorial de Princeton University Press, así como Sally Heath, de Melbourne University Press.

El Grupo de Investigación del Departamento de Historia de la Universidad de Sídney aportó comentarios muy útiles sobre el capítulo 1. También me ayudó a presentar ponencias sobre el proyecto en los colegios universitarios de Carleton y Kenyon y en la Universidad de Madison, en Wisconsin (2010); las universidades de Pittsburgh y Melbourne (2011); la Universidad de California en Berkeley (2012); las universidades de Nueva Gales del Sur y de Nazarbáyev, Kazajistán (2013); y en el Centro Europa de la Universidad Nacional Australiana (2014). Durante la revisión final del manuscrito, en otoño de 2014, han sido especialmente importantes los comentarios y sugerencias que he recibido al presentar mis conclusiones en la Universidad de Bremen, la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París, la Universidad Humboldt de Berlín y la de Manchester, la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, y una sesión conjunta del Instituto Histórico Alemán y el Centro Franco-Ruso (con Oleg Jlevniuk como moderador), celebrada en Moscú.

La sección central del capítulo 3 es una versión revisada de «The Boss and His Team: Stalin and the Inner Circle, 1925-1933», que se había publicado en Stephen Fortescue (ed.), *Russian Politics from Lenin to Putin* (Londres: Palgrave Macmillan, 2010), homenaje a T. H. Rigby.

En general debo mucho a los buenos amigos y compañeros que han trabajado más tiempo que yo, e investigado con más profundidad, en el campo de la historia política soviética —Oleg Jlevniuk, Yoram Gorlizki, Arch Getty, Jörg Baberowski, Jerry Hough y Bill Taubman, entre otros— cuyas obras pioneras me han servido a la vez de inspiración y de referencia.

Ígor Aleksándrovich Sats fue el primero en despertarme el interés por el aspecto humano de Stalin, allá en la década de 1960; en los setenta Jerry Hough me instó (en vano, por entonces) a emplear el conocimiento adquirido de Sats en la redacción de una obra de historia política. Quisiera terminar con una nota de respetuoso agradecimiento a la generación de estudiosos de las ciencias políticas que no solo fueron mis mentores, tiempo atrás, sino en más de un caso mis amigos: E. H. Carr, Leonard Schapiro, Robert C. Tucker, Robert W. (Bill) Daniels y T. H. (Harry) Rigby. Creo que

a los dos últimos este libro les habría gustado; y quizá también a Carr, pese a la severidad con la que, en su *History of Soviet Russia*, ocultó su vivo interés por las personalidades y los dramas humanos.

Biografías

Alilúyeva, Svetlana Iósifovna (1926-2011)

Hija de Iósif Stalin y Nadezhda (Nadia) Alilúyeva; licenciada en Historia por la Universidad Estatal de Moscú, casada con: (1) Grigori Morózov (1944-1947), (2) Yuri Zhdánov (1949-1952), (3) Iván Svanidze (1957-1959), (4) Brajesh Singh (años sesenta), (5) el arquitecto estadounidense Wesley Peters (años setenta). En 1957 cambió el apellido oficialmente por el de Alilúyeva, y en 1967 desertó y se marchó a Estados Unidos; regresó brevemente a la URSS en 1984-1986, antes de marcharse de nuevo; mientras estaba en Estados Unidos publicó unas memorias en las que se mostraba crítica con su padre. Hijos: Iósif (1945), Yekaterina (1950) y Olga (1971).

Andréyev, Andréi Andréyevich (1895-1971)

Hijo de campesinos rusos, se unió a los bolcheviques como obrero, en 1914. Fue «candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1932 a 1952. Estuvo al cargo de la Comisión de Control del partido en 1930-1931 y 1939-1952; de los ferrocarriles, en 1931-1935; y de la agricultura, en 1943-1946. Fue secretario del Comité Central de 1935 a 1946; vicepresidente del Consejo de Ministros de 1946 a 1953; desde 1953 fue miembro del Presidium del Sóviet Supremo. Se casó con Dora Jazán (1894-1961), que estudiaba con Nadia Alilúyeva en la Academia Industrial y luego ocupó una posición destacada en la industrial textil. Tuvo un hijo, Vladímir (1919), y una hija, Natalia (1921; casada con Vladímir Kúibyshev).

Arósev, Aleksandr Yákovlevich (1890-1938)

Amigo de infancia de Mólotov, se unió al partido en 1907. Realizó labores diplomáticas en la década de 1920 y presidió la VOKS de 1934 a 1937. Fue detenido el 3 de julio de 1937 y luego fusilado. Su primera esposa, Olga Goppen, trabajó como secretaria de Polina Mólotova; la segunda, Gertrude Freund, era checa. Su hija Olga (1925) fue una actriz famosa; escribió memorias.

Beria, Lavrenti Pávlovich (1899-1953)

De origen mingrelio (georgiano) se unió a los bolcheviques en marzo de 1917; dejó los estudios de arquitectura para trabajar en la Checa. Encabezó la GPU de Georgia en 1926-1931, y en la década de 1930 fue primer secretario del partido georgiano y luego de los transcaucásicos; llegó a Moscú en 1938, para dirigir el NKVD (más adelante, MVD) y ocupó este puesto hasta 1946; desde entonces siempre fue supervisor de los servicios de seguridad. Fue «candidato» del Politburó desde 1939, y miembro de pleno derecho desde 1946; durante la guerra estuvo en el GKO; dirigió el proyecto atómico soviético desde 1944. En la transición posestalinista actuó como reformador convencido, pero fue detenido por sus colegas en junio de 1953, acusado de traición, juzgado en diciembre ante un tribunal militar a puerta cerrada, y fusilado. Se casó con Nina Gueguechkori

(1905-1991), química; su hijo, Sergó (1924-2000), físico, se casó con una nieta de Gorki, Marfa Peshkova, en 1947; con el tiempo redactó memorias en las que defendía la labor de su padre.

Búbnov, Andréi Serguéyevich (1884-1938)
Ruso, hijo de un comerciante, se incorporó al partido en 1903, cuando estudiaba. Estuvo con la Oposición de Izquierdas en 1923, y luego pasó al bando de Stalin; era amigo de Voroshílov. En la década de 1930 estuvo al cargo de la educación, hasta que fue detenido y fusilado durante las Grandes Purgas. Su esposa, Olga Búbnov, organizaba un salón con Galina Yegórova y fue detenida en 1937.

Budionni, Semión Mijáilovich (1883-1973)
Sirvió en los regimientos de cosacos en la primera guerra mundial y en la caballería del Ejército Rojo durante la guerra civil; estuvo con Stalin y Voroshílov en Tsaritsyn; se unió al partido en 1919. Se lo ascendió a mariscal en 1935, pero en septiembre de 1941 se lo apartó de la primera línea del frente. Fue miembro del Comité Central del partido de 1939 a 1952. Héroe popular, era famoso por su bigote francés. Su segunda esposa, Olga Mijáilova, cantaba en el teatro Bolshói, dirigía un salón literario y fue detenida en 1937.

Bujarin, Nikolái Ivánovich (1888-1938)
Ruso, hijo de maestros, se sumó al partido siendo estudiante, en 1906, y emigró a Europa y Estados Unidos antes de la revolución. Fue un teórico del partido, admirado por jóvenes intelectuales comunistas en la década de 1920, y miembro del Politburó de 1924 a 1929. Mediada la década fue amigo de Stalin; encabezó el Comintern de 1926 a 1929 y dirigió *Pravda* hasta junio de 1929, cuando se lo apartó de sus puestos por ser de la Derecha. Condujo una rama del Ministerio de Industria de 1929 a 1932 y dirigió *Izvestia* en 1934-1937. En los Juicios de Moscú, de 1938, fue acusado, condenado y ejecutado. Se casó con (1) Nadezhda Lukiná; (2) Esfir Gúrvich (una hija, Svetlana, nació en 1924); y (3) Anna Larina (un hijo, Yuri, nació en 1936).

Bulganin, Nikolái Aleksándrovich (1895-1975)
Ruso, hijo de un empleado de oficina, se unió al partido en 1917. Estuvo con la Checa, y en la década de 1920 fue administrador industrial; de 1931 a 1937 presidió el Sóviet de Moscú. Fue viceministro de Defensa, con Stalin como jefe, en 1944, y tomó la cartera desde 1947. Miembro de pleno derecho del Politburó desde 1948. Sustituyó a Malenkov como jefe del gobierno soviético en 1955 y realizó viajes internacionales con Jrushchov. Se hallaba próximo al Grupo Antipartido; aunque en público no se lo condenó con ellos, en 1958 se vio obligado a cesar de sus cargos. Su esposa, Yelena Koróvina, era maestra de inglés; su hija Vera, compañera de escuela de Svetlana Stálina, se licenció en medicina y se casó con el hijo del almirante Kuznetsov en 1955; su hijo Lev (1925) fue piloto y amigo de Vasili Stalin. Entre 1944 y 1962 vivió con una pareja de hecho, Lidia Ivánovna.

Cheptsov, Aleksandr Aleksándrovich (1902-1980)
Abogado, jefe del departamento de personal del Comité Central de 1942 a 1945; presidente del colegio militar y vicepresidente del Tribunal Supremo soviético, con grado de teniente general (1948-1957). Como presidente del juicio a puerta cerrada del Comité Judío Antifascista, tenía dudas a la hora de condenar a los acusados. Su carrera terminó cuando el mariscal Zhúkov lo

denunció, en 1956, por haber condenado a jefes de la fuerza aérea a partir de pruebas amañadas, diez años antes.

Chubar, Vlas Yákovlevich (1891-1939)
Ucraniano; se unió al partido en 1907, siendo obrero de una fábrica. Fue «candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1935 a 1938. Dirigió el gobierno ucraniano (1923-1934); desde 1934 fue vicepresidente del Consejo de Ministros soviético (Consejo de los Comisarios del Pueblo), en Moscú. Dirigió por breve tiempo un complejo de producción de celulosa en Solikamsk, antes de ser detenido en 1938; fue fusilado durante las Grandes Purgas. Su esposa Aleksandra (1903-1938) se licenció en la universidad en 1928, trabajó como consultora en el sector de la industria ligera y fue arrestada junto con su marido e igualmente fusilada; tuvieron dos hijos, Alekséi (1929) y Vladímir (1933).

Chuev, Félix Ivánovich (1941-1999)
Escritor y periodista de orientación estalinista y nacionalista rusa. Sus obras trataron sobre todo el tema del heroísmo en el frente. Entrevistó a Mólotov ampliamente en las décadas de 1970 y 1980, y también a Kaganóvich.

Dzerzhinski, Félix Edmúndovich (1877-1926)
Polaco de familia noble, fue expulsado del bachillerato en Vilnius por realizar acciones revolucionarias; participó en el movimiento socialdemócrata ruso desde 1985, como bolchevique desde 1917. Estuvo muchos años encarcelado durante el zarismo; en el partido tenía fama de ser un asceta incorruptible. Dirigió la GPU/OGPU de 1922 a 1926; desde 1924, también el consejo económico supremo. Mediada la década de 1920 no se decantó claramente por ningún bando interno, pero a menudo dio su apoyo al bando de Stalin.

Egorov, *véase* Yegórov

Enukidze, *véase* Yenukidze

Ezhov, *véase* Yezhov

Frunze, Mijaíl Vladímirovich (1885-1925)
Moldavo, se unió al partido en 1904. Durante la guerra civil fue comisario político con el Ejército Rojo, luego comandante en el Turkestán y varios frentes del sur. Sucedió a Trotski en la jefatura militar en enero de 1925, a la vez que era elegido «candidato» del Politburó; murió tras una operación (hubo rumores, no confirmados, de que Stalin había ordenado matarlo). A su muerte, sus hijos Tatiana (n. 1920) y Timur (1923-1942) fueron adoptados por los Voroshílov.

Gamárnik, Yan Borísovich (1894-1937)
Judío; se unió al partido mientras era estudiante, en 1916. En la década de 1920 desarrolló labores del partido en el Extremo Oriente y Bielorrusia, luego dirigió la administración política del Ejército Rojo de 1929 a 1937. Se suicidó cuando corría peligro de que le detuvieran por el caso Tujachevski, probablemente tras un aviso de su amigo Mikoyán.

Gorki, Maksim (Alekséi Maksímovich Peshkov) (1868-1936)

Escritor ruso, que antes de la Revolución apoyó económicamente a los bolcheviques. Después defendió a los intelectuales frente a la Checa, y emigró a Capri de 1921 a 1932; regresó cuando Stalin le invitó a vivir en la Unión Soviética, donde se lo celebraba, pero también vigilaba, estrechamente. De 1896 a 1903 estuvo casado con Yekaterina Peshkova (1876-1965), miembro activo del Partido Socialista Revolucionario, que fundó la Cruz Roja Política en 1917 y dirigió la Ayuda a los Presos Políticos de 1922 a 1937. En la década de 1930, en la casa de Gorki en Moscú, vivían también su hijo, Maksim Peshkov (1897-1934); la esposa de Maksim, Timosha (Nadezhda Vvedénskaya), a la que cortejaba Yagoda; y su hija, Marfa (la mejor amiga de infancia de Svetlana Stálina), que se casó con Sergó Beria en 1947.

Jrushchov, Nikita Serguéyevich (1894-1971)

Ruso, nacido en Ucrania, obrero en la juventud, se sumó al partido en 1918. Estudió en la Academia Industrial, actuó contra la Derecha en 1930, y fue segundo secretario del partido en Moscú (a las órdenes de Kaganóvich) de 1932 a 1935, y primer secretario de 1935 a 1938. Presidió el partido en Ucrania (1938-1947 y 1948-1949). Fue «candidato» del Politburó (Presidium) en 1938, miembro de pleno derecho de 1939 a 1964. Secretario del Comité Central de 1949 a 1953, dirigió también la organización del partido en Moscú. Fue primer secretario del Comité Central del partido (1953-1964) a la vez que presidente del Consejo de Ministros (1958-1964). En 1956 lanzó la campaña de desestalinización y fue expulsado del poder en octubre de 1964. En los primeros años veinte se casó (por segunda vez) con Nina Kukharchuk, y tuvieron a Rada (1929), periodista casada con el también periodista Alekséi Adzhubéi; Serguéi (1935), ingeniero, que emigró a Estados Unidos en la década de 1990 y escribió ampliamente sobre su padre; y Yelena (1938), abogada. Jrushchov también tuvo dos hijos de su primer matrimonio: Yulia (1916) y Leonid (1917-1943), piloto, que fue víctima de la guerra (y su esposa fue detenida en 1942).

Kaganóvich, Lazar Moiséyevich (1893-1991)

Judío nacido en Ucrania, se unió al partido siendo obrero, en 1911. Fue comisario político en Vorónezh y el Turkestán durante la guerra civil. «Candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1930 a 1957. Dirigió al partido en Ucrania (1925-1930 y de nuevo en 1947). Fue secretario del Comité Central (1928-1939) a la vez que primer secretario del partido en Moscú (1930-1935); estuvo al cargo de los ferrocarriles de 1935 a 1937 y de 1938 a 1944, de la industria del petróleo (1939-1940) y el abastecimiento (1948-1952). Fue primer vicepresidente del Consejo de Ministros (1953-1957) y presidió el Comité de Sindicatos y huelgas. Tras ser incluido en el Grupo Antipartido, se le degradó y envió a los Urales a trabajar como director de industrias (1957-1961). Se casó con María Privorotskaya, jefa sindical, con la que tuvo una hija, Maya (1917), que fue arquitecta, y adoptaron un hijo, Yuri.

Kaganóvich, Mijaíl Moiséyevich (1888-1941)

Hermano mayor de Lazar, miembro del partido desde 1905. Estuvo en la Comisión de Control del partido de 1927 a 1934; de 1932 a 1936 fue el viceministro de la Industria Pesada, con responsabilidad sobre la producción aeronáutica. Cuando corría peligro de ser detenido, se suicidó.

Kalinin, Mijaíl Ivánovich (1875-1946)

Ruso, de cuna campesina y experiencia laboral como obrero, fue uno de los miembros fundadores del POSDR, en 1898. Era un político moderado de especial atractivo entre el pueblo, titular de la jefatura del Estado soviético de 1919-1946 (presidente del Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets de toda la Unión hasta 1938 y del Sóviet Supremo desde ese año). Se casó con la estonia Yekaterina Lorberg, obrera y revolucionaria como él, que fue detenida en 1938 y liberada después de la guerra. Sus hijos fueron Valeri (1904, ingeniero), Yulia (1905), Aleksandr (1908, ingeniero), Lidia (1912, médico) y Anna (1916, médico).

Kámenev, Lev Borísovich (1883-1936)

Intelectual judío, asociado al POSDR desde 1901, bolchevique desde 1903, que actuó ante todo en Rusia, en la clandestinidad. Se opuso al asalto al poder de la Revolución de Octubre. Fue miembro del Politburó de 1919 a 1925, lideró la Oposición de Izquierdas junto con Zinóviev, y en la década de 1920 presidió el Sóviet de Moscú. Fue expulsado del partido en diciembre de 1927 y readmitido en junio del año siguiente. En enero de 1935 se le acusó de haber sido cómplice del asesinato de Kírov, se lo arrestó y juzgó en los Juicios de Moscú, en 1936, y resultó condenado y fusilado. Su esposa Olga Kámeneva (1881-1941), hermana de Trotski, fue detenida en 1935 y fusilada, al igual que sus hijos Aleksandr (1906) y Yuri (1921). La compañera de Kámenev en sus últimos años, Tatiana Glébova, y el hijo de ambos, Vladímir (1929), se marcharon al exilio.

Kírov, Serguéi Mirónovich (1886-1934)

Ruso, se unió al partido en 1904, y durante la guerra civil realizó labores para este en el Cáucaso, donde trabó amistad con Ordzhonikidze y Mikoyán; fue jefe del comité del partido en Bakú, Azerbaiyán (1921-1926) y jefe del comité del partido en Leningrado (1926-1934). Mediada la década de 1920 fue amigo íntimo de Stalin; conocía a Nadia desde la juventud por medio del padre de esta. Fue «candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1930 a 1934; en 1934 lo eligieron secretario del Comité Central. Fue asesinado en diciembre de este año. Se había casado con María Markus; no tuvieron hijos.

Kosior, Stanislav Vikéntievich (1889-1939)

Nacido en Polonia, era el mayor de cuatro hermanos que participaron en el movimiento revolucionario en Ucrania; se unió al partido siendo obrero, en 1907. En los primeros años veinte trabajó para el partido en Siberia, luego fue secretario del Comité Central en Moscú (1926-1928); «candidato» del Politburó en 1927 y miembro de pleno derecho desde 1930. Fue secretario general del partido en Ucrania (1928-1938); murió fusilado en las Grandes Purgas. Su segunda esposa, Yelizaveta, fue detenida junto con su marido y falleció en el Gulag. Sus hijos, Vladímir (1922) y Mijaíl (1924), fueron enviados a un orfanato; Vladímir murió en el frente en 1942.

Kosyguin, Alekséi Nikoláyevich (1904-1980)

Ruso, de familia de clase trabajadora, se sumó al partido en 1927. Presidió el Sóviet de Leningrado (1938-1939) y fue ministro de la Industria Textil (1939-1940) y vicepresidente del Consejo de Ministros (1940-1953). Fue «candidato» y luego miembro de pleno derecho del Politburó (Presidium) de 1946 a 1953; corrió peligro durante el Caso de Leningrado, pero sobrevivió. Volvió a ser «candidato» del Politburó de 1957 a 1960 y de nuevo miembro de pleno derecho de 1960 a 1980; también presidió el Consejo de Ministros y fue el segundo de Brézhnev. Su esposa, Klavdia, era prima de Alekséi Kuznetsov.

Krúpskaya, Nadezhda Konstantínovna (1869-1939)

Esposa de Lenin, fue miembro del partido desde 1898. Participó en la Comisión de Control del partido (1924-1927) y el Comité Central (1927-1939). Ocupó un puesto destacado en el Ministerio de Educación de Rusia, de 1917 a 1929, cuando cesó con varios colegas por un desacuerdo político. Mediada la década de 1920 se hallaba próxima a la Oposición de Zinóviev.

Kúibyshev, Valerián Vladímirovich (1885-1935)

Ruso, de familia militar, se incorporó al partido en 1904. Fue «candidato» del Politburó (1921-1924) y miembro de pleno derecho (1927-1935); secretario del Comité Central en 1922; jefe de la Comisión de Control del partido (1924-1926). Dirigió el consejo económico supremo de 1926 a 1930 y la Gosplán de 1930 a 1934. Se casó con (1) Praskovia Stiazhkina, de los «viejos bolcheviques»; (2) Yevguenia Kogan, también «vieja bolchevique», que ocupó posiciones destacadas en el Comité del Partido en Moscú y murió fusilada en 1937; (3) Galina Troyanóvskaya, hija del diplomático y «viejo bolchevique» Aleksandr Troyanovski; y (4) Olga Lezhava (1901), hija del «viejo bolchevique» Andréi Lezhava. Su hijo Vladímir (1917) se casó con Natalia, hija de Andréyev; su hija Galina (1919) trabajó como arquitecta.

Kuznetsov, Alekséi Aleksándrovich (1905-1950)

Ruso, nacido en un pueblo, activista del Komsomol promocionado por Kírov. Fue segundo secretario del partido en Leningrado (con Zhdánov) desde 1937 y primer secretario en 1945-1946, secretario del Comité Central y jefe del departamento de cuadros (1946-1949); se lo mencionó, junto con Voznesenski, como posible heredero de Stalin. En el contexto del Caso de Leningrado, fue detenido el 13 de agosto de 1949 y fusilado el 1 de octubre de 1950. Su hija Ala se casó con Sergó Mikoyán en 1949.

Kuznetsov, Nikolái Guerásimovich (1902-1974)

Ruso; fue marino durante la guerra civil, se unió al partido en 1925 y fue consejero militar en España en 1936-1937. Dirigió la flota del Pacífico (1938-1939), fue ascendido a almirante en 1939, y fue el ministro de Marina durante toda la guerra. Corrió peligro en 1948, porque se sospechaba que había pasado secretos de Estado al extranjero. Regresó del Extremo Oriente a Moscú para ser de nuevo ministro de Marina 1951-1956. Era conocido por su franqueza al hablar. Su hijo Víktor se casó con Vera, hija de Bulganin.

Lenin, Vladímir Ilich (V. I. Uliánov, 1870-1924)

Ruso, hijo de un inspector escolar que alcanzó un título de nobleza; su hermano mayor Aleksandr fue ejecutado por actividades revolucionarias en 1886, mientras él estudiaba en la Universidad de Kazán. Participó en el movimiento revolucionario marxista desde la década de 1880 y fue uno de los fundadores del Partido Bolchevique. Emigró de 1900 a 1905 y de 1908 a 1917, cuando regresó a Rusia tras la Revolución de Febrero, a bordo del famoso tren «sellado» que atravesó Alemania. Fue miembro del Politburó desde su fundación, en 1919, y jefe del gobierno desde octubre de 1917 hasta su muerte; desde mediados de 1922 la salud lo apartó de la política. Se casó con Nadezhda Krúpskaya (véase su entrada específica).

Litvínov, Maksim Maksímovich (M. Wallach, 1876-1951)

Judío, nacido en la Zona de Residencia; miembro del POSDR desde 1898, y del Partido Bolchevique desde 1903; pasó muchos años en la emigración. Estuvo en el Comité Central del partido (1934-1941); fue viceministro de Exteriores (1921-1930) y luego ministro de esa cartera (1930-1939), así como representante soviético ante la Liga de Naciones (1934-1938). Fue viceministro de Exteriores con Mólotov (1941-1946), a la vez que embajador en Estados Unidos (1941-1943). Su esposa, Ivy Low (1876-1951), era inglesa; su hijo Mijaíl, matemático, fue el padre de un disidente de la era de Brézhnev, Pável Litvínov; su hija Tatiana fue traductora.

Lozovski, Solomón Abramóvich (S. Dridzo, 1878-1952)

Judío, hijo de rabino; estuvo en el movimiento revolucionario desde 1903, y con los bolcheviques desde 1905 (aunque lo expulsaron de 1914 a 1917, tras chocar con Lenin). Emigró a Suiza y Francia (1908-1917). Fue viceministro de Exteriores de 1939 a 1946; de 1941 a 1948 fue subjefe, y luego jefe, de la oficina soviética de información y propaganda (Sovinformburó) dependiente del Comité Central, con la responsabilidad de supervisar al Comité Judío Antifascista. Fue acusado en el juicio al CJA, en 1952, y pese a que negó con energía la incriminación, fue condenado y fusilado. Su hija, Vera Dridzo, fue la secretaria personal de Krúpskaya (1919-1939) y se casó con Mijaíl Shamberg, amigo y colega de Malenkov; el hijo de estos, Vladímir Shamberg, se casó con la hija de Malenkov.

Lysenko, Trofim Denísovich (1896-1976)

Ucraniano, de orígenes campesinos; fue agrónomo y se opuso a los genetistas. Aunque Stalin y Mólotov lo ensalzaron a finales de la década de 1930, los intelectuales lo despreciaban. Sobrevivió a un desafío de Yuri Zhdánov a finales de los años cuarenta, y a otro en tiempos de Jrushchov, hasta que perdió el poder científico y político en 1966.

Malenkov, Gueorgui Maksimiliánovich (1901-1988)

Ruso, de familia noble; se licenció con honores en la secundaria y se sumó al partido en 1920. Estudió ingeniería a principios de la década de 1920, y antes de completar la carrera fue a trabajar a la oficina del Comité Central, donde fue jefe del departamento de organizaciones del partido (1934-39), luego jefe del departamento de personal, y por último secretario del Comité Central (de 1939 a 1946 y nuevamente de 1948 a 1953). Fue «candidato» del Politburó desde 1941 y miembro de pleno derecho de 1946 a 1957. Ocupó la jefatura del gobierno soviético (1953-1955), pero en 1957 fue expulsado del poder como miembro del Grupo Antipartido. Se casó con Valeria Golubtsova, directora del Instituto de la Energía de Moscú desde 1942. Sus hijos fueron Valentina (1925), arquitecta, que se casó con Vladímir Shamberg en 1948, pero se divorció de él al año siguiente, a instancias de Malenkov; Andréi (1937), biólogo, que con el tiempo escribió unas memorias en las que defendía a su padre; y Yegor (1938), químico.

Menzhinski, Viacheslav Rudólfovich (1874-1934)

Aristócrata polaco, intelectual cosmopolita y licenciado en Derecho por la Universidad de San Petersburgo en 1898. Se unió al POSDR en 1902 y a los bolcheviques en 1903; emigró de 1907 a 1917. Dirigió la OGPU (1926-1934), pero en los últimos años estuvo gravemente enfermo de modo que la policía quedó a cargo de Yagoda.

Mijoels, Solomón Mijáilovich (S. Vovsi, 1890-1948)

Actor en el Teatro Judío de Moscú, que pasó a dirigir en 1929. En 1942 fue nombrado presidente del Comité Judío Antifascista, en 1942, y al año siguiente viajó a Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña para recaudar más dinero de las comunidades judías. Murió asesinado en enero de 1948, por orden de Stalin, en un falso accidente de coche; su teatro cerró las puertas en julio de 1949. Un primo suyo, Mirón Semiónovich Vovsi, fue uno de los doctores acusados en el Complot de los Médicos, en 1952.

Mikoyán, Anastás Ivánovich (1895-1978)
Armenio, se unió al partido en 1915. Sobrevivió al fusilamiento de los 26 comisarios de Bakú, en 1918; en los primeros años veinte trabajó en Nizhni Nóvgorod y en Rostov del Don. Fue «candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1935 a 1966. Dirigió el Ministerio de Comercio nacional e internacional desde 1926; luego el Ministerio de Abastecimiento, desde 1930, y el de Industria Alimentaria de 1934 a 1938. Durante la guerra fue miembro del GKO. Tras la muerte de Stalin volvió a ser ministro de Comercio y presidió la Comisión de Rehabilitación. En el choque con el Grupo Antipartido dio respaldo a Jrushchov, y encabezó el Presidium del Sóviet Supremo durante 1964-1965. Se casó con Ashjén Tumanián (1896-1962), y engendraron a Stepán (1922), que fue constructor de aviones (como su tío Artiom Mikoyán); Vladímir (1924), piloto, que murió en la guerra; Alekséi (1925); Iván (1927), detenido y deportado durante la guerra, junto con Sergó, en el caso de los «niños del Kremlin»; y Sergó (1929), experto en relaciones internacionales, que se casó con Ala Kuznetsova en 1949 y luego ayudó a su padre en la redacción de sus memorias.

Mólotov, Viacheslav Mijáilovich (V. Skriabin, 1890-1986)
Ruso, nació en la provincia de Viatka, en una familia respetable, con gustos musicales (aunque sin relación con el compositor Skriabin); estudió en San Petersburgo antes de la guerra, pero no llegó a licenciarse. Se sumó al partido en 1906. Fue secretario del Comité Central (1921-1930), «candidato» del Politburó (desde 1922) y miembro de pleno derecho (1924-1957). Encabezó el gobierno soviético (como presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo) de 1930-1941, y luego fue vicepresidente por detrás de Stalin (1941-1942) y primer vicepresidente (1942-1957). En 1939 negoció el Pacto de Ribbentrop-Mólotov. Fue vicepresidente del GKO durante la guerra; ministro de Exteriores (1939-1949 y 1953-1956); ministro de Control Estatal en 1956-1957. Fue expulsado del poder supremo como miembro del Grupo Antipartido; lo enviaron como embajador a Mongolia (1957-1960) y jefe de la delegación soviética de la energía atómica en Viena (1960-1962). Se casó con Polina Karpóvskaya (más conocida por su nombre de partido, Zhemchúzhina; véase su entrada específica); su hija Svetlana (1929) fue historiadora.

Ordzhonikidze, Grigori Konstantínovich («Sergó») (1886-1937)
Georgiano; se unió al partido en 1903, recibió formación como sanitario, en 1911 estudió por breve tiempo en la escuela del partido que Lenin tenía en Francia, formó parte del Comité Central bolchevique desde 1912. Durante la guerra civil sirvió con el Ejército Rojo en el Cáucaso; se alió con Stalin en su disputa con Lenin en la cuestión de las nacionalidades. Presidió el comité del partido en Transcaucasia (1922-1926), luego el comité Rostov, brevemente. Encabezó la Comisión de Control Central del partido en Moscú (1927-1934); fue «candidato» del Politburó desde 1926 y miembro de pleno derecho de 1930 hasta su muerte. Dirigió el consejo económico supremo (1930-1932) y el Ministerio de la Industria Pesada (1932-1937). Se suicidó en febrero

de 1937, tras discutir con Stalin. Casado con Zinaida Pavlutskaya (1894-1960); adoptaron a Eteri (1923), historiadora.

Petrovski, Grigori Ivánovich (1878-1958)
Nacido en Ucrania, en el seno de una familia de clase trabajadora. Se implicó en el movimiento socialdemócrata desde 1897; fue elegido diputado bolchevique en la Duma de 1912. Fue «candidato» del Politburó soviético (1926-1939), presidente del Sóviet Supremo de Ucrania (1919-1938), vicepresidente del Presidium del Sóviet Supremo de toda la Unión (1938-1939) y desde 1940, vicedirector del Museo de la Revolución.

Piatakov, Gueorgui Leonídovich (Yuri) (1890-1937)
Ruso, hijo del propietario de una fábrica azucarera en Ucrania, se unió al partido en 1910. En la década de 1920 ayudó en tareas de economía y planificación y fue mencionado como uno de los futuros líderes del partido en el «Testamento» de Lenin. Fue miembro destacado de la Oposición de Izquierdas, expulsado del partido en 1927, aunque fue readmitido en 1928, tras renunciar al trotskismo. Viceministro de Industria Pesada desde 1931. Tras ser detenido en 1936, fue uno de los principales acusados en el gran juicio amañado de 1937; fue condenado el 30 de enero de 1937 y fusilado en el acto.

Poskriónyshev, Aleksandr Nikoláyevich (1891-1965)
Se unió al partido en 1917. Trabajó con Stalin en el secretariado del Comité Central, en los años veinte; en la década siguiente dirigió el Departamento Secreto del Comité Central; desde 1935 encabezó el secretariado personal de Stalin, hasta que este lo echó, a principios de 1953. En 1934 se casó con Bronislava Metalikova (1910-1941), endocrinóloga, favorita de Stalin y pariente política de Trotski; fue detenida en 1939 y fusilada en 1941. En el momento de su detención tenía dos hijas, de siete y un años.

Póstyshev, Pável Petróvich (1887-1939)
Ruso, hijo de un tejedor de Ivánovo, se incorporó al partido en 1904. Durante la guerra civil luchó en Siberia y Extremo Oriente. En Ucrania fue secretario del Comité Central ucraniano (1926-1930); en Moscú, secretario del Comité Central (soviético), de 1930 a 1933; volvió a Ucrania como segundo secretario (aunque cumplió las funciones del primero) de 1933 a 1937; fue «candidato» del Politburó de 1934 a 1938. En marzo de 1937 se marchó a Kúibyshev como primer secretario; fue detenido en febrero de 1938 y fusilado en febrero de 1939. Su esposa, Tatiana Postolovskaya, activista del partido que firmó la noticia de la muerte de Nadia Alilúyeva, fue arrestada junto con su marido, al igual que sus hijos Leonid (1920) y Vladímir (1921); un hijo mayor, Valentín (1916), había muerto antes.

Rádek, Karl Berngárdovich (1885-1939)
Nacido en una familia judía en Lvov (Lemberg; entonces en Austria-Hungría), se unió al partido en 1903. Participó en el movimiento revolucionario de Varsovia con Rosa Luxemburgo, por lo que fue expulsado del imperio ruso en 1907. Estudió en las universidades de Leipzig y Berna, asociándose con el ala izquierda del partido socialdemócrata alemán. En los años veinte fue el experto de los bolcheviques en los temas alemanes; apoyó a Trotski en las divisiones internas, fue expulsado del partido en 1927 y se tuvo que exiliar. Más tarde se retractó y en 1930 fue

readmitido. De 1932 a 1936 presidió la oficina de información internacional del Comité Central. Fue detenido en septiembre de 1936; en el Juicio de Moscú de 1937 fue condenado solo a diez años de cárcel (todos los demás recibieron la pena de muerte), pero falleció en la prisión.

Rédens, Stanislav Frántsevich (1892-1940)
De origen polaco, en su juventud trabajó en una fábrica en Ucrania. Se sumó al partido en 1914 y de 1927 a 1934 se integró en la Comisión de Control del partido. Dirigió la OGPU ucraniana (1931-1933), la OGPU/NKVD de la región de Moscú (de 1933 a enero de 1938) y por último el NKVD de Kazajistán; en noviembre de 1938 fue detenido y fusilado. Se casó con Anna Alilúyeva, cuñada de Stalin, que en 1948 fue condenada a diez años por acusaciones de espionaje. Tuvieron dos hijos: Leonid (1928), detenido con los jóvenes Mikoyán en el caso de los «niños del Kremlin», en 1943, y Vladímir (1935).

Rokossovski, Konstantín Konstantínovich (1896-1968)
Hijo de padres polacos/bielorrusos; el padre, inspector de ferrocarriles, pertenecía a la nobleza polaca. Se presentó voluntario al Ejército Imperial durante la primera guerra mundial, y se sumó al Ejército Rojo en la guerra civil; se incorporó al partido en 1919. En agosto de 1937 se lo detuvo acusado de ser un espía polaco; Timoshenko suplicó a Stalin que se lo pusiera en libertad, y así se hizo, en 1940. Dirigió el ejército del Don, que apresó a Paulus en Stalingrado; fue ascendido a mariscal en 1944. Fue ministro de Defensa de la República Popular de Polonia de 1949 a 1956 (hasta la sublevación polaca); viceministro de Defensa de la Unión Soviética en 1956-1957 y de nuevo en 1958-1961.

Rudzutak, Yan Érnestovich (1887-1938)
Lituano, se unió al partido siendo obrero, en 1904; se convirtió en revolucionario profesional y hasta 1917 pasó muchos años en la cárcel. Sirvió como secretario del Comité Central (1923-1924); fue «candidato» del Politburó desde 1923, miembro de pleno derecho de 1926-1934, y de nuevo «candidato» (1934-1937). Fue vicepresidente del gobierno (Consejo de los Comisarios del Pueblo) de 1926-1937, a la vez que, durante varios años (1931-1934), presidía la Comisión de Control del partido. Fue detenido por el caso de Tujachevski, en 1937, y fusilado. Le interesaba especialmente la cultura (música, teatro y cine) y tenía amigos en los círculos artísticos.

Rýkov, Alekséi Ivánovich (1881-1938)
Ruso, miembro del partido desde 1899, miembro del Politburó de 1922 a diciembre de 1930; segundo en la jefatura del gobierno (Consejo de los Comisarios del Pueblo) por detrás de Lenin, al que sucedió en la presidencia de 1924 a 1930. Fue uno de los líderes de la Oposición de Derechas; más tarde fue ministro de Comunicaciones (1931-1936). Fue detenido en febrero de 1937, juzgado en uno de los Juicios de Moscú (1938), condenado y ejecutado de inmediato. Su esposa, Nina Marshak (1884-1942), fue arrestada en junio de 1937 y murió en prisión; su hija Natalia (1916) fue enviada al Gulag. La hermana de Rýkov, Faína, se casó con el hermano del periodista menchevique emigrado Borís Nicoláyevski.

Shcherbakov, Aleksandr Serguéyevich (1901-1945)
Procedente de una familia de clase trabajadora, se unió al partido en 1918. Estudió en la Universidad Comunista Sverdlov, en los primeros años treinta, y al empezar la década siguiente, en el Instituto

de Profesores Rojos. Trabajó en el Comité Central (1932-1936), a la vez que actuaba de secretario de la recién formada Unión de Escritores desde 1934, presidida por Gorki. Luego fue secretario del partido en Leningrado, Irkutsk y Donetsk. Fue primer secretario del partido en Moscú (1938-1945) y «candidato» del Politburó desde febrero de 1941. Su hermana se casó con Zhdánov. Murió de un ataque al corazón en la noche del «Día de la Victoria».

Shvérnik, Nikolái Mijáilovich (1888-1980)

Miembro del partido desde 1905; fue secretario del Comité Central (1926-1927) y primer secretario del comité del partido en los Urales (1927-1929). Dirigió los sindicatos de 1929 a 1944 y nuevamente de 1953 a 1956. Fue presidente del Sóviet Supremo (1944-1946) y de la Comisión de Control del partido (1956-1966). Fue «candidato» del Politburó desde 1939 y miembro del Presidium (Politburó) en 1952-1953 y 1957-1966. Se casó con María Belaya, «vieja bolchevique» ucraniana; su hija Ludmila (Liusia) (1916) fue la primera mujer licenciada en la academia de ingeniería militar Zhukovski, en la especialidad de tecnología de la televisión.

Sokólnikov, Grigori Yákovlevich (G. Brilliant, 1888-1939)

Intelectual judío, amigo de infancia de Bujarin, se incorporó al partido en 1905 y luego emigró; se licenció en Economía por la Sorbona. Fue ministro de Hacienda (1923-1926), después trabajó en la Gosplán. Fue «candidato» del Politburó en 1924-1925, expulsado como miembro de la Oposición zinovievista. Fue detenido en julio de 1936, juzgado en uno de los Juicios de Moscú (1937) y condenado a diez años de cárcel; murió en prisión. Su tercera esposa fue la escritora Galina Serebriakova.

Stalin, Iósif Vissariónovich (Y. V. Dzhugashvili, 1878-1953 [aunque desde los años veinte afirmó haber nacido en 1879])

Georgiano; estaba en el partido desde 1898, y con los bolcheviques desde 1903. Fue miembro del Politburó desde 1919; secretario general del Comité Central desde 1922 (la calificación de «general» cayó del título en 1934). Desde 1941 también encabezó el gobierno como presidente del Consejo de Ministros. Se casó primero con Yekaterina Svanidze (m. 1907); su hijo Yákov (1907-1943) fue prisionero de guerra de los alemanes, tras lo cual en 1941 se detuvo a su mujer, Yulia Meltzner; Yákov murió en cautividad. La segunda esposa de Stalin fue Nadezhda (Nadia) Alilúyeva (1901-1932), hija del «viejo bolchevique» Serguéi Alilúyev; en los años veinte estudió en la Academia Industrial y en 1932 se suicidó. Tuvieron un hijo, Vasili (1921-1962), piloto, cuya segunda esposa, Yekaterina Timoshenko, era hija del mariscal Timoshenko (véase su entrada); y una hija, Svetlana (véase Alilúyeva), así como un hijo adoptivo, Artiom (Tomik) Serguéyev (1921-2008), que devino comandante general de artillería.

Svanidze, Aleksandr (Aliosha) Serguéyevich (1884-1941)

Georgiano, de familia noble, se incorporó al partido en 1901 y a los bolcheviques en 1904. Recibió una educación selecta en Tiflis y Viena, sabía alemán e inglés. Era amigo personal y también cuñado de Stalin. Dirigió una oficina de exportación (1928-1929); fue segundo de una representación comercial en Alemania (1930-1931); dirigió el Banco de Comercio Exterior (1931-1935); y fue vicepresidente del Banco Estatal en 1935. Fue detenido en diciembre de 1937 y fusilado en 1941. Se había casado con María Korona, antigua cantante de ópera, detenida con él; su hijo John-Reed (Johnny) (1927-1990) pasó veinte años en prisión y el exilio, y en 1956

regresó a Moscú, donde se casó por breve tiempo con Svetlana Alilúyeva (véase su entrada específica).

Syrtsov, Serguéi Ivánovich (1893-1937)
Ruso; procedía de una familia de oficinistas. Se unió al partido en 1913, mientras estudiaba en San Petersburgo. Fue comisario político en el Ejército Rojo durante la guerra civil, luego primer secretario de la organización del partido en Siberia, de 1926 a 1929. Fue «candidato» del Politburó y jefe del gobierno de la república rusa (1929-1930), pero cayó en desgracia cuando se lo acusó de conjurarse en contra de que Stalin fuera secretario general, en el caso de Syrtsov-Lominadze (1930). Fue detenido en 1937 y ejecutado.

Timoshenko, Semión Konstantínovich (1895-1970)
Nació en Besarabia, en el seno de una familia campesina ucraniana. Sirvió en divisiones de caballería durante la primera guerra mundial y en el Ejército Rojo durante la guerra civil (en Tsaritsyn combatió junto con Voroshílov y Stalin); se sumó al partido en 1919. Fue mariscal desde 1940 y sucedió a Voroshílov como ministro de Defensa (1940-1941), donde fue luego viceministro (1941-1943). Durante la segunda guerra mundial fue uno de los principales comandantes del frente, y en este período entabló amistad con Jrushchov. Su hija Yekaterina estuvo casada con Vasili Stalin de 1946 a 1949.

Tomski, Mijaíl Pávlovich (M. Yefrémov, 1880-1936)
Ruso, impresor de profesión, se incorporó al partido en 1904. Fue miembro del Politburó de 1922 a 1929; en la década de 1920 presidió el consejo central de los sindicatos y fue uno de los líderes de la Oposición de Derechas. Desde 1929 fue viceministro de Industria, al cargo del sector químico; y en 1932-1936 dirigió la Editora Estatal. Se suicidó cuando corría peligro de ser detenido. Tras la muerte de Tomski, su esposa, María Yefrémova, de los «viejos bolcheviques», fue condenada a diez años de exilio (Mólotov bloqueó su liberación en 1954). Dos hijos mayores, Mijaíl y Víktor, fueron detenidos y ejecutados a finales de los años treinta; Yuri hijo (1921) fue arrestado y enviado al exilio junto con su madre.

Trotski, León (o Lev) Davídovich (L. D. Bronstéin, 1879-1940)
Menchevique; se unió al POSDR en 1897 y a los bolcheviques en junio de 1917. Fue un héroe de las revoluciones de 1905 y octubre de 1917; pasó muchos años emigrado. Fue miembro del Politburó (1919-1926) y ministro de Guerra (1918-1925). Creó el Ejército Rojo durante la guerra civil; chocó con Stalin en Tsaritsyn. Era famoso por la exigencia de disciplina a ultranza; en 1920-1921 abogó por el trabajo forzoso. Tras la muerte de Lenin lideró la Oposición de Izquierdas. Fue apartado del partido y deportado a Kazajistán en 1927; expulsado del país en 1929; estuvo exiliado en Turquía y luego en México, donde fue asesinado por agentes soviéticos. Su hermana Olga se casó con Kámenev. Su segunda esposa fue Natalia Ivánovna Sedova; el hijo mayor de ambos, Lev (1906-1938) fue el principal asistente de Trotski en Europa, tras su destierro.

Tujachevski, Mijaíl Nikoláyevich (1893-1937)
Nacido en Smolensko, en una familia noble pero empobrecida. Estudió secundaria y luego para el cuerpo de cadetes; durante la primera guerra mundial fue oficial subalterno. Sirvió como voluntario en el Ejército Rojo durante la guerra civil y se unió al partido en 1918. De 1928 a 1931

dirigió el distrito militar de Leningrado; desde 1931 fue vicepresidente del Consejo Militar. Se implicó en la modernización del ejército y teorizó sobre el uso de los carros de combate. Fue mecenas de músicos tales como Shostakóvich. Desde 1934 fue el viceministro de Defensa, a las órdenes de Voroshílov, y luego viceministro primero. En junio de 1937 fue acusado de traición y ejecutado.

Uborévich, Yeronim Petróvich (1896-1937)

Lituano, de orígenes campesinos; asistió a la universidad en 1914-1915, fue oficial subalterno durante la primera guerra mundial y se incorporó al partido en 1917. Durante la guerra civil combatió en el Ejército Rojo. Tras ser enviado a Alemania en 1927-1928, para perfeccionar la formación militar, fue vicepresidente del Consejo Militar Revolucionario (1930-1931), y luego comandante de los distritos militares de Bielorrusia y después del Asia central (1931-1937). Era amigo de Mikoyán. Fue acusado en el caso Tujachevski y ejecutado.

Vasilevski, Aleksandr Mijáilovich (1895-1977)

Ruso, hijo de un sacerdote. Suboficial en la primera gran guerra; sirvió en el Ejército Rojo durante la guerra civil; fue protegido por Voroshílov y en los primeros años treinta estudió en la Academia Militar Frunze. Se unió al partido en 1938 (antes se lo impedía su origen social). En la segunda guerra mundial fue ascendido a mariscal en 1943 y encabezó el Estado Mayor de 1946 a 1949. Fue ministro de Defensa de 1949-1953 y viceministro desde entonces hasta 1956.

Voroshílov, Kliment Yefrémovich (1881-1969)

Ruso, nacido en Ucrania, hijo de un empleado de los ferrocarriles; en su juventud fue minero en la cuenca del Donets, se unió al partido en 1903. Junto con Budionni, dirigió el Primer Ejército de Caballería en la guerra civil; estuvo en Tsaritsyn con Stalin; luchó en la guerra con Polonia, en 1920. Fue ministro de Defensa (1925-1940) y miembro de pleno derecho del Politburó (1925-1960). Quedó desacreditado como líder militar durante la guerra con Finlandia y la debacle de Leningrado, en 1941. Perdió el favor de Stalin en la década de 1940, acusado de ser un «espía británico». Presidió la Comisión de Control soviética en Budapest, tras la guerra, y luego pasó a la administración de las artes. Fue presidente del Sóviet Supremo en el liderazgo posestalinista. Se casó con Yekaterina (Golda Gorbman, 1987-1959); adoptaron como hijos a Piotr (1914), y a los hijos de Frunze: Tatiana (1920, química) y Timur (1923-1942), piloto, fallecido en la guerra.

Voznesenski, Nikolái Alexéyevich (1903-1950)

Ruso, de una familia de administrativos, economista. Se unió al partido en 1919. En los años veinte estudió primero en la Universidad Comunista Sverdlov, luego en el Instituto de Profesores Rojos, donde, tras licenciarse, fue profesor. Se doctoró en Economía en 1935. Encabezó la Comisión de Planificación Urbana de Leningrado (1935-1937), luego fue el segundo de la Comisión de Planificación Estatal en Moscú, desde 1938. En 1939 devino vicepresidente del Consejo de Ministros soviético, y primer vicepresidente en marzo de 1941; fue miembro del GKO durante la segunda guerra mundial, «candidato» del Politburó desde febrero de 1941 y miembro de pleno derecho desde 1947. Se rumoreaba que Stalin sopesaba elegirlo como heredero; fue apartado de todos los cargos en conexión con el Caso de Leningrado, de marzo de 1949; en octubre de ese año fue detenido, y fue ejecutado el 30 de septiembre de 1950.

Vyshinski, Andréi Yanuárievich (1883-1959)

Jurista; polaco de familia noble, creció en Bakú y se licenció en la universidad. Se unió al partido en 1920 (antes había sido menchevique). Fue el fiscal de los casos de Shajti y tres de los juicios de Moscú; fiscal adjunto, y luego fiscal en jefe de la URSS (1931-1939). Tras servir como viceministro primero de Exteriores (1940-1949), sustituyó a Mólotov como ministro en 1949, hasta que los dos se invirtieron de nuevo los papeles en 1953. Encabezó la delegación soviética en Naciones Unidas, en 1946, y tras la muerte de Stalin regresó a esta institución.

Yagoda, Guénrij Gueórgevich (1891-1938)

Judío, estuvo en el partido desde 1907 (desde 1917, según otras fuentes). Creció en Nizhni Nóvgorod; era pariente del «viejo bolchevique» Yákov Sverdlov, y en la juventud conoció al escritor Maksim Gorki. Fue el segundo de la OGPU (1924-1934), luego el jefe de la organización que le sucedió, el NKVD (1935-1936). Se hallaba más cerca de la Derecha que del equipo de Stalin, y también era amigo de la casa de Gorki, tras el regreso de este (se enamoró de su nuera). En 1938, en uno de los Juicios de Moscú, fue acusado, condenado y ejecutado. Se casó con Ida, sobrina de Sverdlov, y fue cuñado de Leopold Averbaj (líder de la militante Asociación Rusa de Escritores Proletarios en la década de 1920).

Yakir, Yona Emmanuílovich (1896-1937)

Judío, hijo de un farmacéutico, estudió en la Universidad de Basilea y se unió al partido en 1917. Estuvo con el Ejército Rojo durante la guerra civil y fue comandante del distrito militar de Ucrania (1925-1935). Era amigo de Kaganóvich y Jrushchov; en el caso Tujachevski fue acusado, condenado y ejecutado. Su esposa, Sara, lo denunció en público —es de creer que bajo presión— y luego fue enviada al Gulag con su hijo Piotr, que sería disidente en el período de Brézhnev.

Yákovlev, Yákov Arkádievich (Y. Epshtein, 1896-1938)

Judío; se unió al partido cuando estudiaba, en 1913, y trabajó con Mólotov en el movimiento clandestino de San Petersburgo. Tras un período en el Comité Central mediada la década de 1920, encabezó el Ministerio de Agricultura (1929-1934) y el Departamento de Agricultura del Comité Central (1934-1936); desde 1936, fue vicepresidente primero de la Comisión de Control del partido. Nunca fue miembro del Politburó, aunque sí asistió con frecuencia a sus reuniones, en los años treinta, como favorito de Stalin. Fue detenido en octubre de 1937 y ejecutado. Su esposa, Yelena Sokolóvskaya, directora de Mosfilm, fue detenida con él.

Yegórov, Aleksandr Ilich (1883-1939)

Ruso, profesional de las fuerzas armadas desde los tiempos del Ejército Imperial, luego con el Ejército Rojo durante la guerra civil. Se unió al partido en 1918, tras haber militado en el Partido Socialista Revolucionario (PSR). En la década de 1920 dirigió tropas en Ucrania, luego en Bielorrusia. Dirigió el Estado Mayor Conjunto de 1935 a 1938; fue mariscal desde 1935 y viceministro primero de Defensa en 1937-1938. Fue detenido en febrero de 1938 y fusilado. Su esposa, la actriz de cine Galina Yegórova, que en los años treinta dirigió un salón literario con Olga Búbnova, fue detenida en 1937.

Yenukidze, Abel Safrónovich (1877-1937)

Georgiano; miembro del partido desde 1898 y secretario del Presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS (luego llamado Sóviet Supremo) de 1922 a 1935; fue expulsado del partido en junio de 1935 y fusilado durante las Grandes Purgas. Era padrino de Nadia Alilúyeva.

Yezhov, Nikolái Ivánovich (1895-1940)
Se incorporó al partido en 1917. Dirigió un departamento del Comité Central desde 1930 y la Comisión de Control del partido de 1934 a 1939; fue jefe del NKVD (1936-1938); «candidato» del Politburó desde octubre de 1937 y ministro de Transporte Marítimo y Fluvial en 1938-1939. Tras ser arrestado el 10 de abril de 1939, fue fusilado en febrero de 1940. Casado con Yevguenia (de soltera Feigenberg, por otros matrimonios Jayútin y Gladún [1904-1938]), que regentaba un salón y se suicidó en 1938; tenían una hija adoptada, Natalia Jayútina (1932).

Zhdánov, Andréi Aleksándrovich (1896-1948)
Ruso, hijo de un inspector escolar, se sumó al partido en 1915, mientras estudiaba. Fue secretario del partido en Nizhni Nóvgorod (1922-1934) y luego presidió la organización del partido en Leningrado (1934-1944; permaneció en la ciudad durante el asedio). Fue secretario del Comité Central desde 1934, «candidato» del Politburó desde 1935 y miembro de pleno derecho de 1939 a 1948. Presidió la Comisión de Control soviética en Finlandia, en 1945. Tras la guerra fue la figura más señera de la campaña de imposición de disciplina en la cultura («zhdanovismo»). Su esposa Zinaida era hermana de Aleksandr Shcherbakov; su hijo Yuri (1919), químico, encabezó el Departamento de Ciencia del Comité Central (1948-1953), estuvo casado con Svetlana, la hija de Stalin, de 1949 a 1952 (tuvieron una hija, Yekaterina, nacida en 1950), y más adelante fue rector de la Universidad de Rostov.

Zhemchúzhina, Polina Semiónovna (también conocida como Mólotova, nacida como Karpóvskaya, 1897-1970)
Hija de un sastre judío, nació en Ucrania; se incorporó al partido en 1918 (el mismo año que su hermano y su hermana emigraron a Palestina). Fue comisaria política en el Ejército Rojo, durante la guerra civil, cuando conoció a Mólotov y se casó con él. Trabajó como secretaria de una sección del partido en una fábrica moscovita (1927-1932); directora del consorcio de los cosméticos (1932-1936); jefa del departamento de cosméticos en el Ministerio de la Industria Alimentaria, con Mikoyán (1936-1937); viceministra, luego ministra de Pesca (1939); jefa de la industria textil en el Ministerio de la Industria Ligera (1939-1948). Fue «candidata» del Comité Central de 1939 a 1941. En 1949 fue detenida por sionismo y estuvo exiliada hasta marzo de 1953.

Zhúkov, Gueorgui Konstantínovich (1896-1974)
Ruso, profesional de las fuerzas armadas. Reclutado por el Ejército Imperial en 1915, pasó al Ejército Rojo desde 1918 y se unió al partido en 1919. Durante la segunda guerra mundial fue tanto uno de los comandantes más destacados del frente (en 1943 fue ascendido a mariscal) como segundo del comandante supremo (Stalin). Estuvo al mando de las fuerzas de ocupación soviéticas en Alemania (1945-1946). En 1946 fue degradado y enviado a dirigir los distritos militares de Odesa y luego los Urales. Fue viceministro primero de Defensa desde marzo de 1953, y ministro de esa cartera de 1955 a 1957; «candidato» del Presidium del partido (1956-1957) y miembro de pleno derecho de junio a octubre de 1957. Fue una figura clave en la detención de Beria y la expulsión del Grupo Antipartido.

Zinóviev, Grigori Yevséyevich (G. Radomylski, 1883-1936)

Judío, se unió al POSDR en 1901 y a los bolcheviques en 1903. Pasó muchos años en la emigración, antes de 1917, en la proximidad de Lenin. Se opuso al asalto al poder de la Revolución de Octubre. Encabezó la organización del partido en Petrogrado (llamada luego Leningrado) desde 1918 y el Comintern desde 1919, hasta que perdió ambos puestos como líder de la Oposición de Izquierdas, en 1926; fue miembro del Politburó desde 1921 a 1926. En 1935 fue acusado de complicidad en el asesinato de Kírov; fue acusado en uno de los Juicios de Moscú, en 1936, condenado y fusilado. Su primera esposa, Zlata Lilina (1882-1929), dirigió el Departamento de Educación de Leningrado en la década de 1920, hasta que fue expulsada del partido con Zinóviev, en 1927. El hijo de ambos, Stepán Radomylski (1913-1937), fue detenido en 1936 y murió en la cárcel. La segunda esposa de Zinóviev, Sara Rávich (1899-1957), fue arrestada en 1935 y enviada al Gulag, de donde fue liberada en 1954.

Bibliografía de obras citadas

ARCHIVOS (F. = ***fond***, COLECCIONES DE ARCHIVOS;
OP. = ***opis'***, INVENTARIO)

GARF (Gosudarstennyi arkhiv Rossiiskoi Federatsii)

f. 3316 (Comité Ejecutivo Central del Congreso de Sóviets de la URSS [TSIK])

f. 3429 (Consejo Supremo de Economía Nacional de la URSS [Vesenjá])

f. 5446 (vicepresidentes del Consejo de Ministros de la URSS):

op. 51 (Andréyev), 53 (Voznesenski), 54 (Voroshílov), 82 (Mólotov), 83 (Kaganóvich), 85 (Malenkov), 120 (Mikoyán)

f. 5451 (Consejo Central de Sindicatos de la URSS)

f. 7297 (Comisariado del Pueblo de Industria Pesada de la URSS)

f. 7523 (Sóviet Supremo de la URSS)

RGANI (Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv noveishei istorii)

f. 3 (Politburó), f. 5 (Departamentos General y de Agitprop del Comité Central); f. 52 (Jrushchov)

RGASPI (Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii)

f. 17 (Comité Central del Partido Comunista Ruso/Soviético)

Documentos personales:

ff. 73 (Andréyev), 74 (Voroshílov), 77 (Zhdánov), 78 (Kalinin), 79 (Kúibyshev), 80 (Kírov), 81 (Kaganóvich), 82 (Mólotov), 84 (Mikoyán), 85 (Ordzhonikidze), 329 (Bujarin), 558 (Stalin), 667 (Yenukidze)

TsGAIPD (Tsentral'nyi gosudarstvennyi arkhiv istoriko-politicheskoi dokumentatsii Sankt-Peterburga)

f. 24 (comité regional del partido en Leningrado)

TsKhDNISO (Tsentr khraneniia dokumentatsii noveishei istorii Samarskoi oblasti)

f. 714 (comité regional del partido en Kúibyshev)

PERIÓDICOS

Izvestia (órgano del gobierno central)
Krestianskaya gazeta (Leningrado)
Pravda (órgano del partido central)
Trud (órgano del sindicato central)

DOCUMENTOS: PUBLICACIONES Y TRANSCRIPCIONES

XIII s"ezd RKP(b), Mai 1924 g. Stenograficheskii otchet (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo polititicheskoi literatury, 1962)

XV konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 25 oktiabria-3 noiabria 1926 g. Stenograficheskii otchet (Moscú-Leningrado: Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1927)

XV s"ezd VKP(b), Dekabr' 1927 goda, Stenograficheskii otchet (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel 'stvo polititicheskoi literatury, 1961), 2 vols.

XVII s"ezd VKP, 30 ianvaria-10 fevralia 1934 g. Stenograficheskii otchet (Moscú: Partizdat, 1934)

XVIII s"ezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 10-21 marta 1939 g. Stenograficheskii otchet (Moscú: OGIZ, 1939)

XX s"ezd Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza, 14-25 fevralia 1956 g. Stenograficheskii otchet (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1956), 2 vols.

Bol'shevistkoe rukovodstvo: Perepiska, 1912-1927, comp. A. V. Kvashonkin, O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: ROSSPEN, 1996)

Clark, Katerina, y Yevgueni Dobrenko, con Andréi Artizov y Oleg Naumov. *Soviet Culture and Power: A History in Documents, 1917-1953* (New Haven: Yale University Press, 2007)

Foreign Relations of the United States Diplomatic Papers: Franklin D. Roosevelt; The Conferences at Malta and Yalta (Washington, DC: Department of State, 1955)

Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i: Iz lichnogo arkhiva, ed. Yu. G. Murin (Moscú: Rodina, 1993)

Kak lomali NEP: Stenogrammy plenumov TsK VKP(b), 1928-29 v piati tomakh, ed. V. P. Danílov, O. V. Jlevniuk, A. Yu. Vatlin *et al*. (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 2000), 5 vols.

Koenker, Diane P., y Ronald D. Bachman (eds.), *Revelations from the Russian Archives* (Washington, DC: Library of Congress, 1997)

Lavrentii Beriia: Stenogramma iul 'skogo plenuma TsK KPSS i drugie materialy, comp. V. P. Naumov y Yu. Sigarev (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1999)

«Literaturnyi front»: Istoriia politicheskoi tsenzury; Sbornik dokumentov, comp. D. L. Babichenko (Moscú: Entsiklopediia rossiiskikh dereven', 1994)

Lubianka: Stalin i Glavnoe Upravlenie Gosbezopasnosti NKVD, 1937-1938, comp. V. N. Jaustov *et al*. (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 2004)

Lubianka: Stalin i NKVD-NKGB-GUKR «Smersh» 1939-March 1946, comp. V. N. Jáustov *et al*. (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 2006)

Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957; Stenogramma iun'skogo plenuma TsK KPSS i drugie dokumenty, comp. N. Kovaliova *et al*. (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1998)

Na prieme u Stalina: Tetradi (zhurnaly) zapisei lits, priniatykh I. V. Stalinym (1924-1953 gg.), ed. A. A. Chernobáyev (Moscú: Novyi Khronograf, 2008)

Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts «Long Telegrams» of 1946, ed. Kenneth M. Jensen (Washington, DC: US Institute of Peace, 1991)

Pis'ma I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936 gg., comp. L. Kosheleva *et al*. (New Haven: Yale University Press, 1995)

Politbiuro i delo Beriia: Sbornik dokumentov, ed. O. B. Mozojin (Moscú: Kuchkovo pole, 2012)

Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b): Povestki dlia zasedanii. Vol. 1, 1919-29. Katalog (Moscú: ROSSPEN, 2000)

Politbiuro TsK RKP(b) i Evropa: Resheniia «osoboi papki», 1923-1939 (Moscú: ROSSPEN, 2001)

Politbiuro Tsk VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR, 1945-53, comp. Jlevniuk *et al*. (Moscú: ROSSPEN, 2002)

«Posetiteli kremlevskogo kabineta Stalina», ed. A. V. Korotkov, A. D. Chernev y A. A. Chernobáyev, *Istoricheskii arkhiv*, 1994, n.º 6 y 1997, n.º 1.

Prezidium TsK KPSS, 1954-1964, vol. 1, Chernovye protokol'nye zapisi zasedanii: Stenogrammy, ed. A. A. Fúrsenko (Moscú: ROSSPEN, 2003)

«"Prosti menia, Koba": Neizvestnoe pis'mo N. Bukharina», *Istochnik*, 1993, n.º 0.

«Protiv prisvoenii familii Stalina vozvrazhenii ne imeiu», *Istochnik*, 1996, n.º 2.

Regional'naia politika N. S. Khrushcheva: TsK KPSS i mestnye partiinye komitety, 1953-1964 gg., comp. O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: Rossiiskaia politicheskaia entsiklopediia, 2009)

«Report of Court Proceedings in the Case of the Anti-Soviet "Bloc of Rights and Trotskyites", Heard before the Military Collegium of the Supreme Court of the USSR, Moscow, March 2-13, 1938 [«Informe del proceso penal en el caso del "Bloque de derechistas y trotskistas", oído ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, Moscú, 2 a 13 de marzo de 1938» (Moscú: People's Commissariat of Justice of the USSR [Comisariado del Pueblo de Justicia de la URSS], 1938)

Rubenstein, Joshua, y Vladímir P. Naumov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee*, trad. Laura Esther Wolfson (New Haven: Yale University Press, 2001)

«Schast'e literatury»: Gosudarstvo i pisateli, 1925-1938; Dokumenty, comp. D. L. Babichenko (Moscú: ROSSPEN, 1997)

Sovetskoe rukovodstvo: Perepiska, 1928-1941, comp. A. V. Kvashonkin *et al*. (Moscú: ROSSPEN, 1999)

Stalin i Kaganovich: Perepiska, 1931-1936 gg., comp. O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: ROSSPEN, 2001)

Stalin i kosmopolitizm: Dokumenty agitpropa TsK KPSS, 1945-1953, ed. D. G. Nadzhafov (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», izdatel'stvo Materik, 2005)

Stalinskoe Politbiuro v 30-e gody: Sbornik dokumentov, comp. O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: AIRO-XX, 1995)

Stenogrammy zasedanii Politbiuro TsK RKP(b)-VKP9(b), 1923-1938 v trekh tomakh (Moscú: ROSSPEN, 2007), vol. 1 (1923-1926), vol. 2 (1926-1927), vol. 3 (1928-1938)

«"U menia odna nadezhda na tebia": Poslednie pis'ma N. I. Bukharina I. V. Stalinu, 1935-1937 gg»., *Istoricheskii arkhiv*, 2001, n.º 3

Vainakhi i imperskaia vlast': Problema Chechni i Ingushetii vo vnutrennei politike Rossii i SSSR (nachalo XIX-seredina XX v.), ed. V. A. Kozlov (Moscú: ROSSPEN, 2011)

Vlast' i khudozhestvennaia intelligentsia: Dokumenty TsK RKP(b)-VKP(b), VChK-OGPU-NKVD o kul 'turnoi politike, 1917-1953, comp. Andréi Artizov y Oleg Naumov (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1999)

«Vsiudu ia budu dokazat' "svoiu nevinnovnost"», cartas de Bujarin a Stalin y miembros del Politburó (1936), *Istochnik*, 1993, n.º 2.

MEMORIAS, ENTREVISTAS E HISTORIAS DE MIEMBROS DEL EQUIPO Y FAMILIARES

Andréyev

Andréyev, A. A. *Vospominaniia, pis'ma*, comp. N. A. Andréyeva (Moscú: Politizdat, 1985)

Beria

Beria, Sergó. *Beria, My Father: Inside Stalin's Kremlin*, trad. Brian Pearce (Londres: Duckworth, 2001)

—, *Moi otets: Lavrentii Beriia* (Moscú: «Sovremennik», 1994)

—, *Moi otets, Lavrentii Beriia: Syn za ottsa otvechaet . . .* (Moscú: Algoritm, 2013)

Bujarin

Bujarina, Anna Larina. *Nezabyvaemoe* (Moscú: APN, 1989)

—, [Larina, Anna]. *This I Cannot Forget: The Memoirs of Nikolai Bukharin's Widow*, trad. Gary Kern (Londres: Norton, 1993) [*Lo que no puedo olvidar*, trad. María García, pról. Antonio Muñoz Molina, introd. Stephen F. Cohen, Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2006.]

Jrushchov

Jrushchov [Khrushchev], Nikita. *Khrushchev Remembers*, ed. y trad. Strobe Talbott (Boston: Little Brown, 1970) [*Kruschef recuerda*, trad. José Luis Díaz de Liaño (Diorki), Madrid: Prensa Española-Santillana, 1970.]

—, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, ed. y trad. Jerrold L. Schecter (Boston: Little, Brown, 1990)

—, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, ed. y trad. Strobe Talbott (Boston: Little, Brown, 1974) [*Memorias: El último testamento*, trad. Jorge Edwar[d]s, Barcelona: Euros, 1975.]

Jrushchov, Serguéi. *Nikita Khrushchev: Krizisy i rakety* (Moscú: Novosti, 1994)

—, *Nikita Khrushchev: Pensioner* (Moscú: Vremia, 2010), vol. 3 de *Trilogiia ob ottse.*

—, *Nikita Khrushchev: Reformator* (Moscú: Vremia, 2010), vol. 2 de *Trilogiia ob ottse*.

—, *Nikita Khrushchev: Rozhdenie sverkhderzhavy* (Moscú: Vremia, 2010), vol. 1 de *Trilogiia ob ottse*.

Kaganóvich

Chuev, Félix. *Tak govoril Kaganovich: Ispoved' stalinskogo apostola* (Moscú: Otechestvo, 1992)

Kaganóvich, Lazar. *Pamiatnye zapiski rabochego, kommunista-bol'shevika, profoiuznogo, partiinogo i sovetsko-gosudarstvennogo rabotnika* (Moscú: Vagrius, 1996)

Kumanov, G. A. *Riadom so Stalinym: Otkrovennye svidetel 'stva; Vstrechi, besedy, interv'iu, dokumenty* (Moscú: Bylina, 1999) (entrevista de 1991 con Kaganóvich)

Kosior, Stanislav

O Stanislave Kosiore: Vospominaniia, ocherki, stat'i, comp. M. B. Pogrebinskii (Moscú: Politizdat, 1989)

Kúibyshev

Kúibysheva, G. V. *Valerian Vladimirovich Kuibyshev: Biografiia* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1966)

Malenkov

Malenkov, A. G. *O moem ottse Georgii Malenkove* (Moscú: NTTs «Tekhnoekos», 1992)

Mikoyán

Mikoyán, A. I. *Dorogoi bor'by* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1971)
—, *Mysli i vospominaniia o Lenine* (Moscú: Politizdat, 1970)
—, *Tak bylo: Razmyshleniia o minuvshem* (Moscú: Vagrius, 1999)
—, *V nachale dvatsatykh . . .* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1975)
Mikoyán, Stepán Anastásevich. *Vospominaniia voennogo letchikia-ispytatelia* (Moscú: «Tekhnika molodezhi», 2002)

Mólotov

Chuev, Félix. *Molotov: Poluderzhavnyi vlastelin* (Moscú: OLMA-PRESS, 2000)
—, *Sto sorok besed s Molotovym: Iz dnevnika F. Chueva* (Moscú: Terra, 1991)
Níkonov, Viacheslav. *Molotov: Molodost'* (Moscú: Vagrius, 2005) [hasta 1924]

Ordzhonikidze

Ordzhonikidze, Z. G. *Put' bol'shevika: Stranitsy iz zhizni G. K. Ordzhonikidze* (Moscú: Istoriia grazhdanskoi voiny, 1938)

Póstyshev

Póstyshev, Leonid. «Iz ukhodiashchego proshlogo», en Fakel: *Istoriko-revoliutsionnyi al'manakh* (Moscú: 1989)

Stalin

Alilúyeva, Svetlana. *Dvadtsat' pisem k drugu* (San Petersburgo, 1994)
—, [Allilyueva, S.]. *Only One Year* (Nueva York: Harper & Row, 1969) [*Vivir como un ser libre*, trad. Ramón Margalef Llambrich, Barcelona: Aymá, 1970.]
—, *Twenty Letters to a Friend* (Nueva York: Harper & Row, 1967) [Svetlana Stalin, *Rusia, mi padre y yo: (Veinte cartas a un amigo)*, trad. Augusto Vidal, Barcelona: Planeta, 1967.]
Lobánov, M. (ed.). *Stalin v vospominaniiakh sovremennikov i dokumentov epokhi* (Moscú: EKSMO, 2002)

Tomski

Tomski, Yuri. «Vospominaniia Iuriia Tomskogo ob ottse, 1988-89», en Mijaíl Tomski, *Vospominaniia, stat 'i, dokumenty*, ed. O. I. Gorélov (Moscú: RGGU, 2001)

Voroshílov

Voroshílov, K. E. *Rasskazy o zhizni: Vospominaniia* (Moscú: Politizdat, 1968), vol. 1 [pero no se publicaron más vols.]

Zhdánov

Zhdánov, Yu. A. *Vzgliad v proshloe: Vospominaniia ochevidtsa* (Rostov: Feniks, 2004)

OTRAS MEMORIAS, DIARIOS Y ENTREVISTAS

Adzhubéi, A. I. *Te desiat' let* (Moscú: Sovetskaia Rossiia, 1989)

Alekséyeva, Nina. *Lavrentii Beriia v moei zhizni* (Moscú: 1996)

Aroseva, Olga. *Bez grima* (Moscú: 2000)

Bazhánov, Boris. *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, trad. y comentario de David W. Doyle (Athens: Ohio University Press, 1990)

Berezhkov, Valentín M. *At Stalin's Side: His Interpreter's Memoirs from the October Revolution to the Fall of the Dictator's Empire*, trad. Serguéi V. Mijéyev (Nueva York: Birch Lane Press, 1994)

Bialer, Seweryn. *Stalin and His Generals: Soviet Military Memoirs of World War II* (Nueva York: Pegasus, 1969) [*Los generales de Stalin: Memorias de militares soviéticos de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Luis de Caralt, 1972; reed. Barcelona: Altaya, 2008.]

Bónner, Yelena [Elena]. *Mothers and Daughters*, trad. Antonina W. Bouis (Nueva York: Vintage Books, 1993) [*Madres e hijas*, trad. José Fernández Sánchez, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992.]

Burlatski, Fiódor. *Khrushchev and the First Russian Spring: The Era of Khrushchev through the Eyes of His Advisor*, trad. Daphne Skillen (Nueva York: Charles Scribner, 1988)

Byli industrial'nye: Ocherki i vospominaniia, comp. I. M. Danishevskii (Moscú: Politizdat, 1973)

Byli industrial'nye: Ocherki i vospomninaniia, 2.ª ed., comp. I. M. Danishevski (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973)

Dimitrov, Gueorgui [Georgi]. *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, intr. y ed. Ivo Banac (New Haven: Yale University Press, 2003)

Djilas, Milovan. *Conversations with Stalin*, trad. Michael B. Petrovich (Harmondsworth: Penguin, 1962) [*Conversaciones con Stalin*, Barcelona: Seix Barral, 1962.]

Dubinski [Dubinsky], Rostislav. *Stormy Applause: Making Music in a Workers' State* (Nueva York: Hill & Wang, 1989)

Elagin, *véase* Yelaguin

Fradkin, Víktor. *Delo Kol'tsova* (Moscú: Vagrius, 2002)

Garros, Véronique, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen (eds.). *Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the 1930s* (Nueva York: New Press, 1995)

Gromyko, A. A. *Pamiatnoe* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1988), 2 vols.

Gronski, M. *Iz proshlogo . . . Vospominaniia* (Moscú: Izvestia, 1991)

Iakovlev, *véase* Yákovlev
Jrénnikov, Tijon. *Tak eto bylo* (Moscú: Muzyka, 1994)
Kumanov, G. A. *Govoriat stalinskie narkomy* (Smolensko: Rusich, 2005)
—, *Riadom so Stalinym: Otkrovennye svidetel 'stva; Vstrechi, besedy, interv 'iu, dokumenty* (Moscú: Bylina, 1999)
Kuznetsov, N. G. *Krutye povoroty: Iz zapisok admirala* (Moscú: Molodaia gvardiia, 1995)
Mandelshtam [Mandelstam], Nadezhda. *Hope against Hope: A Memoir*, trad. Max Hayward (Nueva York: Modern Library, 1999) [*Contra toda esperanza*, trad. Lydia K. de Velasco, Madrid: Alianza Editorial, 1984; reed. como *Contra la desesperanza*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2007; y de nuevo como *Contra toda esperanza: memorias*, Barcelona: Acantilado, 2012.]
—, *Vospominaniia* (Nueva York, 1979)
Meir, Golda. *My Life* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1975) [*Mi vida*, trad. Adolfo Martín, Barcelona: Plaza & Janés, 1976, 1986.]
Mićunović, Veljko. *Moscow Diary*, trad. David Floyd (Garden City, NY: Doubleday, 1980)
Nóvikov, N. V. *Vospominaniia diplomata: Zapiski, 1938-1947* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1989)
Orlov, Aleksandr. *Tainaia istoriia stalinskikh prestuplenii* (Moscú: Avtor, 1991)
Patólichev, N. S. *Measures of Maturity*, trad. Y. S. Shirokov y Y. S. Sviridov (Oxford: Pergamon Press, 1983)
Roy, M. N. *M. N. Roy's Memoirs, sponsored by the Indian Renaissance Institute, Dehra Dun* (Bombay: Allied, 1964)
Scott, John. *Behind the Urals: An American Worker in Russia's City of Steel*, ed. Stephen Kotkin (Bloomington: Indiana University Press, 1989)
Serge, Victor. *Memoirs of a Revolutionary*, trad. del francés por Peter Sedgwick y George Paizis (Nueva York: New York Review of Books, 2012) [*Memorias de un revolucionario*, ed. y pról. de Jean Rière, trad. Tomás Segovia, Madrid: Veintisiete Letras, 2011.]
Shamberg, Vladímir. «Stalin's Last Inner Circle», *Harriman Review* 10:1 (1997)
Shepílov, Dmitri. *The Kremlin's Scholar: A Memoir of Soviet Politics under Stalin and Khrushchev*, ed. Stephen V. Bittner, trad. Anthony Austin (New Haven: Yale University Press, 2007)
—, *Neprimknuvshii* (Moscú: Vagrius, 2001)
Shreider, Mijaíl. *NKVD iznutri: Zapiski chekista* (Moscú: Vozvrashchenie, 1995)
Símonov, Konstantín. *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú: Novosti, 1988)
Soloviov, A. G. «Tetradi krasnogo professor», en *Neizvestnaia Rossiia*, vol. 4 (Moscú: Mosgorarkhiv, 1993)
Sudoplátov, Pável, y Anatoli Sudoplátov, con Jerrold L. y Leona P. Schecter. *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness; A Soviet Spymaster* (Boston: Little, Brown, 1994) [*Operaciones especiales: memorias de un maestro de espías soviético*, trad. Pedro Fontana, Barcelona: Plaza & Janés, 1994.]
Sujánov, N. *The Russian Revolution, 1917: Eyewitness Account* (ed.), abreviación y trad. Joel Carmichael (Oxford: Oxford University Press, 1955) [Nicolás N. Sukhanof, *La revolución rusa* (1917), trad. Julio Gómez de la Serna, Barcelona: Luis de Caralt, 1970.]
Tomski, Mijaíl. *Vospominaniia: Stat 'i; Dokumenty*, ed. O. I. Gorélov (Moscú: RGGU, 2001)
Troyanovski, Oleg. *Cherez gody i rasstoianiia: Istoriia odnoi sem'i* (Moscú: Vagrius, 1997)
Tuominen, Arvo. *The Bells of the Kremlin* (Hanover: University Press of New England, 1983)
Vishnévskaya, Galina. *Istoriia zhizni* (Moscú: Rusich, 1999)
Vovsi-Mijoels, Natalia. *Moi otets, Solomon Mikhoels* (Moscú: Vozvrashchenie, 1977)
Vozvrashchennye imena: Sbornik publitsisticheskikh statei v 2-kh knigakh (Moscú: Novosti, 1989)

Wells, H. G. *Experiment in Autobiography* (Londres: Faber, 1984) [*Experimento en autobiografía: descubrimientos y conclusiones de un cerebro muy normal (desde 1886)*, trad. Antonio Rivero Taravillo, Córdoba: Berenice, 2009.]

Yákovlev, A. S. *Tsel' zhizni (Zapiski aviakonstruktora)*, 3.ª ed. (Moscú: Politizdat, 1972)

Yelaguin, Yu. *Ukroshchenie iskusstv* (Nueva York: Izdatel'stvo imeni Chekhova, 1952)

Yevtushenko, Yevgueni. *A Precocious Autobiography*, trad. Andrew R. MacAndrew (Londres: Collins & Harvill, 1963)

Zhúkov, G. K. *Vospominaniia i razmyshleniia* (Moscú: Novosti, 1990), 3 vols.

BIOGRAFÍAS

Generales/colectivas

Medvédev, Roi. *Okruzhenie Stalina* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2010)

—, *Oni okruzhali Stalina* (Benson, VT: Chalidze Publications, 1984)

Vasílieva, Larisa. *Kremlevskie zheny* (Moscú: Vagrius, 1992)

—, *Kremlin Wives*, ed. y trad. Cathy Porter (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1994)

Zenkóvich, N. *Samye sekretnye rodstvenniki: Entsiklopediia biografii* (Moscú: OLMA-PRESS, 2005)

Beria

Knight, Amy. *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton: Princeton University Press, 1993)

Sujomlínov, A. V. *Kto vy, Lavrentii Beriia?* (Moscú: Detektiv-Press, 2003)

Bujarin

Cohen, Stephen F. *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1972) [*Bujarín y la revolución bolchevique: Biografía política 1888-1938*, trad. Vicente Romano García, Madrid: Siglo XXI de España, 1976.]

Gregory, Paul R. *Politics, Murder and Love in Stalin's Kremlin: The Story of Nikolai Bukharin and Anna Larina* (Stanford, CA: Hoover Institution Press, 2010)

Medvédev, Roi [Roy] A. *Nikolai Bukharin: The Last Years*, trad. A. D. P. Briggs (Nueva York: Norton, 1980)

Chubar

Dróbizhev, V., y N. Dúbova. *V. Ia. Chubar': Biograficheskii ocherk* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1963)

Ezhov, *véase* Yezhov

Jrushchov

Medvédev, Zhorés, y Roi Medvédev. *Nikita Khrushchev* (Moscú: Vremia, 2012)

Taubman, William. *Khrushchev: The Man and His Era* (Nueva York: Norton, 2003) [*Kruschev: el hombre y su tiempo*, trad. Paloma Gil Quindós, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.]

Kaganóvich

Yevséyev, Yevgueni. *Kaganovich: Satrap za spinoi Stalina* (Moscú: Iauza, 2005)
Rees, E. A. *Iron Lazar: A Political Biography of Lazar Kaganovich* (Londres: Anthem Press, 2012)

Kírov

Lenoe, Matthew E. *The Kirov Murder and Soviet History* (New Haven: Yale University Press, 2010)
Nash Mironych: Vospominaniia o zhizni i deiatel 'nosti S. M. Kirova v Leningrade, comp. M. V. Rosliakov y V. M. Ivanov (Leningrado: Lenizdat, 1968)
O Sergee Kirove: Vospominaniia, ocherki, stat'i sovremennikov, comp. M. I. Vladímirov (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1985)

Mikoyán

Pávlov, M. Yu. *Anastas Mikoyán: Politicheskii portret na fone sovetskoi epokhi* (Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2010)

Mólotov

Bromage, Bernard. *Molotov: The Story of an Era* (Londres: Peter Owen, 1956)
Watson, Derek. *Molotov: A Biography* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2005)

Ordzhonikidze

Seiranian, F. G. G. *K. Ordzhonikidze v gody sotsialisticheskogo stroitel'stva* (Tiflis: Izdatel'stvo «Sabchota Sakartvelo», 1986)

Rudzutak

Trukan, G. A. *Ian Rudzutak* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1963)

Stalin

Baberowski, Jörg. *Verbrannte Erde: Stalins Herrschaft der Gewalt* (Múnich: C. H. Beck Verlag, 2012; traducción inglesa en proceso)
Kun, Miklós. *Stalin: An Unknown Portrait* (Budapest: Central European University Press, 2003)
Montefiore, Simon Sebag. *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004) [*La corte del zar rojo*, trad. Teófilo de Lozoya, Barcelona: Crítica, 2004.]
—, *Young Stalin* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2007)
Radzinski, Édvard [Radzinsky]. *Stalin*, trad. H. T. Willetts (Nueva York: Doubleday, 1996)
Service, Robert. *Stalin: A Biography* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2005) [*Stalin: una biografía*, trad. Susana Beatriz Cella, Madrid: Siglo XXI de España, 2006.]
Trotski, León. *Stalin: An Appraisal of the Man and His Influence*, ed. y trad. del ruso de Charles Malamuth (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1941)
Tucker, Robert C. *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: A Study in History and Personality* (Nueva York: Norton, 1973)
—, *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941* (Nueva York: Norton, 1990)
Ulam, Adam Bruno. *Stalin: The Man and His Era* (Nueva York: Viking Press, 1973) [*Stalin, el hombre y su época*, trad. Esteban Riambau, Barcelona: Noguer, 1975.]
Volkogónov, Dmitri. *Triumf i tragediia: Politicheskii portret I. V. Stalina* (Moscú: Novosti, 1989), 2 vols.
—, *Stalin: Triumph and Tragedy*, ed. y trad. Harold Shukman (Rocklin, CA: Prima, 1992)

Tomski

Gorélov, O. I. *Tsugtswang Mikhaila Tomskogo* (Moscú: ROSSPEN, 2000)

Trotski

Deutscher, Isaac. *The Prophet Armed: Trotsky; 1879-1921* (Londres: Oxford University Press, 1970)

—, *The Prophet Outcast: Trotsky; 1929-1940* (Londres: Oxford University Press, 1970) [*Trotsky: el profeta desterrado (1929-1940)*, trad. José Luis González, 4.ª ed., México: Era, 1979.]

—, *The Prophet Unarmed: Trotsky; 1921-1929* (Londres: Oxford University Press, 1970)

Patenaude, Bernard M. *Stalin's Nemesis: The Exile and Murder of Leon Trotsky* (London: Faber & Faber, 2009)

Service, Robert. *Trotsky: A Biography* (Londres: Macmillan, 2009) [*Trotski: una biografía*, trad. Francesc Reyes Camps, Barcelona: Ediciones B, 2010.]

Voroshílov

Kardashov, *V. Voroshilov* (Moscú: Molodaia gvardiia, 1976)

Yagoda

Ilinski, Mijaíl. *Narkom Iagoda* (Moscú: Veche, 2005)

Yezhov

Getty, J. Arch, y Oleg V. Naumov. *Yezhov: The Rise of Stalin's «Iron Fist»* (New Haven: Yale University Press, 2008)

Jansen, Mark, y Nikita Petrov. *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940* (Stanford, CA: Hoover Institution Press, 2001)

Zhdánov

Borísov, S. *Andrei Aleksandrovich Zhdanov: Opyt politicheskoi biografii* (Shádrinsk, 1998)

Boterbloem, Kees. *The Life and Times of Andrei Zhdanov, 1896-1948* (Montreal: McGill-Queens, 2004)

Kislitsyn, S. A. *Iurii Zhdanov: Riadom so Stalinym, Sholokhovym, Il 'enkovym... «V vechnykh skitaniiakh vechnykh boreniiakh»* (Moscú: URSS, 2013)

Volynets, Alekséi. *Zhdanov* (Moscú: Molodaia gvardiia [Zhizn' zamechatel'nykh liudei], 2013)

LIBROS Y ARTÍCULOS EN INGLÉS

Adler, Nanci. *The Gulag Survivor* (New Brunswick, NJ: Transaction, 2002)

Alexopoulos, Golfo. *Stalin's Outcasts: Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926-1936* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2003)

Andrew, Christopher, y Vasili Mitrojin [Mitrokhin]. *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB* (Nueva York: Basic Books, 1999)

Carr, E. H. *Socialism in One Country, 1924-1926*, 3 vols. (Londres: Macmillan, 1958-1964) [*El socialismo en un solo país (1924-1926)*, trad. Fernando de Diego de la Rosa, Madrid: Alianza Editorial, 4 vols., 1974-1976.]

—, y R. W. Davies. *Foundations of a Planned Economy, 1926-29*, 2 vols. (Londres: Macmillan, 1969) [*Bases de una economía planificada (1926-1929)*, trad. Andrés Linares, Madrid: Alianza Editorial, 6 vols., 1980-1984.]

Carswell, John. *The Exile: A Life of Ivy Litvinov* (Londres: Faber & Faber, 1983)

Churchill, Winston. *The Second World War*, vol. 4, *The Hinge of Fate* (Boston: Houghton-Mifflin, 1950) [*Memorias: la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: José Janés, 1949-1955, vol. 4: *El gozne del destino*, trad. Luis Palazón.]

Clark, Katerina. *Moscow the Fourth Rome: Stalinism, Cosmopolitanism and the Evolution of Soviet Culture, 1931-1941* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011)

Cohen, Stephen F. *The Victims Return: Survivors of the Gulag after Stalin* (Londres: I. B. Tauris, 2011) [*El regreso de las víctimas: supervivientes del Gulag después de Stalin*, trad. Antonio Rincón Córcoles, El Boalo, Madrid: Creaciones Vincent Gabrielle, 2011.]

Conquest, Robert. *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties* (Harmondsworth: Penguin, 1971) [*El gran terror: Las purgas stalinianas de los años treinta*, trad. Joaquín Adsuar, Barcelona: Luis de Caralt, 1974.]

Crankshaw, Edward. *Khrushchev's Russia* (Harmondsworth: Penguin, 1959)

Daniels, Robert V. *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia* (Nueva York: Simon and Schuster, 1960)

David-Fox, Michael. *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941* (Oxford: Oxford University Press, 2012)

Davies, Robert W. *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-33* (Londres: Macmillan, 1996)

—, *The Socialist Offensive: The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1930* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1980)

Davies, Sarah. *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 1999)

—, y James Harris (eds.). *Stalin: A New History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005)

Dullin, Sabine. *Men of Influence: Stalin's Diplomats in Europe, 1930-1939*, trad. del francés por Richard Veasey (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2008)

Erlich, Alexander. *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1928* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960)

Feuchtwanger, Lion. *Moscow 1937: A Visit Described for My Friends*, trad. Irene Josephy (Nueva York: Viking, 1937)

Fitzpatrick, Sheila. *The Commissariat of Enlightenment* (Londres: Cambridge University Press, 1970)

—, «The Civil War as a Formative Experience», en Abbott Gleason, Peter Kenez y Richard Stites (eds.), *Bolshevik Culture: Experiment and Order in the Russian Revolution* (Bloomington: Indiana University Press, 1985)

—, *The Cultural Front* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992)

—, (ed.). *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931* (Bloomington: Indiana University Press, 1978)

—, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1924-1932* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979)

—, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times; Soviet Russia in the 1930s* (Nueva York: Oxford University Press, 1999)

—, «Intelligentsia and Power: Client-Patron Relations in Stalin's Russia», en Manfred Hildermeier (ed.), *Stalinismus vor dem zweiten Weltkrieg: Neue Wege der Forschung / Stalinism before the*

Second World War: New Avenues of Research (Múnich: Oldenbourg, 1998), y en Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!* (2005)
—, «The Legacy of the Civil War», en *Party, State, and Society in the Russian Civil War* (Bloomington: Indiana University Press, 1989), 390-97
—, «Ordzhonikidze's Takeover of Vesenkha: A Case Study in Soviet Bureaucratic Politics», *Soviet Studies* 37:2 (1985)
—, «Politics as Practice: Thoughts on a New Political History», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 5:1 (2004)
—, *A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia* (Londres: I. B. Tauris, 2014)
—, «Stalin and the World of Culture», en *Totalitarian Dictatorship: New Histories*, ed. Daniela Baratieri, Mark Edele y Giuseppe Finaldi (Nueva York: Routledge, 2014)
—, *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization* (Oxford: Oxford University Press, 1994)
—, *Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia* (Princeton: Princeton University Press, 2005)
Gellately, Robert. *Stalin's Curse: Battling for Communism in War and Cold War* (Oxford: Oxford University Press, 2013) [*La maldición de Stalin: la lucha por el comunismo en la Guerra Mundial y en la Guerra Fría*, trad. Cecilia Belza y Gonzalo García, Barcelona: Pasado & Presente, 2013.]
Getty, J. Arch. *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985)
—, *Practicing Stalinism: Bolsheviks, Boyars, and the Persistence of Tradition* (New Haven: Yale University Press, 2013)
—, y Oleg V. Naumov. *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939* (New Haven: Yale University Press, 1999) [*La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, trad. Santiago Jordán, Barcelona: Crítica, 2001.]
Gill, Graeme. *The Origins of the Stalinist Political System* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990)
Gleason, Abbott, Peter Kenez, y Richard Stites (eds.). *Bolshevik Culture: Experiment and Order in the Russian Revolution* (Bloomington: Indiana University Press, 1985)
Gorlizki, Yoram, y Oleg Jlevniuk. *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953* (Oxford: Oxford University Press, 2004)
Gregory, Paul R., y Norman Naimark (eds.). *The Lost Politburo Transcripts: From Collective Rule to Stalin's Dictatorship* (New Haven: Yale University Press, 2008)
Harris, James R. *The Great Urals: Regionalism and the Evolution of the Soviet System* (Ithaca: Cornell University Press, 1999)
Hellbeck, Jochen. *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006)
Hindus, Maurice. *Crisis in the Kremlin* (Nueva York: Doubleday, 1953)
Holloway, David. *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956* (New Haven: Yale University Press, 1994)
Holmes, Larry. *Stalin's School: Moscow's Model School No. 25, 1931-1937* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999)
Hough, Jerry, y Merle Fainsod. *How the Soviet Union Is Governed* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1982)
Jlevniuk [Khlevniuk], Oleg V. *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*, trad. Vadim A. Staklo (New Haven: Yale University Press, 2004), 307.

—, *Master of the House: Stalin and His Inner Circle*, trad. Nora Seligman Favórov (New Haven: Yale University Press, 2009)
Johnson, Timothy. *Being Soviet: Identity, Rumour, and Everyday Life under Stalin, 1939-1953* (Oxford: Oxford University Press, 2011)
Jones, Polly (ed.). *The Dilemmas of De-Stalinization: Negotiating Cultural and Social Change in the Khrushchev Era* (Londres: Routledge, 2006)
Khlevniuk, *véase* Jlevniuk
Kostiuk, Hryhory. *Stalinist Rule in the Ukraine: A Study of a Decade of Mass Terror* (1929-1939) (Nueva York: Praeger, 1960)
Kozlov, Vladímir A., Sheila Fitzpatrick, y Sergei V. Mironenko (eds.). *Sedition: Everyday Resistance in the Soviet Union under Khrushchev and Brezhnev* (New Haven: Yale University Press, 2011)
Kramer, Mark. «New Evidence on Soviet Decision-Making and the 1956 Polish and Hungarian Crises», *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 8-9 (invierno 1996-1997)
Krementsov, Nikolái. *The Cure: A Story of Cancer and Politics from the Annals of the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2002)
—, *Stalinist Science* (Princeton: Princeton University Press, 1997)
Lenoe, Matthew E. *The Kirov Murder and Soviet History* (New Haven: Yale University Press, 2010)
Lewin, Moshe. *Lenin's Last Struggle*, nueva ed. (Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005) [*El último combate de Lenin*, trad. Esteban Busquets, Barcelona: Lumen, 1970.]
—, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers* (Princeton: Princeton University Press, 1974)
«The "Malin Notes" on the Crises in Hungary and Poland, 1956», *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 8-9 (invierno 1996-1997)
Martin, Terry. *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2001)
Medvédev, Roi [Roy] A. *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1971)
—, y Guilietto Chiesa. *Time of Change: An Insider's View of Russia's Transformation* (Londres: I. B. Tauris, 1991)
Miller, Frank J. *Folklore for Stalin: Russian Folklore and Pseudofolklore of the Stalin Era* (Armonk, NY: M. E. Sharpe, 1990)
Morrison, Simon. *Lina and Serge: The Love and Wars of Lina Prokofiev* (Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2013)
—, *The People's Artist: Prokofiev's Soviet Years* (Oxford: Oxford University Press, 2009)
Nicoláyevski [Nikolaevsky], Borís I. *Power and the Soviet Elite: «The Letter of an Old Bolshevik» and Other Essays* (ed.). Janet D. Zagoria (Londres: Pall Mall Press, 1965)
Nove, Alec. *An Economic History of the USSR* (Harmondsworth: Penguin, 1972) [*Historia económica de la Unión Soviética*, trad. Miguel Paredes Marcos, Madrid: Alianza Editorial, 1973.]
Orlov, Aleksandr. *The Secret History of Stalin's Crimes* (Londres: Harrolds, 1954) [*Historia secreta de los crímenes de Stalin*, trad. Rafael Gómez Paredes, Barcelona: Destino, 1955.]
Overy, Richard. *Russia's War: A History of the Soviet War Effort, 1941-1945* (New York: Penguin, 1998)
Plamper, Jan. *Stalin Cult: A Study in the Alchemy of Power* (Stanford, CA: Hoover Institution, 2012)
Rapoport, Vitali, y Yuri Alexéyev. *High Treason: Essays on the History of the Red Army, 1918-1938* (Durham, NC: Duke University Press, 1985)
Rayfield, Donald. *Stalin and His Hangmen* (Londres: Viking, 2004) [*Stalin y los verdugos*, trad. Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage, Madrid: Taurus, 2003.]

Reiman, Michal. *The Birth of Stalinism: The USSR on the Eve of the «Second Revolution»*, trad. George Saunders (Bloomington: Indiana University Press, 1987) [*El nacimiento del estalinismo*, trad. Gustau Muñoz, Barcelona: Crítica, 1982.]

Rigby, T. H. «Was Stalin a Disloyal Patron?», *Soviet Studies* 38:3 (julio de 1986)

Roberts, Geoffrey. *Stalin's General: The Life of Georgy Zhukov* (Londres: Icon Books, 2012)

Rogovin, Vadim. *Stalin's Terror of 1937-1938*, trad. Frederick S. Choate (Oak Park, MI: Mehring Books, 2009)

Salisbury, Harrison E. *The Siege of Leningrad* (Londres: Secker & Warburg, 1969) [*Los 900 días: el sitio de Leningrado*, trad. J. Ferrer Aleu, Esplugues de Llobregat: Plaza & Janés, 1970.]

Schattenberg, Susanne. «Trust, Care and Familiarity in the Politburo. Brezhnev's Scenario of Power», en prensa, en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 16:4 (2015)

Service, Robert. *Spies and Commissars: Bolshevik Russia and the West* (Londres: Macmillan, 2011)

Shore, Marci. *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968* (New Haven: Yale University Press, 2006)

Slezkine, Yuri. *The Jewish Century* (Princeton: Princeton University Press, 2011)

Smith, Stephen A. (ed.). *The Oxford Handbook of the History of Communism* (Oxford: Oxford University Press, 2014)

Thompson, Nicholas. «My Friend, Stalin's Daughter», *New Yorker*, 31 de marzo de 2014

Tromly, Benjamin. *Making the Soviet Intelligentsia: Universities and Intellectual Life under Stalin and Khrushchev* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014)

Vaksberg, Arkadi. *Stalin against the Jews*, trad. Antonina W. Bouis (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994)

Viola, Lynne. *Peasant Rebels under Stalin* (Nueva York: Oxford University press, 1994)

Weiner, Amir. *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution* (Princeton: Princeton University Press, 2001)

Werth, Alexander. *Russia at War* (Londres: Pan Books, 1964) [*Rusia en la guerra, 1941-1945*, trad. Jorge de Lobar, Barcelona: Grijalbo, 1968.]

Wheatcroft, Stephen G. «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship: The Politburo, 1924-1953* (Houndsmill: Palgrave Macmillan, 2004)

Wilson, Elizabeth. *Shostakovich: A Life Remembered* (Princeton: Princeton University Press, 1994)

Zubok, Vladislav. *Zhivago's Children: The Last Russian Intelligentsia* (Cambridge, MA: Belknap Press at Harvard University Press, 2009)

—, y Constantine Pleshakov. *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996)

LIBROS Y ARTÍCULOS EN RUSO

Aksiutin, Yuri. *Khrushchevskaia «ottepel» i obshchestvennye nastroeniia v SSSR v 1953-1964 gg.* (Moscú: ROSSPEN, 2004)

Chigrínov, G. A. «Pochemu Stalin, a ne drugie?» *Voprosy istorii KPSS*, n.º 6, 1960

Dzhambul y S. Stavski. *Stikhi i pesni* (Novosibirsk, 1938)

Esakov, V. D., y E. S. Levina. Delo KR: Sudy chesti v ideologii i praktike poslevoennogo stalinizma (Moscow: Institut rossiiskoi istorii RAN, 2001)

Fradkin, Víktor. *Delo Kolʼtsova* (Moscú: Vagrius, 2002)

Fúrsenko, A. A. «I. V. Stalin: Poslednie gody zhizni i smert'», *Istoricheskie zapiski* 3 (<NOTA>121</NOTA>) (2000)
Grómov, Yevgueni S. *Stalin: Vlast' i iskusstva* (Moscú: Respublika, 1998)
Jlevniuk, O. V. *1937-i: Stalin, NKVD i sovetskoe obshchestvo* (Moscú: «Respublika», 1992)
—, *Politbiuro: Mekhanizmy politicheskoi vlasti v 1930-e gody* (Moscú: ROSSPEN, 1996)
—, «Stalin i Molotov: Edinolichnaia diktatura i predposylki "oligarkhizatsii"», en *Stalin, stalinizm, sovetskoe obshchestvo: K 70-letiiu V. S. Lel'chuka*, ed. G. Sh. Sagatelian *et al*. (Moscú: Institut Rossiiskoi istorii RAN, 2000)
—, *Stalin i Ordzhonikidze: Konflikty v Politbiuro v 30-e gody* (Moscú: Rossiia molodaia, 1993)
—, «Stalin na voine», *Cahiers de monde russe* 52:2-3 (2011)
Kariakin, N. «"Zhdanovskaia zhidkost" ili protiv ochernitel'stva», en Yu. N. Afansev (ed.), *Inogo ne dano* (Moscú: Progress, 1988)
Khlevniuk, O. V., *véase* Jlevniuk, O. V.
Kostyrchenko, G. V. *Tainaia politika Khrushcheva: Vlast', intelligentsia, evreiskii vopros* (Moscú: Mezhdunarodnyeotnosheniia, 2012)
—, *Tainaia politika Stalina: Vlast' i antisemitizm* (Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2001)
—, *V plenu u krasnogo faraona: Politicheskie presledovaniia evreev v SSSR v poslednee stalinskoe desiatiletie; Dokumental'noe issoledovaniia* (Moscú: «Mezhdunaro dnye otnosheniia», 1994)
Kuniaev, S. «Post Scriptum», *Nash sovremennik*, n.º 10, 1995
Lenin, V. Í. *Polnoe sobranie sochinenii v 55-i tomakh*, 5.ª ed. (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1958-1970)
Medvédev, Roi [A.]. *Okruzhenie Stalina* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2010)
—, *Oni okruzhali Stalina* (Benson, VT: Chalidze Publications, 1984)
—, Chto chital Stalin? Liudi i knigi, pisatel' i kniga v totalitarnom obshchestve (Moscú: Prava cheloveka, 2005)
Pijoia, R. G. *Sovetskii Soiuz: Istoriia vlasti, 1945-1991* (Moscú: Izdatel'stvo RAGS, 1998)
Pospélov, E. M. *Imena gorodov: Vchera i segodnia (1917-1992); Toponomicheskii slovar'* (Moscú: Russkie slovari, 1993)
Shentalinski, Vitali. *Raby svobody: V literaturnykh arkhivakh KGB* (Moscú: Parus, 1995)
Stalin, Y. V. *Sochineniia*, 13 vols. (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1948-1952)
—, *Sochineniia*, 3 vols. (vols. 14-16), ed. Robert H. McNeal (Stanford, CA: Hoover Institution, 1967)
Sushkov, A. *Prezidium TsK KPSS, 1957-1964 gg. Lichnosti i Vlast'* (Yekaterimburgo: UrO RAN, 2009)
Trífonova, Olga. *Edinstvennaia: Zhena Stalina* (Moscú: Astrel', 2010)
Yesakov, V. D., y E. S. Levina. *Delo KR: Sudy chesti v ideologii I praktike poslevoennogo stalinizma* (Moscú: Institut rossiiskoi istorii RAN, 2001)
Zhúkov, Yu. N. *Tainy Kremlia: Stalin, Molotov, Beriia, Malenkov* (Moscú: TERRA, 2000)
—, *Stalin: Tainy vlasti* (Moscú: Vagrius, 2005)
Zubkova, E. Yu. *Obshchestvo i reformy, 1945-1964* (Moscú: Rossiia molodaia, 1993)
—, *Pribaltika i Kreml'* (Moscú: ROSSPEN, 2008)



1. Serguéi Kírov y Sergó Ordzhonikidze, 1920. © ITAR-TASS AESA/Alamy Stock Photo.



2. Kaganóvich (centro) con A. V. Medvédev, secretario del partido en Ucrania (izquierda) y Póstyshev (derecha), 1927. RGAKFD.



3. Stalin, su esposa Nadia, Voroshílov y su esposa, y Yenukidze, en Sochi, 1932. RIA Novosti/Cordon Press.



4. Stalin y compañero (según se titula la foto en el archivo; el «compañero» probablemente sea Bujarin, y la fecha, finales de la década de 1920). RGASPI.


11

5. Esbozo de Stalin visto por Bujarin, 20 de febrero de 1928. RGASPI.

ПРОПАЛ ЧЕЛОВЕК!
НАШЕДШЕМУ
НАГРАДА!



6. Esbozo de Rudzutak por Valeri Mezhlauk, sin fecha (¿finales de la década de 1920?). En la inscripción del artista se lee: «¡Desaparecido! Se recompensará». RGASPI.



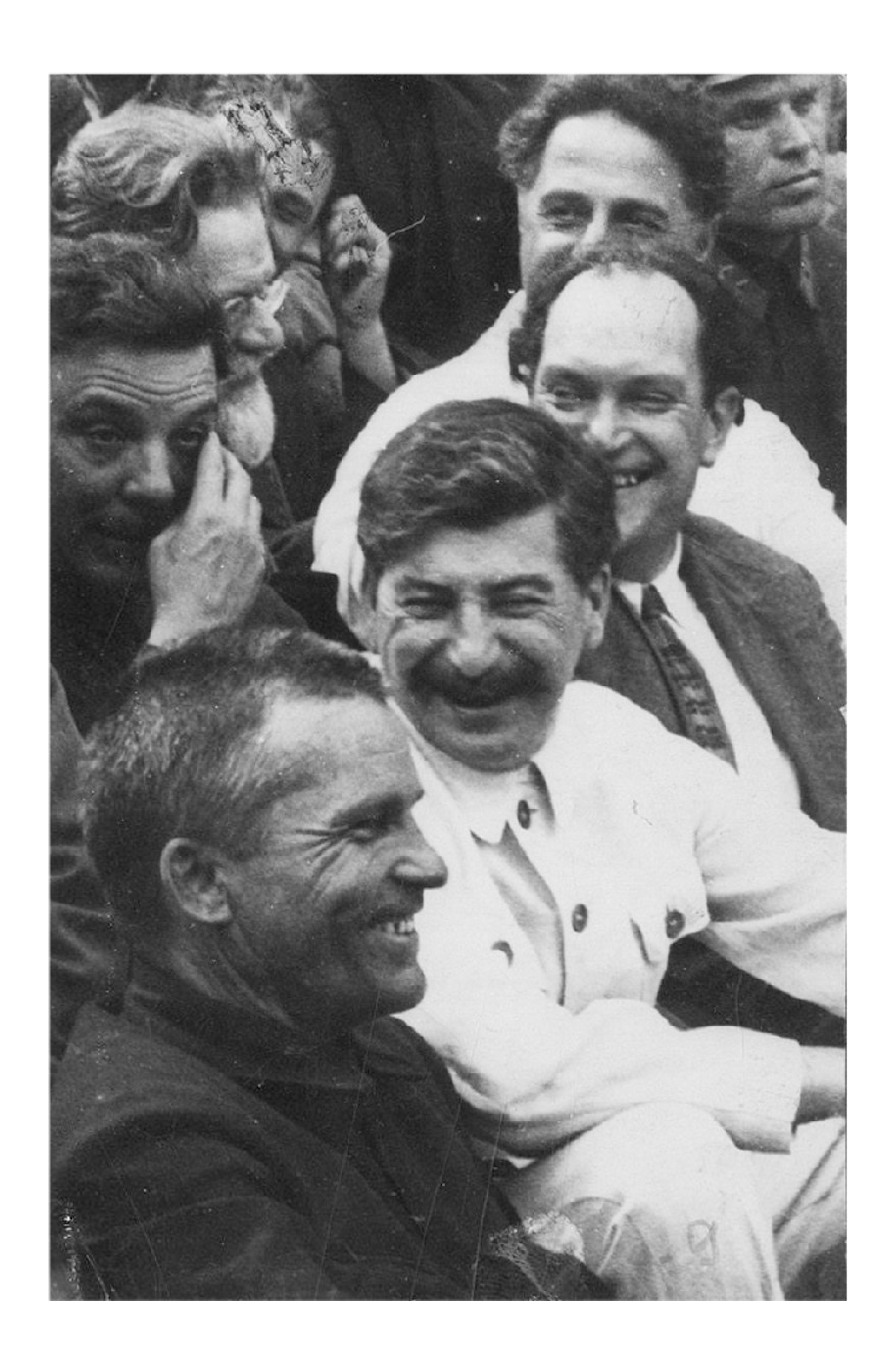
7. Líderes en el Mausoleo, 1933-1934. En la fila delantera, desde la izquierda: Valeri Mezhlauk (Gosplán), Mólotov, Kaganóvich, Stalin, Voroshílov, Kalinin, Andréyev, Chubar. RGAKFD.



8. Líderes en el XVII Congreso del Partido, 1934. En la fila trasera, desde la izquierda: Yenukidze, Voroshílov, Kaganóvich y Kúibyshev; en la delantera: Ordzhonikidze, Stalin, Mólotov, Kírov. RGAKFD.



9. Quincuagésimo quinto cumpleaños de Stalin en Kúntsevo, 1934 (foto tomada por el guardaespaldas de Stalin, el general Vlásik). Detrás, desde la izquierda: Anna Alilúyeva Rédens, Dora Jazán, Zinaida Ordzhonikidze; fila central: María Svanidze, María Kaganóvich, Sashiko Svanidze, Stalin, Polina Zhemchúzhina (Mólotova), Voroshílov; delante: mujer no identificada, Zhenia Alilúyeva, Bronislava Poskrióbysheva y un hombre sin identificar. RGASPI.



10. Foto de grupo, 1934: Kírov, Stalin, Kúibyshev y Ordzhonikidze, delante, con Kaganóvich, Kalinin y Mikoyán (tapado) detrás. RGASPI.



11. Stalin y Voroshílov en una recepción en el Kremlin, 1936. RGASPI.



12. Reunión del equipo con el líder de la Comintern Gueorgui Dimitrov, héroe del incendio del Reichstag, 1934. Ordzhonikidze (al frente, a la izquierda), Dimitrov y Stalin (sentados en el sofá), Mólotov y Kúibyshev (apoyados en el sofá, a la izquierda), Voroshílov (a la derecha). RGASPI.



13. Stalin, Voroshílov, Mikoyán y Mólotov en el Mausoleo, el día del décimo octavo aniversario de la revolución, 7 de noviembre de 1935. RIA Novosti/Cordon Press.



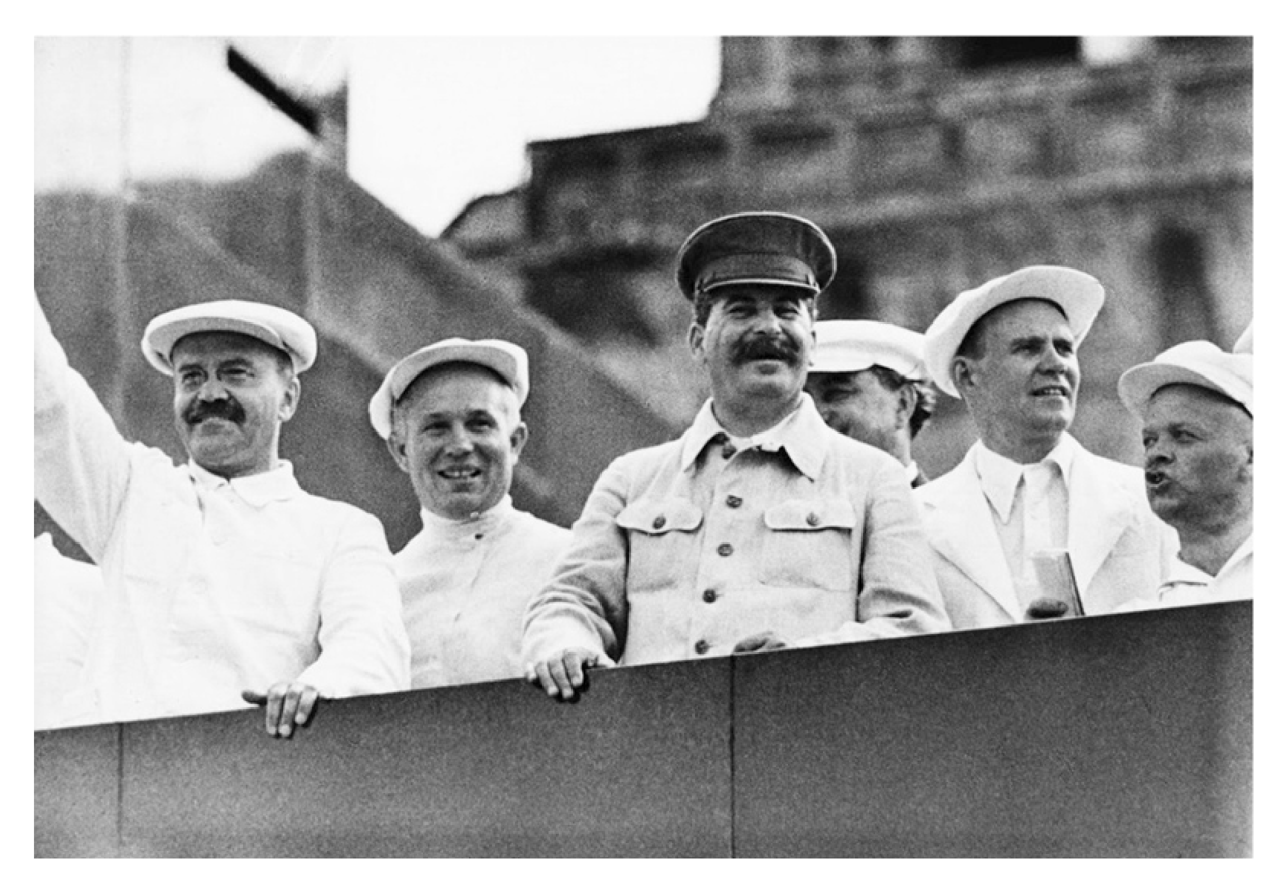
14. Beria con Svetlana Stálina (mediados de la década de 1930). RIA Novosti/Cordon Press.



15. La familia de Mikoyán (mediada la década de 1930). Detrás: Stepán y Vladímir; fila central: Alekséi, Anastás Mikoyan, Ashjén; delante: Iván y Sergó. RGASPI.



16. Stalin, con un traje oriental (probablemente, regalo de los delegados de Asia central), en un encuentro con campesinos, 1935. RGASPI.



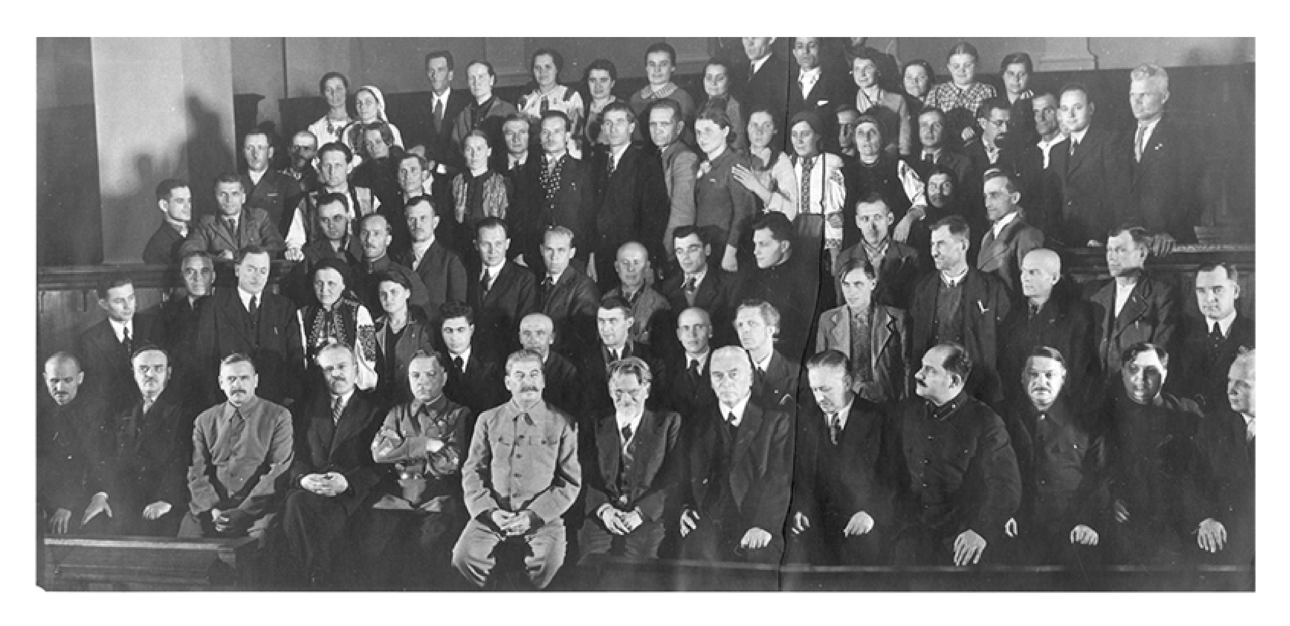
17. Mólotov, Jrushchov y Stalin, con traje de verano, contemplan una exhibición atlética desde el Mausoleo, en 1936. © Sovfoto/UIG/Getty Images.



18. Voroshílov, Mólotov, Stalin y Yezhov en el canal Moscú-Volga, 1937. RGAKFD.



19. Stalin con sus hijos Vasili (izquierda), Svetlana (de pie) y Yákov (derecha), con Zhdánov junto a Vasili, 1 de julio de 1938. RGASPI.



20. Líderes del partido en un encuentro popular en Ucrania occidental, 4 de octubre de 1939. Fila delantera, desde la izquierda: desconocido, Shvérnik, Andréyev, Mólotov, Voroshílov, Stalin, Kalinin, el erudito Tsitsinov, desconocido, Kaganóvich, Zhdánov, Malenkov, Jrushchov. RGASPI.



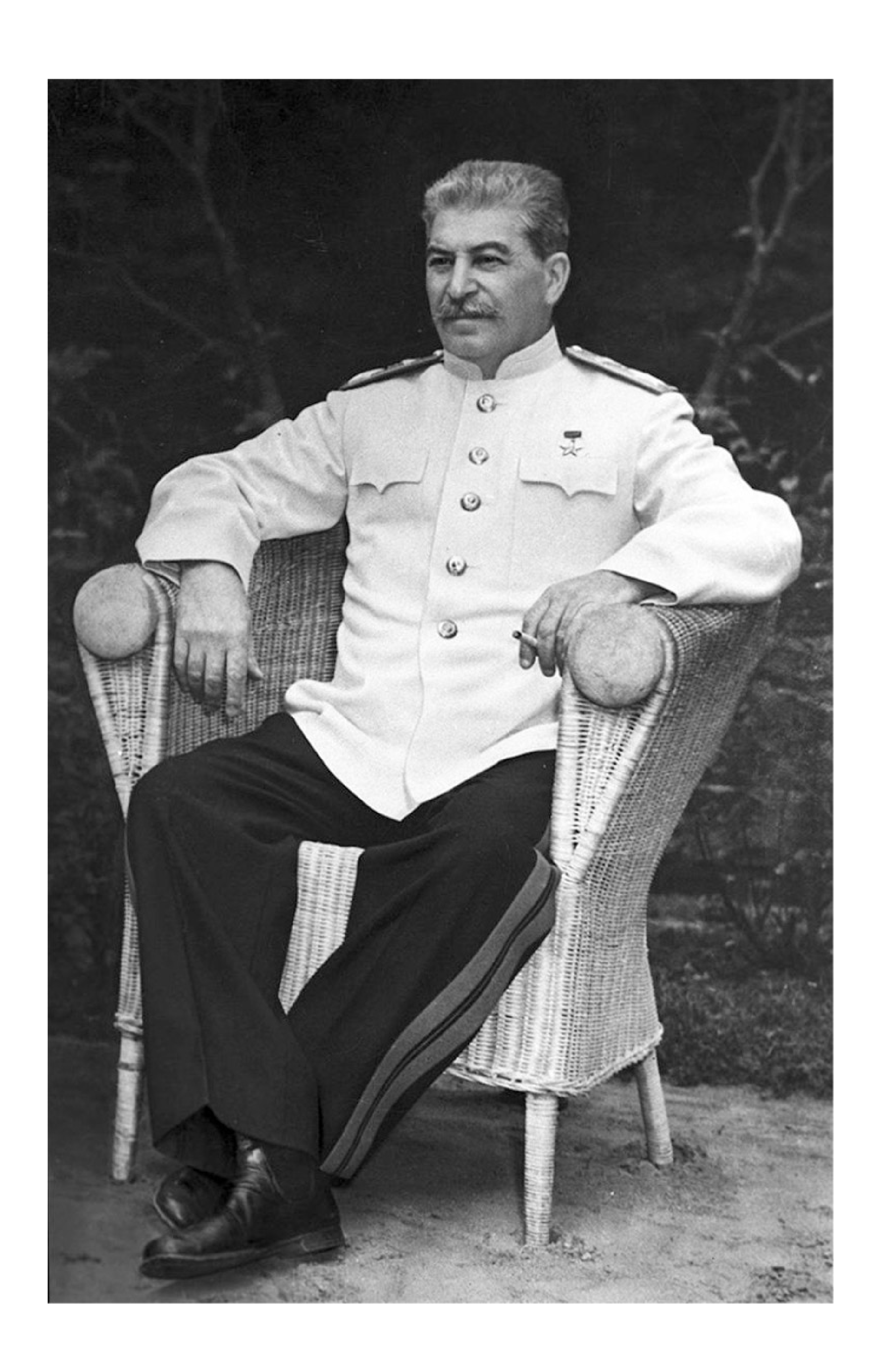
21. Churchill y Stalin, Kremlin, 1942. Granger, NYC/Album.



22. Mólotov firma el pacto checo-soviético, 1 de diciembre de 1943. Al fondo, Voroshílov, Kalinin y Stalin. RGASPI.



23. Zhúkov sobre un caballo blanco, en el Desfile de la Victoria, Plaza Roja de Moscú, 24 de junio de 1945. © Yevgeny Khaldei-ITAR-TASS/Getty Images.



24. Stalin en la conferencia de Potsdam, 1945. RIA Novosti/Cordon Press.



25. El equipo en el funeral de Kalinin, en 1946: Beria (cortado en la foto), Malenkov, Stalin y Mólotov (delante), Voznesenski (fila siguiente, entre Malenkov y Stalin), Kuznetsov (visible tras el hombro de Voznesenski), Kaganóvich (detrás, entre Stalin y Mólotov), Zhdánov (detrás, extremo derecha).



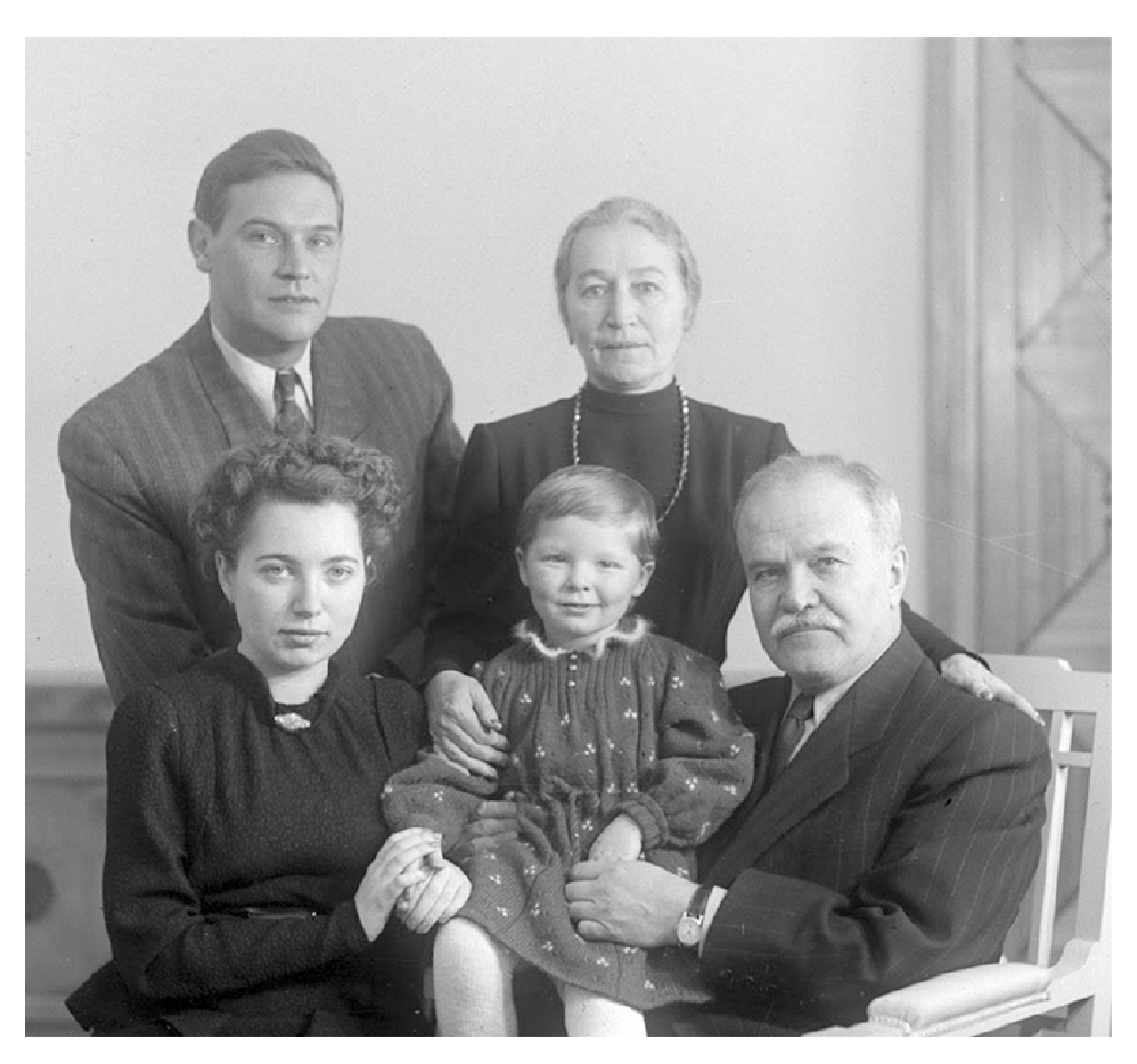
26. En la dacha de Kúntsevo, 1 de octubre de 1947. Delante, de izquierda a derecha: Kaganóvich, Malenkov, Stalin y Zhdánov; detrás: Vasili y Svetlana, hijos de Stalin, con Poskrióbyshev al lado de Svetlana. RIA Novosti/Cordon Press.



27. El ataúd de Stalin, marzo de 1953. Mólotov, Voroshílov, Beria y Malenkov a la izquierda, Bulganin, Jrushchov, Kaganóvich y Mikoyán a la derecha. RGASPI.



28. Portando el féretro de Stalin en su funeral, marzo de 1953. Delante, Malenkov a la izquierda, Beria a la derecha, Voroshílov inmediatamente detrás de este; detrás y a la derecha se puede ver a Mikoyán y Jrushchov. RGASPI.



29. La familia de Mólotov, 20 de abril de 1953. De pie: Alekséi Níkonov (el yerno) y Polina Zhemchúzhina (la foto tuvo que tomarse pocas semanas después de que regresara del exilio en Kazajistán); sentados: Svetlana (la hija), Larisa (su niña, de tres años) y Mólotov. RGAKFD.



30. Miembros del equipo de «liderazgo colectivo» en China, 1954. Delante: Mikoyán, Yekaterina Fúrtseva (primera secretaria del partido en Moscú), Jrushchov, Bulganin, Shvérnik. RIA Novosti/Cordon Press.

Notas

[*] Sobre la transcripción del ruso, decía la autora: «He seguido las reglas de transliteración de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, salvo en lo siguiente: en los nombres propios de varón, se usa la terminación "y" en vez de "ii"; se prescinde de la "i" adicional que, para ser precisos, necesitarían nombres como Maria y Evgenia; y antes de una vocal se emplea "y" (no "i"), en nombres como Vyacheslav y Nadya, para facilitar la pronunciación. Me atengo a la adaptación inglesa habitual de los nombres propios, como Alliluyeva o Alexander, cuando esta existe; escribo Yury y Joseph en lugar de Iurii o Iósif. En el caso de las mujeres, conservo la versión femenina de los apellidos, como por ejemplo en Molotova (Mólotov) o Krupskaya (Krupski)». Para la versión castellana, se han transliterado de acuerdo con los usos propios los nombres y conceptos mencionados en el texto central: Solomón Mijoels, León Trotski, Grigori Zinóviev, Iósif Stalin o Nadia Alilúyeva, por ejemplo, en vez de Solomon Mikhoels, Lev Trotsky, Grigory Zinoviev, Joseph Stalin y Nadya Alliluyeva. Las referencias bibliográficas, en cambio, siguen los usos de la autora. (*N. del t.*)

[1] **Someter cuestiones al Politburó**, Adam B. Ulam, *Stalin* (Nueva York: Viking Press, 1973), 572, 607; *Foreign Relations of the United States: The Conferences at Malta and Yalta* (Washington, DC: Department of State, 1955), 666; **uso de «equipo»**, Stephen G. Wheatcroft, «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship* (Houndsmill: Palgrave Macmillan, 2004); **uso de «banda»**, T. H. Rigby, «Was Stalin a Disloyal Patron?», *Soviet Studies* 38:3 (julio de 1986), 324.

[2] **Stalin como patrón leal**, Rigby, «Was Stalin a Disloyal Patron?», 311-24.

[3] **Proyecto de Ordzhonikidze**, Sheila Fitzpatrick, «Ordzhonikidze's Takeover of Vesenkha», *Soviet Studies* 37:2 (1985); **Ígor Sats**, Sheila Fitzpatrick, *A Spy in the Archives* (Londres: I. B. Tauris, 2014), 142-63.

[4] **Stalin**, Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004); Oleg Jlevniuk [Khlevniuk], *Master of the House: Stalin and His Inner Circle* (New Haven: Yale University Press, 2009); Yoram Gorlizki y Oleg Jlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953* (Oxford: Oxford University Press, 2004); Wheatcroft, «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny».

[5] **Maldad**, Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil* (Londres: Faber & Faber, 1963); **problema de la objetividad**, Sheila Fitzpatrick, «Demoyte's Grey Suit: Writing Memoirs, Writing History», *Australian Book Review*, junio-julio de 2014; Thomas Nagel, *The View from Nowhere* (Nueva York: Oxford University Press, 1986).

[6] **Interés institucional**, véase la nota 3, más arriba (sobre el proyecto de Ordzhonikidze); **patrocinio**, Sheila Fitzpatrick, «Intelligentsia and Power: Client-Patron Relations in Stalin's Russia», en Manfred Hildermeier (ed.), *Stalinismus vor dem zweiten Weltkrieg* (Múnich: Oldenbourg, 1998), reeditado en Sheila Fitzpatrick, *Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia* (Princeton: Princeton University Press, 2005); **interacciones cotidianas**, Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization* (Nueva York: Oxford University Press, 1994); Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times. Soviet Russia in the 1930s* (Nueva York: Oxford University Press, 1999); Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!*

[7] **Cambios en la toponimia**, E. M. Pospélov, *Imena gorodov: Vchera i segodnia (1917-1992)* (Moscú: Russkie slovari, 1993).

[1] **Miembros del Comité Central**, listas de 1912 a 1957 en Robert V. Daniels, *The Conscience of the Revolution* (Nueva York: Simon and Schuster, 1960), 422-33.

[2] **Veto a la división interna**, Félix Chuev, *Sto sorok besed s Molotovym* (Moscú: Terra, 1991), 181; A. I. Mikoyán, *Mysli i vospominaniia o Lenine* (Moscú: 1970), 139; **provincias**, Chuev, *Sto sorok besed*, 227; Lázar Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski* (Moscú: Vagrius, 1996), 236 y 242-47; Mikoyán, *Mysli o Lenin*e, 156; y A. I. Mikoyán, *Takbylo: Razmyshleniia o minuvshem* (Moscú: Vagrius, 1999), 169-77.

[3] **Stalin**, León Trotski, *Stalin: An Appraisal of the Man and His Influence* (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1941), 392-93; N. N. Sujánov, *The Russian Revolution, 1917: Eyewitness Account* (Oxford: Oxford University Press, 1955), 229-30; Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Nueva York: New York Review of Books, 2012), 98 (cita); Borís Bazhánov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin* (Athens, OH: Ohio University Press, 1990), 104-6; Robert Service, *Stalin: A Biography* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2005), 196 (cita).

[4] **«Testamento»** («Carta al Congreso»), V. Í. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii v 55-i tomakh*, 5.ª ed. (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel’stvo politicheskoi literatury, 1958-70), 45:343-48.

[5] **Conflicto de Lenin con Stalin**, Moshe Lewin, *Lenin’s Last Struggle* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005) (esp. la cuestión del Cáucaso, 43-64); Service, *Stalin*, 211 («amaba con todo su corazón»); Félix Chuev, *Molotov* (Moscú: OLMA-PRESS, 2000), 272 («mea en el mismo sitio»).

[6] **«Capa muy delgada»**, Chuev, *Sto sorok besed*, 37.

[7] **Lucha contra las facciones de 1923-1924**, Y. V. Stalin *Sochineniia* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1952), 5:354-55, 5:370 («Sobre las tareas del partido», 2 de diciembre de 1923); Daniels, *Conscience*, 221 (cita de Zinóviev), 233; Stalin, *Sochineniia*, vol. 6 (1952), 14 (cita), 29; *XIII s"ezd RKP(b), Mai 1924 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo polititicheskoi literatury, 1962), 158 (Trotski), 224 (Krúpskaya).

[8] **Huye**, Mijaíl Tomski, *Vospominaniia* (Moscú: RGGU, 2001), 158, 275-76; carta del «hermano», «Protiv prisvoenii familii Stalina vozvrazhenii ne imeiu», *Istochnik*, 1996, n.º 2, 156-60; cita de Turujánsk, Service, *Stalin*, 224.

[9] **Ego dolido**, Félix Chuev, *Tak govoril Kaganovich* (Moscú: Otechestvo, 1992), 35**; proletarios**, *XV konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 25 oktiabria-3 noiabria 1926 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú-Leningrado: Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1927), 669 (cita de Mólotov); Stalin a Mólotov, 25 de septiembre de 1926, RGASPI 558/11/70, ll. 56-57; **cita del «ambiente del equipo»**, Service, Stalin, 225.

[10] **Mólotov**, Olga Aróseva, *Bez grima* (Moscú: 2000), 30 (desaprobación de los padres); Chuev, *Sto sorok besed*, 180-81 («sin la debida astucia»); RGASPI (Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii), 558/11/767, ll. 15, 26-29, 31-32 (teoría marxista); Chuev, *Molotov*, 268 (miembro más joven); Bazhánov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, 53 («trasero de piedra»); **Voroshílov**, Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Londres: Oxford University Press, 1970), 423-25 (Tsaritsyn); Larisa Vasílieva, *Kremlin Wives*, ed. y trad. Cathy Porter (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1994), 80-81 (matrimonio).

[11] **Kaganóvich**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 78, 129 (*ty*: como el francés o el alemán, el ruso tiene una forma de tuteo más familiar, y una más formal, *vy*, que es también el plural); Bazhánov, *Bazhanov and Damnation*, 16; Chuev, *Molotov*, 384, 385 (cita del «200 %»). **Kúibyshev**, G. V. Kúibysheva, *Valerian Vladimirovich Kuibyshev* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1966); Chuev, *Sto sorok besed*, 192-93; N. Zenkóvich, *Samye sekretnye rodstvenniki: Entsiklopediia biografii* (Moscú: OLMA-PRESS, 2005), 206-10.

[12] **Rudzutak**, RGASPI 558/11/70, ll. 56-57 (origen «proletario», Stalin a Mólotov, 25 de septiembre de 1926); G. A. Trukan, *Ian Rudzutak* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1963), 58, 144-45; Chuev, *Sto sorok besed*, 412; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 268; *Pis'ma I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936 gg.* (New Haven: Yale University Press), 103 (cita de «jugando a la política», Stalin a Mólotov, 24 de junio de 1927); **Andréyev**, A. A. Andréyev, *Vospominaniia, pis'ma* (Moscú: Politizdat, 1985), 225, 286, 289; Chuev, *Molotov*, 252; *Kak lomali NEP: Stenogrammy plenumov TsK VKP(b), 1928-9 v piati tomakh* (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 2000), 1:190 (Voroshílov); N. S. Patólichev, *Measures of Maturity* (Oxford: Pergamon Press, 1983), 97.

[13] **Kalinin**, defensa de los intereses de los campesinos en 1926, en K. M. Anderson *et al*. (eds.), *Stenogrammy zasedanii Politbiuro TsK RKP(b)-VKP9(b), 1923-1938 v trekh tomakh* (Moscú: ROSSPEN, 2007), vol. 1 (1923-26), 616, 626 («como campesino»); Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 170-71; Trotski, *Stalin*, 388-89 (cita); **Ordzhonikidze**, Chuev, *Molotov*, 250 (cita); Trotski, *Stalin*, 348 (cita).

[14] **Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Dorogoi bor'by* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1971), 560-61; A. I. Mikoyán, *V nachale dvatsatykh* ... (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1975), 204, 208; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 272-73, 352; RGASPI 74/1/429, l. 104 (Yekaterina Voroshílova, «Pseudodiario», entrada del 2 de septiembre de 1957); Stepán Anastásevich Mikoyán, *Vospominaniia voennogo letchika-ispytatelia* (Moscú: «Tekhnika molodezhi», 2002), 25; **Kírov**, *O Sergee Kirove* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1985), 202; Matthew E. Lenoe, *The Kirov Murder and Soviet History* (New Haven: Yale University Press, 2010), 33; *Nash Mironych* (Leningrado: Lenizdat, 1968), 257-58; Mikoyán, *Dorogoi bor'by*, 534; RGASPI, 80/26/55, ll. 1-2, RGASPI, 80/26/56, l. 1, y *Bol'shevistkoe rukovodstvo* (Moscú: ROSSPEN, 1996), 314-15 (cartas de 1926 a la esposa); Sergó Beria, *Beria, My Father* (Londres: Duckworth, 2001), 15S; RGASPI, 558/11/746 (correspondencia con Stalin); Chuev, *Sto sorok besed*, 311.

[15] **Stalin**, Chuev, *Sto sorok besed*, 261; Chuev, *Molotov*, 294; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 154-55; **burócratas del partido**, *XV konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 25 oktiabria-3 noiabria 1926 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú-Leningrado: Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1927), 756; **Bujarin**, RGASPI, 558/11/69; Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1972), 241 (cita).

[16] **Zinóviev**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 71 (Stalin a Mólotov, 15 de junio de 1926); Chuev, *Molotov*, 224; Chuev, *Molotov*, 241; **Kámenev**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 352; Daniels, *Conscience*, 268; **inquietud por la división interna**, *Pis'ma I. V. Stalina* (Stalin a Mólotov), RGASPI 558/11/766-69 (Mólotov a Stalin).

[17] **Estilo de Stalin**, Robert Service, «The Way They Talked Then: The Discourse of Politics in the Soviet Party Politburo in the late 1920s», en Paul R. Gregory y Norman Naimark (eds.), *The Lost Politburo Transcripts* (New Haven: Yale University Press, 2008), 127; Nikita Jrushchov, *Khrushchev Remembers* (Boston: Little, Brown, 1970), 27; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 287; conflicto de Leningrado, Daniels, *Conscience*, 269-70; *Bol'shevistskoe rukovodstvo*, 314-15, 320-21 (Voroshílov a Ordzhonikidze, 6 de febrero de 1926), 322; RGASPI, 558/11/766, l. 86 (Mólotov a Stalin, 11 de enero de 1926); RGASPI, 80/26/55, ll. 1-2, RGASPI, 80/26/56, l. 1; *Bol'shevistkoe rukovodstvo*, 314-15 (cartas de Kírov a su esposa).

[18] **Ordzhonikidze**, RGASPI, 74/2/43, l. 12 («derrota para nuestro partido»); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 266-67; RGASPI, 74/2/43, l. 15 (cartas a Voroshílov, 1926); **Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 268; Michal Reiman, *The Birth of Stalinism* (Bloomington: Indiana University Press, 1987), 136-37 (cita de Kúibyshev).

[19] **«Golpear por separado»**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 74 (Stalin a Mólotov, carta de 25 de junio de 1926); **dosificación**, León Trotski, *Stalin* (Nueva York: Universal Library, 1941), 416; **caso de Kalinin**, véase la pág. XX; **expulsión**, RGASPI, 558/11/766, ll. 75, 144-47 (Mólotov a Stalin, septiembre de 1926); *Pis'ma I. V. Stalina*, 71 (Stalin a Mólotov, 15 de junio de 1926).

[20] **El incidente según Trotski**, Trotski, *Stalin*, 413-14; **«insinuativo»**, cartas de Tovstuja y Mólotov a Stalin, ambas del 28 de mayo de 1926, RGASPI, 558/11/69, ll. 2-3 y 558/11/766; Voroshílov, octubre de 1926, Anderson, *Stenogrammy zasedanii Politbiuro,* 2:399; Rudzutak, septiembre de 1927, en Anderson, *Stenogrammy*, 2:573-74; diálogo de Stalin y Trotski, Anderson, *Stenogrammy*, 2:586, 2:593; **por encima de los rifirrafes**, *XV konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b)*, 544-55, 577-604, 756.

[21] **Sarajevo**, RGASPI, 558/11/767, l. 33 (Stalin a Mólotov, 8 de junio de 1927); **agentes de Londres**, RGASPI, 558/11/71, l. 29 (Stalin a Menzhinski, 23 de junio de 1927); **dar más poder a la OGPU**, RGASPI, 558/11/767, ll. 35-39 (Mólotov a Stalin, 10 de junio de 1927); **nervios de Voroshílov**, citado en Gregory, *Lost Politburo Transcripts*, 24; **archivos alemanes**, Reiman, *Birth of Stalinism*, xi-xii; **filtraciones**, Gregory, *Lost Politburo Transcripts*, 20-22; Reiman, *Birth of Stalinism*, 127.

[22] **Informe de Menzhinski**, Reiman, *Birth of Stalinism*, 124-26, 132-33; **alta traición**, Reiman, *Birth of Stalinism*, 127; **guerra y guillotina**, Deutscher, *Prophet Unarmed*, 343-44, 349-51.

[23] **Tinteros**, cita en Deutscher, *Prophet Unarmed*, 366-67; Yaroslavski en carta a Ordzhonikidze, 29 de octubre de 1927, en *Bol'shevistskoe rukovodstvo*, 352; **descontento en el equipo**, Reiman, *Birth of Stalinism*, 34 y 161; **Ordzhonikidze**, *Bol'shevistskoe rukovodstvo*, 347-52 (cartas que le enviaron Stalin, Yaroslavski y Shkiriátov, *XV konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 25 oktiabria-3 noiabria 1926 g. Stenograficheskii otchet*; cita de Yaroslavski, 352).

[24] **Trotski expulsado del partido**, Reiman, *Birth of Stalinism*, 133 (nota de Menzhinski); **rendición de Zinóviev y Kámenev**, *XV s"ezd VKP(b): Dekabr' 1927 goda; Stenograficheskii otchet* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo polititicheskoi literatury, 1961), 2:1596-99; **interrupciones**, XV *s"ezd* VKP(b), 1:279-85; **críticas**, *XV s"ezd VKP(b)*, 1:215-21 (Rudzutak), 154-55 (Kaganóvich), 291 (Rýkov), 421 (Stalin).

[25] **Materiales de la OGPU**, RGASPI, 329/2/26 (archivo de Bujarin); **vacilaciones**, *Kak lomali NEP*, 4:316, 4:405 (voto del 7 de enero de 1929); **Trotski expulsado del país**, Robert Service, *Trotsky* (Londres: Macmillan, 2009), 373-75; Isaac Deutscher, *The Prophet Outcast* (Londres: Oxford University Press, 1970), 468-71; **«mancilla»**, Chuev, *Sto sorok besed*, 419.

[1] **Gran Ruptura** (*velikii perelom*), Y. V. Stalin*, Sochineniia* (Moscú: 1952), 12:125-39 («El año de la Gran Ruptura. Por el 12.º aniversario de Octubre», 7 de noviembre de 1929); **enemigos de clase**, Stalin, *Sochineniia* (1948), 9:126-27; **Lenin**, citado en E. H. Carr, *Socialism in One Country* (London, Macmillan, 1959), 2:41; **Stalin sobre las retiradas**, *Kak lomali NEP*, 2:517.

[2] **Campesinos desarraigados**, O. V. Jlevniuk, *Politbiuro: Mekhanizmy politicheskoi vlasti v 1930-e gody* (Moscú: ROSSPEN, 1996), 54; **proceso de colectivización**, Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants* (Oxford: Oxford University Press, 1994); **disturbios entre los campesinos**, Lynne Viola, *Peasant Rebels under Stalin* (Nueva York: Oxford University Press, 1996); **comentario de Stalin**, Winston Churchill, *The Second World War*, vol. 4: *The Hinge of Fate* (Boston: Houghton-Mifflin, 1950), 447-48; **comentario de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 383; **Mólotov en Ucrania**, Chuev, *Sto sorok besed*, 377.

[3] **Stalin y los jefes de la OGPU**, J. Arch Getty, *Practicing Stalinism* (New Haven: Yale University Press, 2013), 170-81; **Menzhinski y Yagoda**, Donald Rayfield, *Stalin and His Hangmen* (Londres: Viking, 2004), 105-14, 204-13.

[4] **Debates económicos**, Alexander Erlich, *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1928* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1960); **esbozo del Primer Plan Quinquenal**, E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy, 1926-29*, vol. 1, pt. 2 (Londres: Macmillan, 1969), 843-97 (cita de Kúibyshev, 868); **Voroshílov**, Carr y Davies, *Foundations*, vol. 1, pt. 2, 873; **guerra y Primer Plan Quinquenal**, Carr y Davies, *Foundations*, vol. 1, pt. 2, 869 n. 1 y 873; **cita de Stalin**, Stalin, *Sochineniia* (1951), 13:38-39 («Sobre las tareas de los industrialistas», 4 de febrero de 1931).

[5] **Revolución Cultural y caso de Shajti**, Sheila Fitzpatrick, «Cultural Revolution in Russia», en Sheila Fitzpatrick, *The Cultural Front* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992); **comentario de Mólotov**, RGASPI, 558/11/767, ll. 85-88 (Mólotov a Stalin, 13 de junio de 1928); **Stalin y los guiones de la OGPU**, Diane P. Koenker y Ronald D. Bachman (eds.), *Revelations from the Russian Archives* (Washington, DC: Library of Congress, 1997), 243 (Stalin a Menzhinski, 1930).

[6] **Citas de Stalin**, *Kak lomali NEP*, 1:234-35; **debate sobre el caso de Shajti**, abril de 1928*, Kak lomali NEP*, 1:156-92; O. I. Gorélov, *Tsugtswang Mikhaila Tomskogo* (Moscú: ROSSPEN, 2000), 200.

[7] **Debate sobre educación**, *Kak lomali NEP*, 1:193-304; Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1924-1932* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), cap. 6; **debate en el pleno de julio de 1928**, *Kak lomali NEP*, 2:525-78.

[8] **Viajes por la colectivización**, Chuev, *Sto sorok besed*, 377; Rayfield, *Stalin and His Hangmen*, 148-49; E. A. Rees, *Iron Lazar: A Political Biography of Lazar Kaganovich* (Londres: Anthem Press, 2012), 195; R. W. Davies, *The Socialist Offensive* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1980), 71, 90, 267; **Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 384, 385 (cita del «proceso de agitación»), 386; **Yákovlev**, *Stalinskoe politbiuro v 30-e gody* (Moscú: AIRO-XX, 1995), 97; **Mikoyán**, *Kak lomali NEP*, 1:37-58; **Andréyev**, *Kak lomali NEP*, 3:25-26; **Stalin da ánimos**, Chuev, *Sto sorok besed*, 377 (cita de Stalin a Mólotov), *Kak lomali NEP*, 3:9 (cita de Stalin a Mikoyán).

[9] ***Lobbies***, James R. Harris, *The Great Urals: Regionalism and the Evolution of the Soviet System* (Ithaca: Cornell University Press, 1999), 70-104; **visitas para Kúibyshev**, G. V. Kúibysheva, *Valerian Vladimirovich Kuibyshev* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1966), 283; **industria en el orden del día del Politburó**, *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b): Povestki dlia zasedanii; Katalog*, vol. 1 (Moscú: ROSSPEN, 2000) (Stalin como ponente, 707, 739).

[10] **Historia de Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 289; **comentario de Tomski**, *Kak lomali NEP*, 4:55; **Tomski y Krúpskaya**, Mijaíl Tomski, *Vospominaniia, stat'i, dokumenty* (Moscú: RGGU, 2001), 158; **Mólotov y Bujarin**, Chuev, *Molotov*, 252-53; **aplausos**, *XV s"ezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b): Stenograficheskii otchet* (Moscú-Leningrado: Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1928); **amistad de Stalin con Bujarin**, Paul R. Gregory, *Politics, Murder and Love in Stalin's Kremlin: The Story of Nikolai Bukharin and Anna Larina* (Stanford, CA: Hoover Institution Press, 2010), 16-17; Svetlana Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem k drugu* (San Petersburgo, 1994), 25; Gorélov, *Tsugtswang Mikhaila Tomskogo*, 275; **Gúrvich**, Zenkóvich, *Samye sekretnye rodstvenniki*, 64-65; **amistad de Stalin con los Tomski**, Gorélov, *Tsugtswang*, 275 (*Mishka* es un diminutivo de Mijaíl especialmente familiar).

[11] **Pelea con Tomski**, Tomski, *Vospominaniia*, 159; **encuentro de Bujarin y Kámenev**, Anna Larina, *This I Cannot Forget* (Londres: Norton, 1993), 112-13, 115; *Kak lomali NEP*, 4:152, 162-63, 188-90, 559-60; «"Prosti menia, Koba": Neizvestnoe pis'mo N. Bukharina», *Istochnik*, 1993, n.º 0, 24 (Bujarin a Stalin, 10 de diciembre de 1937).

[12] **Nota manuscrita de Stalin**, *Sovetskoe rukovodstvo: Perepiska, 1928-1941* (Moscú: ROSSPEN, 1999), 73; **conmoción de Bujarin**, Dmitri Volkogónov, *Triumf i tragediia: Politicheskii portret I. V. Stalina* (Moscú: Novosti, 1989), libro 1, pt. 2, 30; **Stalin sobre la amistad**, *Kak lomali NEP*, 4:452; **campaña contra Bujarin**, RGASPI, 329/2/6, ll. 58-60 (Bujarin a Stalin [agosto de 1928]); **defensa de Bujarin**, *Kak lomali NEP*, 4:151 (cita), 187-88; «Notas de un economista», *Pravda*, 30 de septiembre de 1928.

[13] **Hay que apartar a la banda**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 220 (Stalin a Mólotov [antes del 15 de septiembre de 1929], cursiva de Stalin); **Bujarin no acude a trabajar**, *Kak lomali NEP*, 3:1; *ibid*., 4:194; **recolocación de la Derecha**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 124, 190-91; Daniels, *Conscience*, 368; Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, 301; Daniels, *Conscience*, 368; *Pravda*, 31 de marzo de 1931, 6; **Fin de Año**, Roi A. Medvédev, *Nikolai Bukharin* (Nueva York: Norton, 1980), 15, 25; Gregory, *Politics, Murder, and Love*, 65.

[14] **Cita de Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 289; **Mólotov**, RGASPI 558/11/767, 111-16 (carta a Stalin, 20 de agosto de 1928); **Stalin**, *Kak lomali NEP*, 3:9; **Shúiski**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 74-75; **Ordzhonikidze**, *Sovetskoe rukovodsto*, 58-59 (carta a Rýkov [antes del 16 de noviembre de 1928]; RGASPI, 74/2/43, ll. 38-39 (carta a Voroshílov, 28 de octubre de 1928); RGASPI, 74/2/43, ll. 50-51 (carta a Voroshílov, 26 de junio de 1929).

[15] **Conversación de Rudzutak, Bujarin y Ordzhonikidze**, *Kak lomali NEP*, 4:170; **Voroshílov sobre Bujarin y la Derecha**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 123 (8 de junio de 1929); *Sovetskoe rukovodstvo*, 68 (Voroshílov a Stalin [marzo de 1929]); **Kalinin**, RGASPI, 558/11/769, ll. 5-11 (Mólotov a Stalin, 11 de agosto de 1930); *Pis'ma I. V. Stalina*, 198 (Stalin a Mólotov, no antes del 23 de agosto de 1930).

[16] **Zhdánov**, *Revelations from the Russian Archives*, 336-37; Kees Boterbloem, *The Life and Times of Andrei Zhdanov, 1896-1948* (Montreal: McGill-Queens, 2004), 74-79; **Beria**, Amy Knight, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton: Princeton University Press, 1993), 45; RGANI (Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv noveishei istorii), 5/30/4, ll. 64-79 (V. N. Merkúlov a Jrushchov, 21 de julio de 1953); S. Beria, *Beria, My Father*, 11-13; Rayfield, *Stalin and His Hangmen*, 336.

[17] **Formación de la élite**, Fitzpatrick, «Stalin and the Making of a New Elite», en Fitzpatrick, *Cultural Front*; *Pis'ma I. V. Stalina*, 156 (cita, Stalin a Mólotov, 28 de agosto de 1929).

[18] **Malenkov**, A. G. Malenkov, *O moem ottse Georgii Malenkove* (Moscú: NTTs «Tekhnoekos», 1992), 8-20; Zenkóvich, *Samye sekretnye rodstvenniki*, 249; **Jrushchov**, William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Nueva York: Norton, 2003), 30-71; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 38-42; **Piatakov**, O. V. Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze* (Moscú: Rossiia molodaia, 1993), 67; Davies, *Socialist Offensive*, 148 (cita); **cita de Kaganóvich**, Robert W. Davies, *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-33* (Londres: Macmillan, 1996), 10.

[1] **Tiempos maravillosos**, RGASPI, 74/1/429 Yekaterina Voroshílova, «Pseudodiario», entrada de agosto-septiembre de 1955; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 90-91 (bigotes), 190-91 (*vól'nitsa*); ***ty***, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 352; **Koba**, RGASPI, 558/11/766-69; *Sovetskoe rukovodstvo*, 190-91, 280-81; **Soso**, RGASPI, 558/11/765, ll. 48-49, 57-58, 68a.

[2] **Rudzutak y Kúibyshev**, *Vozvrashchennye imena*, libro 2 (Moscú: Novosti, 1989), 144-45; Chuev, *Sto sorok besed*, 412 (Rudzutak); M. Gronski, *Iz proshlogo . . . Vospominaniia* (Moscú: Izvestia, 1991), 255-63 (Kúibyshev); **Mólotov**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 536; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 52-53, 61; **amigos de la familia de Stalin**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 25-26, 89, 107-9; **Ordzhonikidze**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 62; Chuev, *Molotov*, 250-21; **Kírov**, *Nash Mironych*, 202; Bujarin a Voroshílov [1936], RGASPI, 329/2/6, ll. 10-13; Miklós Kun, *Stalin* (Budapest: Central European University Press, 2003), 193; **Voroshílov**, *Istochnik*, 1994, n.º 3, 72; **Rudzutak**, Chuev, *Sto sorok besed*, 413; RGASPI, 74/2/43, l. 38 (Ordzhonikidze a Voroshílov, octubre de 1928); **Kúibyshev**, A. I. Mikoyán, *Dorogoi bor'by*, 560-61; **Andréyev**, Andréyev, *Vospominaniia* (Moscú: Politizdat, 1985), 300-304; **Kalinin**, A. I. Mikoyán, *V nachale dvadtsatykh*, 319-22.

[3] **Polina Zhemchúzhina**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 198-99; **compañía en la dacha**, *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i* (Moscú: Rodina, 1993), 161, 169-70 («Diario de María Anísimovna Svanidze»); S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 28-29; RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», entrada de agosto-septiembre de 1955); **Yenukidze**, Simon Sebag Montefiore, *Young Stalin* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2007), 61, 283.

[4] **Polina Zhemchúzhina**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 274-77; Kun, *Stalin*, 270-79; Vasílieva, *Kremlin Wives*, 124-49; *Stalinskoe Politbiuro v 30-e gody* (Moscú: AIRO-XX, 1995), 276; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 298-99; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament* (Boston: Little, Brown, 1974), 493; **María Kaganóvich**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 166; **Yekaterina Lorberg**, *Istoricheskii arkhiv*, 2000, n.º 6, 212-13; Vasílieva, *Kremlin Wives*, 113-26; **Dora Jazán**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 8; **Esfir Gúrvich**, Gregory, *Politics, Murder and Love*, 58; **esposas de Kúibyshev**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 206, 210; **Valeria Golubtsova**, Malenkov, *O moem ottse, Georgii Malenkove*, 14; **Nina Beria**, S. Beria, *Beria, My Father*, 159.

[5] **Biografías de Krúpskaya, Yákovleva, Lilina**, Sheila Fitzpatrick, *The Commissariat of Enlightenment* (Londres: Cambridge University Press, 1970), 305, 308, 326; **Kámeneva**, Michael David-Fox, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941* (Oxford: Oxford University Press, 2012), 35-46; **cita de los estímulos visuales**, Svetlana Alilúyeva, *Only One Year* (Nueva York: Harper & Row, 1969), 403; **Voroshílova**, V. Kardashov, *Voroshilov* (Moscú: Molodaia gvardiia, 1976), 217; RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, carta a Raisa Samóilovna, 23 de julio de 1954); **Jrushchova**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 173-89; Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Rozhdenie sverkhderzhavy* (Moscú: Vremia, 2010), 20; **amigos de Nadia**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 128; Alilúyeva, *20 pisem*, 108; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 360; Andréyev, *Vospominaniia*, 298, 303-4; carta a María Svanidze, citada en Kun, *Stalin*, 202; **Nina Beria**, S. Beria, *Beria, My Father*, 150, 246; Alilúyeva, *Only One Year*, 354.

[6] **Matrimonio no legalizado**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 64; Alilúyeva, *Only One Year*, 45-46; Kun, *Stalin*, 275; Taubman, *Khrushchev*, 58; **otra hija de Zhemchúzhina**: por lo general se habla de Svetlana Viacheslávovna Mólotova, nacida en 1928, como hija única, pero la inscripción censal de 1939 revela que la familia Mólotov tenía una segunda hija, Rita Arónovna Zhemchúzhina, nacida en 1927 (*Revelations from the Russian Archives*, 340). Así lo confirma también una carta del 17 de agosto de 1948, de Zhemchúzhina a Marjorie Davies, esposa del antiguo embajador de Estados Unidos, en la que habla del matrimonio de sus dos hijas, casadas el mismo mes, Svetlana y Sonia (*sic*), estudiantes las dos: RGASPI, 82/2/1595; **relaciones amorosas**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 80; Yuri Zhdánov, *Vzgliad v proshloe* (Rostov: Feniks, 2004), 308; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 275; **esposas jóvenes**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 177, 206-7, 210; Oleg Troyanovski, *Cherez gody i rasstoianiia* (Moscú: Vagrius, 1997), 162.

[7] **Adopciones**, Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004), 12; S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 24, 29, 163; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 167; Kardashov, *Voroshilov*, 227; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 95-96; **mala influencia**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 198-99; **formación escolar**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 29-31; Andréyev, *Vospominaniia*, 297; Larry Holmes, *Stalin's School* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999), 71-72, 165-68; *Revelations from the Russian Archives*, 341 (inscripción censal de la casa de Stalin); **tíos de Svetlana**, Alilúyeva, *20 pisem*, 114-18; **Svetlana como jefa**, *Stalin i Kaganovich: Perepiska, 1931-1936* (Moscú: ROSSPEN, 2001), 544 (Kaganóvich a Stalin, 31 de agosto de 1935).

[8] **Syrtsov**, *Stenogrammy zasedanii Politbiuro*, 3:176; **Mólotov indispensable**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 247 (Stalin a Mólotov, 1 de septiembre de 1933); **«¡Qué estupidez!»**, *Stalin i Kaganovich*, 51 (Stalin a Kaganóvich, 17 de agosto de 1931); **Derecha**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 217 (Stalin a Mólotov [«comedia»], 30 de septiembre de 1929 y 13 de septiembre de 1930 [«paralizado»]).

[9] **Jefe del gobierno**, RGASPI, 558/11/765, 68a (Mikoyán a Stalin [septiembre de 1930]); *Sovetskoe rukovodstvo*, 144-45 (Voroshílov a Stalin, 8 de octubre de 1930, incluida la cita del «líder»); Chuev, *Sto sorok besed*, 276 (opinión de Mólotov); *Pis'ma I. V. Stalina*, 222-23 y RGASPI, 558/11/769, 55-62 (cartas entre Stalin y Mólotov, septiembre-octubre de 1930); O. V. Jlevniuk, «Stalin i Molotov», en *Stalin, Stalinizm, Sovetskoe obshchestvo*, ed. G. Sh. Sagatelian *et al*. (Moscú: Institut Rossiiskoi istorii RAN, 2000), 275 (cita de Ordzhonikidze); **puestos del equipo en el gobierno**, Jlevniuk, *Politbiuro*, 79; *Stalinskoe Politbiuro*, 93.

[10] **Defensores de los propios intereses institucionales**, *Stalin i Kaganovich*, 420-21, y nota 3 a la introducción de este volumen; **Stalin sobre el presupuesto**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 103-4; *Stalin i Kaganovich*, 57, 186, 224 (citas); **sobre las exigencias de las burocracias**, *Stalin i Kaganovich*, 72, 232, 52, 57 (citas); **sobre las tácticas de las burocracias**, *Stalin i Kaganovich*, 68, 72 (cita de la «ratonera»), 479; *Iosif Stalin v ob”iatiiakh sem’i*, 158-59 (diario de María Svanidze, entrada del 4 de noviembre de 1934: historia de Kírov).

[11] **Ordzhonikidze**, *Pis'ma I. V. Stalina*, 82-83, 247 («actitud vandálica»); RGASPI, 558/11/766, 139-42; RGASPI, 558/11/769, 68-71 («Estado dentro del Estado»); *Stalin i Kaganovich*, 379; **indignación de Stalin**, *Stalin i Ordzhonikidze*, 81-82; **defensa de Piatakov y del hermano de Ordzhonikidze**, Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, 37-38 y 76-82.

[12] **Mentiras descaradas**, Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, 62-63, 91; **carta a Nadia**, *Iosif Stalin v ob”iatiiakh sem’i*, 33 (24 de septiembre de 1930).

[13] **Infelicidad de Nadia**, Kun, *Stalin*, 202 (donde se cita una carta a María Svanidze); **huida a Leningrado**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 64; Tomski, *Vospominaniia*, 158; **mala salud**, Kun, *Stalin*, 214; **Academia Industrial**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 36-40; **actitud crítica**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 65-66; Olga Trífonova, *Edinstvennaia: Zhena Stalina* (Moscú: Astrel', 2010) (obra de ficción, pero con base documental); **carácter reservado**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 85 (cita).

[14] **Muerte de Nadia**, Chuev, *Molotov*, 307-8; Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 88; **reacciones de Stalin**, Kun, *Stalin*, 209-10; Chuev, *Molotov*, 309 (cita); Chuev, *Sto sorok besed*, 250-51; Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 89; **carta a la madre** (24 de marzo de 1934), M. Lobánov (ed.), *Stalin v vospominaniiakh sovremennikov i dokumentov epokhi* (Moscú: EKSMO, 2002), 234; **noticia de la muerte**, *Pravda*, 10 de noviembre de 1932, 3 (téngase en cuenta que, aunque Kúibyshev, Kírov y Kalinin firmaron como miembros del Politburó, sus mujeres no lo hicieron así; Yenukidze, que no pertenecía al Politburó, suscribió el documento, pero cuatro miembros del Politburó faltaron: Rudzutak, soltero, y los tres representantes ucranianos, Petrovski, Chubar y Stanislav Kosior); **rumores**, A. G. Soloviov, «Tetradi krasnogo professor», *Neizvestnaia Rossiia* (Moscú: Mosgorarkhiv, 1993), 4:172 (entrada del 9 de noviembre de 1932); **funeral**, *Pravda*, 10 de noviembre de 1932; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 73.

[15] **Hambruna**, *Sovetskoe rukovodstvo*, 181-84 (cita, Voroshílov a Stalin, 26 de julio de 1932); **versión de Stalin**, Koenker y Bachman, *Revelations from the Russian Archives*, 398 (Stalin a Mijaíl Shólojov, 3 de mayo de 1933); *Istoriia SSSR*, 1989, n.º 3, 46; *Stalin i Kaganovich*, 210, 273-74 («situación terrible» cita, Stalin a Kaganóvich, 1 de agosto de 1932, subrayado de Stalin); Terry Martin, *The Affirmative Action Empire* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2001), 297-98; **nuevo líder para Ucrania**, *Stalin i Kaganovich*, 738, 749, 760.

[16] **Kazajistán**, *Sovetskoe rukovodstvo*, 204-25; **obstáculos para huir de Ucrania**, Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 95; «representaban una hambruna», citas de Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 74-75; **«guerra por inanición»**, Koenker y Bachman, *Revelations from the Russian Archives*, 398 (Stalin a Shólojov, 3 de mayo de 1933); **discurso del 7 de enero de 1933**, Stalin, *Sochineniia*, 13:198; **«corregir la malnutrición»**, Koenker y Bachman, *Revelations from the Russian Archives*, 417-18 (instrucciones del *obkom* de Kiev, 22 de febrero de 1933).

[17] **El equipo, al tanto de la hambruna**, Chuev, *Sto sorok besed*, 453-54 (cita de Mólotov); http://rt.com/politics/holodomor-famine-stalin-ukraine/ (condena por el *Holodomor*); *Sovetskoe rukovodstvo*, 249-50 (cita de Voroshílov); **Kalinin**, Golfo Alexopoulos, *Stalin's Outcasts* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2003) (peticiones); Jlevniuk, *Master of the House* (New Haven: Yale University Press, 2009), 62-63; **valoración del pasado**, Chuev, *Molotov*, 453 y 461 (citas); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 294-97; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 61; Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator* (Moscú: Vremia, 2010), 30 (cita); **represión**, J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror* (New Haven: Yale University Press, 1999), 114-18 (texto de la ley del 7 de agosto); **la represión se cancela**, Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 78-79.

[18] **Sentimiento popular contra Stalin**, Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 289-90; **Riutin**, Jlevniuk, *Master*, 64-66; Getty, *Road to Terror*, 52-64 (texto del estrado); **lamentos de Stalin**, *Stenogrammy zasedanii Politbiuro*, 3:125, 3:176.

[19] **Grupo de Smirnov y Eismont,** *Stenogrammy zasedanii Politbiuro*, 3:581, 3:590, 3:631, 3:635, 3:638; **Voroshílov sobre la Derecha**, Getty, *Road to Terror*, 99-101 (texto del discurso ante el Comité Central, enero de 1933); **Rudzutak**, Getty, *Road to Terror*, 93; **Voroshílov sobre Koba**, *Sovetskoe rukovodstvo*, 241 (carta del 29 de junio de 1933).

[1] **Informe de Stalin**, Stalin, *Sochineniia*, 13:282-79; **aportaciones del equipo**, *XVII s"ezd VKP, 30 ianvaria-10 fevralia 1934 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú: Partizdat, 1934), 129-32, 145-47, 150-52, 167-79, 179-88, 201-9, 224-35, 251-59, 584; **Bujarin**, Cohen, *Bukharin*, 355; readmisión de Kámenev y Zinóviev (12 de diciembre de 1933), Jlevniuk, *Politbiuro*, 102.

[2] **Arreglo de los votos**, *Tak govoril Kaganovich*, 71; **se propone que Kírov vaya a Moscú**, Chuev, *Molotov*, 376-77 (cita); Jlevniuk, *Politbiuro*, 112-13; **votos contra Stalin**, Lenoe, *Kirov Murder*, 128, 757; A. G. Soloviov, «Tetradi krasnogo professor», *Neizvestnaia Rossiia*, 4:175 (6 de marzo de 1934, 222; Kozlov, nota ed.); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 49; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 592-93 (el cálculo de votos contrarios a Stalin oscila entre 2, en ausencia de 166 papeletas [Kozlov], o 6 [Jrushchov] para 287 [Mikoyán, citando a Shatunóvskaya], de un total de votos de 1.225 delegados). **Título de secretario general**, Jlevniuk, *Politbiuro*, 112-13; Volkogónov, *Triumf i tragediia*, libro 2, pt. 1, 78.

[3] **Culto a Stalin**, Soloviov, «Tetradi», en *Neizvestnaia Rossiia*, 4:156-57 (cita), 4:173-74, 4:182 (entradas del 22 de diciembre de 1929, 12 de junio de 1933, y 7 de noviembre de 1935); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 318; Soloviov, «Tetradi», 156-57; Tucker, *Stalin in Power*, 246 (cita de Rádek); Tucker, *Stalin in Power*, 248 (cita de *Pravda*, 21 de enero de 1934); aplausos rituales, *Krest'ianskaia pravda* (Leningrado), 16 de noviembre de 1935, 3; ***vozhdi***, Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia* (Cambridge: Cambridge University Press, 1999), 149-50; **reuniones de las esposas**, Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism* (Nueva York: Oxford University Press, 2000), 156-62; **Kaganóvich**, Garros *et al*., *Intimacy and Terror* (Nueva York: New Press, 1995), 184 (diario de Shtange, 25 de diciembre de 1936).

[4] **Caballeros** (ruso *bogatyri*), Davies, *Popular Opinion*, 151; **Voroshílov**, Frank J. Miller, *Folklore for Stalin* (Armonk, NY: M. E. Sharpe, 1990), 36; Dzhambul y S. Stavski, *Stikhi i pesni* (Novosibirsk, 1938), 30; GARF (Glavnyi arkhiv Rossiiskoi Federatsii), 5446/54 (los dosieres 24, 33, 44, 57, 68, 81, 101 y 127 se archivan con la etiqueta «Correspondencia de personas que afirman ser parientes de K. E. Voroshílov»); **Ordzhonikidze**, Miller, *Folklore for Stalin*, 118; **Kalinin**, Miller, *Folklore for Stalin*, 134; Davies, *Popular Opinion*, 166-67 (cita); **Kírov**, Davies, *Popular Opinion*, 178; Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, 185; Miller, *Folklore for Stalin*, 68, 90, 136.

[5] **«Partido dirigido por judíos»**, Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, 186-87; esposas judías, GARF, 5446/82/56, ll. 261-63 (denuncia de Zhemchúzhina, 1937); http://www.revolutionarydemocracy.org/rdv1n2/kaganfam.htm (la familia de Kaganóvich niega los rumopres de matrimonio); Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 19; **príncipe caucásico**, GARF, 3316/16a/1446, l. 100 (julio de 1930); **quincuagésimo aniversario de Mólotov**, Davies, *Popular Opinion*, 152; **toponimia**, GARF, 7523/65/516 (resoluciones del Sóviet Supremo, 1939-1941); Pospélov, *Imena gorodov*.

[6] **Entrevista con Duranty**, 25 de diciembre de 1933, Stalin, *Sochineniia*, 13:276-81; entrevista con Wells (23 de julio de 1934), en Y. V. Stalin, *Sochineniia*, vol. 114, ed. Robert H. McNeal (Stanford, CA: Hoover Institution, 1967), 11-36; H. G. Wells, *Experiment in Autobiography* (Londres: Faber, 1984), 800-806; **entrevista con Feuchtwanger** (8 de enero de 1937), Lion Feuchtwanger, *Moscow 1937: A Visit Described for My Friends*, trad. Irene Josephy (Nueva York: Viking, 1937); **comentario de Rádek**, citado en David-Fox, *Showcasing*, 237; **embajador Davies**, Joseph E. Davies, *Mission to Moscow* (Londres: Victor Gollancz, 1943), 83-84, 227, 230-31.

[7] **Entrevista con Ludwig**, 13 de diciembre de 1931, Stalin, *Sochineniia*, 13:120-21; **Stalin y los idiomas**, Kun, *Stalin*, 146-47; Chuev, *Sto sorok besed*, 257; Wells, *Experiment*, 803; **Mólotov**, RGASPI, 558/11/768, ll. 146-47 (Mólotov a Stalin, 31 de diciembre de 1929); Chuev, *Molotov*, 284; Chuev, *Sto sorok besed*, 107 (cita del «diplomático»); **idiomas**, Kaganóvich, *Pamiatnye knigi*, 13-48; Sabine Dullin, *Men of Influence* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2008), 14; Kúibysheva, *Valerian Vladimirovich Kuibyshev*, 215; F. G. Seiranian, *G. K. Ordzhonikidze v gody sotsialisticheskogo stroitel'stva* (Tiflis: Izdatel'stvo «Sabchota Sakartvelo», 1986); Trotski, *Stalin*, 395.

[8] **Redes de espionaje extranjeras**, Robert Service, *Spies and Commissars* (Londres: Macmillan, 2011); Rayfield, *Stalin's Hangmen*, 140-46; **juicios amañados**, *Politbiuro TsK RKP(b) i Evropa* (Moscú: ROSSPEN, 2001), 211; **aprobación de los viajes**, RGANI, 3/22/70, esp. ll. 48, 65, 68.

[9] **Nicoláyevski**, Borís I. Nicoláyevski, *Power and the Soviet Elite* (Londres: Pall Mall Press, 1965), 26-65 («carta de un viejo bolchevique»); Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 338-39; **Trotski**, *Stalin i Kaganovich*, 489, 493; Volkogónov, *Triumf i tragediia*, libro 1, pt. 2, 167, 174; libro 2, pt. 1, 90, 96; Deutscher, *Prophet Outcast*, 390-97; Pável Sudoplátov, *Special Tasks* (Boston: Little, Brown, 1994), 30-31, 67.

[10] **Stalin sobre los espías**, *Stalin i Kaganovich*, 146, 225 («nuestra estupidez»), 269 («todos los especialistas son espías»), 361, 364 («prohibir que vayan viajando»); *Stalinskoe Politbiuro*, 146; RGASPI, 558/11/769, l. 114; **detenciones de polacos**, Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner* (Stanford, CA: Hoover Institution Press, 2001), 40-42; ***Journal de Moscou***, *Stalin i Kaganovich*, 530, 543; **Instituto Varga**, Soloviov, «Tetradi», *Neizvestnaia Rossiia*, 4:178; **profesor de Mólotov**, RGASPI, 82/2/1454; **emigrados políticos alemanes**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 42.

[11] **Exposición de París**, *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b)*, 924; **competiciones internacionales**, *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b)*, 862, 884, 897, 936; RGASPI, 17/3/983 (actas del Politburó, febrero de 1937); *Pravda*, 2 de abril de 1937, 1; **inquietud por la opinión en Occidente**, *Stalin i Kaganovich*, 414, 635; RGASPI, 82/2/537, ll. 81, 155 (Yákovlev a Stalin y Mólotov, 21 de marzo de 1937).

[12] **Stalin como escritor/periodista**, Yevgueni S. Grómov, *Stalin: Vlast' i iskusstva* (Moscú: Respublika, 1998), 64; **instrucciones**, *Stalin i Kaganovich*, 116; **estudio de idiomas**, Kun, *Stalin*, 146-47; S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 27; Kúibysheva, *Valerian Vladimirovich Kuibyshev*, 215; **lección de Stalin**, *Stalin i Kaganovich*, 569 («timadores»); RGASPI, 558/11/768, ll. 138-42 («en las mismas narices»); *Pis'ma I. V. Stalina*, 245 («escupir en el puchero»); *Stalin i Kaganovich*, 545 («pelea» entre dos bloques).

[13] **Política exterior**, *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b) i Evropa* (implicación del equipo de 1930 a 1933, en orden de frecuencia: Stalin [14 veces], Mólotov [11], Voroshílov [8], Ordzhonikidze [7], Mikoyán [5], Kaganóvich [4], Kúibyshev [2], y una vez cada uno Kírov, Kosior, Rudzutak y Kalinin); Chuev, *Sto sorok besed*, 97-98 («en las manos de Stalin»); **Litvínov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 97-98 («confianza plena»); Soloviov, «Tetradi», *Neizvestnaia Rossiia*, 4:202-4; *Pis'ma I. V. Stalina*, 155, 161, 167; RGASPI, 558/11/768, ll. 87-89; RGASPI, 558/11/769, ll. 132-34; *Stalin i Kaganovich*, 71, 94, 107, 189, 563-64.

[14] **Kuusinen**, RGASPI, 558/11/766, ll. 125-26 (Mólotov a Stalin, 25 de agosto de 1926); Arvo Tuominen, *The Bells of the Kremlin* (Hanover: University Press of New England, 1983), 92, 93, 96; **Arósev**, David-Fox, *Showcasing the Soviet Experiment*, 223-26; Viacheslav Níkonov, *Molotov: Molodost'* (Moscú: Vagrius, 2005), 45; Dimitrov y Stalin, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, introd. y ed. Ivo Banac (New Haven: Yale University Press, 2003), 69-70 y *passim*; **Stalin sobre Estados Unidos**, Stalin, *Sochineniia*, 13:114-15 (conversación con Emil Ludwig, 1931); **viaje de Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 300-15; Kun, *Stalin*, 296-97.

[15] **España**, *Stalin i Kaganovich*, 681; *Stalinskoe Politbiuro*, 149, 151 (cita de la «dialéctica»); **propuesta de Ehrenburg**, *Stalin i Kaganovich*, 493, 718-19 (texto); **Congreso**, Katerina Clark, *Moscow the Fourth Rome* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011), 177-79; http://www.gisele-freund.com/international-congress-for-the-defense-of-culture-hall-of-the-mutualite-paris-21th-of-june-1935/; **Webbs**, David-Fox, *Showcasing*, 215-19; *Politbiuro TsKP(b)-VKP(b): Povestki*, 2:303, 2:718, 2:772; **Gide**, David-Fox, *Showcasing*, 262-68.

[16] **RAPP/Averbaj**, Fitzpatrick, *Cultural Front*, 104-6; Mijaíl Ilinski, *Narkom Iagoda* (Moscú: Veche, 2005), 450; *«Schast'e literatury»: Gosudarstvo i pisateli, 1925-1938* (Moscú: ROSSPEN, 1997), 130-32 (resolución del Politburó del 23 de abril de 1932); **Roy**, M. N. Roy, *M. N. Roy's Memoirs* (Bombay: Allied Publishers, 1964), 538; **Kaganóvich**, Yevgueni Yevséyev, *Kaganovich* (Moscú: Iauza, 2005), 97, 101-2; **Stalin**, Katerina Clark y Yevgueni Dobrenko, *Soviet Culture and Power* (New Haven: Yale University Press, 2007), 141; Tucker, *Stalin in Power*, 151-59.

[17] **Gorki**, Ilinski, *Narkom Iagoda*, 83; Grómov, *Stalin*, 151-54; **Yagoda y Gorki**, Ilinski, *Narkom Iagoda*, 366-73, 385-88; Vitali Shentalinski, *Raby svobody* (Moscú: Parus, 1995), 339-46; **muerte de Maksim Peshkov**, Shentalinski, *Raby*, 355-58; **sueños de los escritores**, *Vlast' i khudozhestvennaia intelligentsia*, comp. Andréi Artizov y Oleg Naumov (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1999), 529 («con afecto y amor»); Shentalinski, *Raby*, 120; **Stalin por teléfono**, Shentalinski, *Raby svobody*, 124, 239; Nadezhda Mandelshtam, *Hope against Hope* (Nueva York: Modern Library, 1999), 147.

[18] **Mecenazgo del equipo**, Sheila Fitzpatrick, «Intelligentsia and Power: Client-Patron Relations in Stalin's Russia», en Manfred Hildermeier (ed.), *Stalinismus vor dem zweiten Weltkrieg: Neue Wege der Forschung/Stalinism before the Second World War; New Avenues of Research* (Múnich: Oldenbourg, 1998), 35-53, reimpreso en Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!*; Dmitri Shostakóvich, *Pis'ma I. I. Sollertinskomu* (SPB, 2006), 155-56; Chuev, *Sto sorok besed*, 314-15; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 74 (**Voroshílov**); «Schast'e literatury», 273-75; RGASPI, 85/28/77 (**Kalinin**); *«Literaturnyi front»: Istoriia politicheskoi tsenzury* (Moscú: Entsiklopediia rossiiskikh dereven', 1994), 27 (**Andréyev**); TsGAIPD (Tsentral'nyi gosudarstvennyi arkhiv istoriko-politicheskoi dokumentatsii Sankt-Peterburga), 24/2v/2679, ll. 28-30; Alekséi Volynets, *Zhdanov* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2013), 101, 167, 433, 528-29 (**Zhdánov**); Taubman, *Khrushchev*, 128-32 (**Jrushchov**); *Nash Mironych*, 394-96; *Byli industrial'nye: Ocherki i vospominaniia*, 2.ª ed. (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1973), 35 (**Kírov**); Sergó Beria, *Moi otets: Lavrentii Beriia* (Moscú: Sovremennik, 1994), 36, 343 (**Beria**); A. G. Malenkov, *O moem ottse*, 25 (**Malenkov**); Yu. Yelaguin, *Ukroshchenie iskusstv* (Nueva York: Izdatel'stvo imeni Chekhova, 1952), 217 (**Rudzutak**); Gronski, *Iz proshlogo*, 259-60 (**Kúibyshev**); Víktor Fradkin, *Delo Kol'tsova* (Moscú: Vagrius, 2002), 245; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 105-6; Rees, *Iron Lazar*, 138 (**Kaganóvich**); Fitzpatrick, «Intelligentsia and Power», 39-43 (**Mólotov**); Yelena Bónner, *Mothers and Daughters* (Nueva York: Vintage Books, 1993), 123-24; «Literaturnyi front», 15-16; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 631-34 (**Mikoyán**); RGASPI, f. 85, cartas de georgianos; *Byli industrial'nye*, 12, 17, 189-95 (**Ordzhonikidze**); Nadezhda Mandelshtam, *Vospominaniia* (Nueva York, 1970), 119-20 (**Yezhov**).

[19] **Salones**, Shentalinski, *Raby*, 59-50, 62-63, 66-67; Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 17, 121; Vasílieva, *Kremlin Wives*, 97-112; **muerte de Yezhova**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 166-71; *Lubianka: Stalin I NKVD-NKGB-GUKR «Smersh»* (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 2006), 71.

[20] **«La vida ha mejorado»**, Stalin, *Sochineniia*, ed. McNeal, vol. 114, 106 (discurso del 1 de diciembre de 1935); **Metro de Moscú**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 64-70; *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i*, 173-75; **árboles de Navidad**, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes* (Boston: Little, Brown, 1990), 31-32; http://atz-box.ru/stati/aznaete-li-vy/1428-istoriia-novogodnei-elki.html; **perfumes**, Jukka Gronow, *Caviar with Champagne: Common Luxury and the Ideals of the Good Life in Stalin's Russia* (Oxford: Berg, 2003), 56-60; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 298-99; **trajes nuevos**, Stepán Mikoyán, *Vospominaniia*, 25; *Trud*, 2 de julio de 1935, 1; **nuevos alimentos**, Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, 90-91.

[21] **Termidor soviético**, León Trotski, *The Revolution Betrayed* (Londres: New Park Publications, 1967), 86-114; **final del racionamiento**, Jlevniuk, *Master*, 111; **Stalin y la muerte de Kírov**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 108; Chuev, *Sto sorok besed*, 310; Lenoe, *Kirov Murder*, 251-62; **dudas posteriores**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 24; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 589-96; **Mólotov sobre Nikoláyev**, Chuev, *Sto sorok besed*, 310; **Stalin apunta a los partidarios de Zinóviev**, Lenoe, *Kirov Murder*, 281; **deportaciones**, Jlevniuk, *Master*, 130; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *Yezhov* (New Haven: Yale University Press, 2008), 139; **Yezhov**, Getty y Naumov, *Yezhov*, 143; **ejecución de Nikoláyev**, Lenoe, *Kirov Murder*, 358, 370; **juicio de Zinóviev y Kámenev**, Lenoe, *Kirov Murder*, 377-79; Getty y Naumov, *Yezhov*, 159.

[22] **Amistad de Stalin con Kírov**, *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i*, 168 (diario de María Svanidze, 5 de diciembre de 1934); Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 108; Service, *Stalin*, 294; **fiesta de cumpleaños**, diario de María Svanidze, *Stalin v ob"iatiiakh*, 169-70 (entrada del 23 de diciembre de 1934); **canción**, Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 290-93; **temores de Stalin**, Lobánov, *Stalin v vospominaniiakh sovremennikov i dokumentakh epokhi*, 361 (citado según el almirante I. S. Isákov).

[1] **«Misión histórica universal»**, «“Prosti menia, Koba”», *Istochnik*, 1993, n.º 0, 23-24 (Bujarin a Stalin, 10 de diciembre de 1937); **«no tuvimos quinta columna»**, Chuev, *Molotov*, 464; **Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 395; **Kaganóvich**, G. A. Kumanov, *Riadom so Stalinym* (Moscú: Bylina, 1999), 78 (entrevista 1991).

[2] **Humor de Stalin**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 149; **Kaganóvich y Yezhov**, Soloviov, «Tetradi», *Neizvestnaia Rossiia*, 4:178; *Stalin i Kaganovich*, 702; *Stalinskoe Politbiuro*, 148, 152; **Yezhov**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 19-20; Chuev, *Sto sorok besed*, 438; Anna Larina Bujarina, *Nezabyvaemoe* (Moscú: APN, 1989), 269-70; Mandelshtam, *Vospominaniia*, 119-20.

[*] El concepto inglés más habitual es el de *show trials*, que pone de relieve su carácter artificioso y espectacular. En castellano es más frecuente hablar a secas de «los Juicios de Moscú», a veces con los calificativos adicionales de «amañados» (el más usado en este libro) o «ejemplares», o su descripción como «farsas». (*N. del t.*)

[3] **Ascenso de Yezhov**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 25, 54; Getty, *Yezhov*, 204; *Stalin i Kaganovich*, 682-83; *Stalinskoe Politbiuro*, 159; Dzhambul, «Narkom Ezhov», *Pravda*, 3 de diciembre de 1927, 2; **Yenukidze**, RGASPI, 558/11/728, ll. 52-66 (correspondencia con Stalin); Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 88; Edvard Radzinski, *Stalin* (Nueva York: Doubleday, 1996), 331; Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 33-34; Roi A. Medvédev, *Chto chital Stalin?* (Moscú: Prava cheloveka, 2005), 144 (conversación con Rolland); Getty y Naumov, *Yezhov*, 163 (cita de «permitirse una siesta»); **purga del Kremlin**, Getty y Naumov, *Yezhov*, 159, 161-62; RGASPI, 17/2/542, ll. 81, 83 (lista de personas detenidas); Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 178 (familia Kámenev).

[4] **Negociaciones sobre Yenukidze**, *Stalin i Kaganovich*, 557-58, 580, 583; RGASPI, 558/11/89; *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b): Povestki*, 695; Getty, *Yezhov*, 164-65; **detención** (11 de febrero de 1937), Jlevniuk, *Master*, 145; **acusación póstuma de Enukidze**, Robert Conquest, *The Great Terror* (Harmondsworth: Penguin, 1971), 514, 549; Gregory, *Politics, Murder*, 127-28; Jlevniuk, *Master*, 148; **Mólotov amenazado**, Jlevniuk, *Master*, 148; Aleksandr Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes* (Londres: Jarrolds, 1954), 162-66.

[5] **Obra de Sheinin**, *Ochnaia stavka: P'esa v chetyrekh deistviiakh s prologom*, por los hermanos Tur y L. Sheinin (Moscú-Leningrado: 1938); John Scott, *Behind the Urals* (Bloomington: Indiana University Press, 1989), 197-203: Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism* (Nueva York: Oxford University Press, 1999), 203; **Stalin y los juicios**, RGASPI, 558/11/96, ll. 16, 31, 37, 41; RGASPI, 74/2/38, l. 82 (cita de los «perros burgueses»); *Stalin i Kaganovich*, 631 (cita), 638, 642-43, 666; **materiales examinados** (octubre de 1936), RGASPI, 558/11/96, l. 52; **«núcleo de reserva»**, *Stalin i Kaganovich*, 631, 638; nuevas investigaciones, Conquest, *Great Terror*, 166.

[6] **Ordzhonikidze y Piatakov**, Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, 67, 69; *Stalin i Kaganovich*, 631, 673; **oferta de Piatakov**, Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, 68-69; Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 48 (la esposa en cuestión era o bien su segunda esposa, Zinaida Vasílieva, o la tercera, Ludmila Ditiaeva, pues las dos habían formado parte de la Oposición y fueron detenidas en 1936; agradezco a Andrea Graziosi esta información); **detención**, Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, 71; **muerte de Ordzhonikidze**, Chuev, *Molotov*, 250-51; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 328-30 (cita); Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze*, 118-29; *Khrushchev Remembers*, 84-85; *Stalinskoe Politbiuro*, 153-55; **Mólotov al pleno de febrero-marzo**, *Bol'shevik*, 1937, n.º 8, 12-45.

[7] **Conjuración militar**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 69-70; **amistades**, Vitali Rapoport y Yuri Alexéyev, *High Treason* (Durham, NC: Duke University Press, 1985), 274; Rees, *Iron Lazar*, 80, 194; *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957* (Moscú: 1998), 69; Jlevniuk, *Master*, 218; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 27-29; S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 33, 35; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 553; **Voroshílov**, Radzinski, *Stalin*, 371; *Istochnik*, 1994, n.º 3, 72 (cita); **detención de Yakir**, Conquest, *Great Terror*, 303; **discurso de Stalin** (2 de junio de 1937), *Istochnik*, 1994, n.º 3, 72-88 (texto); Roi A. Medvédev, *Let History Judge* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1971), 301 (comentario citado); **Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 392 (cita); **Jrushchov**, citado en Taubman, *Khrushchev*, 103.

[8] **Suicidio de Tomski**, *Stalin i Kaganovich*, 639-40; O. V. Jlevniuk, *1937-i* (Moscú: «Respublika», 1992), 199, 201; **poema de Bujarin**, RGASPI, 329/2/6, l. 93 (traducido en Gregory, *Politics, Murder*, 90-91); **«fusilar a esas sabandijas»**, citado en Gregory, *Politics, Murder*, 89; **viaje de Bujarin**, Gregory, *Politics, Murder*, 83-84; **huelga de hambre de Bujarin**, citas de Gregory, *Politics, Murder*, 99, 107; **súplicas de Bujarin**, RGASPI, 329/2/6, ll. 10-15, e *ibid*. 558/11/96, ll. 22, 26 (Voroshílov); RGASPI, 329/2/6, l. 119 (Jrushchov); *ibid*., ll. 41-44 (Mólotov); **pena de muerte**, Gregory, *Politics, Murder*, 120; **cartas de Bujarin a Stalin**, «"Prosti menia, Koba"», *Istochnik*, 1993, n.º 0, 24-25.

[9] **Yagoda**, «Informe del proceso penal en el caso del "Bloque de derechistas y trotskistas", oído ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, Moscú, 2 a 13 de marzo de 1938» (Moscú: Comisariado del Pueblo de Justicia de la URSS, 1938), 786; **comentario de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 404-5; **discurso final de Bujarin**, Informe del proceso penal, 777, y Gregory, *Politics, Murder*, 138-40; Arthur Koestler, *Darkness at Noon*, trad. Daphne Hardy (Londres: Jonathan Cape, 1940), 240; **familias aisladas**, Chuev, *Sto sorok besed*, 415; **familia de Bujarin**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 61-66; Gregory, *Politics, Murder*, 131; **fusilamiento de los hijos varones adultos**, *Zenkovich*, Samye sekretnye, 176-77, 420 (Aleksandr y Yuri Kámenev, Mijaíl y Víktor Tomski); **otros castigos**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 337, 320-21, 420, 177 (Natalia Rýkova, Leonid y Vladímir Póstyshev, Yuri Tomski, Vladímir Kámenev); **orfanato**, Gregory, *Politics, Murder*, 131.

[10] **Vigilancia a Trotski**, RGASPI, 558/11/96, ll. 39, 46, 50; **destino de la familia de Trotski**, Service, *Trotsky*, 500; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 429-32; Deutscher, *Prophet Outcast*, 281-82; **firmas**, Chuev, *Molotov*, 514; Kaganóvich, citado en Rees, *Iron Lazar*, 194.

[11] **Andréyev**, *Vestnik APRF*, suplemento de Istochnik, 1995, n.º 1, 127; *Voprosy istorii*, 1990, n.º 4, 78 (cita de Jrushchov); *Sovetskoe rukovodstvo*, 371-75; RGASPI, 558/11/65, l. 33 (informes para Stalin); Andréyev, *Vospominaniia*, 218-20, 236, 301 (música); **Kaganóvich**, Rees, *Iron Lazar*, 195; Mijaíl Shreider, *NKVD iznutri* (Moscú: Vozvrashchenie, 1995), 64-71; **Zhdánov**, N. Kariakin, «"Zhdanovskaia zhidkost" ili protiv ochernitel'stva», en Yu. N. Afansev (ed.), *Inogo ne dano* (Moscú: Progreso, 1988) (cita); S. A. Kislitsyn, *Yuri Zhdánov: Riadom so Stalinym, Sholokhovym, Il'enkovym* (Moscú: URSS, 2013), 23; **Malenkov**, Rees, *Iron Lazar*, 195; *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 45; Malenkov, *O moem ottse*, 33; **Mikoyán**, M. Yu. Pávlov, *Anastas Mikoian* (Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2010), 92-93.

[12] **Kaganóvich**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 80 (cita); **Voroshílov**, Vadim Rogovin, *Stalin's Terror of 1937-1938* (Oak Park, MI: Mehring Books, 2009), 151; **Zhdánov**, Boterbloem, *Zhdanov*, 161, 165; Volynets, *Zhdanov*, 214; **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 82, 105-16; Zhorés Medvédev y Roi Medvedev, **Nikita Khrushchev** (Moscú: Vremia, 2012), 124, 127; **Beria**, Knight, *Beria*, 78-86; **Comité Central**, *Khrushchev Remembers*, 572; **ministros** (Comisarios del Pueblo de la URSS), Roi Medvédev, *Oni okruzhali Stalina* (Benson, VT: Chalidze Publications, 1984), 26.

[13] **Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 390; **Kaganóvich**, *Stalin i Kaganovich*, 284 («pupilo»); **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 31 (cita); **Andréyev**, Montefiore, *Stalin*, 258 (cita de Natalia Andréyeva); **Mikoyán**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 30-31; **Chubar**, V. Dróbizhev y N. Dúbova, *V. Ia. Chubar'* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1963), 71.

[14] **Enfrentamientos**, RGASPI, 558/11/96, ll. 41, 43; Larina, *This I Cannot Forget*, 31, 313; Gregory, *Politics, Murder*, 113-14 (cita de Rádek); Chuev, *Sto sorok besed*, 413 (cita de Antípov), 486-87; **Rudzutak**, Chuev, *Molotov*, 483-86 (cita); Montefiore, *Stalin*, 223 (cita de los «trajes de baile»); Jlevniuk, *Master*, 215; **Eije**, Jlevniuk, *Master*, 212-13; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 579-81.

[15] **Petrovski**, Medvédev, *Let History Judge*, 295-96; **Kosior**, Jlevniuk, *Master*, 217-18; www.alexanderyakovlev.org/fond/issues (documentos de A. N. Yákovlev, doc. 322: Yezhov a Stalin, 16 de abril de 1938, sobre la detención de Kazimir); RGASPI, 558/11/754, ll. 112-13 (S. Kosior a Stalin, 20 de abril de 1938); *O Stanislave Kosiore* (Moscú: Politizdat, 1989), 218-19 (cita de A. G. Snégov); Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 107 (entrevista con Kaganóvich); Medvédev, *Let History Judge*, 295-96 (cita de Kosior); **Chubar**, Chuev, *Sto sorok besed*, 413-14 («serpiente», 413); *Stalinskoe Politbiuro*, 167; Jlevniuk, *Politbiuro*, 229; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 35.

[16] **Póstyshev**, Valentín M. Berezhkov, *At Stalin's Side* (Nueva York: Birch Lane Press, 1994), 229 (novedades de Kiev); Leonid Postyshev, «Iz ukhodiashchego proshlogo», *Fakel* (Moscú: 1989), 202-3; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 34-35; *Pravda*, 29 de mayo de 1937, 2; Jlevniuk, *Master*, 210; Jlevniuk, *Politbiuro*, 216-23; *Stalinskoe Politbiuro*, 156-67 (texto del discurso del 14 de enero de 1938, con las interrupciones); **pleno de enero de 1938**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 126; G. A. Chigrínov, «Pochemu Stalin, a ne drugie?», *Voprosy istorii KPSS*, 1960, n.º 6, 92.

[17] **Dosier sobre Stalin**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 108 (cita); Malenkov, *O moem ottse*, 34; **detención de Lorberg**, Vasílieva, *Kremlevskie zheny*, 291-93; *Istoricheskii arkhiv*, 2000 n.º 6, 212-13; *Politbiuro i delo Beriia* (Moscú: Kuchkovo pole, 2012), 536-39 (transcripción del interrogatorio); Chuev, *Sto sorok besed*, 315 (cita); **carta de Kalinin**, *Istoricheskii arkhiv*, 2000, n.º 6, 212-13; **amenazas a los miembros del equipo**, RGASPI, 558/11/762, l. 2 (Malenkov a Stalin, 22 de septiembre de 1938); Malenkov, *O moem ottse*, 32; Knight, *Beria*, 78-79; *Voprosy istorii*, 1990, n.º 4, 78; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 37-38; Medvédev, *Oni okruzhali Stalina*, 149 (Mikoyán).

[18] **Mólotov**, RGASPI, 82/2/1439, l. 48 (profesor personal); Montefiore, *Stalin*, 188 (niñera); David-Fox, *Showcasing*, 301 (Arósev); Chuev, *Sto sorok besed*, 414-15 (cita); **orden sobre la NKVD**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 583; **Mólotov intercede**, RGASPI, 82/2/1439, l. 52; Montefiore, *Stalin*, 188; Chuev, *Sto sorok besed*, 420, 422; David-Fox, *Showcasing*, 301; Olga Aróseva, *Bez grima* (Moscú: 2000), 30 (cita); RGASPI, 82/2/1453 (Moguílnaya).

[19] **Kaganóvich**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 79-80; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 107 (entrevista con Kaganóvich); **Mikoyán**, GARF, 120/580/680 (correspondencia de 1937-1938, con notas); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 582-83; Bónner, *Mothers and Daughters*, 323-24; S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 33, 35; **Voroshílov**, Vasílieva, *Kremlin Wives*, 84-85.

[20] **Dimitrov**, Montefiore, *Stalin*, 290; **detención de ayudantes de Stalin**, Kun, *Stalin*, 285-88; Montefiore, *Stalin*, 266; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 430-31 (tres de los siete secretarios de Stalin, de entonces y anteriormente, fueron víctimas de las purgas [Brezanovski, Kanner, Nazerián], y la esposa de su asistente principal, Poskriòbyshev, que en teoría era un favorito de Stalin, fue arrestada en 1939 y fusilada en 1941); **familia política de Stalin**, *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i*, 193; Kun, *Stalin*, 392, 409, 380, 411-15; Shreider, *NKVD iznutri*, 101; **Svanidze**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 356-59; *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i*, 193; **Kavtaradze**, Montefiore, *Young Stalin*, 320; **niñera**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 97.

[21] **Cinismo**, Medvédev, *Let History Judge*, 311; Montefiore, *Young Stalin*, 309; **caída de Yezhov**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 140, 149-50, 161-65; **muerte de Yezhova**, Jansen, *Stalin's Loyal Executioner*, 168-71; **índices de detención y ejecución**, Getty, *Road to Terror*, 527-28 (cerca de medio millón de arrestos y 300.000 ejecuciones en 1938).

[22] **Índices de continuidad**, Graeme Gill, *The Origins of the Stalinist Political System* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), 278; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 572-73; **XVIII Congreso**, *XVIII s"ezd Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Partii (b): 10-21 marta 1939 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú: OGIZ, 1939), 3, 104, 211, 169; **discurso de Stalin**, Stalin, *Sochineniia*, ed. McNeal, vol. 114, 369; **críticas a Mólotov**, Jlevniuk, *Master*, 221; **ponencia de Zhdánov**, *XVIII s"ezd*, 519-24; «purgas menores», J. Arch Getty, *Origins of the Great Purges* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), 38-57, 202; **edad de los delegados**, Volynets, *Zhdanov*, 222; **aplausos**, N. G. Kuznetsov, *Krutye povoroty: Iz zapisok admirala* (Moscú: Molodaia gvardiia, 1995), 57 (cita).

[1] **Expulsión de Litvínov**, Dullin, *Men of Influence*, 232; Derek Watson, *Molotov: A Biography* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2005), 154; **enfado entre Litvínov y Mólotov**, Watson, *Molotov*, 152; Maurice Hindus, *Crisis in the Kremlin* (Nueva York: Doubleday, 1953), 48; Berezhkov, *At Stalin's Side*, 317; **estallido antisemita de Mólotov**, Watson, *Molotov*, 155; Berezhkov, *At Stalin's Side*, 225-26.

[2] **Purga en el Ministerio de Exteriores**, Arkadi Vaksberg, *Stalin against the Jews* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994), 84-86; Chuev, *Molotov*, 332-33 (cita); Hindus, *Crisis*, 48; **Zhemchúzhina**, RGASPI, 558/11/58, l. 99 (Stalin a funcionarios de Vladivostok, 9 de mayo de 1939); RGANI, 3/32/13, ll. 29-32; *Stalinskoe Politbiuro*, 171-72; Jlevniuk, *Politbiuro*, 242; **abstención de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 474-75.

[3] **Strang**, Richard Overy, *Russia's War* (Nueva York: Penguin, 1998), 44-45; Watson, *Molotov*, 160 (cita); **comentario del embajador británico** (sir William Seeds), citado en Watson, *Molotov*, 163 y 157; **preferencias de Mólotov**, Watson, *Molotov*, 149-52.

[4] **Pacto de No Agresión Germano-Soviético**, 23 de agosto de 1939, S. Beria, *Beria, My Father*, 51-52; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 128, 135, 139; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 376-77 (cita); **Kaganóvich**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 89-90 (cita); Chuev, *Sto sorok besed*, 19 (cita de Mólotov); **opinión popular**, Timothy Johnson, *Being Soviet* (Oxford: Oxford University Press, 2011), 21-22; Alexander Werth, *Russia at War* (Londres: Pan Books, 1964), 60-73, 83.

[5] **Ocupación de la Polonia oriental**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 143-49; **Wasilewska**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 145; Marci Shore, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968* (New Haven: Yale University Press, 2006), 172-74, 200-202, 237-40; **guerra con Finlandia**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 152 (cita), 154-55; Overy, *Russia's War*, 57.

[6] **Pacto Tripartito**, Watson, *Molotov*, 183-86; **Ribbentrop**, Chuev, *Molotov*, 33 (cita); Berezhkov, *At Stalin's Side*, 46-47 (historia del búnker); **Hitler**, Chuev, *Molotov*, 35 (cita); **respeto de Stalin por Mólotov**, Konstantín Símonov, *Glazami cheloveka moego pokoleniia* (Moscú: Novosti, 1988), 348 (citando a Zhúkov).

[7] **Mijaíl Kaganóvich**, A. S. Yákovlev, *Tsel' zhizni* (Moscú: Politizdat, 1972), 198 (cita); G. A. Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy* (Smolensko: Rusich, 2005), 105-6, 556-57; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 47-48; S. Beria, *Beria, My Father*, 165; 105-6; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 78-79; *Lavrentii Beriia: Stenogramma iul'skogo plenuma TsK KPSS i drugie materialy* (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1999), 42-43 (rehabilitado en 1953); **nueva generación**, Sheila Fitzpatrick, «Stalin and the Making of a New Elite», en Fitzpatrick, *The Cultural Front* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992), 149-82; **Kosyguin**, Jerry Hough y Merle Fainsod, *How the Soviet Union Is Governed* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1982), 242-44; Gromyko, A. A. **Gromyko**, *Pamiatnoe* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1988), vol. 1; **concepto de Stalin**, Yákovlev, *Tsel' zhizni*, 196-97, 490-92.

[8] **Valoración de las intenciones alemanas**, Chuev, *Molotov*, 42; Símonov, *Glazami*, 355 (cita de Zhúkov); Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 56 (Mikoyán); Christopher Andrew y Vasili Mitrojin, *The Sword and the Shield* (Nueva York: Basic Books, 1999), 94 (Beria); Volynets, *Zhdanov*, 328-29; Símonov, *Glazami*, 348 (Zhdánov; es contrario, pero poco convincente, S. Beria en *Beria, My Father*, 52, cuando afirma que Zhdánov era un germanófilo que apoyaba con entusiasmo la alianza con Alemania).

[9] **Ataque alemán**, Overy, *Russia's War*, 64-65; **reacción de Stalin**, Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 62 (cita de Mikoyán sobre la herencia de Lenin), 63 («en estado de indiferencia»: Mólotov, según Mikoyán); Radzynski, *Stalin*, 469-72 Iván el Terrible; Chuev, *Sto sorok besed*, 51-2, 329-30; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 88; **reunión del equipo y visita a Stalin**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 391; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 63-64; *Politbiuro i delo Beriia*, 20 (nótese que Jrushchov, Zhdánov, Kaganóvich, Andréyev y Kalinin no asistieron a la reunión convocada por Beria; los dos primeros, al parecer, porque no estaban en Moscú. Andréyev había venido a toda prisa de la dacha, en cuanto tuvo noticias del ataque alemán [Andréyev, *Vospominaniia*, 323], pero es obvio que no se requirió su presencia. Es probable que la visita se produjera el 30 de junio después del primer encuentro del Comité de Defensa Estatal. Según la oficina del Kremlin, estuvo ausente los dos días anteriores); **mensaje radiofónico de Mólotov**, Watson, *Molotov*, 189-90; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 58, 481; **mensaje de Stalin**, Service, Stalin, 449-50.

[10] **Stalin como jefe del gobierno**, Jlevniuk, *Politbiuro*, 254 (resolución del 4 de mayo de 1941); Watson, *Molotov*, 188; **territorio ocupado**, Michael K. Roof y Frederick A. Leedy, «Population Redistribution in the Soviet Union, 1939-1956», *Geographical Review* (abril de 1979), 210; Alec Nove, *An Economic History of the USSR* (Harmondsworth: Penguin, 1972), 27; **ley contra los traidores**; Dmitri Volkogónov, *Stalin: Triumph and Tragedy* (Rocklin, CA: Prima, 1991), 427; **pánico de Stalin**, Símonov, *Glazami*, 398 (citando al general, más adelante mariscal, Iván Kónev).

[11] **Evacuación de Kúibyshev**, Watson, *Molotov*, 192-93; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 417, 421; Chuev, *Molotov*, 68; Malenkov, *O moem ottse*, 42; Andréyev, *Vospominaniia*, 325; **Afinoguénov**, Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006), 341; **desfile de noviembre**, *Pravda*, 8 de noviembre de 1941, 1; Overy, *Russia's War*, 115; **se aparta a Voroshílov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 63; Watson, *Molotov*, 192; **sitio de Leningrado**, Overy, *Russia's War*, 105; **Zhdánov**, Volynets, *Zhdanov*, 333, 347; Malenkov, *O moem ottse*, 44 (cita); Chuev, *Molotov*, 63-64 (cita); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 562.

[12] **Actuación del equipo**, Watson, *Molotov*, 195; Oleg Jlevniuk, «Stalin na voine», *Cahiers de monde russe*, 52: 2-3 (2011), 211 («collective leadership»); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 465 (cita); Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 67-68; Símonov, *Glazami*, 347-48 (cita de Zhúkov); **Mólotov**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 463; Chuev, *Molotov*, 63; Símonov, *Glazami*, 398; Watson, *Molotov*, 199-205.

[13] **Responsabilidades del equipo**, Watson, *Molotov*, 195-96; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 425; Yu. N. Zhukov, *Tainy Kremlia* (Moscú: TERRA, 2000), 200, 208; Seweryn Bialer, *Stalin and His Generals* (Nueva York: Pegasus, 1969), 342; **Voznesenski**, Volynets, *Zhdanov*, 223-24; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 495-98; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 435 (cita).

[14] **Beria**, Chuev, *Sto sorok besed*, 436; Knight, *Beria*, 112-13, 118; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 339-41; *Riadom so Stalinym*, 432 (cita de Ya. E. Chadáyev); **Malenkov**, Zhúkov, *Tainy Kremlia*, 246; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 586; **Zhdánov**, Volynets, *Zhdanov*, 351-52; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 562.

[15] **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 182-89; Taubman, *Khrushchev*, 152-54, 167, 171; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 509-10 (Chadáyev); Símonov, *Glazami*, 470-71 (cita de Vasilevski); **Kaganóvich**, Overy, *Russia's War*, 170; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 88, 117-18 (cita de la resolución del GKO), 138, 233 (cita del sucesor, A. V. Jruliov), 584-85, 501-3; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 52 (cita de Kaganóvich); Volkogónov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, 419 (citando a I. V. Kovaliov); Yuri Zhúkov, *Stalin: Tainy vlasti* (Moscú: Vagrius, 2005), 127 («fuera del juego político»).

[16] **Voroshílov**, Jlevniuk, *Master*, 222; Zhúkov, *Stalin*, 148-49 (cita); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 463; Yákovlev, *Tsel' zhizni*, 490; **Andréyev**, Kun, *Stalin*, 332; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 314 (cita de I. V. Kovaliov); **Kalinin**, G. K. Zhúkov, *Vospominaniia i razmyshleniia* (Moscú: Novosti, 1990), 3:303; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 492-94 (Chadáyev).

[17] **Stalin sobre los asuntos militares**, Chuev, *Sto sorok besed*, 271 (cita); **comité de sabios en materia militar**, Bialer, *Stalin and His Generals*, 343; **Zhúkov**, Símonov, *Glazami*, 360; **obra de Korneichuk** (*El frente*, 1942), Símonov, *Glazami*, 356; *Vlast' I khudozhestvennaia intelligentsia* (Moscú: Mezhdunarodnyi fond «Demokratiia», 1999), 781 (nota); **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 163 (citas de Timoshenko), 164, 211, 218; **Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 394-98, 475; **Beria**, S. Beria, *Moi otets* (1994), 195; Knight, *Beria*, 120; Bialer, *Stalin and His Generals*, 452; **Malenkov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 196 (cita); A. G. Malenkov, *O moem ottse*, 42; **Andréyev**, Andréyev, *Vospominaniia*, 330.

[18] **Svetlana**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 132-38, 141-43 (cita); Service, *Stalin*, 432-33; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 404-5; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 362-63. Sobre Morózov padre y Mijoels, véase el capítulo 8 de este volumen.

[19] **Instrucciones de Stalin a los hijos**, Chuev, *Sto sorok besed*, 295; **Vladímir Mikoyán**, Pávlov, *Anastas Mikoian*, 182-86; **Timor Frunze**, RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», entrada del 6 de julio de 1945); **Yákov Dzhugashvili**, Service, *Stalin*, 430-31; Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 122-25; **Leonid Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 190; Taubman, *Khrushchev*, 156-58; Chuev, *Sto sorok besed*, 352; Chuev, *Molotov*, 421-22; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 449-51; Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisy i rakety* (Moscú: Novosti, 1994), 16-17; **casos de los «niños del Kremlin»**, Pávlov, *Anastas Mikoian*, 187-88; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 264-65, 470-71.

[20] **Stalingrado**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 189-200 (cita 197); **la conducta de Stalin empeora**, Kuznetsov, *Krutye povoroty*, 55 (cita); Símonov, *Glazami*, 377; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 466 (cita).

[21] **Policía secreta**, Knight, *Beria*, 124; **grados militares para la policía secreta**, *Pravda*, 11 de julio de 1945; **deportación de chechenos**, *Vainakhi i imperskaia Vlast'* (Moscú: ROSSPEN, 2011), 667-76; Knight, *Beria*, 126-27; **detención de Solzhenitsyn** (9 de febrero de 1945), Liudmila Saraskina, *Aleksandr Solzhenitsyn* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2008), 261-62; **Estados bálticos**, Elena Zubkova, *Pribaltika i Kreml'* (Moscú: ROSSPEN, 2008), 129-45.

[22] **Kiev**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 216 (citas); **Leningrado**, Harrison E. Salisbury, *The Siege of Leningrad* (Londres: Secker & Warburg, 1969), 510, 552; **Zhdánov**, Volynets, *Zhdanov*, 346, 372-92; **estado de ánimo de Stalin**, Overy, *Russia's War*, 264 (cita); **Berlín**, Geoffrey Roberts, *Stalin's General* (Londres: Icon Books, 2012), 229-31.

[23] **Bajas sufridas durante la guerra**, Overy, *Russia's War*, 288; **Generalísimo**, Chuev, *Sto sorok besed*, 253; **Stalin**, Zhúkov, *Vospominaniia*, 3:305 (historia de I. Vasili); **Desfile de la Victoria**, http://www.youtube.com/watch?v=SZ2SnuN1N5U; Zhúkov, *Vospominaniia*, 3:305; Símonov, *Glazami*, 377 (citando a Zhúkov); **brindis de Stalin**, Stalin, *Sochineniia*, ed. McNeal, 203-4.

[1] **Expectactivas de posguerra**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 513; E. Yu. Zubkova, *Obshchestvo i reform, 1945-1964* (Moscú: Rossiia molodaia, 1993), 16-63; **impresionar a los Aliados**, Lobánov, *Stalin v vospominaniiakh sovremennikov i dokumentakh epokhi* (Moscú: EKSMO, 2002), 482; Churchill, *Second World War*, 6:345; 5:330 (cita).

[2] **Volar**, RGANI, 3/22/33, l. 9 (prohibición del Politburó, 15 de septiembre de 1933); *Stalin i Kaganovich, Perepiska*, 332; RGANI, 3/22/33, ll. 3, 35 (reprimenda oficial de Mikoyán, del 25 de junio de 1933, levantada el 11 de mayo de 1936); **Mólotov**, Símonov, *Glazami*, 80; Bernard Bromage, *Molotov* (Londres: Peter Owen 1956), 214 (cita del uniforme); Hindus, *Crisis in the Kremlin*, 47 (cita de Svetlana); Stalin, *Sochineniia*, ed. Robert H. McNeal, 204 (brindis); Watson, *Molotov*, 217, 221, 228-30; RGASPI, 82/2/1592, ll. 40-43, 72-74 (cartas a Polina, 1946-47).

[3] **Beria**, S. Beria, *Moi otets* (1994), 231-44, 245-56; Montefiore, *Stalin*; Norman Naimark, *The Russians in German* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995), 350, 483, 497; **Voroshílov**, Churchill, *Second World War*, 5:306; RGASPI, 70/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», entradas del 29 de diciembre de 1945 y 17 de diciembre de 1955); **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 157-76; Roi Medvédev, en Zhorés Medvédev y Roi Medvédev, *Nikita Khrushchev*, 139; **Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 493-512; Pávlov, *Anastas Mikoian*, 215.

[4] **Conocimiento de idiomas**, Sergó Beria, *Moi otets, Lavrentii Beriia: Syn za ottsa otvechaet . . .* (Moscú: Algoritm, 2013), 26; Alilúyeva, *Only One Year*, 390; Stepán Mikoyán, *Vospominaniia*, 27; Alilúyeva, *20 pisem*, 124, 128, 130-31. Serguéi Jrushchov, *Khrushchev: Reformator*, 59; ***Britanski soyuznik/Amerika***, *Stalin i kosmopolitizm* (Moscú: Materik, 2005), 95; Johnston, *Being Soviet*, 86-87; **Svetlana**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 128-29; Alilúyeva, *Only One Year*, 112 (cita).

[5] **Salud de Stalin**, Service, *Stalin*, 491; RGASPI, 558/11/97, l. 100 (prensa extranjera, octubre de 1945; incluye el reportaje de *Newsweek*), también ll. 110, 129; **Mólotov como heredero**, RGASPI, 558/11/97, l. 91 (cita); Chuev, *Sto sorok besed*, 52; **ataque de Stalin** (4-7 de diciembre de 1945), RGASPI, 558/11/99, ll. 86, 92-93.

[6] **Mikoyán**, véase el capítulo 6 sobre la reprimenda de 1944 y los hijos; RGASPI, 558/11/732, l. 42 («ladrones»); **Beria**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 28; Knight, *Beria*, 135-40; Pijoia, *Sovetskii Soiuz* (Moscú: Izdatel'stvo RAGS, 1998), 60, 73; S. Beria, *Beria, My Father*, 246; **Malenkov**, A. G. Malenkov, *O moem ottse*, 53; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 27-28; **Zhdánov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 312; Volynets, *Zhdanov*, 390.

[7] **Voznesenski**, *Khrushchev Remembers*, 251 (cita); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 423; Dmitri Shepílov, *Neprimknuvshii* (Moscú: Vagrius, 2001), 390; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 412; Símonov, *Glazami*, 139; **Kuznetsov**, Volynets, *Zhdanov*, 224-26; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 60, 73; **futuro liderazgo**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 251; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 65; **Kalinin/Lorberg**, A. I. Adzhubéi, *Te desiat' let* (Moscú: Sovetskaia Rossiia, 1989), 145; *Istoricheskii arkhiv*, 2000, n.º 6, 212-13; **Shvérnik**, Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 138; **Bulganin**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 39; Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 411, 508; Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 58-60.

[8] **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 240-44; **Kaganóvich**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 77; **Andréyev**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 63; Andréyev, *Vospominaniia*, 268-69; **Voroshílov**, citado en Montefiore, *Stalin*, 467; Chuev, *Sto sorok besed*, 314-15; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 308; Vasílieva, *Kremlin Wives*, 86; **Zhúkov**, TsKhDNISO (Tsentr khraneniia dokumentatsii noveishei istorii Samarskoi oblasti), 714/1/1149 (preguntas populares sobre el destino de Zhúkov, 1945-46); RGANI, 3/32/13, l. 116 (Zhemchúzhina indignada por el registro de su casa); Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 31-32; Roberts, *Stalin's General*, 244-53.

[9] **Churchill**, *Stalin i kosmopolitizm*, 31-32; discurso de Fulton sobre el Telón de Acero («Sinews of Peace», 5 de marzo de 1946), http://his tory1900s.about.com/od/churchillwinston/a/Iron-Curtain.htm; **respuesta de Stalin** (14 de marzo de 1945), Stalin, *Sochineniia*, ed. McNeal, vol. 316, 35-43; **alarma**, Zhúkov, citado en Robert Gellately, *Stalin's Curse* (Oxford: Oxford University Press, 2013), 159 (citando al mariscal Kiril Meretskov), 171; *Origins of the Cold War* (Washington, DC: United States Institute of Peace, 1991), 3-16, esp. 15-16 (embajador Mijaíl Nóvikov).

[10] **Programa atómico soviético**, David Holloway, *Stalin and the Bomb* (Yale University Press, 1994); Knight, *Beria*, 137 (comentarios de los físicos Yuli Jaritón e Iván Golovín); Kumanov, *Govoriat stalinskie narkomy*, 410-11 (se cita el comentario de D. G. Zhimerin); **Plan Marshall**, Pikoia, *Sovetskii soiuz*, 34-35 (Varga); S. Beria, *Beria, My Father*, 205; Gellately, *Stalin's Curse*, 306 (cita de Mólotov); Pávlov, *Anastas Mikoian*, 226; **Cominform**, Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996), 132-34.

[11] **Antipatía de Malenkov y Zhdánov**, Alilúyeva, *Only One Year*, 394; Zhdánov, *Vzgliad v proshloe*, 123; S. Beria, *Beria, My Father*, 160; **Beria como intrigante**, Chuev, *Sto sorok besed*, 436; **guardaespaldas**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 134, 141; S. Beria, *Beria, My Father*, 246; A. G. Malenkov, *O moem ottse*, 59; **espionaje**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 47; Chuev, *Sto sorok besed*, 314; Malenkov, *O moem ottse*, 59; Radzinski, *Stalin*, 535-36; S. Beria, *Beria, My Father*, 193.

[12] **Acuerdo/desacuerdo con Stalin**, Símonov, *Glazami*, 139 (comentario de Stalin, citado según Iván Kovaliov, ministro de Ferrocarriles en la posguerra), 348, 360; *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 121; Volkogónov, *Stalin*, 390-91; Kuznetsov, *Krutye povoroty*, 82-83.

[13] **Restricción del contacto**, Volkogónov, *Triumf I tragediia*, libro 2, pt. 1, 131; Serguéi Jrushchov, *Rozhdenie sverkhderzhavy*, 29 (cita); Adzhubéi, *Te desiat' let*, 27-28; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 236-38; **Beria**, Dmitri Shepílov, *Neprimknuvshii* (Moscú: Vagrius, 2001), 33; **Jrushchov**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Rozhdenie*, 29-30; **amigos intelectuales**, Malenkov, *O moem ottse*, 25; S. Beria, *Moi otets* (1994), 36; **Bulganin**, G. Vishnévskaya, *Galina* (Moscú: Rusich, 1999), 203-14; *Govoriat stalinskie narkomy*, 411 (Zhimerin); Voroshílov, RGASPI, 70/1/429 (Yekaterina Voroshílova, «Pseudodiario», 14, 15-16, 76); **Andréyev**, Andréyev, *Vospominaniia*, 330.

[14] **Educación de los hijos del Kremlin**, Sheila Fitzpatrick, «Stalin and the World of Culture», en *Totalitarian Dictatorship: New Histories*, ed. Daniela Baratieri y Giuseppe Finaldi (Nueva York: Routledge, 2014), 75-77; **buenos conciertos**, Alilúyeva, *Only One Year*, 390; S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 166; **medalla de oro**, RGASPI, 82/2/1592, l. 16 (carta a Polina [1946]); **vida en la Universidad de Moscú**, Vladislav Zubok, *Zhivago's Children: The Last Russian Intelligentsia* (Cambridge, MA: Belknap Press, Harvard University Press, 2009), 30-31, 40, 290; Benjamin Tromly, *Making the Soviet Intelligentsia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014); **nueva generación**, RGASPI, 82/2/1592, ll. 57-60 (carta a Polina, 19 de junio de 1947).

[15] **Cenas**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 49; Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (Harmondsworth: Penguin, 1962), 64 (cita), 117-35; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 296-306 (cita, 301); Service, *Stalin*, 524-25; Alilúyeva, *Only One Year*, 363; **horario nocturno**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 63-64, 196; **Zhdánov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 284; Djilas, *Conversations*, 121; Dmitri Shepílov, *The Kremlin's Scholar* (New Haven: Yale University Press, 2007), 91; **valoraciones médicas**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 63; **siestas**, Service, *Stalin*, 525; Montefiore, *Stalin*, 521; **Carlsbad**, Montefiore, *Stalin*, 552; **estilo de vida de los miembros del equipo**, Alilúyeva, *Only One Year*, 378-90; RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», entrada del 20 de mayo de 1951).

[16] **Escritores de Leningrado**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 32-33; S. Kuniaev, «Post Scriptum», *Nash sovremennik*, 1995, n.º 10, 190; **revisión de Stalin**, RGASPI, 558/11/732, l. 1; **dosieres del MGB**, *Stalin i kosmopolitizm*, 70; **Orgburó**, «Literaturnyi front», 214, 200, 221-25; asunto de Klieva y Roskin, Nikolái Krementsov, *The Cure* (Chicago: University of Chicago Press, 2002); **Carta cerrada** (16 de julio de 1947, texto), *Stalin i kosmopolitizm*, 124; Símonov, *Glazami*, 128; RGASPI, 558/11/732, ll. 89-90; **tribunales de honor**, Krementsov, *Cure*, 111-12; también V. D. Esakov y E. S. Levina, *Delo KR: Sudy chesti v ideologii i praktike poslevoennogo stalinizma* (Moscú: Institut rossiiskoi istorii RAN, 2001); **blancos de la campaña anticosmopolita**, S. Borísov, *Andrei Aleksandrovich Zhdanov* (Shádrinsk, 1998), 31; RGASPI, 17/88/819, 129-30, ll. 35-38 (Krasnodar), l. 35 (Velíkiye Luki); RGASPI, 17/122/326, l. 30 (Riga).

[17] **Matrimonio con extranjeros**, *Stalin i kosmopolitizm*, 107 (texto de la resolución del Politburó de 15 de febrero de 1947); *New York Times*, 31 de julio de 2010 (necrológica de Tucker); Lina Prokófieva, Simon Morrison, *Lina and Serge* (Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2013), 5-7, 249-54, 270; **Suchkov**, RGASPI, 17/121/616, ll. 20-26; *Lubianka: Stalin I MGB SSSR* (Moscú: Materik, 2007), 60-65; *Stalin i kosmopolitizm*, 729; ***Britanski soyuznik***, *Stalin i kosmopolitizm*; Johnson, *Being Soviet*, 176; **gustos musicales de Zhdánov**, Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 95; **encuentro de los compositores**, Alexander Werth, *Musical Uproar in Moscow* (Londres, 1949); **sátira de Shostakóvich** (*Rayok*), Elizabeth Wilson, *Shostakovich* (Princeton: Princeton University Press, 1994), 296-98; **risas de Zhdánov**, Simon Morrison, *The People's Artist* (Oxford: Oxford University Press, 2009), 29 (citando a Mstislav Rostropóvich y Tijon Jrénnikov); **sátira de Zhdánov**, Zhdánov, *Vzgliad*, 91-92 (texto).

[18] **Vida familiar de Zhdánov**, Alilúyeva, *Only One Year*, 390; **relación amorosa de Svetlana y Yuri**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 145-46; Zhdánov, *Vzgliad*, 73; **Stalin sobre los maridos**, A. I. Mikoyan, *Tak bylo*, 363; **Svetlana y Sergó, entrevista con Marfa Peshkova**, http://www.mk.ru/social/interview/2012/09/06/745528-marfakrasavitsa.html; S. Beria, *Beria, My Father*, 151-52; **mujeres Peshkova**, *ibid*., 191-93; Zen'kovich, *Samye sekretnye*, 25; Antonina Pirozhkova, «Ekaterina Pavlovna Peshkova», http://maga zines.russ.ru/october/2003/7/pir.html.

[19] **Carrera de Yuri Zhdánov**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 40; Zhdánov, *Vzgliad*, 69 (cita) Krementsov, *Stalinist Science*, 337 (8 de diciembre de 1947); RGASPI, 17/121/639, l. 263 (17 de julio de 1948, a todas luces una formalización posterior); **Shepílov**, Shepílov, *The Kremlin's Scholar*, 22, 124; **conferencia**, Nikolái Krementsov, *Stalinist Science* (Princeton: Princeton University Press, 1994), 154 («Algunos aspectos del darwinismo moderno», 10 de abril de 1948).

[1] **Vacaciones de Stalin**, calculadas a partir del registro de visitas del Kremlin; **Stalin envejece**, Chuev, *Sto sorok besed*, 271; Kuznetsov, *Krutye povoroty*, 39, 43, 54-55; N. V. Nóvikov, *Vospominaniia diplomata* (Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1989), 382-83 (cita); **«perdidos sin mí»**, Chuev, *Sto sorok besed*, 271; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 601; **Beria**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 314-15; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 584; citas de Jrushchov, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 303.

[2] **Matrimonio de Svetlana y Zhdánov**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 145-46, 149; Zhdánov, *Vzgliad v proshloe*, 73-74; **Yuri Zhdánov y Stalin** (sobre la división interna), Sheila Fitzpatrick, «Politics as Practice», *Kritika* 5:1 (2004), 39-40; **súplica de Svetlana a Stalin**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 150-41; **«¡Qué tonta!»**, Zhdánov, *Vzgliad* (citando a Svetlana); **detenciones en la familia política de Stalin**, *Iosif Stalin v ob"iatiiakh sem'i*, 194; Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 49; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 361; **paranoia de Stalin**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 299-300, 307 (cita); **competencia menguante**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 521-22 (cita); **consecuencias para la gobernación**, Kuznetsov, *Krutye povoroty*, 88; Jlevniuk, *Master*, 260 («adopción de decisiones semicolectiva»); *Sovershenno sekretno*, 1990, n.º 3, 13 (cita del secretario del Comité Central Panteleimon Ponomarenko sobre «los Cuatro»); Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 62.

[3] **Comité Judío Antifascista (CJA)**, G. Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina* (Moscú: *Mezhdunarodnye otnosheniia*, 2001), 430; S. Beria, *Moi otets* (1994), 56, 208, 338; Joshua Rubinstein y Vladímir P. Naumov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom* (New Haven: Yale University Press, 2001), 7-19; **Unión Paneslava**, Nikolái Kíkishev, «Slavianskoe dvizhenie v SSSR, 1941-1948», *Khronos*, 2008, http://www.hrono.ru/libris/lib_k/kik41.php; **propuestas sobre Crimea**, Rubinstein, *Stalin's Secret Pogrom*, 18-19; Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 428-29; Watson, *Molotov*, 198; **punto de vista de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 93-94; **punto de vista de Beria**, S. Beria, *Beria, My Father*, 208.

[4] **Golda Meir**, Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 417, 446, 447 (cita de Meir); RGANI, 3/32/13, l. 18; *Tainaia politika Stalina*; **propuesta de disolución del CJA**, Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 365; *Stalin i kosmopolitizm*, 98-101, 194.

[5] **Asesinato de Mijoels**, Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 392; Natalia Vovsi-Mijoels, *Moi otets, Solomon Mikhoels* (Moscú: Vozvrashchenie, 1977), 231-34 (texto de la carta de Beria a Malenkov sobre la implicación de Stalin, abril de 1953); RGANI, 3/32/12, l. 33; **familia Voroshílov**, cita de Kostyrchenko, *Tainaia politika*, 404; Roi Medvédev, *Okruzhenie Stalina* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2010), 298; **Andréyeva**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 102; G. Kostyrchenko, *V plenu u krasnogo faraona* (Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 1994), 137; **ideas de Zhemchúzhina**, *Stalin i kosmopolitizm*, 209; RGANI, 3/32/13, l. 22 (testimonio de la hermana); **Kaganóvich**, Vovsi-Mijoels, *Moi otets*, 195; **informes del MGB**, Kostyrchenko, *V plenu*, 88-89; **«te han echado encima un sionista»**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 148.

[6] **Disolución del CJA**, *Stalin i kosmopolitizm*, 193-95 (resolución del Politburó, 25 de noviembre de 1948); RGANI, 3/32/10, l. 134, orden de la oficina del Consejo de Ministros); **Lozovski**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 76; *Stalin i kosmopolitizm*, 220; **Mólotova**, *Stalin i kosmopolitizm*, 208-9 (expulsión, 29 de diciembre de 1948); Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 76; Chuev, *Molotov*, 552 (arresto); **Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 473 (rodillas temblorosas); Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 76 (cita del remordimiento); **Beria**, S. Beria, *Moi otets* (2013), 166; **críticas a Zhemchúzhina**, RGASPI, 589/3/6188, ll. 9-24; RGANI, 3/32/13, ll. 19, 133; Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 447-48; **contactos del equipo con Meir**, S. Beria, *Beria, My Father*, 170 (cita) y Golda Meir, *My Life* (Londres: Weidenfeld and Nicoloson, 1975), 208-9.

[7] **Divorcio de Mólotov** (a finales de 1948), Chuev, *Sto sorok besed*, 475; **divorcio de Shamberg**, Vladímir Shamberg, «Stalin's Last Inner Circle», *Harriman Review* 10:1 (1997), 32; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 292-93; **los Shamberg se libran del exilio**, RGANI, 3/32/17, ll. 7-8 (nota de S. Goglidze, MGB, a Malenkov, 30 de diciembre de 1952); **sustitución de Mólotov y Mikoyán**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 76-77 (incluida la cita de Voroshílov); Watson, *Molotov*, 239-41; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 529.

[8] **Caso de Leningrado**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 250-57; Malenkov, *O moem ottse*, 54; Zhdánov, *Vzgliad*, 304; S. Beria, *Beria, My Father*, 212-13; Chuev, *Sto sorok besed*, 434; **papel de Stalin**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 49; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 85; **acusaciones de 1957**, véase página 251; **sucesores**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 65; **boda**, M. Yu. Pávlov, *Anastas Mikoian: Politicheskii portret na fone sovetskoi epokhi* (Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2010), 238; **hermanos Kuznetsov**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 160-61; **detenciones**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 87; *Molotov, Malenkov, Kaganovich*, 1957, 49; **investigación**, Zhorés Medvédev y Roi Medvédev, *Nikita Khrushchev* (Moscú: Vremia, 2012), 149; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 67.

[9] **Informes de los interrogatorios**, RGASPI, 589/3/6188 (careo de Mólotova con I. S. Féfer y V. L. Zuskin del CJA, 26 de diciembre de 1948); RGANI, 3/32/12 y 3/32/13 (testimonio de Shteinberg con la instrucción de Stalin de que circulara, 3/32/13, ll. 116, 131-34, 142); **Lozovski**, Chuev, *Molotov*, 248; N. S. Khrushchev, «Memuary Nikity Sergeevna Khrushcheva», *Voprosy istorii*, 1991, n.º 11, 60; **Beria/sentencia**, RGANI, 3/32/17, ll. 131-34; **¿Mólotov como blanco?**, Sudoplátov, Special Tasks, 327; **sin confesión de Zhemchúzhina**, RGANI, 3/32/17, ll. 131-34 (Beria, nota al Presidium, 12 de mayo de 1953); **otras confesiones**, RGANI, 3/32/12 y 3/32/13; **guiones de Mólotov**, Valentín M. Berezhkov, *At Stalin's Side*, 341-42; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 309; Chuev, *Molotov*, 551.

[10] **Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 250; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 92,103; **Bulganin**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 93-94; Chuev, *Sto sorok besed*, 323 (cita); **liderazgo colectivo**, Jlevniuk, *Master*, 260; **solidaridad de equipo**, S. Beria, *Beria, My Father*, 239 (cita); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 309-10; **Malenkov como heredero**, Malenkov, *O moem ottse*, 57; **Beria en problemas**, Sudoplátov, *Special Tasks*, 320; RGANI, 5/30/4, l. 98 (carta de V. N. Merkúlov a Jrushchov, 23 de julio de 1953).

[11] **Posición de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 466; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 278; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 150; Símonov, *Glazami*, 80 (cita); **mensaje de los Cuatro a Mikoyán,** A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 584; **Mólotov sobre Beria**, Chuev, *Molotov*, 547 (cita); **Mólotov sobre la desconfianza de Stalin**, Chuev, *Molotov*, 549 (cita), 552; **acusaciones de espionaje**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 535 (cita de Poskriόbyshev), 579 (cita de Ordzhonikidze).

[12] **Ataque de octubre de 1952**, A. A. Fúrsenko, «I. V. Stalin: Poslednie gody zhizni i smert'», *Istoricheskie zapiski* 3 (121) (2000), 192-93 (citando al experto A. M. Rumiántsev); Símonov, *Glazami*, 241-44; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 279-82; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 151; Pávlov, *Mikoian*, 231; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 574-75; **Presidium**, Fúrsenko, «I. V. Stalin», 193; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 94 (Voroshílov); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 279-80.

[13] **Encuentros del Departamento y del Presidium** (Protocolos de Octubre-Diciembre 1952), RGANI, 3/10/1- 3/10/6; A. I. Mikoyan, Tak bylo, 576-7; **huéspedes no invitados**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 309-10; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 579-80.

[14] **Vacilación de Abakúmov**, Sudoplátov, *Special Tasks*, 328, 300; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 75-92; Kostyrchenko, *Tainaia politika*, 459; S. Beria, *Beria, My Father*, 213; **Zhemchúzhina cae**, Joshua Rubenstein y Vladímir P. Naumov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee* (New Haven: Yale University Press, 2001), xiv-xv; **juicio del CJA** (transcripción), Rubinstein, *Stalin's Secret Pogrom* (citas en 226, 230); **insubordinación de Cheptsov**, Rubinstein, *Stalin's Secret Pogrom*, 59-60; http://ru.wikipedia.org/wiki/Чепцов,_Александр_Александрович; **súplica de Lozovski al Politburó**, RGANI, 3/32/16, ll. 84-88 (7 de agosto de 1952; rechazada); **ejecución**, Rubinstein, *Stalin's Secret Pogrom*, 60.

[15] **Detenciones en los servicios secretos de seguridad**, Sudoplátov, *Special tasks*, 301; **Poskrióbyshev y Vlásik**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 94; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 161 y 221 (n. 120); Sudoplátov, *Special Tasks*, 332-33; **Complot de los Médicos**, Kostyrchenko, *Tainaia politika Stalina*, 632, 645; Shepílov, *Neprimknuvshii*, 229-30 (sordera de Andréyev); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 286-87; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 77 (cita de las notas de Mályshev sobre la declaración de Stalin ante el Comité Central, 1 de diciembre de 1952); S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev, Reformator*, 92; **Stalin y el antisemitismo**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 258-69; Chuev, *Molotov*, 333; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 128; S. Beria, *Beria, My Father*, 211; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 258-69 (citas 154, 263); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 536; **castigo del antisemitismo**, Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!,* 291-98; **ofensa fingida**, escena narrada por Símonov, *Glazami*, 188, y Tijon Jrénnikov, *Tak eto bylo* (Moscú: Muzyka, 1994), 177.

[16] **«Ciegos como gatos recién nacidos»**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 601; **sin relación con el caso**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 174-76; Chuev, *Sto sorok besed*, 435; **artículo de Kaganóvich**, ms. en RGANI, 3/32/17, 52-92; **amaño**, *Lavrentii Beriia*, 113 (pleno del Comité Central, junio de 1953; gritos de confirmación en el Presidium); Jrushchov, dictado del esbozo de informe al XX Congreso del Partido «Sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias» (principios de 1956), RGANI, 56/1/169, 43-44, y N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 601; **amistad con los médicos**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 601 (cita); S. Beria, *Moi otets* (1994), 36; Andréyev, *Vospominaniia*, 298.

[*] El (American Jewish) Joint Distribution Comittee, o Comité (Judío Estadounidense) para la Distribución Conjunta, fundado en 1914 y aún activo, realizaba labores asistenciales en Oriente Próximo, la Europa oriental y la propia Unión Soviética. (*N. del t.*)

[17] ***Pravda* sobre el Complot de los Médicos**, *Pravda*, 13 de enero de 1953; *Stalin i kosmopolitanizm*, 651-52 (textos); RGASPI, 558/11/157 (esbozos, enviados por Shepílov, 10 de enero de 1953, con comentarios de Stalin); **Kaganóvich**, Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 174; S. Beria, *Beria, My Father*, 166; **reacciones populares**, TsKhDNISO, 714/1/1780, ll.7, 25, 39, 55-56, 67 (informes de enero de 1953, de Kúibyshev, sobre las reacciones al comunicado); RGANI, 5/15/407, ll. 33, 79, 96-97 (departamento de *agitprop* del Comité Central: resumen de reacciones locales al comunicado); *Stalin in danger?*, TsKHIDNISO, 714/1/1780, l. 6; **esposa de Mólotov**, TsKHIDNISO, 714/1/1780, l. 99; **rumores de deportación**, Sudoplátov, *Special Tasks*, 308; S. Beria, *Beria, My Father*, 244; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 158-59. Desde dentro, solo negó los rumores Mikoyán (A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 536), pero en sus memorias, por la revisión de su hijo Sergó, no solo hay conocimiento presencial, sino también adiciones surgidas del folclore urbano.

[18] **Presidium de diciembre de 1952**, Pávlov, *Anastas Mikoyán*, 244; **vidas de Mólotov y Mikoyán en peligro**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 579-80; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 278; **nuevas purgas inminentes**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 578; Pávlov, *Anastas Mikoian*, 246 (donde cita pruebas de archivo); **prisión especial**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 79-81; **Beria en peligro**, Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 74; Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 109-13; **culto a Beria en Georgia**, RGANI, 5/30/4, ll. 125-27 (informe a Mólotov, 14 de agosto de 1953).

[19] **Salud de Stalin**, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 162; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 315-20; Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 713; **familia Voroshílov**, RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», 37, entrada del 2 de marzo de 1953); **familia Beria**, S. Beria, *Moi otets* (2013), 153; **vigilia**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 580; Chuev, *Sto sorok besed*, 327 (cita de Mólotov); *Lavrentii Beriia*, 195-96 (cita de Voroshílov); **comportamiento de Beria**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 318 (cita); Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 8-9; **llanto de los miembros del equipo**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem,* 11, 13; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 323.

[20] **Hipótesis del asesinato**, Chuev, *Sto sorok besed*, 327-28; Malenkov, *O moem ottse*, 62; Sudoplátov, *Special Tasks*, 333; S. Khrushchev, *Reformator*, 10; **rumores populares**, Vladímir A. Kozlov, Sheila Fitzpatrick y Serguéi V. Mironenko (eds.), *Sedition: Everyday Resistance in the Soviet Union under Khrushchev and Brezhnev* (New Haven: Yale University Press, 2011), 79-80; RGANI, 5/15/407, l. 95.

[21] **Reuniones**, *Politbiuro Tsk VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR*, 1945-53, comp. Jlevniuk *et al*. (Moscú: ROSSPEN, 2002), 436-37; **muerte de Stalin**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 8-9 (cita); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 322; *Pravda,* 6 de marzo de 1953, 1.

[1] **Nuevo gobierno**, *Politbiuro TsK i Sovet Ministrov SSSR*, 100-104 (acta de la reunión de 5 de marzo de 1953); *Pravda*, 7 de marzo de 1953, 1; Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 17; Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 518-19; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 374-75; **funeral**, *Pravda*, 10 de marzo, 1-2.; Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 30-32, 17; Edward Crankshaw, *Khrushchev's Russia* (Harmondsworth: Penguin, 1959), 23 (cita); Watson, *Molotov*, 245; *Lavrentii Beriia*, 167-68; **idealismo de los hijos**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 197 (citas); **regreso de Polina**, Chuev, *Sto sorok besed*, 473-74, RGANI, 3/32/17, l. 12 (resolución del Presidium, 21 de marzo de 1953); RGANI, 3/32/17, ll. 131-35 (Beria, nota para el Presidium, 12 de mayo de 1953).

[2] **Pánico en Moscú**, Yevgueni Yevtushenko, *A Precocious Autobiography* (Londres: Collins & Harvill, 1963), 89-92; Crankshaw, *Khrushchev's Russia*, 23 (cita del «pánico y desorden»); **euforia**, Knight, *Beria*, 186 (cita de Salisbury); Crankshaw, *Khrushchev's Russia*, 23, 38 («cactus resecos»); **el nombre de Stalin desaparece**, Yuri Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel» i obshchestvennye nastoreniia v SSSR v 1953-1964 gg.* (Moscú: ROSSPEN, 2004), 37; RGANI, 5/30/4, ll. 20-21; 5/15/407, l. 154 y RGASPI, 82/2/1446, ll. 73-78 (cartas de ciudadanos inquietos); **Comité Central, julio de 1953**, *Lavrentii Beriia*, 224; **obras de Stalin,** Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel»,* 37.

[3] **Amnistía**, Miriam Dobson, «Show the bandit-enemies no mercy!», en Polly Jones (ed.), *The Dilemmas of De-Stalinization* (Londres: Routledge, 2006), 22-32; **rehabilitación y distensión**, Pijoia, *Sovetskii soiuz*, 122, 131; **matrimonios extranjeros**, Zubok, *Inside the Kremlin's Cold War*, 155-56; **productos de consumo**, Nove, *Economic History*, 324-29; RGANI, 3/10/53, informe de Mikoyán y resolución del Presidium del 10 de octubre de 1953 («Cómo incrementar la producción y mejorar la calidad de los bienes de consumo industriales»); **sospechas sobre la muerte de Stalin**, RGANI, 5/30/6, ll. 1-2, RGANI, 5/30/5, ll. 62-65, y RGASPI, 82/2/1466, ll. 44-50, 55-56 (citas de cartas de ciudadanos); **«infamar a Stalin»,** RGASPI, 82/2/1466, l. 58; **Beria y Malenkov como judíos**, RGASPI, 82/2/1466, ll. 44-50; TsKHNIDSO, 714/1/1149, l. 88.

[4] **Mólotov deseado como sucesor**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 249; RGASPI, 82/2/1466, ll. 26, 36, 58; **papel de Mólotov**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 249-50; **nuevo grupo de «los Cuatro»**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 581; **Malenkov consensúa**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 246-47.

[5] **Beria**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 587 («a hacerse con el poder»); RGANI, 5/30/4 ll.64-79 («le hubieran salido alas», carta de Merkúlov a Khrushchev, 21 de julio de 1953); *Lavrentii Beriia*, 26-27; Taubman, *Khrushchev*, 246; Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 108-9; **política de nacionalidades**, RGANI, 5/30/6, 30-31, 44-46, 99-102; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 329-30; RGANI, 5/30/6, ll. 11-15, 20-25; Taubman, *Khrushchev*, 249; **acciones unilaterales de Beria**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 119; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 587; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 329; RGANI, 5/30/4, ll. 31-34; *Lavrentii Beriia*, 137 (cita de Kaganóvich); **desdén de Beria por el partido**, citado en Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, 110; **cultos a la personalidad**, RGANI, 5/15/447, l. 56; RGANI, 5/30/4, l. 127 (Georgia); Knight, *Beria*, 185 (resolución del Presidium del 9 de mayo de 1953, a propuesta de Beria, que prohibía los retratos de los líderes en las manifestaciones de los festivos).

[6] **Beria revisa el texto de Mólotov**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 254; **discusión sobre la RDA**, Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel»*, 40-41; Shepílov, *Neprimknuvshii*, 255 (cita de Beria); A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 584; Chuev, *Sto sorok besed*, 334-35; Zubok, *Inside the Kremlin's Cold War*, 197 (cita); **propuesta de Mólotov**, Taubman, *Khrushchev*, 250.

[7] **Complot contra Beria**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 321-41; Shepílov, *Neprimknuvshii*, 259-67 (con noticia de la versión que Jrushchov le contó al poco de los hechos); Rees, *Iron Lazar*, 250; Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 65-66; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 587; S. Jrushchov, *Rozhdenie*, 77 (propiedad heredable).

[8] **Amigos de Beria**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 587; Chuev, *Sto sorok besed*, 334-35, 436; **notas de Beria**, *Politbiuro i delo Beriia*, 19-22; **interrogatorios de Beria**, *Politbiuro i delo Beriia*, 58-63, 75-78, 90-95,110-16, 151-55, 169-83, 194-97, 211-17 y 230-35; **motivos sexuales**, A. V. Sujomlínov, *Kto vy, Lavrentii Beriia?* (Moscú: Detektiv-Press, 2003), 222-45; *Politbiuro i delo Beriia*, 98-104, 101-4; Nina Alekséyeva, *Lavrentii Beriia v moei zhizni* (Moscú: 1996) (sin confirmación de la autenticidad de la versión); **ejecución**, *Pravda*, 17 de diciembre de 1953; **opinión de Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 587-88; **destino de la familia de Beria**, S. Beria, *Beria, My Father*, 184, 273; Vasílieva, *Kremlin Wives*, 185 (citas de la entrevista con Rada Jrushchova); **opinión popular sobre Beria**, O. V. Edelman, en Kozlov *et al*., *Sedition*, 115; Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel»*, 47-48; RGANI, 5/15/407, ll. 74, 114, 118 (cita); RGANI, 5/30/3, l. 74; RGANI, 5/15/407, l. 114; RGANI, 5/30/4, ll. 12, 21; RGANI, 5/15/407, l. 115; **destrucción de los archivos policiales**, Pijoia, *Sovetskii soiuz*, 124; Crankshaw, *Khrushchev's Russia*, 102.

[9] **Ebrios de alegría**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 264; **Jrushchov se jacta**, Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 274-75; Taubman, *Khrushchev*, 257 (donde cita a Alekséi Adzhubéi); Símonov, *Glazami*, 246-47; **jerarquía**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 267; **viajes al extranjero**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 392-400; Malenkov, *O moem ottse*, 76-77; Zubok, *Zhivago's Children*, 92; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 208-9; **optimismo**, Zubok, *Zhivago's Children*, 34 (cita); **historia de Yevtushenko**, Zubok, *Zhivago's Children*, 59 (que cita al autor); **Picasso**, RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario», 58-59, entrada del 23 de julio de 1954); **discusiones intergeneracionales**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 212-13; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 330; **Adzhubéi**, Zubok, *Zhivago's Children*, 142.

[10] **Alojamientos del equipo**, Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner* (Moscú: Vremia, 2010), vol. 3 de *Trilogiia ob ottse*, 26; **amistades**, Taubman, 265; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 103-4; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner*, 104; RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario»), 47, 81, 85, 97-98, 107, entradas del 5 de octubre de 1953, 19 y 28 de septiembre de 1956, 2 de septiembre de 1957; **Andréyev**, RGASPI, 74/1/429 (Voroshílova, «Pseudodiario»), 74, entrada de agosto-septiembre de 1955; *Regional'naia politika N. S. Khrushcheva: TsK KPSS i mestnye partiinye komitety, 1953-1964 gg.*, comp. O. V. Jlevniuk *et al*. (Moscú: Rossiiskaia politicheskaia entsiklopediia, 2009), 22 (pregunta desde Penza); *Lavrentii Beriia*, 207 (Andréyev en el pleno de julio de 1953); *Prezidium TsK KPSS, 1954-1964* (Moscú: ROSSPEN, 2003), 1:104, 1:925 (XX Congreso del Partido).

[11] **Malenkov**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 127-28 (cita); **relaciones que empeoran**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 599-600; Taubman, *Khrushchev*, 265; Crankshaw, *Khrushchev's Russia*, 43; **expulsado como jefe de gobierno**, A. G. Malenkov, *O moem ottse*, 116 (cita de Jrushchov), 76-77.

[12] **Críticas populares de Jrushchov**, Kozlov *et al*., *Sedition*, 113-14, 121, 124-25, 143-44; RGANI, 5/30/140, l. 19; RGASPI, 82/2/1466, l. 93; **Jrushchov sobre Mólotov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 87 (cita); **críticas de Mólotov**, Chuev, *Sto sorok besed*, 346 («absurdo»); Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 311 (cita); **ataque de Jrushchov contra Mólotov**, Taubman, *Khrushchev*, 269 (citas); **Zhemchúzhina y los diplomáticos**, Bromage, *Molotov*, 183-34; **expulsión de Mólotov**, Watson, *Molotov*, 257, 259.

[13] **Regreso del Gulag**, Stephen F. Cohen, *The Victims Return* (Londres: I. B. Tauris, 2011), 35-36; **Natalia Rýkova**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 338; Chuev, *Sto sorok besed*, 415; **Svanidze**, Zenkóvich, *Samye sekretnye*, 406; **Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 595-96; Cohen, *The Victims Return*, 90-91; **Mólotov**, Aróseva, *Bez grima*, 256-59; Kaganóvich, GARF, 5446/83/38, l. 98 (carta de L. A. Sheinin); Chuev, *Tak govoril Kaganovich*, 79; RGANI, 3/32/12, ll. 116-18 (L. R. Sheinin sobre el caso de Zhemchúzhina); **Snégov**, Zhorés Medvédev, *Nikita Khrushchev* (Moscú: 2013), 155-58; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 589-90; **carta de Snégov**, texto en *Politbiuro i delo Beriia*, 997-1002; **cita de Mikoyán**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 589-90.

[14] **Pregunta a Rudenko**, S. Jrushchov, *Rozhdenie*, 71; **acusaciones de Shatunóvskaya**, Lenoe, *Kirov Murder*, 568-69, 607-8, 627; **pelea en el Presidium**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 80; **Pospélov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 42; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 592; Fiódor Burlatski, *Khrushchev and the First Russian Spring* (Nueva York: Charles Scribner, 1988), 102-5; Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 133-34; **informe de Pospélov**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 264 (cita sobre Jrushchov); Taubman, *Khrushchev*, 279 (cita de Mikoyán); **análisis de Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 345; **amenaza de Snégov**, Taubman, *Khrushchev*, 278, con cita de Sergó Mikoyan.

[15] **Versión de Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 347-50; **acta oficial**, *Prezidium TsK KPSS, 1954-1964*, 1:99-103; **discurso de Mikoyán**, *XX s"ezd Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza* (Moscú: Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1956), 1:302; **discurso de Jrushchov**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 559-618 (texto); N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 43; Taubman, *Khrushchev*, 280-81; Shepílov, *Kremlin's Scholar*, 391-92; S. Khrushchev, *Rozhdenie*, 76. El esbozo presentado por Pospélov y Áristov el 18 de febrero de 1956 (RGANI, 52/1/169, ll. 1-28) se centraba en las Grandes Purgas; la versión revisada por Jrushchov también se ocupaba por extenso de la guerra y la posguerra (*ibid*., ll. 29-63).

[16] **Lectura del Discurso Secreto**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 277; Jones, *Dilemmas of De-Stalinization*, 41-63, 65; **cartas de leales al partido**, RGASPI, 82/2/1466, ll. 111, 99, 93; **Georgia**, RGANI, 5/30/140, ll. 52-55; **crisis de Polonia y Hungría**, Taubman, Jrushchov, 289-94; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 289 (cita); **viaje en avión**, véase el capítulo 7; **vuelo a Varsovia**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 290-91.

[17] **Crisis de Hungría**, «The "Malin Notes" on the Crises in Hungary and Poland, 1956», *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 8-9 (invierno de 1996-1997), 389-91 (cita de Mólotov en 389); Mark Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-Making and the 1956 Polish and Hungarian Crises», *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 8-9 (invierno de 1996-1997), 366-69; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 418 (cita); Taubman, *Khrushchev*, 296; «contrarrevolution», S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 292; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 417; **Mikoyán disiente**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 598; **debates en el Presidium**, Kramer, «New Evidence», 376; **Jrushchov**, Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 510-15 (cita).

[18] **Banquete campestre**, Taubman, *Khrushchev*, 309-10; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 417-21 (cita en 420; hablaba Marietta Shaguinián); **comentario de Kaganóvich**, Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 515 (cita); **Mikoyán**, citado en Taubman, *Khrushchev*, 310; *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 145; **Mólotov y Kaganóvich**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich*, 59, 103-4; **reunión en el despacho de Bulganin**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 421; Shepílov, *Neprimknuvshii*, 388 (es probable que también se hubiera invitado a Voroshílov, pero estaba en Indonesia); **boda de Serguéi**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 431; reunión del 18 de junio, *ibid*., 439-40.

[19] **Movimiento contra Jrushchov**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 597-99; Shepílov, *Neprimknuvshii*, 392-97; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 439-51; Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 510-15; **hostilidad hacia Serov**, S. Jrushchov, *Khrushchev: Reformator*, 448, 454; A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 607-9; *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 64 (Kaganóvich); **escuchas telefónicas**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 393-94; **respuesta de Jrushchov**, Taubman, *Khrushchev*, 319-20; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 14; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 455-57.

[20] **Pleno del Comité Central**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 322 (cita de Jrushchov), 108 (cita de Zhúkov), 183 (cita de Áristov sobre Korneichuk); **«Grupo Antipartido»**, término acuñado por Shvérnik el 19 de junio; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 450 (cólera de Mólotov); *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 66 (protesta de Voroshílov); Taubman, *Khrushchev*, 324; **Voroshílov**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich*, 1957, 423-25; Veljko Mićunović, *Moscow Diary* (Garden City, NY: Doubleday, 1980), 271 (cita de Jrushchov); **Bulganin**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 72-76, 166-67; **declaraciones finales**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich*, 395-99 (Kaganóvich), 399-402 (Malenkov), 167 (cita sobre Mólotov), 403-6 (Mólotov); **abstención de Mólotov**, S. Jrushchov, *Khrushchev: Reformator*, 473; Watson, *Molotov*, 267; **Shepílov**, Shepílov, *Neprimknuvshii*, 397-98; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 458-59; Taubman, *Khrushchev*, 313-14 (que se añadiera a Shepílov, una figura menor en la jerarquía, quizá reflejara que Jrushchov se sintiera traicionado por un antiguo protegido); **anuncio**, *Pravda*, 4 de julio de 1957, 1-3.

[21] **Respuestas populares**, Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel»*, 225-37 (dictadura, «oportunidad de explicarse»), 227 («hoy se expulsa a Mólotov»), 231, 233 («hambre durante 40 [años]»); RGANI, 5/3/189, ll. 74-75 («banquetes»); RGANI, 3/22/189, l. 51; RGANI, 3/22/189, ll. 53-62 (carta antisemita); RGANI, 5/3/189, ll. 74-75; **sedición**, Kozlov *et al*., *Sedition*, 114-15 (cita de «vivir con decencia», Kaganóvich), 134 («aplastado como a cucarachas», «preocuparse por el pueblo»); **nuevo Presidium**, *Prezidium TsK KPSS, 1954-1964*, 1:258-59.

[1] **Jrushchov**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Reformator*, 474-75 (cita); **liderazgo colectivo encabezado por Brézhnev**, Susanne Schattenberg», «Trust, Care and Familiarity in the Politburo. Brezhnev's Scenario of Power» *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 16:4, 2015; **Mikoyán**, A. Sushkov, *Prezidium TsK KPSS, 1957-1964 gg. Lichnosti i Vlast'* (Yekaterimburgo: UrO RAN, 2009), 236-38; **empleos de Mólotov**, RGANI, 5/3/189, ll. 85-92; Mićunović, *Moscow Diary*, 348-50; Watson, *Molotov*, 269; Medvédev, *Okruzhenie Stalina*, 50; **empleo de Kaganóvich**, Medvédev, *Okruzhenie Stalina*, 215; **empleos de Malenkov**, Malenkov, *O moem ottse*, 82-85; **Voroshílov**, Medvédev, *Okruzhenie Stalina*, 305-6.

[2] **Cita de Jrushchov**, en Watson, *Molotov*, 270 (del discurso ante el XXI Congreso del Partido); **cita de Kaganóvich**, Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 524; **regreso de Mólotov a Moscú**, Medvédev, *Okruzhenie Stalina*, 53; **regreso de Kaganóvich**, Medvédev, *Okruzhenie Stalina*, 222; **regreso de Malenkov**, Malenkov, *O moem ottse*, 86; Medvédev, *Okruzhenie*, 335; **expulsión de Jrushchov**, Sushkov, *Prezidium TsK KPSS*, 239-40; Taubman, *Khrushchev*, 3-17 (cita en 16) .

[3] **Resentimiento anti-Jrushchov**, Chuev, *Molotov*, 421-22, 433; Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 519-21; **Mikoyán llama por Año Nuevo**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner*, 123-24; **Kaganóvich y Mólotov**, *Tak govoril Kaganovich*, 33, 38; **reivindicación de logros**, Chuev, *Molotov*, 340-34; Kaganóvich, *Pamiatnye zapiski*, 479-80; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 3; nótese que Jrushchov incluyó en esta categoría que Stalin había vencido a los trotskistas en la década de 1920, en las notas que dictó para el discurso que pronunciaría ante el XX Congreso del Partido, 1956, RGANI, 52/1/169, 32-33; **rehabilitación de la Derecha**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 288; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 352-53; *Prezidium TsK*, 760; **partidarios de Bujarin**, Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers* (Princeton: Princeton University Press, 1974); **rehabilitados por Gorbachov**, Cohen, *The Victims Return*, 13; Roi Medvédev y Guilietto Chiesa, *Time of Change* (Londres: I. B. Tauris, 1991); Nanci Adler, *The Gulag Survivor* (New Brunswick: Transaction, 2002), 157.

[4] **Arósev**, Olga Aróseva, *Bez grima* (Moscú: 2000), 260; **Stalin insustituible**, Chuev, *Molotov*, 261 (cita); **culpas de las Grandes Purgas**, *Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1957*, 120; **Polina**, Alilúyeva, *Only One Year*, 384, 353 (citas); **Voroshílov sobre Stalin**, Medvédev, *Okruzhenie*, 307; K. E. Voroshilov, *Rasskazy o zhizni* (Moscú: 1968) (cita del «respeto»); RGASPI, 84/1/6, ll. 26-27 (conversación con V. I. Stalin, 9 de abril de 1960); **Mikoyán sobre Stalin**, A. I. Mikoyán, *Tak bylo*, 552-58; **Jrushchov sobre Stalin**, Taubman, *Khrushchev*, 292 (cita de «lo trágico»); nótese que hizo el mismo comentario en las notas dictadas para el discurso ante el XX Congreso del Partido (RGANI, 52/1/169, l. 51), aunque no figura en la versión publicada.

[5] **Memorias de las familias**, véase el apartado bibliográfico de este libro; **Ordzhonikidze**, RGANI, 5/30/4, 106-8 (la ciudad cambia de nombre); RGASPI, 74/1/429 (Yekaterina Voroshílova, «Pseudodiario», 79, 86-87, entradas de agosto-septiembre de 1955); **Vasili Stalin**, Alilúyeva, *Dvadtsat' pisem*, 161-65 («como un verdadero padre»); RGASPI, 84/1/6, ll. 21-30 («nunca he repudiado», comentario de 1960 a Voroshílov); el resumen de la conversación con Voroshílov se encontró entre los papeles de Mikoyán, lo que podría indicar que este también se implicó en el intento de rescate.

[*] *Rusia, mi padre y yo*, en su edición castellana. (*N. del t.*)

[6] **Svetlana y la desestalinización**, Alilúyeva, *Only One Year*, 156-57 (cita); S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 165; Zhdánov, *Vzgliad v proshloe*, 73; **cambio de nombre y bautismo**, Alilúyeva, *Only One Year*, 160-61, 167, 281-84; **Tomski y Svanidze**, Kun, *Stalin*, 416-17; RGASPI, 84/1/7, l. 33; **matrimonio con Singh**, Alilúyeva, *Only One Year*, 36-37, 41-42, 45-46; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 293; deserción, Alilúyeva, *Only One Year*, 57, 114-15, 177-85; N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 293-96; **hijos**, S. Mikoyán, *Vospominaniia*, 167; Zhdánov, *Vzgliad v proshloe*, 74; ***Twenty Letters***, Alilúyeva, *One One Year*, 44, 117, 205-6; Nicholas Thompson, «My Friend, Stalin's Daughter», *New Yorker*, 31 de marzo de 2014, 30; «traicionó a su padre», S. Beria, *Moi otets* (2013), 56; **vida posterior**, S. Beria, *Moi otets* (2013); Zhdánov, *Vzgliad v proshloe*, 74; Thompson, «My Friend, Stalin's Daughter».

[7] **Funerales**: **Voroshílova**, http://www.net-film.ru/en/film-16466/; **Voroshílov**, Medvédev, *Okruzhenie*, 307; http://www.net-film.ru/en/film17558/; **Zhemchúzhina**, Aróseva, *Bez grima*, 262; **Jrushchov**, Taubman, *Khrushchev*, 645; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner*, 241, 274 (sus hijos le protegieron ocultándole la noticia de la muerte de Jrushchov, para impedir que hiciera algún gesto sentimental que le pudiera causar problemas); **Mikoyán**, S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner*, 298 (diario de Nina Jrushchova); **Jrushchov y los intelectuales**, N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 80-81; Serguéi Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Pensioner*, 135-35; Taubman, *Khrushchev*, 629, 647.

[8] **Malenkov**, Malenkov, *O moem ottse*, 95-98, 104, 107-12 (resumen del estudio); Medvédev, *Okruzhenie*, 336; **Mólotov**, *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 4 (1994), 81-82; Medvédev, *Okruzhenie*, 62; Chuev, *Sto sorok besed*, 529-31 (readmisión en el partido); Watson, *Molotov*, 272; Medvédev, *Okruzhenie*, 63; Chuev, *Sto sorok besed*, 551-52 (funeral).

[9] **Politburó de Chernenko**, *Cold War International History Project Bulletin*, n.º 4 (1994), 81-82; **funeral de Kaganóvich**, Medvédev, *Okruzhenie*, 227-28.

[1] **Estudio histórico de la vida cotidiana**, Sheila Fitzpatrick, «Politics as Practice: Thoughts on a New Soviet Political History», *Kritika: Explorations in Russian and Soviet History* 5:1 (invierno 2004); Arch Getty, *Practicing Stalinism* (New Haven: Yale University Press, 2013); **«reglas del juego»**, los primeros en aplicar este enfoque a los estudios soviéticos fueron los historiadores de la ciencia, Nikolái Krementsov, *Stalinist Science* (Princeton: Princeton University Press, 1997) y Alekséi Koyévnikov, «Games of Stalinist Democracy: Ideological Discus sions in Soviet Sciences, 1947-52», en Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism: New Directions* (Londres: Routledge, 2000); **crítica por prescindir de la ideología**, Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (Berkeley: University of California Press, 1995), 151-52, e Igal Halfin y Jochen Hellbeck, «Rethinking the Stalinist Subject: Stephen Kotkin's "Magnetic Mountain" and the State of Soviet Historical Studies», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 44 (1996), 456.

[*] En castellano se ha mantenido como título: *La corte del zar rojo*, Crítica: Barcelona, 2004. (*N. del t.*)

[2] **«Totalitarismo» en la historia soviética**, Abbott Gleason, *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War* (Nueva York: Oxford University Press, 1995), 121-42, y Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared* (Nueva York: Cambridge University Press, 2008); **dictadura personal**, esta caracterización del sistema, por descontado, era inaceptable para los autores soviéticos, que seguían la interpretación leninista del primer régimen soviético como una dictadura de clase (proletaria) implantada por el Partido Bolchevique para lograr que el país hiciera una transición revolucionaria al socialismo; **política de corte**, Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York: Knopf, 2004); Sidney Ploss, *The Roots of Perestroika* (Jefferson, NC: McFarland & Co., 2010), capítulo 3, «Stalin: Onset of Court Politics», 55-80; **analogía moscovita**, Getty, *Practicing Stalinism*; **política imperial tardía**, Andrew M. Verner, *The Crisis of Russian Autocracy: Nicholas II and the 1905 Revolution* (Princeton: Princeton University Press, 1990), esp. 53-56 y 62-64.

[3] **Biografías de Stalin**, véanse las obras de Ulam, Tucker, Volkogónov, Service *et al*. citadas en la sección «Biografías» (Stalin). Dos nuevos estudios importantes —Stephen Kotkin, *Stalin: Paradoxes of Power*, 1878-1928, vol. 1 (Penguin Press, 2014) y Oleg V. Jlevniuk, *Stalin: New Biography of a Dictator*, trad. Nora S. Favórov (New Haven: Yale University Press, 2014)— aparecieron cuando este libro estaba en prensa, por lo que no se han podido consultar debidamente. **Estalinismo como violencia institucionalizada**, Jörg Baberowski, *Verbrannte Erde: Stalins Herrschaft von Gewalt* (Múnich: C. H. Beck Verlag, 2012). **Círculo íntimo**: Roi A. Medvédev usa el término «séquito» (*okruzhenie*) en sus *Oni okruzhali Stalina* (Benson, VT: Chalidge Publications, 1984) y *Okruzhenie Stalina* (Moscú: Molodaia gvardiia, 2010), y O. V. Jlevniuk en *Politbiuro: Mekhanizmy politicheskoi vlasti v 30-e gody* (Moscú: ROSSPEN, 1996). En una obra posterior, publicada en inglés y basada en su *Politbiuro*, pero no idéntica, usa «círculo interior»: Oleg V. Jlevniuk, *Master of the House: Stalin and His Inner Circle* (New Haven: Yale University Press, 2009). **¿Relación «esclava» o no?,** Jlevniuk, *Politbiuro*, 245 (donde cita a M. Lewin, *Russia/USSR/Russia: The Drive and Drift of a Superstate* [Nueva York: New Press, 1995], 90, 266); Oleg V. Jlevniuk, «Stalin as Dictator: The Personalisation of Power», en Sarah Davies y James Harris (eds.), *Stalin: A New History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), 108-20 (citas de 118); J. Arch Getty, «Stalin as Prime Minister: Power and the Politburo», en Davies y Harris, Stalin, 94-100. **Equipo-Stalin**, Stephen G. Wheatcroft, «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship: The Politburo, 1924-1953* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2004), 79-107; **analogía con un «gabinete»**, Arch Getty, «Stalin as Prime Minister: Power and the Politburo», en Davies y Harris, *Stalin*, 83-107.

[4] **Grandes Purgas**, Robert Conquest, *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties* (Harmondsworth: Penguin, 1971) (la obra pionera, escrita, como por entonces no podía ser de otro modo, sin contar con los archivos); Arch Getty, *The Road to Terror* (presenta un resumen de los datos de archivo postsoviéticos); Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism* (Nueva York: Oxford University Press, 1999), cap. 8 (según se vivieron en las ciudades) y *Stalin's Peasants* (Nueva York: Oxford University Press, 1994), cap. 7 (según se vivieron en el campo); **supervivencia del equipo durante las Grandes Purgas**, T. H. Rigby, «Was Stalin a Disloyal Patron?», *Soviet Studies* 38:3 (julio de 1986); **interés institucional por el Politburó**, Sheila Fitzpatrick, «Ordzhonikidze's Takeover of Vesenkha, 1930: A Case Study in Soviet Bureaucratic Politics», *Soviet Studies* 37:2 (abril de 1985).

[5] **Ausencias de Stalin**, Getty, «Stalin as Prime Minister», 94-95; Wheatcroft, «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», 91-93; **periodización «bajo Jrushchov»**, por ejemplo, Yuri Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel» i obshchestvennye nastoreniia v SSSR v 1953-1964 gg.* (Moscú: ROSSPEN, 2004); **consenso tácito del equipo (salvo Stalin)** en los últimos años de Stalin, Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace*, 124, 133, 141, 162, 166; debe tomarse con mucha cautela, pues no hay pruebas directas, pero evidencia que en este período, aunque los colegas más próximos a Stalin comprendían que este era «un bloque inamovible en el camino de la reforma» sin llegar a desafiarlo abiertamente, sin embargo algunos de ellos, o quizá todos, veían deseable que hubiera una serie de cambios.

[6] **Datos de opinión**, Elena Zubkova, *Russia after the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957* (Armonk, NY: M. E. Sharpe, 1998); Aksiutin, *Khrushchevskaia «ottepel»*; Kozlov *et al*., *Sedition*; Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!*, esp. caps. 9-12; Sheila Fitzpatrick, «Popular Opinion in Russia under Pre-War Stalinism», en Paul Corner (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes* (Oxford: Oxford University Press), 17-32; Fitzpatrick, «Popular Opinion under Communist Regimes», en Stephen A. Smith (ed.), *The Oxford Handbook of the History of Communism* (Oxford: Oxford University Press, 2014), 371-86; Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997); **objeciones que alegan un sesgo antisoviético**, Jochen Hellbeck, «Speaking Out: Languages of Affirmation and Dissent in Stalinist Russia», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 1:1 (2000); **antisemitismo de posguerra**, Amir Weiner, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution* (Princeton: Princeton University Press, 2001), 191-235; 287-97; Yuri Slezkine, *The Jewish Century* (Princeton: Princeton University Press, 2011); Sheila Fitzpatrick, «The Con Man as Jew», en Fitzpatrick, *Tear Off the Masks!*, 289-98.

[7] **Forma de gobierno bajo Jrushchov**, William Taubman (*Khrushchev* [Nueva York: Norton, 2003], 365) considera que Jrushchov estaba «solo en la cumbre» («Alone at the top», título de su capítulo 15, en 1957-1960), y cita a un observador interior que afirma que «desde 1958, Jrushchov dejó de escuchar y se rodeó de hombres que asentían a todo». En un estudio basado en los archivos, el historiador ruso A. S. Sushkov (*Prezidium TsK KPSS v 1957-1964 gg.: lichnosti i Vlast'* [Yekaterimburgo: UrO RAN, 2009], 245-46) concluye que, en tiempos de Jrushchov, el principio anunciado del liderazgo colectivo no llegó a hacerse realidad porque se eliminó del círculo interior a casi todos los que tenían un peso equivalente; pero admite que el Presidium (antiguo Politburó) siguió reuniéndose regularmente y que Jrushchov aún «debatía habitualmente y decidía sobre muchas cuestiones importantes» con un pequeño grupo de jefes del Presidium. **Brézhnev y el liderazgo colectivo**, Susanne Schattenberg, «Trust, Care and Familiarity in the Politburo. Brezhnev's Scenario of Power», en prensa en *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 16:4, 2015.

El equipo de Stalin
Sheila Fitzpatrick

Título original: *On Stalin's team*

Diseño de la cubierta: Jason Alejandro
Fotografía de cubierta: Mólotov, Jrushchov, y Stalin en la tribuna de la tumba de Lenin, 1936 © ITAR-TASS / Sovfoto

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-16771-39-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com